MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XIII

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XIII

EDITORIAL JUS
MEXICO, 1955

EL SEGUNDO CENTENARIO DEL DICCIONARIO DE AUTORIDADES

LOS DICCIONARIOS ACADEMICOS *

Por don ALEJANDRO QUIJANO.

EN este año de 1939 el mundo de las letras en México ha conmemorado dos centenarios: el III de la muerte del gran dramaturgo Don Juan Ruiz de Alarcón, y el IV del establecimiento de la imprenta en el país. Para celebrar estos acontecimientos se han efectuado interesantes recordaciones. Nuestra Academia Mexicana, que hizo ya la correspondiente a Alarcón, ha celebrado esta noche, con la palabra de dos de sus connotados miembros, Don Alberto María Carreño y Don Julio Jiménez Rueda, la de la instalación de la imprenta en México; y aprovechando esta oportunidad, viene también, por mi voz, a celebrar otro acontecimiento centenario; de menor envergadura que los dos antes citados, pero sin duda digno —así lo juzgó la corporación— de este recuerdo. Se trata de memorar la aparición del primer Diccionario de la Academia Española, el famoso de Autoridades, no olvidado, sino, por el contrario, acrecido en lustre cada día más, hasta ser obra de gran precio en las cuestiones del idioma, especialmente las lexicográficas.

En estas circunstancias he de leeros esta nota, meramente bibliográfica.

La Academia Española se fundó en junio del año de 1713, merced al buen deseo de parte de un grupo de varones distinguidos, encabezados por el Marqués de Villena, de cuidar la limpieza y el decoro de la lengua castellana; de la lengua que para entonces era ya realmente la lengua española.

El Rey Felipe V prohijó con entusiasmo a la Academia, expidiendo Cédula de reconocimiento oficial el 3 de octubre del año siguiente. A partir de

---

* Discurso leído en la sesión pública celebrada por la corporación el 20 de diciembre de 1939. Este y los dos siguientes fueron leídos en la misma noche y sólo se altera el orden en que fueron pronunciados. A.M.C.

entonces la Institución, que se había venido ya reuniendo a menudo, organizó sus trabajos formalmente, bajo el Estatuto que el Monarca había aprobado y según el cual el número de académicos era el de 24, todos los cuales habrían de ser "sujetos de buen juicio y fama, y personas decentes, aficionados a la gloria de la nación, y lengua, y capaces de trabajar en el asunto que se propone esta Academia, que es la pureza y elegancia de ella".

Se consideró, desde el comienzo de los trabajos, que la obra primera de la corporación, entre las varias importantísimas que se había asignado, era la de formar un Diccionario. El Capítulo I, Estatuto Unico, dice: "Siendo el fin principal de la fundación de esta Academia cultivar, y fijar la pureza y elegancia de la lengua castellana, desterrando todos los errores que en sus vocablos, en sus modos de hablar, o en su construcción ha introducido la ignorancia, la vana afectación, el descuido, y la demasiada libertad de innovar: será su empleo distinguir los vocablos, voces o construcciones extranjeras de las propias, las anticuadas de las usadas, las bajas y rústicas de las cortesanas y levantadas, las burlescas de las serias, y finalmente las propias de las figuradas. En cuya consecuencia juzga por conveniente dar principio desde luego por la formación de un Diccionario de la lengua, el más copioso que pudiere hacerse: en el cual se anotarán aquellas voces y frases que están recibidas debidamente por el uso cortesano, y las que están anticuadas, como también las que fueren bajas, o bárbaras, observando en todo las reglas y preceptos que están puestos en la planta acordada por la Academia, impresa en el año de mil setecientos y trece".

Asentada, pues, la Academia como instituto cuidador del idioma, "se resolvió por común acuerdo tomar por empresa y sello propio un crisol al fuego con este mote: 'limpia, fija y da esplendor'; aludiendo a que en el metal se representan las voces, y en el fuego el trabajo de la Academia, que, reduciéndolas al crisol de su examen, las limpia, purifica y da esplendor, quedando sólo la operación de fijar, que únicamente se consigue apartando de las llamas el crisol, y las voces del examen". Asentada, digo, la Academia, y establecido como su mejor deseo la formación de un Diccionario, los primeros miembros de la organización pusiéronse a trabajar en ello.

No era labor fácil hacer un diccionario que por primera vez, realmente, iba a fijar la nómina de voces aceptables y aceptadas, con su valor, con su definición correcta, y luego, como fundamento de la sanción académica, ilustrada con los ejemplos —con las "autoridades", como desde entonces se dijo, y las cuales habrían luego de servir para dar sobrenombre al Diccionario— tomados de los escritores más puros y afamados.

Así la obra de organización demandó varios años. Después, por fin, de arduo esfuerzo, el año de 1726 apareció el primer volumen del Diccionario de la Lengua Castellana, en que se explica, dice su portada, "el verdadero

sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua".

El libro, impreso en magnífico papel, grueso y limpio, con caracteres grandes y netos, salió de los tórculos de Francisco del Hierro, impresor matritense. Consta el volumen, que se engalana con un magnífico grabado en acero, obra de los Palominos, Antonio que inventó y delineó, y Juan, que esculpió, de 96 páginas proemiales, señaladas con números romanos, y las cuales contienen no sólo la Dedicatoria al Rey, las Aprobaciones, Licencias, Tasa y demás cosas usuales en la época, sino el mero Prólogo, de veras interesante; luego una Historia de la Academia, que incluye su aludido Estatuto; más adelante un Discurso sobre el Origen del Idioma Castellano; otro sobre las Etimologías; otro más sobre la Ortografía, muy extenso y competente, y, para fin, la lista de autores, de autoridades que figuran en el volumen; autores entre los que encontramos desde el Fuero Juzgo y una serie de Crónicas, hasta los más famosos, en prosa y verso, aceptados en ese tiempo; entre aquéllos, los prosistas, Santillana, los dos Luises —el de Granada y el de León—, Santa Teresa, López de Gómara, Herrera El Divino, Miguel de Cervantes, Fernández de Oviedo, con más varias novelas de caballería y picarescas; y entre los segundos, los en verso, El Poema de Alejandro, desde luego, y más adelante Juan de Mena, Manrique, Garcilaso, el mismo Don Miguel de Cervantes Saavedra —con lo que se advierte el recibo que desde entonces, y a pesar del poco sentido crítico de la época, disfrutaba el alcalaíno, en prosa lo mismo que en verso—, Espinel, Ercilla, Castillejo, Boscán, Fray Luis de León, Lope de Vega, los Argensolas, Góngora, Calderón y toda la plana mayor. Cosa curiosa: falta, y sigue faltando en los demás volúmenes, nuestro Ruiz de Alarcón. Al cabo de esta parte proemial comienza el diccionario, que alcanza a 723 páginas, en las que se definen desde la primera letra alfabética hasta la voz "buzón", o sean sólo la A y la B.

La obra fue acogida, dicen las crónicas, con entusiasmo, con respeto, pidiéndose que fuese continuada a la mayor brevedad. Y como muestra del esforzado trabajo académico, tres años después, en 1729, editado en la misma imprenta de Francisco del Hierro, dignificado desde la aparición del primer volumen con el título de "Impresor de la Real Academia Española", aparece el segundo, que incluye, después de las breves páginas en las que se contienen las Erratas, más una Noticia de los académicos fallecidos desde que se acabó la impresión del primer tomo, y de los de nuevo ingreso, más, como en el primero y en todos los siguientes, el índice de las autoridades recibidas en el volumen, únicamente la letra C, es decir, desde la definición de la letra misma hasta el cuarto artículo de la palabra "Cisne", con la cual, dícese, "se suele llamar lo que es todo blanco"; ello ejemplificado con la

autoridad de Diego de Colmenares en su obra *Escritores Segovianos,* de la cual se copia: "Veíase luego al Rey en un caballo cisne, con gualdrapa de terciopelo negro".

El tercer tomo salió de la misma imprenta —sólo que muerto ya Francisco del Hierro, la casa aparece como "de la Viuda de Francisco del Hierro"— en 1732. Nueva noticia de académicos fallecidos, y de nuevos académicos, así como de las autoridades recibidas; y en el vocabulario las letras de la "D" a la "F", íntegras.

En 1734, en que aparece el tomo cuarto, que contiene de la "G" a la "N", inclusive, había ya muerto, de seguro, la viuda de Francisco del Hierro, pues el pie de imprenta dice: "En Madrid: en la Imprenta de la Real Academia Española, por los Herederos de Francisco del Hierro. Año de 1734".

El tomo quinto de la magna obra, que contiene las letras "O", "P", "Q" y "R", aparece en el año de 1737. Finalmente, el volumen sexto, que acaba con el alfabeto, pues contiene las letras de la "S" a la "Z", para concluir con la voz "zuzón", ejemplificada con una cita del *Tesoro de la Lengua Castellana,* de Covarrubias, apareció en 1739, es decir, que en este 1939 hace doscientos años.

Por ser el último volumen del glosario, la Academia publica, en las páginas primeras de este último tomo, sin numeración por cierto, una Continuación de la Historia de la Academia, en la que se narran todos los sucesos importantes acaecidos en la corporación desde 1726 en que, he dicho, se publicó el primero, hasta que, trece años después, se publica este último. Se habla en ella del arduo empeño, durante esos trece años, de los señores académicos, que se reunían ya no sólo una vez, como lo manda el Estatuto, sino dos por semana, y en sesiones de largas horas, para tratar no sólo sobre la división, que entre ellos se hizo, de las letras, para su estudio y proposición ante el instituto, sino, luego, de cosas de mayor precio, tales como el estilo de la obra misma; dándose al final una lista completa de los académicos de número, con más los supernumerarios y honorarios; costumbre ésta que habría de seguirse en todos los diccionarios de la Academia, hasta el último. Y, de seguro para mostrar el valer de sus individuos, se hace, en esta misma parte inicial del volumen, lista de las obras que han compuesto y dado a luz; obras que líbreme Dios de desestimar, aunque de ellas he de decir, desde luego, que una gran parte me es del todo desconocida.

El Diccionario de Autoridades, que incluía en sus seis volúmenes 13,365 voces, era de importancia positiva para toda España, y para la América Española. Como que, en realidad, salvo el de Covarrubias, y quizás el de Nebrija, el diccionario académico era el primero del idioma. Don Sebastián de Covarrubias y Orozco había publicado, en efecto, su *Tesoro de la Lengua Cas-*

tellana o Española, dos volúmenes, en 1611, más de un siglo antes que la Academia Española publicase el suyo. Este libro de Covarrubias fue realmente una magnífica aportación a la lingüística española. Contiene un buen glosario del idioma, con autoridades. Sólo que, menos copioso en artículos, y menos cuidado y preciso en sus definiciones, y luego muy raro desde el principio, por su menor tirada y su menor recibo, fue, y sigue siendo, una joya de bibliófilos más que un diccionario popular. Muchos años antes, todavía, que Covarrubias, nada menos que en el gran año español de 1492, y en Salamanca, apareció el Diccionario del maestro Elio Antonio de Nebrija; al que todavía había aventajado en dos años el de Alfonso Fernández de Palencia, *Universal Vocabulario en Latín y en Romance,* menos culto y formal.

La obra nebricense es de una magnífica curiosidad; pero, ya se ha dicho, es un vocabulario bilingüe, del latín al castellano o romance, y del romance al latín. A esta segunda parte, por cuanto constituye una buena lista de voces castellanas, es a la que autor de tanta respetabilidad como el Conde de la Viñaza, diputa como el primer diccionario de la lengua castellana, "pues no es otra cosa, dice, su copiosísimo vocabulario romance-latino, que sigue al vocabulario latino-romance...". Guardemos todo respeto a Nebrija, y a su comentador; pero reservemos, sin embargo, la primacía verdadera de la publicación del diccionario castellano, a la Academia Española, a la Academia por antonomasia. Y esto lo digo porque, ya se sabe, esta Academia, creada para fines de atención y cuidado de la lengua, se llamó sólo la Academia Española, en tanto que sus congéneres, que fueron creándose en el decurso de los años, tuvieron que llevar ya, en su nominación misma, la explicación de su objeto: Academia de la Historia, Academia de Bellas Artes, Academia de Ciencias Morales y Políticas, etc.

Habida cuenta del éxito notorio de su primer Diccionario (1726-1739), la Academia quiso repetir su edición, ampliándola y corrigiéndola, tratando de limpiar sus defectos. Decidió, por lo pronto, aumentarlo por medio de un Suplemento; pero toda esta labor se interrumpió con la composición de la Ortografía, y de la Gramática después; obras académicas, éstas, que salieron a luz en 1742 y 1771, respectivamente. Antes de que la Gramática quedase lista, quiso la Academia volver al trabajo del Suplemento, de que acabo de hablar; pero cuando vio que tenía ya materia para un volumen crecido, y advirtió que era muy corto el número que quedaba de juegos completos del Diccionario, determinó, dice el prólogo de la segunda edición, reimprimir toda la obra, con sus correcciones y aumentos; y publicó, en efecto, en 1770 el primer tomo, letras "A" y "B".

La labor ardua con que se tropezó para reimprimir, aumentada y corregida, la obra, constante, ya se ha visto, de seis volúmenes en la primera edición, movió a la Academia a cambiar de oriente; y así, queriendo reimprimir todo el diccionario, y deseando, luego, hacerlo de uso más fácil y hasta de precio más cómodo, resolvió reducirlo de seis volúmenes a sólo uno. No se quiso, sin embargo, quitar voz ninguna ni alterar la obra en cosa substancial; pero hubo forzosamente que restarle todo lo atañedero a autoridades, etimologías y otras galas del famoso primer glosario. Se publicó, así, en la Imprenta de Don Joaquín Ibarra, 1780, tal edición, primera en un volumen, con el nombre de *Diccionario Manual Completo de la Lengua Castellana.* Este volumen y el conocido con el nombre de *Segunda Edición,* hecho en la misma imprenta en 1783, son actualmente rarísimos, quién sabe si más que el mismo Autoridades. El de 1783 es de casi un mil páginas, y contiene cuanto Autoridades tuvo en artículos; pero con menos salsa o adobo, pues, digo, las voces vienen más escuetamente definidas, aunque no es exacto que falte en todas explicación cabal, y aun, en ocasiones, fuente etimológica y glosas de gramática. A su cabo va un Suplemento relativo a las letras A, B y C. En la lista de académicos figuran Don Tomás Antonio Sánchez, Don Gaspar de Jovellanos, Samaniego e Iriarte, Hermosilla y otros ingenios de esa época decadente de las letras de España; algunos, por supuesto, ilustrísimos varones. Por cierto que en la lista de académicos honorarios figura uno cuyo recuerdo quiero expresamente hacer: Don José Díaz y Alcántara, "Chantre de la Santa Iglesia Catedral de Durango en la Nueva España". Esta segunda edición, 1783, se llama, sin el adjetivo "manual", simplemente *Diccionario de la Lengua Castellana. Compuesto por la Real Academia Española.*

La tercera edición, con intercalación de nuevos artículos, fue hecha por la Viuda de Don Joaquín Ibarra (caso éste, de que la viuda siguiese con la casa, el mismo acaecido con el mencionado primer impresor académico, Francisco del Hierro), en 1791. Constituye, asimismo, magnífico tomo, con menos páginas que el anterior, pues llega sólo a 867; pero probablemente más nutridas de texto, por el mayor tamaño de las páginas mismas y el menor de la letra, aunque siempre con impresión neta, clarísima.

En 1803 publícase la cuarta edición, respecto a la cual el Prólogo hace ver la adopción de no pocas reformas. Inclúyense, por primera vez, como letras especiales, la "CH" y la "LL", y se da cima a la treinta años antes iniciada reforma ortográfica relativa a puntos importantísimos.

La quinta edición se publicó en 1817; tirándose, y ya es tirada para aquella época, seis mil ejemplares, vendidos en muy breve tiempo, pues parece que el público esperaba con ansias esta edición, primera aparecida después de la invasión francesa. Se hizo en la Imprenta Real.

La sexta edición trae, al pie de la portada, como todas las anteriores. el conocido emblema académico del crisol y la leyenda. Fue hecha en la Imprenta Nacional el año de 1822. Su paginación alcanza al número 869.

En 1824 aparece otra edición; pero a su respecto hay una circunstancia curiosa, a causa de la cual Viñaza entiende que es espuria, es decir, que se trata de una suplantación y que la Academia no autorizó semejante diccionario, ya que su verdadera séptima impresión apareció en Madrid hasta 1832. El volumen que tengo a la vista al dictar estas palabras está editado en París, en 1824. El pie de imprenta dice: "París. —En la Librería Hispano-Francesa de Bossange Père, Calle de Richelieu, Nº 60: y en la Librería Hispano-Francesa de Rosa, Calle de Chartres, Nº 12.— London: Martin Bossange et Ce, 14 Great Marlborough Street; Vicent Salva, 124 Regent Street.— 1824".

El tomo, de admirable impresión, es casi exactamente igual, en lo que a composición atañe, a los editados por la Academia en Madrid. Consta, eso sí, de dos partes, con paginación separada. Contiene la primera, después del prólogo, que es copia del de la citada sexta de 1822, llevando también la misma nota de académicos fallecidos desde el año 1817, una lista distinta de la de académicos vivos publicada en dicha edición de 1822, en la que se anotaba que incluía a los académicos que integraban la corporación en enero de 1820. Este es dato importante, pues hubiera sido difícil, dentro de una obra espuria, lograr tan al día y tan precisamente estos datos. En cuanto al mero diccionario, se anotan también ciertas diferencias en la colocación de los artículos y aun en algunas definiciones. Sin embargo, creo que la edición sí fue autorizada por la Academia Española, o que fue hecha, cuando menos, por persona conocedora, tal vez por algún académico desterrado a la sazón.

No he de dejar de anotar aquí como cosa de curiosidad, que en ese mismo año de 1824 aparece otra edición, en dos volúmenes más pequeños, en octavo y en una diversa impresión, señalada como séptima edición del Diccionario, hecha en París también; trayendo como pie de imprenta el de la misma "Librería Hispano-Francesa de Rosa"; sólo con la circunstancia de que en la segunda parte de la citada séptima edición que estudia de la Viñaza, y que considera como suplantación, aparece la dirección de la Casa de Rosa, en París, como Calle de Chartres Nº 12; en tanto que en esta pequeña, en octavo, aparece como dirección la Calle de Montserrat Nº 5; cosa, ésta, un tanto rara por tratarse del mismo año, 1824.

De esta edición no tengo sino el volumen segundo, que pude adquirir hace algunos años. La falta del primer volumen no descabala la colección completa de Dicionarios de la Academia, que me precio de tener, pues esta edición en octavo sí creo que es indudablemente falsa.

La Academia publica, ya lo anuncié, su nuevo Diccionario señalado co-

mo séptimo, en Madrid, en 1832, con modificaciones en las abreviaturas, supresión de una porción de voces —especialmente arcaicas—, mejoría notable en las definiciones de voces técnicas y otras muy buenas ventajas.

La octava edición aparece en Madrid en 1837, y establece nuevos cambios ortográficos.

La novena fue publicada en 1843; cambiándose otra vez de imprenta, pues ahora se anota la de Don Francisco María Fernández. El prólogo de esta edición es análogo al de las anteriores, y su publicación semejante, con nuevos cambios ortográficos. Aparece entonces, muerto el Presidente anterior de la Academia, que lo era Don José Gabriel de Silva y Bazán, Marqués de Santacruz —y con este nombre ya se recuerdan grandes cosas de la historia de España—, como Presidente el dramaturgo Don Francisco Martínez de la Rosa, hombre, como se sabe, que asimismo figuró grandemente en la política española. Forma aún parte de la corporación, ya muy viejo en ella, y muy viejo de edad, Don Manuel José Quintana. Son también académicos Don Francisco Javier de Burgos, Don Juan Nicasio Gallego, Don Manuel Bretón de los Herreros, Don Mariano Roca de Togores y otros que disfrutaron de gran boga en su época.

La décima edición vio la luz en 1852. La obra aparece entonces mejorada, realmente ya de mucho más valor que lo fue en sus principios. Nuevos académicos en aquella época, entre otros Mesonero Romanos, El Duque de Rivas, Don Pedro José Pidal, Don Juan Eugenio Hartzenbusch, Don Fermín de la Fuente y Apezechea, nombre, éste, que debemos recordar con cariño en nuestra Academia Mexicana, pues fue uno de los iniciadores, quizás el verdadero iniciador de la idea de establecer las Academias correspondientes, en 1870, y se empeñó como otro ninguno en la fundación de la nuestra. Por cierto que, cosa interesante y rara: Don Joaquín García Icazbalceta, el magnífico primer Secretario de nuestra Corporación, y su Director más tarde, dice, en su Reseña aparecida en el Primer Tomo de las Memorias de nuestra organización, publicado en 1876, un año, apenas, después de fundada la Academia, que el señor de la Fuente y Apezechea era mexicano. ¿Será verdad? La declaración de Icazbalceta es por sí sola respetabilísima. Sin embargo, ocurre pensar si pudo un mexicano ser individuo de número de la Española...

La undécima edición aparece en 1869. Adviértase que los períodos que han venido sucediéndose entre una y otra ediciones, desde el principio hasta esta de 1869, son irregulares; unos largos, otros cortísimos. Se tenía en cuenta la rareza de la edición anterior, o, por lo contrario, la existencia de copia de ejemplares. De entonces acá la Academia regulariza sus ediciones, como lo veremos un poco más adelante. Para entonces, habiendo muerto, en el largo tiempo corrido entre la décima y la undécima ediciones, diecisiete años,

muchos académicos, entre ellos los citados Martínez de la Rosa, Quintana, Don Juan Nicasio Gallego, el Duque de Rivas y el Marqués de Pidal, más Don Rafael María Baralt y otros que no había anotado, aparece nuevo importante acervo de individuos: Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe; Don Leopoldo Augusto de Cueto —el famoso Marqués de Valmar, glosador de las Cantigas de Don Alfonso el Sabio—; Don Manuel Tamayo y Baus, el dramaturgo; Don Pedro Felipe Monlau; Don Tomás Rodríguez Rubí; Don Ramón de Campoamor; Don Juan Valera; Don Antonio García Gutiérrez; Don Antonio Cánovas del Castillo, Don Adelardo López de Ayala, Don Antonio de los Ríos Rosas; Don Francisco de P. Canalejas... La undécima edición sale a luz, dijimos, en 1869; la duodécima en 1884; la décimotercera en 1899; la décimocuarta en 1914. Estos cuatro volúmenes van distanciados, uno del otro, quince años. La décimoquinta aparece en 1925 y la última, la décimosexta, en 1936. Once años, ahora, entre cada uno de ellos y su antecesor.

Como no es el objeto de este apunte, meramente bibliográfico, hacer estudio de las características de cada una de las ediciones del Diccionario, y menos de las últimas, por ser las más conocidas, sólo anotaré que la Academia Española, con un espíritu abierto, dígase lo que se diga, a todas las fuentes, a todos los rumbos, liberal de veras, ha venido dando entrada en sus lexicones a todas las voces que, por su recibo ya general y siempre, por supuesto, que su conformación se ajuste a buenas reglas idiomáticas, han parecido dignas de aceptación. No se ha cerrado nunca la Academia a la aceptación de una voz. Ha retardado, en ocasiones, el incluirla en sus vocabularios; pero esto sólo cuando la palabra repugna a las buenas normas lingüísticas; y aun en ocasiones, cuando ya el uso las impone, o cuando se hacen indispensables, a pesar de su anómala contextura, para traducir fenómenos reales, las acepta, las ha aceptado. Voces que han sido tildadas primeramente de defectuosas hasta el extremo: galicismos, anglicismos, han venido siendo aceptadas, con mesura, por la docta corporación, que si tiene como misión suprema la de limpiar y fijar el idioma, para darle mayor esplendor, no desconoce las necesidades que todo idioma está destinado a satisfacer.

El lenguaje, se ha dicho mil veces, es una cosa viva, actuante, en movimiento; no paralítica, ni anquilosada. Su diccionario, pues, tiene que moverse también, ajustándose a los fenómenos que debe definir; pero esta obra tiene que hacerse con celo, con afán de pureza; afán que a algunos duele, o que a algunos, cuando menos, parece doler.

La Academia Española, cuya obra luce no sólo en su ya importantísima serie de diccionarios, sino en la de sus Gramáticas, excelente también, en la de sus memorias —13 volúmenes, hasta el del año de 1926, último publica-

do o, al menos, recibido—, la de su Boletín —21 tomos hasta 1934—, y en la edición de libros de la más alta importancia, tales como las ediciones magníficas, famosas, de Cervantes, de Lope de Vega, de otros grandes ingenios; la Academia Española, en su afán de divulgar su acción, de popularizarla realmente, publicó en 1927, por primera, y hasta ahora por única vez, un Diccionario Manual e Ilustrado, en octavo, interesantísimo. En él, también por vez primera, la Academia acepta, "ad cautelam", diré, significada esta circunstancia por un corchete, ciertas voces de esas a que he aludido como poco ajustadas a la índole de nuestro idioma, o aún no sancionadas por un uso importante. Otras voces, señaladas con asterisco, son las que la Corporación condena y rechaza del todo. De esta edición manual aparecen ya, en la del Diccionario grande de 1936, recibidas definitivamente no pocas palabras. Otras de aquellas señaladas como de aceptación provisional, siguen bajo observación.

Con respecto a la edición de 1936, la última, habría mucho que decir; pero no hay campo para ello. Anotaré sólo que quedó terminada casi en los días mismos en que se iniciaba la guerra civil española que ha concluido hace apenas unos meses. El colofón anota que el libro quedó concluído el 1º de julio de 1936. Iniciado el movimiento nacionalista a mediados de ese propio mes, sólo pudieron salir, debidamente arreglados y empastados, rumbo a América, algunos ejemplares. Esta circunstancia ha hecho que los que tuvimos la fortuna de haber los nuestros, los hayamos gozado como a libro raro. Y aún seguirá siéndolo; por más que ahora, hallado, dícese, casi el total de la edición, todavía en rama, va a empastársele para su salida. Se dice que la portada de la edición cambiará, quizás para volver a señalarse, como autora, a la Real Academia Española, y no sólo a la Academia Española como lo decía la citada edición de 1936, por vez primera; y que tal vez se anotará en el nuevo pie de imprenta, este año de 1939 en vez del de 1936; con lo que, cuando menos en apariencia, será una edición distinta a la que quedó tan poco vendida. Por otro lado, se ha dicho, y así lo apuntaba en estas semanas últimas un cablegrama de prensa venido del propio Madrid, que la edición total, salvo el escaso número de ejemplares salidos en julio de 1936, quedó destruida durante el movimiento, por lo que ahora la Academia está haciendo, tan rápidamente como es posible, una nueva edición. Si así fuese, es decir, de no ser exacta la otra versión que acabo de citar, la edición de 1936 se quedaría ya definitivamente con el carácter de extremadamente rara y curiosa *.

---

* Ya para concluírse la impresión de este trabajo, han principiado a llegar a México ejemplares de la edición, tan aludida, del Diccionario grande, con la nueva portada de que también se habla en el cuerpo de este estudio.

En realidad, y como parecía seguro, no se trata de una nueva edición, sino de la misma de 1936, de la cual sólo salieron en ese año, se anota, algunos ejemplares rumbo a América. Ahora, según se lee en la vehemente "Advertencia" que figura

La Academia ofrecía, desde su edición primera, la formación de un glosario especial de voces técnicas de artes y ciencias, o sea un diccionario tecnológico. No ha llegado precisamente a cumplirlo. Sus ediciones, sin embargo, incluyen, cada vez más, voces técnicas de ciencias, de artes, de disciplinas especiales; pero el mero diccionario tecnológico de la Academia está sin hacer. Hace diez o doce años, un grupo de gente esforzada y culta, con Don Pelayo Vizuete a la cabeza, emprendió la tarea de formar un gran Diccionario Tecnológico Hispano-Americano. En esta obra, que entiendo que sólo alcanzó el primer tomo, o al menos también ese solamente llegó a México, en cuatro entregas, 570 páginas en total, acabadas de imprimir el 31 de agosto de 1929, colaboraba oficialmente, pues dos o tres señores académicos fueron delegados para ello, la Academia. Sin embargo, de voz, de letra, más bien, auténtica en

---

al principio, la Academia, al encontrar casi toda la edición, la manda distribuir cambiándole sólo, se insiste, la portada, que anota como fecha de la edición el "Año de la Victoria", 1939, consignándose como autora y editora, según se anunciaba ya, a la Real Academia Española, puesto que la corporación ha vuelto a asumir el título que la República le había restado. Y en consonancia con esto, el famoso crisol con la leyenda propia de la corporación trae de nuevo, como cimera, la corona real.

Fuera de lo que concierne a la portada y a la Advertencia a que me refiero, el Diccionario, según se hace notar especialmente, no incluye, por vez primera en la larga historia de los diccionarios académicos, la lista de los individuos de la corporación, de número o correspondientes, ni los de las Academias americanas. Explica la Advertencia que no se hace porque, pendiente la constitución de la Academia, hubiera habido que esperar varios meses hasta que, de acuerdo con los Estatutos, se haga la elección de los cargos, y, por lo que toca a las corporaciones de América, porque a causa de la incomunicación en que se estuvo con respecto a ellas durante tres años, no se tiene aún noticia cabal de los cambios que habrán podido ocurrir en su seno.

Resulta, de cualquiera manera, interesante para los bibliófilos el que aparezca ahora, por diferencias en la portada y en los otros detalles a que aludo, partida en dos la edición décima sexta, una parte con el año de 1936 como fecha de la edición, y otra con el de 1939.

Como nada se ha cambiado en el cuerpo mismo del libro, resulta que se advierte en él la misma circunstancia que se notaba desde 1936, y que, aunque no quedó consignada en el cuerpo de este leve trabajo, era desde entonces de llamar la atención, hasta originar el que se creyese por algunos que se había querido festinar la salida del volumen, al ocurrir el movimiento revolucionario, a fin de que no se quedase en Madrid el total, o la mayor parte de la edición. Y es que la fe de erratas, o, para usar el título de la Academia, las "Correcciones y erratas", que contienen más de 200 faltas para las letras de la *A* a la *M*, es decir, más o menos para la mitad del libro, incluyen luego sólo dos para todo el resto del Diccionario. Parecía poco probable que una revisión cuidadosa hubiera arrojado sólo tales dos erratas para la mitad del libro. Yo mismo, en lecturas someras, he encontrado otras. Sin embargo, se aclara que no hubo aquella mente de festinación en el punto. De todos modos, hubiese valido la pena hacer ahora una nueva revisión, para que tales enmiendas resultasen más precisas y completas (Febrero, 1940). (Nota del Autor).

absoluto, supe que la Academia no prohijaba muy en serio esta publicación, estimabilísima de cualquier modo y la que es lástima que no haya seguido publicándose.

Como nota final permítaseme decir todavía que la Academia, con el buen deseo que siempre ha tenido de volver a editar un Diccionario de Autoridades, de revivir su primera edición, con, por supuesto, el acrecimiento que el acopio de cédulas autoritarias allegadas en el transcurso de dos siglos hace menester, inició hace pocos años la edición del Diccionario Histórico de la Lengua Española. En efecto, en un magnífico volumen, del mismo tamaño que el de todos sus diccionarios grandes, publicó, en 1933, el primer tomo de este Diccionario Histórico, de este nuevo Autoridades, excelente en realidad. Comprende el primer volumen, en sus nutridas 1108 páginas, sólo la letra "A"; e incluye, ya se dice, un magnífico acervo de orígenes, de ejemplos, de autoridades, en fin.

Ojalá que la insigne corporación, vuelta a vida de normalidad, pueda continuar en este empeño de editar el nuevo Diccionario de Autoridades, es decir, de continuar, hasta concluir quién sabe en cuántos volúmenes, el mencionado espléndido Diccionario Histórico de la Lengua Castellana.

Y esto es cuanto tenía, o, por lo menos, cuanto debía deciros dada la brevedad a que mi trabajo estaba obligado, no sólo por el anuncio que se hizo en la invitación que os trajo, Señoras y Señores, esta noche, a esta casa, sino por fueros de elemental cortesía que manda no cansar al bondadoso oyente. Quién sabe si os habré lastimado con esta demasía. Para tal caso os presento mi excusa, y os pido perdón.

LA IMPRENTA EN LA EPOCA VIRREINAL *

Por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA

EL estudio de la bibliografía en los tres siglos coloniales es muy importante para darnos cuenta del papel que desempeñó la imprenta en la cultura mexicana. Desde la organización del primitivo y benemérito taller del impresor Juan Pablos, para no mencionar sino aquel del que se tienen noticias más o menos exactas, la imprenta en la Nueva España sirvió fundamentalmente a un propósito: la propagación de la fe. Instrumento de propaganda religiosa, era indispensable para los trabajos de los misioneros. ¿Qué habrían hecho los seráficos padres de la orden franciscana sin la herramienta indispensable del libro? Para catequizar era menester penetrar en el espíritu de los indios recientemente conquistados, para ello era indispensable aprender su lengua, y el medio más fácil para llegar a este resultado era la redacción de las gramáticas, que enseñaran a los monjes los principios fundamentales de las lenguas. El gran filólogo Nebrija en el siglo XV había preconizado el carácter imperial de la lengua castellana: "después que Vuestra Alteza metiese debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros —decía a los Reyes Católicos poco antes del descubrimiento de América—, e naciones de peregrinas lenguas e con el vencimiento aquellos tenían necesidad de recibir las leyes que el vencedor impone al vencido e con ellas nuestra lengua, entonces, por este mi arte, podrían venir en el conocimiento de ella como agora nosotros deprendemos el Arte de la Gramática latina por deprender el latín". Consecuentemente para que los indios aprendieran la lengua castellana era preciso que los misioneros, a su vez, aprendieran los diferentes dialectos de los pueblos sometidos. Así surgen en su momento las diversas Artes de las diversas lenguas, que escribieron Fray Alonso de Molina, Jorge de Alvarado, Fray Juan Córdoba, Maturino Gilberti.

Abierto el camino, era necesario completarlo con los libros de devoción y de enseñanza religiosa indispensables para la catequesis. Monumento capital

---

* Discurso leído en la Academia Mexicana Correspondiente de la Española el día 20 de diciembre de 1939.

es en este sentido el libro que nos da pie para conmemorar en este año la fundación de la imprenta en su cuarto centenario: la *Breve y más compendiosa doctrina Christiana en Lengua Mexicana y Castellana* que hiciera imprimir en los tórculos de Juan Pablos el insigne primer obispo de México D. Fray Juan de Zumárraga.

Pero no bien mediaba el siglo XVI cuando la imprenta, ensanchando el campo de sus actividades comenzó a servir al humanismo. Fundada la Universidad había menester de textos que sirvieran a sus estudiantes para seguir las cátedras que en ella se impartían. La dialéctica de Fray Alonso de la Veracruz, los Diálogos de Cervantes de Salazar son muestra clara e interesante de esta actividad editorial que hace del siglo XVI mexicano un capítulo tan interesante de la historia del Renacimiento Español. La curiosidad científica característica de la época hace que las ciencias y las artes estén representadas en el acervo bibliográfico de esta centuria que fue de expansión geográfica y de actividad espiritual inigualable en nuestra historia. Gracias al esfuerzo del hombre de acción, y al empeño del hombre de espíritu las fundaciones del siglo XVI en nuestro país tienen ese carácter de solidez, de reciedumbre que nos conmueve al contemplarlas. Ya la Medicina interesaba a hombres como Bravo, Farfán y López de Hinojosa; la Náutica y El Arte Militar a García de Palacio, las Leyes de Puga, y las relaciones de sucesos interesantes se anticipaban a nuestro periodismo actual, como la del terremoto de Guatemala, y las exequias de Carlos V y Felipe II.

En el siglo XVII la imprenta sirvió también a su manera a los propósitos de la época. En ese siglo el barroquismo influye en las Artes y en las Letras. Era la última consecuencia del Renacimiento. El amor por la forma había hecho que el espíritu desapareciera. Del frasco se había evaporado el perfume y, para deleite de los ojos, el artífice se dedicaba a labrar con primor la vasija, pensando que bien valía que se deleitaran los ojos cuando el olfato no podía ya captar el olor de lo que se había escapado. En ese siglo de apariencia, de idolatría por la *fermosa cobertura,* de anhelo de perfección formal, entendida como alarde de destreza para manejar el buril o el cincel, de fantasía desbordada, de paciencia benedictina, de ingenio y de discreción, los libros que salían de las prensas tenían que conformarse, necesariamente, al espíritu de la época y así se llamaron *Geográfica descripción de la parte septentrional del polo ártico de la América y nueva iglesia de las indias occidentales, y sitio astronómico de esta provincia de predicadores de Antequera Valle de Oaxaca* de Fray Francisco de Burgoa, o la *Exposición astronómica del Cometa que el año de 1680 por los meses de noviembre y diciembre este año de 1681 por los meses de enero y febrero, se ha visto en todo el mundo, y se ha observado en la Ciudad de Cádiz* por el P. Eusebio Francisco Kino, o la *Libra Astronómica y Philosophica en que D. Carlos de Sigüenza y Góngora Cos-*

mographo y Mathematico Regio en la Academia Mexicana, examina no solo lo que a su manifiesto Philosophico contra los cometas opuso el R. P. Eusebio Francisco Kino de la Compañía de Jesus sino lo que el mismo R.P. opinó y pretendió haber demostrado en su exposición astronómica del cometa de 1681. Títulos largos, exuberantes, que en las portadas aparecen estampados en diversos caracteres y con viñetas alusivas para hacer más historiada la ornamentación, fin de todo artista pintor, imaginero y tipógrafo en esta centuria y parte de la décimaoctava de locura ornamental.

La otra parte es de actividad científica. El racionalismo cartesiano introducido en nuestra filosofía por el felipense Díez de Gamarra, matiza la producción científica del siglo XVIII; el neoclasicismo que influye en las letras trae, como consecuencia, el destierro de las formas barrocas. Los libros que salen de las imprentas pierden su apariencia barroca. Ya no danzan las letras de diversos tipos en las portadas. Las carátulas son severas, frías. El tipo romano lo invade todo, da austeridad y prestancia a los volúmenes, como en el *Theatro Americano* de D. Joseph Antonio de Villa Señor y Sánchez, en el *Prontuario* del Padre Paredes o en las gazetas y calendarios que comienzan a salir de las prensas de D. Felipe y D. Mariano de Zúñiga y Ontiveros.

Así, en la época colonial, única a la que se refiere este breve recorrido por la historia de la imprenta en México, ya que el siglo XIX ha sido estudiado por nuestro llorado colega Enrique Fernández Ledesma, la imprenta, fundada a solicitud de Fray Juan de Zumárraga, desempeñó admirablemente su papel de instrumento de cultura e interpretó también el espíritu de cada uno de los siglos en que sirvió de expresión, circunstancias que la hacían merecedora de una feliz recordación en este año en que se conmemora el cuarto centenario de haberse firmado un contrato entre el sevillano Cromberger y Juan Pablos que hizo posible la aparición del primer libro en América. Acontecimiento que rememora la Academia Mexicana en esta solemnidad sencilla y austera como debe ser todo lo que a la cultura se refiera.

LA INVENCION MAS VALIOSA DEL SIGLO XV *

Por don ALBERTO MARÍA CARREÑO

EL INGENIO del hombre no ha descansado jamás, y nunca descansará de buscar los medios que han de hacerle más fácil la vida, más llena de comodidades y de atractivos la existencia.

Y algunos de sus grandiosos inventos ni siquiera nos han dejado huella del inventor, o de los inventores, ya que en multitud de veces son varios quienes de modo independiente logran una misma solución para un mismo problema.

Nada sabemos, en efecto, de quién primero halló la utilidad de la rueda, los beneficios del arado; ignoramos qué individuos idearon respectivamente la escritura cuneiforme, empleada por los asirios; la ideográfica y la demótica de los egipcios; el alfabeto de los fenicios y de los griegos y de los romanos. Todos los hombres, sin embargo, que han vivido en una época o en una región determinada, si el invento resulta regional; el mundo entero, si el invento tiene utilidad universal, han aprovechado estas manifestaciones de la inteligencia y del esfuerzo humanos.

Nos reunimos hoy para celebrar el cuarto centenario del aprovechamiento entre nosotros de la más valiosa invención del siglo XV: el uso en la imprenta de tipos movibles, y por ello recordaré brevemente cómo surgió la imprenta, y cómo la hemos utilizado en nuestra patria, desde poco después del descubrimiento. Si se me permite, recordaré también que algunos miembros de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Española, y uno de la Suprema Corte de Justicia han ejecutado personalmente trabajos de impresores.

Iba corrida casi la mitad del siglo XV. Cerca del lugar donde el Rhin más se ensancha en su curso superior, levántase una de las más antiguas ciu-

* Discurso leído en la Academia Mexicana correspondiente de la Española el día 20 de diciembre de 1939.

dades alemanas: Maguncia. Por aquellos días viejas y angostas callejas contrastaban con la grandiosa catedral, erigida desde el siglo X, y sede arzobispal de Bonifacio, el famoso prelado que tanta influencia tuvo en la vida de la Iglesia universal.

Allí nació, alrededor de 1398-99, un niño a quien se llamó Johann, (Juan), hijo del matrimonio de Friele Zum Gensfleish y de Elsgen Wyrich, ambos de elevado origen.

20 años tenía aproximadamente cuando con motivo de alguna lucha entre nobles y plebeyos Juan Gensfleish Gutenberg —nombre este último del lugar del nacimiento de su madre— radicóse en unión de su familia en Strasburgo y consagróse allí al pulimento de piedras preciosas y a la fabricación de espejos; pero ya entonces había dado los primeros pasos en la preparación de los "moldes" que habrían de transformar completamente la forma de transmitir el pensamiento.

Singular preocupación ha sido para el hombre, en efecto, esta transmisión, que ha efectuado en tablillas de arcilla, o en planchas de tosca piedra y de pulido mármol; en suave cera, o en fuerte papiro; en resistente pergamino, y más tarde en multitud de calidades de papel. Pero cuando el trabajo no era realizado por la paciencia y dilatada tarea de los *scribas*, a lo más a que se había llegado era a obtener *xilógrafos*, que eran ya un considerable adelanto, por la relativa rapidez con que las impresiones se hacían. ¡Pero qué rudo trabajo era necesario realizar antes! ¡Cada plancha de madera necesitaba ser tallada en su integridad, para que al oprimirse, ya entintada, sobre el papel, reprodujera el texto que se deseaba!

Gutenberg ideó un nuevo procedimiento: formar cada molde con signos movibles, como se asegura que lo hicieron los chinos, coreanos y japoneses antes que tal procedimiento se empleara en Europa. Si los signos se hacían ya no de madera, sino de algún metal, su resistencia sería mayor, y además podrían ser usados una y otra vez, con ahorro considerabilísimo de tiempo y de dinero, si en lugar de construir una sola pieza eran piezas sueltas que pudieran combinarse en diversas formas.

Y en el viejo convento de San Arbogasto continuó la preparación de su invento. Se da cuenta de ello Andreas Dritzehen, su socio en el tallado de piedras, y pretende que lo asocie en esto también, considerándolo como parte en el nuevo negocio, mediante una compensación de 250 florines.

Prosigue entonces Gutenberg sus tareas, pero una adversa fortuna causa la muerte de Dritzehen, y sus parientes inician un juicio contra el inventor, pretendiendo que éste siga asociado a ellos o les pague 100 florines.

No consiente Gutenberg en aquella sociedad, y ya con una sentencia judicial en su favor, pone en práctica sus trabajos y da al mundo el más valioso quizá de los descubrimientos, por la influencia que ha tenido en la divulgación de la cultura humana.

¿En qué fecha exacta logró Juan Gensfleish Gutenberg realizar su primera impresión? No ha podido establecerse con seguridad, pero algunos la fijan entre 1440 y 1444; y es natural pensar que haya impreso, por vía de ensayo, cosas pequeñas. Entre lo primeramente ejecutado, se cuenta la gramática de Donato: *De octo partibus orationis,* con 27 líneas cada página; y sobre todo un *Missale speciale,* que Otto Hupp considera impreso en 1450. Luego, bien se sabe, imprimió la bula de indulgencias del Papa Nicolás V y sobre todo el vocabulario llamado *Catholicon* y las biblias de 36 y de 42 líneas respectivamente; conocida esta última con el nombre de *Biblia Mazarino.*

Un nuevo auxiliar de la inteligencia había surgido definitivamente aunque su inventor, sin lograr éxito pecuniario por su empresa, viérase despojado de sus útiles, y obligado a aceptar un empleo del Arzobispo de Maguncia. Allí moriría decepcionado y pobre en principios de 1468.

¿Qué más? aun después de su muerte no han faltado quienes han querido arrebatarle la gloria de su descubrimiento, pretendiendo que fue Lorenzo Coster quien lo realizó en Holanda, en la ciudad de Haarlem.

Pero así como los admiradores de Lord Bacon no han podido arrancar la corona de laurel que ciñe la cabeza de Shakespeare, así tampoco los amigos de Holanda y de Coster han logrado quitar a Alemania el honor de ser la cuna de la Imprenta; a Gutenberg la gloria de ser su inventor.

México, ya se sabe, habría de ser deudor a otro alemán, Johann Cromberger, de que el ilustre primer Obispo y Arzobispo de México, Don Fray Juan de Zumárraga, realizara sus propósitos de que la capital de la Nueva España, gozara de los beneficios de aquel descubrimiento, que poco a poco se iba desarrollando en Europa, y que aquí definitivamente implantó, como representante de Cromberger, el lombardo Giovanni Paoli, quien castellanizó su nombre, llamándose Juan Pablos.

¿Pero fue realmente Zumárraga el iniciador del establecimiento de la imprenta en México? La pasión sectaria, que ha venido señoreando muchos espíritus en México, ha pretendido arrancarle esa gloria; pero contra los apasionados decires se encuentran los documentos fehacientes.

Existe en el Archivo de Indias y fue citado en 1912 por el ilustre bibliógrafo D. José Toribio Medina [1] y reproducido en 1921 por el P. Mariano Cuevas, S. J. [2], el memorial que Zumárraga presentó al Consejo de Indias en fines de 1533, y en él expuso la utilidad y conveniencia de que se estableciera no solamente la imprenta, sino algo más: fábrica de papel que la abasteciera.

"Item —escribió— porque parece sería cosa muy útil y conveniente ha-

---

[1] *La Imprenta en México,* Vol. I, pp. XXXIII-IV.

[2] *Historia de la Iglesia en México,* Vol. I, Apéndice.

ber allá imprenta *y molino de papel,* y pues se hallan personas que holgaran de ir, con que su Majestad haga alguna merced con que puedan sustentar el arte, Vuestra Señoría y Mercedes lo manden proveer".

La idea era tan importante, que desde luego el Consejo la aceptó y resolvió: "Que se les dará pasaje y matalotaje y almojarifazgo y se les prestará allá alguna cantidad de la hacienda de Su Majestad para ayudar a comenzar, y privilegio por tiempo señalado".

La iniciativa, pues, no cabe duda, fue del Obispo que en ese mismo memorial pedía: "ocho mujeres... para la instrucción de las niñas indias"; maíz "para las enfermerías de los niños y niñas"; ayuda para los "muchos oficiales de diversos oficios y labradores y personas de educación, casados, con sus mujeres, y algunos solteros que quisieran (venir) a poblar"; "preceptores de gramática así para los de acá (es decir, para los españoles), como para los de allá" (para los indios); "algunos libros de canto y misales", "porque los hijos de los naturales que los religiosos enseñan son muy dados a los cantos eclesiásticos".

Todo esto último, como se ve, era especialmente beneficioso para la educación de los niños indígenas, y los preceptores de gramática, también para los españoles; sin que la cultura de aquel activo fraile dejara de pensar en la necesidad de que le diera el Consejo de Indias "una muy buena librería", biblioteca diríamos hoy, que sirviera para resolver las dudas y casos que aquí se presentaban.

Es, pues, inútil pretender arrebatar a Zumárraga la gloria de la iniciativa para darla a D. Antonio de Mendoza, por más que éste seguramente cooperó más tarde en la realización del proyecto, con el interés que siempre puso en lo tocante al Virreinato.

Ahora bien, surge de nuevo la pregunta: ¿quién fue el primer impresor?

Debo confesar sin ambages, que soy de los que aceptan como hecho definitivo, que antes que Cromberger como empresario y Pablos como ejecutor del contrato por entrambos celebrado en Sevilla a 12 de junio de 1539, Esteban Martín fue el introductor, aunque en pequeño, del arte de imprimir como lo inventó Juan Gutenberg.

La circunstancia de haber sido aceptado por el Ayuntamiento de México en su calidad de "emprimidor" como vecino de la ciudad el viernes 5 de septiembre de 1539, no prueba cosa alguna en pro o en contra de que fuera el primer impresor; pues D. José Toribio Medina demuestra que si se exigía una previa estancia de cinco años, para dar la vecindad, hay casos precisos en que ese registro no fue exigido; y yo agrego que Juan Pablos fue uno de los exceptuados, toda vez que se le otorgó en 17 de febrero de 1542, a los tres años de venido [3].

---

[3] Libro 4 de Cabildos, 196 v. Valtón: *Impresos Mexicanos del Siglo XVI,* p. 39.

Pero si Juan Pablos llegó después de junio de 1539; y según Fr. Alonso Fernández en 1535 se imprimió la traducción que de la *Escala Espiritual* de San Juan Clímaco hizo Fr. Alonso de Estrada, o Alonso de la Magdalena; hecho que expuso antes Fr. Agustín Dávila Padilla aunque sin citar fechas, está fuera de duda que otro impresor distinto a Pablos hizo la impresión; y entonces cabe aceptar que la realizó Esteban Martín.

El distinguido bibliógrafo Dr. Emilio Valtón, pretende que este libro fue impreso por Juan Pablos en 1539 [4]; pero creo que no destruye la sólida argumentación de D. José Toribio Medina al aceptar éste la fecha de 1535 fijada por Fr. Alonso Fernández.

Suponen quienes se hallan conformes con la intervención de Esteban Martín en las primeras impresiones, que su taller ha de haber sido pequeño y sin grandes recursos; y aquí cabe afirmar de nuevo que su obra, por concretarse a libros que iban: unos a manos de escolares, y otros a gente de escasa cultura, pereció, como parece que ha perecido la *doctrina* impresa en 1539, a pesar de que nadie duda de que existió el único ejemplar conocido [5].

Es indudable que fueron los definitivos creadores de la imprenta en 1539 Juan Cromberger y Juan Pablos; pero todavía han de hacerse otras consideraciones, acerca de quien debe ser considerado como el primer impresor en el Nuevo Mundo.

Fue aquél, hijo de Jácome o Jacobo Cromberger, impresor alemán que se estableció en Sevilla al finalizar del siglo XV —mediados de 1500— y desarrolló su arte con tanta habilidad, que estableció sucursales en Lisboa y Evora; y en 1525 pretendió pasar a las Indias y para ello obtuvo una real cédula fechada el 25 de julio del mismo año; y si no realizó su intento, sí emprendió varios negocios en la Nueva España, por medio de su factor Diego de Mendieta [6].

Juan estuvo asociado a su padre en los negocios de imprenta en Sevilla entre 1525-1527; y después continuó trabajando por su cuenta, con gran éxito artístico y probablemente pecuniario.

Es fácil, pues, pensar que Zumárraga, aun antes de 1533, que sugiere Medina, esto es, cuando antes de venir a tomar posesión de su diócesis estuvo en Sevilla adquiriendo libros de coro, misales y otras obras de esta naturaleza, según consta por declaraciones del mismo Prelado, quien afirma que compró "cuatro oficios grandes de punto para cantar el oficio divino e misales e breviarios grandes para el coro" [7]; estuviera en contacto con Juan Cromberger y aun con su padre Jácome.

---

[4] Valtón, *op. cit.*, p. 13.

[5] Véase la afirmación de Medina, *op. cit.* Vol. I, p. 1.

[6] José Toribio Medina, *La Imprenta en México.* Vol. I, pp. LVII-VIII. Valtón, *op. cit.*, p. 21.

[7] MS. Archivo de la Catedral.

Con aquél, pues, o con ambos pudo haber concertado desde entonces, 1527-28 que le proporcionaran un oficial impresor que hiciera los primeros ensayos acerca de la posibilidad de establecer en México el negocio de imprimir, que sería lo de mayor interés para los Cromberger.

Pero aun suponiendo que hubiera fracasado en este primer intento, es probable, y esto lo supone Medina y lo acepta Valtón, que al reunirse Zumárraga en Sevilla con el primer Virrey don Antonio de Mendoza, durante la segunda estancia de aquél, y antes de partir éste para tomar posesión de su cargo, urgieron de nuevo a Cromberger que enviara "oficiales e imprenta", y éste hubiera mandado como *explorador,* diríamos, a Esteban Martín, con limitados medios, que sin embargo, pudieron permitirle imprimir la *Escala Espiritual,* puesto que una cédula real de 1542 afirma que ambos, Zumárraga y Mendoza, instaron a Cromberger [8].

Pero todavía hubo una nueva gestión de parte del Obispo, en 1536, o a más tardar en principios de 1537, conforme puede verse por los siguientes datos desconocidos hasta hoy.

D. José Toribio Medina, que después de nuestro García Icazbalceta ha hecho, a mi juicio, el más notable estudio sobre la introducción y desarrollo de la imprenta en México, halló en el Archivo de Indias el siguiente documento sin fecha:

"S.C.C.M.—El Chantre y Procurador de la ciudad de México y los Oficiales de V. M. dicen que un maestro imprimidor tiene voluntad de servir a V. M. con su arte y pasar a la Nueva España a emprimir allá libros de iglesia, de letra grande y pequeña y de canto y de otros libros pequeños para instrucción de los indios y provecho de todos; el cual ansimismo sabe ileuminar y hacer otras muchas cosas que convienen a la población y aumento de aquella tierra; y, por ser los aparejos e herramientas de la impresión tantos e tan pesados para mudallos, y para en la tierra poderse sustentar con el dicho arte, él no lo podrá mudar sin que para ello V. M., atento la gran costa que él en ello podría hacer, le mandase proveer de lo necesario. Suplican a V. M. que, pues a todos hace mercedes y da de qué vivan en aquella tierra, aunque no son personas que traen el fruto que él podrá traer, visto cuán gran bien dello redundará, y que en aquella tierra no se sirvan sino con lo que de acá llevan y muy caro, V. M. nos haga merced de mandar que se le dé al dicho impresor con qué pueda desde aquí llevar la dicha imprenta e aparejos para ella hasta la ciudad de México, o si no fuera servido, se le puede señalar uno de los cinco poblezuelos que están en el agua que le provean de lo que hobiese menester y fueren obligados a dar a otro a quien se suelen dar en corregimiento" [9].

---

[8] Medina, p. LIX.

[9] Medina, *op. cit.* Vol. I, pp. XXXVI y XXXVII.

Con gran sagacidad llegó a suponer que ese Chantre había sido el Licenciado Cristóbal de Pedraza, pero no pudo sino asegurar, que su gestión había sido anterior al 17 de septiembre de 1540.

Estoy, por suerte, en condiciones de retrotraer cuatro años esa fecha y de comprobar que contra la suposición de García Icazbalceta, sí vino a México el Chantre Cristóbal de Pedraza [10].

Quienes se han ocupado en lo relativo a los primeros años de vida de la Catedral, han mencionado cómo el Canónigo Cristóbal de Campaya fue enviado a España como procurador, especialmente con motivo del despojo de terrenos, destinados al referido templo, hecho por el Ayuntamiento de la Ciudad; pero nadie, que yo sepa, ha mencionado que su poder fue revocado condicionalmente en 28 de abril de 1536 y otorgado precisamente al Chantre Pedraza en la misma fecha y *estando presente al otorgamiento.*

He aquí el documento hasta hoy desconocido, que encontré en el Archivo de la Catedral de México: "In nomine Dni. Amen. Sepan quantos esta carta de poder y procuración vieren como nos Don Fray Jno. (Juan) de çumarraga primero obpo. de la gran ciudad de mexico desta nueba españa y licdo. Don manuel flores dean y el doctor don Ra.el (Rafael) de cerbanes thro. (tesorero) y Jno. brabo y miguel de palomares dignidades y canonigos desta sta. iglia. (iglesia) de mexico pa. lo de yuso escripto llamados y capitularmente ayuntados segun q. lo abemos de uso y costumbre rebocando como rebocamos ante todas cosas el poder q. dimos y otorgamos y de nosotros tiene xpoual de campaya canonigo desta sancta iglia si no estubiere y residiere en la corte de su magt. (majestad) o en otra qualquier pte. (parte) entendiendo y procurando en nros. negos. (negocios) y de esta dha. (dicha) sancta iglia. conforme a la instrucion q. le dimos y de nosotros tiene e asi mesmo desdel dia que no residiere e procurare nras. causas y negocios como dho. es le quitamos el salario y estipendio q. por razón dellos le damos q. otorgamos y conocemos por esta presente carta en la mejor via forma e manera q. podemos y de dro. (derecho) debemos q. damos y otorgamos todo nro. poder cumplido bastante segun q. lo hemos y tenemos y segun q. mejor y mas complidamente lo podemos y debemos dar y otorgar de dro. mas puede valer a bos el licdo. xpoual de pedraza chantre desta dha. sancta iglia *q. estades presente* especialmente pa q. por nos y en nro. nombre y desta dha. sancta iglia. de mexico podays tratar y fenecer y acabar cierto pleyto y proceso q. ha pendido y pende entre ptes de la vna el cabildo y regimi.o (regimiento) desta dha. cibdad y de la otra esta dha. sancta iglia. sobre y en razon de ciertos solares y

---

[10] "Había otro Chantre D. Cristóbal de Pedraza, *que probablemente no llegó a venir* y fue nombrado Obispo de Honduras. *Descripción del Arzobispado de México*, MS. González Dávila, tomo I, pág. 306". García Icazbalceta, *Don Fray Juan de Zumárraga*, p. 109, nota. Medina, p. XXXVIII.

tiendas q. ptenecen. a esta dha. iglia. y pa q. sobrello podays parecer y parescades ante todas e qualesquier justicias asi eclesiasticas como seglares de cualquier fuero y juredicion q. sean y pa q. podays presentar todas y qualesquier letras e ynstrumentos escripturas peticiones y otra qualquier manera de provança q. al caso conbenga y menester sea de se hacer y generalmente pa q. en todos nros. pleytos y cabsas y negos. movidos y por mover, asi tocantes a nos como a esta dha. sancta iglia. así en demandando como en defendiendo asi abiles como beneficiales asi profanos como eclesiasticos q. nos hemos y tenemos y esperamos aver y mover contra qualquier psna. (persona) o psnas. e las tales psnas. han o esperan aber y mover contra nos en qualquier manera o por qualquier razon y pa q. por nos y en nro. nombre y desta dha. sancta iglia. podays parecer y parescades ante su magt. y ante los señores del su muy alto consejo o presydente y oydores asi del consejo de las indias como de su real abdiencia y allds. (alcaldes) de la su casa y corte y chancillería y ganar provisión o provisiones e otras qualesquier cedulas de su magt. y dar peticion para ver y alcanzar mrd. (merced) o mrds. de su magt. y provisiones y cedulas q. de pedir hobieredes conforme a la ynstrucion que llebays firmada de nros. nonbres y asi mesmo pa q. podays parecer y parescades ante otros cualesquier juezes y justs. (justicias) asi eclesiasticos como seglares q. de los dhos. nros. pleytos y cabsas puedan y deban conocer ante los quales y ante qualquier dellos podays pedir y demandar todas las demandas pedimi.os (pedimentos) requerimi.os replicatos abtos (autos) y diligencias q. sean necesarias y conbengan pa los dhos. nros. pleytos y desta dha. sancta iglia. y pa cada vno dellos y pa q. podays hacer todos los juramentos requerimi.s protestaciones y otros qualesquier abtos y diligencias q. conbengan y menester sean avnq. aqui no vayan expresas y expresadas ni declaradas y pa defender negar y conocer concluir y cerrar razones y oyr sentencia o sentencias asi interlocutorias como definitibas y consentir en las q. por nos fueren dadas y pedir execucion dellas y apelar y suplicarlas q. contra nos se dieren y seguir la tal aplicación y suplicación alli y adonde con dro. se deba seguir y dar en cualquier lugar y pa pedir costas y jurarlas y pedir q. se tasen y berlas tasar y para q. podades presentar testigos y provanças escripturas abtos e repleytos que al caso conbengan y pa q. podades hacer en nra. anima qualquier juramento o juramentos asi de calunia como de asesoría (?) y deferirlos a la otra pte. o ptes. y pa q. en vro. lugar y en nro. nonbre y de dha. sancta iglia. podays sostituyr vn procurador dos o mas y rebocarlos cada y quando a bos bien visto os fuere quedando este dho. poder en su fuerça y bigor y pa q. podays hacer las otras cosas q. nos mismos hariamos e hacer podriamos presentes seyendo aunq. sean tales y de tal calidad que segun dro. requieran y deban haber en si nro. mas special poder y cuidado y presencia psonal, y requieran conplido y bastante poder como nos le hemos y tenemos para todo lo suso

dho. y pa cada vna cosa y pte. dello otro tal y tan conplido y este mesmo damos y otorgamos a vos el dho. licdo. Don xpoual de pedraza nro. procurador y a vro. sostituto o sostitutos con todas sus incidencias y dependencias y mergencias anexidades y conexidades con libre y general administración y prometemos y otorgamos de lo acer todo por firme grato estable y valedero todo quanto por vos o por los dhos. procurador o sostitutos o qualquier de ellos fuere dho. hecho pedido demandado fenecido y acabado, agora y en todo tiempo y obedecer al dro. y pagar lo q. contra nos fuere juzgado y sentenciado y q. no yremos ni vernemos contra ello ni contra pte. dello so obligación q. hacemos de nras. psonas. e bienes q. pa ello expresamente obligamos y vos relevamos de toda carga de satisdación y fuerza (?) so la clausula del dro. ques dha. en latin judicium sisti judicatum solvi con todas sus clausulas acostumbradas y oportunas. En testimonio de lo cual otorgamos la presente carta ante noto. puco. appco. (notario público apostólico) y testigos infrascriptos ques fha. y otorgada en la gran cibdad de mexico desta nueba españa en nra. casa y cabildo viernes XXVIII dias del mes de abril de MDXXXVI. Testigos q. fueron presentes a todo lo q. dho. es p.o (Pedro) de bargas pertiguero y fran.co de belgara sacristán desta dha. s.ta iglia. pa ello llamados y firmamosla de nros. nombre en este regr.o (registro).

"fray Juan obpo. de mexico *M. flores* *ra.el de cerbanes*
Doctor
"el canonigo Jno. brabo *el can.o palomares"* [11].

Se ve, pues, que todavía el procurador del Obispo Zumárraga, en esta vez junto con los procuradores de la ciudad insistió en traer a un impresor que estaba bien dispuesto para ello. Medina, como es natural, supuso que ese impresor fue Esteban Martín; y el Dr. Valtón, que sigue su parecer, opina de igual modo.

Sin embargo, estas gestiones del Chantre Pedraza deben haberse efectuado con Juan Pablos, o con Juan Cromberger, o con ambos, si es un hecho que desde 1534 Martín había llegado a México, había impreso en 1535 la *Escala Espiritual,* y había completado en 1539 los cinco años de residencia para poder ser recibido como vecino.

Todas las suposiciones de Medina y de Valtón vienen por tierra, porque ellos suponían que la gestión de Pedraza había sido hecha en 1533; y lo suponían por haber hallado Medina un documento de ese año, prohibiendo a Pedraza que hiciera viaje a México, por estar en vigor alguna censura en su contra. Pero viene también por tierra la suposición de García Icazbalceta de que Pedraza nunca había estado en la capital de la Nueva España, puesto que el otorgamiento del poder afirma de manera categórica: "damos y otorgamos

[11] MS. en el archivo citado.

todo nro. poder cumplido bastante, segun q. lo hemos y tenemos segun q. mejor y mas cumplidamente lo podemos y debemos dar y otorgar de dro. e mas puede valer a bos el lic. don xpoual de pedraza chantre desta dha. sancta iglia. *q. estades presente...*"

Por cierto que el otorgamiento del poder al Canónigo Campaya en 21 de enero de 1536 hecho con anterioridad al "primer libro de Cabildos de la Catedral" prueba de manera concluyente, como ya lo hago ver en mi libro *Un gran Monumento Nacional,* que erraron cuantos afirmaron que no hubo Cabildo hasta marzo de 1536. Pueden las reuniones del Deán, de las dignidades y de los canónigos no haber llenado determinados requisitos conforme al moderno Derecho Canónico, pero fueron efectivas y en ellas se tomaron resoluciones y se ejecutaron actos jurídicos innegables, como el otorgamiento del poder antes referido, en el que se lee: "...llamados y capitularmente ayuntados, según que lo habemos y tenemos de uso y costumbre, otorgamos..." (etc.) Lo cual demuestra que el Cabildo funcionaba desde 1534, al volver el Obispo Zumárraga de España.

Ahora bien, como está comprobado que Juan Pablos no firmó su contrato en Sevilla con Cromberger, sino hasta junio 12 de 1539, para que el Obispo Zumárraga hubiera asegurado al Emperador Carlos V en 1538: "Poco se puede adelantar en lo de la imprenta por la carestía del papel, que éste dificulta las muchas obras que *acá están aparejadas* y otras que habían de nuevo darse a la estampa..." [12], otro impresor diverso a Pablos tuvo que haber hecho las anteriores impresiones; y como no se tiene noticia de diverso impresor que Esteban Martín, para mí no quedará resquicio de duda, mientras otros descubrimientos no se hagan, de que a éste corresponde la gloria de haber sido el primer impresor que hubo en el Nuevo Mundo.

Y bien: al conmemorarse ahora el establecimiento definitivo de la imprenta en 1539, cuando llegó Juan Pablos con todos los elementos que en sus manos puso Cromberger, Fr. Román Zulaica y Gárate, ha querido con justicia rendir un homenaje a la Orden Franciscana, por la activísima parte que tuvo en el establecimiento y desarrollo de la imprenta en México, y a fe que tiene razón.

Desde luego, franciscano muy ilustre fue Zumárraga, y acaso nadie trabajó tanto como él para lograr que la imprenta, y aun la fabricación del papel se establecieran en México; y sus gestiones fueron por escrito y personales en la Corte de España, pero su labor fue intensa en otro sentido: fomentando el desarrollo de la imprenta con obras suyas y de otros escritores.

Y franciscanos fueron Fr. Pedro de Gante y Fr. Alonso de Molina; Fr. Maturino Gilberti y Fr. Juan Bautista de Lagunas; Fr. Juan de Gaona y Fr. Bernardino de Sahagún; que si su obra monumental quedó por siglos aguar-

---

[12] *Cartas de Indias,* p. 186, García Icazbalceta, Medina, Valton.

dando que la imprenta la salvara, se imprimió al menos en 1583, su *Salmodia Christiana, ordenada en cantares o salmos para que canten los indios en los areytos que hacen en las Iglesias.* Bien que ni este libro suyo dejara de sufrir las persecuciones. Escribióla Sahagún en vida del Virrey Don Luis de Velasco "y por su autoridad se divulgó entre los indios por escrito, antes que se imprimiese" [13]; pero como el Expurgatorio prohibió las traducciones de pasajes de la Biblia a lengua vulgar, ya impresa fue denunciada a la Inquisición.

Mas si los franciscanos cooperaron especialísimamente al desenvolvimiento de la invención de Gutenberg, no fue menor la cooperación de los dominicos; no faltó la de los agustinos, y aun la de los jesuítas, aunque en pequeña escala, en el siglo XVI que se estudia.

Desde luego, el primer libro impreso en México aún antes de la llegada de Juan Pablos, obra es del dominico Fr. Juan de la Magdalena; pero Fr. Juan de Zumárraga, que conocía la obra grandiosa realizada en favor de los indios por Fr. Pedro de Córdoba, quiso propagar la *Doctrina Cristiana para instrucción de los indios por manera de historia.*

Y el Obispo de México quiso todavía más: que quien era su confesor y extraordinario amigo, Fr. Domingo de Betanzos, el fundador de la Orden de Sto. Domingo en la Nueva España, cooperara con Fr. Pedro de Córdoba y con el mismo Obispo Zumárraga para mejor ajustar aquel trabajo, hecho para los indios de *La Española,* a las necesidades de los de Nueva España. Así preparada la hizo imprimir en 1544.

¿Y podía faltar alguna obra del activo Fr. Bartolomé de las Casas? Era imposible; y si bien los más insignes bibliógrafos juzgan que el "compendio breve que tracta de la manera como se han de hacer las procesiones, compuesto por Dionisio Richel" fue lo primero que Juan Pablos imprimió después de la muerte de Cromberger, es el *Cancionero Espiritual* de las Casas —1546— el primero que lleva la firma del socio de Cromberger; puesto que por exigencia del contrato con éste celebrado, todos los impresos de Juan Pablos asentaban haber sido hechos en la Casa de Juan Cromberger.

De dominicos fue la Doctrina Cristiana *grande,* que Zumárraga mandó imprimir de acuerdo con la recomendación hecha por la junta de Obispos. que puede ser considerada el primer Concilio Mexicano, y al que asistieron. además del Metropolitano de México, por sí o por sus delegados, el Obispo de Tlaxcala, el famosísimo dominico Fr. Julián Garcés, cuya carta latina en favor de los indios fue una de las causas determinantes, la fundamental, para que el Papa Paulo III declarara la indudable racionalidad de los indios; Don Vasco de Quiroga, el Obispo de Michoacán, cuya obra a favor de los mismos indios perdura tan brillante y atrayente como las hermosas lacas que comenzadas bajo su gobierno, han hecho célebre una región de Michoacán. Asistió.

[13] Cit. por Medina, *op. cit.,* p. 261.

por último, el Obispo Don Juan de Zárate, primero de Antequera. Todo aquel concurso de prelados y de sacerdotes religiosos y seglares aprobó la publicación de esa Doctrina grande, que salió de tórculos en 1548.

Y vienen inmediatamente después, cuando apenas comenzaba el siguiente año de 1549, la *Compilación breve de un tratado de Sant Buenaventura, que se llama Mística Teología;* y una nueva edición de la *Doctrina Cristiana en lengua española y Mexicana,* en febrero de 1550.

Pero los dominicos no se ciñen a escribir en lengua mexicana. En su afán de misionar, si los franciscanos se extienden especialmente hacia el norte del país conquistado, establecidos algún tiempo más tarde los dos centros misioneros de Querétaro y de Zacatecas, que les permitían evangelizar las tierras inexploradas de los texas, los dominicos especialmente se dirigen al sur, penetran en los dominios de mixtecas y zapotecas en Oaxaca; más al sur llegan a Chiapas y Guatemala, y siguen por Centroamérica hasta el Perú; sin que unos y otros dejen de ir al norte y al sur respectivamente.

En el mismo año, pues, de 1550, Fr. Benito Fernández, O. P., publica el primer libro que en otra lengua distinta de la mexicana o náhuatl se imprime en México: la *Doctrina Christiana en Lengua Mixteca;* que tiene otras diversas ediciones, de Pedro Ocharte, hechas en 1567 y 1568, respectivamente.

Y tampoco sería ésta la sola lengua distinta de la náhuatl o azteca que ocupara a los dominicos; que si en 1556 imprime Juan Pablos la *Doctrina Cristiana en Lengua Guatemalteca, ordenada por el reverendísimo señor D. Francisco Marroquín, primer Obispo de Guatemala,* en que intervienen un dominico y un franciscano, Fr. Juan de Torres y Fr. Pedro de Betanzos, el dominico Fr. Francisco de Cepeda publica en 1560 sus *Artes de las lenguas de Chiapa, Zoque, Celdales y Cinantecas.*

Fr. Pedro de Feria da al público su *Doctrina Cristiana en Lengua Castellana y Zapoteca;* y la imprime Pedro Ocharte en 1567.

Famoso ha sido y con justicia el Vocabulario de Fr. Alonso de Molina en lengua mexicana, por ser ésta una de las más extendidas en la República; pero no lo es, ni puede ser menos el *Vocabulario en Lengua Zapoteca,* hecho y recopilado por el muy reverendo Padre Fray Juan de Córdova, de la Orden de los Predicadores que, en 1578 imprimieron Ocharte y Antonio Ricardo, pues solamente de texto, en letra latina de sólo dos milímetros de altura, ocupa 423 folios.

Y como era natural, Fr. Juan de Córdova no se limitó a escribir el Vocabulario; sino que Pedro Balli pudo imprimirle en el mismo año de 1578 su *Arte en Lengua Zapoteca.*

De las prensas de Pedro Ocharte sale en 1580 la *Cartilla y Doctrina Christiana... en lengua Chuchona* de Fr. Bartolomé Roldán; y Pedro Balli imprime bellamente en 1593 otro Vocabulario: el formado por varios Padres de la Orden

de Santo Domingo y recopilado y acabado por Fr. Francisco de Alvarado, de la misma Orden.

Los dominicos, pues, se consagraron a ser cooperadores entusiastas del adelanto de la imprenta en México, dando trabajo a cuatro distintos impresores del siglo XVI: Pablos y por su mediación a Cromberger; Ocharte, Ricardo y Balli; y esa ayuda al incremento del arte de Gutenberg, vino para servir, al correr de los años, no sólo como un modelo del misticismo de aquel siglo, sino como uno de los medios más eficaces para conocer las lenguas de los indios en cuyos centros operaron los misioneros. Así lo hicieron también, se sabe perfectamente, franciscanos y agustinos, sin que en la tarea faltaran los jesuítas, aunque en menor escala; y esa labor fue continuada durante tres siglos, como lo demuestra la bibliografía, con prueba irrecusable.

Franciscano fue el primer Arzobispo de México, pero dominico y cultísimo fue el segundo: Fr. Alonso de Montúfar; y éste, en consecuencia, autorizó, si no ordenó, durante su larga gestión, el mayor número de impresiones hechas por los frailes de las tres órdenes; pero fue además, un impulsor directo de los adelantos de la imprenta en México.

A Juan Pablos le encomendó la impresión de las *Constituciones del Arzobispado...* en 1556; el *Manuale Sacramentorum* en 1560; a Pedro Ocharte un diverso *Manuale Sacramentorum,* en 1568; y parece que no ha de dudarse de que la obra máxima de Antonio Espinosa: su *Missale Romanum,* realizada en 1561, ha de haberse ejecutado con la ayuda moral, si no material también, como es muy probable, del Arzobispo Montúfar; y acaso con la de Fr. Bartolomé de Ledesma, el dominico que tuvo la mayor intervención en materia de libros, como el más extraordinario censor eclesiástico que hubo en el siglo XVI, y para quien el mismo Espinosa imprimió en 1566 el *Septem Novae legi Sacramentis Sumarium.*

Los agustinos, que en tercer lugar llegan a la Nueva España, en 7 de junio de 1533, poco más tarde se internaban en alguna de las tierras más ásperas de nuestro país para evangelizar a los otomíes en las áridas regiones de nuestro Estado de Hidalgo, y en las más rudas de las huastecas, por una parte; en nuestras calidísimas a través de la Sierra Madre y al otro lado de la Sierra Madre, en sitios todavía hoy casi fuera de contacto con nuestra actual civilización.

Y es el agustino Fr. Juan de Guevara quien primero aparece dando trabajo a la imprenta mexicana; y ese trabajo es también de carácter lingüístico toda vez que en 1548 imprime su *Doctrina Cristiana en lengua Huasteca;* lo sigue el célebre Fr. Alonso de la Veracruz en 1554 con su *Recognitio Sumularum,* que imprime Juan Pablos, así como se imprime también durante

ese año su *Dialectica resolutio cum textu Aristotelis,* y en 1556 el *Speculum Coniugiorum.*

Los agustinos hacen dos impresiones, además, en 1556: el *Ordinarium sacri ordinis heremitarum...* y la *Regula beatissimi patris nostri Augustini...*, en 1557 la de las *Reglas para bien rezar el oficio divino;* y aparece otro libro del célebre fundador de la primera biblioteca escolar que hubo acaso no sólo en la Nueva España, sino en todo el continente: la *Phisica Speculatio* de Fr. Alonso de la Veracruz.

En 1557 imprimen las *Reglas para bien rezar el oficio divino;* por anónimo autor.

El *Tractado de que se deben administrar los Sacramentos de la Sancta Eucharistia y Extrema unction* de Fr. Pedro de Agurto, impreso por Espinosa en 1573, es otra muestra del interés de los frailes por los indios; lo sigue Fr. Juan de la Anunciación en 1575 primero con su *Doctrina Christiana* en Castellano y Mexicano, y los *sermones para publicar y despedir la bula de la Sancta Cruzada* en las mismas lenguas, y este mismo publica más tarde, en 1577, su *Sermonario* y un *Catecismo en lengua Mexicana y Española* que sale de los talleres de Antonio Ricardo, el fundador más tarde de la imprenta en el Perú.

Fr. Juan de Medina Plaza, prior del monasterio agustiniano de Tacámbaro, sigue las huellas del célebre franciscano Fr. Maturino Gilberti, y en lengua de Michoacán, tarasca, imprime en el mismo año de 1575 sus diálogos *Doctrinalis fidei;* y luego una edición diversa en 1578.

Pero los agustinos, ya se ha dicho, se establecen desde los principios de su misión, entre los otomíes, considerados por algunos como de los más difíciles de instruir; y Fr. Melchor de Vargas une en la *Doctrina Christiana,* que le imprime Pedro Balli en 1576, tres lenguas: la castellana, la mexicana y la otomí.

En 1587 imprimen los agustinos sus *Constituciones* y Fr. Agustín Farfán, el médico que enviudó y se metió agustino, y fue Maestro de Medicina en la Universidad, saca de estampa en 1592, su interesante *Tratado brebe* (sic) *de Medicina y de todas las enfermedades,* que había tenido como solo predecesor la *Summa y Recopilación de Chirugia con su arte para sangrar muy útil y provechosa* de Alonso López, el "Maestro Cirujano y enfermero del Ospital de S. Joseph de los Indios desta muy insigne ciudad de México" impresa por Ricardo en 1578. A estos libros para médicos, seguiría una segunda edición de la *Summa,* impresa por Pedro Balli en 1595, en la cual el Maestro López agregó el método para examinar barberos, que eran los sangradores de entonces, y una noticia del "origen y nascimiento de las reumas".

La llegada a México de los discípulos de San Ignacio de Loyola en 1571, se marca por el establecimiento de colegios en la Capital de la Nueva Espa-

ña: San Pedro y San Pablo, San Gregorio, que al correr de los años se convertirían en el de San Ildefonso, y esto explica la naturaleza de los libros con que cooperaron al desenvolvimiento de la imprenta en México.

Cinco libros imprimen: la *Introductio in dialecticam Aristotelis,* de los P. P. Francisco de Toledo y Francisco Maurolico en 1578; *De Constructione partium Orationis* del P. Manuel Alvarez, en 1579; una carta del P. Pedro de Morales, en el mismo año, y que contiene una "relación de la festividad que en esta insigne Ciudad de México se hizo en este año de setenta y ocho en la colocación de las Santas Reliquias que nuestro muy Sancto Padre Gregorio XIII les embio"; impresas todas por Antonio Ricardo; un libro segundo *de Octo partium Orationis Constructione* del propio P. Manuel Alvarez, en 1595 y en la imprenta de Pedro Balli; finalmente, el *Arte Mexicano, compuesto por el Padre Antonio del Rincón.*

Quedan dos impresiones hechas por mercedarios: *La Fundación y Sumario de Indulgencias del Sacro Orden de Nuestra Señora de la Merced* —Pedro Balli 1596— y el *Breve tratado que enseña el camino de la vida perfecta,* del mismo año y del mismo Balli.

Fr. Elías de San Juan Bautista de la Bulla, o Juan Zambrano, carmelita, dejó el *Compendio de las Excelencias de la Bulla de la Sancta Cruzada, en lengua Mexicana,* impresa por el célebre ingeniero, traductor-intérprete del Santo Oficio, e impresor Enrico Martínez en 1599.

Cuando, pues, se enumeran las impresiones hechas por quienes no eran miembros del Clero en todo el siglo XVI y se encuentra que no llegan al 25%, se tiene por fuerza que concluir, que fue la Iglesia Católica, la tachada de retrógrada, oscurantista y opuesta a todo avance de la civilización, la que se empeñó, por conducto del Obispo Zumárraga, en introducir en el Continente Americano el gran invento de Juan Gutenberg; y que fue ella, por conducto del Clero secular y regular, la que obtuvo el desarrollo de tan noble e indispensable arte.

Y como no es posible pasar revista a la bibliografía de cuatro siglos, veamos ahora brevemente cómo algunos miembros de la Academia Mexicana han puesto sus actividades al servicio de la Imprenta.

Es natural, desde luego, declarar que la absoluta mayoría de académicos ha dado considerable trabajo a *las prensas,* como hoy se dice a lo que antes se indicó mediante las frases "dar a la estampa", o "sacar de tórculos"; pero algunos de nuestros colegas, no únicamente por la cantidad de libros y opúsculos que han impreso; sino por la belleza de las ediciones de sus obras.

Entre los primeros y segundos figura prominentemente D. Francisco del

Paso y Troncoso. Las ediciones que hizo en Europa, vigilándolas él mismo, sobre todo su *Fr. Bernardino de Sahagún,* es algo de valor inestimable, y aunque hecha en el extranjero una parte de su obra, hay otra que honrará siempre a la Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología; imprenta que alcanzó quizás su mayor auge cuando dirigió el Museo el Lic. Genaro García. Y acaso fuera de Don Joaquín García Icazbalceta, que fue además de amante de las bellas ediciones impresor él mismo, quien imprimió sus libros más ricamente fue el séptimo director de la Academia Mexicana, Lic. Joaquín D. Casasús.

Sus traducciones de clásicos latinos, sus comentarios bio-bibliográficos sobre sus preferidos: Horacio, Virgilio, Catulo y Tibulo —no le alcanzó la vida para ver impresa su traducción de Propercio—, su *Musa Antigua* y sus discursos *En honor de los muertos,* es de lo más bello que se ha impreso en México.

Las pequeñas ediciones privadas, en finísimo papel de hilo y en valioso papel japonés con grandes márgenes y enmarcadas artísticamente en rojo todas sus páginas, son tan raras hoy, sólo 20 años después de muerto el autor, que el día de mañana habrán de convertirse en verdaderas joyas bibliográficas.

Pero ocupémosnos ya en los académicos impresores.

Fue García Icazbalceta un benemérito de la Historia como ciencia depuradora de la Verdad. Hombre de vasta fortuna, la consagró a la adquisición de elementos que le permitieran estudiar las fuentes primitivas de nuestra propia Historia; pero acaso dolido de los graves trastornos causados a nuestra Patria por la política, prefirió alejarse de toda narración histórica contemporánea, para presentar aspectos nuevos, datos desconocidos de la vida colonial.

Y adquirió el acervo de documentos que más ha ayudado quizá para que conozcamos hombres, hechos, lugares, que tal vez habrían pasado desconocidos sin la cooperación intelectual y material de García Icazbalceta.

Acaso, efectivamente, se habría perdido para siempre la carta inédita de Hernán Cortés a Carlos V, fechada en México en 15 de octubre de 1524; quizá nunca habríamos conocido la Historia Eclesiástica Indiana de Fr. Jerónimo de Mendieta, pues aunque ésta fue adquirida en Madrid y a su costa, por otro insigne bibliófilo, Don José María Andrade, fue García Icazbalceta el editor.

Su *Colección de Documentos para la Historia de México* encierra tesoros de sin igual valor, salvados definitivamente por el tercer Director de la Academia Mexicana; y aun cuando nada hubiera escrito él, sería un benemérito de la Historia nuestra, y de la Historia en general, como ciencia.

Pero fue escritor; ¡y qué escritor! Sus notas a los Diálogos de Cervantes de Salazar, su biografía de Fr. Juan de Zumárraga; todos y cada uno de sus

escritos son modelos de corrección, de severidad, pero también de exquisito gusto.

Sin embargo, su Bibliografía del siglo XVI constituye la más valiosa aportación que se ha hecho para estudiar la historia de la Imprenta en México, y así lo han reconocido cuantos han tratado este punto después de García Icazbalceta.

Pero lo que no todos saben es que este hombre singular, que modestamente declaraba que jamás había asistido a una escuela pública, tuvo tal interés por la imprenta, que comenzó por establecer una en su propia casa para hacer sus impresiones, y acabó haciendo él mismo varias de ellas.

"...*la carta de Hernán Cortés a Carlos V*, asienta Galindo y Villa —el mejor de los biógrafos que tuvo el Académico—, la imprimió toda de su mano..."

"El precioso devocionario *El Alma en el Templo*, todo lo hizo él tipográficamente..., y se sabe que un día, para completar la última página de la tercera edición —llevaba 16 entre los años de 1852 y 1896— don Joaquín tomó su *componedor*, y, sin original al frente, hizo de corrido y sin titubear toda una oración, como quien toma una pluma y la hace correr sobre el papel, siguiendo los dictados de su inspiración..." [14].

No conforme con ser así impresor, aprendió el oficio de grabador, e ilustraciones suyas engalanan la importante publicación que lleva el nombre de *El Liceo Mexicano*. Para completar sus conocimientos prácticos en relación con la imprenta, fué todavía encuadernador.

Cronológicamente debe seguirle el Académico Victoriano Agüeros.

Recibió el título de Licenciado en Derecho, pero no fue la abogacía lo que le dio nombre y fama, sino el periodismo; y *El Tiempo*, que editó por largos años fue su tribuna y su cruz.

Hombre de firmes convicciones, sostuvo siempre con firmeza sus ideas y esto le valió más de un grave disgusto.

Y para imprimir su periódico estableció su propia imprenta, que por ser, naturalmente, *El Tiempo* del mismo tipo y del mismo tiraje que los otros de aquellos días, hacíase en prensa plana, "parado" a mano, y bajo la dirección de Agüeros.

La introducción en México por el Lic. Rafael Reyes Spíndola del linotipo y de las primeras rotativas para periódicos a fin de aprovecharlos en *El Imparcial*, despertaron en el director de *El Tiempo* el deseo de transformar sus materiales de imprenta; y de la calle de la Cerca de Sto. Domingo —hoy Be-

---

[14] Galindo y Villa, *Don Joaquín García Icazbalceta*, Mem. Soc. Cient. Antonio Alzate.

lisario Domínguez— trasladó ésta a la 3ª calle de Mesones, donde todavía existe el importante edificio que construyó.

Entonces no sólo siguió editando con nuevos elementos el viejo periódico; sino que comenzó a editar *El Tiempo Ilustrado,* que bien competía con *El Mundo Ilustrado* de Reyes Spíndola; y tipográficamente con todas las revistas de su género.

¿Personalmente hizo algunos trabajos como impresor? No podría asegurarlo; pero es innegable que, sobre todo en la flamante imprenta de Mesones, personalmente dirigió muchos trabajos. El máximo, bien se sabe, fue su *Colección de Autores Mexicanos,* llamada también y con justicia *Colección Agüeros.*

Suele ponérsele reparos porque algunos tomos sacaron erratas tipográficas; pero aun aceptando esos reparos, resulta indispensable confesar que es única en su género; y si las Letras Mexicanas le deben estar agradecidas, no menos debe estarlo nuestra Bibliografía.

Tipográficamente es defectuosa ciertamente, y acaso no pudo ser de otra manera, dado el esfuerzo económico que para Agüeros representó la edición; pero esa obra es más estimable, a medida que el tiempo pasa.

Las Letras Mexicanas, en efecto, serán siempre deudoras al Académico desaparecido ha largos años, de aquella notable Colección en la que reunió la obra selecta de algunos de nuestros más grandes valores en la Historia, en la Crítica, en la Poesía, en la Novela de grandes vuelos y en la Novela Corta. Alamán, García Icazbalceta, Couto, Gorostiza, Sierra, López Portillo, son unos cuantos nombres que asoman a la memoria, al evocar el nobilísimo esfuerzo del Académico impresor y editor.

En orden cronólogico ha de mencionarse al hoy Secretario Perpetuo de la Academia, Darío Rubio, que venido de Guanajuato a establecerse en esta ciudad, regenteó temporalmente dos imprentas: la que fue de los agentes de bolsa y por algún tiempo banqueros: el Sr. Emilien Lacaud, y su hijo; y la que fue de *Revista de Revistas,* adquirida por un injustamente olvidado, aunque a tantos escritores mexicanos favoreció: Raoul Mille, sucesor de la vieja casa editora, que durante una serie de años fue cambiando de razón social: "De la Rosa y Bouret", "Viuda de Ch. Bouret", pero que fue siempre una de las más importantes productoras de libros en México, y en la cual actuó como crítico de originales durante largo tiempo el autor de las *Memorias de un Alcalde,* el conocido Maestro de Castellano en nuestra Escuela Nacional Preparatoria, y Académico muy estimable: Salvador Cordero.

La Imprenta Lacaud no pudo dar agrados espirituales a Rubio y sí tal vez más de una preocupación. De ella salía diariamente el *Boletín Financiero y Minero* con las cotizaciones de nuestra embrionaria bolsa de valores; más so-

licitado en esta plaza, sin embargo, que todas las demás publicaciones, bien escasas por cierto entonces, de libros y revistas. Imprimía, además, catálogos de las principales casas comerciales y toda la documentación, libros, etc., de los Ferrocarriles Nacionales de México.

Algún hado amigo o enemigo —¿quién puede precisarlo?— arrancólo de allí para llevarlo a trabajar al lado del Lic. D. José María Pino Suárez en la Sección Administrativa de la Secretaría de Educación Pública. La muerte cruel de este funcionario hizo que Rubio volviera a ser impresor.

Raoul Mille adquirió *Revista de Revistas* y pidió al hoy Secretario Perpetuo de la Academia que se encargara de manejar dicha revista, de la que, a su vez, fue director literario y artístico por tantos años y con tanto acierto otro Académico: José de J. Núñez y Domínguez, cuando el periódico pasó a ser propiedad de Rafael Alducin, el introductor en México del fotograbado a colores.

Y Darío Rubio tuvo ocasión de ser una vez más impresor, cuando Raoul Mille organizó en la Plaza Carlos Pacheco la imprenta de la cual se valió su casa editora, la Librería de Bouret, para hacer millares y millares de libros.

Ya no tuvo entonces que luchar con escuetas y monótonas cotizaciones, ni con juicios sobre mercados de bonos, de acciones, de minerales, sino que pudo iniciar una labor que permitió a Enrique Martínez Sobral, entusiasta reorganizador de la Academia Mexicana y en contacto constante con el editor Raoul Mille, presentar a Rubio como uno de los escritores que más se ocupan en las labores propias de este Instituto: en las meramente filológicas de que son muy valiosa muestra su libro *La Anarquía del Lenguaje,* y el más reciente *Refranes, dichos y dicharachos;* ambos tan justamente elogiados.

Acaso en los mismos días en que Rubio realizaba por cuenta ajena trabajos de impresor, uno de los más respetados Maestros de nuestra hermosa Lengua Castellana, uno de los más significativos mentores en la Universidad Nacional, el Académico Erasmo Castellanos Quinto, dedicábase calladamente a imitar el ejemplo de García Icazbalceta.

En su propio domicilio, y con sus propias manos el abogado que había dejado de buscar el amparo de la Justicia en los tribunales, quizá convencido de lo fútil de sus anhelos, para darse de lleno al Magisterio, emprendió la impresión de uno de sus más bellos poemas: *Del fondo del Abra.*

Cuando el verdadero amante del Arte en cualquiera de sus formas tiene en sus manos la doble obra de Castellanos Quinto: como poeta, como impresor, siéntese perplejo para resolver a quién aplaudirá primero: si al inspirado autor de aquel hermoso poema, en que dejó correr al mismo tiempo que su inspiración, su maestría para versificar; o al artista que supo hacer tan rico estuche para conservarlo.

Es imposible olvidar que hubo un momento en que el poeta se sintió celoso del impresor; porque cuantos contemplaban el trabajo de éste, lo ensalzaban de tal modo, que el creador del poema prefirió, quizá, no haber hecho tan bella impresión, para que sólo se gozara con el poema.

Ignoro si antes de imprimir aquel libro, Castellanos Quinto hizo otros trabajos como impresor; pero aquél, sin duda alguna, habrá de ser considerado siempre, al correr de los años, como una verdadera joya bibliográfica, y modelo de bellas impresiones. Lo será también otro en que se ocupa actualmente.

Prescindiendo por un momento del orden cronológico, recordaré ahora a quien por sus años puede ser considerado, acaso, "el Benjamín" de la Academia: Francisco Monterde.

Desde sus primeros días de escritor, manifestó su buen gusto tipográfico, al publicar su libro: *El Madrigal de Cetina* y el *Secreto de la Escala,* que salió de la Imprenta Victoria, S. A., de que se hablará al final de esta recordación.

Pero corrió el tiempo; el mozo siguió demostrando sus aficiones y sus aptitudes literarias; llegó al Profesorado en la Universidad Nacional; se hizo aplaudir como autor teatral; dio a la publicidad su importantísima Bibliografía del Teatro Mexicano; y sin duda tanto y tan bien expuso su interés por las artes gráficas, que la misma Universidad le confió la dirección de su imprenta.

Y ya puesto al frente de ella, consagróse con verdadero amor a imprimir libros y folletos: bajo su dirección se hizo entre otros, el que el Dr. Emilio Valtón intituló: *Impresos Mexicanos del Siglo XVI (Incunables Americanos).*

No fueron propiamente impresores los Académicos Genaro Estrada y Enrique Fernández Ledesma, muertos ambos cuando mucho podían esperar de ellos lo mismo las letras, que la imprenta mexicana; pero el primero no sólo era un notable conocedor del arte tipográfico; sino que a él se debió la formación y desarrollo de la valiosa imprenta de la Secretaría de Relaciones, hoy fundida en algunos otros establecimientos oficiales.

Estrada intervino directamente en su establecimiento, seleccionando materiales, maquinaria; vigilando el arreglo de ésta y su funcionamiento, y haciéndola producir tanto la valiosísima colección que lleva el nombre de *Archivo Histórico Mexicano;* cuanto la inapreciable serie de bibliografías que

harán de Estrada el más importante propulsor de la Bibliografía en México, durante este período del siglo XX.

Fernández Ledesma deja un libro que revela los profundos conocimientos tipográficos que tuvo su autor: la *Historia Crítica de la Tipografía en la Ciudad de México, Impresos del Siglo XIX.*

Basta ver la habilísima selección de modelos que hizo para mostrar los trabajos de Lara, de Cumplido, de Díaz de León, de Escalante; sus juicios ponderados y fundados siempre, para darse cuenta de su competencia tipográfica. Su muerte prematura privó a la Historia y a la Imprenta Mexicana de dos libros, que a juzgar por lo que de uno llevaba impreso: por los materiales artísticos que acopiaba para otro, habrían superado tipográficamente, y ya es mucho suponer, tanto a la *Historia Crítica de la Tipografía en la Ciudad de México*, como a su *Viajes al Siglo XIX*, irreprochablemente impresos.

No me parece que deba callar el nombre de un insigne filólogo que no fue académico, pero que mereció serlo sin duda alguna, y que estuvo a punto de alcanzar tal distinción: José López Dóñez.

¿Tipógrafo? No podría precisar hasta qué grado; pero aun considerándolo como simple corrector de pruebas, pasó largos años de su vida trabajando en los talleres de imprenta, y adquiriendo nuevos conocimientos tipográficos, al mismo tiempo que desarrollaba su labor de filólogo.

Era al morir hombre de 40 a 45 años; alto, delgado, moreno, de negra cabellera y negro bigotillo; salido de humildes capas sociales, por las que propugnó en los días en que el mundo comenzó, después de la "guerra mundial", a darse cuenta de que una nueva transformación se estaba efectuando en la sociedad.

Y su contacto de largos años con los trabajos de impresión de libros en diversas imprentas, entre otras la de la Casa Bouret y los Talleres Gráficos de la Nación, le provocaron una y fundamental afición: el estudio de voces castellanas, ora desde el punto de vista etimológico, ora desde el de la sintaxis; ya desde sus varios significados; ya desde su régimen y empleo común.

Acogido por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística como miembro suyo, le hizo entrega de sus manuscritos contenidos en 11 volúmenes [15], in-

---

[15] *Vocabulario Etnológico y Derivativo de casi todas las palabras del Diccionario de la Lengua.* 6 volúmenes.

Lexicología Gramatical y Literaria de la Lengua Castellana —1 vol. de 552 págs—. "Esta obra se empezó el día cuatro de marzo del año de mil novecientos catorce y se

dependientemente de su Diccionario de Homófonos Castellanos y de otro acerca del uso del *que* en el inmortal *Don Quijote de la Mancha,* que puso en manos del Director de la Academia Lic. José López Portillo y Rojas.

Este, movido por aquel trabajo, examinó algunos de los otros que produjo el humilde filólogo —su humildad fue uno de sus caracteres— y habló con algunos de los académicos acerca de aquel escritor, que llenaba por completo los moldes que constituyen uno de los objetos primordiales de la Academia, con el fin de proponerlo para ocupar alguna de las vacantes que pudiera haber en nuestro Instituto.

La muerte del Director, primero, y la de López Dóñez poco después, frustraron aquel justo propósito.

Todavía en relación con la imprenta formó un diccionario de voces empleadas en el arte tipográfico, posiblemente único en su género, porque abarca maquinaria, tipos, útiles y tecnicismos de todo linaje en materia de tipografía, grabado, fotograbado, litografía, etc.

---

terminó a las dos a. m. del veintidós de noviembre de mil novecientos veinte". (A manera de colofón).

Glosario de Afinidades Castellanas —1921— 442 págs.

Lexicología Filológica de Onomásticos Calendáricos — 1922. 200 págs.

Lexicología de Verbos Castellanos inadmitidos por la Real Academia — 1923 — (2,165 verbos) 382 páginas.

Apéndice Etimológico, Geográfico, Derivativo y de Aplicación general, correspondiente a la "Lexicología de Verbos Castellanos Inadmitidos por la Real Academia" 1924 — 281 págs.

Diccionario Manual Enciclopédico de Homófonos Castellanos, formulado por José López Dóñez. Obra utilísima a las personas de letras o de ciencia que destinan su acción diaria a las incesantes actividades de la mente; útil, también, al Profesorado, a los alumnos, a los periodistas, a los impresores y a todos los que buscan un buen consejero filológico, gramatical o literario. Unico en su género. 1929.—642 págs. (Duplicado por haberse perdido el primer original).

En rigor, esta última obra debe ser considerada en dos volúmenes, y tuvo una historia singular: la Sociedad de Geografía y Estadística, por mi conducto pidió al Sr. López Dóñez autorización para publicar su diccionario; el Sr. López Dóñez entregó el original, y yo a mi vez, hice entrega de él a la Imprenta de la Secretaría de Fomento; y cuando esos talleres fueron removidos para llevarlos a Veracruz por el grupo revolucionario que encabezaba el Sr. Carranza, pereció como perecieron varios otros trabajos. El Sr. López Dóñez, con paciencia "benedictina", según el antiguo decir, rehizo aquel trabajo que publicó años más tarde la misma Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Desgraciadamente el Sr. López Dóñez llegó a tener la creencia de que había habido alguna culpa de mi parte en el extravío de aquel original. Yo, que siempre admiré al Sr. López Dóñez, fui, en verdad, quien más deploró que éste y otros originales que no pudieron rehacerse jamás, hubieran perecido en virtud de aquel movimiento de carácter político.

Tampoco fue Académico el Lic. D. Francisco Belmar; pero es imposible dejar de mencionarlo al hablar de nuestros hombres de letras, que se consagraron devotamente al Arte de Gutenberg.

El Lic. Belmar, una de las más altas autoridades en lenguas indígenas que hemos tenido en los últimos tiempos, después de una importante labor jurídica en Oaxaca, su Estado Natal, vino a ocupar el más alto puesto que puede ofrecer nuestra judicatura: Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Pero aquel puesto, a pesar de su elevación, no bastó a impedir que con ardor se consagrara a la tipografía. Como García Icazbalceta, como Castellanos Quinto, arregló un taller en su casa; y si no realizó las bellas obras que éstos ejecutaron, sí imprimió trabajos de verdadera importancia para nuestra Filología y para nuestra Etnología.

Personalmente y ayudado por su esposa imprimió su *Glotología Indígena Mexicana,* que por la necesidad de distinguir las diversas lenguas que estudió en ese libro, algunas por extremo difíciles, ha de haberle exigido un esfuerzo extraordinario.

Imprimió asimismo diversos boletines, informes y trabajos de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de la que fue Secretario Perpetuo y principal motor durante algún tiempo; y también a su costa, el boletín de la Sociedad Indianista Mexicana, que fue hija predilecta suya.

Permítase al autor de esta disertación añadir unas palabras acerca de su temporal vida de impresor.

Metido en las imprentas por largos años, cuidando impresiones propias y ajenas, en 1921 adquirió los talleres en los cuales de preferencia hacía sus trabajos, y creó la *Imprenta Victoria, S. A.*

No conforme con vigilar los trabajos, decidió aprender lo que no sabía; y hoy corren impresos por su mano los Estatutos de la Academia Mexicana, con los que quiso lograr un impreso raro —36 ejemplares solamente—; en su totalidad imprimió la primera edición de las Poesías del Pbro. Dr. José Castillo y Piña; y la mayor parte de la composición linotipográfica de su obra *México y los Estados Unidos* la ejecutó también, así como la de otros varios libros.

Obra personal suya es igualmente una de las tricromías que ilustran *La Imprenta en México,* revista de la Asociación de Industriales de Artes Gráficas, que él editaba y dirigía.

La Imprenta Victoria, S. A. se convirtió en la impresora de obras de carácter científico y literario; pero si muchos libros dieron satisfacción y agrado a quien la dirigía, ninguno podrá superar la segunda edición de la *Crónica*

de la Orden de N. P. Sn. Agustín en las provincias de la Nueva España por Fr. Juan de Grijalva, hecha siguiendo literalmente la ortografía de la primera edición de 1624.

Ya se ha dicho en alguna otra ocasión: como no había matrices de linotipo apropiadas para seguir aquella ortografía, el director y propietario de la Imprenta Victoria tuvo que transformarlas personalmente.

Otro esfuerzo recuerda con agrado: la impresión del libro intitulado *Apuntes sobre las fracturas de la base del cráneo* por el Dr. Manuel Mendiolea, hecha en sólo 30 horas, a pesar de sus 165 páginas, en tipo de 10 puntos, 26 cuadratines, y 37 líneas y el *Tratado de Contabilidad* por Fernando Diez Barroso, no igualado hasta hoy tipográficamente, por tener todos los modelos de contabilidad, *compuestos* en el linotipo (casi en su totalidad fueron hechos por el propietario de la imprenta).

Pero la mayor satisfacción del Académico impresor será siempre el éxito grandioso de la feria del Libro que él ideó, promovió y organizó con la eficacísima colaboración de los industriales de Artes Gráficas, de los fabricantes de papel, de los importadores de maquinaria, tintas, etc., y muy especialmente del notable impresor que presidía la Asociación de Industriales: Don Manuel León Sánchez, y de la que era Vicepresidente el director de la Imprenta Victoria.

La tiránica presión que en 1925 comenzó a ejercer el sindicalismo, lo impulsó a cerrar sus talleres, para no caer como cayeron vencidos los mejores talleres que entoces había para la impresión de libros.

Ahora bien, si no todos los Académicos han sido impresores, han sido, en cambio, como ya se dijo, factor importantísimo para dar noble y bella ocupación a las prensas, desde que la Academia Mexicana correspondiente de la Española se fundó en 1875.

¿Cómo no había de celebrar de modo especial el cuarto centenario del establecimiento en México de la invención más valiosa del siglo XV?

Ojalá que la Academia pronto reanude la impresión de sus Memorias, ha largos años suspendida, demostrando así también que sabe aprovechar debidamente la obra genial de Gutenberg; el arte valiosísimo de Esteban Martín de Juan Cromberger y de Juan Pablos.

DON LUIS GONZALEZ OBREGON *

Por don NEMESIO GARCÍA NARANJO

HACE quince años, cuando esta docta Academia me dispensó el honor de llamarme, para llenar el vacío que dejaba la muerte del exquisito poeta y sabio humanista don Francisco A. de Icaza, creí erróneamente que debía pronunciar un discurso de recepción y así lo hice en la primera sesión a que tuve el gusto de concurrir. Los académicos de entonces deben haber quedado sorprendidos al verme llegar, resuelto a sentarme en un sitial que yo suponía vacante; y aunque tuvieron la gentileza de no decirme que los dieciocho sillones disponibles estaban ocupados por los académicos de número, no tardé yo mucho en comprender que los individuos supernumerarios teníamos que esperar de pie (cuando menos figuradamente) hasta que la Parca se llevase a los que estaban sentados. Desde 1925 hasta la fecha el tiempo ha realizado su obra devastadora y, por mi mala fortuna, he necesitado ver morir a Luis González Obregón, para ocupar el sillón anhelado. Si hubiera sabido este doloroso requisito, habría elevado mil plegarias al cielo, para que nunca me llegase tan alto honor; mas ya que no se puede reparar lo irreparable, considero un deber consagrar este nuevo discurso de recepción, a la memoria de mi venerable antecesor, aunque el relato de sus grandes merecimientos y virtudes ponga de relieve la pobreza de la substitución.

El divertido comediógrafo Eugenio María Labiche, al pronunciar su discurso de recepción en la Academia Francesa, dijo estas palabras graciosas: "Esta es la primera vez que llevo una espada en el cinto, y sin embargo, nunca he tenido tanto miedo". Por fortuna, nuestra corporación no tiene un uniforme suntuoso con espada que haría más ridículo el temor; pero de cualquier modo, me explico el miedo del autor francés, por el que siento en estos instantes; y este miedo me lo infunden, no tan sólo mis cultísimos oyentes, sino los prejuicios que existen contra todas las academias del mundo;

* Discurso de recepción leído el 17 de enero de 1940.

pues así como se juzga de plano, que todas las poesías de Juegos Florales deben ser malas, así también se considera que todos los discursos académicos son forzosamente aburridos.

Hace alrededor de treinta años que Le Flers y Cavaillet escribieron la preciosa comedia *El Traje Verde,* para reírse sanamente de los cuarenta inmortales. Cuando se hacía el ensayo general de esta pieza, en el teatro Varietés, llegó el momento en que el académico Latour-Latour pronunciaba su discurso de recepción. Iba a la mitad del discurso, cuando el Director Samuel interrumpió el ensayo e increpó al autor Le Flers, de esta manera: Roberto, ¡el discurso de tu comedia es tan malo como los que se pronuncian en la propia Academia! El Conde de Le Flers, en vez de ofenderse, contestó que su teatro era un reflejo de la realidad y que si ponía un discurso brillante en los labios de un académico, la escena resultaría inverosímil. A lo que replicó el Director del teatro: "No, Roberto, no hay que llevar el realismo a esos extremos radicales, porque los asiduos al Palacio de Mazarino van resignados a pasar horas de aburrimiento, mientras que los que compran su billete de entrada, en la taquilla del coliseo, vienen con el propósito de divertirse". Yo confío en que vosotros hayáis venido esta noche con esa resignación indulgente que presumía el Director Samuel en todos los que concurren a fiestas académicas.

Nuestro reglamento interior prescribe que todo discurso de recepción debe escribirse y entregarse al Secretario perpetuo de la Academia, para que él lo pase al individuo encargado de contestarlo, que en esta ocasión es el benemérito educador y eminente polígrafo don Ezequiel A. Chávez. En cumplimiento de ese precepto, he escrito mi discurso. Aquí está; pero sólo de pensar que voy a leer ese enorme cartapacio, resucita el pánico que sentí al abordar esta tribuna, porque yo leo tan mal como los diputados que saben leer. Por eso, con el perdón de mi querido y respetado don Ezequiel, voy a prescindir del mamotreto, para decir más o menos lo que escribí, pero en la forma que me lo vaya dictando el entendimiento, estimulado por esa generosa colaboración que prestan los auditorios cultos a todos los oradores.

Cuando don José Zorrilla fue recibido en la Real Academia Española, rompió todos los precedentes y habló en verso, significando de esta guisa que no era la prosa su medio más afortunado de expresión. Yo me acojo a tan glorioso antecedente para hablar en esta noche, como orador, por más que no se me oculta que nuestra Academia no es muy entusiasta por los hombres de tribuna, pues aunque recibió en su seno a don Sebastián Lerdo de Tejada, a don Justo Sierra y al Obispo Montes de Oca, no formaron parte de ella Altamirano ni Zamacona, ni Bulnes ni Urueta, ni Lozano ni Moheno. Tal vez piensen mis colegas, como el terrible Swift, que la abundancia de palabras es un indicio de escasez de ideas, o como Bunge, que decía que la oratoria

es un arte parecido al de pintar telones. Yo me consuelo de estas apreciaciones hostiles, recordando que el dios Apolo —más respetable que todas las academias habidas y por haber— colocó a la oratoria entre las nueve Musas del Parnaso, con lo que demostró que la gloria del verbo puede escalar las excelsitudes de la tragedia y de la poesía lírica.

Pero ya es tiempo de entrar en materia. Luis González Obregón se inició en el cultivo de las Letras, allá por los ochentas del siglo pasado, en unión de otros muchachos entusiastas que debieron haber sido discípulos de don Justo Sierra. ¿Por qué no lo fueron? El año de 1884 fue muy agitado y turbulento para los estudiantes de México. El Ejecutivo envió al Congreso una iniciativa de ley, por la cual se reanudaba el servicio de la Deuda Inglesa, interrumpido desde 1860. La gente moza de las escuelas protestó ruidosamente contra esta iniciativa y como don Justo, en su calidad de diputado, sostuvo en el Congreso que la reanudación de los pagos era el cimiento necesario del crédito nacional, los estudiantes, en apasionada represalia, resolvieron prescindir de su elocuentísima cátedra de Historia. Faltos de aquella protección espiritual, los muchachos se arrimaron a la sombra venerable del Maestro Altamirano que, cronológicamente, no era el padre sino el abuelo de aquella entusiasta generación.

Don Ezequiel A. Chávez podrá deciros con más autoridad que yo, cómo Altamirano, en unas cuantas clases de Historia Patria, sembró en su espíritu y en el de sus compañeros, el amor al estudio de nuestro pasado. Don Justo habría hecho lo mismo y, por consiguiente, la sustitución de un maestro esclarecido por el otro, no tuvo mucha trascendencia en la formación espiritual de aquellos estudiantes. Sierra y Altamirano eran fundamentalmente sugeridores de vocaciones y no especialistas en determinada técnica: los dos eran contemplativos, artistas, y el servicio, el inmenso servicio que rendían, era el de penetrar en los espíritus juveniles y mostrarles algún rincón de sus almas, en el que ellos jamás habían fijado la atención. Al dedicarle un ejemplar de su *Manual de Historia General,* don Justo llamó a Ezequiel A. Chávez futuro historiador, desde 1892, y la prueba evidente de que el Maestro había observado bien, nos la suministran las excelentes biografías que el discípulo ha hecho de Sor Juana Inés de la Cruz y de Fray Pedro de Gante.

Altamirano era un indio noble, nunca rencoroso, pero siempre resentido que miraba con disfavor el régimen colonial: por consiguiente, imprimió en sus discípulos el concepto de que la era pre-cortesiana había sido esplendorosa y heroica; y la conquista, una gran catástrofe; y el Virreinato, un estancamiento lóbrego; y la Independencia, una resurrección triunfal. Bajo el poder hipnótico y avasallador de aquel espíritu extraordinario, González Obregón

comenzó por creer sinceramente que se encontraba más cerca de las tribus aborígenes de Anáhuac, que de la cultura de nuestra madre España. En uno de sus primeros artículos de estudiante, hace un relato patético de la jornada de la Noche Triste, en el que se regocija por el descalabro dramático de Cortés; y luego, en su primera monografía sobre el Pensador Mexicano, en vez de ligarlo espiritualmente con Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alemán y demás autores de la novela picaresca, subraya sus ideas liberales y, aunque no lo dice, lo deja vinculado con los enciclopedistas franceses del siglo XVIII. Tan poseído se encontraba por el prejuicio del atraso colonial, que encuentra más interesantes las tendencias reformadoras y dizque avanzadas de Fernández de Lizardi, que la descripción pintoresca de aquel mundo de hampones y de truhanes, en que se movió el Periquillo Sarniento.

Todavía bajo el predominio mental de Altamirano, González Obregón escribió las biografías de algunos próceres del Partido Liberal. Sus primeros ídolos —¡parece increíble!— fueron don Juan Alvarez y don Manuel Doblado. Nuestro colega Carlos González Peña, en el prólogo que escribió para *Las Calles de México,* dice donosamente que Luis se interesaba más "por el chapín de terciopelo verde que calzó el pie de una dama, que por la vida solemne de un virrey"; pero eso fue después, cuando el historiador se había depurado, pues en sus inicios, González Obregón hacía relatos solemnes y hasta con ribetes de jacobino.

Era que en aquel entonces, pesaba sobre su espíritu, no tan sólo el prestigio del maestro indio, sino la convicción liberal que había penetrado en todos los recovecos del alma mexicana. Cuando él hacía sus primeros tanteos de historiógrafo, apenas habían transcurrido veinte años de la tragedia del Cerro de las Campanas y aún resonaban en todos los oídos, los gritos beligerantes de la Reforma. Eran los tiempos retóricos en que, para hacer alguna referencia al régimen del Archiduque, había que decir despectivamente: "el llamado Imperio". Miramón y Márquez eran llamados generales del "llamado ejército de la llamada monarquía". Y eran tan solemnes y teatrales estas expresiones, que el mismo Altamirano, a pesar de su republicanismo austero y de sus pasiones legítimas de indio, tenía que reírse, en su interior, de aquella retórica vacía. Por eso, en cierta ocasión, al señalar en la Cámara de Diputados, un precioso candil traído de Miramar, dijo sarcásticamente: "esas llamadas luces de ese llamado candil del llamado Emperador Maximiliano".

Debe de haber sido en la niñez de González Obregón, cuando se efectuó en el Teatro Hidalgo, de esta ciudad, un escándalo mayúsculo que ojalá él hubiera relatado con su verba graciosa y cintilante, porque es alegórico de la época y, además, una síntesis perfecta de nuestra historia. Se representaba un drama histórico construido en derredor de la conquista de Anáhuac, cuya escena culminante era la del tormento de Cuauhtémoc. Cuando los pies del

último emperador azteca iban a ser colocados encima del fuego, un espectador que era profesor de la Escuela de Jurisprudencia y que se llamaba don Blas Gutiérrez y Flores Alatorre, se levantó de su asiento e interrumpió la representación teatral con un discurso colérico, en el que dijo que ya era tiempo de castigar la enorme injusticia cometida por los conquistadores en 1521, por lo que proponía que, en vez de martirizar a Cuauhtémoc, se quemasen las plantas de Hernán Cortés.

Aquella iniciativa provocó una trapatiesta fenomenal. Parte de los espectadores se adhirió a la proposición, en tanto que los demás pedían que se continuase el drama, tal como lo había escrito el autor. Los actores desconcertados no sabían qué hacer y el director de escena, para calmar el alboroto, salió de las bambalinas, y trató de explicar que el episodio del tormento, en vez de perjudicar a Cuauhtémoc, lo enaltecía gloriosamente. Aquella argumentación resultó inútil, porque don Blas, desde su butaca insistía con acento terrible: "¡Que se quemen las plantas del verdugo!" Y el público de galería coreaba rabiosamente: "¡Sí, que arda el gachupín!" Y no hubo remedio que valiese: aquella representación peregrina terminó con el suplicio del conquistador, porque así lo exigió una turba enardecida que ahora se nos antoja precursora del artículo tercero constitucional.

Ya vemos pues, que, si en España se escribió el Quijote, aquí lo hemos vivido intensamente, pues la forma en que nuestro don Blas arremetió contra Hernán Cortés, nada tiene que pedir a la terrible embestida del Caballero de la Triste Figura, contra los títeres moros, para proteger la fuga del valiente don Gaiferos y de la bella Melisandra.

¡Cómo sería aquel ambiente de apasionado, para que un espíritu tan armonioso y sereno como el de Luis González Obregón estallase también, si no con trepidaciones de volcán, cuando menos, en una forma que ahora nos parece inverosímil! Don Justo Sierra dijo en una de aquellas expresiones sintéticas que le eran tan familiares, "el Partido Liberal es toda la Nación". Y don Francisco Bulnes, con su palabra siempre cáustica, bautizó aquel momento histórico, llamándolo graciosamente "la era de los poetas desmelenados del 18 de julio".

No tardó mucho González Obregón en salirse de las veredas estrechas y faccionales, para adentrarse en los itinerarios amplios y despejados, hacia donde lo empujaba su auténtica vocación. Al libertarse de la obsesión jacobina, se trasladó a la época colonial e inició las beneméritas investigaciones que habían de conquistarle un puesto único en nuestras letras: el de pintor fidedigno de nuestro pasado, en su aspecto social. Dejó de interesarse —como dice González Peña—, por las figuras hinchadas y los acontecimientos campanudos, para reconstruir escenas que los espíritus ligeros califican de baladíes,

pero que reflejan mejor que las epopeyas, la idiosincrasia de las sociedades muertas.

Su primer libro trascendental *México Viejo,* apareció en 1895, y sus lectores sintieron la impresión de que se descorría una cortina, para dejar ver la vida real de nuestros antepasados. No era la historia de un puñado de héroes, sino la historia del pueblo. Allí no había labor de retoque, para disimular arrugas; tampoco se advertían esas actitudes postizas en que los fotógrafos colocan a sus clientes, para que se vean interesantes y solemnes. Los cuadros históricos, completamente desinteresados, se apoyaban en documentos, y en algo que vale más aún que la prueba documental: en las tradiciones populares que se transmiten de generación en generación, como tesoros inapreciables. Aunque Luis González Obregón fue un devoto constante de los cronistas más ilustres, siempre creyó que el narrador anónimo es el más venerable de todos los autores.

Al verter luz sobre el régimen colonial, restauró el prestigio de España. Antes de él y a pesar de las doctas investigaciones de don Joaquín García Icazbalceta, se creía que el régimen peninsular en México, había sido una especie de losa funeraria, que tuvo aplastadas, durante trescientos años, las más nobles aspiraciones de la vida. Don Ignacio Ramírez, maestro de Altamirano, trazó este cuadro sombrío de la existencia colonial, que varias generaciones aceptaron como definitivo:

"La raza dominadora, la raza privilegiada, despojándose de su inteligencia como de una arma prohibida, se entregaba a movimientos automáticos, dirigidos por el reloj de la parroquia más cercana; el primer repique del campanario prescribía las prolongadas oraciones de la mañana; el segundo llamaba a misa y después, de hora en hora, hasta entre los placeres del lecho, continuaban los ejercicios piadosos; y la siesta y las repetidas comidas y el juego no dejaban a las ocupaciones del hombre laborioso, sino cuatro horas del día. Así vivía la nobleza; pero la turba, sin contar con otro capital que con su trabajo, no sabía dónde colocarlo; tras de las horas consagradas a la devoción y tras las falanges de días festivos, encontraba cerrados los puertos por el sistema prohibitivo, incendiada la viña, el tabaco y la morera absorbidos por el monopolio, ocupados los primeros puestos por los extraños, y la inteligencia, recogidas sus alas y palpitando azorada entre las manos de la Inquisición".

Delante de este cuadro tétrico, a cualquiera se le ocurre preguntar: si no trabajaban los de arriba ni los de abajo, entonces ¿quiénes construyeron los templos suntuosos, los palacios magníficos, los acueductos que suministraban el agua potable, las carreteras que unieron las diversas comarcas, en una palabra todas las obras que nos dejó el genio de España? De ser cierto el ocio de todo el mundo, pintado por don Ignacio Ramírez, tendríamos que

acudir a la hermosa leyenda de Puebla, que atribuye a los ángeles la construcción de las torres esbeltas de su luminosa catedral. Y más aún: para explicarnos tanto monumento glorioso, tenemos que aceptar la curiosísima paradoja de que fueron esos mismos ángeles, los artífices de estas tierras de demonios, como las llamara el Libertador Bolívar.

Desgraciadamente, las multitudes no analizan las afirmaciones categóricas de los espíritus unilaterales, especialmente cuando dichos espíritus tienen el prestigio de una honradez indiscutible. Francia aceptó los postulados de Juan Jacobo Rousseau, como dogmas indiscutibles y México consideró la tesis antiespañola de los hombres de la Reforma, como una ejecutoria concluyente y definitiva. Y se aceptó por la inmensa mayoría de nuestro pueblo que el régimen colonial había sido opaco, hermético y paralizador de todas las actividades sociales. Las generaciones que nos antecedieron, se doblegaron sumisamente delante de este concepto artificial y supusieron que, durante trescientos años, el único color que se destacó fue el negro; y la única música que se escuchó, fue la del órgano; y la única disciplina que reinó, fue la del convento; y la única enseñanza impartida, fue la del latín, y no para penetrar en el alma radiante de Virgilio ni para saborear la elocuencia arrolladora de Cicerón, sino exclusivamente para entender mejor el sacrificio de la misa. Ya con esta hipótesis temeraria metida en todos los cerebros, se propaló que España no nos trajo sino rezos monótonos, misereres llorosos y letanías interminables; que no sembró en América otros árboles que los cipreses de los cementerios ni dejó otros resplandores, que los trágicos y lívidos de las hogueras de la Inquisición.

El citado don Ignacio Ramírez decía que en los conventos, llamados por él, alcázares de corrupción, "entraba el sol con miedo; y la luna tropezaba con fantasmas; y hasta el céfiro, asustado por la rusticidad y el desaseo, no se atrevía a acariciar a la juventud ni a la hermosura".

Para cualquier espíritu que no esté dominado por la superstición, la vida humana, con más o menos variantes, es la misma en todos los países y en todas las edades: en ella se mezclan necesariamente las alegrías y las tristezas, los ensueños y las desilusiones, los triunfos y las derrotas. Como quiera que sean los marcos de un pueblo o de una época, el cuadro permanece inmutable, porque no hay manera de alterar los eternos claro-obscuros de la Naturaleza. Por eso sería absurdo suponer que en Grecia, todo fue devoción por la Belleza y el Arte; y en Roma, todo fue arquitectura del Derecho; y en Jerusalén, todo abstracción religiosa; y en Fenicia, todo especulación mercantil. Sin embargo, esa vida unilateral y monótona, que no se concibe en ningún país fue la que se atribuyó a España y especialmente a sus colonias en el Nuevo Mundo. Los oradores del 16 de Septiembre llevan un siglo de pregonar que sobre la infeliz Anáhuac cayó una noche de trescientos años que

felizmente terminó con la alborada de Dolores. Y aunque los cronistas verídicos se hayan visto obligados a confesar que los virreyes y los oidores, en su inmensa mayoría, fueron respetables e incorruptibles, no por eso los aureolaron de simpatía, pues los presentaron como seres rígidos, fríos, incapaces de una sonrisa, completamente desposeídos de los dones de la dulzura y la cordialidad.

Solamente con una obsesión metida en el cráneo, se podía suponer que España, alegre en Cervantes y en Quevedo, no enviase a América, sino la hosquedad, la momificación y la tiesura; que la égloga fresca de Garcilaso, aquí se convirtiera en elegía; que el país que es todo luz y color en el pincel milagroso de Velázquez, sólo trajese a México sombras tétricas; que los querubines radiantes que revolotean en derredor de las madonas de Murillo, al cruzar el océano, se transformasen en muñecos inertes; que mientras Carlos Quinto se jactaba de que en sus dominios, nunca se ponía el sol, sus representantes de este lado del Atlántico lo contradijesen con un reinado de tinieblas. A pesar de que la contradicción es evidente, se creyó por años y años, que los hombres de la colonia, en todos los momentos de su vida, eran como los personajes del estupendo cuadro del Greco, *El Entierro del Conde de Orgaz,* quienes por sus miradas extáticas, sus posturas recogidas y sus frentes luminosas, parecen desprenderse completamente de la tierra. ¡Ah, pero hay que ver que el Greco pintó un entierro y que delante de una fosa abierta, no hay manera de que suenen los cascabeles ni las castañuelas!

Luis González Obregón ha contribuido más que ningún otro historiador a desbartar ese concepto falso de la vida colonial. Y no destruyó el error con refutaciones encendidas ni con polémicas ruidosas, sino exhibiendo la parte humana y alegre de aquellas generaciones incomprendidas. El nos puso en contacto con los festines de los conquistadores, con los saraos de la aristocracia virreinal y con los júbilos de las muchedumbres. El hizo ver que aquellos hombres —considerados por el vulgo, en perpetuo estado de catalepsia— se podían mover con agilidad y ligereza; que no eran de piedra, sino de carne y hueso; que Hernán Cortés podía desarrugar el entrecejo, para perdonar al enamorado Juan Cancino; que el Conde de Salvatierra podía ser burlado por el ingenioso Martín Garatuza; que el austero Revillagigedo era accesible a las hábiles explotaciones de su mañoso barbero; que Bucareli era capaz de sonreír, que Fuenclara podía llorar, que todos, en fin, habían sido tan humanos como nosotros y que solamente a fuerza de la repetición de un prejuicio, se pudo haber creído que tenían la insensibilidad de la esfinge.

A semejanza de los excavadores que limpian los mármoles soterrados, de la escoria que los envuelve, para hacerlos de nuevo sonreír, González Obregón removió arenas, barrió cenizas, sacudió el polvo acumulado, para presentarnos una cultura intensa y magnífica, que el prejuicio y el error habían envuelto en fúnebres crespones. El puso palpitaciones de vida, en un régimen que se

suponía tan helado como el polo y tan hierático y sombrío como un sepulcro faraónico. Por eso sus obras son como festones de mirtos en una decoración escueta de piedras tumbales; como los siete colores del iris, sobre un cielo de tonalidades plomizas; como gotas de rocío sobre corolas que se creían disecadas; como brisas vigorizantes que nos obligan a pensar que la España de entonces, tuvo, como tiene la España de hoy y la de siempre, todas las capacidades gloriosas de la primavera.

Para realizar esta tarea benemérita, poseía todas las cualidades que se requieren para ser un historiógrafo completo: cultura de libros, de documentos y de tradiciones; estilo fácil y donoso que da un sabor singular a cualquier relato; imaginación cálida que permite, con unos cuantos datos fríos, reconstruir las situaciones desaparecidas y ponerlas en movimiento; y el don insuperable de escoger los episodios que, al parecer triviales, resultan sintéticos de la vida social.

De todos estos atributos, el que más lo singularizaba era el de la imaginación, porque lejos de alejarlo de la verdad, le servía para completarla. El gobierno de la fantasía es peligrosísimo y, por eso, la mayoría de los maestros de historia prescinden de ella. Cuando don Genaro García era Profesor del Museo Nacional pensó en que sus discípulos escribiesen la historia de la Conquista, en forma colectiva, y sin dejar en el relato el menor trasunto de sus individualidades. Como los dos únicos testigos de aquella gesta singular, que escribieron sus impresiones, fueron Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, don Genaro nos recomendó que nos atuviéramos exclusivamente a sus relatos, desdeñando las demás informaciones de segunda mano. Yo me permití observarle que, aunque Gómara no había presenciado la epopeya, ni siquiera había estado en América, podía haber recogido, en su calidad de confesor de Cortés, muchos detalles interesantes que el formidable conquistador había omitido en sus cartas a Carlos V. Don Genaro aceptó a Gómara como fuente original, aunque no de muy buena gana, porque Bernal Díaz del Castillo le había trasmitido algo de su personal aversión contra el primer rápsoda que tuvo la Conquista.

Una vez escogidos los tres autores, los discípulos fueron divididos en tres grupos, que deberían procurar, cada uno por su lado, revivir la personalidad de uno de los cronistas. Los miembros del grupo número uno, debían ver con los ojos de Bernal; los del segundo grupo, debían pensar y sentir como Cortés; y los del tercero, debían encarnar la personalidad de Gómara. El objeto del maestro, con este procedimiento, era el de provocar discusiones entre los alumnos de los tres grupos, y figurarse cómo habrían podido discutir Bernal, Gómara y Cortés. Los discípulos debían prescindir de sus personalidades, para representar mejor las de los cronistas del siglo XVI.

Luis González Obregón jamás habría aceptado este procedimiento para hacer historia, porque la fusión de su individualidad en los hechos relatados, constituye el encanto mayor de sus obras. Conste que, al exponer estos dos sistemas para resucitar el pasado, no trato de insinuar que uno sea superior al otro, porque ambos me parecen respetables. Tito Livio era un historiógrafo impersonal; Tácito, por lo contrario, era singular y personalísimo. Pues bien, Luis González Obregón, por sus perfiles particulares, se acercaba mucho más a Tácito que a Tito Livio.

Y no se limitaba a recoger las crónicas verídicas: también aceptaba los relatos fantásticos, pues aunque no dijesen la verdad, servían para definir la psicología del pueblo que creía en ellos. La mitología griega es tan mentirosa como la mitología escandinava; pero ambas mentiras nos sirven para reconstruir el alma de los países que adoraban los mitos. Así también las leyendas recogidas por González Obregón, son un fiel trasunto del espíritu de nuestros antepasados.

Sin embargo, su amor a la verdad lo obliga a decir que las consejas más cautivadoras, se fincaban exclusivamente en la tradición y que, un estudio concienzudo de ellas, obligaba a desecharlas. Tras de referir el salto prodigioso de Alvarado, la vida misteriosa de don Juan Manuel o el milagro de la Virgen del Perdón, Luis González Obregón agregaba: "todo esto es leyenda"; y procedía a contar la verdad. El procedimiento era ingenuo, porque tras la narración de lo fantástico, únicamente los eruditos aceptan los hechos de certidumbre comprobada: el pueblo prefería seguir creyendo las leyendas inverosímiles.

Eso de mezclar la verdad con la fantasía, me recuerda una dolora de Campoamor, que vale tanto como una novela de Balzac:

Porque lleno de amor, te mandé un día,
una rosa entre fresas, Juana mía,
tu boca con que a todos embelesas,
besó la rosa, sin comer las fresas.

Al mes de tu pasión, una mañana,
te envié otra rosa, entre las fresas, Juana;
mas tu boca con ansia, no amorosa,
comió las fresas, sin besar la rosa.

Aquellas crónicas de González Obregón, en donde junta lo real con lo ideal, son como los envíos del poeta que, revolviendo rosas y fresas, colocaba a su amada en la posición difícil de escoger entre aromas celestiales y sabores mundanos. Los enamorados pierden la ilusión, al mes de idilio, y prefieren el fruto a la flor; pero el pueblo es inaccesible al desencanto y aunque los

eruditos le digan y le vuelvan a decir que las fresas nutren y las rosas no dejan nada, esto es, que la verdad comprobada es mejor que la leyenda, las multitudes seguirán adhiriéndose a sus tradiciones con una devoción que se multiplica a medida que mejor satisfacen esa necesidad ingente que todos tenemos de lo irrreal.

Oscar Wilde nos habla de un viejo castillo británico en el que, según rumores populares, se aparecían fantasmas. Los criados se negaron a seguir sirviendo en aquel recinto, poblado de espantos, y los dueños, no pudiendo vivir solos, en la inmensa mansión, se mudaron a una residencia de la ciudad, menos poética, pero mucho más habitable. El castillo corrió la suerte de todas las fincas abandonadas: se cubrió de polvo y moho, los muros se cuartearon, los pisos se llenaron de grietas y, al poco tiempo, era una melancólica ruina. Naturalmente, los dueños no cesaban de lamentar la conseja de los aparecidos, que privaba de todo valor a la mejor de sus propiedades. Por su fortuna, se presentó a poco tiempo, en forma insólita, un millonario norteamericano que se interesó por comprar el castillo abandonado. El dueño, en su afán de vender la finca, alabó la fertilidad de las tierras, la belleza del paisaje y, para que el comprador no se desanimara, le juró que la leyenda de los espectros era nomás una superchería inventada por gentes supersticiosas e ignorantes. Aquí fue donde protestó indignado el millonario americano: —No, señor —replicó enérgicamente—, yo compro el castillo, porque tiene fantasmas, y hágame el favor de no desacreditarlo, diciendo que se han mudado a otro lugar.

Los pueblos también, como aquel rico estrafalario, se enamoran de las almas en pena, de los espíritus errantes, de los espectros misteriosos y no consienten que los eruditos los expulsen de su solar. Adoran los hechos extraordinarios, las proezas inverosímiles, todo lo que se sale de la realidad, sin que eso quiera decir que adoren la mentira y el error, pues en toda leyenda hay un significado alegórico que la convierte en verdad. Rómulo y Remo mamando las ubres de la loba, nos pintan mejor que nada el origen vigoroso del pueblo latino; el Cid ganando batallas después de muerto, nos hace ver la innegable supervivencia de los héroes; el águila azteca, luchando con la serpiente, sobre un nopal erizado de espinas, refleja nuestro destino atormentado; el grito de Dolores nos hace ver plásticamente, a todo un pueblo despertando al llamado de una voz titánica... Todos estos son cuentos, nos dicen los verificadores estrictos de la realidad; pero esos cuentos, como decía Anatole France son más verdaderos que la verdad.

Por eso resulta inútil detener el fuego de la leyenda, con datos fríos y números exactos. En la República de Venezuela, por muchos años, se celebró oficialmente el día de San Simón, como el del natalicio del Libertador Bolívar. Luego, un investigador registró archivos y comprobó que el héroe no había venido al mundo el 27 de octubre, como se creía erróneamente, sino el 24

de julio, como lo evidenciaban documentos irrefutables. Frente a esta rectificación, un enamorado de la leyenda, el Padre Carlos Borges exclamó lleno de fe radiante: "el pueblo nunca se equivoca y lo que celebraba el día de San Simón, era un acontecimiento tan glorioso y trascendental como el nacimiento de Bolívar; y ese acontecimiento fue la encarnación del genio de la Libertad, en el seno de una mujer venezolana".

Por otra parte, las leyendas suelen ser anticipos de proezas milagrosas. Cuando el general Bonaparte avanzaba en Italia, en un estruendo que recordaba los fragores de las rapsodias homéricas, el pueblo de París, al recibir la noticia de las victorias, las engrandecía con su entusiasmo y las magnificaba con su imaginación. Los primeros en hacer el relato de la batalla de Lodi, contaban en estilo fulgurante que, en el momento supremo del combate, Bonaparte había descendido de su caballo, para quitar a un oficial la bandera tricolor; y que tremolándola gallardamente, al frente de una columna de ataque, había encabezado la carga triunfal que determinó la victoria. El pueblo recogió hipnotizado este episodio de romance, y lo esparció con esa rapidez con que sólo se propagan los incendios. Los testigos de Lodi, sabían que aquella era una mentira, y así lo pregonaban, con el ánimo de establecer la verdad histórica; pero lo que no sospechaban aquellos amantes de la exactitud era que, lo que había sido una conseja en la batalla de Lodi, iba a ser unos meses después, una realidad triunfal, en el puente gloriosísimo de Arcola. ¡Y es que la leyenda empuja a los pueblos y a los héroes, para que sea más grande y luminoso su destino!

La obra entera de González Obregón contribuye a empujar a México hacia adelante, siempre hacia adelante. De sus primeros años de historiógrafo liberal, le quedó en el espíritu una ansia insaciable de progreso, y se entregó por completo a iluminar nuestro pasado, que es la mejor manera de iluminar el futuro. Sus crónicas, aunque desprendidas de los acontecimientos centrales del país, nos explican mejor que las historias campanudas, el misterio de las edades pretéritas, pues, como lo advirtió Pascal, muchas veces los destinos humanos han dependido del perfil de una mujer hermosa. Por eso, mientras la mayoría de los investigadores se dedican a estudiar los doce trabajos de Hércules, González Obregón prefirió examinar la rueca de Onfalia, en cuyos hilos finísimos se enredan los vencedores.

Como todo su trabajo se inspiraba en el amor, las únicas dudas que deja en pie son aquellas que resultan preferibles a una realidad nihilista y devastadora. Al analizar, por ejemplo la muerte insólita de doña Catalina Juárez, llega a la conclusión de que no hay motivos para suponer un crimen, ni mucho menos, que dicho crimen sea imputable a Hernán Cortés. Es que el férreo conquistador tuvo contornos terribles, pero no perfiles miserables. Era

un personaje de tragedia y ésta no es sucia: atormenta, pero no envilece; estruja las almas, pero con la garra tremenda de la divinidad. A semejanza de César, de Carlomagno y demás constructores de pueblos, Cortés tenía capacidad para el crimen; pero siempre que dicho crimen se irguiera sobre un pedestal de grandeza indiscutible.

Para muestra de su espiritualidad y donosura, voy a recordar la forma elegante con que rectificó uno de sus poquísimos errores. El dijo en la primera edición de *México Viejo,* que Mateo Alemán, al visitar la Nueva España, en 1608, había traído consigo el primer ejemplar del Quijote que vino al nuevo mundo. Una monografía erudita de Rodríguez Marín lo convenció de que se habían enviado a América más de 200 ejemplares de la obra cervantina desde 1605, y González Obregón se puso a revisar los papeles de nuestro Archivo Nacional, hasta encontrar la curiosa confesión de los tripulantes de la nave, en donde vinieron los primeros volúmenes de la obra inmortal. Dichos tripulantes dijeron que, durante la travesía del océano, "se venían entreteniendo con Don Quijote de la Mancha y el pícaro", lo que permitió a Luis enmendar su yerro, en esta graciosísima forma: "Si Don Quijote no vino por primera vez a México con el celebrado Mateo Alemán, sí llegó con la popular obra de éste, *El Pícaro Guzmán de Alfarache*". ¡Qué tema de cuadro para un pintor! El caballero y el pícaro navegando en la misma barca, y entreteniendo a las mismas gentes y arribando juntos a la misma playa, forman una alegoría, una maravillosa alegoría de la existencia humana.

En el último capítulo de su libro *Vetusteces,* describe el arca de cedro rojo de su abuela, primorosamente tallada por los artistas anónimos del siglo XVI. Al abrir la tapa del mueble, con una llave mohosa que rechina en una chapa cincelada a mano, se percibe el perfume combinado del linaloe, la alhucema y el alcanfor, pero sobre todo, el aroma fascinante de las cosas viejas. Allí se encuentran las prendas adoradas de una estirpe irreprochable: libros encuadernados en rugoso pergamino, novenas y jaculatorias, mantillas de seda, peinetas de carey, sombrillas de China y reliquias de Santos, traídas de Jerusalén. De pronto, descubre los objetos más íntimos y que más hondamente lo conmueven: el retrato de su madre, en un precioso medallón; su traje blanco de desposada, y los chapines de raso que todavía están intactos, porque nomás fueron usados en el día de la boda. Y en el fondo del arcón, pudorosamente ocultas, en un paquete atado con el mayor aliño, las cartas de novios que se cruzaron sus abuelos.

Pues bien, la vida de González Obregón es como esa arca primorosa que tanto lo emocionaba, con la diferencia de que no encierra la historia de una familia, sino el pasado de todo un pueblo. Allí están las prendas queridas, los retratos amados, los objetos representativos y sintéticos de nuestra nacionalidad. Al pasar revista por ese museo delicioso, se siente el aroma embriagador de la leyenda y el sortilegio divino de la tradición, de esa tradición glo-

riosa que los fanáticos tratan de destruir, haciendo pensar en un árbol absurdo que quisiera prescindir de las raíces que lo sostienen y lo nutren. Las *Vetusteces* de González Obregón son de rigurosa actualidad y lo seguirán siendo dentro de cien años; sus naderías son inmensas; sus ligerezas tienen honduras de océano.

No fue un forjador espectacular del hierro, sino el artista que, en silencio, cincela filigranas delicadas, o modela el barro que, aunque frágil, desafía el embate de los siglos. ¡Cuántas cosas de bronce perecen todos los días, mientras las terracotas de la época de los ramásidas permanecen inalterables, en las vitrinas de los museos! Es que, en el terreno espiritual, la arcilla suele ser más resistente que la roca, y las cadenas de cristal, más seguras que los eslabones de acero. Para fijar una acuarela sobre un muro, no se necesitan clavos de hierro ni martillos titanes: bastan cuatro alfileres fijados por manos amorosas. Así también, los alfileres de oro de las leyendas y tradiciones de González Obregón han clavado el cuadro de México en nuestros conmovidos corazones.

Basta este esbozo deficiente para comprender que es un inmortal, en el significado completo del vocablo, y no en el sentido burlón que daba a esta palabra Maurice Barrés, cuando decía graciosamente que es más fácil ser inmortal en vida, que después de muerto. Por eso me mortifica mucho ir a sentarme en su lugar, pues aparte de las fallas intelectuales que me impiden llegar a su altura, los accidentes de la vida me han llevado por itinerarios distintos de los que él trazó, y en vez de continuar su obra, parece que estoy condenado a contrastarla. El vivió en un dulce remanso y yo en una continua catarata; él fue sereno y armonioso y yo, desordenado y hasta estridente; él se mantuvo siempre en un recato pudoroso, mientras que el Destino, contra mi voluntad, ciertamente, me ha colocado en vistosos escaparates. Yo he luchado siempre, en medio del escándalo y el ruido, mientras que él no hubo menester de gritos, para llamar la atención, ni de gestos teatrales para destacarse en este país nuestro, de apasionados y de violentos.

Este contraste espiritual, tan mortificante para mí y tan honroso para él, me hace sentirme casi un intruso, al ocupar el sitial que él tanto prestigió. Sin embargo, a guisa de disculpa, puedo decir que si me encuentro aquí, se debe en parte principal a Luis González Obregón, porque fueron él, mi nunca bien llorado amigo Victoriano Salado Alvarez y mi siempre querido colega Darío Rubio, quienes lanzaron y sostuvieron mi candidatura académica en el año de 1925. Así pues, en estos instantes solemnes, me parece que estoy cumpliendo su mandato. Me cabe el altísimo honor de sustituirlo en nuestra Academia; pero nada más aquí, porque en la jurisdicción de las Letras, Luis González Obregón es único e insustituible.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don EZEQUIEL A. CHÁVEZ

MANDA el artículo 26 de nuestros estatutos que vos, señor Director, o el Académico de Número a quien vos designéis, dé la bienvenida al nuevo académico de número que con este carácter pronuncie su discurso, y dispone que al darle la bienvenida quien así lo haga, haga especial mención de las producciones literarias del académico cuyo discurso conteste.

Encargado yo de cumplir esta obligación, permitidme, señor García Naranjo, que principie mi respuesta a vuestro discurso moviéndoos una afectuosa querella: —¿Por qué habéis creído que cometisteis un error en la noche del 5 de agosto de 1925 en que al ser recibido como académico correspondiente pronunciasteis un discurso? No hubo error. Abiertas para recibiros habían sido como hoy las puertas de esta casa. Como hoy también la Academia os acogió entonces con estimación cordial. La única diferencia entre aquella y esta recepciones consiste en que entonces ingresasteis entre los individuos que no son más que correspondientes de nuestra Academia Mexicana —como entonces lo era yo— y en que ingresáis ahora entre los que por ser de número en nuestra Academia, correspondientes son de la Española. Dentro de nuestra casa sin embargo, iguales somos todos. Nadie, ni aun figuradamente, tiene que permanecer en pie en espera de que la muerte le señale la silla que ha de ocupar. Dieciocho son las de los académicos de número; dieciocho las de los correspondientes. Hace quince años os tocó la de nuestro colega, Francisco A. de Icaza, el sentido poeta y el agudo crítico que todos admiramos. Iguales son las treinta y seis. Cada una tiene su historia que me he esforzado yo en dilucidar. Desde España no pueden ser vistas ciertamente más que las de nuestros individuos de número; pero entre nosotros ¿qué nos importa? ¿Y qué hace uno cuando a una casa llega en la que se le espera con amor si no es saludar como vos nos saludasteis y recibir la bienvenida que se nos dé, como de nosotros la recibisteis?

Por supuesto que desde antes de aquel 5 de agosto conocíamos vuestras bellas producciones literarias. De entonces acá las nuevas obras con que nuestra literatura habéis enriquecido son numerosas. Debo yo hacer aquí relación de ellas. No me ha sido dable, sin embargo, separar nunca de su obra a quien la hace. La obra es el hombre objetivado en ella. Quien se ha asomado al mundo de las almas no puede entender de otro modo obras hechas por almas. Tampoco me ha sido dable ver en el hombre que por un tiempo más o menos breve está ante mí, sólo ese breve tiempo hipotéticamente separado de los demás, ni creer que haya vida desvinculada de las otras vidas, ya que todas concurren para formar, deformar, reformar, modelar y matizar la de cada uno, y para la formación, la deformación y la reforma de sus obras.

¿Cómo en los contados momentos en que pueda yo ocupar aquí vuestra atención me será posible evocar una vida tan llena de variados acontecimientos, tan enredada como la vuestra? Ni siquiera puedo conocerla toda. Fuerza ha de ser que sólo me detenga en aquello que yo conozca de ella y que piense que sea de trascendencia para explicar vuestras obras. Habrá de suceder pues, que pase por alto parte de lo que más grande significación tenga.

Mi propósito es, y pienso que es mi deber, manifestar aquí mis personales puntos de vista acerca de afirmaciones, en mi concepto, esenciales, contenidas en aquellas obras vuestras que hasta mi conocimiento han llegado y expresar los qué, con relación a vuestras obras, me parece debido tener presentes.

Cuatro partes contendrá, en consecuencia, mi discurso: la primera tratará de lo que conceptúo que son las orientaciones —los radios vectores— iniciales y fundamentales de vuestra vida y de vuestra obra; la segunda intentará hacer la síntesis de los que os guiaron y que vos señalasteis cuando fuisteis Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes; se referirá la tercera a lo que constructivamente a mi parecer subsiste de los dieciocho años de vuestros dos destierros, y la cuarta hablará de hoy y de después.

I

Un indio del Norte —¿un *kikapú?*— fué uno de vuestros bisabuelos; de vos mismo lo sé; un castellano, uno de vuestros tatarabuelos. Acaso mestizos. vuestros restantes antepasados. ¿Heredasteis del indio, vuestro amor a la independencia, y la indómita resistencia con que habéis hecho cara a los embates de vuestra vida? ¿Del castellano tenéis el empuje y la entereza, a la vez que la sonoridad y la agilidad de vuestro verbo? ¿Especialmente de las mes-

tizas de vuestro linaje, la visión simultánea de las relaciones misteriosas que otros no ven, madre fecunda de alegorías y metáforas, esencia de la poesía reconocida en vuestras obras por quienes os han aclamado con el sobrenombre de *el vate?*

Si casi en la frontera de México nacisteis, si allá los tres primeros años de vuestra vida pasaron; si vivisteis los diez siguientes en una aldea de Tejas e hicisteis en ella vuestros estudios primarios; si con maravillados ojos mirasteis en el hogar de vuestros padres, durante todo ese tiempo, la encantada visión de México, siempre palpitante y próxima siempre; del México incomparable, lleno de poesía y de hazañas, de esfuerzos y afán, de fracasos y gloria; si supisteis que el día mismo de vuestro nacimiento se cruzó la incipiente trayectoria de vuestra vida con la de uno de los héroes de la jornada del 5 de mayo, Porfirio Díaz, que ante vuestra cuna pasó entonces, y os hicisteis cargo de que de vuestro posible futuro destino han de haber hablado entonces él y vuestros padres, todo ello entró sin duda en la fábrica de vuestro pensamiento, y ha hecho de vos un fronterizo, un porteño que está siempre de viaje y siempre de retorno al solar de sus antepasados.

Bien supo vuestro padre lo que hizo cuando, a la hora en que apuntaban las primeras inquietudes de vuestra adolescencia, puso allá fin a vuestros estudios; que ya conocíais el alma de los niños americanos, sentado con ellos en sus bancos de niños; leyendo con ellos sus libros de niños; corriendo y jugando con ellos en sus juegos de niños. Os tocaba ahora venir a México a convivir con los mexicanos. De la aldea tejana de Encinal, a Laredo; de Laredo, a Lampazos; de Lampazos, a Monterrey para hacer en Monterrey vuestros estudios preparatorios; de Monterrey a México para hacer en la Escuela de Jurisprudencia de la República la carrera de abogado.

¿Qué mejor escuela preparatoria de la vida real —de superación y de lucha— podía haber para vos que la de Monterrey, de aquella ciudad de energía y de entereza, de resolución y de fe, de carácter pujante y pundonoroso, una de las más afortunadas colmenas humanas, una de aquellas en las que los hombres saben ser, a la vez que verdaderos hombres, verdaderos amigos, verdaderos creyentes y verdaderos patriotas? Allá fue en donde, para decirlo con palabras de Montaigne, entregasteis a la existencia, antes de cumplir veinte años, las arras de la vida que nunca nos devuelve la existencia.

Cuando en 1903 llegasteis a esta urbe, ya erais como lo sois ahora conforme a la famosa clasificación que de las almas ha hecho Carlos Gustavo Jung, un extravertido; complexo, con algún intrincado elemento de secreta contradicción; peregrino del arte, alucinado de la gloria, visionario del Más Allá. Azogue en las venas, en la palabra y en el alma.

Rutas de vuestra vida han sido abiertas y cerradas en esta ciudad de México. Al año de haber llegado vos aquí, moría en Laredo vuestro padre, y desolado corríais al lado de vuestra madre para tornar luego a México. Un año después, en el de 1905, conquistabais el premio de quinientos pesos otorgado por Rafael Reyes Espíndola en el concurso que, para celebrar el tercer centenario del Quijote, fue abierto —gracias a la iniciativa entusiasta y espléndida de Joaquín Casasús— por el Liceo Altamirano —el Liceo Mexicano del comienzo de mis años mozos— el que cuatro lustros antes de 1905 habíamos fundado Luis González Obregón, Angel del Campo y yo, con la cooperación inmediata de Toribio Esquivel Obregón, de Pepe Bustillos, de Pepe Rivera, de Pancho Icaza, de Balbino Dávalos, de Rafael y Pancho Alba, Alberto Michel, y tantos otros, inolvidables. La poesía con la que conquistasteis el triunfo puso en vos los ojos de D. Justo Sierra, que en 1906 os concedió una de las cuatro plazas de estudiantes pensionados para hacer estudios de profesores de historia, de arqueología, de etnología, de filología, que había pedido yo a don Justo que creara en el Museo Nacional de Historia, Arqueología y Etnología —cuna así de la que es hoy Facultad de Filosofía y Letras. Si entonces preferisteis los estudios de historia a los de arqueología o de etnología que don Justo os propuso que hicierais, fue sin duda porque desde que nacisteis habíais vivido en un ambiente de historia: de aquella historia que hizo con sus hazañas un tío vuestro, el General Naranjo; de la que hicieron sus amigos; de la que hizo y siguió haciendo con sus memorables hechos quien pasó junto a vuestra cuna el día en que nacisteis. Viajero toda la vida al través del espacio, habéis sido toda la vida viajero al través del tiempo, no como todos lo somos —que todos vamos, aunque a veces inconscientemente, a lo por venir— sino también yendo de propósito a lo pasado para ir de él a lo por venir.

Fiel a vuestro destino —que ha sido siempre, como el de todos los hombres, un sí es no es contradictorio— en aquel año mismo estuvisteis a punto de hacer traición a vuestro destino; con otro espíritu inquieto, el de José Pallares, fascinados los dos por el mundo de maravilla que a los amantes del arte mostraban entonces en México los espectáculos cultos importados del Viejo Continente por don Justo Sierra, decidisteis, deslumbrada el alma por los genios evocadores que transfiguraban entonces nuestro vetusto Teatro Arbeu en una mágica cueva encantada, abandonarlo todo; estudios de derecho, estudios de historia en nuestro Museo, y renunciando a la pensión que en él teníais, con José Pallares cruzasteis el Atlántico, resuelto Pallares a convertirse allá en un actor auténtico; decidido vos a conquistar fama de hombre de letras.

Siete meses; casi todos en París; luego, en Madrid. Cuando regresasteis el panorama de vuestra alma se había agrandado y no encontrasteis cerradas las puertas del Museo. No sólo tornasteis allí a vuestros estudios de historia, sino que, bibliotecario, y a poco, Secretario del mismo Museo —que ahora regenteaba en calidad de Subdirector, Genaro García—, os encontrasteis elevado a posiciones de responsabilidad en las que aprendisteis mucho del difícil arte de tratar con hombres, y un poco del arte más difícil de todos: hacer con hombres, obra armónica.

Era a veces un tanto rígida la voluntad del Subdirector; rectilínea siempre es la vuestra, consecuente con sus propios propósitos, pero flexible. Puestas las dos al servicio del Museo ambas concurrieron para hacer que éste progresara. Cuando a él tornasteis tuvisteis la pena de encontrarlo quebrado en dos. Ya no estaba allí Luis González Obregón... Fuisteis entonces el intermediario por el que a menudo se restableció el equilibrio entre profesores de valía pero de personalidad insumisa, y su superior jerárquico, estricto campeón de la disciplina.

En aquel pequeño aunque interesantísimo mundo hicisteis lo que en grande procuró hacer el General Díaz cuando fue Presidente de México: concertar voluntades; lo que hizo el Presidente Libertador de Checoslovaquia: concertar opuestos intereses, puntos de vista antagónicos.

¿Cómo el año de nueve, en el que obtuvisteis el título de abogado, podría no haber sido aquel en que llegasteis a otra encrucijada de vuestra vida? Frente al grupo de antirreeleccionistas del Presidente y del Vice Presidente de la República —que ya disputaba al General Díaz el porvenir— se organizó un grupo de reeleccionistas, y Genaro García venció la débil resistencia que vos le opusisteis para entrar de lleno en la siguiente lid electoral. Vuestras actividades vinieron en consecuencia a ser absorbidas por la política. Dejando vuestra quieta posición en el Museo, al Máelstrom de la política os arrojasteis, y hecha por él presa en vos, se jugó la suerte de vuestra vida.

Atasteis entonces con otros espíritus ardientes una amistad que rayó en los confines de la fraternidad intelectual, y con ellos —a la par que con otros que en sector diferente de la política militaban— hicisteis por años el ensueño que os pareció patriótico, de transformar en gobierno congresional el de México, subordinando así al Poder Legislativo el Poder Ejecutivo de la República.

¿Era cuerdo este empeño? —Era natural que se produjera en un país como el nuestro, trabajado políticamente por más de treinta años de gobierno de un Presidente de extraordinarias dotes, que aunque no fuera como no fue un dictador absoluto —porque nunca erigió por encima de toda ley su vo-

luntad—, ha sido llamado y sigue siendo llamado dictador, por más que sólo lo haya sido en aquellos sectores de la vida nacional en los que —para la tranquilidad del país, condición indispensable del progreso del mismo—, juzgaba él preciso mantener intangible el prestigio de sus merecimientos, el de su poder y el de su ascendiente personal.

II

Diputado al Congreso de la Unión en 1910 y en 1912 ¿cómo no habríais seguido soñando en hacer del Gobierno de México un gobierno congresional, si el entusiasmo con que eran aplaudidos vuestros discursos parlamentarios os confirmaba en la conciencia que teníais ya del poder de vuestra palabra, y si la deferencia del Ejecutivo de la República a cargo de D. Francisco Madero os hacía ver entonces cada vez más próximo el momento en que vuestro ensueño se realizara?... Lo quebró de súbito el levantamiento militar de febrero de 1913, y lo redujo a nada el golpe de Estado por el que fueron disueltas las Cámaras el 10 de octubre siguiente por aquel hombre que era casi una fuerza primitiva de la naturaleza.

Desde antes de octubre habíais creído despertar vos a lo que os pareció ser entonces, como pareció también a gran parte del país, la verdadera realidad; desde el 18 de septiembre habíais aceptado ser Subsecretario, y desde el 6 de octubre Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Yo me doy cuenta de que el golpe de Estado que ocurrió cuatro días después del día 6 tiene que haber producido en vos una inmensa conmoción; pero, extravertido como psicológicamente sois, sabe volveros hermético vuestra voluntad porque es ésta —y no vuestra constitución psicológica— la que en vos manda.

Sin duda la situación creada el 10 de octubre ha de haber confirmado en vos la resolución que os habíais formado ya, de mantener al margen de la política de aquellos días cuanto atañe a la educación pública, con el propósito de apresuraros a hacer en beneficio de la educación todo lo que fuese factible en el tiempo en que a ella pudierais dedicar vuestra vida. ¿Hubo entre vos y el hombre que detentaba el poder público en la ciudad de México, pacto expreso? Expreso o tácito, es lo cierto que en los asuntos propios de vuestra Secretaría procedisteis como si aquel hombre no existiera, y que él tuvo la cordura de consentir en que así procedierais.

Si por lo que a la instrucción pública y las bellas artes concernía no dependisteis de la voluntad de quien entonces omnímodamente la ejerció en México en toda la expresión territorial que abarcaba su poderío, supisteis oír

atenta y respetuosamente al Consejo Universitario e inclinaros ante sus pareceres para incorporarlos en las resoluciones que legislativamente dictasteis.

Requería el formalismo que para legislar en materia de enseñanza os concedieran autorización las Cámaras. Al efecto pronunciasteis el 4 de diciembre en la de Diputados uno de vuestros discursos de mayor sustancia. Atacasteis en él las escuelas llamadas *rudimentarias* creadas en 1911, a las que había reprochado yo la absoluta deficiencia de la educación primaria que tenían que impartir, que condenaba a los que la recibían a una condición de inferioridad social casi siempre incurable frente a los que obtenían completa la educación primaria elemental. Pudieran, sin embargo, haber evolucionado satisfactoriamente aquellas escuelas, transformadas luego en las rurales. ¿Evolucionaron así?

Sigo pensando hoy que, como lo decía en abril de 1887 el admirable filósofo, Félix Ravaissón —"una sociedad no es lo que debe ser sino en caso de que en vez de que *cada uno de sus miembros* no haga caso sino de su propia ventaja, cuiden todos del bien de todos"—, y que esto entraña que no es una sociedad lo que debe ser sino en caso de que en vez de que *cada una de las clases sociales* que la componen sólo atienda a su propio medro, atiendan todas al bien de todas —porque *la patria*... —llamábanla los griegos, la ciudad—, *es,* conforme lo decía Ravaissón— que así reiteraba las enseñanzas de Aristóteles, de Platón y de Pitágoras —*"una sociedad de amigos"; no un perpetuo antagonismo y una constante acechanza de enemigos. Una sociedad de amigos*— "de este modo se entendió en otro tiempo", observa Ravaissón, "cuando, por ejemplo, la ciudad de Gante, era conocida por todos con el nombre de *La Amistad de Gante". Amistad* cada una de aquellas ciudades. *Amistad,* la patria. ¡Concepto admirable! "Este es, agrega el filósofo con cuyo recuerdo se honra mi pensamiento, el ideal cuya realización debe ser preparada en el Estado por la educación"; no la enemistad, *no cavar y ahondar abismos entre clases sociales, que eso es deseducación,* como enérgicamente la ha llamado Giuseppe Lombardo-Radice. Al pensar en esto, recuerdo, también con Ravaissón, que San Agustín decía bien cuando decía que "más vive el ánima donde ama que donde anima"; que más vive el alma donde ama, que donde alienta. Donde ama es donde trabaja por la concordia; no donde siembra odios. Y me pregunto ¿trabajan siempre por la concordia nuestras escuelas rurales?

En vuestro discurso del 4 de diciembre hicisteis grande elogio de la ley de educación primaria de 1908 inspirada en estas mismas ideas, cuyo proyecto formé con la más grande ilusión de mi vida de servir así a México, y cuyos programas y cuyas instrucciones metodológicas redacté en 1909 con la misma grande ilusión, durante el tiempo en que hizo don Justo su memorable viaje al Palenque.

Vuestra afirmación de que considerabais necesario "mantener eternamente unida al Estado la educación primaria"; "eternamente unido a la máquina gubernamental al maestro de primeras letras" —como, con estas palabras mismas, lo declarasteis entonces— no significaba, seguramente, que trataraís de suprimir el pensamiento, la iniciativa, el alma del maestro hasta el grado de convertirlo en un maniquí del Estado, ni que llevarais tan lejos vuestros conceptos en este particular que pretendierais monopolizar la educación primaria haciendo que el Estado absorbiera la iniciativa particular y que todas las escuelas primarias —aun las sostenidas con fondos privados— quedaran reducidas, en una forma o en otra, a ser —ya sin alma suya— simples dependencias mecánicas del Estado. Comulgando "fervorosamente", como allí lo dijisteis, con D. Justo Sierra, sabíais que no trató él de hacer otra cosa a este respecto que señalar a las escuelas primarias de iniciativa particular que al sistema educativo de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes trataran de incorporarse, otra obligación que la de impartir las enseñanzas de las asignaturas que las escuelas nacionales enseñaran, sin pretender vedarles el derecho de impartir además otras que la Secretaría de Instrucción Pública no impartiera. La inspección oficial no se ejercía más que en lo relativo a las asignaturas enseñadas en las escuelas del Estado.

Y sin duda no quería decir esto que creyera D. Justo o que vos creyeseis que todas las familias mexicanas fueran modelo de familias; en parte ninguna del mundo lo son. Os referisteis vos en el discurso del que aquí evoco el recuerdo a la desventurada condición en que se encuentran muchas de las pobres mujeres, muchos de los míseros niños de nuestros bajos fondos sociales; criminalmente abandonados ellas y sus hijos por el encanallamiento de los hombres —como ocurre también, aunque con menos frecuencia, en otras clases sociales— así como os referisteis al abandono en que dejan a sus hijos aquellos padres para quienes lo único que existe es el afán de tener comodidades y riquezas y la desenfrenada persecución de placeres y de fáciles pasatiempos que está corroyendo ahora y minando cada vez más muchos hogares.

Seguramente ni D. Justo Sierra ni vos imaginaríais nunca que alguna vez pudiera pensarse en que el remedio consistiese en que el Estado llegara a ser el único responsable de la educación primaria, secundaria y normal de todo el país, con lo cual quebrantaría y disolvería familias bien constituidas y completas, lo mismo que aquellas en las que sólo hay madre que se hace cargo de sus deberes, e hijos a quienes ella atiende, así como las de niños huérfanos o abandonados que quedan bajo la dependencia de hermanos mayores, de tíos o de otras gentes de buen corazón dispuestos a hacer para con esos niños labor de padres; pero aunque las ideas sean aladas ¿no es cierto que a veces sufren el imperio de leyes de una —permitidme que así la llame— *lógica monstruosa* que las arrastra hacia abajo y las lleva a cumplir pavorosos desti-

nos?... En dondequiera que por una serie de años "sólo el Estado" tenga derecho a impartir educación primaria, secundaria y normal acabará por ser notorio que en vez de que despierte y vigorice el sentimiento de la responsabilidad personal de los padres de familia para con sus hijos, lo herirá gravemente, sin darse cuenta de que la muerte moral acecha a la sociedad en que ese sentimiento se extingue.

Atacasteis en aquel discurso el plan vigente entonces en la Escuela Preparatoria, y con persuasiva elocuencia significasteis vuestro propósito de abandonar en el que luego expidiríais, el positivismo que en gran parte informaba aún al vigente, a pesar de que dieciocho años antes había logrado yo abrir la primera brecha en su ciudadela, cuando obtuve del Ministro D. Joaquín Baranda —a quien ciertamente debe mucho la educación mexicana— la aprobación del plan de estudios que hice en 1895, por el que —contrariando radicalmente la filosofía comtiana— fue aceptada la creación del curso de psicología que desde 1896 ha venido a figurar sucesivamente en todas las escuelas preparatorias y normales de la República. Otras novedades, que más tarde desaparecieron, consignó en aquel tiempo mi plan, que me fue grato ver por vos iniciadas de nuevo en 1913, como también lo ha sido que otras de ellas hayan resucitado casi en nuestros propios días.

La que mayor novedad tuvo entre las que anunciasteis en vuestro discurso es la que, preparada ya en el ánimo de reflexivos educadores mexicanos, consistió en abandonar en la Escuela Nacional Preparatoria el ordenamiento comtiano de los estudios científicos, y en sustituirlo por otro que se desarrollara al compás del progresivo crecimiento mental de los educandos. Os secundamos con razonado y justificado empeño en esta empresa en el Consejo Universitario. Vos aceptasteis la justificación de nuestros puntos de disidencia, y en vuestro discurso inaugural de los cursos universitarios de 1914 proclamasteis que nuestra Universidad había "sabido conquistar el título de ilustre y benemérita, por haber roto los moldes tradicionales para colocar un puente de oro entre el romanticismo de los tiempos idos y el romanticismo de las épocas futuras". Tanto o más que la Universidad merecéis vos este elogio.

El nuevo ordenamiento de estudios y su orientación cardinal han subsistido al través de las numerosas vicisitudes por las que la Escuela Preparatoria ha pasado, tanto en el tiempo en que siguió siendo *una,* como en aquel en que se la ha dividido en dos, constituida la primera por las escuelas secundarias dependientes de la Secretaría de Educación Pública, y las segundas por la de los bachilleratos dependientes de la Universidad. La persistencia —por más de un cuarto de siglo— de aquel lineamiento que vos imprimisteis al sistema de estudios intermedio entre los primarios y los superiores, y su general aceptación, demuestran que puede hacerse obra fuerte y duradera en un tiempo

tan breve como el de vuestro rápido paso por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Identificado con vos, y poseído de un idealismo que por largos meses de su vida la transfiguraba y lo libertaba del periódico desequilibrio de su organismo —que constantemente lo acechaba y que de tiempo en tiempo lo hacía su víctima— veo a vuestro joven Subsecretario, Rubén Valenti, cuya trágica muerte ocurrió luego causando profunda pena en los que como vos comprendíamos cuán grandes eran sus merecimientos.

III

Sin dejaros abatir por la tempestad que os arrojó del país, y después de ir por seis meses a Nueva York, a Guatemala, de nuevo a Nueva York, a Nueva Orleans, a Laredo —como si con vuestro veloz ir y venir quisierais trazar al través de la América del Norte aquella misma rúbrica de vuestra vida y de vuestra alma que niño trazasteis de Lampazos a Encinal y de Encinal a Laredo, Lampazos y Monterrey; que adolescente escribisteis de Monterrey a México; que joven signasteis de México a París y a Madrid, y de Madrid a México— trazábaisla ahora arrebatado e inquieto de Sur a Norte y de Norte a Sur sin poder llegaros a Monterrey, en donde vuestra familia agonizaba pensando en vos y temiendo todo por vos, como vos agonizabais por ella y temíais todo por ella.

Cuando un año y un mes habían transcurrido desde vuestra brusca partida de México, os fue dable confiar a una nueva empresa la fiebre de vuestra actividad. En esa empresa pusisteis el capital único que os fue posible haber a las manos —mil dólares que inesperadamente os llegaron; con ellos vuestra fe y vuestra fortaleza de luchador, y fundasteis en San Antonio, en Texas, el periódico que fue la tribuna llamada *La Revista Mexicana* en la que, desde agosto de 1915 hasta 1920, hablasteis sobre todo con los mexicanos refugiados en Texas, mientras que en medio de zozobras, y de contradictorias convulsiones, y de trepidantes inquietudes y de titánicos y antagónicos esfuerzos, se encaminaba México hacia un nuevo porvenir cuyos perfiles acabaron por delinearse en los artículos de la Constitución política de 1917.

Cuando el estado caótico que prevaleció en los años de 14, 15 y 16 —que hizo que diversas facciones predominaran ora en una región de la República, ora en otra— cedió al movimiento reconstructivo que en seguida fue desarrollándose y se impuso con mayor fuerza después de la trágica sacudida de 1920, la mayor parte de los individuos de la Colonia Mexicana residentes en San Antonio regresó a México, y privado entonces de las suscripciones con que ellos sostenían vuestro periódico, éste desapareció.

Cerradas estaban aún para vos las puertas del país; tuvisteis que contentaros, pues, con seguir rehaciendo a México en vuestro corazón, y con vuestra palabra en el de los mexicanos de allá que en vos creían... Porque así lo hicisteis; entendisteis el amor que por México sienten aquellos a quienes a veces con despectivo e injustificable menosprecio se llama *los pochos* —los mexicanos que no viven en México y que a pesar de todo siguen siempre mexicanos, heroicamente mexicanos—. Son ellos los descendientes de los que, en territorio en otro tiempo mexicano, han desarrollado y continúan desarrollando su vida y la de sus pósteros en territorio americano; son los que con inmarcesible y conmovedora añoranza dirigen sus pensamientos, su ternura, sus ideales, su alma siempre rumbo a México; que en México ven la tierra que aman más que a su propia vida; la patria a la que otra cosa no piden más que aquella arrobadora tristeza que es la arrobadora alegría de pensar en ella; en cuya belleza creen con una mística devoción que nada ni nadie puede aniquilar; cuyos errores perdonan; cuyo recuerdo resuena en su memoria como, hasta en la hora de la muerte, resuenan las vibraciones de las campanas de la Iglesia que en nuestra infancia oíamos cuando la cruz de la torre levantaba al cielo nuestras miradas, y apuntaba a nuestro espíritu el Más Allá.

Dedicasteis vos muchas veces vuestra palabra —cuando con aquellos mexicanos vivíais— a desentumecer las palabras de México —pobres aves transidas de frío que no obstante el amor de esos mexicanos a México se les están entumeciendo en el alma, ateridas por la lejanía. Cuando lo hicisteis así, revivió en ellos la encantadora visión de la patria que a pesar de sus esfuerzos, lentamente, progresivamente, irresistiblemente se les va volviendo borrosa y nublada en el traidor escenario de su imaginación.

Santa es ciertamente la labor de regar en tierra extranjera los jardines del alma en que se cultivan flores de la patria distante y es cien veces santa regarlos en el alma de los hijos y en la de los hijos de los hijos de quienes perdieron a su patria hace más de medio siglo, hace más de tres cuartos de siglo, hace más de un siglo, que aún y siempre, a pesar de la húmeda niebla ligera de la lejanía material, y de la seca y espesa calígine de la lejanía temporal, con más devoción y ternura la aman.

La nueva tribuna desde la que hablasteis cuando vuestra *Revista de México* se os murió, fue *La Prensa,* de San Antonio, allá fundada por Ignacio L. Lozano. Desde ella hablasteis a aquellos mexicanos del México Viejo que están desparramados desde nuestra raya frontera hasta la raya frontera del Canadá.

Creísteis en 1923 llegado el momento de regresar a México, y luego de aquel discurso vuestro que pronunciasteis en Ciudad Juárez el 2 de abril en honor del General Díaz, aquel discurso que os valió la felicitación en masa de las autoridades de allá, ofrecisteis a un empresario de teatros —para arbi-

traros los recursos que vuestra repatriación necesitaba —dar una serie de conferencias, desde allá hasta el corazón de México, sobre vuestros nueve años de destierro. Contrataría él los locales en donde las dierais, y por su cuenta serían los gastos de arrendamiento, de anuncios, de alumbrado, de *teloneros...;* a medias entre él y vos las utilidades.

Monterrey, Saltillo, Piedras Negras, Tampico... no sé cuántas ciudades más os aclamaron; y cuando a ésta en que estamos llegasteis, once mil pesos eran el premio que a vos tocaba, contante y sonante, de vuestra aplaudida elocuencia. Así fundada otra vez vuestra fortuna os permitiría sin duda estableceros aquí. Confirmábala nuestra Academia, llamándoos a compartir con su vida, la vuestra.

¡Vana ilusión! En el año de 26 os encontrasteis aún en la necesidad de expatriaros: de aquí a La Habana; de La Habana a Washington; no importaba dónde; en cualquiera parte triunfaríais. A todas llevabais las dos armas de vuestra existencia: vuestro pensamiento, claro y fuerte y vuestra palabra. Esgrimisteis los dos en el Congreso Panamericano de Periodistas reunido en la capital de los Estados Unidos, en donde pronunciasteis vehementes discursos en español y en inglés.

Colaborador de *La Nación,* de Buenos Aires, residisteis en los nueve años de vuestro segundo exilio durante dos, en Europa, y fue en uno de ellos cuando, como un rayo, os llegó la noticia de la muerte de vuestra madre, que en Laredo había quedado. En España estabais entonces e ibais a tener una entrevista con quien era en aquel tiempo un hombre al que omnipotente se llamaba. La cancelasteis, y corristeis a Italia, a esconder vuestro dolor en la ciudad de las fuentes de innumerables rumores; la que más que otras sabe de humanos dolores y más que ninguna, de lo pasado.

Pasasteis en Venezuela los años de 32 y 33. Entre estos dos y los dos de Europa publicasteis —en 1930— uno de vuestros libros más sugeridores, *El Quinto Evangelio,* en el que, a vuestro modo, referís e interpretáis parábolas del libro más inspirado y más sugeridor de cuantos existen, del que está siempre al frente de todos los libros: el de *Los Evangelios.* Luego, en 1931, el que es quizás vuestro mejor libro, el *Simón Bolívar,* en el que revivisteis la grande historia del héroe del Nuevo Mundo que del Atlántico al Pacífico, de los Llanos a los Páramos, al Chimborazo y a los lagos que el Perú y Bolivia levantan al cielo, fue en todas partes el verbo y la espada de la libertad y de la redención de los pueblos, y el guión de la gran política, de la política organizadora y salvadora de ellos.

El libro en que la epopeya de Bolívar rehicisteis me hace imaginar que estaréis ya identificado con los tres conceptos que para todo el mundo considero yo fundamentales: el primero, el de la necesidad —que especialmente los pueblos hispanoamericanos tienen —no de gobiernos congresionales, no de

dictadores, no de irreconciliables partidos, ni menos de irreconciliables banderías, sino de gobiernos conciliadores —es decir, coordinadores y armonizadores de todos los intereses opuestos— porque gobiernos así son los únicos que unifican a los pueblos y hacen de pueblos desunidos, de clases desunidas, de partidos que a los países despedazan, patrias unidas y fuertes.

A este concepto cardinal —que Simón Bolívar no pudo realizar sino en la medida en que le fue dable estar presente ante los que lo desconocían—, a este concepto que Porfirio Díaz puso en obra —en fecunda aunque imperfecta obra— por un tiempo suficientemente largo para que el recuerdo de su benéfica eficacia pueda llegar a inspirar, rectificado y sublimado, la política futura de México —por la que México rehaga la unidad moral que ha perdido— agrégase el segundo gran concepto, expresión también del genio de Bolívar como del genio de Díaz: Si la patria no es discordia, sino concordia; si es la armonía de los corazones de todos sus hijos que juntos forman su gran corazón ¿cómo no habrá de necesitarse que para formarla concurran la tradición y la historia, la tradición y la historia sin las que los pueblos que de ellas reniegan pierden su alma generosa y grande y la truecan por un alma ilusoria? Si la patria no ha de ser pesadilla eterna ni vana sombra inconsistente ¿no será menester cohonestar en ella el luminoso ensueño constructor de lo futuro y el amor y el respeto de las fuentes vernáculas?

¿No necesitará, por otra parte, la patria —este es el tercer concepto para mí indispensable— levantar su pensamiento más allá de sí misma, por encima de todas las patrias, hasta que experimente —ella también— el sentimiento de Lo Infinito, sin el que hombres y pueblos se convierten en ciegas aristas que avientan, ora en una dirección, ora en la opuesta, todos los vientos, las ideas todas, aun las absurdas, las disolventes, las suicidas, y más que ninguna, las absurdas, las disolventes, las suicidas?

IV

En los últimos años en que habéis venido a residir nuevamente a México, a menudo habéis sido llamado a pronunciar discursos. En ellos soléis personificar conceptos y hacer que los representen los personajes a quienes con ellos honráis. Así es como de Toribio Esquivel Obregón —a quien la Academia de Jurisprudencia ha discernido por su grande obra de historia del derecho mexicano el *Premio "Manuel de la Peña y Peña"* —justificadamente habéis hecho *el Abogado de la Tradición,* y el discurso por el que lo habéis enaltecido patentiza ciertamente la habilidad, la erudición, la ciencia, el talento con los que Toribio ha vuelto palmaria la inmensa obra de creación y de organización de México, llevada jurídicamente al cabo de tres siglos en

que fue al Nuevo Mundo transmitida la cultura española y creada la nueva raza de la América Hispánica en la que juntas reviven nuestras dos razas madres.

Así es como, también justificadamente, habéis hecho de Manuel Gómez Morín el símbolo del *Abogado de la Cultura,* porque no sólo con toda su alma la defendió al emprender la obra de reorganización de nuestra Universidad en uno de los más duros trances de su existencia —con temeraria avilantez combatida y con incansable persistencia salvada— sino que sigue defendiendo aún y defenderá siempre la cultura de México, con igual entereza sencilla, viril y estoica, con igual patriotismo probo, valiente e infrangible.

Así igualmente habéis prolongado más acá de la muerte de nuestro eximio director, Federico Gamboa, al que llamasteis bien, *Maestro de la Vida,* al hombre del amable saber vivir y del gayo saber convivir, que a todos convidaba con el festín de su palabra elegante, ágil y bella y con el de su chispeante bonhomía que nos hizo sentir a todos la delicia de su lúcida comprensión, clara como un día de sol, y de su compañía, llana y cordial.

En un Presidente de México —Francisco León de la Barra— a quien suele no hacerse justicia —la justicia que a todo el mundo debe hacerse— acabáis de descubrir al hombre realmente representativo del período de transición en el que vino a presidirnos; que por ser representativo de dicho período fue en él lo que en él debía ser: no otro que se ha querido que fuera, sino el que se necesitaba en aquel momento en el alto lugar en donde lo hicieron útil, y aun indispensable, sus dotes.

En fin, hábil comediógrafo habéis revelado ser, regocijada y delicadamente satírico, en dos obras por vos escritas en inglés y en castellano; en 1936, *El Vendedor de Muñecas,* con aplauso representada ya lo mismo en teatros de México que en teatros de los Estados Unidos; en 1937, vuestro *Ancestors for Sale* (Antepasados de Venta), cuya trama se desarrolla, como parte de vuestra vida, trasatlánticamente, entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Es el año de 38, por otra parte, vuestro discurso: *Los Mexicanos Expatriados* en el que con honda emoción demostráis que "se hallan ellos adheridos a la Patria por un amor purificado por la lejanía".

Venís a ocupar hoy la silla undécima de las de los individuos de nuestra Academia. El primero que en ella tomó asiento fue aquel de alma blanca, de gestos delicados y finos, ceremonioso y afable, D. Rafael Angel de la Peña, el prestigioso gramático atildado y estricto cuya diáfana mirada —más diáfana que los diáfanos cristales de sus espejuelos— era pura como su conciencia. Cronista de nuestra Academia —por lo mismo, su historiador— en calidad de Secretario de ella.

El segundo de los que en la silla ahora vuestra tuvo su lugar fue un profesor jovial siempre y de sangre ligera, a las veces quizás un poco volte-

riano, buen conocedor de la historia del México de su tiempo, elegante y castizo hombre de letras: D. Manuel Sánchez Mármol, a quien yo no puedo nombrar sin acordarme con agradecimiento de que varias veces me hizo el honor de llamarme para suplirlo en su cátedra de historia durante los rápidos viajes anuales que hacía a su rica y fecunda tierra, Tabasco.

El tercero en fin, Luis González Obregón, en quien veo yo no a uno sino a muchos —porque vinimos a ser amigos cuando acababa de completar él su adolescencia y se encontraban adelantadas ya la de Angel de Campo y la mía, y porque seguimos siendo amigos toda la vida—. Mi primer recuerdo de él lo sitúa junto a mí y junto a Angel de Campo, sentados los tres en una de aquellas recias bancas de nuestra vieja Escuela Preparatoria, en uno de aquellos formidables tablones empotrados en los muros; pintadas con aquella eterna pintura café que desafiaba a los siglos. Una mañana concertamos allí la fundación de la sociedad literaria, el *Liceo Mexicano,* en la que a la vida de las letras nacimos.

Imborrable había sido ya entonces para los tres la impresión que desde el primer día en que lo vimos nos causó nuestro maestro indio, Altamirano, que ciertamente no nos hizo revivir con él toda la historia de México sino sólo la antigua, la de la Conquista y la de la Independencia, con un rápido atisbo, después, de personajes salientes de la historia literaria del México de nuestro siglo XIX, y con un alto doloroso en las trágicas jornadas del 47. La mayor de las impresiones que nos causó fue la de él mismo, la de su propia vida. De bronce lo vimos siempre; por su patriotismo, transfigurado; siempre viajero en busca de la belleza y del arte; en busca siempre de la literatura nacional que tanto contribuyó él a que entre nosotros renaciera, y que admiró y nos hizo admirar en los países de la América del Sur, hermanos del nuestro.

Tuve para mí, sin embargo, y sigo teniendo, que los verdaderos iniciadores del amor de Luis a la historia de México no fueron ni Altamirano ni otros hombres ningunos de carne y hueso, sino los libros —los que desde niño encontró y los que luego acopió en su propia casa— y el ambiente, sobre todo el ambiente de intimidad y de duración perenne que en su casa se perpetuó, no nada más mientras él con sus padres y en medio de ellos, identificado con ellos vivía. Ellos: aquel viejecito discreto y afable, aquel de pelo cano, que encendía en una lamparilla de mesa su eterno puro, y que en su sala, paseándose sin ruido, breves y sensatas observaciones hacía, que nada tenían que ver con sus ocupaciones de Magistrado del Tribunal Superior de Justicia; ella, la hermosa señora que jamás envejeció; elegante y sencilla sin perder nunca su compostura y su señorío; hecha parecía de aquella sonrosada porcelana que a pesar de su pulida y brillante fragilidad desafía las afrentas del tiempo.

Nos habéis hablado hoy excelentemente de la revelación de la vida de nuestra época colonial que a Luis González Obregón debemos. No fue para él la época colonial de México —esto me parece indudable— más que la dilatación, la prolongación del mismo ambiente de intimidad y de perennidad que en la casa de sus padres se diría que de él y de ellos emanaba y que después a todo lugar en que él vivía transportaba. Ese mismo ambiente de intimidad y de perennidad es el que me doy cuenta de que trasladó él a las páginas de su *México Viejo* y a las de sus *Vetusteces*. Por eso son conmovedoras; porque tienen la palpitación de la vida y el sortilegio de la vida verdaderamente vivida: porque tienen su encanto; por eso son inimitables.

El don de convivir con sus personajes, ese fue su don; por eso era tan honda la impresión que con su charla, siempre gozosa, dejaba. Por eso no fue triste nunca, ni displicente. Ni desesperada su pluma; ni iracunda, porque supo ser siempre el contemporáneo de los muertos que por él tornaron a vivir. Por eso tuvieron para él, como vos lo habéis dicho, fascinación singular las tradiciones, lo mismo que para las multitudes la tienen. Es que por más fantásticas que las tradiciones sean, son, en un modo que les es propio, rigurosamente verdaderas; por eso la historia que las suprime está trunca y se vuelve anémica y exangüe, y se suicidan los pueblos que de ellas prescinden; que ya no aciertan a darse cuenta de su insustituible personalidad y de su íntima verdad: verdad de añoranzas, verdad de sentimiento hondo sin la que la vida pierde su indispensable inmaterialidad.

No tener el sentimiento de la intimidad con lo que se nos cuenta que ya pasó —con lo que *se dice* que ya pasó— es no ser historiador. Tenerlo y tener el de la perennidad es tener la intuición de la eterna vivencia de lo pasado; es tener "la clave de la experiencia que trasciende al espacio y a la duración"; es tener su intuición. Y saber comunicar a otros esa intuición —saber expresarla— es ser poeta. Ningún historiador es historiador si no es, en este especial modo, poeta. Si así no lo es, será erudito, será sabio; no historiador. Luis González Obregón fue historiador porque tuvo el sentimiento de la intimidad y de la perennidad que trascienden al tiempo y al espacio presentes, y la congénita habilidad por la que le fue dable trasmitir en sus obras ese sentimiento de intimidad, de perennidad; esa intuición de eternidad.

Al comenzar a enderezar esta noche mi presente discurso os moví, mi estimado amigo, una afectuosa querella. Al terminarlo, otra os muevo: no estoy de acuerdo en que seáis, como nos lo habéis dicho, el menos indicado para sentaros en el sitial que entre nosotros ocupaba Luis González Obregón. Por más que seáis, como sois, un gran periodista de raza, calidad que habéis contraído y aquilatado en la formación de vuestra vida, que como un río —uno, múltiple y viajante— sin perder nunca su naturaleza propia refleja

cuanto a él se avecina y está en contacto siempre con la tierra en que labra su cauce y siempre atento a la honda perspectiva del cielo a la que debe su aérea claridad, sois también un historiador porque si miráis lo pasado, sabéis tener la intuición del tiempo que trasciende al tiempo, y lo transformáis en presente... Aun habéis sido alguna vez profesor de historia en nuestra largamente querida Escuela Nacional Preparatoria: un papel hay, amarillecido ya por los años, que con amor guardáis entre vuestros papeles mejor estimados; no pueden leerse en él más que las tres palabras de vuestro nombre escritas con gruesas y grandes, y para mí hermosas letras, por una mano al propio tiempo firme y temblona. Vos sabéis que aquel cuya mano, temblona al fin, había tremolado al través de la República, contra la intervención extranjera el pendón de la libertad, era el mismo cuya recia pisada pasó junto a vuestra cuna cuando al mundo vinisteis y que él fue quien vuestro nombre escribió poco tiempo antes de salir del país del que hubo de expatriarse para no servir de bandera a la guerra civil, y no ignoráis que vuestro nombre por él escrito en el papel que con ternura y respeto habéis puesto al lado de los que atesoran los vestigios de vuestras emociones es el acuerdo que su autor puso en manos de D. Justo Sierra para que —pues que estudios suficientes habíais hecho en las clases de historia del Museo Nacional— os nombrara profesor de historia como en efecto os nombró. Indicado estabais pues para que vinieseis a ocupar aquí la silla del cronista de la Academia que fue D. Rafael Angel de la Peña; la del profesor de historia de México —especialmente de sus propios tiempos— llamado D. Manuel Sánchez Mármol; la del historiador del *México Viejo* que cultivó las flores de la tradición en el jardín de la historia de nuestros tiempos coloniales que sin ellas estaría seco. Acordes vuestra historia y vuestra vida demuestran que tuvo razón al escribir vuestro nombre en el papel que devotamente conserváis, quien toda su vida tuvo el don de saber elegir hombres y de inclinarse ante la razón.

Concluyo ya, señoras y señores. Ya, mi querido amigo. Para no perderme en el intrincado laberinto de vuestras obras he tomado el hilo de Ariadna de la historia de vuestra vida. Gracias a él me he hecho cargo de que, alma errante como ha sido la vuestra, ha sido alma constante· que, fronterizo y porteño, aunque muchas veces habéis salido del puerto, siempre vuestra alma viajera a la par se ha quedado en el puerto; que cuando, niño, vivisteis con los niños americanos en la aldea americana de Encinal, vuestra alma volaba ya todos los días rumbo a México; que cuando joven, viajasteis por España y por Francia, vuestro espíritu tornaba a todas horas a México; que en los días, en los meses, en los años del exilio vuestro corazón latía apresurada y tumultuosamente al oír el nombre de México, cuando pensa-

bais que os era imposible tornar entonces a México; que vuestro pensamiento, vuestra obra, vuestra vida se explican con relación a México.

Puerto es nuestra Academia desde el que vuestros errabundos ires y venires hemos visto. Ya hace más de quince años que entrasteis en él. Ya como individuo de número desde hoy estáis en él. ¡Bienvenido! ¡Bienvenido! Aunque de aquí os vayáis aquí os quedaréis. Aunque aquí muráis, aquí viviréis como viven aquí con nosotros los que aquí os precedieron, los que nos precedieron. No nada más somos los treinta y cuatro que ahora material y corporalmente podemos vernos. Somos ahora espiritualmente ciento doce: setenta y ocho, de número; correspondientes, cuarenta y cuatro. Para nosotros ninguno de nosotros ha muerto. Siempre en mayor número seremos porque aunque materialmente muramos, en el recuerdo de los supervivientes viviremos... No sólo en él. No sólo en la memoria, frágil al cabo, de quienes, académicos o no, vayan sobreviviéndonos, sino de otro modo más verdadero; más individual; más personal. No sólo vos. No sólo nosotros, Señores Académicos, sino todos, todos, porque todos, Señoras y Señores, estamos ya en la Eternidad.

HOMENAJE A DON JOAQUIN BARANDA *

Por don EZEQUIEL A. CHÁVEZ

1.—No pueden ser de naturaleza igual, Señoras y Señores, los discursos cuyo objeto es celebrar un centenario y los que tienen por fin honrar a quien acaba de morir: nacen éstos de un vivo sentimiento que se concentra en el ser al que el elogio se dirige; relacionan aquéllos dos épocas entre las que se tiende el puente de la memoria. El discurso que hoy me ha sido encomendado por el Director de nuestra Academia, pertenece a la categoría de los que deben empeñarse en evocar una época desaparecida y conectarla con la actual.

2.—El estadista a quien hoy honramos, que por más de tres lustros ocupó en esta corporación la silla destinada primero al historiador D. Manuel Orozco y Berra y luego a D. Tirso Rafael Córdoba, Profesor de Lengua y de Literatura, era el hijo menor de aquel gran campechano de alma heroica cuyo amor al cumplimiento de su deber atestiguaron toda su vida las tres gloriosas cicatrices que su cuerpo llevó durante los cuarenta años transcurridos desde que fue herido en la batalla de Trafalgar hasta que rindió su terrestre jornada; de aquel experto marino, que en 1825, al frente de la minúscula escuadra adquirida por México en Inglaterra estrechó tanto y tan bien el cerco del Castillo de San Juan de Ulúa —todavía entonces en poder de España— que lo forzó a que capitulase; con lo cual pudo ser izada luego sobre Ulúa la bandera que en Iguala dio a México su libertador.

El padre del que hoy levanta hasta aquellos grandes días nuestro pensamiento es el que cien veces hizo para todos visible su don de gobierno en altos encargos públicos; el que, retirado a la vida privada, fundó con su amigo, D. Juan Luis Mac Grégor, la primera fábrica de hilados y tejidos

---

* En la conmemoración del primer centenario de su nacimiento organizada por la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, la noche del 18 de diciembre de 1940.

movida por vapor que ha habido en el país a la que, con nombre de buen presagio, llamó "La Aurora de la Industria Yucateca"; el que con D. Joaquín Gutiérrez Estrada medió entre el gobierno de Yucatán y el de la República, hasta lograr que una sangrienta pugna entre ellos empeñada concluyese con una capitulación honrosa; el que, en fin, cinco años después de aquel gran servicio cívico, sintiendo que llegaba a las puertas de la muerte encomendó a su hijo mayor, D. Pedro, la educación de su hijo menor, D. Joaquín, huérfano poco después.

3.—Apenas cinco años y unos cuantos meses antes D. Joaquín había venido al mundo. La autora de su vida, doña Joaquina Quijano, la viuda de D. Pedro Sáinz de Baranda, había de vivificar aún con su ternura, a su hijo, cerca de catorce años más. La educación escolar del niño, confiada un poco de tiempo al Colegio que fundó en Campeche D. Eduardo Guilbaut, le dio los conocimientos fundamentales de la lengua castellana y de las comunes transacciones de la vida; la educación del adolescente, desarrollada en el Colegio cuyas vicisitudes fueron trasunto de las de aquellos tiempos —que jesuíta primero, hubo de desaparecer en 1767 con la expulsión de los jesuítas; que resucitado en seguida por franciscanos fue destruido por el decreto de 1820 que ordenó la supresión y la exclaustración de todas las comunidades religiosas; que reducido entonces a ser escuela provisional, resucitó de nuevo con el nombre de "Colegio Clerical de San Miguel", gracias a la magnánima munificencia de la gran familia de los Estradas—, fertilizó y flexibilizó las dotes intelectuales de D. Joaquín, al abrir ante él las luminosas perspectivas del humanismo y de la cultura latina, y darle, con las lecciones de Derecho Natural de D. José Ma. Regil, las perspectivas de la humanidad, la justicia y la libertad.

4.—La educación impartida en las escuelas —que, cuando es educación verdadera, estructura y sistematiza los conceptos—, no logra desarrollar aquellas virtudes de ponderación y de consideración recíproca— capaces de llegar al heroísmo— nacidas y crecidas en un hogar bien constituído con el ejemplo de los padres que, en caso de que su vida haya sido acendrada siempre por aquellas mismas virtudes están, aun después de muertos, siempre presentes en el alma de sus hijos. D. Joaquín tuvo la fortuna de que lo iluminara toda su vida el recuerdo de la de su padre, y de que, en la de su hermano mayor, encontrara el modelo de las virtudes cívicas que había de ser paradigma de su existencia.

Ocho años tenía cuando supo, como toda la península, que D. Pedro, de veinticuatro años entonces, había organizado un escuadrón volante a cuya cabeza se puso él para lanzarse al ataque de los indios enfurecidos cuyo levantamiento estaba convirtiendo en cenizas poblaciones enteras sobre las que

devastadoramente ellos caían, sin que hubiese hombre o niño cuya vida respetaran, ni mujer que no mancillaran, y supo también que cuando el pavor inmovilizaba a gran número de peninsulares, D. Pedro atacaba el cuartel general de quienes contra toda forma de civilización se sublevaban, como estuvo sabiendo luego que un año, y otro y otro combatía, arrostrando la muerte, los riesgos y los rigores todos de la lucha, sin elementos suficientes para alcanzar victoria definitiva. ¿Cómo habría podido él —que al concluir aquellos tres gloriosos y angustiosos años, no tenía más que once de edad— ser insensible a tales lecciones de heroísmo?

Dieciséis años contaba cuando D. Pedro, Diputado al Congreso Constituyente, lograba con sus compañeros, que se reincorporase a Yucatán el territorio de la Isla del Carmen, de Yucatán segregado por Santa Anna; y volando gozosa esta noticia al través de la península, colmábala de júbilo. ¿No llegaría más lejos aún el entusiasmo de D. Joaquín por el que héroe en la guerra tornábase ahora en héroe en la paz?

A robustecer la fe que ya en la democracia tenía contribuyó en el año siguiente la jura de la Constitución de México que su hermano había coadyuvado a forjar, la de 1857; y el discurso con el que hizo más solemne su juramento el Gobernador D. Santiago Méndez cuando dijo: "Nosotros, que hemos tenido la dicha de heredar de nuestros padres la santa religión que profesamos" —la católica— "libres, republicanos y demócratas ¿abjuraríamos en ningún caso los sacrosantos principios de nuestra fe? ¡No! jamás; pero tampoco encomendaríamos a las armas el sacrílego encargo de infundir nuestras conviciones en los que tengan la desgracia de no participar en ellas". —Lo cual era tanto como reconocer que no se debe, ni aun para hacer felices a los hombres, imponerles a fuerza la felicidad—. ¿Y no estaban inspirados estos conceptos por el espíritu mismo de las enseñanzas de derecho natural que a D. Joaquín Baranda impartió el Seminario?

¡Cuántos sucesos memorables en aquel año en que D. Joaquín cumplió diecisiete! Electo su hermano, Diputado por el Distrito de Mérida, para el primer Congreso Constitucional; electo D. Pablo García, Diputado a la Legislatura yucateca; denunciadas luego por el mismo García las irregularidades cometidas en el escrutinio de los votos de la elección del Gobernador; lanzados D. Pablo y D. Pedro, y con ellos el pueblo de Campeche, a la épica lucha que por más de cinco meses sostuvieron contra el Ejecutivo del Estado, hasta que en Calkiní, el 13 de abril de 1868, consiguió D. Pedro que las autoridades yucatecas y las de Campeche convinieran en dividir en dos Estados igualmente soberanos el que entonces era uno solo, que desde la época colonial llevaba en sí los gérmenes del antagonismo que al cabo los separó ¿no significaba todo esto que héroe en la guerra y en la paz, lo era también D. Pedro en la diplomacia?

5.—Madura ya su adolescencia, acababa de cumplir D. Joaquín dieciocho años. Bachiller en leyes, un abismo se abrió de súbito ante él. Moría la que más lo amaba, la que lo había traído al mundo, la que con su delicadeza y su ternura había hecho que florecieran rosas en los ásperos senderos de su orfandad. En su angustia, al perderla sintió sin duda ese sobrecogedor crecimiento del alma del hijo que cuando se ve en la soledad en que lo deja la muerte de su padre se endereza dolorosamente, como la palmera solitaria, en busca de aquella fortaleza que sólo baja de lo Alto.

Orador oficial unos cuantos meses más tarde, pronunció en Campeche su primer discurso cívico el 16 de septiembre de 1859, arrebatada de entusiasmo el alma por el espectáculo de la guerra de Reforma que lo llevó, como a un gran número de jóvenes mexicanos, a sentirse identificado con los reformistas, por más que al propio tiempo se declarase católico y fervorosamente clamara por la pronta reconciliación de todos los mexicanos.

Parte fue el triunfo oratorio que conquistó con su discurso, para que fuera nombrado luego Profesor de Lengua Castellana, Retórica y Poética en el Seminario de San Miguel convertido ya en Instituto Campechano, en el que, dos años después, alcanzaba el título de abogado. Y con tal ímpetu se lanzó entonces a la arena periodística, que hostilizado por los detentadores del poder público, le fue forzoso emigrar.

En la frontera casi con los Estados Unidos la tribuna cívica de Matamoros lo acogió. Nuevamente orador oficial. Levantó allí su espíritu para honrar a los héroes que un año antes habían hecho retroceder en los cerros de Guadalupe y de Loreto a las primeras tropas destacadas por Napoleón III para cimentar el trono del príncipe amante de México que en México vino a morir.

Juez, en Matamoros, viose llamado en aquel año mismo, a ser Secretario General del Gobernador de Tamaulipas, D. Manuel Ruiz, ex Ministro de Juárez en Veracruz, que lo envió a Saltillo con el fin de que allí concertara con el Presidente la solución de un problema del Gobierno de Tamaulipas.

6.—Panoramas y panoramas; tropas y gentes que presurosas hacia el Norte iban al encuentro de las pocas que de allá venían; Juárez, personificación entonces para todos, de la República, en peregrinación, más que hacia el Norte hacia el porvenir; todos los estratos de la cultura en movimiento, en frotamiento, en restregamiento en aquella marejada incesante de razas, de ideas, de aspiraciones, de temores, de esperanzas, de desesperaciones. ¡Cuántas lecciones pudo leer entonces el último hijo de D. Pedro Sáinz de Baranda, en las revueltas hojas del libro de la vida de México que, como si un vendaval las arrebatara, pasaron ante sus ojos en aquellos años, el 63 y 64, de

confusión y de enigmas, mientras D. Joaquín subía y bajaba los empinados escalones de la Sierra Oriental de México en Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Veracruz, o en lentas y perezosas embarcaciones surcaba las azules aguas del Golfo de México ante las tierras mexicanas arropadas en la misteriosa neblina de su porvenir!

Nada mejor para transformar a México que aquel braceaje, que dirían los franceses, que aquel mestizaje psíquico de ideas y de sentimientos, de ambiciones y de decepciones, por el que el joven abogado campechano, que lo sentía en torno suyo, y que en sí mismo lo experimentaba, se convirtió más y más en ciudadano de México.

Lejos estaban ya, en la borrosa calígine de los años muertos, las tendencias separatistas que otrora habían conmovido a la península; desaparecidas como la húmeda niebla de la mañana, al caliente rayo del sol del patriotismo que bañó el alma de los dos próceres yucatecos, D. Pedro de Regil y Estrada y D. Joaquín García Rejón, cuando, temerosos de no ser bien acogidos en México a causa de los extremos a que habían sido llevadas en la península aquellas tendencias, a México no obstante subieron en mayo de 1848, en demanda de ayuda para salvar a su país, devorado por la guerra de castas, y recibidos se encontraron con entrañable afecto por los habitantes todos de México; mejor que por nadie representados por los tres grandes ministros: D. Luis de la Rosa, el bisabuelo materno del actual Rector de la Universidad Nacional; D. Mariano Otero, el eminente jurista a cuyo espíritu se debe en gran parte el juicio de amparo, orgullo de la nación mexicana, y D. Mariano Riva Palacio, el progresista Gobernador amigo de D. Gabino Barreda. Conmovedoramente, en la grande obra que más tarde escribió D. Joaquín, en sus *Recordaciones Históricas,* hizo el relato de las entrevistas que los dos yucatecos tuvieron con los ministros mexicanos, y dice que en ellas estos últimos "se mostraron a gran altura"; que "no salieron de sus labios, ni una recriminación inoportuna, ni un cargo imprudente, ni una queja extemporánea, ni una palabra malsonante"; que omitieron "toda alusión dolorosa a lo pasado y no" trataron "más, en aquel consejo de familia, que de los medios de salvar a la península"; "fiel el gobierno de México a su generosa política de fraternidad y olvido".

Permitidme, Señoras y Señores, considerar aquí, con vosotros, lo que estas admirables palabras fraternidad y olvido, significan: —Sí; ciertamente es una política generosa, porque es una conducta cristiana, la que se observa cuando guía el sentimiento de la fraternidad nuestros actos. Corolario directo de la fraternidad; pero alcanza su expresión superior cuando se practica después de alejamientos, desvíos y distanciamientos, porque entonces entraña el perdón de ellos a la vez que la franca actitud del que a su turno considera que él mismo tendrá necesidad también de ser perdonado si, como general-

mente ocurre, algún distanciamiento, algún desvío, algún alejamiento de su parte han contribuído para determinar el alejamiento, el distanciamiento, el desvío del que de él se ha alejado.

No de otro modo pasa cuando una herida se abre; retráense entonces dolorosamente separándose, los labios de la herida.

El sentimiento de fraternidad que junta a quienes se han separado tiene más mérito porque entraña, de parte de los dos, un vencimiento.

Las heridas del alma no cierran, sin embargo, en firme, no se sana de ellas, sino cuando acompaña el perdón al olvido: del agravio, de la deslealtad. Y el olvido sólo se alcanza cuando la lealtad al deber, a la amistad, al amor, a la fraternidad, asume proporciones heroicas por las que, pisando reciamente sobre el recuerdo ominoso, lo aniquila; lo sepulta.

7.—De regreso a su tierra natal, y triunfante la República, fue elegido en 1867 D. Joaquín para que viniera a México en calidad de Diputado a aquel Congreso, el Cuarto Constitucional, que rehizo la serie de los mismos rota durante el Imperio; y en 1869 se le eligió para el Quinto.

Como si en su viaje a la ciudad de México, D. Pedro lo estuviese esperando para acompañarlo cuando D. Joaquín se encontraba a punto de que ante él mayores perspectivas de su vida se abrieran, encontróselo D. Joaquín en Orizaba, Jefe Político y Comandante Militar, después de osadas y valerosas empresas contra la Intervención; la última, ir, al través del Golfo, a los Estados Unidos, a proveerse de armas y pertrechos, y por mar transportarlos a México burlando todo impedimento. Juntos ahora materialmente, como espiritualmente toda su vida, los dos hermanos subieron a la capital alucinadora.

¡Con qué emoción han llegado a ella — a la Meca de sus aspiraciones— los mexicanos jóvenes! ¡Cómo han soñado entonces en ponerse en relación con los literatos, con los oradores, con los políticos, con los artistas venidos de todo el país, que en México, como en un verdadero hogar, comparten esperanzas, ambiciones, triunfos, ilusiones, en comunión con los que ya en México viven, cuyo mensaje desde antes de subir a México recibían ya, en los recogidos y remotos centros de la vida, en donde, a menudo con más intensidad que en México, se sienten las pulsaciones del corazón de la patria!

El Diputado Baranda conoció entonces y admiró más que antes a los que en el Congreso o más allá, arrebataban con la grandilocuencia o con la galanura, con la clásica corrección o con la fascinación sortílega de sus discursos; a D. Ezequiel Montes, a los Zamaconas, los Lerdo de Tejada, los Sierras, los Altamiranos. Y pronto fue aplaudido por ellos, porque elegante y discreto era su ademán y flúida y musical su palabra, que expresaba con sinceridad sus convicciones; significativas siempre de sus sentimientos y se-

lladas con un sello de distinción natural, como de un aristócrata que fuese amigo del pueblo.

8.—De dos de sus discursos de esa época haré mención aquí, porque me servirán para señalar el punto al que entonces había subido su alma, y lo que mejor en aquel tiempo le era dable apreciar desde dos diferentes niveles de vida mental. Fue el primero, en honor de D. Francisco Zarco, el historiador del Congreso Constituyente; fue la oración fúnebre que pronunció Baranda el 30 de septiembre de 1869, en la que se siente palpitar el amor que por Zarco sentía, su admiración, el dolor que experimentaba por su pérdida, la extensa y difusa emoción que lo embargaba; todo expresión de su generosa juventud.

El segundo, en nombre de la Sociedad de Libres Pensadores, fue el elogio que el 3 de junio de 1870 hizo de D. Melchor Ocampo. Treinta años tenía entonces D. Joaquín e iba a hablar de aquel complejísimo espíritu que aún hoy no nos ha revelado el secreto de su íntima y recia contextura. Enternecido por el sentimiento, fruto fue todavía este segundo discurso, fruto jugoso, del sol de la juventud que lo enardecía; no equilibradas sus apreciaciones críticas por aquella reflexión ponderosa a cuyas solemnes llanuras sólo es dable llegar cuando la existencia alcanza la madurez provecta.

De la actuación de D. Joaquín como Diputado habrá que recordar un testimonio: el del dictamen por él y por D. Antonio Tagle suscrito el 2 de abril de 1868 para rechazar la iniciativa que pretendió suspender los efectos de la ley de instrucción pública del 2 de diciembre anterior. Dictamen bien razonado, hace palpar el carácter propio de toda educación intelectual que merezca el nombre de secundaria; que, por la práctica sistemática de los métodos fundamentales mediante los que se han formado y siguen desarrollándose las ciencias, fundamentales también, ha de desarrollar el discernimiento, sin el que, quien llega a ejercer una profesión, la ejerce sin acierto. Seguramente el fundador de la Escuela Nacional Preparatoria expondría entonces su parecer sobre este punto, a la Comisión de Instrucción Pública del Congreso que, con cordura, haría suyos los conceptos de aquel a quien México debe la primera orientación cardinal de su educación pública en la segunda mitad del siglo pasado.

9.—Llegó luego D. Joaquín a la edad madura: no a la que la ley le manda para que se pueda ser Gobernador de un Estado. Justificadas las experiencias y las dotes que ya tenía, dispensósele la edad que aún le faltaba, y el pueblo de Campeche lo hizo su Gobernador, del año de 71 al de 74, y del año de 75 al de 78.

De entonces, del 26 de julio de 1873, data su informe sobre la guerra de castas y la cuestión de Belice, del que desprendo estas sentenciosas, justas

y atinadas declaraciones que entrañan valor de juicio definitivo: "es disculpable que los indios rechacen la luz que produce la pólvora del combate";... "La misión civilizadora del Gobierno no ha de aspirar a obtener resultados violentos porque debe quererlos duraderos"; lo cual justifica que "con asiduidad, paciencia y tacto", el Gobierno informante haya procurado y procurara "vindicar a la civilización y al Cristianismo, empeñándose en hacer ver la verdadera luz, la que disipa las tinieblas del espíritu".

Por eso Baranda informaba con satisfacción, que "siempre que venían a Campeche durante su gobierno los indios, tenía empeño en que se les tratara con todas las consideraciones posibles", y observaba que si hubo un tiempo en que, cuando llegaban "pidiendo armas y pólvora —so pretexto del temor de ser invadidos, o del deseo de invadir a los sublevados—... aunque una u otra vez se les había dado"... ahora se les hacía "entrever un porvenir que debía tener por base la" conveniente "educación de sus hijos"; a lo cual agregaba que tenía como "uno de los títulos más hermosos de su gobierno haber establecido escuelas de primeras letras" en lugares en que predominaban los indios, así como que los que se llamaban a sí propios "pacíficos" llevaran ya, "en vez de armas y pólvora, silabarios y libros de lectura".

D. Joaquín abrigaba la idea de que los fundadores de Belice eran piratas violadores de los derechos de España; pero reconocía que los indios a quienes los ingleses encontraron en aquella comarca "jamás estuvieron bajo el gobierno español y siempre se resistieron a su conquista", y que los ingleses habían tratado con ellos "como aliados"; recordando sin duda que no de otro modo lo habían hecho en la América los españoles.

La hostilidad recíproca en que por siglos estuvieron allá españoles e ingleses se prestaba para que los indios fueran materia levantisca entre unos y otros y D. Joaquín reconocía que después de haberse atenuado la guerra con ellos se había recrudecido, porque la que se les hizo "fue cruel y sangrienta, y terribles sus represalias"; a tal punto que podía "asegurarse con verdad que la lucha era propiamente de bárbaros".

Su informe terminaba señalando la necesidad de conseguir que juntos la Gran Bretaña y México "concertaran" un arreglo con respecto a Belice, como condición previa e indispensable de progreso y de concordia con los indios.

Para honra del General Díaz, él fue —todo el mundo lo sabe— quien el 26 de julio de 1897, logró promulgar en México el tratado de límites entre México y Belice, por él convenido con la Gran Bretaña, después del cual rápidamente tuvo fin la guerra de castas.

10.—A los dos años de este informe, el Gobernador Baranda hizo la hermosa biografía del Dr. D. Manuel Campos, que había muerto el 26 de marzo

anterior. Llámola hermosa porque bellamente perpetúa el recuerdo de aquella vida ejemplar, modelo de amor a la ciencia, de genial inclinación por la Medicina, de bondad y caridad, de devoción por la enseñanza de la medicina misma, cuyo profundo conocimiento adquirió el Dr. Campos sin que hubiera concurrido jamás a otra escuela que la que le ofrecían con sus dolencias los desvalidos enfermos del Hospital de San Juan de Dios, en Campeche, ni otros maestros haya tenido que los libros que inteligente y empeñosamente leía y las conversaciones en las que ensanchaba, afirmaba y aquilataba su saber, hablando con los médicos del hospital en el que formó luego a sus discípulos, que a su lado llegaron a ser médicos; reconocido él en esta calidad por la Universidad de Mérida, a la que debió el título de doctor en Medicina.

11.—La caída del gobierno del Presidente de la República, D. Sebastián Lerdo de Tejada, determinó en 1877 el fin del de D. Joaquín Baranda en Campeche.

En ese año también, el 9 de junio, ocurrió otro suceso de mayor trascendencia aún para él: su matrimonio con Doña Elvira Mac Grégor Estrada, nieta por su padre del antiguo socio de D. Pedro Sáinz de Baranda, D. Juan Luis Mac Grégor; sobrina, por su madre, del Ministro de Relaciones de México, D. José Ma. Gutiérrez Estrada, que fundó en 1835 las primeras Academias Nacionales de la Lengua y de la Historia de México. Puesto así D. Joaquín en nueva relación con la familia de los Estradas a la que, como antes dije, se debió, con la última fundación del Seminario de San Miguel, la educación que a D. Joaquín y a toda la juventud campechana de su tiempo abrió grandes derroteros de la existencia, D. Joaquín, aunque quizá sin advertirlo, encontróse internamente compelido a reconocer la gran verdad cuya aceptación le insinuaban, por otra parte, sus propensiones aristocráticas, provenientes de su personal progenie —la de la ilustre casa de los Sáinz de Baranda—, la verdad inconcusa de que no es óbice para ser patriota y ser honorable ser imperialista ni incidir en el grave y grande error político en que incidió la comisión de Mexicanos que encabezada por el propio D. José Ma. Gutiérrez Estrada, y sin entender la historia de México ni la del Mundo, fue a pedir al Archiduque Maximiliano de Habsburgo que convirtiéndose en mexicano para servir así a México —ya que las incesantes revoluciones de México parecían vedar otras posibilidades de gobierno estable— aceptara la corona de México.

Vino así a contribuir el matrimonio de D. Joaquín para ensanchar los horizontes de su alma. La misteriosa palingenesia del espíritu, que en todo hombre trabaja, hizo, en efecto, que —cada vez con mayor hondura y con latitud más grande— prosiguiera realizándose en él el mestizaje psíquico por

el que, sin dejar de ser él, ni desvirtuar su prístina idiosincrasia de patriota, de mexicano y de liberal, se hiciera a cada momento más completa, más correcta y más inteligentemente liberal, porque corroborando lo que tan bien pensó y dijo Madame de Staël: "tout comprendre rend tres indulgent" —comprender todo, hace a uno, muy indulgente.

12.—Magistrado de Circuito vino a ser en 1881 D. Joaquín, a propuesta de la Suprema Corte de Justicia, y pocos meses después, Diputado al Congreso. En seguida, el 14 de septiembre de 1882, Ministro de Justicia e Instrucción Pública por nombramiento del Presidente D. Manuel González, para seguir en el mismo encargo con el General Díaz hasta 1901. Ministro más de dieciocho años.

13.—En cumplimiento de sus funciones referentes a la organización y a la administración de la justicia se le debe la abolición de las herencias forzosas limitada por la obligación de respetar los derechos del cónyuge supérstite y por la de asegurar la subsistencia y la educación de los hijos del testador durante su menor edad, así como en caso de que carezcan de aptitudes para satisfacer por sí propios sus más importantes necesidades.

¿Está suficientemente justificada esta importante reforma? Sí, cuando tiene cordura el testador para no preferir a ninguno de sus hijos si no es por motivos de moralidad y de conveniencia tan bien justificados y tan evidentes que fuercen la voluntad de todos a someterse; no, cuando por la falta de estas calidades origine desavenencias que desagreguen a la familia. ¿Cómo, empero, conseguir que estos puntos de vista entren en las leyes positivas cuando apenas si es dable que en éstas tengan cabida aquellos aspectos de la ética que para la totalidad de los individuos componentes de las sociedades son visibles?

14.—En materia de instrucción, obra de evidente importancia realizada por D. Joaquín Baranda, fue, en la Escuela Nacional Preparatoria, a moción de su Director, D. Vidal de Castañeda y Nájera, la creación el 20 de abril de 1886, de una clase especial de historia de México que vino a sustituir al único curso que hasta entonces había venido dándose allí nominalmente dedicado a la historia general y a la de México, y reducido de hecho, sólo a la historia general— por dos cursos: el de historia general y el de historia de México.

15.—Más trascendental todavía es la que he llamado la primera obra capital de D. Joaquín: la fundación de la Escuela Normal de Maestros para las escuelas primarias, en la inauguración de la cual, el 24 de febrero de 1887, pronunció un discurso cuyos conceptos resumen excelentemente los más im-

portantes de los educadores mexicanos Barreda y Díaz Covarrubias en lo que concierne al carácter objetivo y concreto que debe tener la educación intelectual de los niños; los de Comenio que hicieron ostensible la importancia del adiestramiento y de la utilización de los sentidos en cada caso correspondiente, para alcanzar el conocimiento de la naturaleza; los de Pestalozzi, que ennoblecen e iluminan constantemente el pensamiento de los maestros con el recuerdo del anhelo que tuvo aquel extraordinario educador por conseguir el mejoramiento social de todo el mundo, en beneficio especialmente de los huérfanos y los desvalidos; los de Froébel, en fin, que inspiraron los principios a los que se debe su inmortal creación de los jardines de niños y engendraron su generoso empeño de fundar escuelas normales sostenidas por todo el mundo.

16.—En el mismo discurso enunció el Ministro Baranda su propósito de convocar a un Congreso Nacional que fijara las bases generales de la educación primaria y preparara la federalización de la enseñanza. Su generoso ensueño de uniformarla en todo el país —advertímoslo hoy mejor que entonces— era peligroso: llevaba en germen para cuantos se dejan arrastrar por la casi siempre fatal pendiente de la lógica deductiva, sin parar mientes en la falacia sentimental —que los conduce a aceptar como evidentes las premisas generales autoritariamente enunciadas—, la tendencia a establecer y a declarar bueno el monopolio de la educación por el Estado. Nadie en aquel tiempo parece haber visto en toda su plenitud el inmenso descarrío del alma que pretendiendo libertar a otras almas las encadena.

El eximio fundador de la Escuela Normal mexicana se guardaba empero, de dejarse arrastrar por la sugestión del monopolio. Aunque enérgicamente dijera: "Tenemos que hacer de la instrucción un poderoso elemento de unidad nacional" —como ciertamente tenemos que hacerlo—, al punto agregaba: "que enseñe todo el que quiera; pero que enseñe el Estado, y que enseñe bien para abrir todos los corazones a los más elevados sentimientos".

¡Allí, allí está la condición ineludible!

No dijo nunca que la educación sólo se reduzca a la enseñanza de las ciencias, ni habría consentido jamás en que alguien se atreviera a utilizarla para sembrar y cultivar malas voluntades, o desconfianzas recíprocas, o rencores de una clase social para con cualquiera de las otras.

17.—En el mismo año de 87 la Cámara de Diputados aprobó la iniciativa de la ley de instrucción obligatoria para el Distrito y los territorios federales formulada por D. Justo Sierra, D. Julio Zárate y D. Leonardo Fortuño, que convertida el 22 de mayo de 1888 en ley, firmaron el Presidente de la República, D. Porfirio Díaz y su Ministro, D. Joaquín Baranda. Fue esa ley la que, por no haber incluido en la lista de sus enseñanzas la de religión nin-

guna, en las escuelas sostenidas por el Estado, impuso en ellas el laicismo. Inspirada en la del Ministro Julio Ferry, del 28 de marzo de 1882 —aún hoy vigente en Francia—, se diferencia de ésta en que no incluye prescripción ninguna como la de la ley de Julio Ferry, que mande que "además de los domingos, las escuelas primarias públicas no trabajen un día cada semana, a fin de permitir a los padres de familia que así lo deseen, dar en ese día a sus hijos instrucción religiosa"; con lo cual significó y significa claramente el gobierno francés, que reconoce la obligación moral del Estado de acatar la voluntad que en este punto tengan los padres de familia, y de hacer posible y fácil su cumplimiento.

Las instrucciones oficiales francesas del 29 de junio de 1923, cuya vigencia pone de manifiesto en el presente año de 1940 la 14ª edición del *Libro de los Institutores* publicada por José Soleil, Jefe Honorario de Departamento en el Ministerio de la Educación Nacional Francesa, van más lejos: Dice: "¿A qué se reduce en este particular la enseñanza que debe impartir en las escuelas oficiales de instrucción primaria el maestro? —Antes que nada, a enseñar a sus alumnos a no pronunciar atolondradamente el nombre de Dios, y a asociar estrechamente en su espíritu a la idea de la causa primera y del ser perfecto, un sentimiento de respeto y de veneración"... "En seguida, y sin tratar de las prescripciones especiales de cada religión" —puesto que el Estado francés, como el mexicano, no reconocen religión ninguna—, "A empeñarse en hacer comprender y en hacer sentir al niño que el primer homenaje que debe a la Divinidad es la obediencia a sus leyes, tales como su conciencia y su razón se las revelen".

18.—En su discurso de 1º de diciembre del año siguiente —inaugural del Primer Congreso de Instrucción que el Ministro Baranda había convocado— insistió en la idea de que "ya era tiempo de que los diversos programas de enseñanza se sustituyeran por un programa general adoptado en toda la República", y en que "los puntos que a la discusión y acuerdo del Congreso sometía ahora el Gobierno se referían a la uniformidad de la enseñanza en sus tres grados —primario, preparatorio y profesional—" a lo cual agregó que el Gobierno quedaría satisfecho "cuando simultáneamente se propagara la instrucción primaria, y la recibieran todos los niños de igual edad, en el mismo tiempo y conforme a idéntico programa", y "que el carácter laico de la enseñanza oficial" —lo hacen ver meridianamente éstas, sus mismas palabras— "no se extendía a la que impartieran las escuelas particulares; que ese carácter no era más que el consiguiente forzoso de la independencia de la Iglesia y el Estado".

No comparten hoy la convicción de que sea necesario ni conveniente que la enseñanza sea uniforme en todo un país los más distinguidos educado-

res del mundo. En todos los países de habla inglesa —que ya absolutamente no piensan que esto pueda ser discutido— recházase la uniformidad de las enseñanzas, como se la repudia en todas las naciones verdaderamente libres, y sustitúyese a la uniformidad la equivalencia, para satisfacer así la necesidad de educar a cada cual para la vida mejor sin atentar contra la variedad, que se diría infinita, de las aptitudes y de las peculiaridades del espíritu humano.

El principio de la independencia de la Iglesia y el Estado no obliga, por otra parte, a imponer ni mantener el laicismo, ni aun confinándolo en las escuelas nacionales. No significa, en efecto, otra cosa el principio de la independencia de la Iglesia y del Estado que el deber en que el Estado y la Iglesia se encuentran de no inmiscuirse en asuntos que no les competan; lo cual es lo mismo que declaró el artículo 3º de la ley expedida el 12 de julio de 1859 por D. Benito Juárez en Veracruz, al prevenir que "habrá perfecta independencia entre los negocios del Estado y los negocios puramente eclesiásticos"; entendido lo cual, explícase uno por qué en Suiza, en la Alemania republicana de la admirable Constitución de Weimar, en Holanda, en Bélgica, cimentadas todas en el mismo principio, se ha dado a los particulares el derecho de decidir qué enseñanzas religiosas —si desean que sus hijos las reciban en las escuelas oficiales— han de dárseles, a fin de que profesores competentes se las impartan.

Si ahora y no antes nos ha sido dable llegar a estos conceptos es porque los conceptos evolucionan, como evolucionan la conciencia y la vida de los pueblos. De los conocimientos precientíficos se pasa, en efecto, a los más y más rigurosamente científicos; de las intuiciones no corroboradas, a las corroboradas; del pensamiento de Platón al que en gran parte lo confirma y en gran parte lo perfecciona, el de Aristóteles; del de éste al más hondo, claro y convincente de Descartes; del de la primera época de Enrique Bergsón, al superior aún, de su segunda época.

Esto explica por qué del liberalismo que justificadamente luchó contra el monopolio de la enseñanza ejercido fuera del Estado se llegó al liberalismo miope todavía que ha establecido el monopolio de la educación, pública y privada, por el Estado, para llegar al fin al verdaderamente redentor liberalismo que no consentirá ya que la educación sea monopolizada por nadie: ni por la Iglesia, ni por el Estado. No es otra la explicación de que los liberales y los conservadores de ayer, que antagónicamente divididos confinaban en su patria sus esfuerzos, hayan venido a ser los liberales y los conservadores ingleses de hoy, que unidos mueren no sólo en defensa de las libertades de Inglaterra sino en defensa de las libertades del mundo.

¿No es todo esto uno de los aspectos de la ley de la superación que he proclamado, he defendido y sigo defendiendo? ¿No es una prueba más de esa misma ley la vida de D. Pedro Sáinz de Baranda, que si primero en Trafalgar

supo luchar heroicamente contra los ingleses, supo después entenderse con un descendiente de escoceses y por lo mismo de ingleses para fundar en Valladolid, *La Aurora de la Industria Yucateca?* No es otro ejemplo de la propia ley la vida de D. Joaquín Baranda, que si antaño reprochó a los ingleses de la época colonial sus empresas de establecimiento en Belice, ogaño encontró loable el avenimiento por el que México reconoció dominio soberano en Belice a los ingleses y fijó, de acuerdo con ellos, los límites de la soberanía territorial de la Gran Bretaña y de México en los confines del Sudeste de México?

¿No es en virtud de incesantes rectificaciones y de progresivos enderezamientos, como progresa la humanidad? ¿No es todo ello efecto y producto del mestizaje psíquico que hace que nos demos cuenta al cabo de lo que antes no era posible que entendiéramos, y que nos asemejemos así a quienes ascienden por una montaña, que a cada paso por el que ascienden pueden ver más remotas, y grandes y hondas perspectivas?

¿No explica esto que del liberalismo que se encierra en las fórmulas de un positivismo negador y materialista, confinado en lo finito, se llegue al liberalismo que trasciende las fronteras de lo finito; que advierte la constante realidad del viaje del pensamiento y del sentimiento rumbo a Lo Infinito, y se convence de que el hombre no es nada más un animal terrestre, sino un nostálgico peregrino del Cielo y un hermano de las estrellas?

¿No hace ver en fin todo que el hombre que se siente más hombre, el liberal que plenamente lo es, el verdadero liberal, no se reduce a perseguir solamente al fanatismo religioso sino que combate también al fanatismo irreligioso y a todos los demás fanatismos, sean los que fueren? ¿No explica esto que quien es verdaderamente progresista no pueda conformarse con el despedazamiento que en sus casilleros le ofrecen las ciencias y la educación estrechamente científica, ni con el descuartizamiento que se hace de la patria cuando en escuelas se cultivan malas voluntades de una clase social contra otras, sino que aspira a que para todos se realice aquella educación superior que sabe al fin que sólo se tiene educación cuando ésta ennoblece y levanta al hombre, y que no lo ennoblece ni lo levanta sino cuando sabe inspirar amor a todos los hombres y subir hasta El Misterioso Origen del amor a todos los hombres?

19.—La grande obra de educación realizada por el Ministro Baranda prosiguió: completando la que había llevado al cabo como fundador de la Escuela Normal de Maestros, transformó en 1889 la Secundaria de Niñas en Normal de Maestras que, como la fundada para los maestros, comprendía el indispensable preámbulo de la especialización de sus enseñanzas magisteriales: una educación secundaria bien concebida y bien orientada.

Presidido por el mismo Ministro, el 31 de marzo de 1890 se clausuró

aquel memorable Congreso cuya obra fue la formación del proyecto de ley reglamentaria de la instrucción primaria que un año después fue promulgada para normar la del Distrito y de los territorios federales. Comentando sus preceptos en la sesión de clausura, dijo Don Justo Sierra que "al hacer entrar la palabra, laica, en su fórmula", "el Congreso fijó la decisión de mantener a este requisito de la escuela pública y de la instrucción exigible por el Estado, la sola acepción posible en nuestra libre República", "la que hace de la palabra LAICA, un sinónimo de NEUTRAL; nunca de antirreligiosa o de sectaria". Y luego agregó: "El hogar es inviolable, y lo es también la escuela privada, trasunto, en cierto modo, del hogar. Toda ingerencia inquisitorial de la autoridad resultaría desapoderada e inicua en estos sagrarios en que se desenvuelven los más íntimos y delicados elementos del organismo social". Y D. Joaquín Baranda ratificó y confirmó esto allí mismo al declarar, en seguida, que había "correspondido el Congreso a los deseos del Gobierno General, patrióticamente secundados por los de las entidades constitutivas de la República".

Dos meses después convocóse al Segundo Congreso, que se dedicó al estudio de los problemas capitales de la enseñanza preparatoria y se clausuró el 28 de febrero de 1891.

20.—A los cuatro meses, el 24 de julio, sufrió D. Joaquín uno de los dolores más grandes de su vida, la pérdida de su hermano D. Pedro. ¿Fue parte y causa el persistente recuerdo de ésta, para él inmensa desgracia, para que la actividad constructiva del Ministro Baranda pareciera declinar? ¿Lo fue para que esa aparente disminución de sus energías, se prolongara, la pérdida, grave también, que dos años después, a los cincuenta de su vida, experimentó con la muerte de uno de sus más caros amigos, el General D. Manuel González?

Ante la fosa en que fue sepultado el cadáver del Presidente a quien él debió su primer nombramiento de Ministro, pronunció D. Joaquín el mejor de sus discursos, en nombre y representación del Poder Ejecutivo de la República: sobrio, respetuosamente recogido en el recuerdo y en la apreciación de las viriles e indudables virtudes de González: su valor, su entereza, su lealtad, su amistad —modelo de amistades—, su patriotismo, expresó con hondo sentimiento y profunda verdad los estados de ánimo que lo embargaban.

Presente en su pensamiento estuvo entonces —aun cuando no lo haya hecho ver en su discurso— el recuerdo de aquella noche en que cinco años antes, en el de 1888, en Guanajuato, convenció a D. Manuel González —y con él al partido político que entonces representaba genuinamente la vida nacional— de que ese partido, el tuxtepecano, que había proclamado e impuesto el respeto al sufragio, no lo traicionaba si —evidente como era la voluntad del pueblo de que el General Díaz siguiera siendo Presidente de Mé-

xico —aceptaba, por tanto tiempo como el pueblo lo quisiera, que en efecto lo fuese. Atinada diplomacia; como la que antaño, en Calkiní, desarrolló D. Pedro.

21.—¿Contribuyó, sobre todo después de la muerte de D. Manuel González, para desviar de sus actividades constructivas en materia de educación al Ministro Baranda, su intervención, cada vez mayor, en las intrincadas cuestiones de la sucesión presidencial, a cada momento más ásperamente debatidas bajo la tranquilidad engañosa de la vida pública? Cuantos de la indiscutible habilidad política del Ministro saben, se han dado cuenta del papel extraordinario que vino él a desempeñar en aquellas contiendas de influencias y de talento, desde que, con lealtad y fidelidad de que hay pocos ejemplos, se identificó políticamente con D. Manuel González, y se hacen cargo de que, dividido entonces el país en dos grandes grupos, los mantuvo años y años en admirable equilibrio inestable el Presidente D. Porfirio Díaz, así como de que era forzoso que un instante llegara en que ese equilibrio se rompiera.

22.—Cerca de dos años después de la muerte del General González ¿me tocó a mí —aun cuando sólo en parte mínima y sin que de ello me diera cuenta —contribuir de un modo directo para que al aminoramiento de actividad renovadora en materia de educación pública sucediese un nuevo período de intensidad en el Ministerio de D. Joaquín?

Iba yo a cumplir en septiembre de 1895 veintisiete años —menos de la mitad de los que el Ministro había vivido ya— y hacía más de seis que era yo profesor y más de cuatro que era abogado, y veía al mundo entero y en particular a México cercados de inmensos peligros a causa de la condición social y moral en que estaban —cada vez más amenazantes— y sólo una luz divisaba en medio de la oscuridad, la de una educación pública que, bien encaminada, pudiera conducir a la niñez y a la juventud por caminos menos infortunados.

Todo ello explica por qué ya me había entregado yo, desde antes, con el ardor con que lo hice, al estudio de los problemas de la educación mexicana, y por qué ya un libro tenía escrito acerca de la reorganización de las escuelas primarias nacionales y de la Nacional Preparatoria, así como también, por qué, cuando mis alumnos de la clase de lógica —que el Ministro Baranda había puesto a mi cargo dos años y medio hacía en la Escuela Preparatoria— me pidieron que pronunciara en la fiesta organizada por ellos para conmemorar la independencia de México el discurso oficial de la misma, bajo la presidencia de D. Joaquín, mi discurso y mi propio estado de ánimo me llevaran —pudiera pensarse que con temeraria osadía— a afirmar que el gobierno de la República iba a hacer en las instituciones educativas las reformas que éstas requerían.

El salón llamado *El Generalito,* en el que aquella noche se inauguraba la instalación de la sillería del antiguo coro de la iglesia de San Agustín, estaba absolutamente lleno de concurrentes a la hora en que, en medio de los naturales aplausos que se me dispensaron, bajé de la gran tribuna para confundirme abajo con la multitud, a los pies del estrado del Ministro. Sentí entonces que la mirada de éste me seguía, y obedeciendo al silencioso llamado con que me invitaba a subir hasta él, hasta él subí, a sentarme, por indicación suya, a su lado, después de lo cual, sin el menor reproche por el atrevimiento de mi discurso, me habló de este modo: —Dígame usted, señor compañero, —así era él, al propio tiempo, sencillo y ceremonioso— ¿en qué funda usted o por qué ha dicho que el Gobierno va a reformar las leyes que norman la educación nacional? Y cuando le contesté: —Porque como sé que hay en el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública personas de inteligencia, de saber y de buena voluntad, estoy cierto de que, animadas por el deseo de hacer lo debido, harán las reformas necesarias para lograrlo —me invitó para que con él tuviera, como, en efecto, tuve al día siguiente, una entrevista, a la que llevé el libro que ya tenía escrito para fundar mis conceptos.

La señorial llaneza con que entonces me trató D. Joaquín dice más que muchos discursos para hacer entender que era su alma un alma de verdadero demócrata deseoso de cumplir con su deber, y me permite poder pensar también que tiene asimismo alma de demócrata quien aquella noche asumió la actitud que acabo de recordar y la asume ahora ante vosotros.

Una serie de entrevistas tuve luego con D. Joaquín, y su resultado inmediato fue que obligado por la atención que me dispensaba, y por el deseo que una y otra vez me expresó de que trabajáramos juntos en servicio de la educación pública, yo prescindiera de seguir iniciándome al lado de D. Rafael Dondé en los oficios y en los deberes, todo esto es uno, del abogado postulante que yo entonces comenzaba a ser. Definida con esto la orientación final de mi existencia, que desde seis años atrás había principiado a delinearse cuando D. Miguel Schulz me encomendó dos de sus clases de geografía, me entregué a la oportunidad que D. Joaquín me brindaba después de haberme nombrado, pronto hará medio siglo, profesor de geografía, y pronto hará cuarenta y ocho años profesor de lógica.

23.—De la nueva era de educación desarrollada por la Secretaría de Justicia e Institución Pública son testimonios: la ley del 19 de mayo de 1896 que creó la Dirección General de la Enseñanza Primaria —en la que está en germen la creación de la actual Secretaría de Educación Pública—; la del 3 de junio del mismo año que instituyó la defensa, la protección y el patronato nacional de los monumentos arqueológicos; la del 19 de diciembre siguiente en la que vi cristalizarse mis ensueños; que reorganizó la Escuela Nacional

Preparatoria desarrollando en ella la cuádruple educación —física, intelectual, estética (y por lo mismo literaria, e histórica, y humanista), y moral—, de los adolescentes, la cual vino a sustituir a la casi puramente intelectual del plan de Gabino Barreda; los nuevos planes de estudios de las escuelas nacionales de Jurisprudencia, de Medicina y de Bellas Artes, en los que, en el de la Jurisprudencia, predominaron las cuerdas orientaciones jurídicas de D. Jacinto Pallares; en el de la Medicina, las de D. Eduardo Liceaga que inició una nueva era con nuevas perspectivas de la enseñanza y fue en muchos sentidos sensata y atinadamente revolucionaria; y en el de la de Bellas Artes, donde el genio arquitectónico, analítico y objetivo de mi hermano Samuel orientó enérgicamente a los futuros arquitectos por medio de nuevos cursos teóricos y prácticos de ornamentación y otros más, destinados a conseguir que diferenciándose netamente de los ingenieros los arquitectos mexicanos fueran no solamente sabios constructores sino también verdaderos artistas. El plan de la Escuela Nacional de Artes y Oficios sistemáticamente concebido por D. Manuel Francisco Alvarez y el reglamento de la Escuela Nacional de Agricultura fueron obra de 1898, y la reorganización del Conservatorio Nacional de Música y declamación, las bases constitutivas del Instituto Bibliográfico, y la organización del Instituto Patológico, obra de mi tío Rafael Lavista, lo fueron de 1899.

24.—¿Cómo podría yo olvidarlo? ¿Cómo no habría de reconocer aquí públicamente la deuda de gratitud que por haber podido trabajar con D. Joaquín en todo esto y en más, tengo para con él, que a tal grado con él me identifica que en algún modo me siento formando parte de la constelación espiritual a la que él pertenecía, aun cuando a la vez me sienta formando parte de otras constelaciones espirituales y conserve mi propia personalidad?

Análogas a las espirituales son las constelaciones del cielo, cuyas estrellas, naturalmente separadas de las otras constelaciones, pueden, por conceptos varios, formar parte también de alguna o de algunas otras de las demás constelaciones, y actúan sobre todas las estrellas. Unica, peculiar e inconfundible, a pesar de todo, cada una de ellas, porque aun cuando todo —como decía Sor Juana Inés de la Cruz y como Léibniz decía, está en relación con todo, y en algún sentido es transparente para todo; y le habla a todo, y actúa sobre todo— no puede actuar de modo que quite a nada su interna libertad.

25.—La ruptura del equilibrio que prevalecía entre quienes militaban en torno de D. José Ives Limantour y los que no reconocían en él las cualidades que consideraban necesarias para sustituir satisfactoriamente al General Díaz, se produjo de súbito en favor de aquéllos, a pesar de que ya hacía tiempo que D. Joaquín había triunfado sobre ellos, haciendo ver que Limantour no llenaba las condiciones exigidas por la ley para ser Presidente. Cuando

la final ruptura a que vengo refiriéndome se produjo, el Gral. Díaz consideró necesario que al frente de la Secretaría de Hacienda continuara Limantour, y le pareció preciso por eso pedir a D. Joaquín que renunciara a seguir desempeñando el encargo de Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Le aceptó su renuncia el 12 de abril de 1901.

Ocho años, un mes y nueve días duró aún la vida del insigne estadista. Lejos de que pretendiera incorporarse en otra agrupación, o iniciar la formación de alguna, retiróse a la vida privada. No puedo dudar de que lo haya inspirado para hacerlo así el recuerdo de su ilustre progenitor, mas pienso que sería también motivo probable de su conducta la convicción de que es perjudicial para un país, y condenable, toda política sólo movida por egoístas ambiciones y de que, para iniciar cualquier otra, arrestos serían necesarios que a su edad ya la naturaleza tendría que negarle.

¿Contribuyó para su alejamiento la convicción desencantada con la que solía decirme en el Ministerio: —Convénzase usted, señor licenciado; convénzase usted: ¡en este mundo todo es bola; todo es bola, señor licenciado!... Paréceme verlo cuando estas palabras pronunciaba, inclinado a medias hacia el ángulo de su gran mesa de trabajo en el que perennemente una lamparilla ardía, cuyo reflejo rielaba en el aire; y no sé si mientras que en la llama encendía su puro, un suspiro involuntario acompañó alguna vez sus palabras... ¡No!... Su desencanto sólo a la política egoístamente convenenciera se refería.

Me doy cuenta de que la verdadera causa de que tan en firme se haya retirado entonces, con el ánimo con que se retiró, fue que —aunque por lo que a él se refería, nunca, que yo sepa, lo haya expresado— formaban un lema de su vida aquellas mismas palabras suyas que antes recordé, de las que él se sirvió para caracterizar la generosa política de México en el año de 48: fraternidad y olvido, que lo guiaron sobre todo en los últimos años: fraternidad y olvido de agravios; no recuerdo que lo desviara, lo alejara, lo distanciara, ni del General Díaz, ni menos aún de México. Sin duda al fin sabría —así lo conjeturo en vista de lo que se me alcanza del desarrollo progresivo de su pensamiento— que para ser señor de sí mismo es preciso no dar acceso a nada de lo que amengüe la fraternidad y le haga, en cualquiera forma, traición.

26.—Releyendo en sus últimos años la profunda sentencia de Séneca: Otium sine litteris mors est, et hominis vivi, sepultura —ocio sin letras es muerte, y del hombre que vive aún, sepultura— cuya primera parte eligió una vez como epígrafe el insigne historiador García Icazbalceta, dedicóse con el mismo lema, Don Joaquín Baranda a hacer obra de historiador, aunque jamás blasonara de serlo, y escribió los dos hermosos tomos que, salvo en sus cuatro capítulos finales, debidos a la piedad filial y a la ciencia de Perfecto Baranda Mac Grégor, son, como D. Joaquín los llamó, sus *Recordaciones Históricas*,

que reviviendo en constante confrontación con la dramática historia de México la dramática historia de Campeche, hacen comprender mejor las dos, con un calor de emoción tan generosa que vuelve inolvidable aun sus pormenores mínimos; y con tan grande amor a la verdad, a la justicia y a la unidad que funde en una sola ambas historias y que al equilibrar —contraponiéndolos unos a otros— los recíprocos yerros de los protagonistas de las dos, lleva a perdonarlos; en alguna manera, por sus excesos mismos, neutralizándolos.

Con esto un sentimiento crece en su obra, que conduce a D. Joaquín a desautorizar y condenar todo pensamiento, toda emoción, toda palabra que puedan hacer olvidar que, como él mismo lo dijo, "no hay más que una sola patria, única, indivisible, que identifique a una agrupación humana", y que es por lo mismo, "metafísica e incomprensible la división que se quiere hacer valer de patria chica y patria grande".

Escribiendo sus *Recordaciones,* en las que tan empeñosamente rindió parias a la verdad y a la imparcialidad —aunque por acaso en algún pasaje algún exceso del liberalismo de sus años mozos haya hecho traición a su rectitud—, D. Joaquín prestó su último gran servicio a México.

27.—Para concluir, intento ahora imaginarme sintéticamente, cuál haya sido la actividad organizadora de su alma, manifestada por D. Joaquín Baranda a su paso por la Tierra... Por su naturaleza misma la actividad psíquica de cada individuo es, ciertamente, organizadora de él aunque siempre en pugna a menudo desafortunada, con impulsos en parte subconscientes, y se realiza en unos en relación sobre todo a ideas o a sistemas de ideas, en tanto que en otros, predominantemente lo hace en relación a tendencias persistentes más o menos sentimentales, que adquieren su más alto valor cuando se vinculan a principios conductores de la conducta aquilatados por la razón.

Mas para que sea superior y verdadero, y no inferior y miserable, engañoso y falso, ha de ser noble el sentimiento que sirva de eje de cristalización y de organización al alma; que no la envilezca ni la lleve a dejarse arrastrar por el incoercible impulso de la desatentada manía del poder y de la imposición, ni tolere que la roan rencor y despecho igualmente incoercibles que quiebren y desorganicen a la familia, a la sociedad, al pueblo o a la humanidad, sino que, por lo contrario, contribuya a conservar, acrecentar y perfeccionar las cohesivas virtudes de la unión, y del respeto y de la consideración debidos a todos.

D. Joaquín pertenecía a mi juicio al tipo de auto-organización psíquica gobernado por tendencias sentimentales, que en él fueron depurándose, clarificándose y elevándose, orientadas por la estrella que a él lo guiaba: la estrella de la lealtad: la vio primeramente, en la tierra en que él vino al mundo, y en los hombres ilustres a quienes entonces conoció; después, en el México

que fue desplegándose ante sus maravillados ojos de joven, de hombre que comienza a vivir la vida de su país en los hombres que más por sus impetuosas hazañas hieren la imaginación. Más tarde la vio en los hombres de consistencia más grande, en el General González, y en el de mayor grandeza aún y de más honda mirada panorámica, el General Díaz. Por eso no pudo tener —lo dije ya— ni una veleidad que lo alejara del General Díaz, ni un movimiento que de México lo apartara cuando se retiró de la vida pública; y en sus últimos años fue la potencia organizadora de su mente hacia los que —sin saberlo ni pretenderlo ellos mismos— se rectifican y se complementan unos a otros en la vida colectiva de los pueblos, que tiene sus raíces profundas en la historia; forjada siempre con aquella antagónica colaboración de todos los hombres, propia de su eterna colaboración.

Más concentrado en sí mismo en sus días postreros, elevó entonces su alma a la reconsideración y al reconocimiento de los valores verdaderamente eternos, y el 21 de mayo de 1909 se desprendió de la Tierra.

28.—Al llegar a este punto de mi discurso, Señoras y Señores, me atrevo a preguntaros: —¿No es verdad que en la vida del hombre eminente que fue D. Joaquín Baranda se refleja una época, la de su ilustre padre, la de su hermano D. Pedro, la suya propia, la de los tiempos coloniales, la de los indios víctimas de injusticias y autores de iniquidades, la de España, de México, de Belice, de Yucatán, de Campeche, de la Gran Bretaña, la posterior también, hasta hoy mismo, al través de las cuales se desarrollan, se mantienen y persisten ciertos grandes problemas que el recuerdo y la imparcial estimación crítica de lo pasado nos ayudarán a resolver, en tanto que otros se han resuelto ya, y que aquéllos y éstos, todos nos dan su luz para que mejor entendamos lo pasado, lo presente y lo porvenir?

Del año de 1787 en que nació D. Pedro Sáinz de Baranda a este año de 1940, ciento cincuenta y tres han transcurrido, y en el gran río de la historia nuestra que siguiendo la vida de D. Joaquín Baranda y empeñándome en verla en relación con lo pasado y con lo porvenir he querido mirar, miro lo pasado que en parte explica lo presente y en parte prepara lo porvenir, y advierto que de más allá ese gran río viene: de todo lo pasado, y que más allá se dirige: a todo lo porvenir, y que entrechocadas y despeñándose sus aguas sin número —más abundosas que las del Amazonas y del Mississippi, y del Plata y del Orinoco, sumadas a las de todos los ríos de la Tierra— palpitan los pensamientos, las aspiraciones, las contradicciones, las enemistades y las amistades de todos los hombres, sus heroísmos y sus luchas; y que a pesar de ellos, como a pesar de las rompientes y de las cataratas que aparentemente quiebran, dislocan, despedazan y desmenuzan los ríos de la Tierra, corre el de la historia humana iluminado por una interna luz, la de la conciencia colectiva,

que se aviva a cada crisis, que se abrillanta, que refulge, llevando en ella una promesa de unión futura, de una futura inteligencia y de un futuro amor, realizados entre todos y por todos, por encima de todos los muertos,... y de todos los odios,... y de todas las malas voluntades, sepultadas al fin, para siempre, en el légamo, porque ese río, Señoras y Señores, conviértese al cabo más y más en una prodigiosa sinfonía, que con sus acordes y sus desacordes formando nuevos y más potentes y definitivos acordes, coopera, sin que de ello nos demos cuenta, a la realización incesante del Plan Infinito que se cumple al través de la eternidad.

FIDELIDAD AL IDIOMA *

Por don José Vasconcelos.

OBLIGADO por el honor distinguidísimo que me dispensasteis al elegirme Socio Correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Española, vengo a presentar ante vuestra ilustrada consideración, las reflexiones que me sugiere la tarea del académico, dentro del cuadro general de las actividades cultas contemporáneas. Mucho se ha escrito acerca de la utilidad y también de la ociosidad, y los inconvenientes de las Academias del idioma. Nadie sin embargo osará negar la importancia de la función que "limpia, fija y da esplendor" a una lengua, según lo pregona el antiguo lema de nuestra institución castellana, lema noble y hermoso, por más que lo sepamos fatigado por uso y abuso. Sin la presunción de ahondar en el problema de la eficacia de las academias, nos limitaremos a observar que poseen su academia legisladora y normativa los idiomas que corresponden a culturas antiguas y completas, por ejemplo, la francesa y la española. No cuentan, en cambio, con Academia aquellos pueblos cuyo lenguaje, aunque difundido, hállase aún en estado de formación y crecimiento, por ejemplo el inglés. De circunstancia tal derivan consideraciones dignas de atención para el juicio que en definitiva nos merezca el Cuerpo Regulador del decir. Se estanca indudablemente un idioma, cuando se apega al rigorismo académico, pero al mismo tiempo gana en precisión y por lo tanto en aptitud para expresar el desarrollo de la mente y la pluralidad de la experiencia. En literatura, el rigorismo académico acaso priva al estilo de espontaneidad y lo hace tímido para asimilar voces y giros extranjeros, transformándolos y adaptándolos. La soltura y la abundancia del inglés actual probablemente rompería los moldes de la más liberal Academia. Sin embargo, no sería extraño que más tarde tenga que recurrir el habla inglesa, hecha a todos los vientos de mar y tierra, al refugio protegido de una Academia que la defienda de los peligros de la divulgación ilimita-

---

* Discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española, leído el 22 de enero de 1941.

da y la consecuente corrupción, a través de los injertos étnicos y coloniales. A la fecha, todavía predomina, en la lengua de nuestros vecinos, la apetencia absorcionista igual que en su política. Y ¿quién puede negar que es envidiable la destreza con que el inglés engloba en su léxico voces de toda procedencia, o convierte a la acción del verbo toda clase de sustantivos y en su sintaxis opera con juvenil elasticidad? Comparadas con la riqueza y agilidad del inglés ciertas lenguas, aunque cultas, dan la impresión de parálisis irremediable.

Lenguas imperiales como el inglés y el español, que han repartido su verbo entre las gentes de todo el planeta, en recompensa han visto su caudal acrecentado con accesiones a veces preciosas; pero también con voces turbias, que es preciso depurar. El diccionario es ya un comienzo de la función que define y consagra vocablos; mas la tarea purificadora formal, comenzó para nosotros al fundarse la Academia Española en el reinado de Felipe V. Resguardar la propiedad del idioma y su unidad, sin mengua de una proliferación complicada con el mestizaje y el trasplante: tal fue el propósito inicial de los fundadores de nuestra Insitución venerable. Y nosotros, hispanoparlantes de América, compartimos el compromiso de patriotismo espiritual que obliga a colaborar en la defensa, enriquecimiento y lustre del común tesoro de un Verbo, que a ninguno cede, ni en eficacia mental, ni en hermosura y elegancia.

Para cumplir lealmente tan glorioso encargo, tres normas, me parece, han de fijar en lo esencial nuestro empeño, a saber: fidelidad a los orígenes; fidelidad a la idea; fidelidad a la Belleza.

I.—Por fidelidad a los orígenes entiendo la preferencia decidida que debe darse a la voz castiza sobre la voz vernácula. Riesgo implícito en la ventaja de la propagación de una lengua es el turbión que en su cauce arroja el habla de los pueblos asimilados. Para retener y clarificar el aporte, el recurso sensato parece ser la adopción franca de aquellos nombres que representan objetos desconocidos en la lengua de origen. De lo contrario, la legitimación de una palabra que tiene equivalente en la lengua matriz, no enriquece ésta, la recarga y entorpece. Lejos de ser el fin del idioma inventar dos o más vocablos para designar una misma cosa, sucede más bien al revés, que el número infinito de las cosas reclama de la lengua una multitud de bautizos singulares y definitivos. Ni siquiera en belleza gana el léxico, porque adopte un nombre extraño para algo que ya tiene nombre en el idioma invasor, pues vemos que si por ejemplo, en música la repetición es ejercicio estético en el caso de las variaciones, ellas suponen una excepción y que sea demás el genio quien las use. En todo caso, la fidelidad a la expresión castiza garantiza la inteligencia de la lengua en todas las regiones que la practican. Y por otra parte no es el bárbaro, recién incorporado a una cultura, quien se halla en condicio-

nes de innovar; apenas le alcanza el tesón para el aprendizaje. Aun el portador de la lengua, al emigrar, al colonizar, mírase obligado a dedicar lo mejor de su esfuerzo a la exigencia de adaptarse al medio nuevo, y en materia de lenguaje, su necesidad primera es mantener intacto el tesoro verbal importado; tesoro espiritual que se gasta con el olvido, el desuso y la ausencia. Conviene por lo tanto que las accesiones del idioma no pasen el límite de lo indispensable y que se consumen dentro de las exigencias estéticas de cierta afinidad que asegura la elegancia de la asimilación. En resumen, al trasplantado apenas le alcanza la ciencia para fijar y denominar las cosas y las impresiones realmente originales de su nueva experiencia. Siglos han de pasar, siglos de difusión y consolidación de una cultura conquistadora, antes de que sea factible reconocer las variantes legítimas ocasionadas por el crecimiento, tal y como el árbol, al trasplantarse, primero fortalece sus raíces en la tierra nueva y sólo años después rinde frutos levemente modificados. Y tiene mucho de arborescencia degenerativa y propagación sin poda, todo ese vocabulario de aztequismos o argentinismos, novedades quechúas o guaraníes, que han llegado a ser para nuestra lengua un lastre más bien que una reserva utilizable o un incremento válido de caudal. La legitimidad de cada uno de estos americanismos, y por qué no, también africanismos, y voces asiáticas, dependerá de que por excepción sirvan para designar objetos positivamente autóctonos, es decir, desconocidos para el mundo europeo. Bien que el ombú o el ahuehuete, árboles singulares de América, sean designados con sus nombres indígenas acabados de señalar; pero son inexcusables los casos del uso que deja perder el nombre castizo en favor de la variante regional, como cuando decimos sarape, a la mexicana, en vez de frazada o manta, la voz castellana generalizada, o cuando el argentino dice pollera por falda. La multiplicación de semejantes regionalismos tiende a aislarnos e incomunicarnos del resto de la familia de habla española y nos lleva por la pendiente del dialecto. Preferible a tales adopciones innecesarias, es el neologismo culto, anglicismo o galicismo que, derivados de lenguas también cultas, nos dan a menudo voces de que carecemos y son indispensables para el vivir espiritual contemporáneo. Condenamos, por lo tanto, la excesiva condescendencia con que se catalogan voces nacionales, argentinismos, mexicanismos, chilenismos, etc., etc., según lo prueba el Diccionario, en donde dichos vocablos representan no un caudal sino un azolve que estorba el fluir mental y que tarde o temprano será menester dragar y sanear. Desconocidas del Diccionario, abandonadas al uso local, estas voces llegarían a perderse en unas cuantas generaciones. Por desgracia se suele ver con tolerancia su perpetuación. Ufanábase cierto académico y diplomático hispanoamericano de que la Academia Española le hubiese aceptado para su inserción en el Diccionario, varios miles de argentinismos.

Imagínese lo que harían de la lengua veintitantos patriotismos, así de

eficaces, empeñados en listar la variante filipina o mexicana de la palabra "gorra", y así sucesivamente, obstinados en la consagración de todo género de barbarismos, vulgarismos y solecismos. Por su parte, la Academia de Madrid, en los largos siglos de la decadencia general hispánica, estuvo entregada a la tarea minuciosa de darnos un Diccionario en el cual halla el curioso, tres o más nombres para cada uno de los objetos de uso vulgar, por ejemplo, los utensilios domésticos; y en cambio, padecemos todavía escasez de voces modernas científicas que en otros idiomas, y aun en el nuestro, forman parte del léxico civilizado común. Vivimos, según es sabido, una era de desarrollo de la técnica y de difusión general de conocimientos de todo género. Las exigencias del léxico corren paralelas al pensar de una época, y esto, tan elemental, apenas fue tomado en cuenta durante largos años. Ahora, por fortuna, se advierte adelanto en este sentido, en las ediciones del Diccionario. Cierto acervo de voces científicas, geográficas, industriales, históricas, filosóficas, etc., etc., constituye hoy en día un valor verbal de uso internacionalmente generalizado, del que no puede prescindir un idioma civilizado.

II.—Por fidelidad a la idea entiendo el deber que tienen, lenguaje y gramática, de mantenerse al tanto del desarrollo conceptual filosófico así como del saber experimental que suele influir en las modalidades del concepto, pues sólo de esta suerte podrá lograrse un equilibrio flexible entre la concepción filosófica vigente y la gramática en uso; entre la idea, unidad elemental primaria de los lógicos, y el nombre, elemento primordial del gramático.

Privada de tal correspondencia, la gramática queda abandonada a las veleidades del uso indocto, o peor aún, encerrada en las rutinas de un arcaísmo que en todos los demás órdenes se verá superado. El uso simplemente popular pudo dar normas en épocas iletradas, no así en nuestro tiempo de difusión de la ciencia y la escritura. Actualmente, sobre la autoridad del vulgo como creador de modos verbales, se impone el estilo impreso, forma expresiva más difundida a la fecha que el simple decir corriente, y más precisa. También en la definición de los nombres conviene observar que ya no es tanto el uso quien rige, cuanto el conocimiento científico de cosas y conceptos que el nombre señala. Así, por ejemplo, para la definición de los cuerpos físicos ya no basta la percepción vulgar, y se impone el reconocimiento de la fórmula química que los singulariza. En general, para las definiciones, precisa tener en cuenta, si se trata de conceptos, el contenido ideológico del nombre, según la filosofía a que corresponda el concepto. En rigor, nunca ha podido prescindir el gramático, para la clasificación de los nombres, de las categorías lógicas que sitúan todo lo pensado en los cuadros indispensables a la claridad del juicio. Máxima extensión y mínimo contenido, sustancia, cantidad y calidad, esencia y accidente, género y especie, voz abstracta y término concreto

y relaciones con los objetos; en suma, cosas esenciales y propiedades de las cosas y sus relaciones, todo por debajo de la categoría suprema del ser en sí, del ser Absoluto; he ahí el cuadro inseparable de una clasificación gramatical que quiera conservar el sentido a las palabras y no se conforme con ser una colección de definiciones.

Pero en esta nuestra edad de la cultura, resulta más necesario aún el contacto del gramático con el metafísico; y no deberemos temerlo aun cuando de él se derivase determinada austeridad, sequedad de la expresión. Con particularidad requiere disciplina semejante una lengua como la nuestra, que tanto se ha prodigado en el verbalismo retórico y en la anarquía de lo popular, multiplicado en más de veinte naciones. Y no es de considerarse el riesgo de que un alejamiento de lo popular prive a la lengua de la inventiva y espontaneidad que se supone son un don del vulgo, pues hoy se sabe que si bien ciertos hallazgos verbales suelen ser anónimos, rara vez son indoctos. Casi siempre, el autor de determinadas expresiones felices resulta ser una mentalidad singular, que las circunstancias ahogan entre la masa, privándolo del reconocimiento de la fama, pero no de su ingenio inventor. Además en la época presente, las facultades de la inventiva verbal se ejercitan en el lenguaje escrito, con igual desahogo y más fecundidad que en la charla, o bien pasan en seguida de la charla, al lenguaje escrito. De todas maneras, un léxico fortalecido con los datos del proceso general de la cultura otorgará preferencia a los vocablos de índole más comprensiva y generalizada; desistiendo de los que son de índole local y limitada; adoptando principalmente aquellos que, por hallarse en uso en otros idiomas cultos, cooperan en la creación de un léxico internacional de voces y expresiones esenciales. El crecimiento de la lengua se operará entonces hacia la universalidad de un proceso lingüístico mundial, en vez de perderse en los arroyos y arroyuelos del nacionalismo y el localismo.

Igual que la lógica, la ciencia es una para toda la humanidad, en tanto que la gramática es múltiple, casi en el mismo grado que lo son los idiomas. En consecuencia, conviene que cada gramática se acerque en lo posible a la disciplina generalizada que se aprende en la lógica y a las normas generales que nos da el uso de la humanidad en la gramática comparada.

La cuestión es más honda que la simple catalogación de voces y afecta al problema de la construcción apropiada del concepto. Veamos un ejemplo: se estudia en gramática la índole del verbo. Según la mayoría de los gramáticos, es el verbo la parte esencial de la frase. Sin embargo, autoridad tan señalada como Bello, trátalo como un simple atributo del sustantivo. Desde luego cabe observar que el adjetivo, atributo también, distínguese fundamentalmente del verbo porque señala las modalidades estáticas del sustantivo. Deja inerte el adjetivo al sustantivo, salvo que venga incluido en la frase de uno de esos

estilos que saben poner vida en el interior de las cosas mismas. En todo caso, es evidente que son de mayor importancia que las adjetivaciones fijas, aquellas variantes que revelan la situación del sujeto y aun de la cosa, en el campo de lo inestable, o sea en el dinámico fluir de toda existencia. Antes de definir al verbo de la gramática, será preciso tomar en cuenta, entonces, lo que en filosofía se ha entendido por verbo: ya el logos griego, dialéctica del discurso sujeto a las leyes de la Lógica; ya el Verbo de la Escritura, hipóstasis de la Divinidad, e instrumento suyo para la creación del mundo; ya, por último, el Verbo del Evangelio, principio increado del cual emergen la creación y su redención en la persona divina del Salvador.

El verbo de los gramáticos es algo mucho más modesto, desde luego, pero no podrá explicarse su función dentro del lenguaje, si no se precisa antes el valor de la palabra verbo en la filosofía, que sirva de base a tal o cual gramática. Tanta importancia adquiere el concepto filosófico del verbo, que podría hablarse de teorías gramaticales sustantivas porque asignan valor fundamental al sustantivo; gramáticas de la estabilidad en lo particular, como la de Bello, y gramáticas que reconocen en el verbo la parte esencial del idioma. A este segundo género, mucho más acertado, pertenecen doctrinas gramaticales como la de Salvador Padilla, que en su *Gramática Histórico-Crítica* nos dice que "el verbo es la expresión del estado de los seres, la parte más importante de la oración, la palabra que expresa el estado o las operaciones de los seres con relación a las condiciones variables del tiempo". Y luego, en nota explicativa, el mismo autor enseña: "Lo que en puridad resulta es que todos los seres realizan operaciones y para eso existen, haciendo de aquí la necesidad de palabras que expresen los seres sustantivos y de otras que expresen sus operaciones, verbos subordinados a las condiciones mutables del espacio y del tiempo..." Y un poco más adelante: "Ninguna definición del verbo será buena si en una u otra forma no acoge la connotación del tiempo variable, según la antigua doctrina de Aristóteles". Admirable es en efecto la penetración de Aristóteles al reconocer, en el lenguaje, la supremacía del proceso sobre el hecho que, para todo lo creado, es provisorio; no hay materia en abstracto, nada existe que no esté integrado o tienda a estarlo; no sólo la forma aristotélica, también la estructura descubierta por los modernos, es esencial al ser así como a la cosa. No hay existir sin coordinación y ésta supone la tendencia hacia una determinada finalidad; la materia misma abandonada a sí propia tiende a la contrafinalidad del caos. Y aunque podría sostenerse que el sustantivo representa al ser y que éste es más importante que sus operaciones, dado que la esencia contiene más que sus estados, lo cierto es que, al ser particular sólo lo conocemos en estado de transición y en consecuencia en él únicamente importa la meta a que se dirige, no los momentos particulares de su progresión.

De cualquiera manera, resulta que una doctrina gramatical cualquiera, sólo puede ser juzgada refiriéndola a un principio metafísico. En la Metafísica encontramos dos direcciones generales: la que contempla las cosas y los seres esencialmente estáticos aunque se muevan en el seno de un Universo que es un todo concluido y que funciona mecánicamente; y la tesis emparentada con Heráclito, que la ciencia moderna parece confirmar, que ve en el Universo un proceso contingente e inconcluso y en tránsito. La posición acabada, inmutable y perfecta, propia del ser verdadero, en buena metafísica contemporánea, igual en esto que en la antigua, es sólo postulable respecto del ser Absoluto. Todo lo que no es El, hállase entregado al acaecer, precisamente porque las cosas mismas, pero especialmente las almas, experimentan un ansia de redención, un afán de retorno a la fuente que es origen y también plenitud. De esta general palingenesia se deduce la importancia decisiva de los procesos sobre los instantes relativamente fijos y este fluir genérico de lo individual se manifiesta mejor en los verbos de que dispone el idioma; más acomodados a la verdadera realidad que todos los sustantivos con su engañosa determinación. Un lenguaje en que tuviera más importancia el sustantivo, se adaptaría a un concepto cósmico parecido al de Leibnitz y sus mónadas inmutables; pero tal reducción del ser a un infinito de unidades menores, aparte de que da una visión casi microscópica del mundo, es contraria a las luces de la física moderna, que no halla en ninguna parte fijeza. La cosmovisión contemporánea descompone más bien las cosas en series conformadas por nuestra sensibilidad, o nuestros *aprioris*; grupos dinámicos, que operan unidades provisorias casi sin solución de continuidad. De modo que cada cosa, cada sustantivo, es el instante convencional de un proceso que no conoce término. Cada ser es, conforme a la física contemporánea, una unidad dinámica, una estructura vibratoria temporal, cuyas relaciones internas, en las etapas simples de la existencia, se nos dan en las fórmulas matemáticas de cuantas y cristalizaciones. En los compuestos más avanzados ya no bastan las matemáticas, sino que intervienen factores de biología, consideraciones de valor espiritual; una suerte de H2o del alma en que las moléculas están representadas por las virtudes y los vicios que integran un ser de espíritu. Siguiendo estas ideas hemos formulado nosotros una visión según la cual todo lo que existe se divide en tres ramas que comprenden lo que plasma según unidades atómicas, lo que se organiza conforme a células vivas, plantas y animales, y lo que se integra en alma o sea el milagro unitivo que confiere valor y sentido a sensaciones, sentimientos y pensamientos. Tales almas parecen funcionar como si fuesen porciones del ser Absoluto que las rige y valen no tanto por lo que son, en nuestra etapa viviente, sino por la ambición que contienen de trasportarse a existencialidad mejorada. Se ve, en consecuencia, que contra lo que parece indicar una experiencia superficial, el sustantivo se nos escapa de las redes de la forma conceptual, no existe propiamente

en ninguna parte y sí por doquiera nos sentimos envueltos en la agitación del verbo o en el ir y venir de los verbos. O sea que el verbo denota la índole de esa compleja acción insaciable que es tormento y esperanza de quien no ha logrado alcanzar la soberanía del acto puro de los metafísicos, la beatitud inmóvil del místico, situaciones inefables que ya no han menester del lenguaje. De donde resulta que no hay seres, sino ser Absoluto y en su creación, conatos y ensayos de ser. Y las almas mismas son porciones iluminadas, fracciones de la esencia suprema, urgidas, en grado mayor que las cosas, del afán de consumarse en el ser Verdadero. Las palabras llamadas verbos, en consecuencia, nos dan cuenta más exacta que los sustantivos, de lo que es valioso en la creación o sea, las maneras que sigue el proceso general de lo múltiple, para lograr un equilibrio provisional dentro del conjunto de lo existente.

Unicamente el nombre del Ser absolutamente existente, ya no contiene ningún elemento del verbo, ya no actúa puesto que no necesita ningún complemento, no camina hacia ningún fin teniéndolos todos en sí.

Al referir otra vez lo que antecede a la gramática, comprendemos que no será plenamente inteligible un lenguaje, ni menos alcanzará la condición de órgano fiel de cultura, si su gramática no coincide con la metafísica. ¿Cuál Metafísica? La que va informando las etapas del desarrollo superior de cada pueblo.

Historia y uso, quiérase o no, son para el espíritu elementos secundarios, utilizables a condición de que se subordinen a superior disciplina.

III.—La definición de lo que entendemos por fidelidad a la belleza requiere ciertas explicaciones previas, y la primera de todas, que entiendo por belleza el proceso de la ascensión a lo divino.

Distinguen los lógicos el pensamiento formulado en lenguaje, de la representación intuitiva todavía no expresada, tal como los recuerdos, las impresiones panorámicas, etc., etc. El lenguaje en este segundo género de expresiones se adelanta, sin embargo, al pensamiento lógico formal y procura manifestar lo concreto y lo ideal, la pluralidad de las cosas y el trabajo solitario del pensamiento. Intuiciones hay, que ni la lógica ni el lenguaje captan, pero que son sustancia de pensamiento, seudo conceptos, o bien elementos de un orden peculiar estético, como el ritmo o la melodía, y que requieren para su expresión, además del lenguaje, el auxilio de la plástica, el arte sonoro y la fantasía espiritual. Prueba de que existe el pensamiento no verbal es por ejemplo el pensamiento musical y en general el arte que es un sistema de representación de cuanto es inefable, ya se trate de realidades interiores, engendros de la subconsciencia, sensaciones y sueños de la brujería, o bien de visiones sublimes, intuiciones místicas de inmortalidad. Al manifestar estas realidades que superan a la experiencia común, por sus zonas opuestas,

el arte suele atinar mejor que la filosofía abstracta y el lenguaje se esfuerza para ganar la elasticidad del arte, de todas las artes, a fin de seguir al espíritu por los abismos de lo sobrehumano, en la plenitud de la tarea humana y en la ventura de lo sobrehumano. En semejante empresa, el lenguaje abarca más que la filosofía conceptualista, y sus ideas abstractas que reúnen, bajo una sola designación, grupos de objetos y seres. Al entrar al examen de esta circunstancia desde un punto de vista lingüístico, nos hallamos dentro del problema que hemos titulado: fidelidad a la belleza. Expresión tan vaga, quiere decir, en nuestro caso, que el lenguaje, mientras se mantiene dentro de la función ideológica no hace otra cosa que reducir la realidad (así debe hacerlo para ser fiel a la idea) a categorías, géneros y especies. Pero así que se trata de resolver la esencia y virtud particular de lo concreto, cuando se hace necesario seguir a lo concreto por las leyes estéticas, según el desarrollo de ritmos y melodías, ya no basta con la fidelidad a la idea, sino que se hace necesario coincidir con la corriente del ser, según aconsejan los bergsonistas, y manifestar cada cosa y cada ser, en su unidad, según constantemente lo hemos anhelado los estetas, los místicos para quienes la creación no es discurso sino esplendor en desenvolvimiento planificado.

Con toda su nobleza, el lenguaje es simplemente humano y no ve más allá; tanto es así, que podemos concebir un modo de comprender, propio de la mente divina que no necesita nombrar las cosas, puesto que no necesita usar del subterfugio de nuestra humana representación. La representación es, quiérase o no, traducción a la medida nuestra de la realidad múltiple que nos circunda. Imaginamos como mente divina o por lo menos angélica, una que no sólo no necesita discurrir para comprender, como se ha dicho de los ángeles, sino que tampoco necesita de la imagen, la representación, ni de la misma idea, porque piensa o intuye cada cosa concreta, cada porción o combinación de cuanto existe en su directa y esencial realidad; en compenetración que junta la fórmula de la aleación química y las impresiones de los sentidos hasta donde alcanza el infinito de la variación, y además el significado de cosas y seres dentro del plano absoluto. Una mente así no necesita de abstracciones para pensar, porque todo el género se le aparece en sus miembros incontables, de golpe y con distinción; además en pasado, presente o futuro, a voluntad. Por ejemplo, decimos nosotros humanidad y la multitud bípeda que ha cruzado los siglos se nos pierde en una noción confusa; distinguimos acaso unas cuantas estampas de la sucesión humana en la historia y nada más. Para la mente divina, humanidad quiere decir el hombre y su antecedente; el plasma germinativo originario y la cadena viva que conduce a nuestra especie o le sirvió de ambiente; luego desfilan en procesión innumerable las generaciones, y en cada generación cada uno de los hombres individuales se hallará presente con la exactitud con que el padre conoce al hijo, y más aún, puesto que nosotros,

ni al *gnoscete ipsum,* alcanzamos plenamente. Un solo pensamiento en un solo instante de la atención se pluraliza al infinito y abarca el Cosmos, a la manera como un rayo del sol suele denunciarnos a nosotros, a través de un espacio aparentemente vacío, el número incontable de las partículas de polvo; así un destello de la mente divina, sólo que agigantado a las dimensiones del mundo, en lo infinitamente grande y en lo infinitamente pequeño. Ningún filósofo ha logrado aproximarse a visión semejante, y cuando por elección algún artista o algún místico logran un atisbo de índole parecida, sucede que no les basta el lenguaje y lo expresan en himnos y cantos, o con signos y danzas; a la par siéntense transformados en puntos de convergencia de las corrientes del existir, mónada dotado de una chispa de conciencia; partícula que se limpió los estorbos del humano existir y alcanzó la redención perfecta, de tornar a ser una esencia en estado permanente de fulguración.

El lenguaje, instrumento humano, será inútil entonces, pero es menester adiestrarle a fin de que, entre tanto, por lo menos al pensamiento, le sirva de ala. Lenguaje, ala del pensamiento, música de la imaginación.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR.

¿QUÉ más podía yo hacer —dada mi insignificancia en la filosofía, y escogido, sin embargo, para ser recibidor de un filósofo en nuestra Academia—: qué más podía yo hacer, que releer todas sus obras, tratando de penetrar todas sus frases, para intentar decir aquí, siquiera medianamente, los altos quilates de su autor? Vasconcelos no me era, por supuesto, desconocido, ni lo es en cierta manera para nadie, pues hasta el último habitante de esta república sabe de él, por su vida externa, pasional y política. Pero no es éste todo el Vasconcelos que hay que conocer, ni el más importante; su personalidad íntima está expresada en su sistema filosófico, salido como Minerva de Júpiter, no exclusivamente de su cerebro, sino de sus facultades humanas todas, latiendo al ritmo poderoso y deslumbrado de su anheloso corazón.

Intentaba, digo, que mi repaso de las obras maduras que prometían las primicias de los *Estudios indostánicos,* me permitiera dar una idea cabal aunque sintética de la "cosmovisión" suya (para usar una palabra acuñada por él). ¡Vana empresa! No tengo la capacidad requerida para ello. Así, me limitaré a bosquejar someramente los méritos de nuestro nuevo colega, los cuales, desgraciadamente, no todos conocen, pues repito que el vulgo, que se goza en lo de relumbrón, sabe de los amores del recipiendario con Adriana, ignorando los más altos y puros que siempre ha tenido con Hagia Sofía.

Se presenta a nosotros sobre la altura, que como coturnos lo levantaban, de más de veinte nutridos volúmenes: ensayos, tragedias, biografías, cuentos, una copiosa autobiografía, una Historia de México y, sobre todo, un sistema filosófico compuesto de una Metafísica, una Ética, una Estética y una Historia de la Filosofía, que intenta coronar con una Teodicea.

De paso solamente, recordaré que Vasconcelos entró joven a nuestra política revolucionaria. El mismo ha relatado sus andanzas en ese turbio medio, y sólo conviene hacer constar el desencanto que de él ha sacado. Tratando este punto en el ensayo que sobre él escribí en 1922, expresaba mi sorpresa de

que alma que da tan poco precio a esta existencia se empleara insistentemente en mejorarla. Ahora, penetrado mejor su pensamiento tal como se encierra en su sistema filosófico ya plasmado, me explico su actitud, la que, como veremos luego, se basa en la voluntad de redimir, y en la fe en el milagro. Tal vez él mismo no habría podido entonces explicar la anomalía, como ahora es posible, pues buscaba su camino.

El triunfo de la Revolución lo llevó a altos puestos, y todos sabemos los magníficos planes que puso en práctica para la educación pública de México, capítulo de su actividad que merecería un estudio especial, que aquí no cabe.

Vinieron después sus años de divorcio con los gobiernos revolucionarios, y la culminación de su actitud oposicionista en su campaña para ser electo Presidente de la República. Volvió a recorrer nuestro territorio nacional, como lo midiera antaño en sus movimientos de rebelde, llevando ahora en su mano la antorcha de un evangelio personal de regeneración y de virilidad; pero fue vencido en la lucha por las fuerzas del tercer día de la creación, como Kayserling llama a los instintos primitivos de estos países tropicales.

Desterróse de su patria y vagó como Ulises, de tierra en tierra, abarrotada su nave con un cargamento de amarguras y de ideales. Hizo varios periplos sobre el haz de nuestro planeta, sacando de sus visitas a otras culturas material con el que corroborar sus odios y sus amores. La pluma no se le cayó de la mano en esa odisea; durante sus días surgió a la luz su obra histórica, en la que sus experiencias políticas formaron muchos de sus criterios. Puede esa obra ser discutida; pero nadie le negará el poder polémico, ni el valor con que ha asentado verdades que nos son muy amargas. En este mismo tiempo dio cima a su obra filosófica, lo que es decir, a la expresión de su más íntima personalidad, aquella de la que quisiera daros aquí un vislumbre.

Ya decía yo hace veinte años, en la aludida semblanza que hice de Vasconcelos, que su espíritu había escudriñado todas las filosofías, y que dado su temperamento pasional, habíanlo deslumbrado, fulgurado, como él muchas veces apellida al unimismamiento con algo, los sistemas místicos. Andaba entonces por las sagradas selvas indostánicas, y traía el vértigo del nirvana, de la salvación por el renunciamiento, conseguida por algunos escogidos llamados Budas.

En su mente ya habían apuntado ciertos temas, como se insinúan en el cerebro de un genio músico los que, desarrollados, han de dar nacimiento a sus vastas construcciones "orquestales", el del monismo, el del conocimiento por la emoción, el de la alteza artística de la danza, el del ensayo filosófico en forma de sinfonía; todos los cuales cobraron ímpetu y claridad en los tiempos en que escribió las cuatro obras de su sistema.

Desde entonces su alma estaba en pugna con el intelectualismo, y en especial con la filosofía positiva, que era la base de la educación en el Estado por-

firiano. Formó parte de un grupo que se rebeló contra aquella ciencia oficial, antes que los políticos se alzaran contra el régimen mismo. No se reconoce hoy, a aquel grupo, el carácter de precursor; pero lo fue, y aun podría sostenerse que, sin él, lo que es no hubiera sido.

Vasconcelos protestaba contra los sistemas que mutilan al alma, limitando la facultad cognoscitiva al intelecto. Intelectualidad, no: "integridad". El alma es razón, pero es también sensación y, sobre todo, emoción. Quien tiene en cuenta sólo los esquemas que produce la Lógica, trabaja dentro de un mundo ficticio, de pura forma, que nada dice, o dice muy poco respecto a la realidad misma, que es palpitante, total, viviente.

Ya se ve que esta posición la derivaba de Bergson y de su escuela intuicionista. Pero él fue más lejos. Tenía en la memoria afectiva la doctrina del filósofo alejandrino del tercer siglo, del genio del neoplatonismo, Plotino, que llevó a sus últimos resultados el misticismo de su maestro Platón.

Aprovechó, además, Vasconcelos, para su teoría, las ideas estéticas de Nietzsche, y todo ello, junto con su cultura filosófica occidental, más sus estudios del pensamiento oriental, egipcio, chino e indú, se fundieron en el acendrante crisol de su espíritu para lograr la bella y magna síntesis que nos ha presentado.

Se necesitaban tamaños más que ordinarios para acometer la empresa. Se trataba nada menos que de reunir en un solo ímpetu creador, lo que pensaron los genios de todo el mundo; con lo que la ciencia moderna, la más nueva, la de la relatividad, los quanta, la energética, está descubriendo minuto a minuto; lo que vieron los iluminados, artistas o santos, de todas las épocas, y las revelaciones de la divinidad, la Revelación, con mayúscula, transmitida en el Antiguo Testamento desde Sinaíes y zarzas ardientes, en el Nuevo, a través de la voz inextinguible de Cristo.

"La exigencia de la hora, ha dicho Vasconcelos, es de revisión general y de integración en cuerpo unitario del saber valido de todos los tiempos".

Su filosofía, es pues, síntesis; "lo contrario de analizar, lo contrario de disociar, lo contrario aun de discutir", dice, extremando su idea. Para él "las filosofías creadoras son como una especie de superpoemas, imaginados por un poeta-pensador". "Se sabe que el filósofo ha atinado cuando su doctrina concuerda con el plan general del Universo, cuando se vuelve fecundo y manifiesta poder de ascensión; cuando contribuye a los fines supremos de la naturaleza y del hombre".

¿Cuáles son estos fines supremos? ¡Ingente problema de obligatoria resolución, que los efímeros se han formulado desde que el primer espíritu cintiló en el primer cuerpo troglodítico! Aquí diremos que Vasconcelos lo sortea entregándose, como Dante, en las manos de la Beatriz celeste, de la Eterna Sabiduría, de la Revelación.

Su sistema no sería nada si no hubiera tenido esta estrella conductora, a cuya luz se coordinan todos sus demás conocimientos. Y su metafísica y su estética no tendrían razón de ser, si primordialmente no hubiera planteado y resuelto el problema del Bien y del Mal. Así, haciendo violencia al ordenamiento natural de las materias, ha de esbozarse aquí, desde luego, su sentir sobre el Destino del Hombre.

No puede menos que confesar la apariencia del imperio del Mal, del Dolor en este bajo mundo. Y entonces, ¿para qué nacimos? ¿Somos los hijos de las fuerzas ciegas de una Naturaleza eterna e indiferente? ¿Criaturas de un Dios que nos oculta sus últimos fines, o que se va formando en el tiempo, sin tener aún poder suficiente para desterrar la Miseria?

Pavoroso problema, no resoluble por las facultades humanas, pero que ha sido explanado por un Creador trascendente, Uno, Supremo Amor: el alma del hombre, participante del Ser, se apartó de El por la Creación, por la caída original, por el parentesco que tiene en la materia —concebida como una sola energía que se transforma—, y su misión es salvarse, por la vuelta al Uno, al Ser. La Vida, así es interpretada como un enorme drama en el que todos somos actores, y posibles bienaventurados, por obra de la Gracia. La Creación se salva de esta manera en nosotros.

Ese Ser, Dios, se nos muestra en nuestra ansia de coordinación de fusión de los elementos heterogéneos que aprehenden nuestros sentidos, nuestro pensamiento y nuestra emoción, principalmente ésta, que se sublima en el trance religioso.

Por su parte, la ciencia moderna, en la que hay que apoyar toda lucubración, aun la del vidente más alto, nos señala al mismo Primer Principio. Las más recientes teorías, las explicaciones fisicomatemáticas del Universo (y oigan bien esto los preconizadores de una enseñanza atea, meramente científica), concluyen que éste, que es energía y que está sujeto a las leyes de la termodinámica, de la *entropía,* no hubiera podido comenzar a efectuar sus mudanzas y transformaciones *sin un impulso exterior a él mismo,* es decir, sin un ente que le hubiera transmitido el primer impulso.

Desde otro punto de vista observa Jeans, el famoso astrónomo inglés: "la Naturaleza parece muy familiarizada con las reglas de las matemáticas puras, tales como las han formulado nuestros matemáticos encerrados en sus gabinetes, sacándolas de su más recóndita conciencia, y sin basarse en manera alguna apreciable en su experiencia del mundo externo". Y concluye: "el universo parece haber sido proyectado por un puro matemático". Es decir, en términos más llanos, una Alta Inteligencia presidió a su formación, un Ente personal y externo a lo que llamamos materia... Pero dejemos esta demostración que no satisfaría a nuestro filósofo, porque odia todo intelectualismo.

Ahora bien, la tarea del pensador que ha intuído a Dios directamente y desde el primer alentar de su espíritu; del que admite la posibilidad de una revelación (¿y cómo podría negarla quien tiene la seguridad de la omnipotencia divina?), consiste sólo en coordinar esos datos imperativos con los demás que proporcionan la ciencia y la conciencia. Tratará de reunir en una síntesis todo el saber, para obtener una total cosmovisión. Eso hicieron San Agustín en el Siglo V y el Aquinense en el Siglo XIII; eso es lo que hoy hace Vasconcelos en su sistema.

Parte del principio de que el Ser no se nos manifiesta en términos conceptuales, sino de emoción. Conocer no es identidad o adecuación de mente y objeto; conocer es reducir a términos de conciencia los elementos heterogéneos, haciéndolos partícipes de nuestra vida. Así, su esencia es un acto unitivo, que integra lo complejo en un conjunto orgánico, dándole un sentido. Se conoce por los sentidos, por el intelecto y por la emoción, pero sólo ésta penetra directamente el Ser; sólo ella ase el nóumeno incognoscible para la razón.

Así, pues, la emoción puesta frente al mundo. Este formado de una materia prima, que es la energía de los físicos modernos, cuyo átomo es un pequeño universo compuesto de un sistema de electrones o cargas eléctricas de potencia definible. Esa energía es una idéntica en todas sus manifestaciones y se transforma por un cambio de ritmo, dando nacimiento al átomo, que tiene por ley de su ser la repetición; a la célula, que posee una actividad finalista; y a la conciencia, cuya vida es la imagen, y en cuyo plano se verifica la trasmutación milagrosa de lo material en lo espiritual, de lo temporal en lo eterno. La materia, el Mundo, que está sujeta a las leyes de la Entropía, se salva, se redime dentro de nuestro espíritu. "El Universo entero, pasando por nuestros corazones, se queda impreso del anhelo divino, y trasmuta su ritmo en el sentido del espíritu; la imagen va siendo el signo del proceso trasmutador..." "A causa de que es poseedor de este aparato de trasmutación, el hombre desempeña, sin saberlo, y a sabiendas, una función cósmica trascendental, la de convertir el objeto en imagen, y como si dijésemos de transportar la creación entera a un plano diferente del físico y acaso ya inmortal, ya divino. *Y así por medio del hombre se salva el mundo*".

Hay que explicar, para salir del deslumbramiento que nos causan estas poéticas y sutiles ideas, que son la prolongación y extremamiento de la cosmología plotiniana: El universo procede del Uno, del Absoluto, del Padre, por desbordamiento, por emanación; mas todas las cosas emanadas de El tienen un vago deseo de volver a su principio. La inteligencia, primera emanación de Dios, es la más perfecta; van decreciendo en perfección las demás emanaciones, y puede afirmarse que la creación toda es un degradar progresivo, que necesita un proceso de redención. Nuestro filósofo ha hallado tal proceso en la imagen.

Esta idea de la degradación original de la materia persiste en el pensamiento de Vasconcelos, y da lugar a muchos corolarios. Entre otros, a su desprecio por todas las teorías que tienen por base el materialismo, el deseo único de poseer la tierra; a su ascetismo; a su prédica de vida peligrosa, ya que la salvación es lo único que cuenta.

Continuemos exponiendo sus ideas. El salto de una a otra de las fases de la energía, se verifica por un medio casi milagroso, que se llama revulsión. Niega, pues, la idea evolucionista, en cuanto significa que el efecto está todo contenido en sus antecedentes materiales. No; ahora se ha visto que la última materia, el electrón, se comporta como si se evadiera de la ley de la mecánica, idea que se encierra en la teoría de los quanta. El electrón parece tener una facultad electiva, una especie de voluntad que hace su proceder individual indeterminable, y sólo sujeto al cálculo de las probabilidades. La materia, la energía, tiene, pues, algo de la independencia del espíritu, algo semejante al libre arbitrio.

Revulsión, vocablo usado sólo en medicina, y habilitado por Vasconcelos para denotar *concentración instantánea de energía, para producir un efecto distinto y violento,* es el paso de lo atómico a lo biológico, y de esto a lo consciente. Tal vez inspiró al filósofo este connotado la voz inglesa revulsión, que vale: "a strong or sudden change, as of feeling, *conducto,* or conditions; a strong reaction". En el sistema vasconceliano es el milagro constituído como regla; la afirmación triunfante de la penetración de la calidad espiritual en todo lo que se mueve; la repetición del *fiat* divino en el cielo, Dios, naturaleza, unimismamiento final con el Creador.

Este, ya lo hemos apuntado, lo obtiene el hombre, que se torna así supremo sacerdote, por dos disciplinas o maneras, la ética y la estética.

"Etica es toda disciplina de vida"; ya se vio que por energía biológica, se entiende aquella que tiene un fin; "toda potencia traducida en acto, estará bajo el crtierio ético". Sus polos necesarios son Dios y el libre arbitrio". "Toda ética supone una norma impuesta de lo que en la vida es suelto, desgobernado, caótico, a efecto de convertirle a propósito o aspiración redentora".

Así, "es moral todo lo que nos lleva a trascender la existencia; inmoral, a la inversa, todo lo que nos regresa al caos y la animalidad". La piedra de toque que tenemos para discernir esto es la *emoción estimativa.* Funciona por simpatía, porque elige entre todos los objetos que se ofrecen a ella, aquellos cuyo ritmo coincide con el suyo propio. Nueva manifestación de la trasmutación de lo material en lo psíquico.

Por lo que toca a la axiología, postula Vasconcelos que el valor de las cosas depende de su adaptabilidad a nuestros fines superiores, y en consecuencia no hay cosas buenas o malas en sí. La escala de los valores se de-

termina por el mayor o menor acercamiento que nos procuran con el Absoluto, que se nos manifiesta por el júbilo que su atisbo produce en nosotros.

La Ley moral y el deber están por encima de todo lo accidental humano. Son inflexibles. ¿Y qué conclusión puede sacarse de este principio sino la del desprecio de todas las convenciones sociales? Conjúguese esto con su desestimación por la materia, y llegaremos a verle formular este extremo aforismo: "Unir a la sociedad, para ayudarla a morir, a fin de que el espíritu reine más allá de la carne; esto es el camino perfecto, indestructible, santo". Y agrega en otro lugar: "así que la mayoría se penetre de la vaciedad de las cien vías de la ilusión, los pueblos llegarán al renunciamiento colectivo de la tierra, y otra Tebaida, pero alegre y libre de horrores físicos, libre de enfermedades y morbosismos, se extenderá por el planeta, guiada por el canto de los serafines"...

Mientras tanto, sin embargo, hay que tolerar las exigencias del cuerpo y combatir contra el mal, contra la degeneración de los valores. Tal vez esto explique las andanzas revolucionarias de Vasconcelos: pura contemporización; lucha contra la decadencia reinante... Pero se necesita su fe en el milagro, en el milagro espiritual de la conversión que puede acaecer en cualquier momento, para ser revolucionario. El realista juzga que un pueblo, el nuestro, por ejemplo, necesita del tiempo y de la educación para poder salir del marasmo moral y social en que hoy se encuentra; pero el profeta a la manera de Vasconcelos cree en la posibilidad de una revulsión que lo haga superarse al tomar plena conciencia de sí y de su destino, tornándose mejor de la noche a la mañana.

Dije, al principio, que la explicación vasconceliana del mundo era trágica: la de superación y de vencimiento del Mal, por la Redención, lo que supone el reconocimiento de las fuerzas del Mal. Empero, como todos los filósofos, el que hoy entra en esta Academia no alcanza, por más que se esfuerza, a resolver el recóndito secreto de su origen. ¿De qué vale la confidencia siguiente que nos hace?: "yo respondo por lo que hace mi experiencia, y después de recorrer casi todo lo que se ha escrito al respecto, que no encuentro teoría satisfactoria, fuera de la teoría de la caída original". Pero ésta ha sido expuesta por teólogos y moralistas tan profundos como San Agustín, sin que sus razones alcancen a explanar cómo un *fíat* surgido del Sumo Bien pudo llevar imbíbito, por decirlo así, el germen del Mal. La leyenda bíblica del pecado original está basada en la de la previa prevaricación de los ángeles, mas sólo aleja el problema porque queda oculto cómo éstos pudieron pecar. Es este arcano de tal naturaleza, que casi obliga a admitir el dualismo zoroástrico, la oposición de dos principios eternos y contrarios.

En el sistema de Vasconcelos, el que deliberadamente obra el mal tiene

que sufrir la pena de su culpa: la destrucción, el anonadamiento, la imposibilidad de reintegrarse al Ser. Sino que, apartándose en esto de la doctrina católica, no condena al tormento eterno, sino a la eterna reprobación y a la personal disolución.

Discurre que muy pocas almas, en realidad sólo unas cuantas escogidas por la Gracia (doctrina de la predestinación), se salvan: "un gran número de almas no nacen jamás a la vida plena del espíritu"... Pero eso nada tiene de raro, añade, porque la Naturaleza obra así constantemente, produciendo embriones o abortos, ensayos o tanteos por miles de millones, para lograr unos cuantos especímenes excelsos, que son como arquetipos. El filósofo que hasta aquí ha repudiado las teorías evolucionista y transformista, se mete de lleno en ellas en el lugar más inesperado de su sistema, y frente a una de las cuestiones espirituales más trascendentales y hondas, pretendiendo explicar la salvación de los pocos con la evidencia del despilfarro en que incurre esa entidad materialista que se llama Naturaleza. Con todo respeto digo que a mí me parece esto una caída lamentable. Prefiero personalmente la solución de Orígenes que postula que la Infinita Misericordia aplica sus propios méritos para borrar la culpa, y salva al pecador, después de hacerle sufrir una purificación temporal. ¡Bello ideal el de la universal salvación, que suprime esas aristocracias de la Gracia!

La estética de Vasconcelos es la parte más original de su sistema, la clave, por decirlo así; como que todo él lleva el nombre de monismo estético. Parte de su idea favorita de la realidad del espíritu, substancia sui géneris invisible, inextensa, pero centro esencial de dinamismo. Es emanación del Absoluto, y éste tiene sed de reintegrarlo a su esencia. Esa ansia de unidad es Amor, y la ley del espíritu es realizar tal unidad viviente en la multiplicidad.

Las cosas no son bellas en sí. Solamente lo espiritual es bello, y tanto más bello cuanto más se aproxima a la esencia absoluta. Por eso es menester que el espíritu, ese trasmutador de la energía cósmica, incorpore a las cosas en su ritmo propio, en su vuelo hacia el Pleroma, para darles un toque de eternidad y de hermosura. Así, "la esencia de la operación estética radica en aislar la cosa de su ritmo nativo, a fin de incorporar su movimiento a ritmo del movimiento del alma".

"Las imágenes son los elementos del ejercicio estético, y lo que llamamos apriori estético es el modo de manejar dichas imágenes". Dicho apriori, originado en la unidad del espíritu que percibe, sin embargo, en el tiempo y a espacios determinados, es tripartito: ritmo, armonía y contrapunto.

Tres también son las categorías de la belleza, las dos estudiadas por

Nietzsche, lo apolíneo y lo dionisíaco, y la que Vasconcelos agrega, lo místico; las dos primeras meramente humanas; la tercera con intervención de la gracia.

A lo apolíneo corresponde lo físico, la estética de las formas, como ideal de las cosas, y como orden interior formal. A lo dionisíaco, el fluir de la naturaleza, la embriaguez, el frenesí que se entrega al goce inmediato. Místico es todo intuir de lo absoluto; "su método es el arte que no maneja formas, sino contenidos, esencias que no son abstracciones fenomenológicas, sino verdadera, sobrenatural expresión de la substancia".

Bajo esta trinidad se desarrolla el mundo de la creación artística: dibujo, pintura, escultura, canción —expresiones de emociones estáticas— bajo la advocación del numen solar; danza, poesía, teatro, literatura y música —que son dinámicas—, bajo el dios del tirso; y danza religiosa, música sacra, arquitectura religiosa, y liturgia, coronamiento ésta de lo bello —que ponen el alma en contacto más directo con el infinito—, bajo el sacro sello de la mística. "Para el esteta la Liturgia es el arte que expresa la verdad revelada"...

Estamos en la cumbre del sistema vasconceliano, y más allá sólo puede vislumbrarse el Ser, el Eterno Amor, las ruedas trinas de tres colores, y de igual tamaño, que vio el Dante levantado en vilo por sólo su ardiente deseo, y no por alas algunas. Y esta visión hace enmudecer al mismo florentino, que pudo representar en su lengua vívida todo lo demás del trasmundo, y que aquí sólo alcanza a decir:

Da quinci innanzi il mio veder fu maggio
Che il parlar nostro ch'a tal vista cede,
E cede la memoria a tanto oltraggio.

Ha sido imposible, ya lo veis, resumir en los breves párrafos anteriores el sistema de Vasconcelos, porque, en primer lugar, ningún resumen logra su objeto, y, en segundo, porque la obra de nuestro filósofo es de tal magnitud que aunque algunas otras pudieran resumirse, ésta, por su ingente volumen, lo vedaría. Quise únicamente pasar ante vuestros espíritus algunas de las ideas madres de la enorme síntesis, como los directores de orquesta que ensayan una obra monumental, preludian ante sus ejecutantes los temas sobre los que está construída. Aun esas ideas están aquí truncas o borrosas debido a mi poco saber y a la premura del tiempo.

Pero lo que he esbozado, basta para pesar los quilates del espíritu que ha sido capaz de concebir el plan de la obra, y de llevarla a término; y esto en la tribulación y en el destierro, cuando la misma actitud espiritual que diera origen a la síntesis era para el escritor cosa inactual, como él lo revela

al decirnos: "escribo cuando ya no me interesan teorías y creo únicamente en la realidad del misterio".

Por los altos timbres que apenas he apuntado, para mí José Vasconcelos es el mexicano más ilustre aparecido en nuestro firmamento intelectual desde la Independencia hasta nuestros días. Ha producido próceres esta malhadada patria nuestra, en casi todas las ciencias y las artes; pero no en la filosofía, que es cierre de bóveda del saber humano. Conocedores acabados de sus disciplinas los hemos tenido, y muy capaces de poner cátedra sobre ellas. Mas no contemplo en la galaxia de cerebros que a ellas se dedicaron, un talento original, creador, que nos haya dejado un gran sistema propio y personalísimo, como Vasconcelos, cuya mente ha realizado el prodigioso viaje contenido en el siguiente párrafo suyo:

"La minúscula noción de la existencia primaria de mi yo, se vuelve concreta porque hay objetos; se agiganta porque hay universos. Pero después de esa participación se siente más vasta aún que los universos, más profunda que las dimensiones concretas; entonces rebasa lo concreto; se vuelve hacia el amor, experimenta la alegría, se ilumina, se consuma en el mundo; después se liberta".

Y para que mi testimonio no parezca atrevido o ingrávido, voy a corroborarlo con el de dos escritores, libres de excepción ambos, y que militan en campos distintos, si no opuestos, teniendo también los dos la característica de objetar el pensamiento de Vasconcelos, en ciertas modalidades suyas, como yo mismo, en mi nivel, lo hago.

Uno es el fundador de la Escuela de Sabiduría de Darmstadt, el filósofo de *Conocimiento Creador* y de *Renacimiento,* el conde Herman de Keyserling, quien en sus *Meditaciones Sud-americanas,* emite en un lugar de su libro la opinión siguiente: "José Vasconcelos es el ideólogo *más original* que hasta hoy ha habido en la América del Sur". Y más adelante, en el capítulo que dedica a la *Delicadeza,* dice: "En América del Sur, pueden encontrarse ya los primeros elementos de una concepción del mundo autóctona y original. Reposa sobre el concepto de *delicadeza.* El argentino Leopoldo Lugones postula para su país una cultura de la Belleza semejante en estilo a la antigua; fue el primero, a mi entender, que distinguió claramente entre culturas de Belleza y de Verdad. *Pero el pensador más representativo es el mexicano José Vasconcelos*".

Expone, en seguida, Keyserling su inteligencia de la doctrina de nuestro autor, y le hace una crítica que a todas luces es ahora injusta, y que lo fue tal vez entonces también: la de que pretende, a sabiendas o no, hacer caso omiso del Espíritu, fundándose en la pura sensibilidad. Cuando Keyserling escribía su libro, Vasconcelos no había producido sino los ensayos que iban concretando su teoría; pero cuando apareció ésta, ya desarrollada, toda ella

absolutamente es reconocimiento del Ser, como Espíritu, y de que el único sentido del Mundo es el retorno a ese mismo Espíritu.

De todas maneras queda apreciada, por boca de insigne conocedor, la importancia de primer orden que tiene Vasconcelos, no sólo en México sino en toda la América latina.

Concordante es el juicio del sacerdote jesuita, D. José Sánchez Villaseñor, en el ensayo de crítica filosófica que publicó sobre el sistema vasconceliano. Naturalmente que disiente de él en muchos puntos, comenzando por la dosis de emanatismo plotiniano que encierra su cosmología; siguiendo por el menosprecio que el filósofo muestra por la razón y por los sistemas que en ella se basan; y terminando por su consiguiente entregarse en brazos del misticismo, el que, por destino singular que parece irónico, habiendo sido el impulso primordial de la religión hebraica y de la del Nuevo Testamento, se hizo sospechoso y casi vitando para la Iglesia, una vez que se fijó el dogma.

Pero no puede menos el jesuita que rendir parias a su alteza de miras, a su vasta cultura, a su simpatía profundamente humana. Repetidas veces declara con fruición que su teoría es grandiosa y bella, su pensamiento original y profundo, y su estilo mágico. Agrega que "el solo esfuerzo titánico (sic) de erigir un sistema de tal envergadura, merecería profunda admiración y sincero aplauso".

Al terminar el examen de su Etica, exclama, llevado del entusiasmo, haciendo un rápido resumen que retrata a su criticado: "El huracán de la pasión libertadora agita su mente. Su destino, simbolizado en la fantasía del Prometeo vencedor, ha sido predicar la liberación de lo inmediato, en aras de los bienes trascendentales; romper linderos, desatar sumisiones, renunciar venturas inmediatas que dejan el acre sabor de la tierra, superar la razón que manda conformidad; dar cauce al ansia avasalladora de infinito que trabaja toda alma humana. Tales son sus ideas, por más que a ellas no se ajuste su conducta...".

En estas honduras de la conducta puede meterse un sacerdote, cuyo poder de atar en la tierra tiene acato en el cielo, y no un pobre liberal, como yo, que por no estar limpio de pecado no me atrevería a lanzar la primera piedra; máxime cuando es notorio que una cosa es contemplar el ideal y predicarlo, y otra observarlo apegadamente.

La gente se escandaliza, con el jesuita, de las confesiones que Vasconcelos hace sobre su vida erótica, y yo me digo que lo mismo han de haber pensado los contemporáneos del hijo de Santa Mónica, cuando éste relató sus amorosas ligas carnales con la madre de su hijo natural, Adeodato, y aun con otras hembras de menor calidad que ella. El pueblo se mofa de quien se irguió contra la dictadura, para caer luego en la imposición; pero olvida el mismo pueblo que no supo sostener sus derechos. No tiene en cuenta tam-

poco que el tiempo corre, y que un hombre que desdeña lo material, tiene derecho, a cierta edad, de dar por terminada su actividad externa para entregarse de lleno a su coloquio interior. Y sobre todo esto, entre dos males necesarios, ¿no es legítimo decidirse por el menor?

Yo veo hoy a un Vasconcelos, apaciguado y tolerante, que pone el acento en sus amores y no en sus odios. ¿No demuestra tal estado anímico su entrada en esta Academia, donde si bien laten todas las humanas inquietudes, ello es un ambiente de respeto mutuo, y de comedimiento?

Ya hemos visto que su primer acto académico ha sido una disertación sobre el lenguaje, sustanciosa, preñada de sugestiones y posibilidades, como todo lo que él piensa. Las ideas que nos ha expuesto derivan sin rodeos de los temas centrales de su filosofía. Nadie podrá ponerles reparo, porque la Academia, consciente o inconscientemente, ha sido siempre adepta a las tres normas que él propone para dirigir la labor de fijar y dar esplendor a nuestro castellano: fidelidad a los orígenes, a la idea y a la Belleza.

La primera norma es corolario de uno de los artículos de su credo: que México es de cultura hispánica y católica, como contrapuesta a los imperialismos sajones que pudieran avasallarnos.

La segunda, que le da lugar para discurrir sobre la primacía del verbo sobre el substantivo, dimana de su sistema filosófico. En el primero, que es el actuar humano, asoma el perpetuo moverse que provoca el ansia de unimismamiento con el Ser, el único substantivo; o sea el drama de la Redención, sincretizado con la cosmología plotiniana.

Y ya cuando considera el canon del apego a la Belleza, penetra en pleno misticismo, y el lenguaje se le trueca en ritmo, en canto, en Liturgia, forma artística que, como lo sabemos, él diputa suprema.

Ya había hecho la loa del lenguaje, en forma magistral, en su Estética:

"...El lenguaje es como un sentido propio del alma en el cual se organiza la multiplicidad del universo, conforme a modo y propósito, que interesa al espíritu, tanto cuanto es indiferente al devenir cósmico. De allí su importancia capital en la estética, donde es clave del tránsito de lo físico a lo sobrenatural, y de lo humano a lo divino. Sin embargo, es arte intermedio, que sólo se complementa en la liturgia, con los elementos que no puede dar el vocablo: revelación visual, melodía sonora, tacto inmaterial de lo divino, aroma de trascendencia y de eternidad".

Los zoilos encontrarán en las páginas de sus libros alguna palabra, algún giro condenables desde el punto de vista de la lengua que se habló en el siglo XVI, y la cual desean guardar celosamente disecada, como una flor marchita, en los diccionarios. Pero no hay que ver en el lenguaje lo que es forma o regla solamente, sino lo que es dinamismo y vida. Antonio Castro Leal, que recuerda, en prólogo recientemente escrito, que Vasconcelos se

clasifica a sí mismo entre los escritores que escriben mal, dice, sin embargo: "Muchas páginas tiene que le darían razón. En otras, en cambio, hay un temblor de emoción, un fluir elocuente, una capacidad de expresión atinada y rica, 'un rumor interno', que no iguala la prosa más cuidada de nuestros mejores prosistas. En realidad, ninguno lo iguala en esa calidad de substancia espiritual que levanta a veces su estilo, en esa sensación de que la palabra es un mensajero inspirado...".

Este es el Vasconcelos a quien hoy recibe la Academia; lo demás es cuestión de un buen corrector de pruebas.

Tenía que estar en este organismo cultural, además, porque él acuñó el lema que da orientación a nuestra Universidad Nacional, a nuestra cultura, y a nuestra raza hispano-americana.

No puedo decir si el Vasconcelos de hoy, un tanto desengañado, ya no cree en el grito que enseñó a tantas gentes, para que desde el Río Bravo del Norte hasta el Estrecho de Magallanes, hiciera temblar, en un sobrecogimiento de orto, las cumbres andinas; aquel que dice: "Por mi raza hablará el Espíritu".

Yo creo, empero, que no debemos dudar de la profecía; es más: creo que ya se ha cumplido. Porque el Espíritu se apoderó del alma del poeta-filósofo, a quien hoy doy la bienvenida dentro de esta Academia, y se ha derramado por su boca sobre el Continente, esperando que sus fines se cumplan.

LOPE ECUMENICO *

Por don ALFONSO JUNCO

MI IMPUESTO DE AUSENTISMO

HACE diez años, señoras y señores, que esta ilustre Academia cometió el generoso error de llamarme a su recinto; era yo entonces —y al cabo de dos lustros sigo siéndolo todavía— el menor en edad, saber y gobierno; y, por añadidura, de índole tan suelta y tan poco académica, que mi historia en la grave corporación se reduce a la de un ausentista descarado, que apenas si se acuerda de la lengua en aquéllas que nuestro inolvidable don Federico llamaba "sesiones gastronómicas". De ellas, por cierto, ha sido principal responsable Alejandro Quijano —Quijano el Bueno—, quien ahora en el sitial de Director ha empeñado su autoridad y su entusiasmo en que nos pongamos a trabajar, y en que hagamos todos, desde luego, acto público de presencia. Aquí estoy, pues, acatando a la superioridad, y, como si dijéramos, pagando mi "impuesto de ausentismo".

Aunque acaso la asiduidad y el rumor periodísticos hagan más aparentes otros aspectos, creo que en mi pobre huerto interior lo más mío es la sensibilidad poética. Y pues quiere mi ventura que sea un gran poeta —don Enrique González Martínez— quien abra aquí los brazos y el corazón hospitalarios para darme la ritual bienvenida, quiero a mi vez que sea otro gran inspirado quien presida esta noche nuestros pensamientos y llene mi vacío con su plenitud.

Os pido, pues, señoras y señores, la merced de vuestra selecta compañía, para que juntos evoquemos ahora a aquel fuerte poeta y a aquel frágil corazón que se llamó Lope de Vega.

Erudito y andariego, libresco y mundano, ardido en amores bravos y febriles como "cuartanas de león", enredado en procesos y destierros, soldado

---

* Discurso de recepción, pronunciado el 27 de mayo de 1941.

en la Invencible Armada, agente en deplorables tercerías, casado y viudo dos veces, padre de blandísima ternura, sacerdote en los veinte años postreros de sus setenta y tres, Lope de Vega todo lo supo y todo lo vivió.

Torrencial, tornadizo, impresionable, despilfarrado, niño eterno, siempre culpado y siempre arrepentido, sincerísimo en medio de las más crudas incongruencias, perpetuo enamorado a lo divino, a lo humano, su nombre es torbellino.

La vida y la obra corren en vehemente paralelismo. Ecuménico como hombre y como artista, Lope no es individuo, es muchedumbre; no es un autor, es una literatura.

Y vuelve de su vejez
a salir mozo otra vez.

Lo que él dijo del ave fénix, hay que decir del Fénix de ingenios. Tres siglos nos separan de su tránsito (27 de agosto de 1635), y al ir de nuevo a Lope le encontramos en plena lozanía.

Nos internamos por el tumulto de su selva exorbitante, y excediendo con creces la hojarasca y la maleza, he aquí la encina joven, la flor recién nacida, el césped tierno, el rocío de hoy.

Este giro mental parece nuestro; hay matices actuales en esta voz; este acento emotivo nos traspasa; este verso diríase de ahora; este fuerte sentido social tiene clamores contemporáneos...

Y vuelve de su vejez
a salir mozo otra vez.

Modernidad que es, en suma, perennidad. Lo eterno humano y lo eterno artístico.

Me propongo, señoras y señores, en esta noche, mostrar a breves saltos, algunos de mis personales atisbos e impresiones al entrar en la selva de Lope.

Lo oscuro y lo claro

Más natural que la naturaleza, vierte en su poesía Lope de Vega el chorro entero y borbollante de la vida: allá va todo, lo turbio y lo diáfano, lo trivial y lo egregio.

¿Cómo, si no, podría echar este diluvio fabuloso de versos y comedias? ¿Qué espacio tendría para madurar, seleccionar, bruñir, si apenas parece que bastara el tiempo todo que vivió para la tarea material de escribir febrilmente?

Algo hay en ello de verdad, y esa es quizá la clave de que Lope no ofrezca obra que, solitaria y de por sí, constituya valor universal, redondo y sumo.

Pero no exageremos. El arte es, por esencia, elección y depuración; el arte, aun para el inspirado, es ruda brega. El primer verso nos lo dan los dioses; los demás hay que hacerlos, declara hoy Paul Valéry. Y ayer Lope de Vega, el precipitado y diluvial; el que en horas veinticuatro manda comedias de las musas al teatro, es precisamente quien escribe en *La Dorotea*: "Yo conocí un poeta de maravilloso natural, y borraba tanto, que sólo él entendía sus escritos y era imposible copiarlos; y ríete, Laurencio, de poeta que no borra"; y es el mismísimo Lope de Vega quien nos habla de su propio afanar y sudar

por que dejen la pluma y el castigo,
oscuro el borrador y el verso claro.

Y ensombrecidos de tachaduras vemos algunos de sus borradores. ¿Facilidad? Muy bien: difícil facilidad. Hay que dejar "oscuro el borrador" para alcanzar la claridad perenne.

El humorista

Veamos otro aspecto: el humorístico.

¿Se ha estudiado bastante el humorismo de Lope?

Salta y retoza a cada coyuntura en su teatro, se explaya a su sabor en *La Gatomaquia,* hormiguea en mil recodos de sus rimas. Tiene un aire de salud, de frescura y de libertad que ensancha y orea el ánimo. Cabría hacer sobre él una encantadora monografía.

He aquí, sacado al azar entre lo menos frecuentado, un soneto en que nos cuenta cómo "desea afratelarse y no le admiten":

Muérome por llamar Juanilla a Juana,
que son de tierno amor afectos vivos;
y la cruel, con ojos fugitivos,
hace papel de yegua galiciana.

Pues, Juana: agora que eres flor temprana
admite los requiebros primitivos,
porque no vienen bien diminutivos
después que una persona se avellana.

Para advertir tu condición extraña,
más de alguna Juanaza de la villa
del engaño en que estás te desengaña.

Créeme, Juana, y llámate Juanilla:
mira que la mejor parte de España,
pudiendo Casta, se llamó Castilla.

A mí me parece delicioso de finura, de lozanía, y de intención. No hay la sal gruesa, no hay el chiste recargado y explicado, tan frecuentes en Quevedo, en los novelistas picarescos y en otros satíricos de entonces. Sin que ande exento de reparos semejantes, el humorismo de Lope suele ser de sutil calidad, y constituye acaso una de sus venas más salubres y ricas.

Democracia y aristocracia

Lope es el pueblo. Convive con él, lo ama, lo siente, lo copia y vuelca en arte.

Sus doctas disciplinas —y es muy alto y muy católico ejemplo—, no estorban, sino aguijan y fecundan, esta fusión.

Lo humilde y tradicional, lo arraigado en la entraña de la gleba, lo pegado a la vida cotidiana y bullente, lo que suena en el río de los romances viejos y vuela en las alas de los cantos populares, vibra en Lope de Vega con poderosa plenitud. ¿El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo "hablarle en necio para darle gusto"?

¡No! Lope, tímido, o complaciente, o acaso socarrón ante la crítica solemne y el magisterio ancestral, demerita lo genuinamente suyo..., pero sigue creándolo. Y esto que, con olvido de las clásicas normas, le brinca del alma; esto que, con escándalo de "las tres unidades" dramáticas, lleva el soplo directo de la vida, es lo supremo en él. Cuando se acuerda de "los modelos" y escribe poemones como *La hermosura de Angélica,* imitando al Ariosto, o *La Jerusalén conquistada,* emulando al Tasso, será tibio y mediocre. Cuando escucha el grito original de su genio, será incendiario y creador. ¡La historia de siempre!

Mas esta fuerza popular y democrática no matará la aristocracia del arte. Con recíproco exceso controversial, Lope de Vega agobiará de zumbas y donaires los encrespamientos culteranos y las tinieblas gongorinas; Góngora se erguirá despectivo contra esta Vega, "con razón vega, por lo siempre llana". Pero... también la guerra es contacto. También la guerra engendra afinidades e influjos. (¿No acá, entre nosotros, se casa Bazaine con mejica-

na? ¿No se satura de aire francés la época señoreada por D. Porfirio Díaz, el ex combatiente de los franceses?) Lope absorberá lo que anda en la atmósfera del combate, y nos dará refinamientos cultistas, joyeles y preseas de vislumbre gongórica. Todo sumado a su propio saber y a su innata pasión por el concepto.

Nervio popular y nimbo culto. Democracia y aristocracia en hermandad estética. Lope ecuménico.

La dulzura de Lope

Y ahora entramos al rincón de la dulzura.

Tengo —dice el Fénix en la dedicatoria de *El verdadero amante*— "pobre casa, igual cama y mesa, y un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados y me dan conceptos".

¡Qué delicadamente sugeridor este decir: "un huertecillo cuyas flores me divierten y me dan conceptos!" ¡Cómo nos abre todo un mundo interior del hombre y del poeta! ¡Cómo nos habla de la suave misión sosegadora e inspiradora que en él cumplieron las flores! ¡Cómo nos introduce en la dulzura de Lope!

La dulzura de Lope es todo un orbe. Y nos despierta el empolvado recuerdo de aquellos otros sabios de sus días, "felices entre sus libros y sus flores", como los halla y los evoca el hispanista británico Bell.

Suele verse de hierro a la España del Siglo de Oro. Hierro de espadas y armaduras, de conquistas y guerras, de austeridades y rigores, de asperezas y bravuras. Verdad es. Pero verdad exagerada hasta el error, insuflada y aislada hasta la caricatura. ¿Cómo olvidar, frente al enjuto y aspectral ascetismo del Greco la luminosidad serenísima de Murillo? ¿Cómo no percibir, junto a la risa abrupta y semimacabra de Quevedo, la sonrisa humanísima y generosa de Cervantes?

No es simple, sino compleja, aquella España; no unilateral, sino total. Los extremos se tocan, y es guerrero el blandísimo Garcilaso: ¡gran símbolo!

Hay que hacer —y sería gozo de todos y sorpresa de muchos— una suave y gustosa antología de la dulzura española. Flores, aves, niños, juegos, cosas ledas y cándidas, delicadezas de la intimidad, sonrisas de la naturaleza y del vivir discurrirían en torneo apacible. Una frase, una referencia, un ejemplo, espigados en Juan de Avila, en Alonso de Cabrera, en Antonio de Guevara, en José de Sigüenza, en tantos y tantos célebres o ignorados escritores —o célebres e ignorados a la vez—, nos asomarían al escondido remanso. Y no sería fácil que en otros climas se hallase superación a la encendida y entrañable ternura de Fray Luis de Granada. Ni a la euritmia sideral del maestro León.

Ni a la llana y sabrosa jovialidad de Teresa. Ni a la finura inexpresable de San Juan de la Cruz...

Con Lope quedémonos ahora.

Y oigámosle en *Los pastores de Belén* —Arcadia a lo divino— derretirse en requiebros y mimos y ternuras para el Recién Nacido:

No lloréis, mis ojos,
Niño Dios, callad,
que si llora el Cielo,
¿quién podrá cantar?

Lope, niño eterno, juega y llora y se hechiza con el eterno Niño. Siente y vive el poeta, con espontaneidad madrugadora, la infancia espiritual que en nuestros días trae fragancias del cielo en las rosas de Teresita de Lisieux.

Zagalejo de perlas,
hijo del Alba:
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?

Como sois lucero
del alma mía,
a traer el día
nacéis primero.
¡Pastor y cordero
sin choza y lana!
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?

...Que tenéis que hacer,
Pastorcito santo,
madrugando tanto,
lo dais a entender;
aunque vais a ver,
disfrazado, al alma,
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?

¡Dulzura que trasciende toda palabra! ¡Hondura con engaño de levedad!

Salta y retoza el infantil poeta, y el alma le replica de alborozo, y pide

a las campanitas de Belén que toquen al Alba, que es María, de donde nace el Sol, que es Cristo:

Campanitas de Belén,
tocad al Alba, que sale
vertiendo divino aljófar
sobre el Sol que della nace;
que los ángeles tocan,
tocan y tañen...

...En Belén tocan al Alba
casi al primer arrebol,
porque della sale el Sol
que de la noche nos salva.
Si las aves hacen salva
al alba del sol que ven,
¡campanitas de Belén,
tocad al Alba!

...Este Sol se hiela y arde
de amor y frío en su oriente,
para que la humana gente
al cielo sereno aguarde;
y aunque dicen que una tarde
se pondrá en Jerusalén,
¡campanitas de Belén,
tocad al Alba!...

¡Cómo nos arrebata el luminoso vuelco de esta música mañanera, y qué indecible toque de melancolía fugitiva entre la gloria de las campanas que saludan al Sol... "aunque dicen que una tarde se pondrá en Jerusalén"! Pero la sombra pasa apenas y huye ante el triunfo matinal: "¡Campanitas de Belén, tocad al Alba!"

Y con María, la celeste Zagala, tiene Lope divinos discretos:

¿Dónde vais, Zagala,
sola en el monte?
Mas quien lleva el Sol,
no teme la noche...

...¿Qué haréis si el día
se va al ocaso,
y en el monte acaso

la noche os coge?
Mas quien lleva el Sol
no teme la noche.

Pero en Lope de Vega la dulzura no sólo es canto. Es vida.

Penetremos de puntillas en su morada. Se ha casado el poeta, en segundas nupcias, con doña Juana de Guardo; tiene de ella un hijito, Carlos Félix, que es su embeleso. Se recoge al hogar; deja fuera las tempestades del mal amor; en casa estudia, escribe, se empapa en la efusión de la paz. He aquí el delicioso cuadro intimista:

Y en efecto pasaron las fortunas
de tanto mar de amor, y vi mi estado
tan libre de sus iras importunas,

cuando amorosa amaneció a mi lado
la honesta cara de mi dulce esposa,
sin tener de la puerta algún cuidado;

Cuando Carlillos, de azucena y rosa
vestido el rostro, el alma me traía,
contando por donaire alguna cosa.

Con este sol y aurora me vestía:
retozaba el muchacho como en prado
cordero tierno al prólogo del día.

Cualquiera desatino mal formado
de aquella media lengua era sentencia,
y el niño a besos de los dos traslado...

...Y contento de ver tales mañanas
después de tantas noches tan oscuras,
lloré tal vez mis esperanzas vanas...

...Ibame desde allí con el cuidado
de alguna línea más, donde escribía,
después de haber dos libros consultado.

Llamábanme a comer; tal vez decía
que me dejasen, con algún despecho:
así el estudio vence, así porfía.

Pero de flores y de perlas hecho
entraba Carlos a llamarme, y daba
luz a mis ojos, brazos a mi pecho.

Tal vez que de la mano me llevaba,
me tiraba del alma, y a la mesa
al lado de su madre me sentaba.

Trivial, humilde, cotidiana dulzura. ¿Habrá que traer a ponderación la verdad de esta poseía y la poesía de esta verdad? ¿Habrá que destacar versos tan lindos como aquellos del matinal retozo del chiquillo "como en prado cordero tierno al prólogo del día"?

¿Y habrá que encarecer la desolación del padre cuando su corderillo muere a los siete años, y la autenticidad del grito cristiano de Lope cuando inmola en las aras de Dios su corazón, que era Carlos?

Este de mis entrañas dulce fruto,
con vuestra bendición ¡oh Rey eterno!
ofrezco humildemente a vuestras aras...

...Diréis, Señor, que en daros lo que es vuestro
ninguna cosa os doy, y que querría
hacer virtud necesidad tan fuerte;
y que no es lo que siento lo que muestro,
pues anima su cuerpo el alma mía,
y se divide entre los dos la muerte.

Con la muerte en el alma, y hablando con el hijo que se fue, nos desvela el poeta intimidades exquisitas:

Yo para vos los pajarillos nuevos,
diversos en el canto y las colores,
encerraba, gozoso de alegraros;
yo plantaba los fértiles renuevos
de los árboles verdes; yo las flores
en quien mejor pudiera contemplaros...

¡Poesía y verdad! No sólo fue cosa cantada: cosa vivida fue la dulzura de Lope de Vega.

El mal amor

Hombre de amor fue Lope: de buen amor y de mal amor.

Sus descarríos sembraban estrepitoso rumor de escándalo: "Ya estos delitos míos —dice al Duque de Sessa —corren con mi nombre; gracias a mi

fortuna, que no me han hallado otra pasión viciosa fuera del natural amor, en que yo, como los ruiseñores, tengo más voz que carne".

He aquí a Lope en autorretrato magistral: carne y voz; pero, como los ruiseñores, "más voz que carne"; más espiritualidad que sensualidad; más efusión poética que materia prosaica; más publicidad lírica que realidad tangible.

En ello insiste al desahogarse epistolarmente con la real o supuesta poetisa peruana *Amarilis,* y al paso da un rasguño a los poetas caliginosos e insondables con quienes sin reposo pleiteó:

Quien piensa que yo amé cuanto miraba,
vanamente juzgó por el oído:
engaño que aun apenas hoy se acaba.

Los dulces versos tiernamente han sido
piadosa culpa en los primeros años.
¡Ay, si los viera yo cubrir de olvido!

Bien hayan los poetas que en extraños
círculos enigmáticos escriben,
pues por ocultos no padecen daños.

En suma, según Lope: más el ruido que las nueces. Hubo, incuestionablemente, nueces; pero, incuestionablemente, produjeron desmesurado ruido. ¿Por qué? Por la exorbitante popularidad de Lope; porque España entera lo conocía y sabía sus más leves movimientos; porque, quisiéralo o no, vivía en casa de cristal. Y porque él, atolondrado y difusivo, echaba al aire en cantos sus amores, como un ruiseñor irresponsable. Y así, lo que en la mayoría de las gentes es privada flaqueza conocida de pocos, en él era público espectáculo, comidilla universal, pasto a la sátira de sus émulos.

Pienso que yerran toda la psicología de Lope quienes le gradúan de Don Juan: no tiene de él ni la fría petulancia conquistadora, ni el frívolo mariposeo profesional. Lope es todo pasión auténtica en sus amores.

Hombre de extraordinaria simpatía e irradiación, temperamento sensitivo y volcánico hasta la hiperestesia, es, ante el dulce sexo opuesto, a la vez atraído y atrayente, avasallado y avasallador. Y al acometerle sus calenturas, son simultánea exaltación de la fantasía y de los sentidos, fiebre de todas sus potencias altas y bajas, fieras "cuartanas de león", como él las nombra, que le sojuzgan toda el alma y todo el cuerpo.

Juguete de su triste fragilidad, resulta sincerísimo en cada instante, aunque el instante de hoy contradiga el de ayer. Pero puntualicemos: la volubilidad no es tan aguda como acaso se piense. Aparte de sus dos legítimas espo-

sas, y a lo largo de un vehementísimo vivir de setenta y tres años, sólo se le conoce —y se le conoce todo— una decena de nombres de mujer. Siete vástagos tiene en Micaela de Luján. Con Marta de Nevares persiste, dolorosamente, más de tres lustros. Hay pecado, mas no bajuno donjuanismo.

Y esto no entraña disculpa de lo indisculpable, sino propósito de entendimiento, de exactitud y de penetración psicológica.

Muerto su hijito Carlos Félix y a poco la madre, deshecho el hogar en que Lope gustó la miel de la paz y del casto amor, traspuesto el medio siglo de su edad, creyó nuestro poeta llegada la hora de la serenidad purificante. Y en 1614 —paso sincero, pero paso en falso— se hizo sacerdote.

Le ordenó el Obispo de Troya, "y sería de ver —comenta Lope, sonriente— cuán a propósito ha sido el título, pues sólo por Troya podía ordenarse hombre de tantos incendios".

El confesor de Lope niégale la absolución si persiste en la tarea de secretario y corrector de estilo de las cartas galantes del Duque de Sessa: "Suplico a Vuestra Excelencia —le escribe entonces el penitente, en junio de 1614— tome este trabajo por cuenta suya, para que yo no llegue al altar con este escrúpulo, ni tenga cada día que pleitear con los censores de mis culpas". El tarambana del Duque no quiere prescindir. Impertinente, insiste y apremia. Y Lope, aunque atado por sus viejos vínculos y por su gran amor y obligación al de Sessa —que sostiene económicamente a los hijos del pobre Fénix—, resiste con ardor todavía, si bien más tarde acabará vencido: "Vuelvo a suplicar a V. E., por la sangre que Dios derramó en la cruz, no me mande que en esto le ofenda". "No quiero parte en eso, sino servirle (al Duque) en cosas lícitas". "Estos no son escrúpulos, sino pecados para no hallar la gracia de Dios, que es lo que yo agora más deseo".

Con qué limpia lealtad abrazó el sacerdocio, con qué buen ánimo de enmienda y superación, nos lo dice más fuertemente aún esta confidencia que hace al Duque, en junio de 1615: "Plegue a Dios, Señor, que si después de mi hábito he conocido mujer deshonestamente, que el mismo que tomo en mis indignas manos me quite la vida sin confesión antes que ésta llegue a manos de Vuestra Excelencia". Un año llevaba entonces, y otro más perseveró todavía en el camino recto. Dos años. Y para Lope, para aquel Lope que un día disparaba una comedia y en una hora vivía una vida, dos años son dos siglos. Hay que medirlos y pesarlos bien, para ponerlos, justicieramente, al haber de su cuenta pecadora.

Por la segunda mitad del 1616, acométele pasajera locura con "la Loca" Lucía de Salcedo, y luego sobreviene la caída profunda: llámase Marta de Nevares Santoyo. Pero Lope no se entrega sin lucha, no embota su conciencia, no se echa a dormir en la iniquidad. Trágicamente lo sacude el horror de su crimen, y la miseria de su voluntad. "He estado con tantas desespera-

ciones, que le he pedido a Dios me quitase la vida" "Yo estoy perdido, si en mi vida lo estuve, por alma y cuerpo de mujer". "Esta noche no he dormido, aunque me he confesado. ¡Mal haya amor que se quiere oponer al cielo!"

¡Gritos punzadores de un hombre bueno que, a su despecho arrastrado y con la voluntad hecha jirones, obra el mal que no quiere!

La tragedia persigue esta unión sacrílega, de la que nace Antonia Clara en agosto de 1617. No tiene Lope hora de paz. Marta queda ciega por 1623, y ya para 1628 ha naufragado su razón, entre alternados acometimientos de furor y de idiotez. Muere, al fin, en 1632. Con ternura la atiende Lope hasta lo último, sin desampararla en tan dilatada desventura, donde no parecen quedar alicientes para inferiores complacencias.

Aquella que gallarda se prendía
y de tan ricas galas se preciaba,
que a la aurora de espejo le servía
y en la luz de sus ojos se tocaba,
furiosa los vestidos deshacía,
y otras veces estúpida imitaba
—el cuerpo en hielo, en éxtasis la mente—
un bello mármol de escultor valiente...

...Sólo la escucho yo, sólo la adoro,
y de lo que padece me enamoro.

"De lo que padece me enamoro". He aquí el metal de su afecto. ¿Hasta dónde fue limpio en esos años amargos? De entonación platónica parecen los versos en que lo canta Lope:

Amor con tan honesto pensamiento
arde en mi pecho y con tan dulce pena,
que haciendo grave honor de la cadena,
para cantar me sirve de instrumento.

No al fuego humano, al celestial atento
en alabanza de Amarilis suena...

Pero, de todas suertes, abominable era la culpa inicial, afrentoso el largo escándalo. Y, para cerrar el ciclo macabro de este episodio, la hija Antonia Clara, seducida, se fuga en 1634. ¡Con qué igual y qué cara moneda paga el mísero viejo, ya al filo de la tumba, sus hazañas! ¡Cómo aquí se objetiva, con áspera verdad, aquel proloquio anunciador de que en el pecado va la penitencia!

Pero quien tanto y tan dislocadamente amó a lo humano, supo también amar, con ardorosa veracidad, a lo divino. Como otro pobre hombre lacerado y otro inmenso poeta, Paul Verlaine —con quien remoto en tantas cosas, presenta insólito paralelismo— de su miseria levantábase a Dios y hablábale con voces desgarradas e inmortales.

¡Vida de toda mi vida!
¡No de toda, que fue loca:
pero vida de esta poca
a vos, tan tarde, ofrecida!

Voluntad hecha trizas, pero anhelo hecho llamas, el pobre Lope, como el Pauvre Lelian, encárase con Dios y le interroga y lo apostrofa en enamorada exaltación, con un grito directo y desnudo, que nada sabe ni quiere saber de literaturas:

Bendigo vuestra piedad,
pues me llamáis a que os quiera
como si de mí tuviera
vuestro amor necesidad...

...¿Para qué puedo importaros
si soy lo que vos sabéis?
¿Qué necesidad tenéis?
¿Qué cielo tengo que daros?

¿Qué gloria buscáis aquí?
Que sin vos, mi bien eterno,
todo parezco un infierno:
¡mirad cómo entráis en mí!

Pero, ¿quién puede igualar
a vuestro divino amor?
Como vos amáis, Señor,
¿qué serafín puede amar?

¡Yo os amo, Dios soberano,
no como vos merecéis,
pero cuanto vos sabéis
que cabe en sentido humano!...

...Toda el alma, de vos llena,
me saca de mí, Señor.
Dejadme llorar de amor,
como otras veces de pena.

En otros momentos, el arte y el concepto suavizan y decoran y enflorecen, sin robarle frescura, la efusión:

Hoy, para rondar la puerta
de vuestro Santo costado,
Señor, un alma ha llegado,
de amores de un Muerto muerta.

Asomad el corazón,
Cristo, a esa dulce ventana:
oiréis de mi voz humana
una divina canción...

...Muerto estáis: por eso os pido
el corazón descubierto,
para perdonar despierto,
para castigar dormido.

Si decís que está velando
cuando vos estáis durmiendo,
¿quién duda que estáis oyendo
a quien os canta llorando?

Y aunque él se duerma, Señor,
el amor vive despierto:
que no es el amor el muerto,
¡vos sois el Muerto de amor!

Encanta en Lope de Vega la arrebatada sinceridad, el grito humilde con que grita su pereza culpable, su infidelidad al llamamiento:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, temblando de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,

si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

Cuántas veces el ángel me decía:
"Alma, asómate agora a la ventana;
verás con cuánto amor llamar porfía".

¡Y cuántas, Hermosura Soberana,
"Mañana le abriremos", respondía,
¡para lo mismo responder mañana!

Y cuando el sacerdote Lope de Vega, arrepentido y purificado, allégase al altar y toma a Dios en sus manos para ofrecer el sacrificio augusto, prorrumpe en el gemido más dulce y desgarrante que haya podido salir de humano corazón:

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro
y la cándida Víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto
y la piedad de vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto;
que, arrepentido de ofenderos tanto,
con ansias temo y con amor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos,
que por las sendas de mi error siniestras
me despeñaron pensamientos vanos.

¡No sean tantas las miserias nuestras,
que a quien os tuvo en sus indignas manos
vos le dejéis de las divinas vuestras!

Yo no tengo palabra para decir cómo el final terceto me transporta en un vuelo melódico a no sé qué región, luminosa de lágrimas, donde el cielo y la tierra se funden y se besan.

Lope de Vega, alma de niño, siéntese sin derecho a la alegre e infantil devoción cuando el remordimiento de sus culpas le ensombrece y viriliza:

Cuando niño, os contemplaba
Niño en brazos de María,

y en su divina alegría
tiernamente me alegraba.

Mas hombre, y hombre tan malo
que no hacéis ley que no quiebre,
ya no os busco en el pesebre,
sino clavado en un palo.

Todo amor en Lope: idílico amor por el Dios Niño que gorjea en la cuna; trágico amor por el Dios Hombre que se despedaza en la cruz.

¿Temor? Poco actúa en aquella alma, tan española y tan de entonces. Nada de negra religión por terror. Hay, más bien, un exceso y abuso de confianza en la misericordia divina para la humana flaqueza: sábese Lope tan frágil, pruébase tan mísero a despecho de los buenos propósitos, que fía en que Dios le tendrá compasión. Y en sus tempestades de arrepentimiento —que saben del cilicio y de la sangre— no es el temor al castigo lo que le enloquece: es el desgarramiento de haber ultrajado a quien tanto le ama.

¡Católico, y español, y de su siglo por los cuatro costados!

¿Fe diamantina y laxo vivir? Apresurémonos a precisar que, aparte la apuntada flaqueza, Lope era hombre sin vicio alguno, y de índole saludable y generosa. Además, erraríamos si sacásemos generalizaciones apresuradas. Lope, tan representativo, es a la vez individualidad personalísima. Y al lado suyo y de su enfermiza fragilidad, florecen innúmeros varones de robusta virtud, que saben, en armonía poderosa y espléndida, concordar la doctrina y la vida. Y hay una firme salud moral en infinitos hogares, y en el tono de las costumbres y maneras una auténtica dignidad que perciben y apuntan los extranjeros como característica de aquella España.

Por lo demás, reflexionemos cómo la integridad de los principios, a despecho de las flaquezas de la voluntad, constituye un bien máximo. Siempre ha habido, y hubo entonces, y habrá hasta el fin, lacras y porquerías en el mundo. Pero Lope y las gentes de su hora sabían, cuando pecaban, que estaban pecando, y se sentían fuera de la ley. No justificaban su yerro, no lo tremolaban como ideal. Ruina y vergüenza de los tiempos modernos es el conato de llamar bien al mal y mal al bien: que así la inteligencia se subvierte, y se estragan las normas esenciales, y se tapia el camino de la redención.

Lope y España

Pero si el hombre Lope de Vega no es toda España, el creador Lope de Vega sí. En el océano hervoroso de su teatro, suben y bajan, juegan y azotan, rezan y rugen, lloran y cantan todas las olas del sentir y del ser español.

Y esas olas vitales nos gritan con voces no extinguibles la recia libertad de pensamiento y censura, el ímpetu de justicia social, el sentido rotundo de personal dignidad, la fuerza igualitaria y gloriosamente democrática que bullía en aquel siglo.

Allí *La vengadora de las mujeres,* que intrépida refuta cuantos prejuicios han existido contra ellas y vindica su capacidad intelectual y su activa ingerencia en las realidades sociales. Allí *El villano en su rincón,* que en su honrado bienestar se siente más rey que el monarca, y no se digna asomarse a verlo cuando éste acierta a pasar por su villa. Allí el pobre aldeano *Peribáñez,* que, en defensa de su honor de marido sólo en intención ultrajado, da muerte al poderoso comendador de Ocaña, y obtiene no ya perdón, sino favor y loa de labios del rey. Allí el pueblo de *Fuenteovejuna,* que, exasperado por las tropelías del déspota que lo rige, y agotados los recursos pacíficos, se amotina y mata al tirano y pasea su cabeza en la punta de una lanza, teniendo luego la justicia real que doblegarse ante la solidaridad heroicamente unánime de los ciudadanos de Fuenteovejuna, y eximirles de castigo, y con admiración reconocer el desesperado espíritu de justicia que los movió.

Don José María Vigil —prohombre del liberalismo mejicano— se asombra en su *Lope de Vega* (1904), de que se dejasen llegar al pueblo y servirle de cátedra palpitante y abierta aquellas "producciones que podrían ser calificadas de revolucionarias". Y, ante la evidencia de los hechos, confiesa honradamente que "la verdad es que, en medio del rigorismo dogmático..., quedaba una brecha bastante amplia para que la razón pudiera hacerse escuchar", y asienta esta apreciación excepcionalmente significativa por venir de quien viene: "Ni Molière, ni Beaumarchais, ni Víctor Hugo, habrían encontrado en España las dificultades con que tuvieron que luchar en su carrera dramática".

Es decir, que en la España inquisitorial y monárquica de la centuria decimoséptima, encuéntrase incomparablemente más libertad para el dramaturgo que en la Francia de los siglos XVII (Molière) y XVIII (Beaumarchais, ¡y XIX! (Víctor Hugo).

¿Qué hay, entonces, de la famosa opresión? Sencillamente, que necesitamos sacudir rutinas, estudiar con ojos diáfanos, acercarnos a aquella etapa diferentísima de la nuestra y esforzarnos por comprenderla. Y saber que el Santo Oficio, del que Lope de Vega tenía a gala ser y titularse "familiar", no oprimía sino encarnaba el espontáneo sentir ortodoxo de los españoles todos —para quienes éste era un punto de honor, de lealtad y de defensa patria—, y que ni en lo más tenue les vedaba la libérrima actividad pensadora, reformadora y crítica, con tanto brío y tanto resplandor ejercida por los escritores de aquella edad que mereció llamarse de oro.

Aquí, una vez más, Lope de Vega se identifica con su pueblo. Y es gloria de su pueblo el haberlo glorificado en vida. Por donde va le siguen ojos y exclamaciones. Admiración y simpatía le envuelven en una atmósfera cálida. Sube a categoría de mito popular. Llega a inventarse y difundirse un credo revelador: "Creo en Lope todopoderoso, poeta del cielo y de la tierra".

Y se hace proverbio el llamar de Lope a lo excelente. Quevedo lo consigna en la aprobación de las *Rimas humanas y divinas* (1634), y así, en sus *Anales de Madrid,* lo cuenta sabrosamente León Pinelo:

"Dieron en Madrid, más de veinte años antes que muriese, en decir por adagio a todo lo que querían celebrar o alabar por bueno, que era de Lope; los plateros, los pintores, los mercaderes, hasta las vendedoras de la plaza, por grande encarecimiento pregonaban fruta de Lope; y un autor grave que escribió la historia del señor don Juan de Austria, para levantar de punto la alabanza, dijo de uno que era capitán de Lope; y una mujer, viendo pasar su entierro, que fue grande, sin saber cuyo era, dijo que aquel era entierro de Lope, en que acertó dos veces".

De Lope fue su poesía; de Lope, su teatro; de Lope, su gloria; de Lope, su entierro.

Y también, señoras y señores, también es de Lope el exquisito auditorio que ha estado acompañándome gentilmente en esta evocación del poeta.

RESPUESTA AL ANTERIOR DISCURSO

Un Ausente.—Tres Cumbres Líricas.—Bienvenida.

Por don Enrique González Martínez

SIN credenciales del interesado, sin previo aviso al joven académico de quien acabáis de escuchar bello, amenísimo y sustancioso discurso, quiero traer a esta sesión pública la representación de un ausente.

Me arrogo esta facultad a sabiendas de que no seré desautorizado, y fundo mi derecho en una amistad de hace más de treinta años, en una estimación que ha crecido con el tiempo y que la distancia ha ennoblecido y depurado. Mantuve en otra época, con este representado por mi propia cuenta, íntimo y asiduo comercio epistolar, allá cuando los años eran comunicativos y se ponía el corazón en los puntos de la pluma. El correr de la vida, sobre todo cuando ella dura más de lo justo, enfría el ansia de hacer partícipes a los otros de la propia inquietud para analizarla y compartirla; pero el afecto cimentado en la verdadera amistad salta apenas se le llama, y no valen viajes ni distancias, actividades divergentes, silencios prolongados ni contradicciones espirituales para apagar el sagrado recuerdo. Este surge, en la ocasión oportuna, como brasa fiel al removerse las cenizas.

Vive el hombre a quien he querido evocar, en Monterrey, tierra adoptiva a la que ha consagrado lo mejor de su espíritu y de su existencia; con cierto desdén aristocrático se dio a cultivar la poesía, cuando la mocedad y la juvenil madurez le impregnaban de música el alma; poseyó y brindó a manos llenas su facilidad de versificador oportunista y su raro ingenio epigramático, a lo gran señor que ofrece la dádiva sin volver el rostro para recibir el agradecimiento del favorecido; consagró copiosa y cotidiana labor al periodismo, en que derrochó agilidad de estilo, conocimiento de su lengua y dotes nada comunes de crítico literario; y todo ello al margen de la oscura tarea que proporcionaba a él y a los suyos el indispensable sustento.

Vive aún, en noble ancianidad, en su retiro provinciano, en dulce olvido que es desasimiento de las agitaciones mundanas, estimado de cuantos lo tra-

tan y cobijado por el amor de una familia ejemplar. Se llama Celedonio Junco de la Vega, pertenece también a nuestra Academia, y es padre de este Alfonso Junco, que ha rendido hace unos momentos homenaje a una de las figuras más ilustres de la poesía castellana.

Recuerdo la carta jubilosa en que aquel viejo amigo me dio la grata nueva de que el segundo de sus hijos, entonces adolescente, se había revelado poeta. Comprendí el gozo paterno de sentirse prolongado espiritualmente en la vida y en el arte y lo compartí cuando, tres o cuatro años después, recibió mi corazón dádiva semejante. La vida conservó a Junco de la Vega el don precioso para consuelo y orgullo de su vejez; a mí tuvo a bien arrebatármelo; pero la alegría suya y mi dolor se unen en la hora presente. Yo quisiera exclamar como Lope en tan duro trance:

Este de mis entrañas dulce fruto
ofrezco humildemente a vuestras aras...

Pero no hay voluntad que valga ante la pena, y el alma desolada se debate entre la resignación y la rebeldía.

De cualquier modo, ruego a Alfonso Junco que acepte esta evocación íntima como tributo rendido a quien le dio el ser y sembró en su espíritu la simiente milagrosa del amor a la belleza.

En el paisaje de la lírica española del siglo XVII, menos puro, aunque no menos asombroso que el del siglo anterior, se destacan tres cumbres.

La una es hosca, gris y roqueña; por la falda, casi desprovista de flores, se abren grietas profundas en cuyo fondo se escuchan torrenciales estruendos; dan pavor a las sendas inaccesibles árboles de arrugados troncos y de ropaje sacudido por el viento; reina allí la bruma, en la cima hay nubes de tempestad, truenos y relámpagos, y cuando estos últimos se apagan, se encoge el alma en la oscuridad temerosa; de las abras brotan, en raro contraste, voces graves de conminación tremenda, risas sarcásticas y sátiras crueles, meditaciones profundas y fustigaciones implacables. Esta cumbre severa y majestuosa es la poesía de Quevedo. Poesía honda de sentido moral, poesía de filósofo a quien preocupan y conturban los problemas humanos, poesía de satírico a lo Juvenal, cristiano y estoico, reidor regocijado y juez insobornable de las miserias de su tiempo, popular en el habla que enriquece como pocos y oscuro de concepto como si quisiera dar a sus versos tono de oráculo. Poesía en que se alternan la carcajada de la burla y la solemnidad de la meditación; poesía desnuda de suavidad y de sonrisa.

Más allá se alza otro monte que más parece una pirámide, un monumen-

to levantado para asombro del alma y pasmo de los ojos. El ornato y el color atraen y subyugan al viajero que siente la codicia de trepar por la pendiente prodigiosa. Manchas de fantásticos matices rivalizan en la altura con crepúsculos en que la luz juega consigo misma en complicados arabescos. Músicas de raras armonías seducen y suspenden el ánimo. Los senderos, tapizados de flores que invitan a ser holladas, se interrumpen en intrincados laberintos en que el arte supremo casi parece un artificio, y suenan por todas partes palabras que son hallazgos milagrosos de nuevo y misterioso sentido. En la cima, los dioses del Olimpo vuelven a hablar con los hombres y a relatar la vieja fábula asociando la emoción de ahora con el prestigio de la leyenda. Este monte, esta pirámide trabajada por la mano de genial artífice, es la poesía de Góngora, poesía henchida de secretos en que la palabra adquiere insospechado sentido, en que las imágenes saltan y se atropellan las metáforas, en que la música se transforma en sinfonía, en que la expresión halla formas de milagro y de sorpresa.

Más lejos, otra cumbre surge en suave ondulación del valle luminoso; la rodean lagos de cristal y bosques de esmeralda; por las florecidas laderas corren caminos y veredas de suave y deliciosa pendiente; de la cúspide nevada se desatan, al beso del sol, arroyos diamantinos que bajan serpeando a la llanura; todo es allí encanto del alma, todo despierta un ansia infinita de elevación; pero se engaña quien crea que nada hay más allá de aquella claridad prodigiosa: el que se interna por los caminos de la montaña, encuentra grutas sombrías de meditación, veredas escarpadas en que hay todavía huellas de sangre que dejó la planta del viajero extraviado. El canto del ruiseñor suena a la par que el gemido de la tórtola, y hay voces de amor divino y de amor humano, jadeos de fiera en celo y amargos alaridos de contrición: vida y sueño, carne y alma. Poesía de Lope de Vega es esta cumbre, poesía amasada con lágrimas y risas, con intentos puros y pasiones desatadas, con arrepentimientos y prevaricaciones, con ascensiones y caídas, con turbulenta juventud y vejez inquieta; poesía forjada en la propia vida y revelada a los hombres como una confesión.

El viajero que descubre este paisaje lírico, vacila para decidirse a escalar una de las tres cúspides enhiestas. Tal vez la juventud se sienta fascinada y atraída por la nota humana y la engañosa facilidad melódica de Lope; acaso la refinada madurez se incline al arte supremo y a la perfección complicada de Góngora; posiblemente el que ha recorrido la mayor parte del camino de la existencia vuelva los ojos a la sobria desnudez del arte de Quevedo. Pero no son preferencias exclusivas: en cada edad del hombre hay horas de turbulencia pasional, horas de estética contemplación y horas también de examen de conciencia.

Alfonso Junco ha escogido la montaña de Lope para subir a ella y relatarnos sus impresiones del viaje espiritual. No nos ha dicho todo, porque, sin paradoja, la poesía de este gran poeta tiene inmensidades de universo; pero nos hace ver los panoramas que alcanzó a divisar y nos declara sus personales simpatías por el poeta y por el hombre, por el sacerdote y el creyente. Creyente y poeta él mismo, sabe atenuar y disculpar con caritativa dulzura las naturales flaquezas del amador incansable que fue Lope y extraer del vasto mundo de su poesía cantos desgarradores de pasión, de dolor y de muerte, estrofas de divina música en que llora sus extravíos el arrepentido corazón del gran lírico de España.

Hace ya mucho que Alfonso Junco muestra su predilección por Lope, y nadie se atreverá a decir que no es la suya una noble preferencia. Acaso en la obra ya envidiable de este joven poeta, impregnada de religiosidad sincera y tocada de temblor humano, se advierta el trato íntimo con el autor de *Rimas Sacras;* tal vez el gran preferido le ha comunicado su forma clara y su maravillosa transparencia. Nada de imitación, sino alto ejemplo y estímulo fecundo.

Trae Junco a la Academia limpias credenciales de poeta, las más preciadas para él, las más estimadas de sus lectores, por mucho que parezca dudarlo; trae títulos bien ganados de periodista moderno y culto, de polemista inteligente y caballeroso, de escritor fácil y fino, castizo y elegante. Ostenta, además con orgullo blasones de celoso e incansable defensor de su fe católica. Hay que rendir culto a esta firme actividad en que persevera hace muchos años, sin desfallecimientos, sin cambios de dirección, sin atenuaciones, sin amedrentarse ante las últimas consecuencias de sus principios en lo religioso, en lo político o en lo social, actitud que le ha conquistado el aplauso de sus amigos y el respeto de sus adversarios.

El y yo nos hemos tendido siempre la mano cordial de un lado a otro de la barricada; mejor dicho, nos saludamos de una ribera a otra de este río del vivir que corre, sin parar, a su destino; Alfonso se halla todavía cerca del manantial de origen, y yo en la delta anchurosa que anuncia el fin de la carrera. Sé que él se lamenta en ocasiones de que no ocupe yo un sitio al lado suyo; en cambio, yo prefiero su seguridad a mi inquietud y casi lo envidio. Pero ¿qué importa que las márgenes del río, a trechos paralelas, se aparten a medida que avanza la corriente, si las aguas tumultuosas o tranquilas, han de perderse en el mismo mar?...

Bienvenido sea usted, Alfonso, a este discreto y recatado jardín de la Academia en que, a despecho de todo, se cultiva la rara flor del espíritu que lleva el nombre de tolerancia.

PURISMO Y PUREZA DE LENGUAJE *

Por don RAIMUNDO SÁNCHEZ

POR no querer sentar plaza de remiso, y siendo mandato de vuestros estatutos, señores Académicos, que se lea en vuestra presencia un asunto que diga relación con nuestro idioma, entro, no sin hallarme embargado de suma timidez, en este majestuoso templo de las leyes del buen decir, en el cual custodiáis y hacéis que se acreciente el rico tesoro del Habla Española, y en donde constantemente aviváis la llama de vuestro favor, como el humanista Marsilio Ficino mantenía inconsumible la simbólica lámpara que había ofrendado al busto de Platón.

Satisfaré mi compromiso ineludible, siempre acogido yo a vuestra muy notoria benevolencia, si lograre la ventura de inferir algunas conclusiones persuasivas del siguiente pensamiento, acuñado en el troquel de la lingüística: *no es posible un purismo intransigente y exagerado, que mude en fanatismo la pureza de la palabra, porque causaría el estancamiento de la lengua y la incapacitaría para que lleve al cabo su natural función de reflejar las corrientes, las tendencias y el ambiente de la sociedad.*

Con demasiada frecuencia la terminación ista, de origen grecolatino, envuelve como idea fundamental, en español, la de abuso reprensible de lo que significa el nombre empleado como base en la composición de las dicciones. Así como versista, discursista, camorrista, cultiparlista comprueban este aserto, purista, es el que afecta mucho la pureza del lenguaje. El Diccionario reza: "El que por el afán de ser puro en la manera de escribir o de hablar, adolece de afectación viciosa".

Quizás porque ista puede comunicar también la idea de habilidad, secta, partido, profesión, afición, oficio, etc., el propio Diccionario como que atenúa y dice: "Purista es el que escribe o habla con pureza". Y, como es bien sabido, esta cualidad (la de la pureza) estriba en la conformidad de los vo-

* Discurso de ingreso, como individuo correspondiente, leído la noche del 29 de abril de 1941.

cablos, de la construcción y de los giros idiomáticos con el uso de los buenos escritores, o de las personas que hablan bien; esto es, que por conocer el idioma emplean la forma castiza.

Quien analice sendas definiciones discernirá que a ninguna de ellas converge ese tipo de purista, que ni padece únicamente achaques de afectación, ni es su norma el uso de escritores afamados; sino que pretende imponer como dogma del castellano, que los clásicos de la Edad de Oro son la única pauta que se debe seguir, por ser verdad fehaciente que, desde el siglo XVIII, se interrumpió la sucesión de buenos cultivadores de la lengua española, de la cual mucho tiempo ha que se hicieron sus exequias.

De aquí dimana el purismo parasitario que so pretexto de querer extirpar el lenguaje hornecino, pone irrespetuosamente ras en ras al genial creador de la palabra, identificado con el alma de la raza, el espíritu del siglo y las corrientes de la cultura, con el escritor incorregiblemente afrancesado y anodino.

Pues, ¿qué la lengua común no se debe a la extensión de un poder político, a la influencia de una clase social preponderante, o a la supremacía de una literatura? La historia enseña que sea cual fuere el origen de una lengua, hay razones políticas, sociales o económicas que contribuyen a conservarla, por lo menos en su meollo, sin que sea posible oponerse a los inevitables cambios de la evolución.

Fenómeno inexplicable, y que no debe pasar desadvertido, es que el purista consuetudinario se afilia a la causa del progreso, en todos los adelantos que éste trae consigo, y pretende cohonestarlos, anacrónicamente, con una lengua que estanca en los clásicos. Con justificación decía Larra: "Marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política; aumentar ideas nuevas a las viejas, combinaciones de hoy a las de ayer, analogías modernas a las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, perdónennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza".

Históricamente es innegable que en el siglo XVIII, el idioma se cuajó de galicismos y giros extraños; los nobles y los pudientes enviaban a sus hijos a educarse en Francia; la ciencia y la literatura del país vecino, importadas por la juventud estudiosa, influían sobre la vida cultural, falsificada e inficionada a tal extremo, que los clásicos del Siglo de Oro no merecían el menor respeto. Pero hasta el día de hoy, ningún purista de los exaltados ha legado a la posteridad un análisis concienzudo, que acalle las interpretaciones antojadizas.

Miguel Artigas asienta estas elocuentes palabras: "¡Pobre y calumniado siglo XVIII! Había indudablemente malos escritores, muchos traductores inhábiles y torpes, y sobre todo pocos escritores geniales; pero la sucesión de los buenos cultivadores del idioma no se interrumpe".

"¿Puede llamarse sin reservas siglo afrancesado al que produjo la Historia de Flórez, y los poetas de las escuelas salmantina y sevillana que recuerdan sin bochorno las otras escuelas del XVI que se conocen con los mismos nombres? ¿Siglo afrancesado, en lo absoluto, el que narra la decadencia del idioma y el próximo fin del castellano, con un estilo recio y castizo arrancado de la viva entraña de nuestros clásicos?"

"Y en cuanto al idioma, precisamente en este siglo comienza el estudio sistemático del castellano, y aunque fuese por imitación, a principios de este siglo se funda la Academia Española por aquellos ilustres varones que se juntan con el deseo de cultivar y fijar en el modo posible la pureza y elegancia de la lengua castellana. En la Planta y Méthodo que por determinación de la Academia Española deben observar los académicos en la composición del nuevo Diccionario de la lengua se señala como tarea esencial desterrar las voces nuevas inventadas sin prudente elección".

"A los pocos años (1726) publica el primer volumen del llamado Diccionario de Autoridades, el esfuerzo más importante que se ha hecho para la fijación y estudio del idioma. Desde entonces en la Academia, y bajo su protección o contra sus decisiones, han venido a concentrarse los estudios del español como lengua hablada. No es ni ha sido el criterio de la Academia excesivamente purista ni autoritario, y sí más liberal y transigente que las instituciones similares de otros pueblos, y sin duda ha contribuído notablemente a formar una conciencia y unas normas respetables y respetadas".

A la decadencia de la lengua en el siglo XVIII, contribuyó la intensa inclinación al vocabulario cultista y a las expresiones conceptuosas. Los predicadores gustaban de afectado lenguaje y simulada erudición, de metáforas alambicadas y formas altisonantes y hueras, como lo atestiguan hasta los títulos de los sermonarios. Pedro Muñoz de Castro escribió: "Ecos de las cóncavas grutas del Monte Carmelo y resonantes balidos tristes de las raqueles ovejas del aprisco de Elías Carmelitano".

Luchan dos bandos impetuosos; con uno está la tradición española; el otro lleva la nueva ilustración.

Contra el mal gusto de galicistas y culteranos alzaron la voz los críticos sensatos, que no se limitaron a ver en los escritores de aquella época a los causantes de la ruina del español; sino que provocaron la reacción contra la decadencia del lenguaje, aprovechándose de la pluma. El emiretense Juan Pablo Forner satíricamente escribió las *Exequias de la lengua castellana;* el P. Isla publicó la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio Campazas, alias Zotes,* y Leandro Fernández de Moratín forjó *La Derrota de los Pedantes.*

El valenciano Gregorio Mayans y Siscar, reputado como la primera autoridad de aquel siglo, en lo concerniente a lenguaje, excitó a que se pusieran en uso, como medio de regeneración, el léxico de la literatura medieval cas-

tellana y las voces no frecuentadas que, aunque echadas en olvido por mucha gente, se conservan vivas en la tradición oral del pueblo. Como tales voces no se distinguen fácilmente de los arcaísmos, recomendaba el empleo discreto de éstos. "No culparé yo al que diga amollecer por ablandar, comienzo por principio, complacedor por gurrumino, escucha por centinela, etc." En sus *Orígenes de la Lengua* acompañaba la primera edición del *Diálogo de la Lengua* por Juan de Valdés, obra inédita hasta entonces.

No empece que algunos rebuscadores, como Trigueros, no hayan sabido interpretar las advertencias de Mayans y sistemáticamente abusaran del arcaísmo, ya la dicacidad de Iriarte les habrá de zaherir en *El ricacho metido a arquitecto* y en *El retrato de golilla.*

Ahondar en el rancio vocabulario fue hacedero, merced a las investigaciones de los eruditos que, por coincidencia, en aquel entonces publicaban antiguos textos históricos y literarios. Fray Martín Sarmiento y Blas Antonio Nasarre expresamente se dedicaron a recoger y registrar voces antiguas; y en 1779 arreglaba Tomás Antonio Sánchez el más nutrido glosario de vocablos arcaicos.

Capmany, en varias de sus obras, reunió buena copia de palabras anticuadas y fuera de uso, a la vez que deploraba estuviese enterrada la mitad de la lengua castellana, pues hacía medio siglo que los vocablos más puros, hermosos y eficaces no salían a la luz pública. ¡Cuando había sostenido antes, que en su siglo, el idioma no vivía en decadencia, sino que florecía enriqueciéndose con las traducciones del francés! Como defensor de las nuevas palabras había sustentado que, "Unicamente los turcos, que viven solos en Europa, conservan el lenguaje de su fiero Othomán en testimonio de su barbarie".

Leandro Fernández de Moratín, que también se lamentaba del olvido en que yacían palabras y frases de antaño, se esmeró en resucitar discretamente, cuando escribía, voces antiguas y desusadas. Otros prosistas y poetas, como Jovellanos y Meléndez Valdés, satisficieron en esa época idéntico anhelo.

Pero vano empeño sería aducir más pruebas sacadas de la *Historia de la Lengua Española,* pues, a pesar de que los hechos son irrefragables, los puristas nescientes los invalidarían, porque al profazar ellos de los prosistas, poetas y oradores que no se pliegan en todo a los clásicos, les vedan el derecho de decir como el Greco "mi luz está dentro de mí", y les echan encima, sin miramientos ni excepción, el sambenito de galiparlistas, para ser obsecuentes a los preceptos de su talmud literario: las obras filológicas del P. Mir.

Efectivamente, el purista más ajustado a lo castizo, quien más almacigó léxico y pormenores en materia de hispanismo, es el Jesuíta Juan Mir y Noguera. Por sus *Frases de los clásicos españoles, Rebusco de voces castizas, Prontuario de Hispanismo y Barbarismo* y *El Centenario Quijotesco,* obras cuyo mérito avalora a España en el campo de la lingüística, mereció la honra de

que, en un libro dedicado a su memoria, se le colocase entre los Grandes Españoles.

Infatigable investigador, fraguó sus libros con el noble propósito de extinguir el barbarismo, particularmente el galicismo; pero quiso ir más lejos de lo justo y fatalmente cayó en la aberración de una ciega y obstinada intransigencia.

Su *Prontuario* contiene material superfluo que abarca todo lo que ya ni los clásicos ni el pueblo tenían en uso, lo írrito, en una palabra, para la integración de la lengua castiza. Parece no haberle dado importancia a la conocida ley de que, como el lenguaje es medio de acción, debe tener un fin práctico, y no pueden desatenderse las relaciones que le unen al conjunto de la actividad humana, a la realidad en su infinito desenvolvimiento.

Otro Jesuíta, Lorenzo Salcedo, refundió esta obra tan voluminosa en un breve *Manual Teóricopráctico de depuración lingüística,* del cual exhibo este dictamen: "Ojalá hubiera correspondido al íntimo conocimiento que el P. Mir tenía de nuestra lengua, el uso atinado y disposición acertada de los elementos en sus escritos, que más parecen montones indigestos que obra de líneas acabadas; retazos zurcidos, que vestido proporcionado; ese fue su único defecto y lo que ha malogrado gran parte del fruto que hubiera recogido de su paciente labor; escribió no para nuestra actualidad sino para los siglos que pasaron; tomó a los hombres como debían ser, no como son: eso y las frecuentes invectivas con que se ensaña hasta sacar sangre contra los que maltratan la lengua, que para él son tantos en número cuantos escriben en castellano, entorpece la ilación de los argumentos, empaña la claridad de la doctrina y engendra desconfianza de la rectitud de los juicios y hasta ojeriza..."

Si la intolerancia y aspereza de su hermano en Religión obligan al P. Salcedo, a pesar de la sabiduría que admira y le reconoce, a lanzar esa amarga queja, que aun sin querer es un reproche, ¿qué se podría decir de los puristas y vacuos que por sólo soltar regüeldos de indigestión antiquista y clásica, se arrogan la facultad de vilipendiar a la Academia y de escarnecer a los escritores modernos, tan cautos en el uso del arcaísmo desacotado, como precavidos en la introducción de neologismos innecesarios y espurios? Y no hay que aspaventar porque dije regüeldos, cuando nadie ignora que D. Quijote recomendaba a Sancho que se prefiera el término erutaciones; pero esta palabra es menos castiza y está más lejos de mi propósito.

El error medular del purismo atrabiliario, hállase bien patentizado en la serie de consejos didácticos que, para adquirir el conocimiento del castellano, estampó el P. Mir en su *Centenario Quijotesco.* He aquí algunos que entresaco:

1.—"Regla para conocer de qué autores has de huír. Abres un libro, lees diez renglones; si en ellos no te sale al encuentro ninguna frase castiza, cierra

el libro, no prosigas leyendo, no lo abras más en tu vida, si no es que la necesidad te apremie; su autor es modernista pintiparado ello por ello".

2.—"Principio general; toda palabra, ya se tome en sentido propio, ya en sentido figurado, que no se halle en el vocabulario de los clásicos autores, no haya lugar en tu escrito, recházala con toda tu alma; otro tanto digamos de cualquier modismo, frase o locución. La sola necesidad o conveniencia te precisará a dar cabida a vocablos modernos, como lo requieren por ejemplo, las cuestiones sociales tan agitadas hoy en día".

3.—"Saber castellano es tener conocimiento de las palabras y locuciones propias de la lengua, parte positiva; lograr noticia de las palabras y frases impropias de la lengua, parte negativa: éstas para desterrarlas, aquéllas para realzar los escritos".

4.—"Lengua muerta es hoy la castellana".

5.—"La fórmula en el discurso de los clásicos, no era He dicho, sino dije; pero los galicistas, por emular el uso francés, gastan el pretérito compuesto en lugar del simple".

6.—"A mí me da asco el periódico, con ninguno me puedo averiguar, ni aun con los que blasonan de bien escritos".

7.—"En el aposento no ha de haber sino libros viejos del siglo XVI y XVII".

8.—"El desbrozar la maleza del habla es negocio sumamente fácil. Con sólo decir tener parte, por tomar parte en; tener cuenta con, por tener en cuenta; llevar al cabo, por llevar a cabo; a este viso, por bajo este punto de vista; pisa verde, por petimetre; pertenecer a, por formar parte de; como quiera, por de todos modos; tomarse licencia, por tomarse la libertad; ordenar la procesión, por organizarla", etc.

¡No conozco esquema donde más gráficamente se evidencie la rutina!

D. Manuel Antonio Román impugnó, en su Diccionario de chilenismos, el significado que, al verbo chocar, en el uso castizo, atribuye Cejador. Al responderle este filólogo, de paso alude al P. Mir en términos encomiásticos; pero que no le impiden concluir diciendo: "le cito siempre que puedo y con loa. Ahora lo hago, además, para tacharle de purista demasiadamente melindroso y de no admitir evolución en el castellano".

Mas en este siglo la audacia y simulación, saltando por sobre las dificultades apósitas a un estudio, que si fuera fácil no sería hondo, se han encaramado en las cumbres del purismo, desde donde quieren doctrinar, críticos

improvisados que, con el *Prontuario* abierto, porque el lexicón no les cabe en la memoria, arremeten contra el barbarismo, apegándose, irreflexivos, a la consabida fórmula: cuando el escritor use engranaje, dígasele que los clásicos empleaban endentaje; que evolución es desenvolvimiento; fraternizar se corrige con hermanar; atropellar debe ser todo lo lleva de frente; que el jefe de familia se sustituye con la palabra cabeza, et sic de caeteris.

¡Cuántos malos ratos pueden dar con este procedimiento "sumamente fácil" y este método para deludir, aun a los preceptistas que, sin proponérselo, les enseñaron una treta cuando lo que pretendían era establecer cánones! Pues, ¿quién va a estar exento de incidir en los yerros que ha condenado con excesivo rigor?

Beralt declaró galicismo a durante usado como preposición impropia, y al corregir en otro lugar de su Diccionario una frase, enmendó de esta manera: "Dígase se gobernó durante muchos siglos".

Si preguntamos, pongo por caso, por qué es viciosa la forma "es un hombre de buen gusto", o "es un literato de buen gusto", nos argüirán que el gusto clásico sólo toca a los sentidos corporales o a la voluntad, nunca al juicio o discernimiento; ni se cura la frase con el adjetivo bueno o malo, porque el defecto está en que el gusto vicioso, es acto del entendimiento. Recuérdese contra tal raciocinio, que Menéndez Pidal ve lanzada por primera vez la expresión "buen gusto" en una frase de Isabel la Católica, quien solía decir que "el que tenía buen gusto llevaba carta de recomendación". Menéndez Pelayo opina que esta expresión "buen gusto" fue una felicísima innovación introducida en el tecnicismo estético (según parece) por los españoles.

No cabe duda, el caudal de lo castizo dentro del idioma castellano, no se redondea escogiendo palabras y modos de expresión que sólo se hayan usado en España en una etapa del idioma, pues el habla particular, peculiarísima de un pueblo es lo que se llama idioma, que en verdad, no lo forma éste o aquel individuo, sino que lo hace todo un pueblo, como conjunto de personas de un mismo origen étnico. El casticismo no solamente está en el lenguaje, sino en la idea y en la vida, y asimismo es asunto de etnografía. Es castizo todo aquello que distinga al castellano de las demás lenguas.

No basta para que un escritor sea castizo que posea el más rico léxico y la mayor variedad de giros, si como prosista y como poeta no expresa intensas emociones.

Las lenguas evolucionan, siguen su curso y con ellas tiene que evolucionar el lenguaje, porque éste es el conjunto de procedimientos fisiológicos y síquicos de que dispone el hombre para hablar, y las lenguas representan la utilidad práctica de estos procedimientos.

Azorín pregunta, si el idioma castellano se hubiera detenido hace siglos, ¿en qué punto se hubiera detenido? ¿En el siglo XVII, en el XVI, en el XV?

No lo sabemos, afirma; porque de existir esta idea del casticismo en cualquiera de esas centurias, se hubiera ido reputando por castizo lo de uno, dos, tres o cuatro siglos antes. Y así hasta los orígenes de la lengua.

Piensa que si el ser castizos los escritores de hoy dependiera de que imiten la construcción y el vocabulario de los del siglo XVII, resultaría que estos escritores de hace tres siglos no son castizos, porque no imitaron a los de dos o tres siglos antes, y, ¿cómo puede consistir el casticismo en imitar a unos escritores que son castizos por no haberlo sido?

Para el filólogo Karl Vossler el lenguaje es, ante todo, actividad intuitiva individual, creación artística. La lengua no se aprende, sino que es despertada en cada uno de los individuos, y las palabras ni se toman de fuera ni se heredan, pues cada quien las elabora y de una manera personal las crea de nuevo diariamente. El más miserable esclavo, desde el punto de vista lingüístico, es siempre autónomo en el oculto rincón de su alma y nunca puede descender hasta el papagayo.

Muy sutil artificio sicológico y social es una lengua siempre sujeta a cambios no interrumpidos, porque como las palabras representan cosas que varían, y expresan ideas y sentimientos, expuestos a multitud de modificaciones, y como ninguno de estos tres elementos cuenta con una expresión adecuada y perfecta, las palabras siguen, por un lado, el movimiento de estos factores, y por otra parte tienden a expresarlos con mayor exactitud. De aquí, que el hombre al usar su idioma, inconscientemente lo perfecciona al mismo tiempo que lo desgasta y lo altera. Además, hay que llenar de algún modo el vacío que dejan las palabras, cuya significación, por diversas causas se desvía.

Nadie ha negado la licitud para componer nuevas dicciones. Los Gramáticos y los retóricos de todas las épocas recomiendan que se introduzcan; pero ha sucedido con frecuencia que, en llegando a la práctica, los puristas reprueban lo innovado, se muestran reacios al uso y se inhiben como inventores.

En sus *Reflexiones sobre el uso de las palabras nuevas en la Lengua Castellana,* asegura Félix Joseph Reynoso que, yerran torpísimamente los que no escribían jamás, si les fuese en ello la vida, un vocablo que no lo hallasen usado en el siglo XVII, era de escritores sabios en que la lengua alcanzó su mayor ornamento, acreció su caudal, obtuvo el hipérbaton y el elegante encadenamiento de su constitución. Mas sin hablar de las ciencias naturales y exactas, poco cultivadas entonces, es indudable que necesitaba muchas voces que no tenía y que ha recibido después. Los clásicos no siempre hallaron la exactitud y precisión de significado en la elección de las palabras y se expresaron con más elegancia que filosofía.

Con los nuevos inventos, descubrimientos, fenómenos; con las nuevas ideas, abstracciones, sensaciones, emociones, etc., han de surgir los neologismos, que en el movimiento semántico se forman por derivación, composición, agregación, trasplantación y calco de voces extranjeras.

Acuantiar la muchedumbre de voces nuevas es obra que requiere atento estudio de las necesidades humanas. La Academia ya incorporó a su Diccionario algunos vocablos nuevos; a otros los ha puesto en tela de juicio, y quedan otros innumerables en espera de que se les franquee la puerta. Como caso demostrativo señalo: Ajedrecista, aeronaval, comediógrafo, decepción, electrocutar, electrosemáforo, mecanografista, radiador eléctrico, telegrafía inalámbrica, tractor, turismo, kilovatio, cuyo primer componente no modificó la Academia al artífice del vocablo. Mil en griego es: **Χιλιοι** (chilioi), Quilioi por eso se dijo quiliada (chiliada) por millar y quiliarca (chiliarca) por jefe de mil soldados. Killos escrito con (kappa), en el dialecto dorio **χιλλός** del cual hizo cillus (killus) el latín, significa asno.

Significado de algunas voces necesarias:

Alexia.—Privación de la facultad de leer.

Alaviadores.—Planos suplementarios que ayudan a la estabilidad del aeroplano.

Amortiguadores.—Resortes del automóvil que amortiguan las sacudidas.

Bacteriáceas.—Familia de vegetales unicelulares que tienen forma de bastoncito. Unos son patógenos y otros producen pigmentos.

Creacionismo.—Doctrina que considera a Dios como creador del mundo y de la materia.

Glosolalia.—Especie de neologismo de los locos. Profusión de palabras incoherentes.

Hispanidad.—Comprende y caracteriza a la totalidad de los pueblos hispánicos. Se debe al sacerdote español Zacarías de Vizcarra, residente en la Argentina.

Mercerizar.—Dar a las telas de algodón el aspecto de la seda. Proviene de haberse llamado Mercer el inventor de este procedimiento industrial.

Microzoario.—Animal microscópico.

Portarrueda, portaneumático.—Pieza de la parte trasera y lateral de los automóviles en donde se ajusta la rueda suplementaria, o la llanta de goma.

Como toda lengua culta recibe la corriente popular y la erudita, basta para que un término se generalice, que se haga común entre los eruditos o entre el vulgo. Así como los sabios no pueden prescindir del pueblo, ni éste de aquéllos, de igual modo el lenguaje popular no vive sin el literario que lo encumbra al conocimiento de verdades superiores, y el lenguaje erudito acude continuamente al popular, donde existe el rico venero de las voces incomparables para describir la naturaleza, hablar de los oficios y menesteres y pintar las pasiones humanas.

El escollo que impida conservar la hialina pureza del idioma, se levantará cuando los doctos, que particularmente se alimenten de los libros, propendan al empleo abusivo de voces extranjeras, violen las leyes fonéticas, y, desde-

ñando el genio de la lengua, en él no amolden sus innovaciones. Cuando el vulgo acoja unánimemente los términos soeces de la plebe y no se esfuerce en aprender de los eruditos la significación propia de las palabras y las necesarias formas gramaticales.

No pasará inadvertido que, aun los mismos cultivadores del habla castiza hanse visto obligados a transigir con el uso de incontables cultismos y extranjerismos. ¿Quién deja hoy ambidextro por maniego? Aunque parezca extraño control, cuenta con abogados que le atribuyen origen del latín. Burocracia se afirma con tecnicismo de la ciencia política. Convencionalismo no tiene sustituto castizo y se escuda con la política y la sociología. Nacionalizar y nacionalización son mirados como galicismos que no estorban y que les valdrá ser derivados de nacional.

También los autores que escrupulizan demasiado en lo que respecta a detersión del idioma, han establecido una graduación cualitativa en el barbarismo. Según estos puristas hay más lenidad para quien diga humanitario, que para el que use prematuro en vez de precoz; pecará mortalmente quien no sepa decir puñetazo y nos amague con un golpe de puño (coup de poing).

Escritores conspicuos han utilizado el género satírico burlesco, como un medio ameno y recreativo, para abatir la pujanza e intrusión del galicismo.

El P. Islas, en el siglo XVIII, acumuló intencionalmente copia de voces afrancesadas, de las cuales han persistido muchas que hoy son vulgares; asamblea, bellas letras, coqueta, departamento, libertinaje, inspección, unción; no merece la pena, tengo el honor, acusar el recibo de una carta.

Bretón de los Herreros ridiculizó la tendencia a intercalar, por fanfarronería, palabras francesas en la oración española: au revoir, comme il faut, merci, s'il vous plait, sanfaçon, etc. Gracejó con el galicismo de los prohombres que exprimen su pensamiento, hacen política, se hacen la barba y toman acta de algún suceso.

El ilustre mejicano D. Ignacio Mariscal vuelca fino humorismo en su irónico soneto:

A UN GALICISTA DIPUTADO

Yo no soy que un patriota sin mancilla
Que, vacando a negocios importantes,
A la Cámara arribo siempre en guantes,
Por asomar los hijos de Castilla.

Conocido de Mérida en la Villa,
La Presqu' isla, al nombrar representantes,
Me ordenó de sus modos obligantes,
De venirme sentar sobre esta silla.

Es por eso que yo me hallo dichoso
De tomar una parte a la tarea
Que agota vuestro aliento corajoso.

También yo hago observar a la Asamblea
Que, el español no estando lengua mía,
Jugarse de mi acento es villanía.

El jocoso Vital Aza, con ingenio y donaire, pone en verso cincuenta galicismos de tomo y lomo, con el pretexto de una *Carta a un amigo,* de la cual se deduce la confusión que engendra el purismo dogmático:

Yo estudio mi idioma en vano,
y no tengo inconveniente
en confesar, francamente,
que no escribo en castellano.

Pues sin brújula, o sin tino,
desde que a Baralt leí,
ya no sé, ¡pobre de mí!
si escribo en francés... o en chino.

Demuestran, pues, los hechos que la lengua española no se ha petrificado como la mujer de Loth; ni acaba donde se agota la ciencia y erudición de los puristas, que le niegan diuturna grandeza, pasada la era clásica.

He dicho es forma correcta finalizado el discurso. La Academia enseña que el Pretérito perfecto de indicativo es el presente de la acción terminada, y se usa para expresar un hecho que se acaba de efectuar en el momento en que hablamos. Como ejemplo pone: He dicho. Bello, que llama a este tiempo antepresente, dice que significa que el atributo es anterior al acto de la palabra; pero que conserva relación estrecha con algo que existe todavía. Se dice que una persona ha muerto cuando aún tenemos delante vestigios recientes de la existencia difunta. Es decir, siempre que va envuelta en el verbo alguna relación a lo presente. Se dirá murió, en circunstancias diversas.

Según Robles Dégano, antepresente es lo sucedido dentro del ahora, pero antes del momento en que se habla. Si el ahora es un día, lo acaecido por la mañana es antepresente de la tarde: hoy se ha casado Juan. Si lo sucedido y el acto de decirlo no pueden considerarse ocurridos dentro de un mismo tiempo, debe usarse el pretérito. Los franceses suelen pecar en esto, como también los gallegos, que acostumbran decir: "El año pasado he ido a Madrid". Los gramáticos latinos llaman perfecto lógico al pretérito usado con valor de antepresente. Et vires et corpus amisi: He perdido fuerzas y carne, escribió

Cicerón convaleciente de una enfermedad. Si lo escribiera ya absolutamente restablecido, el sentido fuera: Perdí fuerzas y carne.

Al apoyar este concepto gramatical en Robles Dégano es condecente, ya que de purismo se trata, no olvidar que este autor de la gramática más filosófica, llamada también *El Alma del Idioma Castellano,* se identifica con el P. Mir, y, por tanto, juntamente con él opugna a los escritores que no imitan en todo y por todo el clasicismo español.

Ratifica, sin reparos, que el Diccionario de Cuervo, es una grandísima calamidad para la Lengua Castellana, porque iguala la autoridad de los viciados escritores de los siglos XVIII y XIX con la de los clásicos del XVI y XVII, con lo cual autoriza galicismos y da por buenas en castellano, infinitas impropiedades que a centenares cometían él y Bello, falta en que también incurre la Academia.

Con este criterio ejemplifica en sus obras con solos los clásicos, aunque tenga que señalar el desacuerdo que entre ellos había en lo relativo al buen uso, como cuando efectúa un careo con un ejemplo tomado de Mariana y otro de Lazarillo (que todavía atribuye a Mendoza), para sacar en claro que los clásicos no observaron puntualmente la regla de que el verbo deber, si denota obligación o necesidad, no lleva preposición, y si expresa conjetura o sospecha se dirá deber de.

Tales indecisiones ocurrían en un mismo escritor. La concordancia comprueba que Cervantes escribió: "Cuando yo me avenía con vos, dichosas eran mis horas, mis días y mis años". Y en otro lugar: "Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte". ¿Dónde está la conformidad del uso? ¿No se estatuye ahora que con dos o más sustantivos de género diferente, toma el adjetivo el género del más próximo?

Hay en el siglo XVI momentos singularizados por la invención de vocabulario. Lope de Vega escribió emperadora, y, a quien osó corregirle con emperatrîz le arguyó que éste es disparate, porque en Castilla no hay tal voz, sino que la curiosa bachillería latiniza con aspereza lo que tiene en su lengua con blandura; "emperatriz ha dado causa para que a la embaxadora llamen embaxatriz, y a la tutora, tutriz; de donde se sigue que a la cantadora llamaremos cantatriz, y a la habladora, hablatriz".

Sindicar el galicismo a "pequeño libro" y querer que sin excusa sea "librito", es proceder a humo de pajas. El ya citado Reynoso estima que todavía hace variar la locución y agrada usado rara vez por Cervantes, el adjetivo pequeño antepuesto al nombre. "Cuidado, amonesta, que pequeño barco y pequeña puerta se dijo en Castilla antes que puertecilla y barquichuelo, y entiéndanme algunos puristas que no saben la lengua".

¿Con qué fueros el purismo se autoriza para dictar una ley sinaítica, cuyo primer mandamiento impone escribir sin apartarse un punto del lenguaje de

Cervantes, Lope, los Luises, Góngora, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Tirso?...

Designa la Academia como farmacéutica a la mujer que ejerce la farmacia; médica a la que profesa la medicina; abogada podemos llamar a la que ejerce la abogacía, pues en la Salve se dice a la Virgen "abogada nuestra", que es como declararla intercesora o medianera de oficio, y es corta la transición de esto a la de mujer que ejerce la abogacía. Es el femenino de un participio sustantivo. Bachillera, además del sentido clásico de "mujer que habla mucho e impertinentemente", tiene hoy el de mujer que ha recibido el primer grado universitario. La vida moderna exige la extensión del significado. El P. Coloma usó candidata.

Si Lope de Vega escribió representanta; Cervantes, la preguntanta; el P. Ovalle en la *Historia de Chile,* penitenta, y Solís dijo oyentas, ¿por qué la comercianta que escribió el P. Coloma; *La Regenta* de Leopoldo Alas, y las pretendientas que apoyó Mariano de Cavia, escritores modernos, no han de servir de norma en el idioma? Si el uso es correcto, la palabra se ha hecho popular y se aplica a mujer, prevalecerá la tendencia natural a diferenciar los géneros mediante las terminaciones.

Hay objetos compuestos de dos partes principales, y el gramático ordena que la palabra con que se les denomina se use en plural; pero el pueblo atiende a que esas dos partes forman un todo y da el nombre en singular. Desde este doble punto de vista son correctos los dos usos. La Nariz, se dice a este órgano respiratorio cuando se toma como un todo; las narices, cuando se atiende a que son dos las ventanas:

El cura de Alcañiz
A las narices dice la nariz;
Y el cura de Alcañices
A la nariz la llama las narices.
Y así viven felices
El cura de Alcañiz y el de Alcañices.

Al uso uniformado de las palabras latinas con otros idiomas, o con la mala costumbre de la misma lengua, llamósele peregrinidad o idiotismo, vicio contrario a la razón, en el cual cayeron hombres literatísimos como Mureto. Cicerón advirtió a los doctos, que se use de la razón como del crisol donde se apura la pervertida costumbre de hablar, que solamente así se evita la mala afectación que sucede cuando el ingenio carece de juicio y se engaña con la apariencia de lo bueno.

Túvose, después, por más insufribles aún a los que introducían en la oración latina idiotismo de las lenguas vulgares. Al célebre Jesuíta Mariana se le ha censurado que haya seguido el idiotismo español excusar los gastos en

su expresión Rex Sumptos istos excusare debet, en vez de genuino latín. (Compendifacere).

No en el lenguaje literario de los mexicanos; pero sí en el habla familiar de personas cultísimas, anda una palabra que se formó sin pasar por el crisol de la razón; que se antoja traída para taladrar los oídos y competir con el onomatopéyico croar de la rana: ¡cocoa!

Como cacahuate significó el tlalcacahuatl (cacao de la tierra), para designar al cacahuatl del árbol, se formó el mexicanismo cacao, que tanto se refiere al árbol como a su semilla. Cacaotero y cacaotal se derivan de esa voz, cuya raíz existe en nombres de lugar, como Cacahuamilpa. No contraría la índole del castellano el empleo del sustantivo cacao por medio de un giro con preposición: polvo de cacao, o cacao en polvo (pulverizado), como se dice tabaco en polvo, polvo de canela, de arroz, etc. El que la técnica industrial le haya mezclado otros ingredientes, no disculpa la exoticidad de un término que hasta en inglés lleva el estigma de corrupción.

Maleta llama el pueblo mexicano a un lío de ropa. Para expresar lo que los españoles entienden por Maleta dice petaca o petaquilla. Pero ahora, como asqueándose de lo de buena casta mexicana, hay personas cuya complacencia está en el velís, barbarismo que no sólo estropea el idioma, sino que es un baldón nacional. El francés acomodó la voz valise del italiano valigia, y el Diccionario inglés tilda de anticuado el vocablo valise, que define como "small portmanteau". Hoy se echa en olvido a petla-calli que dio origen a petaca y se aduna al desprecio para esta palabra el espíritu de contradicción, porque al sustituirla, sin necesidad, con velís ¿con qué se reemplazará el pintoresco derivado petacona?

Estas osadías léxicas de factura pordiosera plegue a Dios que no pasen de los labios a la pluma, y no den pábulo al vaticinio de Saint-Foj: "Dentro de poco tiempo la palabra humana ya no tendrá sentido y la noble profesión de escritor será confundida con el infame oficio de titiritero o de saltimbanqui..."

Para no demasiarme llego a las conclusiones:

1.—Las voces nuevas, cuando se introducen de idiomas extraños, no hermanan y congenian exactamente con la lengua que las recibe, y precisa redondearlas y ablandarlas en la pronunciación y en las terminaciones.

2.—No la falta sola de voces, sino también el ornato y perfección del idioma son causa para introducir nuevos modos de hablar.

3.—El contacto de las lenguas es una necesidad histórica y lleva consigo la penetración.

4.—Una lengua, a pesar de que llegue a su pleno desenvolvimiento, no queda nunca estacionaria.

5.—Las lenguas varían su semblante por lo menos cada siglo.

6.—Corresponde a los literatos el esfuerzo de sostener aquellas voces de mayor energía, que las nuevas no pueden sustituir con ventaja.

7.—La lengua es propiedad de cada uno de los que la hablan, y como hay ciertos límites para manejarla con independencia y libertad, ejercen influjo en el lenguaje aun los más humildes en la esfera social.

8.—La lengua debe considerarse desde los puntos de vista social y estético.

9.—El lenguaje será probable a los doctos y asequible a los ignorantes, si las palabras son propias, el orden recto y el ajuste tal, que nada sobre ni falte nada.

10.—Debe superar a todas las cualidades del habla la virtud de la claridad.

11.—La lengua es un cuerpo inmortal, y debe ser estudiada, trabajada y pulida eternamente.

12.—El purismo es un bello ideal; pero si degenera en exageración e intransigencia, empobrece la lengua.

El último trazo de mi esbozo lo amparo con las palabras del sublime Herrera, que la Lengua Española ha esculpido en el mármol eterno de su buen decir: "¿Y temeremos nosotros traer al uso y ministerio de nuestra lengua, otras voces extrañas y nuevas, siendo limpias, propias, significantes, convenientes, magníficas, numerosas y de buen sonido, y que sin ellas no se declara el pensamiento con una sola palabra?

"Apártese este rústico miedo de nuestro ánimo. . ., no seamos inicuos jueces contra nosotros, padeciendo pobreza de la habla... ¿Tuvieron los pasados más entera noticia de ella que los presentes? ¿Fueron más absolutos señores de ella? Divídese en dos especies la formación de los vocablos nuevos; por necesidad para exprimir las cosas nuevas que se hallan ahora; y por ornamento, y así es lícito y loable en los modernos lo que fue lícito y loable en los antiguos".

RESPUESTA AL ANTERIOR DISCURSO

Por don Carlos González Peña

CONVENDREIS conmigo en que nuestro colega D. Raimundo Sánchez, a quien hoy, en solemne sesión, recibe la Academia, y tengo la honra y el placer de contestar, ha elegido un tema harto escabroso y arriesgado; más diría yo: un tema terrible, expuesto a augurios malintencionados, cuando no a sorpresas.

Purismo y pureza de lenguaje... De esto —se habrán dicho algunos— va a hablar...

Y, tras de prometérselas muy gozosas, entrarían anticipadamente en considerandos justificativos.

Pensarían primero, trayéndola a cuento en su recuerdo, en la persona de D. Raimundo. Un señor grave, silencioso, austero, menudito, que huye el mundanal ruido, que no se paga de exterioridades ni de bambolla, que siempre viste de negro, que parece ser de pocas palabras, y que, mirando sin mirar al través de sus espejuelos, lanza de pronto al interlocutor miradas fulgurantes.

Sucede, además, que D. Raimundo Sánchez tiene fama de gramático. Nadie, en México, sabe más de gramática que él, ni se ha asomado con mayor insistencia, y sin marearse a ese pozo profundo de las gramáticas.

Añadid, a todo esto, que es ya académico; y que los académicos —según nos pinta la leyenda— somos unos señores acartonados, tiesos, achacosos, con mil dolamas, catarro de más o reuma de menos, tosijosos, temblorosos; por virtud de lo cual, en esto de limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua, nos pasamos de intransigentes y emberrenchinados.

Con tales circunstancias, y el endiantrado tema elegido, ya había de sobra para anticipar y murmurar cosas horripilantes. "¡Qué chorro de polilla —se habrán dicho los malpensados y murmuradores—, qué ires y venires de obscuros ratones afanados, qué aletazos de nocturnales murciélagos en estrechos desvanes, vamos a ver en ese discurso del señor Sánchez! ¡No basta —agregarían, para su coleto— no basta la caterva de husmeadores de minu-

cias; no está aún completa la cofradía de los que, más bien que leer para deleitarse, para aprender, para conmoverse, con "lupa" escudriñan las páginas, a caza, antes que de bellezas, de gazapos. A la sociedad en comandita de los Baralt, los Valbuenas y los Mires, viene a sumarse un nuevo socio..."

Por su parte, los que fraternizan con la polilla, juegan carreras con los ratones, y sienten dulcemente abanicarse con el aletear de los murciélagos, se prometerían festejo tan suculento de conservatismo o retroceso, que, junto a él, pálido resultara no ya popularesco bodorrio con guitarra, jarabe, sombreros charros por el suelo, "tlamapa" del mejor, y excelente mole de guajolote —pues que esto no vendría acomodado al ritmo y compás de sus dedicaciones y ansias—; sino furibundo sermón contra los que se atreven a decir esta boca es mía sin haber antes revuelto los más íntimos escondrijos de la gramática, el Diccionario del señor Baralt, el *Rebusco de voces castizas,* y otras obras pertinentes.

Unos y otros, sin embargo, se habrán quedado turulatos, alelados de asombro. El discurso que acabáis de oír ha sido para ellos una sorpresa por partida doble. Ni D. Raimundo Sánchez resultó ser un purista rancio y fosco, al modo de momia egipcia vuelta de cara al tiempo de los Faraones; ni es tampoco sujeto agrio e intratable, fuera de su época; ni se goza en aridez y aspereza opuestas a la flexibilidad.

Al contrario, claro y docto, dúctil y moderno, comprensivo y humanísimo, advertiríais, al través de su magnífica disertación, que supo colocarse en el justo medio; en aquel punto ideal que no alcanzan ni los fanáticos del purismo, ni los enturbiadores de la pureza. Todo su discurso no fue sino para proclamar esta gran verdad; la de que "no es posible un purismo intransigente y exagerado, que mude en fanatismo la pureza de la palabra, porque causaría el estancamiento de la lengua y la incapacitaría para que lleve al cabo su natural función de reflejar las corrientes, las tendencias y el ambiente de la sociedad". Ha mostrado cómo el casticismo no sólo está en el lenguaje, sino en la vida; cómo las lenguas, lejos de quedarse estancadas, y a fuer de organismos vivientes que son, evolucionan, se transforman, cambian de fisonomía, y por igual se enriquecen, que se alteran y desgastan; cómo el habla popular y el literario se compenetran y auxilian; cómo a la era clásica han de seguir otras eras, que a su vez y a la postre vengan a merecer aquel dictado; cómo hay y tiene que haber voces nuevas y nuevos giros; cómo el contacto entre las lenguas, y su penetración, son irrefragables; cómo la propia habla, dentro de ciertos límites, habrá de manejarse con independencia y libertad; y, al modo que del escultor el mármol, reclamará siempre constante trabajo y pulimento; cómo, en suma, el purismo, cuando degenera en exageración e intransigencia, redunda en anemia aguda del lenguaje.

No confundamos purismo con pureza; de igual suerte que no debemos tampoco confundir al purista, que no es ni ha sido jamás escritor, con el escritor puro. Acaso cual ningún otro de nuestra lengua, entre los modernos, tuvo aquella calidad D. Juan Valera. Pues bien: el autor ilustre de *Asclepigenia* y de *Morsamor,* coincidiendo con las normas que ahora señala nuestro colega, afirmaba que no porque censurase "el vicio de trastrocar la lengua, juzgándole incapaz, en su pureza, de expresar las altas especulaciones del día", iba tan lejos que condenara la admisión de nuevos vocablos. Antes bien, su condena enderezábase a "aquellos que empobrecen el idioma por atildamiento nimio y por escrupulosa elegancia, o bien desechando voces técnicas necesarias, o bien excluyendo otras por anticuadas, rastreras y poco dignas, sobre todo en verso". Aún más allá iba Valera: "Tompoco soy yo —declaraba— de los que, por amor al lenguaje y a su pureza, se desvelan y afanan en imitar a un clásico de los siglos XVI y XVII. Prefiero una dicción menos pura, prefiero incurrir en los galicismos que censuro, a hacerme premioso en el estilo, o duro y afectado". Y, a la inversa, un delicioso escritor nuestro, quizá el más tildado de galicista —hablo de Manuel Gutiérrez Nájera—, expresaba con amable gracia: "Yo tengo muchos pecados sobre mi conciencia y he pensado elegir por confesor a Fray Luis de Granada".

¡Pecados! ¡Pecados de lenguaje! ¿Qué escritor no los tiene, como qué hombre no ha incurrido en los otros? Aun, entre los hombres, pecan los santos; y dejarían de ser humanos los escritores si por escrúpulos de pureza no se atreviesen a pecar. Alabémosles esa valentía.

No la tienen, ni habría para qué, los puristas vacuos, los puristas atrabiliarios a quienes en su discurso se ha referido nuestro compañero. Ahí está aquel curioso ejemplar que nos presenta: El P. Mir y Noguera. Es, en verdad, pavoroso. Nos causa impresión semejante a la que nos causaría una sabandija. ¡Vaya con el señor del *Rebusco de voces castizas,* y del *Prontuario de Hispanismo y Barbarismo,* que no tenía en su aposento sino libros viejos; que no leía periódicos, porque le daban asco; que, de seguro, no cambió el velón por la lámpara eléctrica; que, presumiblemente, habló a menudo a su cocinera, como Don Quijote cuando se acordaba de los libros de caballerías; que viajaría en mulo con tal de no ir en tren; y que, si no cambió pantalón y saco por jubón y gregüescos, no ha de haber sido porque no le gustara, sino por no exponerse, saliendo a la calle, a las silbas y pedradas de la plebe!

Y si tan ridícula traza tiene este fantasmón, ¿cuál no tendrán sus seguidores —los de la "lupa"—, para quienes el *Prontuario* y el *Rebusco* son libros de cabecera?

Al retratar al purista, D. Raimundo Sánchez no ha hecho sino retratar al purismo. Y lo cierto es que tan ridículos nos parecen el uno como el otro;

y que si el personaje que simboliza tal tendencia nos mueve a risa, la tendencia misma, por temor al ridículo, nos inclina a desdén y apartamiento.

No, no podemos engolfarnos de esa manera cómica y ciega en el pasado; nos petrificaríamos. Tenemos que vivir la vida del presente; tenemos que vivirla en el lenguaje y en todo; en las costumbres, en la mesa, en el traje; en las meditaciones y en las lecturas; hasta en el ensueño. Si sólo debieran haberse leído y leerse libros de los siglos XVI y XVII, excusado es afirmar que, de entonces acá, no habría habido literatura. Tenemos que leer periódicos; el periódico es como espejo en que rauda, tumultuosa, se refleja la vida diaria; por manera que, sin él, nos sentiríamos como Robinsón en su isla. Un compatriota de éste —el economista inglés Ricardo Cobden— declaraba que una página del Times vale por todas las de Tucídides. —¡Allá él con la apreciación!— Tenemos, en fin, que hablar y que escribir, como hablan y escriben las gentes de nuestro tiempo, y no como se hablaba y escribía en el de Santa Teresa o Fray Luis de León; o, aún más atrás, en el del Arcipreste y D. Juan Manuel. Tendría gracia que llegásemos a casa, diciendo a la señora: "Datme agua a las manos;" o "Catad que non me despierte cras ninguno e tenedme bien adobado de comer"... —¡Nos miraría como quien ve visiones!

Vivir nuestra propia vida; mantenernos en el justo límite; ser hombres de hoy; conservar la pureza de la lengua, pero no esterilizarla; estudiar a los antiguos, más no desentenderse de los modernos; abrir paso, siempre que ello proceda, al neologismo —porque fatal y venturosamente toda época, como lo observa D. Rufino José Cuervo, es neológica—, concediendo autoridad así al uso como a los buenos hablistas; cuidar del aseo, de la pulcritud del lenguaje, sin que esto degenere en puerilidad de monomaníaco: he aquí la bella lección que se desprende del discurso de D. Raimundo Sánchez. He aquí también —y no creo equivocarme al decirlo— el sentir de la Academia Mexicana.

Y no podía ser de otro modo.

Ni la Academia es cuartel de inválidos; ni los académicos estamos tan dejados de la mano de Dios que no advirtamos que luce el sol afuera; ni, en suma, y dada su personalidad, para quien la conoce y en su auténtico valer la estima, era de esperar que en materia tan ardua como lo es la de purismo y pureza de lenguaje, mostrara quien ahora habló otro criterio que el limpio y luminoso que ha mostrado.

Bien merecida fama goza de ser, en nuestro país, uno de los más conspicuos lingüistas, este dilecto amigo mío a quien habéis escuchado. Y lo singular es que esa fama ha nacido y crecido, no ya ostentosa y vocinglera, sino recatada, íntima, discreta, por sus pasos contados, más lentos por más firmes, y que se extiende y dilata, antes que entre el vulgo, incapaz de comprenderla

y justipreciarla, en el necesariamente reducido aunque valioso círculo de quienes se consagran a tan severas disciplinas.

No por lo que sabe, cuanto por la manera armoniosa de saberlo y entenderlo, es admirable D. Raimundo Sánchez. Ya me refería yo antes a su feudo y señorío por lo que atañe a cuestiones gramaticales. Sabe mucho de gramática, pero sabe algo más, diferenciar a la gramática de los gramáticos, aquilatando lo que en aquélla hay de eterno, y discerniendo lo que tienen éstos, a menudo, de inútil, pedantesco y telarañoso. Débese ello a que D. Raimundo Sánchez no sólo a tan importante rama del conocimiento ha consagrado reiterados estudios; sino que, para asumir autoridad cabal, ha extendido sus investigaciones, a los campos de la etimología, de la fonética, de la semántica, de la psicología, y ha ahondado en la literatura. Para él, la lengua —según el atinado pensar de Cuervo— debe considerarse como un conjunto de hechos que se explican históricamente; y, no ya por lo que mira al pasado, sino al presente y al futuro, como organismo viviente y en perpetuo devenir.

Callada y sin ostentación ha sido la vida de Raimundo Sánchez; silenciosa y austera; toda ella transcurrida en el estudio; en la meditación, en la cátedra. A fuer de hombre que no se paga de exterioridades, por encontrar en sí mismo y en los libros que con tanto amor y ahinco frecuenta, rica substancia, creeríase que mira con desdén la vida que pasa. Da la impresión de mantenerse aislado y distante; y, sin embargo, está con los ojos abiertos, y su espíritu, generoso y cordial, vibra y se conmueve. Quienes no le conocen bien, supondrían que este reflexivo, que este estudioso incansable, ávido de saber, habría encontrado su natural y plácida atmósfera, caso de haber alentado en aquellos siglos en que hombres de su temple tenían el refugio quieto y tranquilo el claustro, dentro de una celda clara y limpia, entre papeles e infolios, y con horas por delante para paciente y gustoso investigar.

Pero en verdad os digo que si contento hubiera entrado en la celda, incómodo y hasta triste se sentiría, a no haber siquiera ahí un mediano ventanillo para avizorar la cercana campiña, fresca y libre, y mirar el cresterío de las montañas que se tiñen de nácar en los amaneceres, tanto como en el crepúsculo, la púrpura solar sobre las murallas distantes; y saber, sobre todo, de la marejada humana que de ellas rebasa, y percibir los rumores del mundo.

¡Humanísima sabiduría la de Raimundo Sánchez, que sonríe a la vida!

¡Y cómo quisiéramos que esta sabiduría, tan amorosamente atesorada, pasara íntegra a tantas y tantas páginas que el nuevo académico debe al público y que difundirían peregrinas enseñanzas en materia de lenguaje! Rebosa de miel el panal, y tiempo es ya de extraerla; mas, ojalá que al tiempo corresponda para mi amigo aquello otro, si menos dulce, más substancioso, a que con amargor se refería Orozco y Berra...

¡Ah, mi querido Raimundo Sánchez, cuándo las clases cederán el puesto al sereno fluir que aprovechan los libros! ¡Las clases, ya me entiende usted! —¡A ver, Rodríguez, dígame cuál es el uso metafórico del presente de indicativo! —¡Pero hombre, no es posible! ¡Aveleyra, veo que no pone usted atención! ¡Y usted, Garizurieta, qué bostezos! ¡Vamos, Sologuren, sus pies son infatigables!... —¡Ah, mi querido Raimundo Sánchez!

Mas, entretanto la era de no interrumpida creación llega, sea usted, para lustre de la lengua y satisfacción de la Academia Mexicana, en esta noble casa bienvenido.

SEMBLANZA DE UNA MUJER *

Por don Rubén Romero

I

ANTE todo, necesito recurrir al pobre artificio de unas gafas para poder dirigirme a vosotros, y son ellas, tristemente, el único atributo académico que poseo.

Don Alejandro Quijano, en carta cuyo estilo redondo y pulcro es fiel imagen de su persona, invitóme a pronunciar unas palabras en el seno de la Academia Mexicana de la Lengua, a la que correspondo desde ha siete años, por obra y gracia de unos cuantos amigos.

Quiero confesar un pecadillo de vanidad: cuando fui electo para ingresar a esta sabia Institución, me creí un hombre dotado de cualidades superiores y adopté la postura, asaz chistosa, de un dómine engreído y fachendoso. Pero bastaron unas líneas del Señor Director, para que se desmoronara toda mi grandeza.

Se me reclama un discurso y se espera de mí, lógicamente, el trabajo que corresponde a un académico; algún estudio de filología, de historia, de gramática o de literatura, con citas en un griego cuya fuente mane de la propia elocuencia de Timón, el de Atenas, o en un latín que huela a trébol virgiliano. ¡Pobre de mí, académico de gramática parda, historiador sin fechas y sin fichas, filósofo peripatético, tan sólo por las lecciones que recibo en mi constante vagar por los suburbios y por las plazuelas; malabarista del lugar común, recolector de donaires y de palabrotas de esas que suelen florecer nomás en las cuadras de los viejos mesones! Aquí estoy, confuso y avergonzado, por no tener un tema digno de vosotros.

Yo no puedo contaros brillantemente la batalla de Marathón, ni haceros la apología del Verbo. No he leído al Estagirita, ni sabría discernir la di-

---

* Imitación de discurso leído el día 20 de agosto de 1941.

ferencia que existe entre la etología y el fideísmo. Jamás podré aderezar una crónica de la Vieja Calzada de Tlacopan, ni componer la Historia de la Nación Mexicana. ¡Fijaos bien en el dolor de mis afirmaciones!

Si como lo define el Padre Ripalda, envidia es la tristeza del bien ajeno, ¡yo soy un gran envidioso, un envidioso hasta el sacrificio: me dejaría cortar los brazos por escribir el *Quijote;* arrancar ambos ojos por *El Paraíso Perdido,* y cargaría satisfecho el fardo de una giba, con tal de haber engendrado *La Verdad Sospechosa!*

He aquí, pues, a un académico desnudo de todo ornato, cuyos ojos apenas pueden ver el paisaje nativo y se detienen, con la limitación de su rudimentaria cultura, en las cosas triviales y en los seres domésticos.

Mi literatura, volando a ras de tierra, se nutre con elementos de una simplicidad primitiva: la choza, el árbol o la fuente; mi estilo, pudiera definirse como una mera transcripción de conversaciones plebeyas, y mi paupérrimo conocimiento de los seres, no necesitaría, por nulo, la clasificación de un Andrónico de Rodas. Si no puedo ahondar en mí mismo, ¡cómo intentar hacerlo en el espíritu de los demás! Para pintar con trazos firmes personajes imperecederos, tendría que haber estudiado esa ciencia casi divina que analizando el alma hace la disección del pensamiento, de la voluntad, del odio y del amor. Así como para Pitágoras el sér es el número, para Platón la unidad de las cosas y para los escolásticos el Supremo Hacedor, mi cerebro, que jamás ha cruzado el umbral de la metafísica, sólo alcanza a definirlo como una emoción extêrna que corre de la risa al llanto.

Voy presuroso por el mundo como un turista ignorante por los salones de una rica pinacoteca. Aquí contemplo un paisaje crepuscular de áureas tonalidades —oro en la nube de los cielos, oro en el trigo de los campos— y, como un contraste de dolor, bajan por una senda los segadores de la parva. Hay una luz de llanto en sus pupilas y en sus rostros se ven los zarpazos del hambre. Allá, acierto a mirar el talante de un guerrero sobre fondo de sangre y de ruinas. De entre las piedras preciosas de su armadura y bajo el caudal multicolor de las plumas del casco, emerge su rostro con la insolencia de un bigote de crines ásperas y sucias. Acullá, me cautiva la visión de una mujer desnuda: su cuerpo tiene el rosicler del alba, el azul de la tarde quema sus ojeras y la noche tiñe de sombras sus guedejas. Veo en el ángulo de una galería a un niño pálido que medita con la tristeza de un viejo, y sobre el césped de un jardín, a un anciano que ríe con alegría de niño.

¡Cuán abundante venero para un observador psicológico, pero no para mí, que me detengo en el detalle mínimo: en el oro falso del cielo; en el nácar engañoso de la carne; en el ridículo bigote del héroe; en la risa inconsciente del viejo.

¿Y el hálito de donde arrancan las acciones? ¿Y las mónadas? ¿Y la ra-

zón que incuba el pensamiento, y el tránsito de una percepción a otra, y las vibraciones del estado interior de los seres?

Que no hable quien no sepa de estas cosas...

Para la confección de este discurso sólo tengo a mano un álbum de viejas fotografías. Todas son de la misma persona: de una mujer. No importa su nombre, pero en verdad os digo que para hablaros de ella no reclamo la luz de la ciencia, sino cuanto de noble, de tierno y de generoso pueda encerrar mi corazón.

II

Al levantar la cubierta del álbum encontraremos el retrato de una niña, de cinco a seis años de edad, ataviada como una persona mayor, con su vestido de gro, a la moda de 1865, su manteleta y sus botas de raso que aprisionan unas piernecillas gordas y bien dibujadas. La niña tiene unos grandes ojos reflexivos y una expresión en el rostro, de seriedad y de reserva, que contrasta con sus breves años.

Sirve de fondo al retrato, una casa de pueblo, grande, alegre y soleada. El padre de la niña la construyó en terrenos de una huerta para él tan querida, que por no abatir los árboles frutales quedaron algunos dentro de la finca como guardianes de las puertas, a las que tocan discretamente con los nudillos de sus ramas, apenas se expande en el viento la primera llamada a misa. Languidecen los árboles condenados a vivir en la sombra y, así, los minúsculos corazones de las granadas han perdido en tamaño lo que ganaron en dulzura.

En el patio de la casa hay un pozo profundo al que la niña se asoma como al tubo cambiante de un caleidoscopio.

Cual un ciego trotamundos, el río pasa tentaleando con su bordón de cristal las bardas de la huerta. La niña está acostumbrada a escuchar desde que nació, sus romances y sus rezos; y no la inquietan gran cosa los tumbos de las crecientes, a pesar de que algunos años pasan como jaurías desatadas brincando por sobre de las tapias de la huerta.

Prestemos vida, por unos momentos, a la niña de la fotografía y hagamos que abandone esta estirada y difícil postura en que la colocaron para retratarla. ¡Ya se mueve! ¡Ya camina! Pero no tiene los alocados movimientos de todo infante travieso y juguetón. Ella hace sus cosas con la circunspecta actitud de una digna matrona, ya acune entre los brazos a su muñeca de rizos de porcelana; ya se instale en la galería con su silla y su bastidor de bordar, o riegue con su pequeña regadera el arriate de los encendidos tulipanes.

Tiene diez hermanos varones, de los que, el más pequeño, le dobla a ella

la edad. Todos le sirven de maestros porque, siendo la última de la familia, es la primera dentro de la casa.

Juan la enseña literatura y la hace leer, en voz alta, párrafos del *Quijote,* que ella retendrá en la memoria durante toda su vida y recitará con gran delectación: *Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos...*

Nicanor, el de las grandes barbas nazarenas, la enseña a dibujar flores primorosas, manos y pies, portadas de templos y rostros tan armoniosamente compuestos como sólo pintados se suelen ver. Corriendo los años, ella, a su vez, transmitirá gratuitamente sus conocimientos de la pintura a quienes los soliciten y algunos de sus discípulos alcanzarán fama y gloria, como Gilberto Chávez, el mejor paisajista de México.

Su hermano Isidro, de por sí tan bondadoso y taciturno, enséñale aritmética, y Francisco, el alegre trasnochador de la familia que sólo sabe tañer la guitarra y contar, como yo, cuentos picantes, la enseña a cantar lo mismo la habanera que narra, con triste cadencia, el amor de un negrito esclavo por su blanca señora, que la canción patriótica con que México desahoga sus penas como protesta por la extraña invasión que padece.

Como ella tiene la discreción de un viejo, nadie osa sospechar que sirva de sigiloso y diligente correo entre unos oficiales chinacos ocultos en la guardilla de su casa, y otros que igualmente quedaron escondidos en la de don Rafael Degollado.

(Este don Rafael Degollado luchó también por la Reforma, como su hermano Santos, pero nuestros historiadores lo tienen proscrito).

Gracias a los recados verbales que con tanto disimulo llevó la niña, pudieron escapar del pueblo, bordeando el cauce del río, los ocultos defensores de la patria. Ella va de su casa a la otra con aire de una niña pobre, a quien la necesidad echara a la calle en busca de lo más preciso. Encontrábanla los soldados franceses y ella les sonreía con tal ingenuidad que era imposible que su paso despertara sospecha alguna. Acción es ésta que, por sí sola, merece premio y alabanzas.

El tiempo, que todo lo siega, cegó a su hermano Francisco, quien desde entonces pulsa con más ahinco la guitarra, cantando, en compañía de la niña, endechas a la luz y a las flores, ¡a la luz y a las flores que él ya jamás podrá admirar!

También otro Francisco, su tío materno, le da una cátedra de suma importancia: el arte culinario, la vieja cocina provinciana cuyas recetas se transmiten de generación en generación, dentro del más estricto secreto. Ella átase a la cintura un gran mandil y trepa sobre un banquillo para preparar el postre del día: flan, decorado con flores de azahar; ante, pecoso de canela; huevos reales, tan escasos ya en los tiempos que corren.

Los amigos llegan para hacer la tertulia de sobremesa y elogian los dulces que son un prodigio.

Por hacer rabiar al tío, el señor Cura dice que la niña cocina mejor que don Francisco, y, para corroborarlo, pica de todas las confituras; pero ella contesta con su circunspección acostumbrada:

—Yo solamente le dí el punto a la miel; los huevos los *puso* mi tío.

Si hay alguna mala intención en la respuesta, no se percibe en el gesto, y, por lo tanto, nadie puede acusarla de irrespetuosa.

La niña ya sabe conversar y discutir con aplomo. Hay sospechas de que ella es quien escribe las cartas de las sirvientas a sus novios, y en las misivas un repique de consonantes denuncia su incipiente afición al verso.

Cuando se trata de festejar el onomástico del señor Cura, se fijan en ella, magüer sean cortos sus años, para confiarle el principal papel en una pieza dramática. Con su privilegiada memoria retiene todo el libreto, y es ella la que al ensayar los diálogos sirve de traspunte a las muchachas que representarán la obra.

Unas horas antes del festejo —¡oh sino fatal y desdichado!— sorprendiéronla sus papás en el retrete de la casa fumando con fruición un cigarrillo. Sus progenitores pusieron el grito en el cielo y la conminaron para que dejara una senda que, sin duda, conduce a la perdición de las almas. Ella escucha sumisa, pero el resentimiento del regaño merma las facultades de su garganta, de manera que, al levantarse el telón, su voz deja escapar un infantil sollozo.

La actriz de carácter sostiene con ella un patético diálogo y no sé por qué, ni para qué, pídele consuelo, pero con gran sorpresa del auditorio —que se sabe de memoria todos los parlamentos por haberlos oído ensayar en la intimidad de sus casas—, la niña se sale del original y con increíble desparpajo improvisa su respuesta:

Si me pides un consuelo
te daré un cigarro:
aguja que enhebra el sueño
y fosforece en la noche
como los ojos de un gato.

El humo de un cigarrito
disipa los sentimientos
y borra de nuestra mente
peligrosos pensamientos.

Si me pides un consuelo
quisiera darte un cigarro,

mas, por mi edad me lo vedan,
como si fuera pecado.

Fuma el rico y fuma el pobre,
fuma el discreto y el tonto,
¿Yo seré menos que un pobre,
o seré menos que un tonto?

El drama sufrió un colapso, entre lás risas de los varones y los aspavientos de las señoras. Después, el señor Cura reprendió a la niña, pero sus severas palabras contrastaron visiblemente con la ternura de sus ojos.

—Vámonos para la costa —decían con regocijo todos los hombres de la región, alistando sus reatas de mulas, la *ancheta* y las provisiones del bastimento.

Para ir a la costa, denominada así tan sencillamente, había que atravesar toda la República y desembocar en las playas de Veracruz, a la altura de Nautla. Allí daba principio la ruta tradicional que toca Tabasco, Campeche y que, doblando por el Cabo Catoche, cruza Belize para terminar en las tierras feraces de la Vera Paz, ya muy adentro de Guatemala.

¿No despierta vuestro interés el conocimiento de aquellas proezas realizadas modestamente por hombres tan esforzados, quienes lo mismo desafiaban las tormentas del cielo que el látigo abrasador de los soles del Trópico, así como la pavorosa soledad de las montañas y burlaban el asalto de los facinerosos?

Castos, sin haber hecho voto de castidad, y disciplinados y valientes, sin abrazar la profesión de las armas, cada uno de estos pacíficos descubridores, merecería como cronista a un Bernal. Ellos fueron el eslabón entre los mexicanos de la Meseta Central y los compatriotas que habitaban regiones tan distantes como si hubiesen correspondido a otro mundo.

Las pezuñas de los hatajos imprimieron sus puntitos negros sobre nuestra carta geográfica para que después, sobre ellos, se trazaran las rutas de otra nueva y mecanizada civilización.

El señor don Isidro, padre de nuestra niña, y los hermanos de ella, emprendieron, una vez más, el viaje. Iba el jefe de la familia en su mula andadora y Ponciano en el potro que vendería por tierras de Tapachula; el joven Isidro, llevando las cuentas de lo fiado, y Nicanor las del recaudo y el repuesto. Seis fornidos arrieros hacían los menesteres de la carga y de la descarga y el mozo de la yegua madrina tenía a su cuidado los bártulos para alimentar a la tropa.

Salieron todos los de la caravana ilusionados y contentos, que los largos

caminos son buenos telares de esperanzas y la juventud espuela tintineante que nos ayuda a aligerar el paso.

Pero Fortunio caprichoso volvió la espalda en esta expedición a los viajeros. Isidro y Nicanor se vieron atacados por las cuartanas, y un día con los fríos y otro con las fiebres, tuvieron que seguir tierra adelante, sobre el lomo cansino de las bestias, hasta llegar a Tenosique, en donde se dispuso un alto para que los enfermos recobrasen las fuerzas perdidas.

El ocio y el calor empujaron al señor don Isidro hacia los brazos de una lánguida costeña y de entre ellos tan sólo pudo arrancarlo el recuerdo de su virtuosa mujer, pero llevando ya en la sangre un mal infecto. Apresuró por ello el trueque de las mercancías y cargando sus mulas emprendió la vuelta a su casa. El venía bajo el yugo de una gran inquietud, la que produce en el hombre toda enfermedad avariósica y apenas cambiaba razón con sus hijos, encerrándose en un silencio de muerte.

Una tarde soltaron aparejos cerca del Monte de las Cruces. La luz corría a esconderse detrás de una cortina de menuda lluvia.

De pronto, fueron sorprendidos por las fuerzas imperialistas de Leonardo Márquez, y como Ponciano, sin contar el número de los enemigos requiriera la carabina, un tiro certero lo desplomó sobre la humedecida yerba.

El señor don Isidro, en este lance, perdió unos treinta mil pesos, amén de lo que no tiene precio: la vida de su hijo Ponciano, el mayorazgo de su casa. A ésta regresó el viajero, sin caudal y con el alma rota por la pena. Llegó a su casa, digo, y humildemente confesó a su mujer el haber pecado y el traerle la sangre emponzoñada.

Con tal cúmulo de males y en derrota su ánimo y su cuerpo, decidió encerrarse dentro de las paredes de su casa para que nadie, ajeno a ella, le mirase la ruina del rostro. Cuatro años duró esta voluntaria clausura y durante ellos la niña no se apartó de su padre. Ella fue su lectora y su barbero, su escribano y su dama de compañía. La niña se convirtió en una madre cariñosa y el padre en un niño enfermo a quien la muerte acecha.

Un día la penumbra de la alcoba devolvió su preso a la luz de la calle, sobre los hombros de sus hijos y en un modesto ataúd. Detrás de él caminaba una niña triste, vestida modestamente de negro. ¿Una niña? ¡No! Una mujer, la que retornaba a la vida después de cuatro años de abnegado encierro.

La rosa abrió su espléndida corola, en un invernadero de soledad y de dolor.

III

La siguiente fotografía nos muestra a una mujer joven y hermosa, de pie, cerca de una columna, luciendo con garbo un vestido de polizón, un bolero

ajustado y una mantilla española prendida en la cabeza. Un gran tupé desborda sobre la frente sus pequeños ricitos negros, y para que no aparezcan ociosas, las manos sujetan un devocionario. En el atuendo y en el porte, échase de ver que la dama es muy principal. Vosotros ya la conocisteis de niña y ahora la invitaremos a que abandone el viejo cartón de la fotografía para que se mueva más a sus anchas y para que nos muestre por entero la elegancia de su figura.

Ella y la madre viven solas en la casa paterna, que los hermanos —excepción de Francisco— se trasladaron a México en busca de fortuna. De allí le envían esas prendas de ropa que sirven de admiración a las señoritas del pueblo, las pamelas y los lazos, los exquisitos pomos de esencias, las sombrillas y los guantes, los finos chapines y todas las cosas que realzan la belleza femenina.

Como ella es discreta, sabe que el aroma mejor se guarda en el alma, pero mujer al fin, se rinde a los obsequios que le mandan sus hermanos y con deleite los usa, ya para asistir a la misa mayor, ya para visitar a sus amigas o para ir a la plaza las tardes de retreta.

Los muchachos de chaqué y de bombín —un Guízar, un Brambila y un Mendoza— la siguen con interés, sin lograr que se fije en ellos, a pesar de que, literariamente, ya experimenta la inquietud de amar. En su afán de escribir todo lo que piensa, sobre el primer pedazo de papel que tiene a mano, apunta estrofas que, después, se hallarán dentro de sus cuadernos de dibujo:

Amor ciega los ojos
y es, por esto,
que une las manos
para guiar los cuerpos...

También un alemán de pelo lacio y desteñido, la miró con sus ojos azules, de una inocencia sospechosa, y logró que la flecha diera en el blanco. Vibró dentro de la mujer ese toque sagrado, eternamente joven, indefinidamente viejo, precursor del suspiro, del rubor sin saber por qué y que conjunta el llanto con la risa, el deseo de la soledad con las ansias del ruido.

Como sus familiares notaran el cambio operado en ella, buscaron, y bien pronto dieron con la causa de su intranquilidad. Todos a una, cual si obedeciesen a un pacto secreto, comenzaron a susurrarle:

—Estarás loca si te fijas en un extraño.

—Es un *húngaro.*

(En aquellas tierras húngaro es sinónimo de gitano).

—Recuerda el refrán que dice:

No te cases con extranjero:
él busca criada o dinero.

Los vecinos del pueblo entraron en tan enojosa disputa cual si el peligro de aquel transeúnte los llamara a las armas. Había que defender a las mujeres de los advenedizos extranjeros, como se defiende a la propia patria.

—Si te dejas arrastrar de este intruso, nuestros ojos no volverán a verte...

A los consejos y a las imprecaciones de toda su parentela, ella, con sobrada razón, respondía:

—¡Si no sé ni cómo se llama el hombre!

Que así suele acontecer con las cosas que teje y desteje el pequeño diosecillo vendado.

Pronto el alemán desapareció del pueblo, pero su imagen quedó en la mente de la joven, como una cosa indefinible que pudo ser... y que no fue, pues no es dable a criatura humana desviar las rutas que traza el destino.

Llegó el hombre señalado para ello y no valieron amonestaciones ni halagos. Bastó que se vieran y súbitamente se enamoraron, pese a los pocos encantos físicos de él, substituidos, con creces, por su ingenio y por su arrolladora simpatía.

Y como por respeto a las costumbres de la época no pudieron hablarse nunca, cartas fueron y cartas vinieron hasta concertarse la boda. Las misivas dejaron entrever fácilmente los caracteres: él hablaba de negocios, de proyectos, de haber adquirido un buen caballo y, algunas veces, de política. Liberal entusiasta, temía que la familia de la novia, tan llena de escrúpulos y tan apegada a la Iglesia, pusiera el veto para el matrimonio. Ella, en sus escritos, le contaba sus sueños o le comentaba sus lecturas:

—Terminé *Atala,* y he llorado mucho. ¡Cómo la amaba *Chactas!* ¿Tú me amarás así?...

Sus letras contenían desbordamientos líricos en una caprichosa métrica:

Ayer en el sol triunfante
vi tu semblante;
anoche en la luna llena
tu cara morena.

Y hoy es tanto mi deseo
de mirarte y de quererte,
que en todas partes te veo,
sin verte...

El novio era pobre, pero descendía de las mejores familias de Jiquilpan.

Llegó el día de la boda y a ella asistieron centenares de parientes: los de la novia, aceptando quieras que no quieras lo irremediable, y los del novio, quienes salvaron una larga distancia para gozar de la fiesta: desayuno, después de la misa de velación; comida, que por su abundancia recordara otras bodas famosas, las de Camacho el rico, y el baile, decorado con alegres polcas de punta y talón.

Cuando se despidieron los padrinos, y las músicas se apagaron, hubo que acomodar a las visitas que vinieron de fuera, en la casa de los recién casados. Instalaron al novio con sus hermanos, y a la novia con sus cuñadas, en la alcoba nupcial. Escogieron para que la hiciera compañía, a una linda muchacha de Jiquilpan y con ella compartió el tálamo. Riendo y bromeando pasaron las mujeres la noche, y, oyéndolas, la desposada suponía que tales vayas y tan maliciosos donaires vendrían a cuento del chasco de su primera noche de bodas. Pero después supo que las burlas éranle dedicadas por compartir su lecho en tan grande ocasión y sin presumirlo, con la primera novia de su esposo, quien asistió a la boda para mejor disimular su desengaño.

Cobró la esposa venganza, escribiendo sus acostumbrados versitos:

En mi lecho te recibo
para mitigar tu pena
de quedarte sin marido,
siendo tan linda y tan buena.

Yo en mi sitio me acomodo,
tú, en el tuyo estáte quieta;
a él no le atrajo tu modo
por astuta y por coqueta.

IV

Aquí asoma un grupo familiar deliciosamente ridículo. Aparecen sentados, en sendas sillas de bejuco, el señor y la señora. El, descansa la diestra arrogantemente sobre una de sus rodillas y con los dedos de la otra mano pellizca la cadena del reloj, cual si quisiere arrancarle alguna nota melodiosa. Ella sostiene entre sus brazos a un pequeño bebé, que apenas se distingue dentro de su ropón vaporoso.

En medio del matrimonio se puede ver a un niño disfrazado de marinero, tan cuco y tan relamido que salta a la vista que lo vistieron así expresamente para retratarlo. Al ruido que produjo el obturador de la cámara, el

chico cerró los ojos y abrió la boca, como dispuesto a recibir la sorpresa de algún confite.

Por detrás de los padres asoman una señorita muy almidonada y un adolescente gordinflón, quienes alargan los oídos como si no quisieran perder palabra de una plática interesante.

Tal vez para alcanzar la fecha de este retrato el tiempo tuvo que tejer una larga cadena de días mezclando en ella, alternativamente, hebras de luz con hilos de tristeza. Los años no han cambiado el semblante de la señora; sus ojos siguen siendo reflexivos y su continente severo.

¿No pudiéramos realizar el milagro de que ella misma nos hable y nos relate algún rasgo saliente de su existencia, que corresponda al período de esta fotografía? Si vosotros unís vuestro ruego al mío, su retrato hablará, yo os lo aseguro.

Escuchad lo que dice:

"Servir de tema al discurso de un académico me desconcierta y me admira. Mi humilde existencia no puede ofrecer un campo de experimentación a los psicólogos, aunque estoy segura de que vosotros abrigáis la sospecha de que, además de un vestido de gro, yo tengo un alma. Reclamo mayor atención para ella y debéis exigir a mi panegirista que os la muestre.

Los hechos materiales son una simple mímica de nuestra vida interna, pero no siempre acertamos a definir el soplo que los mueve. Quizás tenga más fuerza la herencia espiritual que la biológica. ¿Os sorprende que una madre de familia, educada con tan escrupuloso recato, cite una ciencia que se considera inmoral y pecaminosa?

Mi curiosidad por indagar las cosas que se mueven alrededor del hombre, fue muy grande desde mi niñez.

Cierta vez pregunté a mi confesor:

—¿En qué instante se acoplan el alma y el cuerpo? ¿Existe un almacén de ellas, o nace cada una con la primera palpitación de la carne?

Por toda respuesta el sacerdote me contestó:

—¿Vienes a confesarte, o a confesarme?

Mis progenitores me legaron aristas de su propio carácter: soy pesimista como mi padre; poco expresiva en mis afectos, como mi madre. Ella no me besó, y yo no aprendí a besar, aunque una gran ternura caliente mi corazón. Cuando veo que mis hijos corren detrás de su padre, me asalta el temor de que lo quieran más que a mí, y sufro; pero no los puedo atraer, porque mis manos desconocen el amoroso imán de la caricia.

Tal vez tenga un pudor, o un orgullo extraños, que me impiden sacar a flor de piel mis sentimientos, y creo que yo no soy la única que sufre estas pequeñas taras. Algunas mujeres solemos incurrir en el error de no provocar las

caricias de los seres queridos, ¡y después nos quejamos porque ellos no nos regalan con las suyas!...

Mi esposo es muy bueno y alienta una alegría tan grande que temo que no se sienta feliz compartiendo mi seriedad. Sin embargo, logro retenerlo cerca de mí. —¿Inercia en el hombre? ¿Imperativo de la costumbre? —¡No lo sé! Pero es posible que riendo y alborotando no consiguiese yo mi propósito.

Las mujeres, lo mismo que los hombres, poseemos fuerzas incomprensibles y alcanzamos, sin proponérnoslo, curiosas finalidades. He logrado que mi esposo viva como yo vivo; mis costumbres son las suyas, pero, en cambio, yo pienso como él piensa, sin que él se haya percatado de la transformación de mi pensamiento. A raíz de nuestro matrimonio lo tuve por un soñador, por un iluso; sus teorías políticas me parecieron atentatorias, irreales, falsas. Hoy considero que es el hombre más generoso de la tierra.

—¡Yo soy liberal! —me decía él con orgullo.

En pos de una definición, recurrí a hurtadillas, al diccionario:

Liberalidad es hacer a la humanidad todo el bien posible, sin exigir por ello recompensa.

Comprendí fácilmente por qué mi esposo era liberal y lo admiré con más fuerza, muy en contra del sentimiento de toda mi familia. Entre las teorías de mi esposo que pugnan por defender al hombre del hombre mismo, y las de mi familia que se pronuncian por defender a Dios, encuentro más lógica en las primeras, pues Dios, con toda su infinita omnipotencia, no ha menester de paladines tan deleznables.

¿Y al hablaros de mí os dieron a conocer mis pensamientos? Los míos, como los de todas las gentes, oscilan entre dos puntos opuestos: los que me llegan de afuera como producto de sensaciones externas, y los que van de adentro para fuera, en un vuelo que no acaba nunca. Unos, emanados de la materia, se inspiran en las imágenes de lo que veo o en las vibraciones de lo que oigo; otros nacen del alma y están desconectados de toda realidad física.

Yo no puedo creer que sean producto de un mismo proceso orgánico los pensamientos que me impulsan a comer y a seleccionar lo que como y aquellos que me elevan sobre la naturaleza de las cosas hasta el origen de las almas, hasta la órbita luminosa de Dios. Los primeros, abren mis apetitos carnales; los segundos, hacen brotar dentro de mí, ideas de comprensión para todos mis semejantes.

Así, rodeada de los míos, como aparezco en este retrato, vivo un instante que si no es precisamente la felicidad pudiera asemejarse a ella. No tenemos apremios económicos, y el ser madre, no me ha ocasionado la menor molestia. Cada siete años he dado a luz a un hijo, y en el lapso intermedio, los

he visto crecer como una planta de mi huerto. En una sola cuna se han mecido todos, y los juguetes del primero han sido pródigamente gastados por las manos de los otros, como una herencia de alegría.

¿Verdad que nada sabéis, porque no han sabido contároslo, de mi dulce debilidad por los juguetes? Mi niñez solitaria halló refugio en ellos y los amé con ternura mayor que a las personas. Delante de una muñeca, en un monólogo continuo, se transformaba mi carácter, y mis dedos que no han sabido nunca acariciar, sobre los rubios tirabuzones de una cabecita de porcelana, apuntaron el remedo de una caricia".

Ningún castigo económico doblega el ánimo de esta mujer esforzada. Despide a la sirvienta con orgullo, pretendiendo que no se entere de las minucias del hogar, cuando en él falta para subsistir, lo más preciso.

Ella puede llorar de puertas adentro, pero al arroyo no ha de correr el agua de su llanto. En su estoicismo, ni siquiera reza, que la plegaria es falaz ejercicio de la memoria y no fruto jugoso del corazón. Por no saber pedir, no pide a Dios dádivas materiales; sólo implora del cielo bríos para contender con la adversidad, valor para no caer en pasos indignos, pero no resignación, porque ésta, más que una virtud, es una máscara que se ajustan al rostro los cobardes. Las mujeres que se resignan, están a punto de entregarse; los hombres que se resignan, no se detienen para huir a la hora del peligro; las naciones que se resignan, están siempre en camino de ser esclavas. Ella no siente la tentación de entregarse, ni de emprender la fuga, ni de ser esclava de su propio destino.

Suena la hora de seguir a su esposo y como las mujeres de la Biblia, échase el manto sobre la cabeza y recorre pueblos y más pueblos. En uno, entierra a la madre; en otro, se le casa un hijo, y en el de más allá, le nace un nieto. Reza por la madre, llora por el hijo y sonríe por el nieto.

Su misérrima bolsa no calienta nunca una moneda.

Como jamás expone deseos de obtener alguna cosa, es extraño que, después de doce años de ausencia, un día se ilusione por volver de visita a su pueblo nativo. Los hijos la entusiasman:

Habría que ir por las fiestas religiosas de diciembre, aunque con un presupuesto muy exiguo.

Redondean el viaje, pellizcando moneda por moneda, y lo emprenden, ella en un manso jumento; los muchachos en malas bestias de alquiler.

A través del camino se sueña y se canta:

"¡Campos de Michoacán, verdes espejos de belleza! ¡Los lagos se tiñen con el añil del cielo, y el cielo pinta sus mejillas con las purpúreas rosas de los prados!".

Atraviesan un valle recogido, descienden por una pina ladera y bordean una laguna cuyo color rojizo sugiere su nombre: *Poca Sangre.*

Por todos los senderos que desembocan al camino aparecen personas que la cercan llenas de alegría.

—¿A dónde va tanta gente? —pregunta ella.

—A encontrar a usted para darle la bienvenida —contéstanle sin que acierte a creerlo.

En las afueras de la población, una música la recibe con una pieza que parece nueva y que, sin embargo, ella escuchó en su mocedad.

Cercada por una multitud de parientes y de amigos, entra en las calles, tan conmovida por el suceso, que no deja de hacer pucheros como un niño mimado.

La señora no pide ropas, ni paseos, ni dinero para los gastos más precisos. Tal es su carácter, aunque le hiera saber que su esposo derrocha con un rumbo muy mexicano, girando letras en falso sobre el porvenir.

A pesar de su situación, no se duele de la pobreza. Está sola y es esto lo único que la impulsa a quejarse, con la circunstancia de que lo hace en verso y las quejas rimadas suenan un poco a falso. Ella cree, sin embargo, que su martirio se prolonga y se aviva, cada vez que sus ojos repasan el papel, que componer versos, según decía Lope, es una fácil manera de hacerse difícil la vida:

El insomnio me aprieta en sus garras,
mi desvelo desvela a la luna
y se burlan de mí las cigarras:

Es la una.

Con los ojos cerrados lo sigo,
desde lejos escucho su voz
y con ansias de paz lo bendigo:

Son las dos.

Me revuelvo en la cama con ira,
y lo llamo una vez, y otra vez;
mi cerebro exaltado delira:

Sonaron las tres.

Por mi puerta se filtra la aurora,
y no viene a mis brazos mi dueño;
el reloj ya no canta la hora,

rendido de sueño.

Cuando él llega me finjo dormida,
y si él duerme, yo rompo a llorar.
El insomnio consume mi vida
y es mi vida esperar, esperar...

Las tribulaciones de aquella casa para ocultar su bancarrota, comenzaron el día en que hubo que pignorar un reloj, por no dejar de hacer un obsequio a una parienta en su día de días, y culminaron con la fuga de todos los objetos de valor rumbo a un piadoso Montepío, cuya piedad apenas alcanzaba a un diez y ocho por ciento de rédito cada mes.

"Con gran sonrojo de mi parte he oído que os han recitado algunos versos míos, pero no pudieron deciros aquellos que yo guardo íntimamente en el armario de las cosas cursis:

He llorado sin consuelo
porque mi mano cruel,
hizo rodar por el suelo
a mi muñeca Raquel.

Que un muñeco que se hiere,
con el afán de jugar,
es un hijo que se muere
y queda sin enterrar.

Mi esposo suele halagar mi orgullo de mujer asegurando que no me engaña. ¡Ingenuo! Yo finjo que lo creo para no descender a esas triviales disputas en las que los hombres pierden todo disimulo y las mujeres la dignidad y la paz de su casa.

Y ya me callo, porque la discreción pone suavemente un dedo sobre mi boca..."

V

Acosado por las pasiones políticas, tan enconadas en los lugares pequeños, el esposo tuvo que levantar la casa y trasladarse a esta ciudad. Esto explica por qué la siguiente fotografía ostenta con letras doradas el nombre de Emilio Lange y son notas sobresalientes en el marfil de la cartulina, el moño levantado, el aire característico de altivez y un abanico sin objeto, si se toma en cuenta la frescura de nuestra altiplanicie.

Con un rótulo de comisionista colgado sobre la puerta, un sombrero de *bola* y su verbosidad de pirotecnia, el señor se situó en el recinto de la clase

media, cuyos derechos alcanzaban hasta llamarle al Presidente, don Porfirio a secas, cuando a él se referían, a aplaudir a Montoya en el teatro *Hidalgo,* a escuchar debajo de nuestra frondosa Alameda los valses de Abundio Martínez y a leer concienzudamente las noticias de *El Imparcial.*

Vino también con la familia la madre de la señora, quien con su pelo blanco, sus ojos azules y su tez sonrosada, como una viñeta a colores, ilustra las tertulias de la casa.

Pero ¡cuán engañosa prosperidad y qué difícil de sostener las apariencias, ante las escrutadoras miradas de los amigos que son como los rayos X para fotografiar el interior de las casas en ruina!

Alójase en la vieja casa de los Barraganes por donde desfilan las gentes más conspicuas del pueblo; los ancianos que la conocieron de joven, y los jóvenes que se detienen a mirarla como si contemplasen un antiguo retrato de familia.

Ocho días estuvo en su tierra, visitando casa por casa, excepto la que fuera de sus padres y que sus nuevos amos convirtieron en mesón:

—Me sentiría como una ruina dentro de otra ruina —decía.

Empero, no dejaba de inquirir, con curiosidad temerosa, por los árboles de la huerta, por el pozo del patio, por el zaguán que daba al río, por los granados del corredor cuyos frutos sangraban como pequeños corazones.

—Presiento que no volveré más a este lugar, y quisiera llevarme dentro de un relicario un puñado de polvo, como los peregrinos que visitan el Santo Sepulcro.

Y su presentimiento se cumplió. Ella, en persona, no volvería más al solar que la vio nacer, pero su recuerdo se aferraría a aquellas piedras como la hiedra al muro...

Una descarga eléctrica engendrada en el odio y en la desesperanza, brilló súbitamente y conmovió todos los ámbitos de nuestro país. ¡La Revolución! La revolución que puso a hervir en la misma marmita el dinero del rico y la sangre del pobre, con la ilusa esperanza de que sirvieran de abono en el surco de una patria nueva.

También la mujer que evoca mi torpe palabra, experimenta la inquietud de la hora. Su esposo y sus hijos se sintieron arrollados por un movimiento popular que tocaba los puntos más sensibles de su vida: la ilusión de romper con una cadena de vicisitudes. Sin embargo, la señora, con su peculiar pesimismo, filolóficamente decía:

—Los políticos fraguan revoluciones para trepar al poder; los soldados para obtener ascensos; los fanáticos para asegurarse la vida eterna; los estudiantes para recibir un título; los pobres tan sólo para comer. Y cuando los ricos hacen una revolución, los impulsa únicamente el desatentado deseo de

destruir en el hombre el culto por la libertad. Es triste confesarlo, pero el ideal acaba en donde comienza el interés.

Tras de una serie de sobresaltos, debidos a la intervención que los hombres de su casa tienen en la lucha armada, un mal extraño —la púrpura hemorrágica—, hizo caer en cama, durante largos meses, a la señora.

Hasta su lecho llegaba el estruendo del combate: el estallar de los cohetes en las momentáneas victorias, y el grito airado de las balas. Sus oídos se acostumbraron a distinguir el ruido de los cohetes y el de las armas de fuego. Enojábanla los primeros haciéndola exclamar con impaciencia:

—Esta es una odiosa diversión de tontos.

Pero cuando escuchaba el estampido de un balazo, su rostro se revestía de una trágica seriedad:

—Lo que sonó fue un tiro. ¡Pobre madre, o pobres huérfanos!...

Protestaba por lo inútil —el cohete—, aceptando como el imperativo de una ley fatal, lo trágico: el tiro.

Durante toda su larga enfermedad, un joven médico le brindó sus generosos cuidados: Ignacio Chávez, el mejor cardiólogo de México.

Quizás en la víscera de esta mujer, el sabio de ahora estudió una mínima parte de su ciencia y en sus conversaciones cotidianas, al lado de la enferma, apreció la grandeza de aquel pequeño corazón.

—Todos sus hermanos han muerto de lesiones cardíacas y en la plenitud de la vida —decían sus familiares aguardando con honda pena un triste desenlace.

Pero la muerte suele jugar con sus víctimas e indultarlas a última hora, resarciéndose, en cambio, con quienes no sospechan la inminencia del golpe.

Ella se reintegró a la vida, con la vida que le inyectara la mano prodigiosa de Ignacio Chávez, y su carne parecía tan frágil que se hubiera podido romper con una caricia.

He regresado de un largo viaje
y estoy bañada de eternidad.
¿Tú me preguntas lo que te traje?
Una estrellita para tu traje
y un alma limpia de vanidad...

De pronto cayó el esposo herido por una flecha del invierno que le destrozó los pulmones. Ella recibió la noticia sin aspavientos de dolor; ni gritos, ni sollozos. Un sobrio comentario salió de su boca.

—Cuando el plato se rompe, no tarda la taza en hacerse añicos.

Y, al decirlo, más que un lamento, estremecía su voz una esperanza.

VI

He aquí el último retrato del álbum. Las canas le cercan la cabeza como si fuese un velo nupcial; por detrás de los espejuelos sus ojos nos miran con una atención desconcertante y su boca se aprieta para cerrar el paso a las verdades, a esas que suele decir en pleno rostro de las gentes, sin que nada ni nadie la cohiba. Privilegio que se arrogan la edad y la experiencia.

¡Esta mujer se va quedando sola! Sola como un torrero en su atalaya, con los ojos fijos en los astros; inconmovible ante las tempestades de la tierra y del mar.

Es la única que resta de todos sus hermanos. A la muerte del esposo siguió la del hijo mayor, el preferido, y su recuerdo es como un hierro ardiente que le quema el alma, pero no se queja.

El otro hijo varón ha logrado subir, aun sin proponérselo. Tiene amigos de valimiento y lealtad suficiente para conservarlos. Se roza con personas de un elevado espíritu, de quienes él pretende imitar las buenas acciones. Hasta intenta correr por hombre inteligente, pero tropieza con un obstáculo insuperable, que el talento necesita demostrarse con obras y no con afirmaciones verbales.

Una hada protectora lo lleva de la mano por diversos caminos. Ha sido aprendiz de escritor, aspirante a diplomático. Como escritor, realiza largos viajes, y como diplomático, ha publicado algunos libros.

Esta mujer de la nieve en el pelo, tan arraigada a su parroquia, por no dejar de ver al hijo que le queda, lo ha seguido en sus lejanas correrías. Visitando las mayores ciudades del mundo, ha exclamado con cierta amargura:

—Muy grandes, sí, muy hermosas; pero como mi pueblo ninguna.

Cuando vivo en tierra extraña
tan sólo pienso en la mía:
cielo azul, verde campaña,
fresco gajo de alegría.
¡Estoy en la bella España!
Pero no es mía.

Su hijo sintió siempre más respeto por la censura literaria de su madre que por la del crítico más exigente.

Dejóle en cierta vez el original de un libro para conocer su opinión, y ella, después de leerlo, le dijo:

—Si le quitas las malas palabras, los nombres propios y las referencias indiscretas, podrías publicarlo.

El autor, desencantado, quemó el manuscrito, pues todo él estaba cons-

truído con odio, con nombres de personas respetables y con fuertes vocablos.

En vísperas de todo viaje, ella condicionaba su compañía:

—Prométeme que no me dejarás en tierra extraña.

Con esta hiperestesia de los viejos, la hería cualquier mínima cosa. No toleraba que cerca de ella se hablase en voz baja:

—Algo traman. Todo me lo ocultan. Ya soy una carga inútil.

Escuchad sus lamentaciones:

Qué triste es estorbar
y conocerlo,
y sin darlo a saber
hay que aceptarlo,
y acallando las penas
todo amarlo,
y con serena calma
todo verlo.

Todo lo ven los viejos
declinando,
cuando la triste vida
se va yendo,
gastada toda entera
en irse dando,
y a fuerza de pesares
ir muriendo...

¿Es la simple materia que se queja al desmoronarse, o es el alma que se dispone a emprender el último vuelo?

¿Es ella quien expresa su desencanto, o es una copla de Jorge Manrique que viene hasta nosotros por un túnel de siglos?

La vida es una escala de sentimientos monótonos, iguales, sin discriminación de tiempo. El dolor del pasado será el dolor del porvenir.

Lejos de su patria, en una madrugada calurosa, su cabeza se dobló sobre su pecho, como un puente que se rompe sobre un abismo, como un eslabón tirado entre dos mundos; el de las virtudes antiguas y el de las aspiraciones modernas.

Y el llanto fue inevitable, a pesar de su recomendación postrimera:

Si en la nada me pierdo,
si con mi ausencia padecéis quebranto,

¡no me lloréis, que el llanto,
ahogaría lentamente mi recuerdo!

El inventario de sus bienes cabe en una hoja de papel:
Un traje negro, que le sirviera de uniforme en sus soledades;
Un manuscrito de versos;
Unos cuantos retratos de familia;
Una *Imitación de Cristo.*

¡Ah, dormido entre las páginas del *Kempis,* he encontrado un billete de a cinco pesos! ¡Toda una fortuna! ¿Habríase vuelto avara al final de los años? Pero, esperad. Junto al billete hay un papel que dice: *Para una misa después de mi muerte...*

La misa la he oficiado yo y vosotros la habéis oído devotamente.
Con una voz tomada por la emoción, honda de gratitud, os digo:

"Idos, la misa está dicha..."

HUMORISMO Y SATIRA *

Por don Teodoro Torres

Proemio

PODEIS estar seguros, señores académicos, señoras y señores, de que si de mi voluntad hubiese dependido, yo habría compuesto para esta noche, en vez del que traigo, un sabio discurso que justificara la honra inestimable que me hicisteis, señores académicos, al admitirme en este ilustre instituto, y que pagara la cortesía, la bondad y la paciencia con que habéis venido a oírlo, señoras y señores. Pero demasiado bien sé que sólo voy a evidenciar la certeza que siempre tuve, de que esta ilustre asamblea exageró mis escasísimos méritos para poder tomarlos como prenda a cambio del galardón de su envidiable compañía.

De buena gana hubiera omitido también la disculpa, que suele emplearse como inevitable y manido recurso oratorio; pero a pesar de mi deseo de tener siquiera la virtud de la originalidad y de la concisión, no podía excusar la advertencia, que en esta ocasión está justificadísima.

Espero, con todo, que, vuestra bondad aparte, me ayude la bondad del tema, pues por fortuna el que elegí se presta piadosamente a cubrir esta incapacidad mía para tratar cuestiones de altura y de profundidad en el terreno literario, porque permite echar mano del ingenio ajeno para salpimentar con donaires lo que se dice, y autoriza el estilo ligero y aun la salida de tono. Y, por otra parte, si bien la sátira, la crítica mordaz y el humorismo tienen ilustres y remotos orígenes en la literatura —y de la sátira y del humorismo voy a hablar aquí—, dejan descender hasta la fuente más copiosa de esa manifestación de los sentimientos del alma humana, o sea hasta el gracioso

---

* Discurso pronunciado por el autor en su ingreso como Individuo Correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Española, el 24 de septiembre de 1941.

decir del pueblo, del que todos sabemos y está, por lo mismo, al alcance de las más modestas fortunas intelectuales.

Pretendo averiguar, principalmente, en estas descosidas líneas los antecedentes históricos, étnicos y biológicos de la sátira y del humorismo. Llevo mi audacia hasta establecer la diferencia entre sátira y humorismo, con una clasificación que puede ser arbitraria, como mía. Intentaré, de paso, saber hasta qué punto la crítica, tanto la acerba como la dulcemente graciosa ha sido, como se pretendió antaño, moralizadora y edificante; cuándo sirvió solamente para desahogar enconos malsanos y cuándo para provocar la risa que descarga de pesadumbres el espíritu desempeñando la noble función de alegrar la vida, inclinada siempre al dolor y a la tristeza. Todo ello con el fin de saber si nosotros, los mexicanos, somos satíricos o humoristas, y para discernir cuál de las dos designaciones merecen el ingenio popular y la escasa literatura de los que han explotado entre nosotros la vena del buen humor o de amargo decir.

Tiene, pues, mi estudio, esa patriótica disculpa, ya que fuera de algunas apreciaciones personales, nada nuevo queda por informar sobre la historia de la sátira, hecha por grandes autoridades, pero que deja un resquicio para observarla desde el punto de vista de la psicología de un pueblo nuevo, que tiene modalidades propias en el pensar y en el sentir.

Para llegar a necesarias conclusiones por el sistema de la comparación y mediante el examen de la sátira de todos los tiempos, me veré precisado a remontarme a los antíquisimos orígenes de que hablaba antes, y os ruego que me concedáis vuestra indulgencia en el largo viaje que me propongo hacer antes de llegar al objeto principal de esta plática. Y quiero anticiparos la súplica de que no tengáis por estudiadamente heréticas, para llamar la atención con ellas, algunas opiniones que juzgan a los más grandes satíricos con el ingenuo modo de verlos de un hombre situado a más de veinte siglos de sus resplandecientes glorias y que tiene la osadía de decir que no las ve, con sus ojos miopes, ni las goza con su gusto, acaso estragado por el "astracán" y la jácara, con la misma devoción y el mismo gusto que los hombres de sus tiempos. Tomadlas como escarceo juglaresco, como franqueza de indocto, y, en todo caso, como esa originalidad de que hablaba antes y que posiblemente alguien pudo calificar de presuntuosa. Pero es que hay también la originalidad de los ayunos de literatura y, por lo tanto, libres de influencias y de juicios hechos. Esa originalidad de la que dice Don Jacinto Benavente que le ha proporcionado sus mejores observaciones oyendo la opinión de los impreparados.

Cuenta el insigne comediógrafo español, en una de sus sabrosísimas conferencias, que en un viaje por Tetuán, la ciudad de las fuentes, acompañado de gente de varia condición social: la mayoría escritores o tocados de litera-

tura, todos celebraban lo pintoresco de la ciudad mora. A cada paso era un éxtasis: "¡Vea usted qué nota de color! ¡Qué típico...! ¡Qué característico...! ¡Qué misterioso!" Un buen señor —boticario de profesión— que también nos acompañaba —dice Don Jacinto— nos oía en silencio. Pero al fin, al encontrarse aparte conmigo, no pudo menos de manifestarme: "Ustedes dirán lo que quieran; pero a mí, francamente, todo esto me parece una porquería". Y yo no pude menos de decirle: "Y usted es el único que está en lo cierto..."

Muy lejos de mí la pedantería y el irreverente desacato de calificar de porquería la obra de los grandes satíricos antiguos. He traído a cuento la cita sólo para justificar el apuntado concepto de la "originalidad". Y voy a decir, por fin, lo que pienso de la sátira de los lejanísimos tiempos en que empezó a manifestarse.

La sátira antigua

La sátira, con todo, es todavía más antigua que esos tiempos. A mí me parece que, antes de los versos y cantares con que se expresaron, en la mañana de la creación, los afectos del alma; antes de los dulces diálogos virgilianos; antes de que el arte ennobleciera, con las reglas literarias que le fueron dando aliño, a lo que se elabora en la admirable máquina de la imaginación, ya los hombres de la tribu y del clan habían expresado su descontento por las asperezas de la humana convivencia.

Uno de los preceptistas más acuciosos en materia de asuntos literarios, don José Gómez Hermosilla, supone la misma misteriosa e insondable profundidad a la costumbre de censurar y zaherir porque ella está en la naturaleza del hombre. "La censura seria y jocosa de lo que nos choca y ofende en las acciones de aquellos con quienes vivimos —declara el tratadista español—, es un resultado necesario de nuestras inclinaciones y tan antiguo como las sociedades; lo que ha variado y debido variar es la manera de hacerla".

Este fue el punto de más interés que encontré en el estudio de la sátira de todas las épocas. Me refiero a las variantes que tiene de acuerdo con los tiempos, las razas y el temperamento de los pueblos.

Si hay una cosa incambiable en el hombre es su naturaleza misma, la esencia de su sér y de su genio, la tendencia y la dirección de sus pasiones, iguales hoy que en la divina candidez matinal del mundo, mas todo eso sufre transformaciones, si no de fondo, sí de forma en la manera de externarlo, a medida que las costumbres cambian.

De allí que las sátiras, que son consideradas hoy, todavía, como la más alambicada manera de decir una invectiva, nos dejan al leerlas un tanto desconcertados y desilusionados.

Recuerdo con qué afán, llevado por mi afición y mi temperamento a las cosas de la crítica, busqué desde hace mucho en los grandes satíricos lo que, según mis noticias, era ejemplo de ingenio y de mordacidad.

Y sea por hallarme fuera del tiempo y del ambiente, a veinte siglos, como he dicho, de los hombres que dejaron esos monumentos literarios, tan difíciles de entender ahora como las columnas dispersas y rotas de un templo en ruinas; o bien porque la obra diluyera su fuerza dialéctica al verterse en una lengua de tan distintos giros, el caso es que los poetas latinos me parecieron ineficaces para transmitirnos su cólera y su risa. Tal como los ademanes, los gestos y las voces de un anciano centenario que pretendiera convertirnos a las efusiones de su juventud mediante maliciosos guiños y exaltada mímica. Me referiré, en concreto, a los tres satíricos geniales que todo el mundo cita cuando quiere hacer gala de erudición.

Horacio, el venerable maestro de quien nos viene todo nuestro arte clásico y que en los cuatrocientos sesenta y seis versos de su *Arte Poética* nos dejó la lección más grande de todos los tiempos sobre la manera de escribir, es candoroso y sencillo en sus sátiras. Es un satírico bueno (valgan la paradoja y el contrasentido), que trata de herir sin tener en la mano la espada del encono real. Aun aquellas veces que fulmina con devastadores enojos, adviértese que sólo está haciendo una literatura muy en boga en sus tiempos.

Una de sus más ardientes diatribas es aquella que dirige a Casio Severo. Le increpa con estas destempladas voces, que más parecen las de un escolar enfurecido que emplazara, de banca a banca, a su condiscípulo, para la salida de la clase:

¿Por qué, perro, maltratas a los inocentes huéspedes?
Cobarde contra los lobos,
¿Por qué no, si te atreves,
Vuelves hacia aquí tus amenazas
Y me hieres a mí que te morderé?

Hay otra dedicada al prócer que fue la razón suprema de su vida, según dice en una de sus odas, a Mecenas. ¿Contra quién suponen ustedes que arremete en ellas? Contra el ajo, que le había hecho daño en una comida.

Como no estoy analizando la belleza del estilo, ni la profundidad de la sentencia, las dos eminentes cualidades de los poetas latinos, sino la intensidad cómica de la sátira, hay que convenir en que la del respetabilísimo Horacio perdió su fuerza en el viaje secular, y si se me permite la observación, que apoyaré un poco después con irrecusables datos, debo decir que Horacio careció de las condiciones del satírico, o sea la del descontento, la del resentimiento, que con tanta sabiduría ha estudiado el insigne Marañón en un libro reciente.

Pero ni aquellos que sufrieron persecuciones como el desterrado Juvenal; ni los que padecieron la amargura —¡de la que nosotros tanto sabemos y que, por su abundancia, ya ni alientos para la burla nos deja!— de vivir en una época de desenfreno, corrupción y abuso, como Persio y Luciano, tienen la eficacia de hacernos sentir la ironía retozona, que seguramente no hizo ninguna falta a los romanos de la decadencia.

En aquella sátira de Persio, tan parecida a la conocidísima catilinaria de Cicerón: "¿Hasta cuándo, Catilina, etc.?" y que comienza también con el muy conocido: ¿Res populi tratas?, Persio, en el paroxismo de la cólera, y parodiando a Sócrates en su diatriba con Alcibiades, dice estas palabras sencillas, que no sincronizan con su ira por esa misma reposada sencillez, y que, por lo demás, —¡oh eficacia de los pensamientos geniales!— pueden aplicarse a cualquiera de los que detentan el gobierno en el mundo, en esta hora negra de tiranía y de opresión: "¿En qué cosa confiado, en qué experiencia de las cosas tratas, gobiernas y administras la República?"

En tanto, Juvenal, a quien vemos más moralista que satírico, criticando a la nobleza de Roma prorrumpe, dirigiéndose a Pontico: "Más quiero que seas hijo del cobarde Tersites, con tal de que seas tan valiente y esforzado como Aquiles, que no seas hijo del valiente Aquiles y salgas tan cobarde como Tersites. Porque habrá sido el que dio principio a tu nobleza, algún forajido o ladrón, y persuádete a que la verdadera nobleza está en la virtud".

Altas y nobles palabras las de estos varones cuya elocuencia para sermonear no podemos poner por abajo de ninguna otra; pero ¿no cuadra más a nuestro gusto esta vulgar redondilla que tiene la esencia misma de la invectiva de Juvenal y, sin embargo, nos llega más pronto y nos alegra con más ímpetu, la pajarilla de que hablaba Quevedo, o sea la malévola entraña que se regocija con la maledicencia:

¿Quién es el santo varón
que pueda decir contento:
dieciséis abuelos cuento
y ninguno fue ladrón?

Quevedo, el más grande satírico

Hay una razón para conceder mayor gracia y movimiento a los epigramas y agudos decires escritos en nuestra lengua, que a todo lo que dejaron en las hoy lenguas muertas los más famosos epigramatarios del pasado. No soy yo quien la saca a luz, sino uno de los más fecundos e ingeniosos escritores festivos españoles y, para mí, el más grande satírico de todos los tiempos: Don Francisco de Quevedo y Villegas. En una carta que el hombre de los ini-

mitables donaires dirigió a don Antonio de Luna y Sarmiento para explicarle la intervención de la Musa Terpsícore en la poesía y en la música, dice: "la lengua latina es muy pobre en juegos de palabras, como se ve en la esterilidad de sus más festivos escritores antiguos, con quien algún moderno, compitiendo, pudo en esta parte quedar tal vez más adelante".

Y a nadie más que a Quevedo le conviene la asignación de esa ventaja, si comparamos con el original sus imitaciones de los epigramas de Marcial que seguramente contienen, en esencia y potencia, el agudo pensamiento, la burla y la dañina intención de esa clase de literatura; pero que no pueden desenvolverse con la misma gracia en el idioma del Lacio, conciso y sobrio, como en el español abundante en giros, propicio al retruécano y al equívoco, mucho más rico en vocablos que ayudan a un interminable juego de palabras, y van extendiendo hasta lo infinito, con la ayuda de jeringonzas y germanías, renovados constantemente por los tiempos y las costumbres, las posibilidades de la sátira.

Veamos cómo aprovecha Quevedo un epigrama de Marcial, enderezándolo contra su mortal enemigo don Luis de Góngora.

De estos dos versos latinos:

Versiculos in me narratur scribere Cinna
Non scribit, cuius carmina nemo legit;

de esos dos versos, digo, saca Don Francisco esta letrilla que resuma gracia e ingenio:

Dice Don Luis que me ha escrito
un soneto, y digo yo
que si Don Luis lo escribió,
será un soneto maldito;
A las obras lo remito:
luego el poema se vea;
mas nadie que escribe crea,
mientras más no se cultive,
porque no escribe el que escribe
versos que no hay quien los lea.

Otros mil ejemplos pudiera copiar —y al decir mil no exagero, porque la obra de Quevedo es más copiosa que la de todos los satíricos griegos y latinos, juntos— en favor de nuestro poeta español; pero no puedo detenerme en cada detalle y en cada observación de este somero estudio.

Citaré, con todo, una opinión más, que refuerza la que acabo de exponer. Otro insigne satírico español, par de Quevedo, aunque de estilo y género dis-

tintos, don Mariano José de Larra, en su artículo *De la Sátira y de los Satíricos,* al hablar del siglo cultísimo de Augusto y después de calificar de oscuro a Persio y de acre a Juvenal; después de comentar la licenciosa manera de Catulo y de Tibulo, la desnudez de Marcial, y de incluir en la crítica algún pasaje de la Catilinaria y de la égloga de Virgilio —la de Alexis y Coridón—, declara que todas esas manifestaciones del genio y del buen gusto romanos, hubieran provocado "gestos de hastío y de indignación, no precisamente en nuestra sociedad moderna; pero aun en el siglo de Luis XIV, más aproximado a ellos que a nosotros".

Larra acude a otro razonamiento para explicar la dificultad de gustar y entender a esos antiguos cultivadores de la sátira, además de la oscuridad de su pensamiento y las limitaciones de su lengua. Dice que, "como las costumbres varían y el pudor va a más en las sociedades con la edad, así como en los individuos, y solamente se halla oculto o perdido en la infancia y en la vejez, los satíricos latinos, así como los de la antigua Grecia, carecieron de él porque aquella era la infancia de la sociedad europea de entonces".

Dos cosas he pretendido con esos autorizados testimonios: primero, demostrar que tenemos por el idioma y el pensamiento, la más noble ascendencia satírica y, después, lograr el descargo de mi conciencia que se siente turbada por la audaz apreciación de la sátira antigua. Pero, digámoslo en su abono, ¡qué culpa tuvieron los remotísimos padres de nuestro idioma, de que el hijo se enriqueciera con ese tesoro de vocablos que tiene el español y con cuya diversidad pudo cubrir la amargura y la acrimonia que se esconden, invariablemente, en toda crítica...!

El satírico, un amargado

De esta última afirmación surge otro de los postulados de mi ensayo, derivándolo hacia el punto que pudiéramos llamar patológico, desde el momento en que la sátira parece nacer, como las perlas que cultiva el molusco mediante un mal interior, de una enfermedad, de un dolor: el dolor de la injusticia, de la pena —que nosotros sentimos todas las mañanas al leer los periódicos— producida por la maldad humana, y hasta por esa enfermedad que el catecismo califica de "tristeza del bien ajeno", que tiene un color amarillo y se llama la envidia.

Siguiendo esa trayectoria de la crítica a través de su evolución en el humano organismo llegaremos a la conclusión de que si los antiguos satíricos aparecen más sencillos a la vez que más acres vistos desde nuestros tiempos, no es sino porque, como dice Larra, vivieron en la infancia de la sociedad; y porque no tuvieron el admirable instrumento de una lengua ampliada por el uso, elegantizada por la civilización y domeñada en sus ímpetus sinceramen-

te primitivos, por esos que los ingleses llaman "humour", los franceses "esprit" y no es sino el refinamiento de las costumbres, la cortesía que deja en humorismo, es decir, en buen humor, lo que en el fondo del alma es, en el primer impulso, un poco de maldad y un poco de encono o de envidia.

Esto robustece la afirmación de que no se puede ser satírico sin tener la condición de ánimo que predispone a la crítica. Por eso seguramente casi todos somos satíricos alguna vez: porque todos tenemos momentos de amargura. Pero quienes más profunda huella dejaron con sus sangrientas burlas, aparte de su condición literaria y su calidad genial, fueron los que más sufrieron, y los que quisieron vengarse en la humanidad de las heridas que a ellos les infirió el destino haciéndoles nacer deformes, fáciles a la sátira y al engaño, a la burla de los demás.

De allí que dijera antes que Horacio careció de las condiciones del satírico. En efecto, a este cordial amigo del más grande de los emperadores romanos le faltaba la irritación de Marcial contra la indiferencia de los próceres; la tristeza de Pope, de Leopardi y de Juan Ruiz de Alarcón por su deformidad; la cojera que amargó la vida de Lord Byron; la desgracia constante y el enojo de Felipe IV y del Conde Duque de Olivares que llevaron a Quevedo a morir llagado y miserable en su Torre de Juan Abad; la pobreza, la incomodidad y la injusticia que engendraron el Quijote; la torva saña que convirtió a Heine en un descastado; el amoroso desencanto de Larra, las prisiones y las persecuciones que hicieron salir a Shakespeare de Stratford-upon-Avon hacia Londres y hacia la gloria.

Solicitado de Augusto, cuya oferta suplicante de que sea su secretario rehusa para no dejar el "beatus ille" que le había procurado Mecenas al regalarle la linda quinta campestre de La Sabina; dedicado al *otium*, al reposo, "a las cenas dignas de los dioses", con Lalage, la de la linda sonrisa y Lidia, reconciliada, y sus vecinos charlatanes y filósofos; encantado con su casa de campo, con sus tijeras de jardinero, su viña, sus rosales y sus inquilinos de cinco oficios: suspirando en el campo por la ciudad y en Roma por el campo: "¿O rus quando te respiciam?" [1], debió tener esa bondad que nos hace hallar siempre la vida buena y no deja lugar a la amargura, madre de la mordacidad. En sus odas abundan los consejos para vivir como cantaba el viejo Anacreonte: "coronados de rosas y disfrutando de la juventud y del placer".

En cambio, si recurrimos al que, según creo —lo dije ya—, es el más grande satírico que han producido hasta hoy las letras, a Quevedo, y nos asomamos al fondo de su alma atormentada, cómo vemos que, a semejanza de Job, al hacer un recuento de su vida pasa, como las cuentas de un rosario, la lista de sus desventuras; pero burlándose de ellas, del mundo y de la vida,

[1] Emile Henriot: *Horacio y su Tiempo.*

del cielo y de la tierra, con una especie de desesperación encubierta con la amarga sonrisa de quien nada espera ya de los días que le quedan por vivir.

Todos los biógrafos y críticos de Quevedo tienen, por autobiográfico el conocido romance en que "refiere su nacimiento y las propiedades que le comunicó". Oigámosle cómo habla en él:

Porque es tan feliz mi suerte
que no hay cosa mala o buena
que aunque la piense de tajo,
al revés no me suceda.
De estériles soy remedio
pues con mandarme su hacienda
les dará el cielo mil hijos
por quitarme las herencias.
De noche soy parecido
a todos cuantos esperan
para molerlos a palos,
y así, inocente, me pegan.
Aguarda hasta que yo pase,
si ha de caerse, una teja;
aciértanme las pedradas,
las curas sólo me yerran.
No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
ni juego donde no pierda,
ni amigo que no me engañe,
ni enemigo que no tenga.

Ineficacia de la sátira

Pasando a otro de los puntos propuestos parece oportuno que nos preguntemos: ¿cuál ha sido la eficacia de la sátira para castigar la vileza del mundo? La divisa que el poeta Santeul dio al arlequín Domenique para que la pusiera en el telón de boca de su teatro: *"Castigat ridendo mores"* (Corregir, burlándose de las costumbres), no pasa de ser un adorno literario que cuadra muy bien en las portadas de los libros donde el hombre vierte sus desahogos. De otra manera no se comprende cómo después de las burlas de Aristófanes, que personificaba en *Las Nubes* (una de sus comedias más famo-

sas) al pueblo en la figura de Demos y le decía —fijaos, señoras y señores, cómo parece dirigirse a cualquiera de los pueblos que hoy componen el nervioso, azogado y cambiante mapamundi—: "Eres un imbécil, adulador e intrigante; te conducen cogido por la nariz y tú, extasiado cuando te arenga, permaneces inmóvil, con la boca abierta"; o cuando increpa en la misma comedia a los "líderes" de sus tiempos, precursores de nuestros líderes, insultándolos con estas palabras: "Tú eres un hombre zafio; eres un malvado y la hez de la plebe; pero tu voz es atronadora y tu elocuencia desvergonzada, tu gesto maligno, tu charlatanismo muy a propósito para la plaza pública; descansa, pues, en mis palabras; posees todas las dotes que se necesitan para agitar a Atenas". Después de las catilinarias y de las filípicas; de las críticas del *Satyricón* para la corrupción romana; de los zahirientes refranes de Suetonio para las rapiñas de los ejércitos de César y para todas las atrocidades de las Galias; al cabo de las burlas de Molière y de los ejemplos de la picaresca española que inmortalizaron el tipo del truhán para ejemplificación del mundo, pues no era para imitarlos para lo que se exhibía al *Buscón* y a *Guzmán de Alfarache;* al *Lazarillo de Tormes* y al propio y autobiografiado Don Diego de Torres y Villarroel; y después de la infantil y original manera de moralizar al mundo haciendo hablar a los animales, tan elocuentes en las bocas de Fedro, de Esopo, de Lafontaine y de Iriarte, al cabo de todo eso, ¿no sigue habiendo tiranos en el mundo, ejércitos rapaces, y pueblos que se dejan esclavizar; sociedades corrompidas, y avaros, y bobos, y mentecatos, y presumidas en las sociedades? Y en vista de que la truhanería ha llegado a ser un "modus vivendi" casi social y constitucional, ¿no es cierto que ya las fábulas no son fábulas, sino muy serios y solemnes documentos humanos, pues los animales han demostrado ser más sabios, más humanitarios, y mejores que los hombres?

Por otra parte ¿qué queda de la sátira contra la fe y las creencias, de la obra demoledora de los enciclopedistas, iconoclasta y arrasante? En lugar de corregir y de reformar, y mucho menos de divertir, enfrió las almas, fue semillero de odios, preparó la sangrienta revolución de Francia y dejó a través de los tiempos la desolación de un vendaval sobre un bosque antaño poblado de rumores. Tres siglos después de que Voltaire escribiera *La Pucelle,* burla sangrienta de un heroísmo y de una santidad, Bernard Shaw responde con una *Santa Juana de Arco* reivindicadora y confortante, y a *Las Vidas de Jesús* de Renán y de Strauss, herederos del pensamiento de los revolucionarios del siglo XVI, suceden las hagiografías de doña Emilia Pardo Bazán, de Papini, de Mauriac y de Chesterton, y el mundo, a quien se le aconsejaba reír de los objetos de su culto, mira más encendida que nunca la llama de la fe, siente la nostalgia de lo divino, y sólo sigue encontrando consuelo y esperanza en El que vino al mundo para ser la esperanza y el consuelo de los tristes.

En una de las escenas de *Las Paredes Oyen* de Don Juan Ruiz de Alarcón, el escudero Beltrán, murmurador y socarrón como todos los escuderos españoles, que semejan llevar la provisión de cordura que sirve de guía a la locura idealista de los amos, obliga a decir a Don Juan a causa de alguna donosura del susodicho criado:

—Beltrán, satírico estáis
A lo cual Beltrán responde:
—¿En qué discreto, señor,
No predomina ese humor?

Y otro gran mexicano, que se llamó a sí mismo el Pensador, y a quien le hemos dejado, en reconocimiento de su genio, el sugestivo nombre, Fernández Lizardi, declaraba que "la sátira, no señalando personas ni con sus nombres ni con sus señas individuales, lejos de probar una alma baja ni un corazón corrompido, manifiesta todo lo contrario, esto es: un sentimiento no vulgar, y un alma noble".

Los dos ilustres hombres de letras coinciden en la encumbrada apreciación de la sátira, concediéndole una extraordinaria virtud curativa después de hacer una convencional etiología del mal, que la medicina de la burla cura, según ellos, indefectiblemente, y atribuyéndola, el uno y el otro, a discreción, nobleza de alma y otras altruístas cualidades que convienen a toda obra moralizadora.

Pero de la discreción al desenfreno no hay más que un paso, especialmente cuando se juega con el fuego de la pasión; y así es cómo vemos que el pulido y caballeresco Juan Ruiz de Alarcón, en cuanto siente sobre su desmedrada figura el azote despiadado de la letrilla de Quevedo, se vuelve contra Don Francisco y le dedica una violenta diatriba llena de esas palabras obscenas, tan toleradas en aquellos tiempos, pero que ahora sólo quedan en los libros de la picaresca. Se llaman *Corcovilla* y *Pata Coja*. Y no se insultan con más saña dos de nuestros más entendidos albureros vernáculos en la puerta de una piquera.

¡Y quién dijera que esto ocurría en el Siglo de Oro, cuando el genio español llegaba a su excelsa madurez, y sus príncipes y señores, al mismo tiempo que producían *El Burlador de Sevilla* y las mil comedias de Lope, los sonetos de Argensola y *El Polifemo* de Góngora, se llenaban de oprobio por odios y rencores literarios!

En esos tiempos aparece la que ha sido llamada "la sátira más eficaz contra los libros de caballería", el libro de los libros, *El Quijote*.

¿Fue realmente una sátira *El Quijote?*

El mismo Cervantes rechaza el calificativo de satírico, cuando en su *Viaje al Parnaso* declara, indignado, que:

Nunca voló la humilde pluma mía
Por la región satírica, bajeza
Que a infames premios y desgracia guía.

Por esas advertencias previas, y por otras muchas condiciones abundantemente excelsas, podemos decir que no es libro de sátira *El Quijote.* Hace burlas Cervantes, en él, con la dolorida sonrisa del que se ríe de su propio infortunio, o con la conmovedora actitud de quien observa a la humanidad que va, en pos de la mariposa del ideal, con los ojos absortos y las manos tendidas, mientras sus pies tropiezan con los guijarros del camino. ¡ . . . Sus burlas no dañan más que a los seres forjados en su imaginación prodigiosa. . . !

¡Y cómo es suave su risa, y dulcemente cómica su crítica, y a veces hasta tierna, como la del padre que ríe con risa del alma de los traspiés del pequeño o de sus ingenuas malandanzas y desfiguros. . . !

Ríe de los desafueros de Rocinante, cuando el ruin caballero que *"tantum pelis et ossa fuit",* queriendo echar una cana al aire con las yeguas de los yangüeses, recibe una terrible patiza de las desagradadas y caballunas damas, porque *tenían más ganas de pacer que de él;* de la postura de Sancho en la aventura de los batanes, con las posaderas al aire; de las cabriolas de Don Quijote en la cueva de Montesinos; pero tanta locura y tanta simpleza, explotadas con genio sin igual, no son más que un fondo para hacer más luminosa y confortante la maravilla de los consejos del andante caballero al gobernador de la Barataria, en los que resplandecen la sabiduría, la misericordia y la justicia; o para llevarnos por suaves caminos de sorpresa a la más dolorosa y romántica de las escenas. Aquella en que a las fingidas esperanzas de los que rodean el lecho de muerte del manchego inmortal y le aseguran que "aún hay sol en las bardas", él responde "que en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño", con la infinita melancolía del que despierta de la locura de la vida y se dispone a entrar reposado y tranquilo en las augustas serenidades de la muerte.

Pero nunca ríe de nadie que pueda sentir en el alma la punzada de la burla. El libro siempre es alto y noble, y por eso es inmortal; de tal suerte inmortal y grande e insustituible, que si no hubiera otro en el mundo, con él nos sintiéramos acompañados como con el más placentero amigo, el consejero más sabio y de más alto y armonioso decir; como con la concepción soberana del genio y la manifestación del espíritu donde se hermanan la bondad, la sabiduría, la galanura y todas las grandezas y excelsitudes del alma humana.

Derivación de Sátira Hacia el Humorismo

En esos siglos en que a la caballería sustituye la cortesanía galante de los que vinieron a dulcificar las costumbres de los hombres de hierro de la edad media y del feudalismo, es cuando comienza a echarse de ver la derivación de la sátira, hacia un concepto más agradable en la crítica de las debilidades humanas. En una de las comedias de Shakespeare, *Las Alegres Comadres de Windsor,* encontramos por vez primera la palabra *humour* en boca del cínico Falstaff, que había de tener ilustre descendencia en los lores y gentlemen, elegantemente cáusticos, de las comedias de Oscar Wilde. Rabelais y Molière dan vida a Pantagruel y a Tartufo, dando al mismo tiempo, a la humanidad, "el gran confortativo de la risa". Según Saint Beuve, Molière ya no fue el satírico cuya principal misión fuera zaherir, sino que consideraba a la humanidad como a "una vieja chiquilla incurable a quien hay que corregir un poco, a quien hay que consolar, pero, sobre todo, divertir".

Falstaff, Tartufo y Sancho Panza forman la trinidad de los grandes tipos cómicos y señalan al mismo tiempo la diferencia de los humores, conforme al temperamento de las razas. Falstaff es una avanzada del humorismo inglés, que tiene los más cínicos desplantes y dice las más regocijadas agudezas sin mover un músculo de su cara, a la manera de Chaplin, ilustre nieto de los grandes histriones ingleses. Tartufo, con la abundante teoría de los personajes de Molière que encarnan todos los vicios y todas las bajas pasiones: el avaro, el misántropo, el farsante, las preciosas ridículas, tiene ya lo que se ha llamado más tarde el *esprit* francés; Sancho es la quintaesencia de la cazurrería, "costal de malicias", ensartador eterno de refranes, y un poco abuelo de nuestros rancheros y campesinos, de los mozos de estribo, arrieros, sotas y toda esa gente que en México, desde *Periquillo* hasta *Canillitas,* ensanchó el refranero español con los dichos, pullas, refranes, albures, tanteadas, carnes, choteos y vaciladas que desfiguran el idioma para disfrazar desvergüenzas o subrayar descaros.

El razonador y frío sajón es el padre del humorismo, de la sátira civilizada que no se descompone ni se exalta para decir las burlas más agudas, sino que es elegante y hasta poética con Lord Byron y vivamente mordaz con Bernard Shaw. El español es el creador del género cómico, que "en el tinglado de la antigua farsa" hizo reír con sana y exultante risa a los públicos de aquellos duros tiempos en que, según el insigne Benavente, "el pueblo tenía esa filosofía del que siempre sufre, dulcificada por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo y por eso sabían reírse del mundo sin odio y sin amargura". La ingenuidad y la sencillez del pueblo no precisaba del chiste científico, tabulado, preparado con máquina de calcular, en que vino a tener remate, con Muñoz Seca, el sainete

que era jugoso, desbordante de ingenio con don Ramón de la Cruz y don Ricardo de la Vega, y tuvo la soberana gracia andaluza en las comedias de los hermanos Quintero y en los entremeses de Arniches y Luceño.

Entre esos dos pueblos, tan diferentes de espíritu y de naturaleza y modo de vivir y de sentir la alegría, encarnó, haciéndose gentil, la antigua sátira. Y la verdad es que no sabríamos con quién quedarnos a la hora de escoger un rasgo de ingenio, de oportunismo chispeante y vivaz: si con Mark Twain, consanguíneo cercanísimo de los Moore y de los Swift y, para mí, uno de los humoristas natos, que llevan el humorismo en la sangre y lo sienten y lo viven y se alegran con él; el humorismo cuya vida tiene la palpitación convulsiva y espasmódica de la risa; o con Quevedo y Ricardo de la Vega, que en trance de muerte y a la hora de las supremas tristezas hicieron el último chiste.

A Mark Twain le escribió, cierta vez, un admirador e imitador suyo preguntándole si era cierto que los mariscos fortalecen el cerebro y aguzan el ingenio, y mandándole al mismo tiempo unas cosas humorísticas que había escrito para que, en vista de la calidad de las composiciones, le dijera si estaban bien así o si necesitaba él la fosfórica refacción y en qué cantidad de los consabidos mariscos.

La respuesta de Samuel Clemens, el verdadero nombre del humorista yanqui, fue rápida y mortal como una bala: "Yo creo que para que mejore su ingenio —respondióle— le bastarán a usted unas dos o tres ballenas..."

Ricardo de la Vega, el que había condensado en sus sainetes la gracia infinita del pueblo madrileño, próximo a expirar, llamó a sus hijos para confiarles un secreto que toda la vida le había abrumado; y cuando los dolientes esperaban la revelación de un misterio espantoso, el sainetero español les dijo, con la lívida y macabra seriedad de un moribundo: "Habéis de saber, hijos míos, que toda la vida me ha cargado el Dante...".

Y Quevedo, cuando el notario que recibió su testamento le preguntara cuánto dejaba para la música que en aquellos tiempos acompañaba a los entierros, protestó diciéndole: "que la música la pague el que la oiga".

La diferencia que hay entre estos humoristas y los satíricos antiguos es que aquéllos se despojaron de la parte amarga, hiriente y personalísima de la crítica y del ataque individual, y encubrieron con alegre vestidura las realidades serias que los otros atacaban de frente y sin el soslayo que hace tan graciosa una invectiva, amortiguada como va con el algodón del eufemismo, lanzada como un *boomerang* en sentido opuesto de su dirección final para que vaya a dar, de sorpresa, en el blanco y atenúe el encono del ataque.

Esta es, a mi modo de ver, la diferencia que existe entre el humorismo y la sátira. Hay quien pretenda hacer todavía una nueva clasificación entre *humour,* el humor inglés y el humorismo, que debe ser todavía más suave, como el que sale dulcemente de las doloras de Campoamor.

Un entendido escritor suramericano, don Mariano de Vedía y Mitre, establece esa diferencia diciendo que el *humour* inglés no es el equivalente del humorismo, aunque se roce con él. El *humour* surge de una profunda desilusión de todo lo humano. Huye de la gravedad para desdeñar en definitiva vanidades, sueños de grandeza, de gloria, así como la mística de la acción. Y en medio de todo ello aparece espontáneamente una jovialidad que hace contraste con el cuadro desilusionado de la vida. Nada lejos está Cervantes de este aspecto típico de humor inglés. Y encuadra bien en él Rabelais. Taine en su conocida historia de la Literatura inglesa, ha dicho con exactitud: "Entre otras cosas tiene el gusto de los contrastes". Swift chancea con la expresión grave de un oficiante y desarrolla con hondo convencimiento los absurdos más grotescos. Hamlet, estremecido de terror y desesperado, es un chisporroteo de bufonerías. Heine se burla de sus propias emociones. Gustan del disfraz, recubren solemnes a las ideas cómicas y ponen una casaca de Arlequín a las ideas graves.

Con todo, nuestro comentarista americano admite que Shakespeare es francamente humorista en *Las Alegres Comadres* y en *Como Gustéis,* y tiene que hacer consideraciones que se quiebran de sutiles para decirnos cuándo hay *humour* en una obra y cuándo humorismo.

Si alguna otra clasificación quedara por hacer, y eso aplicándola al riquísimo coto de las letras castellanas y al ingenio de nuestros pueblos que hablan la lengua de Cervantes, sería el de la gracia, hija legítima, por línea recta de varón, del humorismo, en maridaje con la disposición romántica y amorosa que todos, a Dios gracias, poseemos en estas tierras de cielos azules, de sol y de encanto: la gracia andaluza y madrileña, castiza y gitana, que nos tocó en herencia con la sangre de nuestros abuelos hispanos; la que brota luminosa, como el sol de una tarde estival, de las comedias de los hermanos Quintero, en las que hay un pasaje (en *Las Flores*) donde un ardido galán se acerca a un puesto de rosas y pide un manojo de ellas para obsequiarlas a su dama, y la florista, que quiere aumentar sus beneficios, pues se trata de una obra de caridad, anticipa:

—Aquí las flores son caras, caballero

y el interpelado responde:

—No, aquí las caras son flores...

la gracia picante de las doloras de Campoamor:

Te advierto, angel caído,
que ya has perdido en la opinión las alas

y que el olor de santidad que exhalas
ya sólo lo percibe tu marido;

la gracia de nuestros rancheros que barajan "albures" e improvisan canciones y echan silvestres flores a sus enamoradas, en charreadas y jaripeos, entre una mangana y una crinolina; gracia humilde y sencilla que huele a flor del campo, a tierra recién mojada, y a fragante hálito de selva virgen:

Comadre, cuando yo muera
Haga de mi barro un jarro;
Si de mí tiene sed, beba;
Si a la boca se le pega
Serán besos de su charro.

Voy a hablar ahora de la sátira y el humorismo mexicanos.

Cómo Nació la Sátira en México

Los antepasados autóctonos nuestros no fueron satíricos. Al menos, en lo que queda de su literatura, si así pudiéramos llamarla, y en la referencia que nos dejaron los que escribieron sobre sus costumbres y sus modos de ser y de vivir, apenas si se encuentra huella de algún rasgo de ingenio. Fuera de lo que nos cuenta Sigüenza y Góngora, de que "Moctezuma divertíase con los dichos de sus bufones, en cuyas burlas, a ocasiones, encontraba buenos consejos", y de algunas oscuras sátiras de que hace mención don Fernando Chimalpopoca en su Códice; y de ciertas gracejadas demasiado libres como las que recogió don Rubén M. Campos achacándolas al decrépito Axayácatl; fuera de eso nada hay que incline a suponerles satírica malicia a los primeros pobladores de estas tierras de América.

Por el contrario, quienes mayor contacto tuvieron con ellos los pintan más bien como un pueblo sombrío, dedicado exclusivamente a la pelea, sin esas treguas de paz y de ocio que predisponen a las sutiles manifestaciones del espíritu.

El muy ilustre nahuatlato, el P. don Angel María Garibay, en el prólogo que acaba de poner al libro llamado *Poesía Indígena de la Altiplanicie,* hace ver que toda esa poesía está impregnada del fatalismo, del bélico sabor y la obsesión de la muerte y de la guerra. En efecto, todo es oscuro y fúnebre en esas melancólicas lamentaciones de la raza.

Uno de los cronistas de la conquista, el Padre Durán, asegura que los cantares de los indios eran tan tristes "que sólo el son y el baile ponen tristeza,

el cual he visto cantar a veces con cantares a lo divino, y es tan triste que me da pesadumbre oíllo y tristeza".

Con esa disposición de ánimo, de la que tanto nos queda a los que, muchos siglos después, seguimos con la herencia de su melancolía, debe haber resultado difícil que nuestros abuelos encontraran ocasión siquiera para aquella sátira de que hablamos al principio de esta plática, o sea la que resulta de las asperezas de la humana convivencia. Quienes estaban hechos para la mortal pelea, con la muerte vengaban cualquier agravio, sin recurrir al intermedio de la burla.

Los cronistas de la conquista sólo nos hablan de los "grandes vituperios", de "las palabras tan malas que los indios dirigían a sus amigos los tascaltecas, que los hacían desmayar"; o de otras expresiones que pertenecen a la épica, como cuando les gritaban, según Bernal Díaz: "si queréis oro, allá va", y les arrojaban flechas adornadas del fino metal; o como cuando el epónimo Cuauhtémoc, con el dolor del vencimiento y la derrota, le pedía a Cortés que con el puñal que llevaba al cinto le quitara la vida que no había servido para defender a su patria; pero en ninguna parte sobresale una expresión que no sea de cólera, de rabia, de la tristeza de una raza que llevaba en su alma el dolor de cien generaciones de siervos sometidos por los reyes guerreros que los empujaban a la crueldad y la matanza.

Son los salados sevillanos de las expediciones contratadas por Diego Velázquez y aprovechadas por Cortés; los extremeños y los castellanos, rudos y sin letras, pero con el luminoso espíritu de la raza hispana, los que hacen el injerto de la gracia y de la malicia en el espíritu sombrío de los nativos, de donde había de salir este natural nuestro, en que hay el rencor y la aspereza india, pero del que a veces brota, como una flor entre guijarros, el ingenio español, más picante, si se quiere, que el que trajeron las lanzas del ibero, por haberse cultivado en este ambiente donde todo tiene el acre sabor de la tierra alimentada hace siglos con sangre. No de otra manera, según cuentan, los pimientos dulces, trasplantados a nuestro suelo toman el picante del ají que abrasa la boca.

Es en Coyoacán, en las paredes blancas de cal de los aposentos de Cortés, donde aparece el primer pasquín, esto es, la prístina manifestación de la sátira en tierras de América, cuando, como escribe Bernal Díaz con ese estilo suyo, de casera plática, "el Fulano Tirado, amigo que fue de Diego Velázquez, y un Villalobos, que fue a Castilla, y otro que se decía Mansilla, escribieron aquellos motes y coplas" en que le pedían a Cortés que repartiera el oro que había apañado en la debelada y deshecha Tenochtitlán:

Oh y qué triste está el anima mea
Mientras el oro de Cortés no vea.

La nueva sociedad que resultó de la conquista, sociedad dominada, en los primeros años, naturalmente, por la gente venida de España, muy pronto se agranda con el concurso de la mezcla de razas, y al cabo de un siglo ya hay la casta criolla, que recibe influencias del clima y del ambiente, y la mestiza, en la cual se ha realizado el injerto mental de que hablábamos antes. Hay también la raza pura, civilizada por los españoles evangelizadores y que encuentra, mezclado al idioma y las costumbres que vinieron del viejo mundo, un nuevo concepto de la vida, más claro, más humano que el de los sombríos aborígenes, por más que otra cosa digan los indigenistas tricolores, pues no pueden compararse las durezas de los conquistadores con la miseria salvaje que imponía la vida primitiva, la crueldad de los ídolos que pedían torrentes de sangre, y la tiranía de los déspotas que gobernaban, y exigían pesados tributos para levantar pirámides y construir palacios, jardines y templos, y disponían de la vida del hombre sin asomo de leyes ni de justicia.

Ya la incurable tristeza del indio, que se infiltra en el corazón de la raza mediante la "vieja lágrima" tan dulcemente advertida por un gran indio romántico, el poeta Urbina, no tiene los sombríos acentos de desesperación que se escuchan en los antiguos cantos guerreros. El indio y el mestizo, atentos a los detalles de la nueva vida que les ofreció la civilización, y aprovechando los elementos psicológicos que con ella recibieron, criticaron a sus nuevos dueños, y al suspirar por su libertad y dolerse de la pesadumbre de las cadenas que les dejó la conquista, apelaron a los recursos que habían visto usar a los señores: al pasquín, a la burla ingenua que se trasmitía de boca en boca para reírse de la vanidad de los recién enriquecidos, de la ostentación de los virreyes, del perjurio y la codicia de oidores, ediles y encomenderos.

La sátira medularmente mexicana, que tiene esa mezcla ya mencionada, de la amargura del indio y de la gracia española, nace, pues, con la nueva vida del país sojuzgado, tomando para su composición todos los elementos de ambiente, nomenclatura, términos y referencias locales; pero aquí precisa puntualizar que los que llenan con su ingenio los siglos XVI y XVII, y que ocupan un lugar tan eminente en nuestra literatura mexicana, son españoles todavía por la sangre, por la cultura, por la influencia de la tradición hispana, y aun por la permanencia en la Madre Patria. Tal es el caso de la dulce Sor Juana, que es gongorina y calderoniana en sus sarcásticas redondillas y en sus sainetes; el de Juan Ruiz de Alarcón, que sitúa todas sus famosas comedias en escenarios españoles y no tiene de mexicano sino la cortesanía exagerada, hija de ese achicamiento individual que da este clima suave y nos torna glicerinosos y cultivadores del abrazo, la sombrerada y el ofrecimiento de casa; el de Gorostiza, que libró sus batallas literarias y militares en suelo español; y de tantos más que en la historia de las letras mexicanas figuran entre nuestros grandes ingenios.

El Pasquín y el Libelo

Los satíricos nuestros se inician con el mestizo arraigado a la tierra y que de ella recibe, junto con la gracia cándida y el encanto de la vida nueva, las sugerencias de una sociedad en acomodo y de una existencia trabajosa merced a la codicia de los conquistadores, a las diferencias de raza y a las desventajas de posición entre oprimido y opresor.

Antes de que los periódicos aprovecharan los beneficios de la imprenta para la difusión de las ideas en nuestro suelo, el pasquín fue el gran medio de desahogo de la chacota popular. De nada sirvió que el conquistador don Hernando condenara severamente a los que le pedían cuentas por medio del pasquín, escribiendo al pie de éste: "Pared blanca, pared de necios". En las paredes aparecieron graciosísimos epigramas, como aquel que trasmite el sabroso cronista don Ricardo Palma, coetáneo de nuestro don Luis González Obregón e ilustre semejante suyo en recoger leyendas y crónicas de la colonia, y que yo aplico a esta investigación de la sátira mexicana porque no hay diferencia alguna entre México y el Perú en la historia del desenvolvimiento de sus costumbres.

El pasquín criticaba a un prócer insular, precursor de los "arrivistas" de ahora, cuya riqueza ranchera y gritona estaba pidiéndole publicidad y ostentación. El hombre había hecho una casa con el portón del tamaño de media cuadra, y el pasquín le advirtió del peligro de tan desmesurada salida con estas palabras:

Belaunzarán, Belaunzarán,
que se te sale la casa por el zaguán.

Y en otro pasquín histórico, el anónimo epigramista le preguntaba a don Manuel Gamboa, alférez real del Ayuntamiento de México, que había hecho la proclamación de Fernando VII:

Señor alférez real de la pata seca,
El que jura con duda ¿qué tanto peca?

Al virrey Venegas lo reciben con un pasquín que dice:

Tu cara no es de excelencia
Ni tu traje de virrey;
Dios ponga tiento en tus manos,
No destruyas nuestra ley.

En cambio, al virrey Marquina lo despiden con éste:

Para perpetua memoria
Nos dejó el virrey Marquina
Una fuente en que se orina,
Y allí se acaba su historia.

Ya estamos en los tiempos en que el pasquín, el folleto, la cédula fueron un arma terrible en manos de los que esparcían ideas nuevas en la Nueva España, cuyas ansias de libertad maduraron con las noticias que llegaban de los disturbios de la Metrópoli donde se bamboleaban regímenes caducos. Aparecieron entonces los primeros periódicos que, muy al revés de lo que pasa ahora, en que el epigrama es un grano de sal perdido entre la balumba noticieril, triste y pesada, comenzaba con una tirada graciosa o unos versos intencionados y concedíanle escasísima importancia a las guerras napoleónicas o a la formación de la Santa Alianza.

En una colección del *Diario de México,* uno de los primeros periódicos mexicanos, vemos que los abundantes epigramistas que encabezaban la primera plana de la minúscula hoja, ensayan tímidamente la sátira, cuyo estilo denuncia la inseguridad y el temor de los que la hacían. Recurren a la fábula, a la letrilla, al romance, a las "cartas" en que los satíricos se critican unos a otros, como en esas zambras armadas por los maleantes para aprovechar la confusión robando a los que la presencian. Todos firman con pseudónimo, y en éste apunta la procedencia indígena de la burla. Se llaman *El Pilguanejo, El Totoniche, El Zopilote.*

Y a fe que los ensayistas del epigrama tenían razón para tales precauciones, porque en cuanto la idea de la libertad tomó la forma de la insurrección, todos tuvieron que andar a salto de mata. El diarista Cancelada se fue al destierro; el Pensador Mexicano, que sacó su periódico con ese nombre, sufrió prisiones, y don Carlos María Bustamante, que se inició en las lides periodísticas con una hojita llamada *El Juguetillo,* tuvo que marchar al campo insurgente para escapar del encierro.

A partir de allí ya es la lucha franca entre el gobierno y los que ayudaban a los levantados con la propaganda subversiva en las ciudades, por medio de la palabra escrita. Y a medida que la lucha se encona, se hace más acerba la dialéctica contienda. Los virreyes dictan medidas para perseguir a los publicistas, y es así como se inicia una pelea que había de dar por resultado, con el tiempo, que, al subir de tono la crítica, llegara a la procacidad más vulgar.

En efecto, después de la independencia, y a pesar de las llamadas a la concordia de los que nos decían que a nosotros tocaba buscar la manera de ser felices después de que ellos nos habían hecho independientes, obedecien-

do a la fuerza inerte de un desenfreno que se despeñaba montaña abajo, en cuanto nos sentimos libres aprovechamos la libertad para comenzar una contienda política que había de ser la causa de los males que nos tienen enfermos hasta lo presente.

Escoceses y yorkinos, polkos y puros, novenarios y guadalupanos, echaron mano del ingenio heredado con la lengua, y de la saña india, para ahondar las divisiones que separaron para siempre a la familia mexicana en dos bandos. "Inteligencias tan brillantes como las de don Lorenzo de Zavala y del Doctor Mora; talentos de primera como los que correspondían a Sánchez de Tagle, Florentino Martínez, Quintero y Molinos del Campo, en un bando, y a don Manuel Herrera, don José María Tornel, Viesca, Bocanegra, Pacheco y Manzo en el otro lado, todos ellos —dice don Julio Zárate —en vez de trabajar por extinguir los odios políticos, arrojaron la venenosa semilla que daría los amarguísimos frutos de una guerra civil, el agotamiento del espíritu público y la debilidad de la República en horas aciagas en que tenían que luchar con enemigos que la tratarían y la combatirían sin tregua ni consideración".

"La prensa de entonces —sigue diciendo el mismo historiador— se convirtió en una sentina de insultos, de grosera chocarrería; y las imprentas en factorías de ofensas indecentes...".

Llegamos a la conclusión de que el espíritu satírico, aplicado a la política, convirtió a ésta en excesiva. Y si hemos de escuchar a don Julio Zárate, tenemos que admitir que todos nuestros males derivan "del ardimiento de las polémicas, de los reproches lanzados y del punzante sarcasmo que usaban los manejadores de la política mexicana en sus peleas periodísticas...".

Y debido a esa posición molesta que siempre hemos padecido: de esclavitud en tiempo de los españoles y de vasallaje político en todos los tiempos, de tiranía dictatorial con las variadísimas formas de gobierno con que Dios ha querido probarnos; imperios, regencias, altezas serenísimas, juntas de notables, poderes centrales y federales, democracias y feudos comunistas; debido a eso nuestra sátira, primero, y después nuestro humorismo, han tenido como generador supremo la política. No podemos volver los ojos a todo lo que hay de rabioso o de chispeante en el periodismo o en la literatura, que no se distinga sin una etiqueta política.

En medio de aquel cuadro sombrío que nos pinta el historiador Zárate, de quien hay que decir que como buen acólito de la severa Clío, tuvo vedado el sentido que percibe, entre los ruidos del tumulto humano, el de la risa, que de todas partes brota, en medio a ese negro cuadro hay chispazos de luz que denuncian la existencia del buen humor que siempre nos acompaña.

A semejanza de lo que ocurría en España, de donde copiamos la técnica del tumulto, del motín y de la algarada, aquí aprovechamos los equívocos y las equivocaciones hasta para fundar imperios y doctrinas políticas. Un humo-

rista español muy poco conocido, Adolfo Clavarana, cuenta que en aquellos días del gobierno de O'Donnell, propicio a la asonada callejera, después de un levantamiento en que los amotinados habían agotado los vivas para este jefe y para aquel cabecilla, y aun para el primero que se presentaba: Viva Fulano, viva Zutano, se atrevió a salir a la calle un vendedor de cal a pregonar su mercancía, y al lanzar su grito de "¡cal viva!" oyó que le respondían con un estentóreo ¡Que viva!, que es el eco triste de todas las multitudes para el interesado entusiasmo de cualquier tonto que quiere encumbrar a cualquier vivo.

¿Quién nos dice que no fue un grito de "Viva el empedrador", lanzado por el guasón Pío Marcha cuando pasaba en plan de motinero por las calles del Empedradillo, recién empedradas, el que le dio la idea de hacer emperador a Iturbide? Porque de lo que sí estamos seguros es de que fue otro guasón y revolucionario con vistas a la "vita bona", el que en el pronunciamiento de la Acordada, y después del "venturoso" saqueo del Parián, echó los cimientos para las bases económicas de nuestras revoluciones con aquel otro grito sublime:

"¡Viva Lobato y lo que arrebato...!"

La Sátira Patriótica

Hay una época en que la sátira se viste de china poblana y defiende la nacionalidad que antes había comprometido, bailando jarabes y entonando corridos para enardecer a los gloriosos chinacos de Porfirio Díaz en las terribles noches de vivac que precedieron a las radiantes mañanas del Cinco de Mayo y del Dos de Abril. Fustiga después a los invasores y a los imperialistas con las mortales ironías de *Los Cangrejos* y la *Mamá Carlota;* entabla un torneo de gracias envueltas en patrióticos ardores cuando desde las páginas de *La Orquesta* y de *El Ahuizote,* Rivapalacio y Guillermo Prieto se cambian hirientes sátiras con los de *El Pájaro Verde* y de *El Estandarte Nacional* donde Aguilar y Marocho escribe la memorable jornada del Jueves Santo, dedicada a Juan José Baz, el Delfín.

Es una época de verdadero ingenio, de mordacidad tan viva como las pasiones que la encendían. No se libran de ella ni el Habsburgo infortunado, a quien pintan los caricaturistas surgiendo de un huevo, recién desempollado y sintetizando el desencanto de los que esperaban de él muchas cosas, en esta expresión triste: "salió güero"; ni don Benito Juárez, al que sus enemigos, del bando conservador, ridiculizan en un dibujo en que aparece agitando las fritangas de un perol hirviente, con esta leyenda, que quería decir que se aferraba al poder por la cuenta que le tenía:

Válgame Dios, Don Benito,
Cómo le gustan las papas,
Tan sólo por las zurrapas
que le deja el destinito.

¿A qué seguir mencionando todas las alternativas de la sátira política, si su historia no había de caber en las páginas de un grueso libro, y al fin hemos de resumirla en unas cuantas líneas que digan cómo fue virulenta con *El Ahuizote* y *El Hijo del Ahuizote,* rabiosa con *El Alacrán* y *La Tarántula* y tantos otros periódicos que no dejaron disfrutar al general Díaz la gloria de sus treinta años de paz; y cómo alcanzó cumbres artísticas y literarias con el lápiz de García Cabral y la gracia chispeante de Mario Vicria en *Multicolor,* o adquirió matices rabelesianos y enconados furores en las páginas de *El Mañana* de Jesús M. Rábago? ¿A qué ponderar tan continuado esfuerzo de la gracia de un pueblo que ya sabía reír, si hemos de terminar tristemente diciendo que todo eso se acabó y vivimos en un período de espectante silencio, agriados definitivamente por la política y horrorizados por el espectáculo de las guerras del mundo que han ensangrentado casi todos los años de este siglo...?

No es que se nos haya acabado la gracia, no; sino que trabados por conveniencias nacionales e internacionales, nos pasa lo que al loco del prólogo de la segunda parte del Quijote, del que cuenta Cervantes que, llevado de la extraña manía de dejar caer a plomo un canto no muy liviano sobre la cabeza de los perros que encontraba, topóse un día con un irascible bonetero que le propinó fenomenal paliza por haber golpeado a su perro; y mientras el agraviado ponía como una alheña al orate, le decía: "¿No viste, cruel, que era podenco mi perro?" Con lo que el loco, después de no salir en un mes de su casa, cuando volvió con su invención, y con más carga, al acercarse a donde estaba un perro, lo miraba bien de hito en hito, y sin querer, ni atreverse a descargar la piedra, decía: "Este es podenco, ¡guarda!" y así todos los perros le parecían podencos, y no volvió a soltar más su canto.

Todos los perros nos parecen ahora podencos, como al loco del Quijote. Acostumbrados a andar con las piedras en la mano para arrojarlas sobre alanos o gozquecillos, cometimos excesos que trajeron al fin la paliza del bonetero, que esta vez fue la Revolución, y ahora, aunque nunca dejamos de cargar con la matatena de nuestra eterna sátira, cada vez que pensamos arrojarla sobre tanto y tanto dañino ser que nos asuela, rascándonos todavía las ronchas de la tollina, decimos, siempre que queremos hacer uso de nuestra abundante ponzoña:

—Guarda, que puede ser que traiga detrás su pistolero...

De ahí este gran silencio que se observa desde hace diez años en que no hay un periódico satírico y que indica la privanza de Sancho en los espíritus:

"En boca cerrada no entran moscas"; "al buen callar llaman Sancho": "entre dos muelas cordales nunca metas los pulgares", y así hasta el infinito...

Nuestros satíricos

Pero no se crea que la imaginación deja de trabajar. Si se recopilara todo lo que en corrillos, en mesas de café, en grupos esquineros se ha dicho durante las oscuras épocas revolucionarias que, por fortuna, ya pasaron, se lograría la más reconcentrada esencia de la sátira popular, que no descansa un solo momento poniendo motes, aprovechando *quid pro quos,* criticando desaciertos, subiendo en berlina a los que tan a gusto han viajado en ella.

Así, un día, porque "the power behind the throne" o sea el Presidente comanditario, ordenara un cambio de secretarios particulares al Presidente comanditado, la firma más ilustre de la sátira mexicana contemporánea, la de *Pepe Nava,* escribía en el epigrama diario de un periódico:

De Santa Bárbara
suena el teléfono,
sale Crisóforo
y entra Nicéforo:

Y, a propósito de la educación sexual, tan combatida, dábale esta mortal lanzada:

He leído en un programa
de la educación sexual
que a la niña flor se llama.
Como símil no está mal,
porque del curso al final
alguien dirá con escama:
¿Quién te llevó de la rama
que no estás en tu rosal?

burbujas iridiscentes, de las pocas que se atrevían a salir, emergiendo de un mar en ebullición, y cuyo rumor dejaba traslucir la oculta carcajada con que un pueblo se vengaba de terribles tiranías.

Pasemos como por sobre ascuas por esta inevitable alusión a la política, que en vano sería sortear, porque de no hablar de la sátira política, sin estudio de la sátira mexicana nos quedaríamos.

En efecto, toda ella es política. Nuestro pensador, Fernández de Lizardi, en sátiras dejó envueltos sus mejores pensamientos, tanto en su obra periodística como en el folleto y en el libro con que combatió a los españoles. Ni en

el *Periquillo* dejó de "arremeter revolucionariamente —dice el maestro González Peña en su *Historia de la Literatura*— contra el estado político existente".

Poco es lo que queda escrito de los grandes satíricos políticos. Distínguese en esa obra, la de don Juan Bautista Morales, que hace hablar a su Gallo Pitagórico para contar mexicanas desazones y pone en boca de oscuros seres mitológicos las inquietudes y las miserias criollas. Más cáustico, pero más divagado es Don Guillermo Prieto en sus *Viajes de Orden Suprema, Memorias de Mis tiempos* y *Viajes a los Estados Unidos*. Tribuno formidable y recio panfletista, don Francisco Bulnes hizo, como el P. Rivera y como D. Carlos María Bustamante en sus notas a la Historia del P. Cavo, una crítica histórica en que, a veces la austera Clío deja restallar los cascabeles de Arlequín. Otras, el escritor mordaz recurrió a la calumnia y a la engañifa para hacer pasar supuestas verdades, como cuando el libelista Adolfo Carrillo escribió aquellas memorias de Don Sebastián Lerdo destinadas a echar lodo sobre la figura del General Díaz. Y entre los más acres recopiladores de amargas alusiones a personalidades que merecen respeto y estimación, debe mencionarse a Ciro B. Ceballos, que de tener tanta gracia como malicia, hubiera sido un genio.

Terribles sátiras, y éstas no políticas, son las de algunos de nuestros poetas mayores y menores, quienes, en la intimidad de la conciencia, que suele ser como poner en pijamas al espíritu, dejaron libre al ingenio que a tantos encumbramientos les llevó para jugar a la picardía en el libro, en las tertulias de café y siempre en el sombrío y solitario rincón de la malicia.

Carpio y Plaza explotaron el epigrama con mayor o menor fortuna. Anda de boca en boca lo que dejó la musa traviesa de Luis G. Urbina, que era tan dulce romántico como formidable y gracioso repentista: y no es sino el temor que producen los satíricos geniales, que menciono a Salvador Novo, ingenio selecto y fecundo, en cuyo pensamiento vertieron, de consuno, sus terribles facultades para la invectiva Bocaccio, el Aretino y Quevedo. Crítico, comentarista político, columnista, como se dice ahora, lleno de las inquietudes que le dan las múltiples lecturas que puede absorber con su conocimiento de muchas lenguas, no se cuida gran cosa de difundir su nombre, seguro como está de la originalidad de sus pensamientos, que se filtran a través del anónimo por obra de esa originalidad, y de su peculiar estilo.

Por razón de ese cerrado anónimo Novo no es popular, pues aunque sus mordaces escritos aparecen en periódicos de gran circulación, son pocos los que saben quién es el que escribe, y muchos los que no le entienden, pues tiene la brillante confusión de Quevedo, resultado de un travieso y complicado estilo. De él podría decirse lo que de Shakespeare afirmaban sus compañeros de tablado Heminge y Condell: "Leedle una y otra vez, y si aún ni así lo entendéis, estáis en evidente peligro de no entenderle".

Maestro de ironías es el poliédrico, sutil, elegante y cosmopolita maestro José Juan Tablada. Su musa regocijada, que lo mismo "bebe el champagne en fino bacará" que sufre osmológicos deleites con el mole poblano y el curado de apio, tiene la colección más fina de sátiras, que a veces pican con el arpón de la avispa y otras secretan la miel de un ingenio florido en el panal de sus multicolores humorismos.

Porque un pintor amigo suyo apareciera una mañana enarbolando una corbata con brillos de charol y calzando choclos listados, con textura de seda. Tablada le dedicó estos versos:

Jorge, una duda me mata,
Me confunde y me maltrata:
¿Qué te pusiste al revés,
Los choclos en la corbata
O la corbata en los pies?

¿Pos qué pues?

En la provincia, poco propicia al cultivo del humorismo escrito, porque allí se hace a *sotto voce* y a la chita callando, se distinguieron Benjamín Padilla, con su chispeante *Kaskabel,* verdadero juguete de la gracia que llevaba dentro una saltarina y sonora piedrecilla de alegría, y Don Celedonio Junco de la Vega, tronco de una ilustre estirpe literaria, quien, además de temibles invectivas políticas escribe cosas tan saladas como ésta:

Que no habrá clases sociales;
que todos serán iguales,
es cosa que está cercana,
con lo cual cesan los males
de la condición humana.
A monetaria cuestión,
reducido todo eso,
seré de igual opinión,
cuando sepa que un tostón,
vale lo mismo que un peso.

Nuestros humoristas

Los humoristas —los humoristas dedicados a una larga obra literaria— son todavía más escasos en nuestra literatura. Siendo, como somos, un pueblo de satíricos y humoristas, siempre que cogimos la pluma fue para enzar-

zarnos en los grandes temas románticos, en la poesía doliente, en la discusión política, en el cuento erótico. Muy pocos se tomaron el trabajo de copiar los mil aspectos cómicos de nuestra naturaleza de pueblo amanerado, para corregir o para divertir al mismo pueblo. En la *Bibliografía del Teatro en México,* del docto y acucioso Francisco Monterde, apenas si hay huella del sainete, con todo y que la producción del drama y de la comedia son copiosas; y ya se sabe que así como no había sermón sin San Agustín, nunca dejaba de servirse, tras del gran banquete emocional del dramón en siete actos que hacía llorar, el antiespasmódico de la petipieza que enjugaba las lágrimas y dejaba a los espectadores en buenas condiciones de ánimo para el sueño reparador de los buenos tiempos de las buenas costumbres. Para estos consoladores menesteres recurríase siempre al sainete extranjero y fueron, Miguel Ramón Carrión y Vital Aza, Don Miguel Echegaray o Don Eusebio Blasco, los que nos dieron la refacción de la risa consoladora, el postre que nos quitara el amargo sabor de la tragedia. Cuando llegó el género chico, contagiados del humorismo madrileño y la gracia andaluza, ensayamos a hacer teatro cómico, y pudimos lograrlo gracias a la vena inagotable del más constante y fecundo de nuestros humoristas, don José F. Elizondo, quien, al mismo tiempo que González Carrasco, Rafael Medina, Alberto Michel, Rafael Rubio, Salvador Uriarte, Enrique Uthoff y otros, dieron vida a tipos de vernáculo pergeño, e hicieron cantar a las "Musas del país" la folklórica y graciosa canción que trasmite los chispeantes decires del pueblo.

Bien pronto el género torció el rumbo y se metió por el difícil y resbaladizo terreno de la pornografía y la política, hasta llegar a lamentables extremos y a vulgares recursos de composición, urgido por el estragado paladar de un público que estaba pidiendo salsas picantes, y al que hubo de servir refritos y fiambres preparados a la diabla. A tanto llegó el festinado género cómico, que acabó en la improvisación tartamuda de un ingenioso suripanto que se ha hecho notable en estos tiempos y cuya gracia consiste en imitar la socarrona y oscura dialéctica del lépero —oscuridad de palabras para ocultar pensamientos que no pueden salir a luz— y ya sabe que estos fenómenos de popularidad responden casi siempre a un estado mental colectivo.

Humoristas de obra maciza solamente podremos mencionar a tres: a José T. de Cuéllar, *Facundo,* costumbrista que sin llegar a la sutil observación de Mesonero Romanos, nos hizo el gran beneficio de dejarnos el retrato de una época en caricaturesca traza; a José F. Elizondo, citado tantas veces, que dedicó su vida entera a esta bienaventurada misión de hacer reír con sana risa, y también a la de hacer pensar, pues en sus epigramas —algunos de los cuales pueden compararse, por su filosófica concisión, a los de Marcial— hay muchas veces la reflexión dolorosa que cabe en una amarga sentencia; y, por último, a aquel cuya memoria evoco para rendirle el homenaje más ferviente: a An-

gel de Campo, *Micrós,* el de las saudades tiernas con sollozantes reminiscencias de la infancia; el que hacía poemas en torno de la vida de un perro callejero, o de la flor que alegraba, en mísero tiesto, la vida solitaria y soñadora de un jefe de estación; el que mientras nos contaba, con gracia inimitable, la vida, llena de la comicidad triste de la miseria, de un empleado público, hacía que se desbordara de nuestro corazón la vieja lágrima del dolor de la raza, empañando con el vaho de la emoción la sonrisa que apuntaba en los ojos.

Humorista único, más poeta que humorista, *Micrós* tiene la piadosa ternura de los que quieren hacer olvidar con donaires la tristeza de una raza de tristes, aprovechando para la risa hasta los mismos motivos de tristeza.

En un lugar resplandeciente de este desfile pasan las sombras veneradas de Don Victoriano Salado Alvarez, del Dr. D. Manuel Flores y de D. Carlos Díaz Duffoo.

Dispersa en periódicos y revistas queda la obra de tantos que alegraron por un momento nuestra mohina de viandantes malhumorados en la columna periodística, desde que esas cosas se llamaban "causeries" o "boutades", en la época del afrancesamiento, o en tanta *Semana Cómica, Pólvora sin Humo, Tiros al Blanco, Cuentas de mi Rosario, Cabos Sueltos, Políticas Menudas, Acotaciones, A Punta de Lápiz* como lo del Abate Benigno, el fino humorista Don José Gómez Ugarte, lo de Chávarri, nuestro criollo Juvenal; de Rafael Rubio, *Rejúpiter;* de Javier Enciso, de *Júbilo,* de Porfirio Hernández, *Fígaro;* de Aurelio Horta, cuya mejor obra fue, con todo, su hijo Manuel, fino cultivador de una ironía que no es precisamente su género literario, sino la espuma burbujeante de un ingenio dedicado a más sutiles manifestaciones de arte. De tantos y tantos más, a quienes no puedo ya mencionar porque el tiempo apremia y vuestra paciencia acaba... por más que no quedaría completa esta mención ligera sin decir que quienes mantienen el fuego del humorismo son el metamorfósico Elizondo, con sus epigramas de *Excélsior,* y el anónimo, cáustico y severo magistrado que escribe los *Avisos a Tiempo* en *El Universal.*

¿Somos satíricos o humoristas?

Esta farragosa mención de todo lo que ha florecido en nuestro huerto del ingenio no hubiera tenido objeto si no sirviera para llegar a la cuestión propuesta en el principio de este ensayo: ¿somos satíricos o humoristas?

Ya hemos visto cómo el inocente gesto del pasquín se nos fue enconando a medida que la raza nueva tomaba posesión de su yo étnico y entraba por ese camino de la política que nos agrió para siempre el genio y nos dividió en dos porciones eternamente antagónicas. Nos volvimos extremistas para todo, y a desemejanza de otros pueblos más ponderados, que toman la función cívica, la lucha de clases y todos los actos de la vida pública con un límite ordenado que

no destruye la armonía social, nosotros, en cuanto diferimos de pensar con el vecino de enfrente, nos cubrimos de oprobio e hicimos del odio para el enemigo, el eje de nuestra vida. Y creemos haber dicho ya que el odio engendra la sátira. Por eso somos, más que nada, satíricos. Y aquí viene de molde aplicarnos la reflexión que acaba de hacer el sabio Marañón en su libro *Tiberio*: en cada satírico hay un resentido. Y nosotros, aparte de una raza dividida por toda suerte de ideologías, somos un pueblo de resentidos inconformes. Inconformes con nuestro origen español, pues llevando en las venas la más rica herencia de esa gloriosa rama de la especie humana, vivimos renegando, ilógicos descastados, de nuestros abuelos celtíberos, árabes y visigodos, a cuenta de los agravios inferidos a la raza de bronce, que ellos se encargaron de limar; inconformes con nuestro idioma, pues teniéndolo rico y abundante lo despreciamos para recurrir a extranjerizas voces; enemigos de lo que nos conviene y partidarios entusiastas de lo que nos hace daño; y tan a contrapelo y destiempo con nuestra vida misma, que, según don Ignacio Ramírez, los actos más importantes de ella en lo que a la vida política se refiere, son obra de nuestra inconformidad, pues la conquista la hicieron los indios y la independencia los españoles; descontentos de nuestros gobiernos, éstos han constituido siempre el motivo diario de una amargura generadora de esa vena que produce a torrentes la sátira.

Y así como, según Shelley, hay grandes poetas que nunca escribieron un verso —"y acaso los mejores"—, así a nuestros grandes satíricos no hay que buscarlos sólo en las antologías y en las bibliotecas, sino en la trastienda, en la rebotica, levantando, en provincia, el visillo de la ventana para fusilar, al acecho, al que pasa y ponerle un mote que llevará arrastrando, como un grillete, toda la vida. El instrumento nacional de mayor actividad y mejor empleo es la tijera.

Desde ese punto de vista, pudiéramos decir que en cada mexicano hay potencialmente un satírico. Lo llevamos en la sangre, como herencia microbiana fermentada en largos siglos de larvación de un malsano remanso donde fueron dejando lo suyo todos los tipos de la picaresca española y los de nuestra propia picaresca, tan nuestros, tan hondamente mexicanos: La Monja Alférez y Martín Garatuza, Periquillo y Juan Panadero, el Cura de Teocaltiche y el de Jalaltlaco, Canillitas y Pito Pérez, el Negrito Poeta y los personajes pintados por sí mismos en la famosa recopilación anónima, así como los que inventó Venegas Arroyo e ilustró Posada; ¡la maravillosa teoría de nuestros abuelos socarrones y burladores!

¿Humoristas? También, pero más bien por suavidad del humor diluída en la selección del espíritu literario y de la condición piadosa del observador, que por una decidida tendencia a hacer literatura para promover la risa, que es salud y alegría (los casos de *Micrós* y de *Pepe Nava* son una excepción).

Y como, según se desprende de todo lo dicho, nuestro mejor y gran satírico es la gran masa que goza de la impunidad del anónimo, ésta no se cura de elegantizar el humor, y por eso predomina, en la biológica formación de la raza, como disposición natural y natural inclinación, la sátira dura, burlona, amargada como un rejalgar y envenenada como una flecha tratada con "curare".

Sólo en el pueblo, en el pueblo no contaminado por los miasmas citadinos, queda la gracia prístina de esa tendencia, un poco panteísta, de alegrarse con los motivos de la naturaleza y de hallar en ella símiles poco dañinos para matizar la vida con mentales cabriolas, que son como el trino de las aves y el retozo de los animalitos de Nuestro Señor, según diría San Francisco de Asís.

Por bondad divina, aún nos queda la gracia que brota de un corrido, de una canción, de una copla, y hasta de una "tragedia", como llaman allá, por mi predio potosino, los rápsodas del campo a los relatos de las desventuras populares.

Aún tengo en la retina y en la memoria, la visión, la armonía y la luz de una rústica fiesta de aquellas ardientes tierras huastecas, florón de verdura en la aridez castellana de mi estado natal; una fiesta donde sobre el huapango y al son de la media hanega baila una moza de tez morena y ojos de lumbre, cuya gracia provocativa, cimbreadora y ondulante hace asomar pálidas de envidia a las estrellas en el oscuro cielo de la noche estival; una noche tan calida, tan cálida, como si de ella saliera la respiración de la selva, del monte, de la misma entraña profunda de la tierra; en tanto que el galán, que frente a la moza baila —un charro de sarape al hombro y fino perfil de indio arrogante—, lanza al aire la aguda saeta de esta canción en que se deslíe la ternura de su alma y la gracia del campo, tan lejana de la humana malicia:

Si el buey con ser animal
Suspira por su querencia
¡Cómo no te he de querer
Mientras Dios me dé licencia!

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don CARLOS GONZÁLEZ PEÑA

PRENDA elocuente es el magistral discurso que acabáis de oír, del acierto con que fue elegido su autor para tomar asiento en esta Academia. Pero injusto sería, aun suponiendo y dando por seguro que muchos de los aquí presentes le conocen, pasar por alto los singulares méritos literarios, abstenerse de delinear, siquiera sea concisamente, la no ya pujante (presuntuoso e inadecuado sería el término dada la íntima amistad que nos liga), sino atrayente y noble personalidad de Teodoro Torres, en esta ocasión solemne en que, a nombre de la Academia Mexicana, me honra y llena de júbilo el darle la bienvenida.

Del humorismo os ha hablado él sabrosamente; y casi por el humorismo empezó, al ir bocetando, en leves paréntesis de la tarea periodística, las obras que le consagrarían en las letras. De 1925 datan las páginas de regocijado humor, muy mexicanas, *Como perros y gatos*. Poco antes, el año anterior, habíase entrado por los campos trágicos y al par pintorescos de la Revolución, con un libro que fue instantáneamente popular, si juzgamos por los numerosos ejemplares que el público devoró: *Pancho Villa*: *Una vida de Romance y de Tragedia*. Súbito, aunque —por lo que veremos más tarde— explicable mutis, sobreviene luego. Hasta 1934 no sale otro nuevo libro de Teodoro Torres; libro interesante, curioso, como de quien conoce habituales apetencias del lector y prestamente las sacia: *Orígenes de las Costumbres*. Y, finalmente, en 1937, publícase el que mi amigo consagró al que ha sido y es nuestro oficio; "oficio de pan llevar", el único que en las letras, aquí al menos, da de comer, y que es, o puede ser, además, espiritual, pintoresco, apasionante, ágil, según se le entienda y ejerza: *Periodismo;* obra, por su índole y carácter, única en nuestra literatura, y en la que un auténtico maestro en tales disciplinas, da —bien que modestamente no lo reconozca— un curso a propósito, pone en autos de la profesión a quienes quieran abrazarla, e investiga, más que ninguno hasta hoy lo haya hecho, en el pasado de la prensa de México.

Tal es el bagaje literario del nuevo académico. Pero todo esto no significaría lo que significa, ni por ello tendría Teodoro Torres resplandeciente aureola en las letras, a no ser por la que yo conceptúo y reputo como su obra maestra; o algo mejor todavía: una de las más hermosas, robustas, definitivas creaciones de la novelística mexicana: *La Patria Perdida,* que se publicó en 1935.

Y aquí del explicable mutis, seguido de más que mediano silencio, a que antes aludía.

Obras de arte hay —y milagro del arte es éste— en que la ficción se enlaza, se anuda, se ciñe a la vida, y por tan íntima manera con ella se funde, que se creería que la ficción desaparece, cediendo el paso a la vida en el atropellado, tumultuoso, o dulce y blando fluír de ésta; obras que sería de pensar que se elaboran no ya con mármoles, ni con colores, sonidos o palabras, sino con sangre y carne nuestras, y con carne y sangre también de lo que nos es más amado, de lo más cercano a nosotros, de lo que integra y explica nuestra propia existencia.

Al hablar así quiero que penséis en *La Patria Perdida.*

Teodoro Torres, sin ser político, ni dragonear en la política, ni muchísimo menos pretender vivir de la política —que es como vivir de una mala mujer—, supo de lo que es emigrar, arrancándose de la tierra propia, del viejo hogar, de los afectos, del paisaje nativo que acaricia, del nativo aire que es el que mejor se respira, de la materna habla que es la que se escucha mejor. Teodoro Torres comió ganándoselo honrada —y he de decir también que inteligentemente— el pan del destierro en los Estados Unidos, en la época turbulenta de la Revolución.

Sucesos como el indicado marcan profunda huella en la existencia. Nos la echarían a perder, si no siendo, por ventura, artistas, no acertáramos a "monumentalizarla", revistiendo, animando con ella a sujetos ajenos a nosotros y en los que, sin embargo, estamos nosotros. Artístico fenómeno o proceso mediante el cual el dolor trueca sus quejas en cantos, la ruda vulgaridad trasciende a rosas, oro se vuelve la escoria, y, libre de angustias, el espíritu, en radioso vuelo, se eleva y transfigura.

Así aconteció a Teodoro Torres.

Vio, sintió, pesó Teodoro Torres las durezas, amarguras, nostalgias, ensueños, miserias, exaltaciones, de la emigración mexicana en el país vecino; o —para más exactamente expresarlo— las ve, palpa, siente, sufre y acerca de ellas reflexiona u oye reflexionar Luis Alfaro, joven oficial del ejército, que emigra a los Estados Unidos, arrojado por el torbellino revolucionario; que allá se establece con su mujer, la dulce y amada Ana María, en una granja donde puedan gozar de reposo y quererse los dos, lejos del tumulto de las ciudades, trabajando con gente rústica, pero de su raza, y puestos el alma y pensamiento de ambos en una idea fija: volver.

Volver: he aquí el anhelo de ellos y de cuantos sujetos de su habla y de su sangre los rodean.

Piensa Luis Alfaro que un país extraño, por hospitalario que sea, no puede ser una patria, "porque las patrias, como las madres, son insubstituibles". Aún cree más, adentrando en su inquietud por el retorno: "Estamos —dice— ausentes de allá y aquí también parecemos ausentes". Concuerda con el suyo el pensar de la esposa enferma, desahuciada ya, que desde la alcoba escucha el ulular del invierno: "Quiero que me prometas que si muero, no me dejarás en esta tierra que no ha sido mala con nosotros, pero que no es la mía". Y la criada que los asiste, mirando caer la nieve: "Me da quién sabe qué, vernos aquí como perdidos, en estos llanos blancos, que parecen las sábanas de la muerte..."

La tragedia es vieja; la llevamos dentro. No sabemos dejar nuestra casa; no sabríamos olvidarla. Ya la señora Calderón de la Barca, en su libro famoso, observaba la renuencia del mexicano, su incapacidad, para la emigración.

Tal es la mala voluntad de Ana María para todo lo que no sea México, que no atina siquiera con lo que pueda haber de belleza en la fisonomía y en la vida yanquis. Como aquellas calles tersas y lucientes —el día que la llevaban al sanatorio—, como aquellos jardines geométricos, como las casas hechas en un mismo molde, imaginaba, veía ella las vidas de quienes las habitan. Aquellos hombres, aquellas mujeres, "harían las mismas cosas todos los días, con el mismo ademán rítmico de siempre: levantarse a una hora, ir derecho a la obligación, comer cuando sonaban los silbatos de las fábricas, abandonar la faena a la misma señal..."

¡Dios mío, qué tedio y qué monotonía! ¡Cuán distinto, México!

Pero si esto piensan los señores —la dama que se arropa en aséptica cama, atendida por no menos aséptica enfermera; el joven militar poseedor siquiera de modesta granja— igual sienten, aunque no se lo expliquen ni lo razonen, los que nada poseen: la turba gris aventada hacia allá por el huracán revolucionario.

Es enorme la "mexicanada" que llena entonces el país nórdico y hosco. Se les ve atravesar en caravanas los suntuosos "lobbys" de las grandes estaciones. Sienten patológico malestar ante la mirada despreciativa que los empuja hacia el campo, hacia los subterráneos de las minas, hacia los barrios pobres, donde rindan trabajo barato y no estorben. Vagan sin acomodo fijo, al azar de lo que encuentren. Se "enganchan" para la "pizca" del algodón, en los Estados del sur y del oeste; para la cosecha del betabel en Michigan; para la pesca del salmón en Alaska. Nada importan climas ni distancias. Van adonde los lleven. Creeríase que México se despuebla. Por centenares de miles hay mexicanos en toda la Unión americana. Llenan las ciudades, se les en-

cuentra en las aldeas más remotas, en los desiertos ardientes. Y estos infelices, estos desposeídos, esta morralla humana, estos harapientos, sólo tienen en la mente confusa una idea que brilla: México.

Lo aman y lo recuerdan. Lo tienen no ya en mente y corazón, sino en sus chiribitiles o zahurdas. Ahí está la Guadalupana. Pende del muro la guitarra. Lucen, en improvisados vasares, olorosos cacharros tapatíos. Humea el fogón evocando al jacal. Y México se agranda. ¡Cómo se agranda, cómo se embellece y se ilumina, al soplo nostálgico!

Todos se nacionalizan; menos el mexicano. Se nacionalizan todos: el italiano, el polaco, el francés, el alemán, el ruso; sólo el mexicano nunca deja de serlo. Rememorando a su patria se exalta "como al recuerdo de una pasión avasalladora". Conserva "íntegra la devoción, el amor, la adhesión a la tierra nativa".

Pero, ¿será esto siempre así? ¿Ocurrirá lo mismo con los que allá llegaron adultos, que con los que allá nacen? Sobre todo, y si por acaso retornan, ¿encontrarán a la patria como la dejaron; como en su fuero interno la llevan, envuelta en velos de ternura y melancolía? ¿Serán entonces ellos mismos, como eran?

He aquí el ambiente y el tema de *La Patria Perdida.*

"Un fenómeno ilusorio —leemos en una hermosa página de la novela— pretende conservar con rasgos fieles, mientras soñamos, mientras esperamos, el panorama entero de lo que dejamos atrás; y en tanto dura el sueño, la ilusión se conserva. Pero el regreso, el regreso tardío, al cabo de un tiempo en que forzosamente hubieron de pasar muchas cosas, de entibiarse u olvidarse amistades, de transformarse sitios y vistas familiares, de ser memorias dolientes las que fueron vidas intensas que vivieron al par de la nuestra, ese regreso, es un triste despertar".

Despertar triste el de Luis Alfaro.

Allá quedaban, en cementerio extraño, los despojos de la esposa. Triste, incierto en cuanto a elegir nuevos caminos, toma el del reacomodo en el patrio solar. Coincide su viaje con el refluir de los "repatriados". Volvían los trabajadores mexicanos en gran número. Se había acabado el trabajo. Se les echaba. En caravanas, hambrientos, a pie, dirigíanse en movimiento inverso al antes seguido, hacia la frontera. Muchos, habíanse arbitrado recursos vendiendo lo que habían adquirido durante su permanencia en el extranjero. Formaban grupos abigarrados y pintorescos; su indumentaria les daba un sello especial e inconfundible. "Su bagaje era como el de un ejército en derrota. Maletas de cartón que se resentían del uso y enseñaban su material corriente deshaciéndose por todos lados. Grandes bultos envueltos en sábanas, atados con cordeles, llevando en su interior, seguramente, los trapos de toda la familia, los restos del hogar deshecho, cuanto pudieron apañar en el momento de la fuga".

Apuran licores ardientes, "de los que agarran", resarciéndose de las privaciones sufridas en el país de la "prohibición". Van a "su mero punto", al "terrenazo". Pero sobre su amor romántico al suelo nativo, se insinúa la atracción de la tierra rica que dejan. "Fíjese —dice uno a otro, rascándose la cabeza—: venir de tan lejos, trabajar tanto, haber hecho algo y volver luego como volvemos, a dar lástimas otra vez..." ¿Y no será esto, el picor, el instinto de lo trashumante, lo que amenace de esterilidad para el bien común y para el propio bien a estas turbas descentradas?

Lo piensa Luis Alfaro. ¡Amable visión la de la patria a la que se vuelve tras de larga ausencia! La vida asume otro distinto ritmo. "Ya nadie tiene prisa, ya nadie corre, ya a nadie le importa el tiempo". Las extensas, cenizosas planicies del Norte; después amenas, umbrías regiones. ¡Pátzcuaro, recatado en silencio de tradición; el lago azul! ¡México, la ciudad suntuosa y soberbia, que se asienta en el paraje más bello de la tierra! Desde al llegar, el desterrado siente gana de decir: "¡Reconocedme! ¡Ya estoy aquí! No puedo ser, no soy un extraño para vosotros..."

Y, sin embargo, lo era. Mucho de lo que él dejó, había cambiado. Quizás el cambio se hubiese más bien operado en él mismo. Acaso vengan a su memoria las palabras dichas en el destierro a la muchacha que representaba un amor volandero, roto, que jamás podría reanudarse: "Abandonar la patria como la abandonamos nosotros es arrancarse de ella de raíz; cambiar por completo el curso de la existencia... Creo que vamos a pagar muy cara esta soberbia que nos trajo al extranjero. Es como si nos hubiéramos sepultado vivos, y quisiéramos, en un momento dado, volver al mundo para ir a vivir entre gentes que ya no nos conocen ni nos entienden".

Como él, quién sabe cuántos se encontraran. Los extranjeros, los europeos, emigran para enriquecerse o para aumentar la riqueza de su país. Sólo la emigración mexicana, que forman, por cierto —y aparte los políticos esperanzados en la "bola"—, gentes de inteligencia vivaz y de incomparable resistencia, campesinos hechos a todos los climas, y aun obreros, no pocos habilísimos; sólo la emigración mexicana "tenía el carácter doloroso de huída, de fuga, de persecución semítica, que dejaba vacíos los poblados, arrambland con la familia entera". Y, esto, cuando más, de sus hijos, necesitaba el país; cuando cada pulgada de territorio reclamaba el regarse con sudor y fecundarse con el esfuerzo de todos ellos. "Hacía falta el día de la paz, de la concordia absoluta, en que no quedara fuera uno solo de los mexicanos, obreros o pensadores, para colaborar todos en la obra inmensa de hacer grande al país..."

El, Luis Alfaro, sintiéndose aislado, olvidado, vencido, toma de nuevo el camino que a la inversa recorrió, lleno de esperanzas. Y habiendo bajado en una estación donde el tren se detiene para dar paso a otro, al colegir

que tal vez entre la muchedumbre de viajeros pobres que escuchan el "corrido" lacrimoso de un músico mendicante, pueda haber algunos que piensen cruzar la frontera, se exalta. Ganas le dan de subir al vagón de segunda, "de gritar, de bajar a empujones a los ilusos para librarlos del mal que a él le destrozaba el alma, como quien aparta al ciego de un abismo".

Representa, él, un desastre; es su "caso" —caso necesario para la dramaticidad, para la ejemplaridad de la novela— el de "la patria perdida". Pero el libro, por sus altos fines, por su simbólica y ferviente devoción al país; por la enseñanza moral o social que de sus páginas se desprende; por la emoción, por el convencimiento que infunde de no desertar del suelo nativo, es "la patria ganada".

De aquí, y por tan fundamental concepto, su rica sustancia humana; lo cual no afecta, sino antes por el contrario, acendra y realza, su primor artístico. Notémoslo: todo en *La Patria Perdida* es fugitivo, menos la patria que, aun hallándose distante, está siempre presente. Los personajes se nos muestran todos leves y episódicos, salvo el protagonista. Pero éste mismo viene a serlo por virtud de constituir algo así como espejo que condensa y refleja las vicisitudes colectivas. En ello estriba la gran originalidad y pujanza de la novela en cuanto a composición y asunto. Por la grandeza del cuadro, por la densidad de la materia épica, no creo que con *La Patria Perdida* pueda codearse ninguna de las hasta hoy escritas en México. Todo en ella se reviste con las más resplandecientes galas del arte. Está escrita en una prosa mórbida, llena de contornos y de luz. Admirable es la gradación y desarrollo armonioso de las escenas. El relato fluye, suelto y ágil. Grande es el vigor descriptivo, la naturalidad y gracia de los retratos. Zigzaguea, sabroso, el diálogo. En suma, y siendo mexicanísima, en *La Patria Perdida* no se advierte huella ni asomo de extranjera influencia; como tampoco ninguna hay que la empariente con determinada producción nacional. Aislada y solitaria, por la índole del sujeto tratado, y radiantemente hermosa por la manera de tratarlo, se levanta esta novela formidable en la historia de nuestras letras.

Amigo mío, mi querido Teodoro Torres: Bienvenido en esta casa que el pensamiento mexicano ennoblece con tradición gloriosa. Abriéronse las puertas ante el mérito irrecusable. Bello es cruzar el umbral, por auténtico valer literario. Más bello todavía trasponerlo con la frente alta, con el corazón gozoso, cuando a los prestigios del Arte se suman, en una obra maestra, los del Bien y de la Patria.

PALABRAS DE DON ALBERTO MARIA CARREÑO *

ESTOY cierto, estimado señor y colega, de que nuestro Director mucho habrá de lamentar haber perdido la oportunidad de oír el interesante trabajo sobre la ironía y el humorismo, que acabáis de leer; pero su necesaria ausencia me ha proporcionado el honor de ser yo quien presida esta sesión y os presente los parabienes de nuestro Instituto.

Este designó para daros la bienvenida al distinguido escritor y académico de número don Carlos González Peña; pero debo declarar, por mi parte, que si escuché con positiva complacencia vuestro estudio del humorismo y de la ironía, hecho con la serenidad y con el decoro que exige todo trabajo leído, en pública y solemne sesión de la Academia, tal estudio me revela un aspecto distinto del escritor que sois; porque opuestas a la nota risueña que exige el humorismo están las dolientes páginas de vuestro libro *La Patria Perdida.*

En ese libro, efectivamente, habéis pintado con vivos colores el angustioso cuadro que presentan los miles y miles de mexicanos que han atravesado la frontera para ir a buscar en los Estados Unidos lo que ya les negaba su Patria: trabajo que les proporcionara el alimento corporal, y la paz y tranquilidad que para ellos fueran alimento espiritual. Y acaso encontraron lo primero, mas no pudieron hallar ¡era imposible! una segunda patria.

Con satisfacción sincera, en consecuencia, os entrego esta insignia, que de hoy en adelante os acredita como individuo correspondiente de la Academia Mexicana, que si os otorga un honor al concedérosla, mucho se honra a sí misma al contaros entre sus miembros.

---

* En ausencia del señor Licenciado Don Alejandro Quijano, Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, presidió la sesión en que leyó su discurso el Académico Correspondiente señor Torres, el más antiguo de los Académicos de Número presentes.

SANTA TERESA Y SOR JUANA: UN PARALELO IMPOSIBLE *

Por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA

VENGO a cumplir con el muy honroso requisito de pronunciar el discurso de ingreso en esta docta corporación que me ha honrado escogiéndome como uno de sus miembros. Mi tardanza en cumplir con el deber, que es, al mismo tiempo, una agradable oportunidad de expresar agradecimiento por todas las gentilezas de que he sido objeto en el tiempo que he estado entre ustedes, se ha debido, aparte de tareas enojosas anejas a este vivir agitado que llevamos, a la dificultad de encontrar un tema que pueda interesar a los señores académicos, por una parte, y por otra, al selecto público que acostumbra concurrir a estas reuniones. Debe ser profundo y al mismo tiempo agradable el tema; erudito y galano; doctrinal y elegante; nuevo y aderezado con las sales del ingenio. No fácilmente se encuentra un asunto que, en sí mismo y en su desarrollo, pueda reunir todas estas condiciones. Además, en lo posible, debe estar relacionado con nuestra literatura mexicana, ser una aportación al estudio de nuestra cultura para que quede ahí, si no como una obra que valga por sus cualidades intrínsecas, que no puede tener por faltarle ciencia al expositor, en este caso, sí, cuando menos, por su aportación al conocimiento de un punto oscuro de nuestras letras o a la interpretación de una obra o de un pasaje de alguno de nuestros grandes escritores.

Pensando en ello, escogiendo un tema ahora para rechazarlo mañana, en mi excursión a través de la literatura española y de la mexicana he creído encontrar un asunto que pueda interesar vivamente a los concurrentes a esta recepción, hombres y mujeres doctos en letras o simples aficionados a la lectura. No se me ocultan las dificultades que el tema escogido encierra, máxime cuando toca puntos ya tratados por otros grandes escritores. Recuerdo que el gran don Marcelino Menéndez y Pelayo desarrolló, magistralmente,

* Discurso de Ingreso en la Academia Mexicana correspondiente de la Española, leído el 23 de octubre de 1942.

en su discurso de recepción, precisamente en la Real Academia Española, el tema que, desde otro punto de vista, pretendo exponer a ustedes. Lejos de mí la pretensión de compararme a figura tan excelsa de las letras castellanas y lejos de mí, también, la creencia de que, ni remotamente, puedo poseer la doctrina, la erudición y desplegar la galanura de estilo del insigne polígrafo montañez.

Sin embargo, la dificultad misma de la empresa me ha seducido, sus peligros han suscitado en mí una emulación que me ha obligado, casi, a lanzarme sin más esperanza de satisfacción que el haber pretendido estudiar dos grandes figuras de la literatura femenina, descubriendo semejanzas y diferencias que explicar, colocándolas en el siglo en que vivieron y en el ambiente que las rodeaba. ¡Agradable excursión retrospectiva a la España del siglo XVI y al México del siglo XVII que hacemos en esta noche, mediante la atención y con la indulgencia, sobre todo, de ustedes, señoras y señores, para desvelar un poco el misterio de dos almas femeninas, flores las más puras y fragantes que ha producido el sexo y que, de diferente manera, embalsamaron el ambiente en dos épocas de la historia del mundo y en dos países ligados, íntimamente, por la tradición!

No se me oculta que para muchos será casi una herejía unir los nombres de Santa Teresa y Sor Juana Inés de la Cruz en un paralelo imposible. Nuestro colega y admirado amigo y maestro don Genaro Fernández Mac Grégor se ha opuesto, con muchedumbre de razones, a la santificación de Sor Juana que otro de nuestros académicos más venerados, don Ezequiel A. Chávez, ha intentado casi, en la magistral biografía que ha escrito de la monja jerónima. Alfonso Junco, tengo para mí, ayudaría al maestro Chávez en este proceso de beatificación que muchos estaríamos dispuestos a solicitar también, dada la extraña fascinación que, a través de los siglos, ejerce la mujer que brilló en su época como una de las inteligencias más claras, de las voluntades más recias, sin perder una femineidad que la hace encantadora. Pero en el cuerpo de Sor Juana no ardió la llama mística y esta es la diferencia que encontramos desde luego con la insigne doctora de Avila. ¿Por qué no fue una mística Sor Juana? Porque nació con cien años de retraso; porque el misticismo había producido sus mejores frutos en España; porque el siglo XVII solamente produce un místico heterodoxo y decadente, a pesar de la influencia que ejerció en su tiempo, el quietista Miguel de Molinos; porque la Contrarreforma, andando el tiempo, produce un género de manifestación religiosa, la devoción, bien distinto de la ardiente fe encendida en los espíritus como consecuencia de la terrible lucha que el siglo XVI había llevado a todas las conciencias; y, porque lo barroco, característica del siglo XVI, había derivado hacia la superficie lo que un siglo antes radicaba en lo más profundo de la conciencia individual.

Ambas mujeres vivieron en dos siglos diferentes, en dos climas diversos: Santa Teresa en plena lucha, cuando era necesario estar apercibido a todas horas para el combate, cuando España descubría mundos, cuando el espíritu de aventura, netamente renacentista, obligaba a sus hijos a lanzarse en busca de nuevas rutas oceánicas y cuando, por último, explorada la tierra descubierta, agotadas las posibilidades geográficas, volvía los ojos al cielo para descubrir nuevos horizontes y lanzarse a la conquista del infinito y llegar a Dios.

Definen los tratadistas a la mística "como las relaciones naturales, secretas, por las cuales eleva Dios a la criatura sobre las limitaciones de su naturaleza y la hace conocer un mundo superior al que es imposible llegar por las fuerzas naturales, ni por las ordinarias de la Gracia". En esta definición interviene Dios; pero la criatura se lanza mediante su ayuda a rebasar sus limitaciones, a descubrir una vía nueva. Descubrir, ahí está el verbo caro a los hombres del dieciséis. El mundo comenzaba a ser estrecho para las ambiciones desmedidas del renacentista. ¿Descubrir un continente? Ya lo habían realizado los navegantes de España y Portugal que transformaron la cultura mediterránea en atlántica, es decir, en universal. ¿Descubrir la ruta de las Indias? Ya Vasco de Gama, Magallanes y Sebastián El Cano habían recorrido el océano para violar el secreto de Marco Polo. Había que descubrir el cielo, seguir los círculos que habían llevado al Dante a la presencia de Dios con la ayuda del amor. ¿Luego había una ruta que no fuera la explorada por los teólogos para llegar a la fuente de la sabiduría suprema, de la belleza suprema, de la justicia suprema? Sí, no era la razón sólo la fuerza capaz de alcanzar la visión celeste que perseguían los mártires, los apóstoles, los ascetas. Había otra con poder suficiente para abrir de par en par las puertas del Paraíso y ésta era el amor.

Amor, palabra mágica como el verbo descubrir, para los hombres del siglo XVI. Recordemos la magnífica exaltación que uno de los escritores de la época hace en *El Cortesano,* paradigma de la vida renaciente. Cuenta Baltasar de Castiglione, al final de su libro admirable, que Pedro Bembo, más tarde cardenal de la Iglesia y protector de los artistas, al final de una de las veladas con que la Duquesa de Urbino regalaba a sus invitados, prorrumpió en la más exaltada de las loas que se le pueden haber dedicado al Amor, y que guarda sólo comparación con los más hermosos ditirambos del banquete platónico: "Vuélvese a sí mismo por contemplar aquella otra hermosura que se ve con los ojos del alma, los cuales entonces comienzan a tener gran fuerza y a ver mucho cuando los cuerpos se enflaquecen y pierden la flor de su lozanía. Por eso el alma apartada de vicios, hecha limpia con la verdadera filosofía, puesta en la vida espiritual y ejercitada en las cosas del entendimiento, volviéndose a la contemplación de su propia sustancia,

casi como recordada de un pesado sueño, abre aquellos ojos que todos tenemos y pocos los usamos y ve en sí misma un rayo de aquella luz que es la verdadera imagen de la hermosura angélica comunicada a ella, de la cual también ella después comunica al cuerpo una delgada y flaca sombra y así por este proceso adelante llega a estar ciega para las cosas terrenales, con grandes ojos para las celestiales y alguna vez, cuando las virtudes o fuerzas que mueven el cuerpo se hallan por la continua contemplación apartadas de él u ocupadas de sueño, quedando ella entonces desembarazada y suelta de ellas, siente un cierto escondido olor de la verdadera hermosura angélica..." y luego "el alma encendida en el santísimo fuego por el verdadero amor divino, vuela para unirse con la natura angélica y no solamente en todo desampara a los sentidos y a la sensualidad con ellos; pero no tiene más necesidad del discurso de la razón; porque transformada en ángel entiende todas las cosas inteligibles y sin velo o nube, ve el ancho piélago de la hermosura divina y en sí le recibe y recibiéndole goza aquella suprema bienaventuranza, que a nuestros sentidos es incomprensible". "Cuán dulce llama, cuán suave abrasamiento debe ser el que nace de la fuente de la suprema y verdadera hermosura, nunca crece ni mengua, siempre es hermosa y por sí misma tanto en una parte cuanto en otra simplísima, solamente a sí semejante y no participante de ninguna otra, mas de tal manera hermosa, que todas las otras cosas hermosas, son hermosas porque de ella toman la hermosura".

Y tal fue el arrebato de Pietro Bembo, que Emilia Pía lo vio a punto de fenecer y le dijo estas palabras:

"—Guardad, Micer Pietro, que a vos con estos pensamientos no se os aparte el alma del cuerpo.

"—Señora —respondió el caballero—, no sería ése el primer milagro que amor hubiese hecho en mí".

No es un místico el que habla, es un caballero galante, y el que transcribe sus frases no es sino un embajador en las más brillantes cortes italianas: amigo de Ludovico el Moro; servidor de Francisco Gonzaga, duque de Mantua; cortesano al lado del de Urbino, Guidobaldo da Montelfetro; embajador ante Enrique VII de Inglaterra, León X, Clemente VII y Carlos V. Pero si no místico, sí está penetrado profundamente del neoplatonismo que arrebataba inteligencias y corazones, lo mismo de poetas como el Petrarca, que de caballeros, que de cardenales, que de místicos. El Ficino tenía siempre ardiendo una lámpara de aceite ante el busto de Platón.

"El gran nombre de Platón —dice Sáinz Rodríguez en su *Introducción a la Historia de la literatura mística en España*—, que ejerce un verdadero imperio en el pensamiento universal durante los primeros siglos de nuestra Era, ha de servir de bandera durante todo el tiempo a las manifestaciones de casi toda la Filosofía antiperipatética, y con elementos procedentes de su

filosofía, mixtificados con otros de muy distintos orígenes, se han construído muchos de los sistemas de la mística posterior". Estos elementos extraños concurren ya en la doctrina del pseudo Empédocles, y en la mente de Filón, Plotino, Porfirio, Jámblico y Proclo adquieren cuerpo de doctrina para venir, en definitiva, a incorporarse a la mística cristiana en Clemente Alejandrino, San Agustín y el pseudo Areopagita. Pero no solamente los neoplatónicos proyectaban en el mundo el caudal de su doctrina: San Francisco de Asís había llenado los campos, las vegas, los bosques con un reclamo dulcísimo de amor: "¡La inocencia lo puede todo! ¡Contemplad el mundo con ojos de alegría! ¡Amad a todos los seres!" "Laudate sie, mie Signore cum tructe la tue creature".

Y en España, cruce del Oriente y del Occidente, nacida al neoplatonismo antes de que los alejandrinos hicieran su aparición en Europa con la escuela de Abenmasarra, ya se establece, en las obras de Ibn Badja, el triunfo de la razón sobre la naturaleza animal, y en la de Ibn Tofail se pretende resolver el problema de las relaciones entre el alma y Dios como en la de Ibn Rosh o Averroes, comentador de Aristóteles; pero según Paul Rousselot: "comentador voluntariamente infiel, discípulo del peripatetismo que se aparta, sin saberlo, de la doctrina de la Escuela" y que busca la unión del alma con el alma universal.

Por otra parte Ibn Gebirol, mejor conocido por Abicebrón, trataba en España misma de conciliar la Biblia con las *Eneadas*, la doctrina de la emanación con la de un Dios personal, el panteísmo con el libre albedrío, y Moisén-benmaimond, el célebre Maimónides, merece ser citado por Alberto el Grande y el propio Santo Tomás. "Amaba en sus ideas el comedimiento y la audacia —dice Rousselot—. Espíritu enciclopédico, se ha dicho que anuncia y prepara la *Summa* de Santo Tomás; filósofo, es el precursor de otro judío: Spinoza, intérprete de las Escrituras; las explica alegóricamente, quiere conciliar la razón y la revelación; su procedimiento es una exégesis racional, atrevida a la par que profunda. La figura de Luis de León, intérprete de los santos textos, tal vez pudiera evocarla aquí algo del pensamiento; pero es la única relación que puede encontrarse entre Maimónides y los españoles".

Sin embargo, los judíos herederos de los árabes sientan sus reales en Toledo, Córdoba, Barcelona, y desde ahí influyen en la escolástica. La doctrina semítica influyó en una de las figuras más nobles y esclarecidas del pensamiento español, la del filósofo mallorquín Raimundo Lulio, obsesionado por realizar una cruzada para aprender las lenguas orientales y predicar en ella la doctrina cristiana a los mahometanos. Lingüista antes que filósofo, logra que Jaime II funde un colegio de lenguas orientales en Miramar y que el Papa Honorio IV establezca otro en Roma. Enemigo del Averroísmo, presenta ante el Concilio de Viena una proposición condenándolo. París es el

centro de la contienda y, sin embargo, está profundamente impregnado de las corrientes que partían del sistema murciano de Abenarabi: "Dios es el ser uno, infinito y eterno, absolutamente indeterminado en cuanto a su esencia y naturaleza. Sus atributos, *dignitates,* se identifican con su esencia hasta el punto de que no cabe concebir en ella multiplicidad alguna numérica. Sólo por aproximación cabe representar parcialmente su esencia mediante las perfecciones de las criaturas que son copias de las *dignitates* divinas". Espíritu inquieto, apunta ya en su obra el racionalismo científico, que ha de tener marcada expresión en su discípulo Raimundo de Sabunde. Montaigne y Descartes se perfilan en el horizonte. Jiménez de Cisneros, el gran cardenal, escribía: "Tengo grande afición a todas las obras del doctor Raimundo Lulio, doctor iluminadísimo, pues son de gran doctrina y utilidad, y así, creed que en todo cuanto pueda proseguiré en favorecerle y trabajaré para que se publiquen y lean en todas las escuelas".

Hemos mencionado al fundador de la Universidad de Alcalá de Henares. Estamos en plena época de los Reyes Católicos. Beatriz Galindo, la *latina,* enseña la clásica lengua en la corte; el Infante don Juan cierra los ojos con la resignación de quien ha sabido de la muerte de Sócrates; *La Celestina* prende una nueva inquietud en la conciencia de sus lectores. La vida se concibe como lucha. "Todas las cosas creadas a manera de contienda o batalla". Colón descubre América; la cruz se planta en la ciudad de Granada; la imprenta multiplica las ediciones de los libros que escriben los contemporáneos o que aparecen en los rincones de las viejas bibliotecas. El hombre siente una ambición de recrearlo todo. La Edad Media se apaga en medio de una serie de diatribas contra las costumbres reinantes. Las danzas de la muerte han despertado al hombre a la vida. El deseo de gozar rompe todos los frenos. Carnal triunfa sobre doña Cuaresma. Los moralistas hacen escuchar su voz. López de Ayala encuentra que

La nave de San Pedro está
en gran perdición
por nuestros pecados et
la nuestra ocasión.

Fray Jacobo de Benavente lanza sus jaras contra los prelados que se enriquecen. El cardenal Jiménez de Cisneros intenta la reforma de las órdenes monásticas con una energía y una actividad ejemplares. Muere cuando el Emperador Carlos V atraviesa España para tomar posesión de su reino. La Reforma enciende su tea en Alemania. El individualismo renacentista ha encontrado su expresión religiosa en el protestantismo alemán. El suave resplandor renacentista se ahoga en el humo de la contienda.

Nuevas preocupaciones se apoderan de las conciencias. Libre examen,

frente a la infalibilidad del Papa; el libre albedrío y la predestinación como temas, no sólo de libros teológicos, sino aun de comedias y de dramas; la importancia de las buenas obras y la justificación por medio de la fe. Las órdenes monásticas, reformadas, en parte, por Jiménez de Cisneros, se aprestan a la lucha, no sólo contra el protestante, sino aun entre sí para definir importantes puntos de dogma y disciplina. Los teólogos españoles concurren al Concilio de Trento e intervienen en él eficazmente. Aparece la Contrarreforma. Erasmo, que había tenido una popularidad ilimitada, se eclipsa. España asume la defensa del catolicismo y da fuerza al Tribunal del Santo Oficio. La Compañía de Jesús se extiende por todo el mundo y se apercibe a la lucha organizada militarmente. Santa Teresa y San Juan de la Cruz emprenden la reforma de las órdenes monásticas. Surge el misticismo español.

El misticismo español es una de las tantas formas del espíritu de aventura que impulsó al español a conquistar tierras y descubrir mundos. Cansado de explorar en el terreno de la geografía, desengañado por los resultados tan pobres que, a pesar de todo, se obtenían, preocupado por el problema fundamental de la salvación del alma propia y de las almas ajenas; atraído por el estruendo de la lucha que se empeñaba en el mundo, se dispuso a lanzarse a la conquista del cielo. ¿Por qué se había realizado la conquista? ¿No la justificaban los teólogos como Francisco de Vitoria por el propósito de catequizar a los indios, convertir a los infieles? El peligro era mucho mayor ahora. La oración se había vuelto en pasiva. Los protestantes querían convertir a los cristianos a sangre y fuego. El mundo veía propagarse una doctrina que amenazaba romper la unidad de la Iglesia. El mundo occidental se dividía en dos bandos irreconciliables. El deber del español era combatir. El mundo poblado de las quimeras de los libros de caballerías se convertía en realidad. Había que penetrar en el alma, descubrir sus más recónditos secretos para predicarlos al profano, iniciarlo en los misterios de la contemplación divina y ganarlos para el combate.

La teología se escribía en latín: solamente podían penetrar en sus reconditeces los iniciados. El camino de la razón no estaba despejado para todos. Era peligroso aventurarse en sus esconces sin la guía de un conductor autorizado. Quedaba el de la ascética y el de la mística para los profanos. La primera da reglas de vida para alcanzar el estado perfecto. La segunda enseña el camino de la unión con Dios por medio del amor. Emplea un lenguaje cuajado de bellas metáforas, de sutiles conceptos. Usa comparaciones gratas al hombre de la época. ¿Qué mejor manera de expresar ese afán de ascenso que nombrar a un libro *La escala espiritual* como lo llama San Juan Clímaco? ¿o expresar ese deseo de aventura que implica siempre el trasladarse de un lugar a otro, que iniciar con San Buenaventura *El viaje del espíritu?* ¿o

recordar la lucha con *El carcaj* de Hugo de San Víctor? ¿o usar de las *Siete armas espirituales contra el tentador* que enarbola Santa Catalina de Bolonia? ¿o encerrarse en *El castillo interior* con Santa Teresa? Si le gusta la naturaleza y el paisaje, ¿bañarse en *Los Torrentes* de Madame Guyón o, mejor, perderse en *La noche obscura del alma* con San Juan de la Cruz?

Cuando surge Santa Teresa, buena parte del camino ha sido andado. Ha comenzado por producirse obra ascética. Pablo Hurces ha escrito un *Arte de buen morir* que se edita en Zaragoza en 1489; Rodrigo de Zamora ha escrito *El espejo de la vida humana* en 1481; Pedro Ximenes de Prexam, publica su *Lucero de la vida espiritual* en 1493; de 1500 son el *Exercitatorio de la vida espiritual* de García de Cisneros; el *Carro de dos vidas* de Gómez García y las *Instituciones de la vida cristiana* de Antonio García de Villalpando.

De 1500 a 1560 aparecen figuras representativas: Fray Hernando de Talavera; Fray Alonso de Madrid; Fray Francisco de Osuna; Fray Bernardino de Laredo; Fray Alejo Venegas; Fray Juan de Dueñas; Fray Pablo de León; el Beato Juan de Avila y Fray Luis de Granada, que abre ya la época de la mística carmelitana.

"Fémina inquieta y andariega" llamó el Nuncio a Teresa de Jesús. Éstas palabras caracterizan, admirablemente, a la santa: fémina, mujer. Todas las cualidades que pueden enaltecer un alma femenina: ingenio, agudeza, energía, buena disposición de ánimo; sobre todo, llaneza. El siglo XVI estimaba sobre todas las cosas la carencia de afectación. El buen gusto para Isabel la Católica consistía, precisamente, en ello. "El que tiene buen gusto lleva carta de recomendación", decía Isabel a los cortesanos. La afectación había de inspirar al barroco del siglo XVII sus mejores frutos. A pesar de ser fémina extraordinaria y alcanzar los límites de santidad, era humana. "Bendito sea Dios —decían las franciscanas descalzas de Madrid—, que hemos podido ver a una santa que todos podemos imitar, que habla, duerme y come como nosotras y conversa sin cumplimientos y melindres". Mujer sensible, imaginativa, formó parte de la generación de mujeres españolas que se entregó, en alma y cuerpo, a la contemplación y al proselitismo religioso. En el siglo XVI, doña Sancha de Carrillo seguía los consejos del beato Juan de Avila y abandonaba la Corte; las hermanas Catalina y María de Sandoval se incorporaron a la cruzada de Santa Teresa; Catalina de Cardona, aya de don Juan de Austria, abandona también la Corte y busca en el desierto alcanzar la gloria. Mujeres de su tiempo, se lanzaban a la lucha con el mismo denuedo que los hombres. El renacimiento las liberaba de los lazos que la Edad Media había puesto en espíritus y cuerpos para impedir la evasión. Santa Teresa supera a todas. Hija de una hermosa mujer, doña Beatriz Dávila y Ahumada, de espíritu

delicado y ensoñador, hereda de ella las mejores cualidades del alma de una mujer.

¡Fémina inquieta! ¿Quién no se dejaba poseer por la inquietud en ese siglo de lucha, en que el mundo se conmovía en sus cimientos, se partía en dos a impulso de un horrendo cataclismo espiritual? Inquieta por el destino de su raza; inquieta por el porvenir de una fe religiosa que se apegaba en las conciencias; inquieta por los hombres que se perdían en el mar de concupiscencias y errores que fueron patrimonio del siglo. "Miro que si vemos acá una persona que bien queremos en especial, con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida a compasión y si es grande nos aprieta a nosotros; pues ver a un alma parar sin fin en el sumo trabajo de los trabajos ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá que en fin se acabará con la vida y que ya tiene término, aún nos mueve a tanta compasión, estotro que no lo tiene, no sé cómo podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo". Así piensa de los luteranos. Inquietud que sólo tiene su sosiego en la muerte. El espíritu de aventura renacentista se convierte en renunciación, en afán de morir.

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

Ninguna mujer, ningún hombre, ha podido expresar con mayor belleza en un lenguaje tan inflamado como Teresa las inquietudes del alma encerrada en su castillo interior.

Andariega. Sintió ese afán de acción desde pequeña. Conocido es el episodio que la misma Santa Teresa narra en su *Vida,* de la escapatoria a los siete años con su hermano Rodrigo para irse a tierra de moros y hallar en ella martirio. Don Francisco de Cepeda, su tío, regresa a los prófugos de las murallas de la ciudad y "riñóles la madre de la ausencia y el hermano se excusaba diciendo que la niña le había incitado y hecho tomar aquel camino". Andariega como todos los hombres de su época, conquistadores y misioneros, poseídos del afán de llegar o perecer en la demanda. Teresa de Jesús no se dedicó solamente a la contemplación característica en su Orden: fue activa, extraordinariamente activa, a pesar de que su cuerpo no le ayudaba en la empresa. Desde muy joven padeció grave dolencia. Alguna vez su cuerpo es toda una llaga y, sin embargo, nada le detiene en su peregrinación a través de Castilla y Andalucía, fundando conventos o reformando los existentes. "No conquistó su santidad sin trabajo —dice Rousselot—; sería preciso, en fin, mostrarla trabajando sin descanso, durante veinte años, en el triunfo de su empresa, caminando sin cesar, corriendo de una a otra ciudad,

de Medina del Campo a Valladolid, de Toledo a Salamanca, de Sevilla a Segovia, de Granada a Burgos, salvando todos los obstáculos, sinsabores, pobrezas, desdenes, persecuciones, a fuerza de valor, de fe, de sacrificios; vida militante, humilde, abnegada, verdaderamente santa, practicando su divisa: *Sufrir, morir*".

No sólo camina, escribe incansablemente, lee. Su cultura está informada en lo mejor de los libros religiosos de la época: La Biblia, La Leyenda Dorada, San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio el Magno, Ludolfo de Saxonia, Kempis, Alfonso de Madrid, los *Abecedarios* de Fray Francisco de Osuna, Bernardino de Laredo, Antonio de Guevara, San Pedro de Alcántara, Fray Luis de Granada. "En cierto modo —dice Sáinz Rodríguez— la doctrina mística de Santa Teresa es algo semejante en el misticismo a lo que fue la gran obra de organización y observación del mecanismo del entendimiento humano realizado por Aristóteles en su *Lógica*. Las *Moradas* vienen a ser el *Organo* del misticismo cristiano".

Frente a la doctrina protestante de la omnipotencia de la fe como medio de salvación, Santa Teresa se pronuncia decididamente por la eficacia de las buenas obras, el valor de la caridad; al lado de la contemplación, la acción fecunda. "Que aunque es vida más activa que contemplativa, y parecerá si le concede esta petición, cuando el alma está en este estado nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María, porque en lo activo y que parece exterior obra lo interior... Que no, hermanas, no, obras quiere el Señor; que si ves a una enferma a quien puedes dar un alivio, no te dé nada perder esa compasión y te compadezcas de ella, y si tiene algún dolor, te duela a ti, y si fuera menester lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella como porque saber que tu Señor quiere ello".

Doctora por su ciencia, santa por su desprendimiento, deja honda huella en los espíritus que la siguieron: Fray Juan de la Miseria, buscó los mejores matices de su paleta para pintarnos el retrato de la Santa; San Juan de la Cruz fue el discípulo fiel, el compañero decidido en la obra de reforma. La siguieron Fray Antonio de Heredia, Juan de Jesús Roca, representante suyo en Roma, Ambrosio Mariano de San Benito, "Soldado en San Quintín, doctor en Trento y, finalmente, carmelita descalzo". Pero el mismo Gracián y Juan de Jesús María la ayudaron en su obra reformista. Dejó honda y perenne huella en su siglo y en su tierra, por su personalidad egregia, por su simpatía humana, por sus obras que "no nacieron para la calle, sino como desborde íntimo de un alma segura en su retiro de amor: fueron confesión susurrada para edificar en silencio a sus hijas espirituales. Sin la coacción que significa pensar en un público —fríamente crítico o privado de amor comprensivo— las frases se disparan irresponsables, escudadas en aquella patente de corso que les confiere el fontanar divino de donde manan"... Be-

llas palabras para caracterizar la obra de la insigne monja, que brotan de la pluma de un escritor no ortodoxo por cierto, Américo Castro.

Han pasado cien años. Vuela la imaginación de la torreada y recoleta Avila a la capital del Virreinato de la Nueva España. Otro ambiente y otro clima. La paramera castellana se transforma en el Valle de México, la sutileza del aire, la claridad del cielo, gratos a nuestro amigo Alfonso Reyes, dan prestancia a la ciudad que ha emergido del lago milagrosamente. No es la ciudad del siglo XVI que edificaron los conquistadores. Las recias casonas se han hundido o han venido a tierra demolidas por la misma piqueta de los que las fabricaron. La vieja iglesia, que sirvió de catedral, ha desaparecido también y en su lugar se levanta la nueva fábrica que ha de durar siglos en su erección. Las mansiones de los ricos cubren sus fachadas de complicada ornamentación barroca: tezontle y chiluca, azulejo y bronce. Los monasterios levantan magníficas iglesias, siguiendo las direcciones fundamentales que el espíritu de la Orden dicta a los arquitectos. La primitiva iglesia franciscana de recios muros, altos ventanales, torres que parecen de castillo, almenas y barbacanas; la iglesia agustina con su extraña mezcla de romántico y gótico, desaparece para dar lugar a los templos de los dominicos, con sus lambrines de azulejos, sus retablos de oro; a los que levantan los jesuítas para la "mayor gloria de Dios" en pleno delirio churrigueresco. Las rejas de "mancenderán", las crujías de "tumbago", dan insólita riqueza a estas casas del Señor, edificadas por la devoción de un pueblo formado por clases rigurosamente separadas entre sí. Devoción, hemos dicho. El sentimiento religioso puede manifestarse de diferentes maneras. La fe en el fondo, inspirándolo todo, la devoción como reflejo externo. El siglo XVI fue un siglo de fe, de fe en los destinos de la raza, de fe en la salvación o en la condenación de las almas. En el siglo XVII va quedando sólo la devoción, que es formal, que es aparente. Sigue en esto el dictado de lo barroco. El héroe se transforma en discreto, como en los célebres libros de Gracián; el genio se convierte en ingenio y produce el discreteo de la comedia que empezando en Lope alcanza su mejor realización en don Agustín Moreto; el honor, en pundonor, y forja su código que tiene plástica expresión en las comedias del gran Don Pedro. La fe, en devoción. Gran distancia hay entre los tiempos de los humildes franciscanos y los que corren en el siglo XVII. Las procesiones de Corpus adquieren extraordinaria magnificencia. Por las calles de la ciudad la muchedumbre puede admirar el espectáculo: Arzobispo, Virrey, ambos cabildos, Ayuntamiento, órdenes monásticas, clero secular, claustro de la Universidad, alabarderos del Virrey, maceros del Ayuntamiento, pasan bajo la vela que se ha extendido desde la puerta de la catedral que da a la Cruz de los Talabarteros, por toda la calle de Tacuba y Santa Clara, por San Francisco y

Plateros, hasta la puerta central. Cae sobre ellos una lluvia de flores. Las campanas de todos los templos lanzan al aire las notas de un himno triunfal. Y así, en todas las celebraciones civiles y religiosas que en la colonia organizan las órdenes monásticas, la Universidad, el Municipio: boato, color, abigarramiento, magnificencia.

La misma división de las clases sociales, ¿no descubre un curioso mosaico, en el que se mezcla el español con el indio y el criollo con el negro y el mestizo con el mulato? Los términos con que se designan estas mezclas, ¿no descubren un curioso y hasta humorístico efecto barroco?

¡Qué extraordinaria mescolanza se produce al confundir las sangres del mulato con la española para producir el "morisco", y la de éste con aquélla para que resulte el "salto atrás", y la del chino con la mulata para que nos resulte el "lobo", y la del "lobo" con la mulata para que aparezca el "gíbaro", y luego el "albarrazado" y el "cambujo" y el "sambaygo" y el "tente en el aire" y el "no te entiendo", raro producto de "tente en el aire" con mulata, y por fin, para desesperación de etnólogos, el "ay te estás", último eslabón de estas combinaciones en que se cruzan el "no te entiendo" con la india.

En España hay una literatura popular, porque en Castilla el pueblo se expresa con un lenguaje que todos entienden, resultado de una elaboración de siglos, paralela al desarrollo de un pensamiento y de una voluntad que es la del pueblo que lo habla.

El teatro es popular, porque en él se refleja el alma del pueblo que lo ha creado. En el *Corral de la Pacheca* se codean el noble y el plebeyo; el fraile y el menestral; el estudiante y el obrero; la dama y el campesino que ha venido a Madrid a vender su trigo o su aceite. Desde su aposento el rey sigue, atentamente, la representación de la obra y, a veces, con más interés mira los ojos de la Calderona que está a punto de darle un hijo.

En México se superponen mundos diversos. Ni los que hablan la misma lengua y tienen la misma sangre, suelen hablar el mismo lenguaje. El criollo mira al español con grave resentimiento. Este último, al fin y al cabo, es un advenedizo que ha venido a frustrar las más bellas esperanzas del primero. El pleito de las encomiendas ha dejado en los corazones un sedimento de amargura que contribuirá, dos siglos después, a la emancipación. El mestizo siente bullir en sus venas la sangre de sus antepasados y, tras de la apariencia respetuosa, oculta un rencor que se ha de convertir en torrentes de sangre corriendo el tiempo. El indio adopta y adapta las creencias que el español trata de fijar en él; pero en el fondo sigue añorando su época de gentilidad. Tan grande ha sido su tragedia que ha aniquilado en la raza todo esfuerzo, ahogado toda iniciativa, matado todo impulso de redención. Al lado de los palacios sigue el indio viviendo en sus chozas. La carroza del Virrey se abre paso a través del dédalo de callejuelas, en las que mora el pueblo sin esperanza. El poeta canta para un breve grupo de elegidos, cada vez que se trata

de solemnizar una fiesta. Lo van a premiar los doctos; tendrá, por lo tanto, que hablar en docto. De ahí que las formas culteranas hayan tenido tan gran predicamento en la Nueva España. La Real y Pontificia Universidad de México y los colegios de los jesuítas, contribuyen al desarrollo de esta poesía de escuela. *El Triumpho Parthénico* es un buen ejemplo de ello.

México no ha participado en la lucha religiosa del siglo anterior. España misma ha liquidado ya el grave conflicto. Sus teólogos en el Concilio de Trento, han definido, claramente, los puntos sustanciales de la fe. El pueblo se somete al dogma voluntaria y conscientemente. No hay el menor pretexto para la duda. La inquietud que se apoderó de las conciencias, ha desaparecido. El Santo Oficio cuida de preservar a las colonias de toda contaminación mosaica o luterana. Los judíos, conversos desde la época de los Reyes Católicos, tienen larga descendencia cristiana que lleva nombres insospechables: Santa María, Santangel, Casanova... Cierto que algún alumbrado, de origen portugués, da que decir a la gente y quehacer a los familiares del Santo Oficio. Se le procesa y se le relaja. Tal sucede con don Luis de Carvajal y su familia. Algún pobre diablo observa, secretamente, la ley de Moisés, y muere "relapso". Así, Treviño de Sobremonte. Pero fuera de estos observantes empedernidos de la Antigua Ley, ¿qué nos describen los procesos inquisitoriales del siglo XVII en la Nueva España? "Bajo la autoridad del obispo don Fray Juan de Zumárraga —dice Pereyra— se celebró un auto de fe en que se reconcilió Andrés Morvan, acusado de luteranismo, y otro en que se reconcilió también de judaizante Francisco Millán. Bajo la jurisdicción episcopal fue condenado a las llamas el cacique de Texcoco, acusado de ofrecer sacrificios humanos a los dioses del antiguo culto. En tiempos del obispo Montúfar, o sea a mediados del siglo XVI, un italiano fue reconciliado por pacto con el demonio. Roberto Thompson fue condenado a llevar 'sambenito' durante tres años por luteranismo y un genovés fue condenado a prisión perpetua y 'sambenito' por la misma causa. Posteriormente fueron reconciliados siete luteranos, tres calvinistas franceses y un cismático griego". En el año de 1649 se celebra el auto de fe más pomposo que presenciaran los habitantes de la Nueva España. Después, no vuelven a concurrir a un espectáculo de esta naturaleza. La autoridad del rey no se discute; la del Santo Oficio, menos. Los que practican ritos extraños son gente alienígena: portugueses, italianos, ingleses de la expedición de John Hawkins. Los indios siguen acordándose de los tiempos de su gentilidad, pero quedan fuera de la jurisdicción del tribunal. El temor religioso que acendra la lucha y el peligro se ha ido convirtiendo en liturgia, en rito, en devoción. Las almas se sienten seguras en el seno de la fe que preside su nacimiento y su tránsito de este mundo. Los terribles tiempos del Anticristo han pasado. Otro hecho importante hay que señalar: la importancia que los jesuítas adquieren en la Nueva España. Rivalizan sus colegios con la Universidad y, en cierto sentido, la

dominan y la vencen. La enseñanza de criollos y mestizos ricos queda a su cuidado. En sus cátedras se renueva la filosofía escolástica. Pero en ellos no se mantiene la vieja tradición mística dionisiana. "Los Ejercicios Espirituales —observa Aldous Huxley en su *Eminencia gris, estudios sobre religión y política*—, son gimnasia de la voluntad personal hasta tal punto que, en lugar de ser fin en sí mismo, el culto de Dios se torna, en cierto modo, en un instrumento para que lo utilice el gimnasta a fin de lograr el dominio sobre sí mismo". El "tolomaísmo" místico frente al "copernicanismo" de otros teólogos y escritores religiosos. Los jesuítas reglamentan y sistematizan la meditación. Frente a la libertad de que han gozado los místicos, San Ignacio decreta: "Debemos siempre tener para en todo acertar que lo blanco que yo veo, creer que es negro si la iglesia jerárquica así lo determina". Karl Vossler ha estudiado este asunto en *Algunos caracteres de la cultura española.* La influencia jesuítica llega a ser definitiva en la Colonia, no sólo en la vida religiosa, sino en el arte y en las letras. No en vano las figuras más importantes de la poesía y la historia en la centuria siguiente han de ser los jesuítas Alegre, Abad, Landívar, Clavijero... En la vida de Sor Juana se proyecta la silueta del padre Antonio Núñez de Miranda.

¿Quiere esto decir que no hay nada que inquiete al espíritu y que estimule la acción de los hombres? Se adivinan los primeros rayos de una aurora. La vieja filosofía estudiada en las escuelas durante siglos, no basta a responder a las interrogaciones que el hombre se hace a sí mismo en el secreto de su propia conciencia. La duda ha de ser propuesta como principio de conocimiento por Descartes. El racionalismo que ha de llenar todo el siglo XVIII hace su aparición en la filosofía. Los espíritus curiosos han de creer en la ciencia, como panacea de todos los males que afligen a la humanidad. América ha de iniciar el inventario de sus propios recursos, se ha de buscar a sí misma. Botánicos, zoólogos, matemáticos, astrónomos, historiadores y geógrafos, brillante pléyade, han de llenar con sus nombres los anales científicos de la décimaoctava centuria. Don Carlos de Sigüenza y Góngora ha de iniciar la brillante caravana. A su lado, una gallarda inteligencia de mujer ha de presidir este renacimiento en la Nueva España. Santa Teresa fue todo corazón, puso su inteligencia al servicio del espíritu: fue el amor hecho carne y sangre de mujer. Cien años más tarde, Sor Juana Inés de la Cruz, en la Nueva España, pone su corazón al servicio de una inteligencia privilegiada. Acalla la pasión, razona, discute, define. El amor mismo cae bajo el análisis de esta extraordinaria mujer.

"Bien se deja en esto de ver cuál es la fuerza de mi inclinación, que quiso fuese hacia las letras, y no hacia otro vicio que fuera en mí casi insuperable; y bien se infiere también cuán contra la corriente han navegado (o

por mejor decir han naufragado) mis pobres estudios". Con estas palabras puede trazarse completamente la biografía espiritual de Sor Juana Inés de la Cruz. Inclinación hacia las letras, incoercible, constante, de toda la vida. A los tres años aprendía a leer en la *Amiga,* a los ocho compone una loa para ser dicha en una festividad religiosa de la parroquia de Ameca; más tarde, pretende venir a México en hábito de hombre y estudiar en la Universidad; devora los libros que llenaban los plúteos de la biblioteca de su abuelo; estudia gramática y aprende latín con el bachiller Martín de Olivas; luce su discreción, su garbo, su inteligencia ante los doctores, canonistas, poetas y "tertulios" que el Virrey Mancera convoca para que se den cuenta del prodigio de una doncella de dieciséis años que puede competir con los más sabios doctores de la Universidad. Es admirada en la Corte virreinal. Doña Leonor María de Carreto la hace su amiga y para ella serán muy lindos versos los que escriba la moza. Cuando muere, años más tarde, la amable Laura, le ha de componer aquel hermoso soneto que dice:

De la beldad de Laura enamorados
los cielos, la robaron a su altura
porque no era decente a su luz pura
ilustrar estos valles desdichados.
O porque mortales, engañados
de su cuerpo en la hermosa arquitectura,
admirados de ver tanta hermosura
no se juzgasen bienaventurados.
Nació donde el oriente el rojo velo
corre al nacer el astro rubicundo
y murió donde con ardiente anhelo
da sepulcro a su luz el mar profundo;
que fue preciso a su divino vuelo
que diese como el sol la vuelta al mundo.

Ingresa en el convento de San José y después en el de San Jerónimo. La regla carmelita, la de la ilustre fundadora, fue demasiado severa para esta jovencita que llegaba al convento no poseída de un amor místico incontenible y desbordante, sino "para vivir sola, para no tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros". Sufría por tener que trabajar sin más guía que los libros. "Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro; pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor de las letras; ¡oh, si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado, cuánto hubiera yo merecido!" ¡Amor a las letras! He ahí la vocación de la monja, que ha escogido para vivir el claustro de una

Orden que se ha distinguido siempre por la devoción a los libros, la custodia de tesoros de sabiduría y que patrocina uno de los padres de la Iglesia más impregnado del supremo valor de las letras divinas y humanas, y ¡cómo le gusta alardear de la sabiduría conseguida pacientemente y tras largos años de labor! Su *Carta a Sor Philotea de la Cruz,* documento importantísimo en la vida de Sor Juana, describe el afán de mostrar la erudición adquirida en la lectura de la Patrística, de los ascéticos, de los poetas, de los humanistas. Cita a Santo Tomás, a Alberto el Magno, naturalmente a Aristóteles, a San Jerónimo, a Lupercio Leonardo de Argensola, entre los más destacados de los hombres que ella admiraba. Toda la cultura de su tiempo está admirablemente interpretada por la jerónima. Burla burlando, se siente satisfecha de sí misma. Sabe que es admirada por los hombres más sabios de su tiempo en la Nueva España y le satisface esta devoción. Es el centro de una pequeña corte formada por la crema de la sabiduría de su tiempo: Carlos de Sigüenza y Góngora, Ayerra y Santa María, el doctor Castorena y Ursúa. El padre Diego Calleja la tiene en alta estima. Su mismo confesor el padre Antonio Núñez de Miranda le profesa un afecto paternal, y gran dolor debe haber sentido al retirarle su ayuda en la crisis más grave de la vida de Sor Juana, que provoca su afán desmedido de estudiar y de escribir. ¡Si no hubiera publicado la famosa *Carta Athenagórica* con la crítica al sermón del mandato del padre Vieyra! ¡Pero era tan importante desbaratar las afirmaciones un tanto ligeras y excesivamente exageradas del célebre jesuíta portugués! En el México del siglo XVII representaba Sor Juana un poco el papel de aquella Victoria Colonna que en la quinta de Posilipo presidía las discusiones sostenidas por un grupo de caballeros y de damas que entretenían los ocios de los domingos bajo la dirección de Juan de Valdés. Con razón Pedro Salinas llama a la monja, extemporánea. Nació un siglo después de la época en que hubiera brillado con más vivo fulgor en una corte señorial del Renacimiento.

Inteligencia es la característica fundamental de Sor Juana. Aun en los momentos de verdadera efusión lírica, su inspiración está frenada por una inteligencia alerta, por una discreción que no deja que se desborde. Esa inteligencia es, sin embargo, esencialmente femenina; por ello, aun en los momentos de pedantería en que suele caer la escritora, no desagrada, ni molesta, por la elegancia, la ironía y la facilidad con que sabe rehuir el compromiso. Esa inteligencia sabe asimilar perfectamente las más dispares corrientes de la lírica castellana: Argensola y Góngora; Lope de Vega y Valdivieso; Fray Luis de León y Gaspar Gil Polo; Calderón de la Barca y Moreto. Imita a Góngora y salva los escollos de la imitación con singular maestría. Conoce una comedia de Calderón y la supera en un auto sacramental. Escribe entremeses y loas con la misma facilidad que lo hiciera antes Quiñones de Benavente o Rojas y Villandrado. Su ingenio concibe perífrasis, analogías y antítesis con la elegancia que ponía Quevedo en el empleo de estos recursos. No conoció a

Gracián, por ello no compuso primores semejantes a los que salían de la pluma del gran prosista aragonés.

Pero no sólo le interesaban las letras, sino las ciencias también. No era ajena a las matemáticas ni a la astronomía, ni a la física. Tuvo atisbos geniales sobre la relación que unos fenómenos tienen sobre los otros y que interesarían mucho a los relativistas modernos y le dio importancia al trabajo del subconsciente en el instante del sueño. Podía entender, además, las explicaciones que sobre muchos fenómenos debe haberle hecho su contemporáneo Sigüenza. Se anuncia en esta pareja el alborear de una centuria que se caracterizaría, en México y en la América en general, por su amor a la ciencia, por su orientación decisiva hacia la investigación, por un cierto espíritu racionalista que, por lo demás, era el Cartesio, que ella conocía.

En ningún momento de su obra se descubre el misticismo. *El Divino Narciso* tiene todo el aparato de un auto de Calderón. Sus versos religiosos recuerdan, como tan claramente lo dice Vossler, "el estilo popular eclesiástico de los romances clericales, villancicos, endechas, ensaladillas al modo de Castillejo, Valdivieso o Lope de Vega". Alguna vez el recuerdo del ausente la lleva a escribir estos renglones que, quizás, sean los únicos que tengan algo de efusión mística:

Mas ¿cuándo ¡ay gloria mía!
mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
que ponga dulce fin a tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
y de los míos quitarás el llanto?

Los demás son versos amorosos expresados en una retórica muy al gusto de la época, salvo las liras, y aquel hermoso soneto que empieza:

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba...

"Sor Juana (dice con razón Vossler) defendía en su carta a Sor Philotea— rápida, tan ortodoxa como decididamente, los límites entre Dios y el hombre, la diferencia entre amor divino y amor humano, rehusando cualquier mezcla mística o conceptista. No se debe tomar a Sor Juana, como sucede frecuentemente, por una visionaria. En su profesión de fe, ortodoxa; en sus ideas, clara y segura; en la norma de su vida, pura y fiel a su deber, recorría su difícil camino".

Aun en la crisis final, "cuando no corría sino volaba en el camino de la santidad", no fue una reacción mística la que se produjo en ella. Orgullo herido, obediencia a los superiores, espíritu de sacrificio, la hacen vender sus li-

bros, sus instrumentos matemáticos y músicos y entregar el producto de ello al arzobispo Aguiar y Seijas para repartirlo entre los pobres. Firma su profesión de fe con sangre, socorre a las monjas atacadas por la enfermedad que diezma la población y muere cristianamente el día 17 de abril de 1695, en el día de la domínica del Buen Pastor.

No es la primera vez que se ha intentado este paralelo imposible entre las dos grandes mujeres. El doctor Quevedo y Zubieta lo intentó alguna vez; un excelente ensayista brasileño lo acaba de realizar en las breves páginas de un artículo titulado: *Mística mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz.* Luis Amador Sánchez llega a estas conclusiones:

"Em Sta. Tereza despertan muito cedo a devota, em Sor Juana um afã varonil de saber. Sta. Tereza suspira pelo convento para entregar-se a seu amor pelo estudo. Sta. Tereza morria por coroar-se como halo divino da santidade e Sor Juana morria por aprender, por abarcar toda a inmensa ciencia dos homens e devia ser capaz de pedir em todas as suas orações e em todo o rigor de suas practicas cristas, mais inteligencia e mais sabedoría".

Sor Juana nació cuando se cumplían sesenta y nueve años de la muerte de la santa. Un siglo casi separa las existencias de las dos insignes monjas. En ese tiempo la historia del mundo y la historia de las ideas han sufrido una profunda transformación. El Renacimiento se ha desvanecido, dejando sólo una admiración profunda por la belleza de la forma, la "hermosa cobertura" que enaltecía ya el Marqués de Santillana. Pero el concepto de belleza había cambiado también, no era la línea pura que habían trazado los griegos. La fantasía había complicado el paradigma. Exaltación de adorno, propósitos sin fin de cubrir la superficie de alegorías. Triunfo de la metáfora y del concepto en el verso. Los místicos habían puesto su grano de arena en ello. No hablaban en el lenguaje directo. Era tanto y tan alto lo que querían decir que habían menester de la parábola para expresarse. La Contrarreforma llevaba a las almas un sabor a ceniza. Todos los seres llevan en sí el germen de su disolución. Nacen para morir. Todo

es cadáver, es polvo, es sombra, es nada...

En los cuadros de Ribera y de Zurbarán, en las terribles alegorías de Valdés Leal se percibe el hedor de la carne que se descompone. En México, una mujer que amaba la vida, aconsejaba gozar sin temor del hado

el curso breve de tu edad lozana,
pues no podrá la muerte de mañana
quitarte lo que hubieres hoy gozado.

Sin embargo, la presencia de la muerte surge como amago, lo mismo que en Calderón, que en Quevedo, que en Góngora.

Avila y México: ciudades diferentes, climas diversos. Siglo XVI: lucha, inquietud espiritual, mundo en llamas; idea imperial que se desvanece; el Escorial, tumba, palacio real, biblioteca, museo. Una mujer que sale del convento para combatir en el mundo. Siglo XVII: arquitectura barroca, literatura culterana, conceptismo en la expresión, discreteo en la comedia, conformidad en los espíritus... El dogma ha sido ya impuesto. El pícaro se lamenta de su miseria, en un tono doctoral y zumbón. Cada quien ocupa su sitio: el noble, arriba; el miserable, abajo. Las monjas no tienen que recorrer toda España fundando conventos; viven ahora en sus celdas, se adornan rica y complicadamente para las profesiones, al estilo barroco también; saben música, componen lindos versos, hablan en un lenguaje pulido y primoroso, descifran problemas de geometría, hacen dulces y reciben en su celda a la Virreina. Otra mujer que se encierra en el convento para no luchar en el mundo. La historia de España ha escrito un nuevo capítulo, con letras trazadas por la pluma de un escribano que se auxiliaba con grandes quevedos y ponía una rúbrica muy complicada al pie de su narración.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR

CON la venia del señor Director, que tiene la facultad de designar al académico que contesta a cada entrante, don Julio Jiménez Rueda —de quien acabamos de escuchar un diserto estudio— me escogió a mí, pobre de merecimientos aunque rico en voluntad de servirle, para que le apadrinara en esta sesión en la que pronuncia su discurso de ingreso.

¿Qué lo movió a hacerme tal honor? Sería un misterio para mí, si no considerara su benevolencia hacia el antiguo maestro, que nada pudo enseñarle, ya que figura, aún ahora, y figurará en lo que le quede de vida, en la categoría de los que todo tienen que aprender. Le agradezco el honor que me hace, y trataré de corresponderlo presentándolo, tan de cuerpo entero como pueda, a esta distinguida concurrencia.

Su físico, ya lo veis, es el de un verdadero letrado: plácido el rostro; medio calva, prematuramente, la testa; grandes quevedos de carey... Sus maneras son suaves, su cuerpo pequeño; pero de él sale una voz recia, limpia, apta para la cátedra. Se antoja verle vestido de ropilla y gorguera, gregüescos y calzas, escribiendo con pluma de ave alguna crónica de los benditos tiempos coloniales. Suya habría de ser la firma complicada atribuida por él al escribano que, según las últimas líneas de su discurso, escribiera el nuevo capítulo de la historia de España, referente al Virreinato.

En realidad, su espíritu ha estado enamorado siempre de la época de la dominación española en estas tierras de América, lo cual se comprueba fácilmente con sus obras. Allí tenéis su novela *Sor Adoración del Divino Verbo,* que es una colección de estampas en las que se cuajan diversos instantes y aspectos de la vida virreinal, desde la del campo hasta la de ésta que fue villa y corte. Sus protagonistas podrían haber sido arrancados de una comedia de capa y espada: la dama es noble, ingenua, amorosa y melancólica; el galán, insistente y arriscado. Va y viene entre ellos una corredora de oreja, con todos los caracteres clásicos de la Celestina o de la Trotaconventos; y el caso termina en sangre y en monjío.

Cuadros de la Colonia son también los de su *Moisén;* pero si los de *Sor Adoración,* por sus tonos semejan acuarelas, los de esta obra, que trata de la vida de los judíos en la ciudad de México, están trabajados al agua fuerte. Tienen el naturalismo, la brusquedad, podría decirse, de algunos de los *Caprichos* de Goya, y andan en ellos herejes y blasfemos, brujas y hembras bravías, familiares y verdugos de la Inquisición; y hay allí festividades hebreas, tormentos, quemas de relapsos.

Pero si este lado pintoresco de lo colonial captó el cariño del artista, el pensamiento de entonces, las figuras literarias de la época, han llamado parejamente la atención del crítico.

Ha escrito un excelente estudio sobre el dramaturgo don Juan Ruiz de Alarcón, examinando su vida, sobre lo que aclara muchos puntos dudosos, con copia de documentos y minuciosas confrontaciones de sucedidos y fechas. Con penetración psicológica explica muchas de las características espirituales del gran comediógrafo, por los complejos que en él desarrolló su deformidad física, la que, sin embargo, no agrió su carácter ni lo puso, por tanto, en la clase de los resentidos. Jiménez Rueda proclama lo anterior al poner como epígrafe de su estudio este concepto, que se halla en una de las cartas de Lord Byron a Lady Blessington: "Se necesita una gran bondad natural para vencer la amargura corrosiva que una deformidad engendra en el espíritu y que indispone contra todo el mundo". ¡Bien lo sabía el gran poeta satánico, que, él sí, no supo evitar esos terribles efectos de su deformidad, los cuales le hicieron declarar la guerra a la sociedad, aunque, a mi parecer, prestaron al par a su estro potencia titánica, una especie de luz negra y fría que causa pavor!

Alarcón fue muy diferente; no rompió con sus semejantes, porque su moral era sólidametne cristiana; su solo desquite fue mostrar la nobleza y la brillantez de su espíritu. Jiménez Rueda presta atención especialmente a las peculiaridades que distinguieron al dramaturgo de los de su época, y no incurre en el error de creer que su nacimiento solo pueda explicarlas; bien que, como lo señalo en artículo mío sobre este tema de la mexicanidad de Alarcón, subraya ésta en ciertos sitios, sugestionado, tal vez, por el sentimiento patriótico. Pero en el capítulo que dedica a esta materia, concluye que la nacionalidad no puede explicar el sentido profundo del teatro alarconiano.

Para mí, la cultura de Alarcón, que es lo que aquí importa, era netamente española, del mismo modo que su alma y sus gustos estaban más en España que en la Colonia. La "extrañeza" señalada en él por sus contemporáneos y por los críticos de hoy, proviene de su mayor hondura psíquica, de su carácter introverso, muy diferente de la extraversión de los otros maestros del teatro español, comenzando por aquel Lope enamorado, confidente y ayudante de galanterías, que se prodigaba en las funciones sociales de la Corte y cuyo principal objeto al escribir comedias era divertir. Claro que como tenía genio, muchas de esas obras que

en horas veinticuatro
pasaron de las Musas al teatro,

son obras maestras. Pero las más seducen sólo por su intriga y por su fácil versificación, y no por la muchedumbre de personajes que se mueven en ellas, tan poco interesantes y tan desvaídos, como los con que a diario nos codeamos en la vida.

Alarcón fue, tal vez, el dramaturgo español que inauguró el teatro moderno, por preocuparse más del carácter de los personajes que de las acciones que ejecutan; por su voluntad de observar el límite clásico. Esa atención a la psicología, ese propósito de estudiar los rodajes interiores del alma es lo que distingue a Alarcón de sus contemporáneos; de manera que podría decirse, exagerando un poco, que los dramaturgos del tiempo de Alarcón se proponían hacer únicamente lo que el cinematógrafo, hoy por hoy, hace en nuestro medio: distraernos un momento, sin grandes pretensiones de arte. Alarcón sacó el teatro de esa etapa y le confirió nueva dignidad moral y artística.

Perdóneseme esta digresión, que es fruto de mi aprecio por el ingenio coterráneo nuestro, según el nacimiento, y español por su formación anímica. El sujeto la justifica.

Y paso a seguir diciendo las características de nuestro académico entrante.

Confirma su afición al tiempo colonial el mismo discurso que acabamos de oírle, pues si por una parte trata de la gran personalidad de Santa Teresa de Jesús, por la otra examina la de Sor Juana Inés de la Cruz, nuestra décima musa. El tema le da ocasión para discurrir sobre la España de los Habsburgos, y sobre la Nueva España de los últimos Felipes. Ya hemos oído la erudición que posee sobre el Renacimiento español y el Renacimiento europeo, lo mismo que sobre la Reforma en la Península, contrapuesta a la Reforma en los demás reinos. Después cruzó su ingenio el vasto océano Atlántico, para llegar a estas tierras americanas, y ofrecernos una visión de lo que fuera el virreinato, especialmente desde el punto de vista cultural.

Califica su estudio de las dos grandes figuras monjiles, de "paralelo imposible". Yo no estoy conforme con ese juicio, por creer que casi todos los paralelos son posibles, ya que la palabra "paralelo" no significa igualdad o equivalencia, como generalmente se piensa, sino, siguiendo su etimología, el hecho de parangonar una cosa o una persona con otra. Viene esa palabra de dos raíces griegas: παρα preposición, que significa cerca de, al lado de, y αλληλων que vale tanto como "el uno y el otro". Es decir, cercanía de dos cosas. Nuestro diccionario de la Academia da, por tanto, a la voz "paralelo" la connotación de "cotejo o comparación". Así, pues, al usarse en la forma en que Jiménez Rueda lo hace, debe olvidarse la connotación matemática, de líneas o figuras iguales y equidistantes, para atender a la significación etimo-

lógica, que ya se ha dado, de cosas colocadas frente a frente, confrontadas, contrapuestas, cotejadas; comparación de cosas contrarias o diversas.

Así la empleó desde la antigüedad Plutarco; y cuando confronta a los próceres griegos con los romanos no es para acusar sus igualdades, sino, precisamente, sus diferencias. Las primeras vidas que compara son las de Teseo y Rómulo, ambos fundadores legendarios de urbes antiquísimas. Este hecho sirve de base a todo el paralelo, pero en lo demás las dos vidas se apartan una de la otra casi completamente. El paralelo, pues, puede hacerse siempre que cosas o personas tengan siquiera un elemento básico semejante, aun cuando los demás que las componen, difieran.

Es lícito por lo tanto, comparar a dos seres que, desde luego, coinciden en su calidad femenina, y ésta muy acusada, ya que tanto Santa Teresa como Sor Juana tuvieron en alto grado las características de su sexo. Convienen también en haber probado en su pubertad el amor: Santa Teresa lo insinúa contritamente en su autobiografía, relatando los tratos con sus primos, la influencia que tuvo sobre ella una parienta frívola, las complacencias de los criados, el peligro en que estuvo la honra de su padre y hermanos, y, finalmente, su reclusión en un monasterio, hasta donde le llegaban las importunaciones del galán: "Aun con todo esto (la disciplina conventual), dice, no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recaudos".

Sor Juana también tuvo aventura en la Corte del Virrey Mancera, pues pruébanlo sus versos y su determinación de hacerse monja cuando la tocó el desengaño. Y aun en la final disposición de su vida se conforma con Teresa de Cepeda, la que, después de dudas y tormentos interiores infinitos, decidió entrar en clausura. Ni se apartan tampoco los modos de existir que llevaron al principio ambas mujeres en el convento, pues tanto la una como la otra, aun tomado el velo, siguieron deslumbradas por el señuelo del mundo, cosa que permitían aquellos conventos en donde la regla no era estricta, y las costumbres un tanto laxas. No sólo los conventos coloniales del siglo XVII abusaban de una abierta comunicación con el exterior; también los españoles del siglo XVI adolecían de ese defecto, que fue precisamente el que impulsó a Teresa de Cepeda a llevar a cabo su reforma.

Pero si en estas circunstancias de sus vidas hay gran semejanza entre las dos monjas, en ellas cesa para seguir cada una por senderos muy diferentes. Mientras que la monja mexicana aumentaba sus plúteos, enfrascándose en el estudio de todas las artes y de todas las ciencias conocidas en su tiempo, la monja de Avila era desgarrada por una tormenta interior, en su búsqueda de las cosas más altas que puede experimentar el alma. Ella leía también, pero sus lecturas no pasaron nunca, en su juventud, de los libros piadosos y de los libros de caballerías que recorriera a hurtadillas; y ya en la madurez, y den-

tro del convento, de sólo los libros místicos. Tenía talento y despejo naturales, como lo demuestran todos sus escritos sobre cosas de religión, mas nunca tuvo la curiosidad de Sor Juana por la ciencia de los hombres, concretándose a desear vivamente la ciencia de Dios. Este es el aspecto conspicuo de la Santa, y el que causa el asombro tanto de los que creen, como de los que no creen.

No hay huelgo aquí de considerar las experiencias místicas de la extraordinaria mujer. Ella las ha detallado con maestría de psicólogo, ayudada, según ella lo asegura, por la ciencia infusa que le daba su unimismamiento con Dios. Cuando esta parte de la vida teresiana se estudia, prescindiendo de la fe, el primer movimiento es de desconfianza y de protesta. ¿Cómo una razón sana y equilibrada va admitir esos estados extraordinarios, en los que una persona presa de graves enfermedades corporales y extrañezas psíquicas, anormal, en una palabra, recibe las más altas revelaciones?

Desde joven padeció Teresa grandes calenturas y desmayos, mal de corazón (empleo su terminología), parasismos que le duraban a veces cuatro días o más. Salía de ellos con la lengua hecha pedazos, de mordida; sin fuerza para pasar por la garganta una gota de agua; toda encogida, hecha un ovillo; con parálisis en los miembros y doliente el cuerpo todo. Una vez duró así ocho meses, y tullida duró ocho años.

En cuanto a su psiquis, tenía visiones, deliquios y arrobamientos, levitaciones que ni las fuerzas de sus hermanas de hábito podían contener.

¿Y ha de tener autoridad sobre los seres normales la palabra de esta pobre enferma? Entonces, a la desconfianza se une la protesta: ¿Por qué Dios ha de revelarse a través de un intermediario tan poco fidedigno? ¿Por qué quiere que se halle en medio de estos casos patológicos? Y, en suma, ¿por qué se ostenta tangiblemente ante unos cuantos, y permanece arcano para todos los demás que quisieran también salvarse?

No se tachen de impíos estos pensamientos, que no entrañan negación, sino escrutinio.

Mas luego se pone el entendimiento a meditar, que si se niega valor a la experiencia mística, con el mismo criterio debe negarse valor a la obra del genio. ¿No es el genio una psicosis? En mil casos ello es evidente. Pero esta respuesta no nos lleva muy lejos, porque aun admitiendo que la concepción genial derive de una especial conformación nerviosa, no es menos cierto que todo pensamiento normal depende también de un estado físico. Se llega con ello a la simpleza de que ningún acto psíquico puede apartarse de las condiciones corpóreas del momento en que se produce.

Además, lo que funda el valor de la obra genial es su calidad de extraordinaria, de proveniente de una personalidad que difiere de las demás, única, si se quiere. Y ¿por qué la mente del místico no ha de poder ver infinitamente más lejos que la del "homo vulgaris", del mismo modo que el genio

tiene advinaciones y aciertos que no tiene un hombre común? El ojo del azor, y el olfato del lebrel, perciben un mundo que el hombre ignora.

El alma se abisma devanando estas sutilísimas filosofías, y sólo puede esperar que le llegue una molécula de luz.

Nunca pasó por esos misteriosos estados Sor Juana, y por eso combatí la tesis de su santificación, aunque haya habido santos que tampoco los probaron. Pero éstos se desprendieron por completo del mundo, para dedicar a Dios su existencia. Sor Juana, aun en el claustro, siguió siendo mundana hasta dos años antes de su muerte.

Tampoco fue, la mexicana, andariega como la española, ni, sobre todo, gran reformadora y fundadora como ésta. Una dejó el perfume de su talento, en sus versos, en su teatro; la otra nos dejó el testimonio escrito de sus aventuras místicas, de sus intuiciones de Dios; lo que la ha hecho apellidar doctora en teología. Sor Juana sólo influyó en su tiempo por su donosura e ingenio; Santa Teresa fue un baluarte de la Contrarreforma, y ayudó a amasar esa España de los Austrias que aun hoy perdura en muchas de sus características.

Pero salgamos ya del pasado, para ver cómo el dúctil talento de Jiménez Rueda, sabe también penetrar el presente.

Como ha sido diplomático, ha viajado, y conoce a fondo lo que los franceses llaman por antonomasia "la carrière". Producto de sus andanzas por el mundo es su obra titulada *Bajo la Cruz del Sur,* en la que consigna sus observaciones sobre Brasil, Argentina y Uruguay. Fue allá con la inteligencia despierta. el criterio abierto a todo lo nuevo y el lápiz aguzado para dibujar croquis. No se limitó en aquellas tierras a hacer labor diplomática, sino que se puso en contacto con los representantes de su cultura. Entrevistó y trató a Lugones, a Zorrilla de San Martín, a Gómez Carrillo, a Ingenieros, a Ricardo Rojas, a Florencio Sánchez, etc.

Del tiempo que gastó vistiendo la casaca bordada, surgió también una novela humorística, llena de sutiles observaciones y de ironía de la mejor ley, titulada *La desventura del Conde Kadski.* Es la historia de un diplomático europeo que no concibe la vida sino en París, y que repentinamente es enviado por su gobierno a una de las repúblicas de estas tierras cálidas, en donde los terremotos y las revoluciones se suceden con el regular ritmo de un latido cardíaco. El contraste entre los prejuicios del diplomático extranjero, y la ausencia de ellos entre los funcionarios del gobierno redentor ante el cual está acreditado, da lugar a situaciones divertidísimas, que no dejan de tener cierta seriedad, porque ponen el dedo en muchas de las llagas políticas que padecemos. Es lástima que Jiménez Rueda, que tiene tan bien afinada la punta de la ironía, no haya escogido por tema las aventuras de alguno de nuestros broncos e improvisados diplomáticos (los hay estimabilí-

simos), en el ambiente extranjero de antes de esta guerra. Habría tela de donde cortar.

Jiménez Rueda ha llevado también su interés hasta el teatro, que es una de las formas de arte más difíciles, por la necesidad que implica de prescindir de aclaraciones y comentarios respecto a la trama de la comedia. Todo lo deben decir los personajes y demostrarlo la acción misma. Y hacer la psicología de aquéllos, como quien dice, andando, es cosa fuerte. Tarea más sencilla tuvieron los dramaturgos griegos y romanos, que movían en los escenarios a personajes conocidos del público, ya que la mayor parte de ellos eran los humanos, los demiurgos y los dioses de sus mitos, y, por lo mismo, con personalidad bien definida de antemano. Todas las Clitemnestras eran ambiciosas y duras, las Fedras lujuriosas, tiernas las Antígonas, fuertes y valerosos los Teseos, castos los Hipólitos, violentos los Edipos.

El teatro de Jiménez Rueda es a veces costumbrista, ora de tesis, otras veces, en fin, de humorismo.

Como en la vida, su primera comedia, es de costumbres. Retrata a una familia de nuestra clase media, donde el hermano y la hermana aspiran a mejorar de fortuna, a gozar de la vida sin reparar en los medios. La muchacha atropella por todo y, naturalmente, va a la miseria y al dolor, de donde la saca un antiguo novio, que representa al hombre vulgar, pero honesto, que es médula de nuestra patria.

En su comedia dramática *Lo que ella no pudo prever,* el juego se hace alrededor de un matrimonio que adrede no tenía hijos, y cuyo amor va trocándose en despego. Lo salva del fracaso una hija del marido, habida con otra mujer, y aceptada por la esposa. Al verse la niña en punto de muerte, resucitan en la estéril voluntaria todos los sentimientos maternales.

La silueta de humo, farsa en tres actos, revela otra faceta del autor. Para ridiculizar los celos, presenta personajes que parecen arrancados del Teatro del Arte italiano: un marido extraviado de sentimientos y de cacumen, que siente celos aun del aire; una mujer honesta, pero un poco enigmática, que tiene una "doble", como ahora se dice, en una casa non sancta, a donde llega el marido con ímpetus de Otelo. Arma allí el escándalo, disparando contra la "doble", y cree que la mata. El desenlace es una serie de equívocos y de inversiones de la realidad, que resulta lleno de ironía.

Jiménez Rueda sabe manejar la acción y el diálogo; interesa, conmueve y divierte a un tiempo, y yo creo que no puede pedirse más a un autor.

Ya me he referido a su aspecto crítico, al hablar de su *Ruiz de Alarcón* y de su discurso de esta noche. Hay que agregar que ha escrito una *Historia de la literatura mexicana,* que revela sus dotes de investigador, sus conocimientos, y su juicio seguro y desapasionado, a más de una *Antología de la prosa en México formada con el mayor tino.*

Toda su obra la ha realizado Jiménez Rueda en un castellano correcto y castizo. No ha sido su principal objeto, seguramente, el estudio del lenguaje en el sentido en que lo hace un gramático o un filólogo. Lo considera como la materia plástica y bella en la cual ha de forjar sus creaciones, y como todo creador que ama el material en que se expresa, cuida de su pulcritud. Esto es precisamente lo que requiere un cuerpo como la Academia Mexicana, siguiendo en esto a su matriz, la Española, que al estudio de las reglas antepone la imitación de los buenos escritores.

Y ahora, sabido lo anterior, ¿no es claro que quien tiene estos méritos está muy indicado para ser académico Correspondiente, en espera de poseer uno de los sillones de Académico de Número? Añadamos todavía su labor en la cátedra, tanto en nuestra Universidad Nacional como en las universidades del sur y del oeste de los Estados Unidos, y, por último, tengamos en cuenta también que es el actual Director de la Facultad de Filosofía y Letras, vértice más alto de nuestra misma Universidad.

No encaja darle aquí la bienvenida, porque, afortunadamente, el licenciado Jiménez Rueda ha estado ya con nosotros por varios años, y ahora sólo cumple la deuda contraída, de leer el trabajo que nuestro Estatuto impone a todos los entrantes. Por lo tanto, me limito a decirle que sus colegas nos sentimos orgullosos de contarlo en el instituto desde el momento en que lo agregamos a él, y que ahora hacemos muy sinceros votos por que sus nobles luces y su amable trato nos socorran por muchos años.

D. JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA *

Por don ALBERTO MARÍA CARREÑO

EL día 11 de septiembre de 1875 un grupo selectísimo de intelectuales reunióse en la casa de Don Alejandro Arango y Escandón a fin de organizar y constituir en México la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.

Formaban aquel grupo Don José María Bassoco y el mismo Arango; Don Casimiro del Collado y Don Francisco Pimentel; Don José Sebastián Segura y Don Manuel Peredo; Don José María Roa Bárcena, Don Manuel Orozco y Berra y Don Rafael Angel de la Peña. Con ellos se encontraba un hombre en la plenitud de la vida: recio de cuerpo, penetrante pero bondadosa la mirada; sin afectación la palabra, mas por extremo persuasiva; todo el porte atrayente y distinguido.

¿Qué hacía entre todos aquellos a quienes la Fama trataba ya como a predilectos suyos, cuando él con toda modestia recordaba siempre, que no había tenido ocasión de asistir a una escuela pública?

Aquel caballero iba a ser desde aquel mismo día alma de esta Corporación, aunque años después él declarara lo contrario; como iba siendo ya también una de las glorias de México, mientras llegaba a la altura en que habrá de sobrevivir dentro y fuera de nuestro país a través de generaciones y generaciones. Aquel prócer en el mundo de las letras era Don Joaquín García Icazbalceta.

El día 26 de este noviembre se cumplieron cincuenta años de que súbitamente desapareció de la tierra; y la Academia que él cooperó a fundar ha querido rendirle un homenaje como el que entonces respetuosa y doliente le tributó, aunque el encargado de hacer ahora el elogio de aquel sabio no logrará formularlo según quisiera. ¡Ni cómo podría pretenderlo, si al morir

---

* Elogio hecho en la sesión solemne celebrada por la Academia Mexicana Correspondiente de la Española en el salón de conferencias del Palacio de Bellas Artes, la noche del 27 de noviembre de 1944.

nuestro Director, el académico Lic. Joaquín Baranda, Secretario de Justicia e Instrucción Pública, declaró que para escribir la biografía de García Icazbalceta se necesitan "tamaños de Tácito o Plutarco"![1]

Permitid, sin embargo, señores colegas; permitid, señoras y señores, que tomando por guías a quienes sí pudieron juzgarlo debidamente, nos asomemos a su obra literaria así como a sus sentimientos, a sus acciones humanitarias; que de este modo podremos explicarnos la estimación en que se le tuvo y se le tiene.

Para mejor realizar este propósito, comencemos por recordar una noticia que de sí mismo dio en una de sus cartas íntimas, dirigida a Don José Fernando Ramírez.

"*Hace ya algunos años* —le dice— que comencé a mirar con interés todo lo que tocaba a nuestra historia, antigua o moderna, y a recoger todos los documentos relativos a ella que podía haber a las manos, fuesen impresos o manuscritos. El transcurso del tiempo en vez de disminuirla, fue aumentando esta afición, que ha llegado a ser en mí casi una manía. Mas como estoy persuadido de que la mayor desgracia que puede ocurrir a un hombre es errar su vocación, procuré acertar con la mía, y hallé que no era la de escribir nada nuevo, sino acopiar materiales para que otros lo hicieran; es decir, allanar el camino para que marche con más rapidez y con menos estorbos el ingenio a quien esté reservada la gloria de escribir la historia de nuestro país" [2].

Y concluía "esta sencilla profesión de fe", según la llamó él:

"Humilde como es mi destino de peón, me conformo con él y no aspiro a más; quiero sí, desempeñarlo como corresponde..." [3].

Bien se advierte, pensaréis, en medio de la modestia de quien se consideraba sólo peón de otros, la serenidad y la ponderación que únicamente se adquieren con la experiencia y las enseñanzas que dan los años, y él declara que *algunos* llevaba ya atesorando libros y manuscritos.

Mas si pensáis de esta manera incurriréis en error, porque quien tales declaraciones hacía era únicamente un mozo menor de veinticinco años; puesto que esa carta la escribió en 22 de enero de 1850 y él nació en esta ciudad el 21 de agosto de 1825. Si, pues, llevaba algunos años entregado a recopilar impresos y manuscritos, hasta haberse convertido esto casi en manía, tenemos que concluir que comenzó su labor cuando era todavía un adolescente, aunque lleno de confianza en tres ventajas que en su carta señalaba: "paciencia, perseverancia y juventud" [4].

---

[1] *Memorias de la Academia Mexicana,* Vol. IV., p. 4.
[2] *Cartas de Joaquín García Icazbalceta,* compil. por Felipe Teixidor, pp. 4-5.
[3] Ibid.
[4] Ibid.

Pero ¿podremos precisar en qué fecha comenzó su bien larga carrera de escritor? Podemos, por fortuna, gracias a la hidalguía de su nieto Don Luis García Pimentel, quien puso en manos de quien esto escribe el primer libro que brotó de la pluma del fecundo y sabio publicista.

Radicaba temporalmente en Cádiz con sus padres, Don Eusebio García Monasterio y Doña Ana Ramona Icazbalceta y Musitu, y con sus hermanos [5].

---

[5] Se reproduce el Despacho Genealógico y Certificación de Armas de la familia Icazbalceta expedidos "en esta Imperial y Coronada Villa de Madrid a quince de junio de mil ochocientos tres". Los originales se hallan en poder de Don Luis García Pimentel, quien bondadosamente me permitió sacar la copia en que sólo he modificado la ortografía:

"Don Juan Félix de Rujula, Cronista y Rey de Armas de número en todos los dominios y señoríos de su Majestad Católica el señor Don Carlos Cuarto (que Dios guarde), Rey de España, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, y su Oficial Archivero en la Superintendencia General de Archivos de las Ordenes Militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, *&c., &c.* Por cuanto por parte de Don Gorgonio Nicolás de Icazbalceta y Herrarte —abuelo de Don Joaquín— vecino de la ciudad de México, natural del lugar de Armentia del Condado de Treviño, Provincia de Burgos, y oriundo del muy noble y muy leal Señorío de Vizcaya, y en nombre de sus hijos Don Nicolás Fernando, Doña María Josefa y Doña Ana Ramona de Icabalceta y Musitu, habidos de su legítimo matrimonio contraído con Doña Ramona Antonia de Musitu y Zalvide Goytia, natural de la villa de Escoriaza del Valle Real de Leniz en la muy noble y muy leal Provincia de Guipúzcoa, se nos ha exhibido una real provisión de nobleza y vizcainía librada a su favor en la Real Cancillería de Valladolid a cuatro de septiembre de mil ochocientos dos, firmada del señor Juez Mayor de Vizcaya, Don Manuel León Santos, refrendada de Don Josef Benito Maquieira, Escribano de Cámara y Mayor de Vizcaya y de la Sala de su Gobierno en cuyo real documento se hallan insertas diferentes partidas de bautismo, de casamiento, de velaciones, de goces, testamentos y testimonios, dirigidos a las justicias de la referida ciudad de México y demás a quien corresponda su puntual cumplimiento; acreditando ser el mencionado Don Gorgonio Nicolás hijo legítimo del matrimonio de Don Juan de Icazbalceta y Doña Francisca de Herrarte, nieto por línea paterna de Don Juan de Icazbalceta y de doña María de Lustarrio; y por la materna nieto con igual legitimidad de Don Josef de Herrarte y Doña María Concepción de Isasi Isasmendi; y la referida Doña Ramona Antonia Musitu, hija también legítima y de legítimo matrimonio de Don Fernando Martínez de Musitu y de Doña Magdalena Hermenegilda de Zalvide Goytia; nieta asimismo por línea paterna de Don Andrés Martínez de Musitu y de Doña Francisca Fernández de Mendiola; y por la materna, nieta con la misma legitimidad, de Don Juan de Zalvide Goytia y de Doña Francisca de Herrarte, quienes (como sus demás ascendientes) se reconocen con toda claridad en el Arbol de Costados que acompaña a este Despacho, tenidos y reputados unos y otros en sus respectivos domicilios no sólo por cristianos viejos, limpios de toda mala raza de moros, judíos y penitenciados por la Santa Inquisición y sin afecto, digo, afección la más leve o defecto alguno; sino por caballeros hijosdalgo, notorios de sangre, en cuya posesión se han mantenido, gozando de todos los fueros, exenciones, prerrogativas y preeminencias que les han correspondido, habiendo obtenido y ejercido todos los empleos honoríficos y distintivos, que tienen y gozan los demás hijos-dalgo de España, y disfrutando de todas las demás inmunidades y li-

Tuvo entonces la oportunidad de realizar un corto viaje a Chiclana —Chiclana de la Frontera— y se impresionó en forma tal, que resolvió consignar sus impresiones en un diario de setenta páginas, tamaño sesenta y cuatroavo (10 cms. x 8) al que puso esta portada:

Mes y me-/ dio en Chiclana/ o/ Viaje y residencia duran-/ te este tiempo en Chiclana/ y vuelta a Cadiz por/ (y en la vuelta) *un aficionado a pasear/ se en esta villa/ Nº 1/ Escrita en la/ ciudad de Cádiz/ Año de 1835/ Y del* (manchado).

El pequeño libro cuyos pliegos están cosidos a mano por el autor contiene un prólogo, el texto y un apéndice. Una ilustración representa la casa en que se hospedó, y en una hoja grande, que agregó plegada, se nota que quiso hacer un plano, aun cuando sólo trazó lo que habría sido una iglesia y el perímetro quizá de una plaza. ¡El autor tenía diez años de edad!

Y sólo once contaba cuando ya en México, si no es que todavía en España, comenzó a editar *El Ruiseñor,* sin que pueda precisarse cuándo hizo el primer número, pues sólo se conserva desde el 8, correspondiente al mes de octubre de 1836, con la indicación: "3a. parte — Tomo 2o. — Precio ½ rl.", ya hecho en México, en la calle de San Cosme No. 2. Una reproducción fotográfica ilustra esta recordación [6].

---

bertades concedidas a la nobleza, en que deberán continuar el prenotado Don Gorgonio Nicolás de Icazbalceta, sus hijos y demás descendientes legítimos así en la referida ciudad de México, como en las demás ciudades, villas y lugares de estos reinos, dominios y señoríos, sus islas adyacentes y demás de las Indias: como todo más por menor resulta y se contiene en la citada real provisión, que hemos visto y examinado, la cual devolvimos a la parte del mencionado caballero Don Gorgonio Nicolás de Icazbalceta, a la que nos referimos..."

El documento muestra un interesante trabajo caligráfico y lleva adherido el escudo de armas de la familia, y el árbol genealógico.

[6] En ejemplar posterior pone ya No. 3, y la casa acabó teniendo el No. 4. A propósito de San Cosme, conviene recordar que los padres de Don Joaquín se convirtieron en patronos de la capilla de Nuestra Señora de Balbanera en la parroquia de San Cosme, en donde por largos años ha sido venerada esa imagen de la Virgen María, y donde hoy reposan los restos de Don Joaquín, de su esposa y de los padres de aquél.

Existe en el archivo de la familia una comunicación de Don Eusebio García, dirigida a su hijo Tomás, que revela su interés por mantener ese culto. Dice:

"En junta que celebró ayer la Mesa de la Congregación de la Santísima Virgen de Balbanera, fue V. S. electo para Consiliario en el próximo bienio, en atención al celo que ha manifestado por aumentar su culto, y lo aviso a V. S. para su inteligencia, esperando se servirá contestarme su conformidad para dar cuenta a la citada Junta.

"Dios guarde a V. S. muchos años.

"Méjico 5 de agosto de 1839.

"*Eusebio García* (Rúbrica)

"Sr. Consiliario D. Tomás García Icazbalceta".

Durante el año de 1931, al recrudecerse la persecución religiosa que estalló en

Naturalmente el pequeñuelo era no sólo el "editor responsable", como dice el periódico, sino redactor, dibujante y, con seguridad, el administrador. En uno de los números subsecuentes, que van siendo más y más elaborados, se dice: "Este periódico se publica los domingos. Su suscripción está cerrada. Vale cuatro reales al mes". La mejoría del periódico había traído como consecuencia la elevación de su precio.

El precoz escritor no se sustrajo a la tentación en que casi todos los que manejamos la pluma hemos caído: escribir versos; y en el tomo II, número 28 de *El Ruiseñor,* correspondiente al 8 de Mayo de 1840, encontramos esta composición fechada el 5 del mismo mes, que firmó con sus iniciales e intituló *Recuerdos*:

A orillas de un cementerio
descanso de todo el mundo,
miraba al sol ocultarse
entre celajes oscuros.

Sus últimos rayos doran
aquel conjunto confuso
de lápidas y recuerdos,
inscripciones y sepulcros.

Ni las aves de rapiña
buscan su alimento sucio;
este recinto respetan,
descanso de los difuntos.

Aquí reina dulce calma,
no se conoce el orgullo,
y en el polvo de la tierra,
se confunde todo el mundo.

1926 y que aparentemente disminuyó en 1929, la Dirección de Bienes Nacionales resolvió clausurar el templo del Divino Rostro, ubicado en la Colonia de Santa Julia.

En medio de un gravísimo tumulto, el autor de estas líneas, que actuaba como mediador entre la Iglesia y el Estado, autorizado por aquella Dirección, llevó a depositar la imagen del Divino Rostro en la parroquia de San Cosme. El párroco puso esta imagen en el altar principal, que ocupaba Nuestra Señora de Balbanera; y aunque más tarde ese Divino Rostro fue llevado a la Catedral y restituido después a su templo, una nueva copia se ha mantenido tanto en la capilla de San Cosme, como en la capilla de San José en la Catedral.

Un suave viento conmueve
las hojas de los arbustos
que tal vez se colocaron
para ser recuerdo mudo.

El sol arroja sus rayos
cada instante más confusos
e ilumina escasamente
esta escena de sepulcros.

Y quedando enteramente
en el horizonte oculto,
arroja Noche su manto
sobre la tierra de luto.

La silenciosa capilla
que parece sólo un punto
por su blancura resalta
en el horizonte oscuro.

La tenebrosa campana
suena con pausado impulso
y su lúgubre sonido
es de la muerte el anuncio.

La oscuridad de la noche,
la lobreguez del sepulcro,
las fosas en torno abiertas,
el ruido de los arbustos.

A este sitio separado
de los bullicios del mundo
¿habrá quien pueda negarle
de lágrimas un tributo?

Pero hay algo en el apéndice del *Mes y medio en Chiclana,* que debe reproducirse:

"He concluido este diario —dice— que deseo merezca la atención del público anunque desconfío conseguirlo. No es mi patria y así puedo hablar de ella con imparcialidad y si algún día es preciso hablar de ella haría lo mismo".

Aquella declaración resultó casi profética, pues mucho habló de su patria y la imparcialidad con que lo hizo es bien patente.

Mas volvamos a la carta dirigida a D. José Fernando Ramírez, la cual, por otra parte, es muestra de la pasmosa erudición que había alcanzado ya, porque hay un detalle que nos revela hasta qué punto lo dominaban sus aficiones.

Sabía que William Prescott, el famoso historiador norteamericano poseía una valiosa colección de documentos relacionados con el Nuevo Mundo; García Icazbalceta deseaba con positivo interés copia de algunos, al menos, de los más notables, y durante largo tiempo buscó, pero buscó en vano, el medio de entablar relaciones con aquél, hasta que la ocasión llegó inesperadamente.

Prescott escribió la *Historia de la Conquista del Perú;* cayó en manos del joven mexicano un ejemplar, y un nuevo Eureka brotó sonoro de sus labios, como en lejanos días se escapó de los de Arquímedes. García Icazbalceta traduciría tal obra al Español; la publicaría; enviaría el nuevo libro al autor estadounidense; las ansiadas relaciones surgirían y, más tarde, podría solicitar las ambicionadas copias.

"Puse al punto en ejecución mi proyecto —agrega el mozo en su carta—, y ahí tiene cómo mi celo por la historia del país me hacía emprender un penoso trabajo que parecía no tener ninguna relación con ella" [7].

Cuando esto hizo, apenas había llegado a la mayoría de edad establecida por la ley; y el peón que García Icazbalceta se proponía ser tan solamente, en rigor había principiado a ostentarse operario de primera, ya por el dominio que de las lenguas castellana e inglesa revelaba el traductor, ya por la obra original que realizó, adicionando el trabajo de Prescott con algunos capítulos, y enriqueciéndolo con valiosas notas; esto, independientemente de los varios artículos que comenzaron a ver la luz.

¿Cómo y con quién inició su formación el notabilísimo historiador?

Su padre era hombre de amplios recursos pecuniarios y ocupaba una elevada posición social y esto permitió el contacto del joven con D. Lucas Alamán. Es verdad que éste escribió como trabajo fundamental la historia de la guerra de nuestra Independencia de España, es decir, de un período muy cercano a la época del nacimiento de Icazbalceta; mas fue el primero que en sus *Disertaciones* consagróse a revivir hechos, personajes, lugares de la Colonia, iniciando así el estudio de aquella época, para lo cual no poco ha de haber influído el tener en sus manos, como patrono de la sucesión de Don Hernando Cortés, el estupendo archivo del Conquistador de México. Estupendo, en verdad, puesto que con cuidado sumo ha conservado a través de más de cuatrocientos años, a través de nuestra agitada vida de luchas civiles, de incontables despojos, los elementos bastantes para entrever la vida agitada

---

[7] *Loc. cit.*

del explorador y minero y campesino, que todo eso fue Cortés, al mismo tiempo que político; y a través de su vida fácil resulta juzgar, siquiera en parte, la existencia de los habitantes de la Nueva España.

Y las aficiones de Alamán encontraron campo fertilísimo en el mozuelo, en el adolescente, y sus conversaciones fueron con toda probabilidad la prolífica semilla, que se convirtió en árbol corpulento y frondosísimo, como el grano de mostaza de la bien conocida parábola, propuesta por Jesucristo.

Es verdad que el estilo de García Icazbalceta no deslumbra con destellos de relámpago; y no deslumbra, porque ilumina con luminosidades de aurora, que con indescriptible poder destruye paso a paso las tinieblas de la noche, para imponer la claridad del día. Además, su locución es sencilla, pero agradable, precisa y armoniosa, sin que siquiera deje ver las huellas de un pulir constante, y esto puede señalarse, entre otros escritos, en las valiosísimas actas de las primeras actuaciones de nuestra Academia, que revelan cómo la pluma iba siguiendo con incontenible rapidez los dictados del pensamiento.

Sin embargo, a pesar de su importancia, sus primeras publicaciones constituyen simples augurios de lo que sería más tarde la extraordinaria labor de nuestro Secretario Perpetuo; porque no obstante ser ya operario de muy alta categoría, se entrega a la obra de peón en servicio de quienes quisieran, como él, consagrarse al estudio de la Historia de nuestra Patria; y realizó tal obra, poniendo a la disposición de todos, ya impresos, los incomparables manuscritos que había logrado reunir.

Aparece entonces, en efecto, la *Colección de Documentos para la Historia de México;* y "con ella —dice el no menos inolvidable académico Lic. Victoriano Agüeros— dio un vigoroso impulso a los estudios americanos, sacó del olvido verdaderas preciosidades bibliográficas, y salvó de una pérdida segura documentos y manuscritos que hoy constituyen el fundamento de insdiscutibles verdades históricas [8].

Pero ¿será justificado tan alto elogio de la publicación? Para resolverlo, bastará pensar que entre las diez y nueve piezas contenidas sólo en el primero de los dos volúmenes, apareció una desconocida carta de Hernando Cortés al Emperador Carlos V —que en edición privada de sesenta ejemplares había publicado con todos los cuidados y empeños de gran bibliófilo— en la cual, por cierto, se vislumbran ya las ingratitudes que habrán de acompañar al Conquistador lo mismo en su país natal que en la tierra conquistada; en ésta aún después de cuatrocientos años.

En el mismo volumen incluyó también para gloria del misionero franciscano, Fr. Toribio de Benavente, Motolinia, su notable *Historia de los In-*

[8] Agüeros, *Biblioteca de Autores Mexicanos.* Vol. I, pág. VII.

dios de la Nueva España en que el etnólogo corre parejas con el defensor de los indios; cuyas costumbres reprobables no calla, sin embargo, enseñando así que la Historia no es, no debe ser almáciga de afectos solamente, ni almáciga de odios, sino exposición equilibrada y sincera de los aciertos y de los errores de los seres humanos.

Y aquel admirable conjunto de documentos del siglo XVI, al que agregó los juicios de D. José Fernando Ramírez sobre Motolinia, alcanzó un mayor valor con las noticias de cada uno de los manuscritos, que publicó el editor. Mas éste, lejos de hacer alardes con tal publicación, parece pensar únicamente en su papel de peón, toda vez que a guisa de prólogo asentó:

"Si ha de escribirse algún día la historia de nuestro país, es necesario que nos apresuremos a sacar a luz los materiales dispersos que aún puedan recogerse, antes que la injuria del tiempo venga a privarnos de lo poco que ha respetado todavía. Sin este trabajo previo no hay que aguardar resultados satisfactorios, porque la doble tarea de reunir y aprovechar es superior a las fuerzas de un solo hombre. El ingenio más vigoroso consume su brío en la primera parte de la empresa, y está ya rendido antes de comenzar el desempeño de lo que en realidad interesa al país, cual es la obra en que presente el resultado de sus investigaciones. Son además tan distintas y aun opuestas las cualidades requeridas para cada uno de estos trabajos, que viene a ser casi imposible encontrarlas reunidas en una sola persona" [9].

Como se ve, deja entender que siendo imposible que él aproveche a un tiempo mismo lo que realizó como investigador, lo pone a disposición de otros para que lo utilicen debidamente en bien de nuestra Historia; pero todavía agrega con modestia y sencillez:

"Convencido de estas verdades, y ya que mi buena suerte, ayudada de activas diligencias, ha traído a mi poder un regular acopio de manuscritos, no quise dejar de contribuir al beneficio público, divulgándolos por medio de la prensa" [10].

Hasta aquí es bien claro ese pensamiento de servir a los demás con su propio caudal histórico, mas lo que sigue pone de manifiesto, que para ello no escatima sus recursos pecuniarios, ni siquiera el trabajo personal.

"El poco estímulo —afirma y ello fue una verdad hasta hace muy poco— que encuentra hasta ahora en nuestro país esta clase de publicaciones, no dejaba esperanza de hallar editor que quisiera encargarse de una empresa que ofrecía pérdida segura: tuve, pues, que tomarla a mi cargo. Me allanaba el camino para la ejecución del proyecto, la circunstancia de tener a mi disposición una pequeña imprenta particular, resultado de mi temprana afición al

---

[9] García Icazbalceta, *Colección de Documentos para la Historia de México*, Vol. I. p. V.

[10] *Loc. cit.*

arte tipográfico; de suerte que la impresión ha sido hecha siempre a mi vista, y en gran parte por mis propias manos. He sido, por consiguiente, colector, editor e impresor del presente volumen, que ha ocupado mis ratos de ocio durante algunos años" [11].

Hay otro hecho digno de recordación: García Icazbalceta, desde las columnas del periódico *La Sociedad,* llamó la atención acerca del incomparable acervo de documentos valiosísimos existentes en el Archivo General de la Nación, que debían darse a conocer.

Esta se hallaba agitada por la guerra civil, y Maximiliano se hallaba, a su vez, a la cabeza de un imperio llamado a tener vida efímera. Sin embargo, se dio cuenta de lo que significaba aquella sugestión, y de su mano le escribió esta carta:

"Mi querido Señor García Icazbalceta.

"Hemos tenido el gran placer de ver hace pocos días en el periódico *La Sociedad* la muy interesante noticia que publicais sobre los preciosos documentos que obran en el Archivo General del Imperio, que convendría dar a luz en el *Diario Oficial.*

"Ya sabíamos que nuestro país cuenta en vos con uno de sus escritores más elegantes y distinguidos, y sobre todo con un sabio a quien debemos el descubrimiento de una importantísima carta de Hernan Cortez, y que oculta tras una modestia natural las más bellas cualidades del hombre de bien.

"Hoy venimos á nombre de la ciencia á suplicaros que nos ayudéis en la publicación de aquellos interesantes documentos históricos, á cuyo efecto quedará á vuestra disposición el Archivo General, porque nos asiste la convicción de que, merced á vuestro buen criterio y profunda erudición, activaremos una publicación que esperan con ánsia todos los amantes de la historia nacional.

"Recibid las seguridades de la benevolencia de

"Vuestro afectísimo.

Maximiliano.

"Palacio de México á 19 de Mayo de 1866" [12].

García Icazbalceta, acaso comprendió que en las condiciones en que se hallaba el país, servir a éste, disponiendo libremente la publicación de documentos provenientes del Archivo General podía convertirse más tarde para él en fuente de amarguras y tal vez, tal vez en responsabilidades que no hubiera en rigor contraído. La obra científica suya, los políticos podían tornarla en política.

Por otra parte: hombre sin ambición de honores y provechos pecuniarios,

---

[11] *Ibid.*

[12] Ms. en el archivo García Icazbalceta.

podía hacer por sí mismo, como lo efectuó, la edición de los documentos que él había acumulado en una larga serie de años; y esto fue lo que logró con su primera publicación de sus propios tesoros.

Sin embargo, caballero educado y cortés, no creyó que debía dejar sin respuesta aquella muestra de respeto a su saber, y contestó:

Señor: "...Largos años hace que con limitados medios y escaso éxito trabajo la historia nacional, dedicándole las pocas horas que me deja libre el cumplimiento de mis obligaciones. Alentado por las benévolas palabras de Vuestra Majestad, trabajaré ahora con nuevo empeño y cooperaré hasta donde mis fuerzas alcancen a la realización de un proyecto digno de la elevada inteligencia de V. M., a quien la historia nacional reconocerá por su restaurador. Pero veo con pena que Vuestra Majestad espera mucho de mí, y que me será imposible corresponder a esa confianza, porque la falta de aptitud no siempre puede suplirse con el celo" [13].

Así salvó, con exquisita cortesía, lo que, acaso, se habría convertido en un escollo político.

Pero no sólo eso mostraron los dos volúmenes de la Colección de Documentos; sino que en García Icazbalceta no había la incompatibilidad entre el investigador y el historiador; porque su obra entera muestra que esas dos características que con justicia señala se fundían en él de manera admirable.

Y como si aquella empresa no fuera ya bastante para ganarle la admiración universal de los hombres de estudio, vienen luego sus *Apuntes para un Catálogo de escritores en lenguas indígenas de América* (1866); la *Historia Eclesiástica Indiana* de Fray Gerónimo de Mendieta (1870) en que como en todas sus obras precedentes luce el editor su gran saber; y en seguida su traducción de los Tres Diálogos de Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554,* en que no se sabe qué admirar más: si la obra del célebre humanista del siglo XVI, quien nos deja la primera descripción metódica de nuestra Ciudad, o el conocimiento que de la misma nos revela García Icazbalceta en su prólogo, en sus notas y en sus comentarios.

Cervantes Salazar nos lleva con sus interlocutores a contemplar entre otras cosas la admirable Plaza Mayor en que se destacan las casas de Motecuhzoma convertidas en asiento de la Real Audiencia y en mansión del Conquistador, pero también se destaca la primitiva Catedral, hecha de adobes y que va deteriorándose en forma tal, que si hace urgente su reparación, más urge que se construya la nueva: la que comenzó el Obispo Zumárraga de conformidad con el Virrey D. Antonio de Mendoza, o la que muchos años más tarde se realizará al fin, de acuerdo con los arreglos que celebrarán el Arzobispo Fr. Alonso de Montúfar y el Virrey D. Luis de Velasco.

En la misma Plaza Mayor y en el ángulo Noreste, que hoy forman las

---

[13] Ms. del borrador en el archivo citado.

calles del Seminario y Guatemala, se levantan las Escuelas, es decir, la Real Universidad, tres años antes inaugurada, y ya notable por sus maestros y por sus discípulos, destacándose entre aquéllos, como verdaderos luminares en las disciplinas que cultiva hoy nuestra Academia, el Dr. Blas de Bustamante y el mismo Dr. Cervantes de Salazar.

Este se ostenta un experto guía para dar a conocer lo más notable que encerraba la capital de la Nueva España, pero García Icazbalceta realiza algo mejor: revive después de cuatro siglos al célebre maestro de Humanidades para que lo conozcamos en todo su valer, y pone ante nuestros ojos no únicamente el existir de aquel momento, sino sus orígenes y sus transformaciones.

Por supuesto debe tenerse, que cuando no guarda a la mano el documento demostrativo de sus asertos, intuye con tan sereno criterio, que si alguna vez no acierta del todo, posteriores descubrimientos, en la mayoría de los casos, conviértense en confirmación de lo que el sabio consideró que había ocurrido. ¡Qué pasmosos conocimientos demuestra García Icazbalceta de los hombres y de las cosas del siglo XVI! ¡Con razón nuestro colega Carlos González Peña ha dicho que "García Icazbalceta fue el autor de nuestro siglo XVI... (porque) él lo desenterró del polvo en que yacía olvidado".

No es de admirar, en consecuencia, que la Real Academia Española hubiera designado a escritor de tan elevados méritos como uno de sus miembros en calidad de correspondiente extranjero; y que cuando resolvió crear las Academias que en el Continente Americano con ella colaboraran en sus propósitos de "pulir, fijar y dar esplendor" a nuestra hermosa lengua, lo designara como uno de los fundadores de la Mexicana.

Hombre de tales capacidades y de tales impulsos, al ocupar el puesto de Secretario Perpetuo del nuevo Instituto, comenzó desde luego a traerle sus nuevos trabajos, que al correr del tiempo habrían de ser el más sólido pedestal de su gloria.

Quienes conocen, por ejemplo, su estudio sobre *La Instrucción Pública en México durante el siglo XVI,* saben que allí se encierra el más fundado y el más enérgico mentís a los que por ignorancia o mala fe pretenden que sólo hubo oscurantismo en la Colonia; y en las sesiones de la Academia Mexicana fue leído y escuchado con deleite.

A la misma Corporación presentó un diverso trabajo muy de su resorte: los *Coloquios Espirituales y Sacramentales* y *Poesías Sagradas* de Hernán González de Eslava, que reimprimió de un ejemplar tan raro, que el propio editor lo conceptúa como un verdadero manuscrito.

Mas no fue únicamente la lectura de aquellos *Coloquios* lo que llevó a la Academia, sino el luminoso análisis de cómo surgió el teatro en nuestra Patria. Un pequeñísimo fragmento de análisis tal nos permitirá ver cómo García Icaz-

balceta dio a conocer el nacimiento de aquella manifestación de cultura entre los aborígenes.

"Dos pueblos del todo distintos y apartados —dice—, ocupaban entonces este suelo, y de ahí resultó forzosamente la necesidad de apropiar las fiestas al estado social de cada uno, y a su idioma. Los españoles avecindados en México continuaron, como era natural, celebrándolas a su modo; pero los misioneros tuvieron que modificarlas en cuanto a lo externo y material. Desde luego se vieron precisados a componer ellos mismos las piezas que habían de representarse, por lo menos a traducirlas y acomodarlas a la capacidad de los oyentes; tarea en que más adelante les ayudaron los colegiales indios de Tlaltelolco. También el lugar de la escena era muy otro. Los templos, aunque grandes y suficientes para los días ordinarios, no bastaban a contener el numeroso concurso de las grandes solemnidades, y fue preciso inventar las capillas de muchas naves con el frente descubierto, para que la multitud congregada en los amplísimos atrios, gozara de las ceremonias y festejos. Modelo de tales capillas fue la famosa de S. José de México, construida por Fr. Pedro de Gante, y que venía a ser como la catedral de los indios; tan superior a la de los españoles, que estos mismos la preferían para sus fiestas extraordinarias. En ella se hicieron el año de 1559 las suntuosas exequias del Emperador Carlos V. Pero ni ese ensanche bastó a los indios, quienes acabaron por sacar a campo abierto el regocijo que no cabía ya en templos ni atrios, aprovechando la carrera de las procesiones, para ostentar en toda ella sus invenciones de enramadas, arcos de flores, altares, músicas y danzas. Así pudieron también aumentar el aparato de las representaciones, y elegir asuntos que no se avenían a encerrarse en las iglesias o en los patios. Los indios mismos eran, por supuesto, los actores, y parece que no desempeñaban mal sus papeles [14]; pero no hallo mención de actrices, que acaso se suplían con muchachos. No era extraño, por otra parte, a los indios el oficio de representante, porque en su gentilidad le usaban, haciendo entremeses o farsas, en que algunas veces se disfrazaban de animales; costumbre que conservaron aun en las fiestas cristianas" [15].

Y el escritor ya consagrado por el general aplauso, que había "querido librar del olvido a un poeta notable, versificador fácil, teólogo entendido", seguía dando muestras de humilde sencillez al explicar la otra causa que había tenido para hacer esta edición: mostrar a la Real Academia Española su gratitud por las muestras de benevolencia de ella recibidas. "Esperanza de pagar no puede caber en mí —asentó—, pero de algún modo debo manifestarle que reconozco la obligación, y que la satisfaría si pudiera" [16]. ¡Cuántos con la dé-

---

[14] Motolinia, *Historia de los Indios de Nueva España,* trat. I, cp. 15. Nota de G. I.

[15] Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias,* lib. V, cap. 29. Nota de G. I.

[16] García Icazbalceta, *Introducción de los Coloquios,* pp. VIII-IX y XXXVII.

cima parte del valer de García Icazbalceta juzgarían que era la Academia la que con ellos estaba en deuda!

Esto escribía en 25 de febrero de 1877, y dos años después daba a las prensas otro libro escrito en "renglones cortos": *El Peregrino Indiano* por Antonio de Saavedra Guzmán, bien que declarando que, en rigor, más con el deseo de salvar otro manuscrito rarísimo de Historia, que una buena obra literaria, como en el caso del libro de González de Eslava.

La vida de la Academia, por otra parte, era en aquellos días por extremo activa. La Real Española habíale pedido su concurso para la revisión del Diccionario, y los miembros de la Mexicana laboraban en ello con tenacidad de veras plausible. Esta labor había de dar origen a un estudio que, por desgracia, García Icazbalceta dejó sin terminar; pero que en lo que llegó a imprimirse revela su importancia: su *Vocabulario de Mexicanismos.*

Desde la sesión del día 2 de octubre de 1875, había surgido en el seno de nuestro Instituto la formación de tal vocabulario, pero Arango y Escandón habíase mostrado opositor, porque estimaba que las pocas voces que merecían conservarse habían sido aceptadas ya por la Academia Española; aunque siguiendo una opinión contraria a ésta, "algunos señores académicos manifestaron que había en México —escribió en el acta el Secretario García Icazbalceta— palabras o locuciones particulares no del todo despreciables, y muchas palabras tomadas de las lenguas indígenas, que con forma castellana habían pasado al lenguaje común, como que servían con frecuencia para designar objetos peculiares del país, sin nombre castizo" [17].

De pronto la Academia designó a los académicos Segura y Orozco y Berra para estudiar el caso; pero a la verdad desde aquel punto había nacido en el ánimo y en los propósitos de García Icazbalceta formular lo que constituyó el primer libro de ese linaje escrito en México; y ha de advertirse que el académico Pimentel, que no había estado presente en aquella sesión, en la de 16 del mismo octubre se adhirió cordialmente a la idea de que se escribiera un Diccionario de Provincialismos, recordando al respecto el grave error en que había incurrido la Real Academia al definir nuestro aguacate:

"Arbol... (que) da un fruto del grandor de una pera grande, cuya carne, *así como el hueso,* son un manjar agradable".

Pero si, como ya se asienta, la Academia se dio por completo al estudio de voces adicionales al Diccionario vulgar, y aun la Española anunció el recibo de varias listas, mostrando su agradecimiento y beneplácito, tales voces no tuvieron en mira el crear un libro especial, como habría de realizarlo García Icazbalceta.

Todavía en junta de 13 de agosto de 1877, el académico Rafael Angel de la Peña habló de la conveniencia de tal diccionario especial, pero todavía

---

[17] Ms. en el archivo de la Academia.

también la Corporación creyó que era preferible continuar únicamente la obra de carácter general que venía realizando. En definitiva, pues, el Diccionario de Provincialismos quedaría reservado para García Icazbalceta.

Entretanto, éste había emprendido uno de sus trabajos más amados.

Los profundos conocimientos que había adquirido de nuestra vida colonial; los documentos valiosísimos que sin descanso había seguido reuniendo, le habían permitido darse cuenta de lo grande, verdaderamente grande que fue el austero franciscano constituido en primer Obispo y Arzobispo de México; y el acta de 13 de mayo de 1878, formulada por el propio García Icazbalceta nos da esta sencilla, breve noticia: "A petición de los Sres. Académicos, leyó el Secretario los tres primeros capítulos de una biografía del Sr. Zumárraga". Aquel libro habría de ser uno de los más famosos de los que escribió el ilustre académico.

Sólo unos cuantos días más tarde: el 27 del mismo mayo, acta diversa nos anuncia la lectura de una parte de otro grandioso libro: la *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*. La leída fue la referente a la vida y escritos de Fray Domingo de la Anunciación.

Y resulta interesante recordar que en nuestro Instituto los dos más grandes historiadores que México produjo en la primera mitad del siglo XIX: Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra discutieron, aunque amigablemente, desde diversos puntos de vista, la acusación lanzada por el Sr. D. Jesús Sánchez en los Anales del Museo Nacional de México, de que Zumárraga había destruido los códices indígenas, especialmente todos los archivos del antiguo reino de Texcoco.

García Icazbalceta refiere el hecho con su sencillez acostumbrada en la biografía del Obispo, y llama la atención acerca de cómo el Sr. Sánchez modificó su primer parecer después que conoció aquellas discusiones y aun la carta que sobre el mismo asunto el biógrafo escribió a Orozco y Berra.

En el seno de nuestra Academia, pues, debatieron aquellos dos grandes historiadores un tema histórico por extremo interesante; y cupo a García Icazbalceta la satisfacción de haber llevado al ánimo de su amigo el convencimiento acerca de lo injusto de los ataques endilgados a Zumárraga.

Tres años después de esas lecturas, en 1881, apareció el primero de aquellos libros. ¿Cómo fue recibido por la crítica serena y justiciera? Con grande, con muy grande aplauso, aunque, como es natural, no hubieran faltado los descontentos, los opositores. Ya en vida los había tenido el Obispo y no le faltan todavía, aunque sólo entre quienes desconocen su obra de cultura, su intensa labor social.

Por su parte, "el Sr. García Icazbalceta, gran maestro en toda erudición

mexicana", según lo llama el insigne crítico español Menéndez y Pelayo [18] había encontrado en el severo fraile franciscano el tipo del misionero que se aventura en lo desconocido no en busca de gloria y enriquecimiento, sino impulsado por el afán de conquistar espíritus para un alto ideal. Es el caso de Zumárraga y de muchos de los misioneros franciscanos y dominicos, agustinos y jesuítas, el ideal del amor a Dios, sí, pero también a los semejantes, al individuo mismo.

Zumárraga, en efecto, asomóse acongojado, lo mismo que sus hermanos en religión, no solamente a los sangrientos sacrificios que era indispensable extirpar de raíz; no solamente a la ansiedad de guerra en que se desbordaban, como en toda guerra, los más bajos instintos y que el pueblo azteca buscaba para encontrar víctimas y víctimas que inmolar en aras de su sanguinario dios; sino que hubo de asomarse también a ciertas degradaciones de la familia, que eran resultado fatal de su incultura, en ciertos principios del todo opuestos a la filosofía del prelado.

Pugna entonces por hacer comprender al indio subyugado por la fuerza de la conquista, cruel y sangrienta a su vez, como toda conquista, el error, la aberración de aquellos sacrificios; pero busca también los medios para que los niños indígenas se instruyan y se eduquen, y para que las niñas dejen de ser pasto a la incontinencia de los conquistadores, sacrificadas en multitud de casos por sus propios padres, que se las entregan.

Bien se comprende que los obstáculos se hallan no únicamente del lado de los indios; se encuentran y muy graves del lado de los españoles, comenzando por los miembros de la primera Audiencia, y a ellos se enfrenta con todo valor y con toda resolución, hasta que triunfa de sus más poderosos enemigos, se gana la voluntad de los indios, crea los dos célebres colegios que son refugio y amparo material e intelectual de los niños aborígenes de ambos sexos; y si en esta campaña incurre en errores, que no hay para qué ocultar, puesto que se trata de un ser humano, el saldo que arroja aquella vida obliga a entonar un himno de glorificación para aquel humilde fraile franciscano.

Y a García Icazbalceta se debe el conocimiento fundamental de aquel misionero obispo. El nos lo presenta, con documentos antes desconocidos, introduciendo la imprenta en México, en el Continente Americano, procurando ahincadamente el establecimiento de la Universidad, formando la primera biblioteca que en la Nueva España existió, pero trayendo también los primeros artesanos en diversas industrias, solicitando con insistencia que no halla término, que se envíen materias primas, ganados, semillas de especies diversas para establecer los fundamentos de la vida económica, social, intelectual, del país que espiritualmente gobierna.

---

[18] Menéndez y Pelayo. *Historia de la Poesía Hispano-Americana.* Vol. I, p. 39.

Pero a fin de que estos juicios no puedan parecer exagerados, examinemos otros que en modo alguno pueden ser estimados como parciales.

"...incurriría en inexcusable omisión si callara el estudio sobre D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México —escribió el Lic. Don Joaquín Baranda, Secretario de Justicia e Instrucción Pública al morir García Icazbalceta— que si alguna de las obras del ilustre escritor ha de sobresalir, será en mi humilde concepto, la que acabo de citar, porque en ésta, más que en ninguna, reveló sus admirables dotes, entre las que descuella inquebrantable rectitud. Ardua tarea la de vindicar al Obispo de las inculpaciones seculares de que había sido objeto y presentarlo tal como fue, introductor de la imprenta, fundador de escuelas, decidido apoyo de todo pensamiento que tendiera a mejorar la triste condición de la raza indígena, varón apostólico que sin dejar de pagar obligado tributo al crimen de su tiempo, atenuó su responsabilidad buscando en la instrucción y en el cultivo de las facultades morales un ilustrado y duradero elemento de conquista. Ardua tarea, repito, felizmente llevada a cabo con cuantioso caudal de conocimientos y laboriosidad, sin aventurar afirmación que no traiga aparejado el documento justificativo de su autenticidad" [19].

Por su parte, Don José María Vigil, hombre de letras de tanto renombre, que sustituyó a García Icazbalceta en la dirección de nuestra Academia, afirmó durante la velada luctuosa que nuestro Instituto organizó al morir el gran bibliógrafo e historiador:

"Como se ha visto, no quedaban excluidos de su plan los estudios de sucesos o períodos determinados, y de ellos nos dejó brillantísima muestra en el libro que escribió sobre Fr. Juan de Zumárraga. Allí vemos dibujada de mano maestra la venerable figura del primer Obispo de México, que sirve de centro a la situación en extremo difícil y complicada que forma los orígenes de la colonia, cuando el celo y la abnegación de los misioneros luchaban denodados en defensa de los pueblos vencidos contra los abusos de la ambición y de la fuerza. Allí se refleja el cuadro fiel de aquella sociedad naciente, donde se mezclaban en confusión caótica elementos heterogéneos, agitándose con estremecimientos de agonía las ideas, las creencias, las costumbres de una sociedad moribunda, ante la invasión, incipiente todavía, pero ya poderosísima, de nuevas creencias, de nuevos ideales, que acabarían con el transcurso del tiempo por dar forma y unidad a aquella masa embrionaria, que parecía a primera vista condenada a disolución inevitable. En ese libro pueden verse y estimarse los servicios meritorios del humilde prelado que puso las bases de la civilización al difundir el espíritu del Evangelio sobre las ruinas de sangrientas supersticiones; al procurar la introducción de mejoras materiales que serían más

---

[19] *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española.* Vol. IV, pp. 6-7.

tarde fuentes de bienestar y de riqueza, y al coadyuvar al establecimiento de la primera imprenta del Nuevo Mundo, esto es, a encender la luz que derramaría benéfica influencia sobre la sociedad naciente" [20].

Por su lado, el prominente escritor poblano, Lic. Manuel Pérez Salazar. comentó en un soneto que resume notablemente la vida y la obra del antiguo Director de la Academia, acaso la aparición de su libro bien amado:

Oro de buena ley, Joaquín dilecto,
tu nueva obra en sus páginas ostenta;
ella a tu noble espíritu presenta,
mozo, en frescura; en el saber, provecto.

Sereno historiador y varón recto,
que esquiva de los odios la tormenta
y a la región dó la verdad se asienta
seguro asciende en triunfador trayecto.

Guardará el mexicano tu memoria
como blasón de fama verdadero,
de los hombres ilustres en la historia.

Admírote y apláudote sincero,
pues eres, de la patria para gloria,
erudito, cristiano y caballero [21].

Acaso, sin embargo, pudieran considerarse estos juicios como producto de la admiración de tres mexicanos hacia otro mexicano y por ello convendrá cerrar este aspecto de la crítica con la que publicó Don Cesáreo Fernández Duro, "uno de los americanistas más notables españoles del último siglo" y que íntegramente prohijó e hizo suya otro gran bibliógrafo, el chileno D. José Toribio Medina.

Tras de presentar con extraordinaria brillantez Fernández Duro la figura literaria de García Icazbalceta, al referirse a la biografía de Zumárraga escribió:

"...es en realidad, historia magistral de la primera época de la dominación, en que se dibujaban las competencias, las rivalidades, el modo de ser de la sociedad que allí iba formando asiento, destruyendo con crítica irrebatible las falsedades inventadas, andando el tiempo, por la malignidad, con la idea

---

[20] *Memorias* cit., Vol. IV, pp. 32-33.

[21] El original lo halló D. Eduardo Gómez Haro en la Biblioteca Palafoxiana de Puebla; está hoy en el Archivo García Icazbalceta.

de envenenar memorias y de manchar reputaciones. Dos puntos encierran superior interés sobre el que tienen todos los tratados: el relativo a la cuestión ardua de los repartimientos y encomiendas, y el de la supuesta destrucción inquisitorial de códices y de pinturas representativas de la cultura de los indios. El juicio que mereció el estudio fue unánime en Europa; en la capital americana en que se realizó túvolo un crítico por "precioso ornamento de la literatura castellana; tributo de extrema gratitud a los insignes fundadores de la sociedad en México; de los que le dieron fe, civilización y ventura" [22].

Si, pues, como antes se dice, no faltaron opiniones adversas, la crítica serena y desapasionada juzgó ese libro como uno de los más valiosos que un hombre puede producir; y por ese trabajo la Real Academia de la Historia de que era antiguo miembro correspondiente lo convirtió en Académico honorario.

A pesar de los éxitos de sus trabajos entre lo más selecto de la intelectualidad mexicana y extranjera, a ratos lo desalienta no hallar toda la comprensión que él quisiera en nuestro país acerca de la cultura colonial, de la vida de la Nueva España, que quiérase o no es el antecedente de nuestra vida de hoy, a pesar de que nuevas influencias no sólo extrañas a la española, sino a veces en verdad nefastas, vienen introduciendo costumbres exóticas en nuestro medio, que aun destruyen de modo bárbaro y de todo punto reprobable nuestra hermosa lengua. ¡Cuánto para evitar esto último tendrá que hacer nuestro Instituto, si ha de cumplir con su misión!

Tal desaliento le hace decir en una de sus cartas íntimas, cuando anuncia que emprende en forma simultánea la publicación del segundo tomo de *Cartas de Religiosos,* que forma parte de su *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México,* y los *Memoriales* de Motolinia:

"Quiero ver si el cansancio me aturde. Si no lo consigo en cierto plazo, me echo a morir" [23].

Es que, en efecto, por aquellos días el afán de leer libros serios que se ha despertado en México durante los últimos años no existía sino entre unos cuantos intelectuales; y se dolía el editor no porque la escasa venta de sus libros le reportaba una pérdida en dinero; sino porque no se sabía apreciar por la generalidad las informaciones que a costa de tantos esfuerzos y de tanta perseverancia había logrado reunir. ¡Cuánto gozaría si pudiera saber que hoy se buscan sus ediciones agotadas ya todas como verdaderos tesoros bibliográficos!

Por fortuna para las letras mexicanas, todavía en medio de los altibajos de su espíritu que se notan en varias de sus cartas, sobre todo los ocasionados

---

[22] Medina, *La Imprenta en México,* Vol. I, p. CCCV.

[23] Teixidor, *Cartas de Joaquín García Icazbalceta,* p. 163.

con la muerte de su esposa, logró dar término a la *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI,* que se ha considerado por los más altos críticos del mundo entero que se ocupan en tales disciplinas, como la obra maestra por excelencia del tercer Director de la Academia.

Refiriéndose a esta *Bibliografía,* D. Marcelino Menéndez y Pelayo la declara "obra en su línea de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna. . ." [24]; "obra magistral por su fondo y hermosísima por sus condiciones tipográficas" la conceptúa el insigne bibliógrafo chileno Medina [25]; para Fernández Duro es "la labor paciente de tantos años, el jugo de la vida, un monumento"; y el académico Victoriano Agüeros, que era también toda una autoridad para juzgarlo, nos habla de ella así:

"Al examinar, siquiera sea ligeramente, esta obra monumental, se adivina la inmensa labor, la tenaz diligencia de benedictino que nuestro autor empleó en ella. Pasma la riqueza de noticias atesoradas en aquellas páginas. Es una verdadera reconstrucción de la época, por decirlo así, y el lector se familiariza con los personajes de aquellos tiempos: misioneros, oidores, frailes, regidores, impresores, etc.; asiste a los actos, a los sucesos, a los episodios que se desarrollaban a medida que esta sociedad iba formándose, y parece como que se respira el ambiente del siglo XVI, sin duda el siglo más digno de estudio para el historiador y el filósofo, como que de él arrancan nuestras costumbres, hábitos y espíritu nacional". [26].

Esta obra, en efecto, que García Icazbalceta comenzó a escribir cuando apenas salía de la adolescencia y entraba en la juventud, claro está que se verá perfeccionada con nuevos hallazgos que, entre 1886 en que la terminó después de más de cuarenta años de trabajo, y los días que corren se han realizado ya; pero, única en su género, constituirá el más valioso medio para conocer no solamente ciertos aspectos de la Colonia en el siglo XVI, sino los notables adelantos que alcanzó la tipografía en México; y sobre todo ella será siempre el más sólido, más bello, más indestructible monumento que sin pretenderlo, sin pensar siquiera en ello quizá, se levantó a sí mismo el investigador, el compilador, el bibliógrafo, el biógrafo, el historiador que en la especialidad que García Icazbalceta escogió no ha tenido, no tiene y muy difícilmente podrá tener igual.

Y tampoco los dos trabajos últimamente citados fueron los únicos. El ilustre escritor adoptó como lema una innegable verdad para quien ha recibido como don celeste el poder cultivar su inteligencia: *"Otium sine litteris mors est"*. El ocio sin letras, sin actividades de carácter mental, equivale a la muerte; y aunque en momentos García Icazbalceta juzgábase ya muerto para

---

[24] *Historia de la Poesía Hispano Americana,* Vol. I, p. 24.
[25] MEDINA, *La Imprenta en México,* Vol. I, pp. CCCV-VI.
[26] AGÜEROS, *Biblioteca de Autores Mexicanos,* Vol. I, p. IX.

sus ocupaciones bien amadas, le era imposible, mientras la vida física no le faltara, el abandonar esos trabajos; y varios de ellos realizados todavía en los postreros años de su existencia fueron en beneficio de nuestra Institución.

Ya se dijo, que el día mismo en que ésta celebró su reunión primera, García Icazbalceta fue designado Secretario Perpetuo y durante diez años ejerció ese cargo; pero al morir D. Alejandro Arango y Escandón, que sucedió al Conde D. José María Bassoco, el Secretario por aclamación fue electo para sucederlo.

Por cierto, que hay en la historia de la Academia y del gran bibliógrafo un incidente hasta hoy desconocido, ya que el libro en que el autor de estas apuntaciones lo recogió ha permanecido inédito veinte años.

Nuestro Instituto, que había tenido vida de extraordinaria actividad, cayó por vez primera en uno de esos períodos de languidez que en dos o tres ocasiones ha padecido, a causa de condiciones adversas. Las de entonces habían sido la muerte de algunos de los más entusiastas fundadores y acaso, acaso el que la Real Academia no hubiera aprovechado todo el material formado con indecible esfuerzo por los miembros de la nuestra.

Aquel período de languidez afligió por tal modo al Director, que sin vacilar renunció el cargo; y no se conformó con el documento oficial, sino que escribió a D. Rafael Angel de la Peña, que lo había substituído como Secretario Perpetuo, rogándole que obtuviera la aceptación de la renuncia, porque veía con amargura que la Academia iba derecho a la muerte y no quería que esto ocurriera porque quizás él había sido incapaz de dirigirla.

Que la Academia esté reunida en esta noche explica lo ocurrido: aquella renuncia fue cauterio en carne viva; los académicos, venciendo todo obstáculo, se agruparon afectuosamente en torno de su Director para activar de nuevo sus trabajos y se salvó el Instituto, y se ahorró a García Icazbalceta el dolor de que sus colegas dejaran que éste pereciera.

Al morir, pues, el historiador bibliógrafo años más tarde, pudo de la Peña recordar los eminentes servicios que a la Corporación había prestado, ya que no solamente fue Secretario y Director, sino también se encargó de la publicación de las *Memorias* —por desgracia en suspenso ahora ya durante treinta y cuatro años—. * "Y refiriéndose en general a las obras del ilustre académico, dijo que sus escritos son por la forma, dechado de tersura y propiedad en el lenguaje; de aticismo, sobriedad y elegancia en la frase, siempre limpia e incontaminada; de admirable transparencia, de noble elevación e imperturbable serenidad en el estilo. Que esos mismos escritos son por su contenido gloriosos monumentos de nuestra Literatura". Y quien tal

---

* Por suerte he podido reanudarla, y éste es el séptimo volumen que se publica después de aquella suspensión.

dijo ha sido reputado por propios y extraños uno de los más grandes filólogos de nuestros tiempos.

¿Cuáles de sus trabajos engalanaron las Memorias de la Academia?

La *Advertencia Preliminar,* y una noticia histórica del Instituto; *La Instrucción Pública en México durante el siglo XVI,* mencionada antes, más los siguientes: *Discurso sobre las Bibliotecas de Eguiara y Beristain; Francisco de Terrazas y otros poetas del Siglo XVI; El Bachiller D. Antonio Calderón Benavides,* impresor del Siglo XVII; la *Grandeza Mexicana* por el Obispo D. Bernardo de Balbuena; *El P. Avendaño, predicador del Siglo XVII; Provincialismos Mexicanos,* o sea una introducción a los que nuestra Academia remitió a la Española y fueron incorporados en el Léxico, y la traducción que del Latín hizo de la *Vida del P. Francisco Javier Alegre,* escrita por el P. Manuel Fabri, S. J. Este trabajo lo estimó complemento del tomo que había publicado años antes con el título *Opúsculos inéditos, Latinos y Castellanos* del mismo P. Alegre.

Estaba imprimiendo su *Vocabulario de Mexicanismos* cuando lo sorprendió súbita muerte el 26 de noviembre de 1894.

Respecto del *Vocabulario,* D. José María Vigil, sucesor de García Icazbalceta en la dirección de la Academia, nos dejó estas impresiones:

Los "...rasgos distintivos de (un) lenguaje no pueden ser comprendidos fuera de la región en que se usan, y de aquí ha venido la necesidad de formar vocabularios especiales que den a conocer tales diferencias.

"Llenar ese vacío en lo que respecta a nuestro país fue uno de los pensamientos del Sr. García Icazbalceta, dándole empero un giro nuevo y una aplicación de mucha mayor trascendencia. En efecto, del estudio comparativo de esos vocabularios, aparece que gran número de voces y frases corren con igual valor o ligeros matices, tanto en México como en otros pueblos hispano-americanos: este hecho, que no puede ser atribuído a simples coincidencias, cuando las pocas relaciones de esos pueblos entre sí no acertarían a explicarlo, sugirió al Sr. García Icazbalceta la idea de buscarle un origen común, origen que no puede existir en otra parte que en los primeros pobladores, y que por consiguiente emana de fuentes castellanas. Tal presunción vino a confirmarse por el testimonio de los escritores españoles que se ocuparon en nuestra historia a raíz de la conquista, quedando así probado que muchos de esos llamados provincialismos de países americanos, pertenecen legítimamente a la lengua madre. García Icazbalceta no se limitó a fijar el significado de esas y otras voces, facilitando así la inteligencia de nuestros escritores nacionales, sino que cita los pasajes relativos y señala las etimologías ciertas o dudosas cuando vienen de lenguas indígenas, especialmente la mexicana. Esa obra que desgraciadamente quedó sin concluir, ha añadido a su autor un nuevo

título de gloria literaria, colocándole al frente de nuestros más entendidos lexicógrafos" [27].

Quedan, finalmente, sus cartas íntimas, muchas de ellas seguramente inéditas; y cada carta, si se ocupa aunque ligeramente en cuestiones históricas, bibliográficas o simplemente literarias es nueva muestra de la incomparable erudición del sabio.

En suma, hay que repetirlo: García Icazbalceta, escritor, es uno de los más notables que México ha tenido a través de sus cuatro siglos de cultura. Limpio y puro el estilo, clara y precisa la exposición, noble y levantado el pensamiento. Que incurriría en errores no hay que dudarlo. ¿Quién podrá pretender con fundamento, que jamás cayó en error? Pero aun aceptando que García Icazbalceta no pudo verse libre de errar, nadie dentro o fuera del país puede, sin faltar a la verdad y a la justicia, negar que el sabio mexicano ha sido el mentor, el guía, el incomparable maestro de cuantos hemos sentido aficiones, aunque modestas, a nuestra Historia y a la investigación y a la Bibliografía.

Pero a fin de ver, aunque también con ajenos auxilios, lo que fue García Icazbalceta no sólo como publicista, sino como hombre, acudamos una vez más a los mejores y más seguros testimonios.

D. Victoriano Agüeros, el académico y periodista que dio principio a su muy valiosa Biblioteca de Autores Mexicanos con la biografía y con algunos trabajos de aquél, nos dice a propósito del filántropo:

La muerte del Sr. García Icazbalceta vino "llenando de luto a las letras mexicanas y dejando en el desamparo a la numerosa familia de pobres que socorría, porque... fue antes que todo y sobre todo, un hombre caritativo. Grandes cantidades de dinero pasaron de sus manos a las de los pobres. Estos eran los verdaderos dueños de sus cuantiosas riquezas; y él tan sólo las manejaba con la dedicación, celo y diligencia del más escrupuloso administrador.

"El practicaba, antes de que el Sr. León XIII escribiera su famosa encíclica sobre el socialismo, los sapientísimos consejos que el inmortal Pontífice da a los ricos para la conducta que deben observar con los pobres, con los obreros, con los servidores de sus fincas.

"En sus haciendas de tierra caliente, el Sr. García Icazbalceta había implantado desde hacía muchos años un sistema de trabajo y de remuneración que tenía contentos a los operarios, quienes veían en él a un padre, atento siempre a sus necesidades; justo, equitativo, desprendido y generoso.

"En México primero como Presidente de una Conferencia [28] y después

---

[27] Vigil, *Op. cit.*

[28] Alude a las beneméritas Conferencias de S. Vicente de Paúl.

como Presidente del Consejo de las mismas, se hizo notable por su tino, su esmero, su abnegación en cumplir con sus deberes.

"Visitaba a los pobres y los socorría; y en sus funciones de Presidente del Consejo, estaba siempre solícito a la marcha de todas las conferencias, llamando la atención del Consejo de París los informes que remitía anualmente sobre el movimiento y desarrollo que tenía en México la santa obra de Vicente de Paúl" [29].

Y no fue Agüeros solamente quien nos lo pinta así. El Sr. Felipe Teixidor, que con tanto interés, como suma habilidad anotó y comentó el puñado de cartas que hoy sirven para estudiar nuevos aspectos del ilustre mexicano, al recordar una frase de García Icazbalceta condenatoria del desprecio con que algunos hacendados veían a sus trabajadores del campo, presenta una serie de consideraciones emanadas de los documentos mismos del hacendado, del impresor, del hombre, en suma, que tenía trabajadores a su cuidado, y esas consideraciones demuestran lo cuidadoso, lo paternal que con ellos era.

No conforme con esto, recogió la síntesis formulada en San Luis Potosí por el Obispo académico Dr. Ignacio Montes de Oca y Obregón al elogiar los años de incesante labor de García Icazbalceta como director en México de la benéfica y altruísta institución denominada *Conferencias de San Vicente de Paúl* a que hizo referencia Agüeros; y esa síntesis coincide en un todo con lo aseverado por éste, con lo aseverado por Teixidor y por cuantos conocieron de cerca al filántropo o tuvieron fidedigna noticia de su altruísmo, de su caridad.

García Icazbalceta, pues, que, como todos los de valer, encontró penas como escritor, pero lauros también que no se han marchitado, que no se marchitarán, porque a medida que transcurre el tiempo su figura y su obra se agigantan, fue hombre generoso y bueno, que sembró no solamente la caña de dulces frutos en los fértiles campos del Estado de Morelos, sino el bien de sus consuelos y de sus dádivas entre las familias que eran propicio campo para recoger frutos de miseria y de dolor.

Así fue; mas permítaseme que no sea yo quien cierre esta sencilla muestra de la admiración de nuestra Academia tan amada por él, sino otro académico que con García Icazbalceta convivió y conoció muy de cerca su labor de sabio y de filántropo.

Al morir éste, la Corporación celebró pública y suntuosísima velada, que presidió el Presidente de la República, Gral. Porfirio Díaz y a la que asistió lo más conspicuo que había en México en todos los órdenes: político, diplomático, social e intelectual. Uno de los oradores fue el inolvidable humanista y egregio prelado mexicano mencionado antes, el Dr. Montes de Oca y Obregón,

[29] Agüeros, *loc. cit.*

Obispo entonces de San Luis Potosí, Arzobispo titular de Cesárea del Ponto más tarde; y en sonoros y vibrantes tercetos leyó una elegía de la cual reproduciré lo necesario, evocando aquí al gran poeta, como él evocó en esa noche las augustas figuras de aquellos a quienes García Icazbalceta revivió con sus obras, especialmente el gran Obispo Don Fray Juan de Zumárraga. He aquí en parte sus palabras:

Aunque no puede ya mi débil mano
grabar el epitafio de adamante
que merece el insigne ciudadano,

Ni mi cansada voz deja que cante
al que en la humana ciencia fue portento,
y en la divina caridad gigante,

Para abrazar aún me sobra aliento
la augusta cruz, que nuestra fe revela
y corona el marmóreo monumento;

Y las noches pasando en dulce vela,
hacerme guardador de su memoria,
y de su honor perpetuo centinela;

Y a quien pretenda mancillar su gloria,
ahuyentaré del caro mausoleo
armado con la Biblia y con la Historia.

Cita luego los pasajes en que la Biblia recuerda al rico sus deberes para con los pobres, y aun los castigos que le esperan si a éstos no ayuda diligente, y continúa:

¡Oh de los pobres cariñoso amigo!
De que tan bellas máximas seguiste
catorce lustros ¿quién no fue testigo?

¿Quién no te vio las lágrimas del triste
secar con la bondad fascinadora
a que el pecho más duro no resiste?

Del enfermo endulzó la postrer hora
mil veces tu piedad, o de la muerte
detuvo la guadaña destructora.

Amargo lloro en tus haciendas vierte
de siervos la incontable muchedumbre
que en hijos de adopción tu amor convierte.

Te lloran mil hogares, cuya lumbre
encendiste, trocando en alegría
del huérfano infeliz la pesadumbre.

Gime la aristocracia, y tu hidalguía
proclamando a la faz del Nuevo Mundo
encomia tu gentil sabiduría;

Que del vicio al embate furibundo
supiste resistir; y a la opulencia
unir, cual Salomón, saber profundo.

Recorre luego la obra literaria del académico; pone en labios del Obispo-Arzobispo Zumárraga palabras de alabanza y gratitud hacia su biógrafo; y como término y remate de su elogio, concluye el Obispo Montes de Oca:

Feliz quien de su amor osó dar pruebas
a aquellos religiosos zapadores
que rompieron de México las glebas;

Y sordo a vituperios y loores
supo guardar incólume la fama
del primero y mayor de sus Pastores.

Yo la de él guardaré, mientras la llama
vital me anime; y le daré mi llanto;
y si algún necio su sepulcro infama,
lo cubrirá mi prelaticio manto.

LAS LETRAS Y LA PAZ

Por don JAIME TORRES BODET

EL ingreso de un escritor en el seno de una corporación como la presente no se halla, por cierto, exento de otoñal y severa solemnidad. Y es que no suele penetrar en recintos de esta categoría quien no ha sufrido ese noble estrago con que la edad va arrancando la profusión de las hojas a los árboles encendidos y desnudando a las almas de aquel ropaje de actitudes cambiantes y de palabras innecesarias que se pretende, en los años mozos, confundir con la auténtica juventud.

Distinción de tan alto linaje no es trofeo para el pasado de quien la obtiene, sino estímulo a más rigor en su obra y en su conducta, condición de silencio para muchas estériles fantasías y límite al capricho con que el artista que se deleita eludiendo los métodos regulares cree compensar, en esparcimiento gratuito y en ocio libre, su posición de soldado sin regimiento y de nota sin pentagrama, inasible y sola.

Sin embargo, de semejantes meditaciones —que no niegan la vaga melancolía en que se tiene la reflexión con la madurez— surge, a la postre, la certidumbre de que la reja del pentagrama, para esa nota que se imagina excluída de ella, representa en el fondo el andamio firme de su orden lógico y natural. Sin sus líneas y sus espacios —limitados, pero precisos— la nota más ambiciosa perdería significado, porque donde no existe una escala, es decir, una relación de valores determinada ¿cómo podría alcanzar su sentido exacto —por cimero que deseáramos concebirlo— el signo, aislado e individual?

Esta lección de modestia es la primera enseñanza que imparte vuestra Academia a sus nuevos miembros. Si la elogio, al entrar aquí, es porque nunca he disimulado mi inclinación para todo lo que despierte sana confianza en una unidad susceptible de hacer que quienes la acepten sean tanto más leales con ellos mismos cuanto mejor perciban y reconozcan que, entre hom-

* Discurso de recepción pronunciado el 11 de abril de 1945.

bres independientes, la uniformidad absoluta denuncia monotonía, pues la unidad verdadera emana del equilibrio, de las libertades armonizadas, de la tolerancia y respeto mutuos.

Aunque no creyera espontáneamente lo que he expresado, según lo creo, me induciría a insinuarlo, entre diversos otros motivos, la circunstancia de que me encuentro sustituyendo a un escritor tan distinto del que yo he sido: el Señor don Teodoro Torres, persona de eminentes prestigios a quien consagro un recuerdo de íntima estimación y cuya muerte dejó en las letras de nuestra Patria un lugar que los adjetivos póstumos no señalan como el vacío patético de una ausencia, sino al contrario, como la presencia definitiva de un ingenio sonriente, lúcido y fiel.

Tras de rendir homenaje a su ilustre nombre y agradeceros muy cordialmente la honra que me habéis hecho al invitarme a sumar mi esfuerzo a las tradiciones preclaras de esta Academia, permitidme, señores, utilizar la atención que otorgáis al recipiendario a fin de discurrir con vosotros, por un momento, acerca de los problemas que nos plantea —como escritores y como hombres— la crisis que aflige al mundo; crisis tan honda y tan inquietante que no hay colectividad capaz de escapar a sus graves incitaciones, ni conciencia que no se sienta comprometida por el deber de buscarle una solución.

Estamos atravesando una selva obscura, de la cual hemos de salir a costa de todos los sacrificios, menos de uno: el de la fe en virtud humana.

En este descenso entre las tinieblas, todos los pueblos, todos los seres —hay que reconocerlo con entereza— tuvimos alguna culpa, aunque sea exigua, por acción o por inacción. Los delincuentes que inscribirá en sus registros la historia son los tiranos: jefes de autómatas, que hipotecaron en su provecho todos los mecanismos de la técnica y de la ciencia, todas las aptitudes de la disciplina y la economía, e incluso a veces todas las formas externas de la cultura.

Pero si en lo político, es un consuelo observar la unanimidad con que las naciones libres se han pronunciado contra la pasión de esos delincuentes, en lo personal no podemos limitarnos a reprobarlos. Sería, en verdad, demasiado cómodo encarnar al mal en unas cuantas cabezas de déspotas sanguinarios ya que, para quienes piensan imparcialmente, resulta obvio que esos déspotas estarían desde hace tiempo en una cárcel o en una clínica si, en la hora en que asaltaron el poder, hubiese habido en el mundo entero una jerarquía activa de los valores espirituales que hiciese inútil la conjuración de su cruel dad.

Ese constituye, señores, el problema candente de nuestro tiempo. La crisis en que vivimos es, hoy, una crisis bélica; fue, ayer, y será acaso también mañana, una crisis económica. Ha sido, siempre, una insuficiencia jurídica; pero, desde hace ya muchos años, representa algo más alarmante: una crisis

ética. De esta última ¿quién tendría derecho a declararse irresponsable? Y, en la responsabilidad de esa crisis, atañe a los escritores, a los intelectuales, a los filósofos, una parte proporcionada a la calidad de su vocación.

Siento que peco aquí contra la serenidad habitual de estas reuniones, al referirme a una angustia viva en vez de ofreceros, pongo por caso, la limpia autopsia de un asunto de crítica literaria. Sin embargo, siento asimismo que, en una era como la actual, no es posible ya para el escritor olvidar al hombre y que, cuando todo está en riesgo de perecer (porque una paz mal organizada traería consigo tantos perjuicios como una serie de convulsiones y de contiendas) venir a hablaros de la decadencia de la elegía, del crepúsculo de la égloga o del desfallecimiento del soneto supondría de mi parte una lamentable deformación y equivaldría a imaginaros desvinculados del ejercicio de la única profesión para la que todo instituto de esta importancia es academia abierta sobre la tierra: la profesión de los hombres que aman el bien.

Precisamente porque existieron, durante lustros, muchas generaciones que creyeron poder servir a la inteligencia sin servir a la humanidad; precisamente porque existieron, durante lustros, muchos especialistas de la cultura que edificaron en el aire sus utopías y muchos oficiantes del arte que declararon malsano para su obra cuanto excediese el espacio breve de lo que llamaron su "torre de marfil", es por lo que llegó a establecerse, en gran parte de las naciones, un doloroso divorcio entre la vida y la inteligencia, entre la política y la cultura.

Ahora bien, ese divorcio ha provocado tantos desastres que no podríamos atrevernos a acusar de él, exclusivamente, a las mayorías que lo admitieron. Donde el intelectual haya renunciado a sus funciones de orientador, la paz futura requerirá que el divorcio a que aludo desaparezca. Porque si un pensador español habló de la rebelión de las masas antes del conflicto, la inteligencia ha experimentado otras formas sutiles de rebeldía: el orgullo del aislamiento, la negación al servicio público y la creencia de que el civismo es tan sólo oficio, mera especialidad.

Reconstruid —si no— el espectáculo de los años que sucedieron a la primera tremenda guerra de nuestro siglo. Salvo contadas y honrosísimas excepciones ¿qué hicieron los estadistas? Desconfiar de la inteligencia. Y ¿qué hicieron, a su vez, numerosos intelectuales? Apartarse del ágora ciudadana, abdicar de sus compromisos de dirección.

Alejándose así del esfuerzo de los demás ¿cómo cabía esperar que no se alistasen a suplantarlos esos simuladores —seudofilósofos y seudoartistas— que transformaron pronto la ciencia pura en artera táctica de agresión, el talento en habilidad y el arte y el pensamiento en sistemas desenfrenados de propaganda?

sintamos la extrema urgencia de no apoyar solamente el acento de la enseñanza sobre el aspecto de santa lucha que anima al hombre en la definición de sus facultades políticas y sociales; sino también —y de modo concomitante— sobre el rigor de su equilibrio interno como persona y su capacidad para superar, en sí mismo, el estallido oscuro de las pasiones. O, para decirlo con términos diferentes: no se libera tan sólo al hombre afianzándolo en el uso de sus derechos. Se le libera —y acaso con mayor precisión— colocándole por encima de la esclavitud oprobiosa de sus instintos y haciéndole comprender sus obligaciones para consigo, para con sus iguales, para con la Patria y para con toda la humanidad.

Se ha hablado mucho de los derechos del ciudadano, de los derechos de la mujer, de los derechos del escritor, de los derechos del joven, del técnico y del artista. Hemos ido creando, en todos los órdenes de la sociedad, una mentalidad de cobradores insatisfechos. Acontece por consecuencia que quien demanda cumple menos de lo que exige y da en servicio menos de lo que pide para servir. Se instala así, a corto o a largo plazo, durante la paz, un déficit colectivo, que las naciones sólo saben pagar con su aportación para alguna guerra; lo que, después de todo, más que pagar, equivale a querer saldar indirectamente una deuda, merced a la liquidación general de una bancarrota.

Lo anterior nos demuestra que uno de los valores que procede instaurar, dentro del sentido humano de la cultura, es el valor espontáneo, intrínseco, del deber. Pero ya no el deber militar de matar o morir, que aceptan los pueblos cuando se desatan las ofensivas, sino el deber civil de vivir y de hacer vivir conforme a normas insospechables; el deber de sacrificar un poco de nuestro goce, todos los días, para no sacrificarlo en su integridad sobre las aras trágicas de la guerra; el deber de ser fuertes, fuertes a tiempo, en la armonía de una convivencia justa y civilizada, a fin de no tener que aprender a ser fuertes en la contienda, cuando la fuerza se mide por lo que niega y no por lo que asegura, por lo que destruye y no por lo que edifica.

Tenemos, frente a nosotros, el esbozo complejo y arduo de un nuevo mundo. Un mundo que no brotó de un azar de la geografía, sino de una voluntad insistente, compacta, adusta: la historia humana. Ese esbozo será a lo sumo forma insensible, desierta y muda mientras no le comuniquemos un alma propia. Y esa alma sólo podrán transmitirla quienes posean la capacidad de entregar a su obra todo su ser.

Por espacio de muchos años hemos oído a algunos intelectuales opinar de manera abstracta sobre los temas que hacen la paz y la guerra de los países. Incluso a raíz de firmada la tregua de 1918, hubo escritor europeo, de maestría, que definiera la paz como un equilibrio de símbolos solamente. El talento se había engreído en jugar así, no sin temibles irreverencias, con

las metáforas. Pero sucede que las metáforas son un momento no más de la realidad: el momento rápido y fotográfico en que la materia se vuelve signo, alusión, emblema. Y comprobamos, por la experiencia de lo sufrido, que nuestro papel inmediato va a consistir en resucitar las figuras yacentes bajo los símbolos.

Si los artistas de antaño se complacieron, viendo cómo se convertía Dafne en Laurel y en estatua de sal la mujer de Lot, el deber exige que nuestra hora se singularice precisamente por lo contrario y que, al roce de nuestra vara poética o filosófica, vuelva a vivir la mujer de Lot, escapando a su cárcel salobre y frígida, vuelva el laurel a ser Dafne viva y hallemos, bajo los símbolos opresores, la carne trémula y vulnerable por cuyas arterias corra una sangre ya no ficticia, sino roja y ardiente como la nuestra, entre nervios y músculos de verdad.

Quiere ello decir, sin alegorías, que se impone a las nuevas generaciones una tarea cuyos timbres más puros de gloria radicarán en vivificar la cultura, en humanizarla y en combatir contra las áridas abstracciones que estaban amenazando ahogar el arte, la ciencia y el pensamiento.

El alma que aguarda ese nuevo mundo se erguiría mañana airada contra nosotros si no tratásemos todos de fabricarla con lo más acendrado de nuestra fe. Lo que más ha faltado a los constructores de nuestra actual civilización es la fe en el hombre, la devoción para sus ideales y el examen crítico necesario para distinguir con exactitud entre la esperanza y el espejismo.

A la técnica de la prisa es indispensable sobreponer la técnica de la solidez. Que en cada cual se precise la psicología del arquitecto, del "arquitecto de su destino". En ello, los escritores y los artistas de México están tan comprometidos como los de cualquier nacionalidad. Es menester, en efecto, que el mundo que ayudemos a organizar sea un mundo en orden. Y que el orden que lo regule derive de la única disciplina susceptible de conjugarse con nuestro amor a la libertad: el orden por el espíritu.

En un debate, presidido por el profesor Osorio de Almeida, se discutió, hace algún tiempo, acerca de la transformación de los valores de la cultura. Entre otros, hizo uso de la palabra en aquella ocasión un desterrado político de Alemania, Werner Thormann, de quien son las siguientes frases que no me parece superfluo reproducir en este lugar: "En todos los dominios de la vida pública —exclamó el orador— nuestra tarea es la de impedir que el hombre se convierta en un simple instrumento". Y añadió: "Hemos presenciado la liberación de las masas, pero aún tenemos que conciliar esa emancipación con el concepto de la personalidad". A lo que Raymond de Saussure no tardó en objetar: "Una disminución de la responsabilidad individual frente al conjunto de la sociedad, un deseo de pedir todo de ella y de no procurarle nada en cambio, tal fue la característica principal del período de preguerra".

Advertimos que, en esta supuesta antinomia entre la responsabilidad de la sociedad y la responsabilidad de los individuos o entre la emancipación de las masas y el desenvolvimiento de la persona, la solución positiva tendrá que ser, indefectiblemente, una solución moral. Ya en el ocaso del siglo XVIII, Kant aconsejaba: "Obra de manera que trates siempre la voluntad libre y razonable, es decir, la humanidad, en ti y en el prójimo, como un fin y no como un medio".

No hay postulado jurídico que no ilumine este reflector: lo mismo la libertad del ser en la democracia de la nación que la soberanía de los pueblos en la democracia de las naciones; pues lo que el imperialismo económico y el totalitarismo —técnico o práctico— han pretendido ejercer, tanto en el seno de los países como por el avenimiento tortuoso de las potencias, es el uso del prójimo como medio, el empleo del semejante como inferior y el sometimiento de la voluntad (que, por sí misma, es un fin augusto) a transitorias finalidades que alteran la convivencia y desquician el orden universal.

En todas las latitudes, en todos los climas, bajo todos los cielos, los hombres que escriben, piensan y enseñan deben procurar hacer de la paz y la libertad algo dinámico y sustantivo y no situaciones de tímida estabilidad y de simple exclusión de la muerte y la servidumbre. El interés por la paz y el fervor por la libertad fueron declinando en los pueblos y en las conciencias antes de que estallaran materialmente las hostilidades que padecemos, en parte porque —a la sombra de las nociones de paz y de libertad— habían cristalizado muchas injusticias y prosperado muchas mentiras; pero en parte, también, porque los promotores de la cultura no acertaron a inculcar en las masas una imagen viviente de esas nociones y se contentaron con definirlas por sus límites negativos: la paz, como negación de la guerra, y la libertad, como negación de la tiranía.

Acaece, no obstante, que el ánimo de los individuos y la convicción de los pueblos se enardecen difícilmente por aquello que se les brinda en términos restrictivos y que la libertad y la paz son condiciones que han de estimarse, ante todo, por sus aspectos de afirmación. A partir de Versalles, no fueron pocos los libros que difundieron el odio y el miedo de la contienda. Barbusse y Duhamel, Arnold Zweig y Dorgeles, Remarque y Romain Rolland —para no mencionar sino a novelistas de éxito incuestionable— hicieron de sus obras requisitorias vehementes contra la guerra.

Mas, a cambio de aquellas requisitorias, ¿cuántos fueron los escritores que se atrevieron a cantar positivamente los méritos de la paz? Por tenebrosa que fuera la novelística de la guerra, la de la paz destilaba también acíbar y desaliento, pesimismo y desolación.

¿Qué ejemplos de humanidad proponían los literatos más celebrados a sus lectores? En Francia, el inmoralismo de *Los Monederos Falsos* descritos

con tan persuasivo talento por André Gide y la sociedad decadente que dio pretexto a los admirables análisis de Marcel Proust. En Alemania, el culto de la muerte de Thomas Mann y las crueles indagaciones de Jacob Wassermann. En Italia, los personajes nocturnos de Svevo y de Pirandello. En Praga, las agónicas turbulencias de un Kafka y, en Inglaterra, cuando no las digresiones irónicas de Aldous Huxley, el exacerbado sensualismo enfermizo del *Amante de Lady Chatterley.*

Entre las perspectivas de un armisticio sin grandeza y los cuadros de una guerra sin magnanimidad, lo que germinaba naturalmente, en el público, era la indiferencia. ¿Valía la pena renunciar a la lucha para incurrir en ese marasmo que se nos daba como resumen y anestésico de la paz? A fin de contrarrestar la sensiblería llorosa de ciertas horas de la literatura decimonónica, se exageraron las pretensiones de un intelectualismo geométrico y efectista. Poetas, de angulosa prestancia, llegaron a declarar que el corazón había pasado definitivamente de moda. Antes que de los caracteres, la virtud, la pasión creadora, la entereza y la viril elegancia de la conducta huyeron de las páginas de los libros. Y, si restamos algunas obras excepcionales, la mayoría de la producción literaria esparcida en el mundo entre 1918 y 1940 puede clasificarse en dos largas series: la de los textos que tendían al idealismo, por evasión de la realidad y la de aquellos que proclamaban, como único realismo posible, la eliminación de los ideales.

¿Qué representaba tan seria antítesis, sino una dimisión moral de la inteligencia? Pòrque no hemos de resignarnos a que el papel de la inteligencia haya de reducirse a copiar los retratos bajos y los perfiles ignominiosos, sino a tomar, al contrario, los elementos dispersos en la naturaleza y a organizarlos con energía, a fin de proporcionarnos una galería de modelos, dichosos o infortunados, nobles o ruines, pero contrastándolos —como siempre ha ocurrido en las grandes épocas— sobre el fondo de una concepción coherente, inspirada y sólida de la vida.

Todos un poco nos encontramos, en estos días, como Renan, cuando escribió su Plegaria sobre el Acrópolis. Todos, en efecto, quién más, quién menos, podríamos, como él, afirmar que "llegamos tarde al umbral de los misterios de la belleza simple y verídica". Porque hemos vivido enfermos de escepticismo y porque, para decirlo con sus palabras, "una filosofía indudablemente perversa nos indujo a creer que lo bueno y lo malo, lo feo y lo bello, el dolor y el placer podían transformarse unos en otros, merced a matices indiscernibles, como los del cuello de la paloma", nos sentimos ahora situados ante el deber de elegir lo bueno con osadía y de rechazar lo malo con decisión, de servir el bien con todas las fuerzas de nuestro convencimiento y de oponernos al mal incansable, perennemente.

Nuestra dignidad —y tal vez no sólo la nuestra— dependerá del acier-

to con que escojamos entre el camino de la llanura que lleva entre muelles ondulaciones, a la comodidad y al desistimiento, y el camino de la montaña que va, entre riscos, hacia el heroísmo de la belleza y de la verdad.

La obligación más alta de los artistas y de los escritores de nuestro tiempo es la de devolver a los hombres una esperanza. Pero no la esperanza blanda y afeminada de que la paz equivale a una póliza contra todos los riesgos de la existencia, sino la varonil esperanza de que vivir es aceptar los peligros, sobrellevarlos y saber dominarlos con valentía, en función y por obra de un ideal.

Quiera México que todos sus escritores —los presentes y los ausentes— merezcamos asumir esa obligación. Tal es, señores, el voto que elevo, fervientemente, al unirme a vuestra Asamblea.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don ALFONSO REYES

QUIERO y debo ser breve. El peso de este acto incumbe más bien al recipiendario. No habéis venido a escucharme a mí. Yo mismo, que ya me sé de memoria, lo que anhelaba era oír las palabras de nuestro neófito. Con ellas prácticamente, nuestra sesión ha terminado. Expliquémonos, pues, brevemente, sobre el sentido del acto que nos reúne.

La imagen tradicional de las Academias no difiere mucho de lo que sería una galería de momias en algún corredor subterráneo del antiguo Egipto. La pretendida inmortalidad que confiere la consagración del docto colegio en nada se distingue ya de la muerte. Vaga por el aire quieto un olor de embalsamiento. Las caras son largas y cetrinas. Nadie se mueve. El iniciado, entre elogios convencionales, siente que lo van atando y enredando en las bandeletas fúnebres. Y el largo recuento de sus obras, que emprende penosamente el oficiante, encargado de recibirlo e imponerle las insignias, más bien parece un desfile mortuorio y un paseo del féretro a la vista de los circunstantes. Y para merecer tan triste ceremonia es fama que se desvelan los hombres, empeñados en ganar algunos pálidos vislumbres de posteridad, siquiera sea a cambio del sol que nos alumbra.

Muy otra es una Academia como la nuestra, que llama a su seno a los hombres en pleno vigor de vida y pluma, y sólo los exhibe y destaca a los ojos de la opinión para que mejor entiendan y cumplan su deber de "vates" o conductores sociales. Mucho más nos corresponde aquí el ambiente de la primer Academia de que tiene noticia el mundo: aquel abierto jardín, aquellas avenidas de plátanos, aquel rumor de arroyos y fuentes, aquel aire todavía silvestre y travieso que agitaba los mantos de los discípulos, aquella abeja que siempre concurría a la cita en cuanto Platón despegaba los labios. Vida y no muerte; vida que se sabe mortal, pero que descansa confiada en esa prolongación y concatenación de la obra humana: lo que de todos los hombres y todos los pueblos, como se ha dicho, hace un solo hombre gigantesco e imperecedero.

Ahora se transporta, pues, el sentido de la ceremonia. No es ya el indivi-

duo quien recibe la consagración egoísta, para sumergirse en el sueño y en la contemplación de su yo interior, como aquella imagen de oro sin pupilas que los sacerdotes enterradores llevaban prendida al pecho. Aquí se trata, muy al contrario, de exaltar a la persona, trayéndola al campo más propicio para que se perpetúe y se derrame en esa otra persona colectiva que llamamos la sociedad.

¿Y quién con más títulos, entonces, que este joven, aunque ya maduro escritor —cuya obra de poeta, novelista, cuentista, ensayista, memorialista, no vale la pena de enumerar, porque está viva en la memoria de todos, porque aún está "siendo y cambiando", naciendo y creándose en suma, y porque no vamos a agobiarlo con el rutinario y fúnebre desfile—, hombre para quien la pluma ha probado ser instrumento del bien moral, vara prestigiosa del alfabeto, y que ahora completa la serie de sus trabajos y sus juegos entregándose en cuerpo y alma, con una pasión que lo enaltece y que lo ha dotado al fin del último toque de luz cálida que aún faltaba para completar su silueta humana, a la grande tarea de redención que los maestros de América, desde Gante y Quiroga hasta nuestros días, se transmiten de unos a otros como santo y seña, como juramento hereditario: la grande tarea de redimir por la cultura? Oh, yo diría a quienes en tal empeño se consumen, pidiendo a Ronsard su verso inimitable:

¡Viviréis mientras vivan los libros y las plumas!

Don Jaime Torres Bodet, a quien la Academia Mexicana Correspondiente de la Española se honra y se complace en recibir hoy en su instituto, tuvo la suerte, la gracia, de nacer bautizado con el signo de las vocaciones felices, que esto es la precocidad. ¡Ay, dejemos para el día en que el mundo se venga abajo y comience otra vez desde sus cimientos, para el día en que el universo vuelva a abrirse, tras de "cerrarse como un gran abanico" —en la metáfora tan oriental de Donoso Cortés—, las prédicas fáciles del primitivismo y del candor! Candoroso y primitivo sea el habitante de una historia que abre apenas los ojos. No pretendamos serlo nosotros —cocidos ya en tantos siglos de fuego humano—, a menos que nos propongamos dejar caer, negligentes y criminales, todas las conquistas logradas. Y pues el Arte es largo y breve el tiempo, la precocidad es prenda y garantía —¡bufe el eunuco!— de la inevitable y previa absorción que hace falta antes de lanzarse a la brega de las letras. "Lo primero —me decía mi viejo maestro con una saludable crueldad—, lo primero es haber leído todos los libros".

Evoco hoy cierta cara grave, embarazada aún por el cuidado de no caer en desaciertos, cara que disimulaba bajo una máscara de buen aliño el hondo delirio de perfección, la cara con que me apareció por primera vez este hombre, apenas un niño en aquellos días, y la sorpresa con que averigüé sus cortos

años, cuando ya lo veía yo manejar como con arte infusa los etéreos útiles del estilo. De entonces acá todo fue crecer y echar otro anillo a cada estación como la palmera que se va logrando. Jaime Torres Bodet acaba de alcanzar, con sus años, la edad a que se había adelantado. Técnica pronto dominada y monstruosamente segura desde el primer instante. Laboriosidad y curiosidad siempre alertadas. Inteligencia y sensibilidad en gustoso maridaje. Equilibrio en que el poeta ni se da del todo, para no deshacerse en la obra a manera de calor informe, ni tampoco queda fuera del poema, de modo que éste pueda escaparse sin llevarlo consigo, en traza ridícula de aeróstato que olvida en la tierra a su piloto. No: sino ese difícil término que las preceptivas jamás han logrado definir, y en que ya no valen Rengifos ni Hermosillas: ese comunicarse en la obra, pero seguirse conservando íntegro; ese animar al libro, al cuadro, a la estatua, con la propia vitalidad, y gobernarlos siempre con la plenitud del amo y maestro. Hay quien padece, se contorsiona y se anonada en sus creaciones mismas, como aplastado por un dios que se le impone de afuera. Así, el pintor chino entraba por el paisaje que acababa de trazar en el muro, y en él desaparecía para siempre. Hay quien lleva el dios en sí mismo, y de su propio pecho saca el hálito con que ha de inflamar a sus criaturas. Así Pigmalión, símbolo de todo Occidente clásico, que vivifica la Galatea labrada por sus propios cinceles, y la echa a andar, sin por eso consumirse él mismo. Y junto a este ideal, en que pasión y razón se compenetran, y que seguramente nunca se apartó de la mente de nuestro autor ("la filosofía del arquitecto", dice él), junto a este consejo tal vez aprendido —oh, Darío— "en las Grecias, las Romas y las Francias", vino dichosamente a obrar el temperamento mexicano en sus más atractivos aciertos de rotundidad y pulimento. Porque el día que se realice el sueño mexicano, su símbolo podrá ser el de un artífice que graba de un golpe una moneda: objeto cabal, sin sobra ni falta, sin excrecencias ni pestañas, expresivo y valioso en su ajuste y en su sencilla elegancia, suficiencia mágica del círculo.

Llega el mediodía, en que los apremios de creación parece que nos desbordan y arrastran. No nos basta ya el hijo de la carne, y ni siquiera el hijo inmaculado de la palabra o del pincel, creado como fue querido, y sin compromiso, casi, con la ajena sustancia. La belleza se nos ha hinchado hasta convertirse en el bien. Un hijo social nos reclama. En la calle hay gritos de angustia. Es la hora de cerrar el capitoso Gabinete de las Musas y salir al mundo para distribuir nuestro pan. El deber social del artista —que ya preocupó nuestras veladas desde que, hace varios lustros, Paul Valéry y el llorado Henri de Focillon nos llamaron a meditarlo, en la tribuna del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de París— he aquí que de nuevo nos sale al paso en las prédicas y en la actitud del nuevo académico, que por suerte tiene en sus manos las claves administrativas para ir realizando en cierta me-

dida su alto propósito. "¡Fe en la virtud humana!" nos grita Torres Bodet desde las páginas que acabamos de escuchar. Sea bienvenido. No estorbe yo más a la puerta, que está ansiosa ya por abrírsele de par en par. Permítaseme manifestar mi regocijo. Todos caducaremos un día. Un día —tal vez pronto— no seremos ya capaces de sostener la antorcha de Cadmo, simbólico padre del Alfabeto. He aquí, anhelante y golpeando ya los batientes, la mano robusta, la mano que habrá de sucedernos, así como nosotros sucedimos a nuestros mayores.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS *

Por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA

A los españoles, Señor, sólo les dura la vida hasta que hallan honrada muerte.

Panegírico a la Majestad del Rey... don Felipe IV.

EL día 8 de septiembre de 1645, halló ese fin honradamente, que ya presentía de meses atrás, el íntegro don Francisco de Quevedo y Villegas, caballero de Santiago, teólogo, filósofo, autor de novelas de picardía y donaire, crítico de las costumbres de su tiempo, gran república, excelente amigo, compendio y cifra de las características del tiempo en que le tocó vivir y morir. Si le hemos de entender a tres siglos de distancia, es necesario penetrar en el ambiente en que vivió, asomarnos a su época, conocer a los personajes que le rodearon, con simpatía humana e imaginación despierta volver al siglo XVII y enfrentarnos con la realidad pretérita, si es que hubo realidad en la época y no todo fue fantasía, sueño, humo, polvo, nada.

Nace Quevedo a la vida madrileña en un día del mes de septiembre de 1580. Su cuna se mece cerca del trono ya que su padre, don Pedro Gómez de Quevedo, era Secretario de la reina y su madre dama de honor de doña Ana, esposa de Felipe II. Comienza sus estudios humanísticos en el colegio Imperial de los Jesuítas de Madrid. Se gradúa en artes y prosigue la senda de la teología.

En 1611, el duelo en defensa de una mujer maltratada, en el que muere el adversario, lo obliga a la ausencia de la Corte. Marcha a Sicilia y afirma su amistad con el duque de Osuna. Vuelve a su Patria un año después. Permanece en sus dominios de la Torre de Juan Abad entretenido en la lectura de sus poetas preferidos, meditando sobre el ser, el mundo circundante, el parecer,

* Discurso pronunciado en la conmemoración del tercer Centenario de la muerte de don Francisco de Quevedo, el 8 de septiembre de 1945.

la vida y la muerte. Gusta de la soledad. Parte nuevamente a Sicilia llamado por el de Osuna para actuar en la política y en las finanzas de la Isla. Viaja por Italia desempeñando misiones difíciles. Será el agente de la política ducal "en Niza, Nápoles y Milán (las 'pequeñas y sagacísimas repúblicas de Italia' que decía Fernández Guerra), su embajador ante el pontífice en Roma y su emisario para ganar voluntades en Madrid", comenta Alfonso Reyes. No siempre son fáciles estas misiones. En Niza está a punto de perder la cabeza y se ve precisado a escapar a Génova. En otro viaje, para llegar a España, debe atravesar el Languedoc. Lo aprehenden en Montpellier los protestantes de Condé. Logra explicar su situación, sigue para Tolosa y sufre nuevas detenciones. Alcanza por fin el Rosellón. Otra vez escapa en Venecia disfrazado de pordiosero, "de los matones pagados para asesinarle, entre quienes estuvo charlando sin ser reconocido". Ya es ministro de Hacienda del Virrey de Nápoles, duque de Osuna, sirve fiel y lealmente a su protector. Le sigue guardando fidelidad al prócer caído en desgracia en 1620. Vuelve a la Torre de Juan Abad. Busca la protección del nuevo valido, el conde Duque de Olivares, ministro universal del nuevo rey Felipe IV. No logra entenderse con el personaje. "Sus relaciones con el conde duque de Olivares —nos dice Alfonso Reyes— parecen una cadena continua de desconfianzas y arrepentimientos, destierros seguidos de pasajeros indultos. Quevedo rehusa los trabajos de Olivares que le ofrecía la Embajada de Génova —y mantiene contra Santa Teresa, al antiguo patrón de España lo que da pretexto a nuevas persecuciones. Pacheco de Narváez —celoso según dicen— de la supremacía de Quevedo en el manejo de la espada, intriga contra él sin cesar". Desterrado de la corte su nombre figura, sin embargo, ligado a ella; después, será secretario honorífico del Rey. En 1639 un papel que descubre el monarca bajo su servilleta y en contra de su ministro acarrea a Quevedo la más cruel de las persecuciones. Encerrado en el convento de San Marcos de León se queja al Rey de la forma en que se le trata. "Señor: un año y diez meses que se ejecutó mi prisión, a 7 de diciembre, víspera de la Concepción de Nuestra Señora, a las diez y media de la noche. Fui traído en el rigor del invierno, sin capa y sin una camisa, de sesenta y un años, a este convento real de San Marcos de León, donde he estado en rigurosísima prisión, enfermo con tres heridas que con los fríos y la vecindad de un río que tengo por cabecera, se me han cancerado y por falta de cirujano, no sin piedad me las han visto cauterizar con mis manos; tan pobre, que de limosna me han abrigado y entretenido la vida. El horror de mis trabajos ha espantado a todos... Los que me ven no me juzgan preso, sino con sumo rigor justiciado, por esto no espero la muerte antes la trato, proligidad suya es lo que vivo; no me falta para muerto sino la sepultura, por ser el descanso de los difuntos. Todo lo he perdido, la hacienda, que siempre fue poca, hoy es ninguna entre la grande costa de mi prisión y de los que se

han levantado contra ella. Los amigos, mi adversidad los atemorizó. Ninguna clemencia puede darme, ni quitarme muchos años algún rigor. No pido, señor este espacio naturalmente corto, por vivir más sino por vivir bien algo, aunque poco para que yo sea no pequeña porción de gloria al nombre de vuecelencia. Para llegar a vuecelencia, este será el último grito con que me socorra la memoria".

Así se expresaba el estoico, sintiendo que

Ya formidable y espantoso suena
dentro del corazón el postrer día
y la última hora, negra y fría
se acerca, de temor y sombras llena.

Cae Olivares en 1643 y sale de su prisión Quevedo. Arregla sus papeles, dicta su testamento y se dispone a morir. Sobreviene el tránsito en Villanueva de los infantes el día y el año en que se ha conmemorado su centenario, 8 de septiembre de 1645.

Es imposible hacer el juicio de su obra en unas cuantas líneas. Abarcó la teología, la política, la picaresca. Muy joven mereció los parabienes del gran humanista Justo Lipsio. Después de su primera estancia en Italia, compone el *Mundo por de dentro,* traduce a Epicteto y dedica a don Tomás Tamayo de Vargas, el *Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la doctrina estoica.* Caído el de Osuna escribe en su retiro *El mundo caduco y desvarios de la èdad en los años desde 1613 a 1620,* historia de la política contemporánea. Y en los *Grandes anales de quince días* pinta la caída de los favoritos de Felipe III.

Vuelve a Palacio en 1623 después de su *Visita de los chistes* y zahiere con sus sátiras a Juan Ruiz de Alarcón, en 1623, con motivo de los festejos en honor del Príncipe de Gales. Escribe y produce incansablemente: *Vida de Santo Tomás de Villanueva, Política de Dios, los Sueños, el Buscón.* Se aventura a las tablas y produce la comedia que se ha perdido, *Quien más miente medra más.* En su última prisión dicta la segunda parte de la *Vida de Marco Bruto.*

"Por su vida y sus obras es Quevedo uno de los escritores más representativos de la vida y del espíritu de nuestro siglo XVIII; todo escritor recibe de su época la parte que el ambiente sedimenta, sin proporción en cada individuo; pero Quevedo con su especial modalidad psicológica, cultivada al contacto de los hechos de más significación cultural en la España contemporánea, y al mismo tiempo en la proximidad de las gentes que viven. En *El Buscón* y en *Los sueños* supo, además, trasladar a sus obras ideas y realidades españolas, glosándolas con el gesto grande del asceta o del político, o con la mueca pesimista y sarcástica propia de su sátira". Así relaciona al escritor con el am-

biente en que vivió, uno de los escritores que más han estudiado al más fiel de los discípulos de Séneca.

Ahora bien, ¿cuál es la realidad española que vive el gran satírico?

A medida que avanzaba el siglo XVII y la Contrarreforma se afirmaba en la vida española, la inquietud espiritual derivaba por otros cauces: los de la creación literaria y artística. La mística había producido sus obras maestras en la escuela carmelitana; la ascética realizó su más amplio propósito en los tratados de dominicos y jesuítas. En el siglo XVII la fuente parece extinguida, puesto que sólo un nombre es digno de consideración, y éste es heterodoxo, además, su obra se realiza en Italia e influye como se ha visto en otras naciones más que en España misma. Al propio tiempo que la Contrarreforma adquiere consistencia definitiva en el solar de la Vieja España, el barroco surge en las artes y en las letras, dando al ambiente español, un matiz definido. Es la última consecuencia del Renacimiento, el interés por la forma, la exaltación de la "fermosa cobertura" a que se refería el Marqués de Santillana. En el juego de luces y sombras que es el alma española del siglo XVII, lo barroco adquiere importancia decisiva. Se sale del interior, para exaltar lo externo como meta ideal de toda actividad humana. Realidad y fantasía juegan papel decisivo en el pensamiento contemporáneo. Cada inteligencia puede crear su mundo; la vida es Sueño, y el Caballero de la Triste Figura convierte en gigantes a los molinos de viento y se enamora de una mujer inexistente. El mundo se puebla de sombras. El hombre piensa en la eternidad, que está más allá de la muerte, como único asidero para no caer en la nada.

Una especie de conformismo irreductible sustituye a la inquietud religiosa del siglo anterior. El mundo ha quedado dividido en dos mitades. Los países del norte profesarán la religión reformada, los del sur, el catolicismo. Entre ellos, España adoptará el papel de paladín. El protestantismo no deja casi huella en la vida española, al judaísmo se le ha combatido en todos los terrenos; los moriscos han sido expulsados de España en los primeros años del siglo. El Imperio afirma su voluntad de combatir por Dios y por el Rey en todo el gobierno de los Felipes. La expresión de esta voluntad se manifiesta en la obra de los poetas y, particularmente, de los dramaturgos. Lope de Vega vive a sus anchas en el Madrid del siglo XVII. Ni una sombra de inquietud interfiere en la optimista manera de actuar de sus personajes. Los dramas de Calderón expresan plásticamente la concepción escolástica del mundo. El D. Juan de Tirso de Molina se detiene al borde de la incredulidad. Es el último aliento vital renacentista. El hombre que ha conquistado un mundo se dedica, ahora, a conquistar el cuerpo de una mujer. Su audacia lo pierde, su irreverencia lo condena. No tiene el empuje satánico del de Byron, ni el afán racionalista del de Molière.

El genio se ha convertido en ingenio. Vale decir, en expresión agradable,

discreta, elegante. La honra en pundonor. La inteligencia se manifiesta, menos por lo que dice, que por la forma de decirlo. De ahí el discreteo en la comedia. En un mundo así la religiosidad, la devoción, substituyen un poco a la fe, radicalmente profunda del pueblo español, en el siglo de los descubrimientos, las conquistas y las misiones.

Quiere el alma religiosa española, afirmar su creencia en las buenas obras contra el Protestantismo y se multiplican las fundaciones de obras pías; quiere expresar su oposición radical de arrianismo y coloca a la Santísima Trinidad como coronamiento del enorme edificio levantado por sus teólogos, desea batir a los judaizantes y hace de Cristo el centro de todos sus afanes; lucha contra el horror que los protestantes profesan a las imágenes y puebla las fachadas de las iglesias y los retablos de figuras en lienzo, en tabla, o en bulto de todos los santos que radican en la corte celestial y derrota a los "alumbrados" por la oración expresada en voz alta. Así el mundo español del siglo XVII va creando su propia expresión en las fachadas de los templos, labradas en piedra por una fantasía desbordante y desbordada; en los retablos dorados a fuego y exornados con la fauna y la flora que ha creado una imaginación que se sujeta, sin embargo, a las normas de una teología estricta; en los cuadros de los pintores que han sabido captar no sólo el aire que hace posible la vida de los seres, sino la luz del cielo y las sombras del infierno; en las tallas de los imagineros que captan el movimiento de danza de los ángeles y el dolor de los tormentos, el retorcimiento de las agonías y el "pathos" de la muerte, de los mártires. La alegoría y el símbolo se colocan en primer plano en la vida del seiscientos. Arquitectos, pintores y poetas se sirven de él para evadirse del mundo de la realidad que les parece mezquino. La jerarquía medieval vuelve a servir de clave a la inteligencia para expresarse, y al individuo para ocupar el casillero que le está destinado en la vida. En *El gran Teatro del Mundo* hay que representar satisfactoriamente el papel que el Supremo Autor ha encomendado al Rey y al mendigo, a la dama y al párvulo. Un mundo de conceptos encubre el verdadero pensamiento de los autores. La línea curva substituye a la recta como medio de creación plástica y aun literaria. La parábola y la elipse tienen su correspondencia en el verso y en la prosa. ¿Qué es una metáfora sino la manera de eludir la línea recta para expresar el pensamiento? Movimiento y acción en el drama, en la escultura, en la poesía. Los personajes retratados en los óleos, hablan por las palabras que el pintor ha escrito en la cinta que se escapa de sus labios. El poeta quiere que sus imágenes tengan un sentido plástico y le da a la palabra color y volumen. El dramaturgo olvida a los señores de carne y hueso para exaltar, como protagonista de sus dramas, a conceptos abstractos, el bien, el mal, el pecado, la penitencia. De ahí el florecimiento del Auto Sacramental. Adquieren todas las cosas el aparato de una representación dramática. En ellas es impor-

tante, más los versos que se dicen que el sentimiento o la emoción de los personajes; más la decoración y los trajes que la vibración espiritual de los agonistas; más el estruendo y boato de las comparsas que la meditación última del hombre o de la mujer que vive la tragedia de su propio vivir.

El barroco que sirve de fondo a la vida española está integrado por los aspectos más contradictorios de la realidad y la ficción. Naturalismo e ilusionismo; lujo y miseria; devoción y crueldad; sátira despiadada, naturalismo en la pintura; escatología en la poesía, goce desenfrenado y desengaño; "mi vida es viento que está a punto de no ser". "Qué es la vida sino sombra... La felicidad mayor de los mortales ¿no es sueño? cuyos gustos siendo nada son desvanecidos sueños" —dice Salcedo Coronel en sus *Avisos de Ramírez de Arellano* anticipándose al drama de Calderón.

Como el romántico ama el barroco la cercanía de las ruinas. ¿No ha hecho Quevedo una excelente paráfrasis de Du Bellay en el soneto *A Roma, sepultada en sus ruinas?* ¿No exclama en el otro:

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía?

Quevedo siente cómo ya las letras y las armas no tienen esa hermandad que el clásico del Renacimiento consideró indisoluble. Ruptura que Díaz Plaja, considera como característica del barroco: "Quien llamó hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abalorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir" exclama el poeta en *La hora de todos.* A poco andar las letras se convierten en crítica de las armas. El fracaso de la acción, trae aparejado el desengaño, la lamentación, el pesimismo. Este último se convierte en actitud frente a la vida, que explica al hombre convertido en censor de las costumbres contemporáneas, nostálgico del pasado como en la *Epístola satírica y censoria* dirigida al conde Duque de Olivares.

Esa actitud lleva casi al nihilismo intelectual. "Llegado a ver lo que es la honra no es nada" exclama Quevedo en el *Sueño del Infierno* y esto cuando el teatro exalta este sentimiento del pundonor que conduce a extraordinarias metas en Calderón.

Pero es que la honra es una de tantas apariencias en la muchedumbre de fantasmas que pueblan el ambiente barroco. La crea la opinión de los demás; la puede crear también el dinero: "Dime, ¿quién les da la honra a los unos que a los otros quita? El más o menos tener dinero". Exclama Mateo Alemán, que tan bien expresa el espíritu de su época.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo coloca a Quevedo frente a Góngora. Ya lo estuvieron en vida. "Dejábase arrebatar con frecuencia del torrente del

mal gusto distinto de Góngora, no por anhelo de dogmatizar, sino por genialidad irresistible que le llevaba a obscuras modalidades sentenciosas, a rasgos de la familia de los de Séneca, a tétricas agudezas, que convierten su estilo en una perenne danza de los muertos". Lo del mal gusto de Góngora y Quevedo que tanto denunció el siglo XVIII ha sido liquidado ya por la crítica moderna. No es que sea distinta la manera de concebir y expresar ideas y conceptos en los dos grandes poetas del siglo XVII. Es que ambos ven un ángulo diferente de la realidad barroca que viven. Alientan ellos, como quiere Croce, "en dos mundos completos en sí mismos, que no sufren comparación ni medida, son dos calidades que no pueden reducirse a cantidad en ningún respecto". Si el culterano acumula metáforas, el conceptista agrupa conceptos, iluminación recíproca de ideas ligadas o comparadas entre sí. Tanto uno como el otro huyen de lo grosero, de lo plebeyo. El uno es contemplativo, el otro es un pensador. El uno tiene su mejor vehículo de expresión en la poesía que es intuición pura, el otro en la prosa que es signo de pensamiento, como quiere el pensador italiano. Así el conceptismo se resuelve en "la búsqueda de pensamientos finos, brillantes expresados en una forma imprevista, gracias a las alianzas de palabras, antítesis, equívocos, que permiten al autor mostrar la sutileza de su espíritu".

Forma interna del ingenio que equivale a espiritualidad refinada, fuerza, osadía, agilidad, ternura, ironía, prontitud en la réplica, facultad especial del alma que no es la imaginación, ni la fantasía ni la razón, que no es tampoco el juicio, ni el gusto y que define Fernando de Herrera diciendo "ingenio es aquella fuerza y potencia natural y aprehensión fácil y nativa en nosotros, por la cual somos dispuestos a las operaciones peregrinas y a las noticias de las cosas altas, procede del buen temperamento del alma y del cuerpo".

Calderón concibe el ingenio como una forma sublimada de la inteligencia. Memoria, entendimiento, voluntad quedan abajo: gracia, belleza, ingenio, ciencia, libre albedrío se plantan en la cima. Gracián considera el ingenio superior al genio. Este es un complemento de aquél. A la luz de criterio menos exclusivo, diríamos que es al contrario. El ingenio es la expresión del genio, cuando éste falta, el ingenio se convierte en pirotecnia, en gracia meramente externa. España comenzó produciendo genios, acabó exhibiendo ingenios. Es la diferencia entre los siglos XVI y XVII.

El ingenio era cualidad necesaria en el discreto que a su vez fue paradigma de la época. El barroco crea el hombre de ingenio, como el Renacimiento ha producido el cortesano y la Edad Media el santo.

El ingenio alcanzó su máxima expresión en el siglo diecisiete, en Góngora, en Lope, en Quevedo, como que cada uno de ellos responde al pensamiento español, visto desde un ángulo diverso.

Así, rodeado del ambiente que respiró, respondiendo a todas las solici-

tudes del medio, representando íntegramente el espíritu de su época, es como puede entenderse a Quevedo. Nos choca la sequedad de su estilo, lo adusto de su temperamento. Figura de perfiles netos, negro, blanco y un toque rojo, como el lagarto de Santiago que decoraba su ropilla. Pero así fue España en el Siglo XVII y el gran escritor supo interpretarla admirablemente. Crítico de su tiempo, amaba entrañablemente a su Patria; por ello en el panteón de hombres ilustres se incorpora don Francisco de Quevedo y Villegas, por derecho propio y su efigie se destaca en la galería de hombres de su tiempo.

Alfonso Reyes lo ha situado ya en este museo: "Quevedo el gobernante puede figurar en los lienzos de Velázquez algo detrás de los capitanes y ministros, bajo el vuelo de la bandera blanca y azul. Quevedo el estoico, junto al libro abierto y la calavera se destacaría sobre el fondo de un Españoleto. Quevedo el picaresco se concibe muy bien entre los cartones y las fantasías de Goya que pudieran servir para ilustrar sus *Sueños,* y los aspectos más tétricos de su obra parecen representados en el triunfo de la muerte de Brueghel el Viejo".

La Academia Mexicana, obligada como está a recordar a los escritores que han dado lustre y nobleza al idioma, no podía dejar que pasara inadvertido el centenario de la muerte del escritor. Me ha conferido la honra de hablar en su representación, aunque cuenta en su seno con individuos más preparados para ello.

Sean las líneas que van escritas el testimonio de presencia de nuestra Academia, en el recuerdo del tránsito del señor de la Torre de Juan Abad, senequista por convicción, teólogo y político, humorista, hombre cabal de su tiempo.

JOSE JUAN TABLADA *

Por don José de J. Núñez y Domínguez

CUANDO hace años esta docta corporación me otorgó la alta e inmerecida honra de llamarme a su seno en calidad de miembro correspondiente, nunca pensé que me tocaría, al cabo del tiempo, el triste privilegio de allegarme hasta sus escaños para venir a ensalzar la memoria de un colega que no sólo fue un amigo a quien debí estímulo e impulso en mi carrera literaria sino también al que consagré una fervorosa y asidua admiración por sus eminentes cualidades de cultor del verbo castellano.

Estaba, pues, muy cerca de mi corazón aquel cuyo panegírico debo hacer o intentar hacer en esta para mí solemne ocasión; y tal vez por esa circunstancia mi apología resulte sobrada de loas y escasa de ese sentido crítico que necesita tener aparejadas una fría rectitud en el juicio y una serenidad inalterable en el concepto.

Además, la coincidencia de que este trabajo mío está escrito cuando como el autor del *Quijote,* me encuentro "ya con el pie en el estribo" para emprender largo viaje; y las contingencias inherentes a hecho de tal naturaleza, me han impedido que lleve a cabo obra siquiera de mediana calidad. Es por ello por lo que sus defectos descollarán más aún si de haber disfrutado de la calma necesaria, me hubiera entregado a paciente labor de alquitara y espulgo en dicción y en ideas, que, como mías, son de suyo indigentes y deslucidas.

Advertidos así quienes me conceden la gracia de escucharme y con la venia de nuestro ilustre Director, que ha sido el más empeñado en que me despida de la patria con este acto, que muy mucho me enaltece, voy a rendir pleitesía a uno de los escritores contemporáneos de México de mayores y más sólidos valimientos.

Es de José Juan Tablada de quien trazaré apenas un bosquejo, puesto

---

* Discurso de recepción como individuo de número, pronunciado el día 28 de enero de 1946.

que para estudiar a fondo su robusta personalidad tengo para mí que ni un libro bien nutrido bastaría, así de recia y poliforme es su individualidad literaria.

Unidos fuertemente su nombre y su acción a uno de los movimientos que podríamos llamar revolucionarios de las letras continentales y también de las españolas; en tenaz y lueñe actuación en nuestra literatura por varios lustros; difusor de una actividad que únicamente en los postreros años de su vida tuvo cierto apaciguamiento; se desgajan tantas y tan variadas reflexiones al examinar las facetas de su intelecto poliédrico y son tan singulares los diversos aspectos de su dinamismo mental, que ese examen minucioso de su obra, repito, suministraría material copiosísimo para varios volúmenes que resultarían documentación valiosa de uno de los ciclos más interesantes de la historia literaria mundonovista.

Quede esta tarea tan atrayente para quienes a la par que capaces sepan ver los panoramas de esta existencia tan rica en filones de elevada espiritualidad y penetrar en la esencia de esa mentalidad de elección, que tan proficuos y exquisitos frutos diera a la literatura castellana.

Para mí José Juan Tablada fue un escritor en que las dimensiones de tal encontraron su encarnación más cabal y precisa, porque reunió en sí la magnificencia de un poeta de subidísimos quilates; de excepcionales proporciones, a la vez que la maestría de un prosista de incomparable elegancia, en que a la gracia y la suntuosidad de la forma aunaba el estilo diamantino y la hondura psicológica.

Comienza a formarse en un ambiente de decadencia literaria que rasgaban todavía a las vegadas los disparos de los trabucos del neoclasicismo y los fusiles de chispa de los románticos acedos, batidos en retirada por las huestes de *El Duque Job*. Había pasado ya lo más reñido de la contienda y en el torreón de la *Revista Azul* ondeaban flamantes pendones victoriosos.

Tablada llegó entonces a sumarse a las falanges juveniles que se hallaban ávidas de pelea. Un breve paso por el Colegio Militar le había dejado rescoldos bélicos y las brasas se avivaban ante la actitud de otros mozos que como él habían acudido a ponerse bajo las banderas de los campeones que lidiaban por la renovación literaria de México.

No hay para qué detenerse a referir sus pasos iniciales por la áspera senda del periodismo. Con su propia péñola describió estas incidencias en su amenísima obra auto-biográfica intitulada *La feria de la vida,* en donde lo vívido del relato corre parejas con la fuerza evocadora del México de antaño y su suprema destreza de paisajista de almas y de cosas. Pictórico por excelencia, aun en obras de este jaez, se trasluce su destreza en el trazo objetivo, y cuando retrata un espíritu acude al tono sombrío de la acerba crítica o al detonante rojo de la ironía o al bilioso amarillo del sarcasmo. Al-

gunas estampas en que revive aspectos urbanos o de la campiña nacional, se dirían aguas fuertes de Rops, a quien tanto admiraba o velasqueños lienzos (de nuestro Velasco) por sus juegos de luz y sus fiestas de matices.

Según la exacta impresión de nuestro ilustre colega y fraterno amigo mío don Carlos González Peña, Tablada "apareció en el momento justo, ocupando un puesto avanzado entre los reformadores de la lírica". Pero aunque de pronto no rompió lanzas por modo radical con los cánones establecidos, por sus claras tendencias hacia otras morfologías estéticas, se le señaló desde luego como a un rebelde y se le colgaba el dictado de "decadentista", que por aquellos días era equivalente de un sambenito.

Algunos de los que pasaban entonces por primates de la crítica, que se ejercía con la palmeta de dómine atrabiliario de Valbuena, le llegaron a conceder "opulencia oriental y valiosa originalidad en las imágenes". Y uno de ellos fue hasta lo hiperbólico al atreverse a asentar que "sus poemas eróticos son artísticos y raros, como esas figuras que cincelaba en sus ánforas de plata Benvenuto Cellini" [1]. Y no hallando cómo clasificarlo cuando sacudiéndose las últimas briznas de la caparazón poética tradicionalista española, empezó a perfilar su personalidad modernísima, los aristarcos llamaron la atención del público acerca de la japonofilia del nuevo bardo, debido a que éste había publicado su poema intitulado *Japón*.

Tal poema, dedicado al ingeniero Carlos Noriega, expresa el ferviente amor de un artista a lo que el país del Mikado tiene de belleza plástica y legendaria; y desde su aparición se hizo popularísimo y su notoriedad creció cuando, a raíz de la guerra ruso-japonesa, se puso de moda todo aquello que se refería a la tierra de los samurais. Nadie ha olvidado aquel grito de excesivo catecúmeno, que dice:

Tus teogonías me han exaltado
y amo ferviente tus glorias todas:
¡yo soy el siervo de tu Mikado!
¡yo soy el bonzo de tus pagodas!

Tablada fue, por lo tanto, más que un precursor, un implantador de la japonofilia que, al apoderarse del Universo, sacó al plano de la celebridad en ese precioso período, a los novelistas japonófilos franceses Pierre Loti y Claude Ferrere y el inglés Leofcadio Hearn. Y es que Tablada influenciado por el parnasianismo exótico de Lecomte de Lisle y la sinofilia de los Goncourt, que fueron sus ídolos de entonces, a tal grado que imitó a Edmundo hasta en lo exterior de su persona, experimentó una admiración casi fanática por el Japón "galante y heroico", en la cual hay que buscar más al adorador

[1] Adalberto A. Esteva. *Libro Nacional de Lectura.*

de lo plástico que al literato. Señalemos también la influencia de Heredia con sus maravillosos sonetos *El Daimio* y *El Samural* en esta inclinación del apolonida de *El Florilegio* hacia las cosas niponas y agreguemos que la lectura de escritores británicos, cuyo idioma dominaba José Juan, abrió a su fantasía nuevos campos de ensueño orientalista.

Tablada, que se hallaba en plena juventud, supo con su gran talento, cultivar su japonofilia, y entre la enorme incultura de nuestros literatos, que sólo conocían el Japón porque en él fue crucificado San Felipe de Jesús, adquirió justo renombre de japonófilo, un poco por "pose", y más porque sentía verdaderamente, genuinamente, pasión por ese pueblo de estupendos artífices, que con sus procedimientos estéticos milenarios estaban, sin embargo, muy por encima del fatigado arte occidental.

En esa época fue cuando Tablada dio a la estampa otras de sus poesías japonófilas, entre las que señalaremos *Crisantema, Musa Japónica, Noche de Opio* y *Koskimshifu,* que acabaron de afirmar su tendencia orientalista, que, por lo demás, él ostentaba por todas partes como una extraña presea. En su casita de Coyoacán abundaban las japonerías en porcelanas, telas y pinturas, y él mismo dentro de lo íntimo del hogar, recibía a sus amigos en kimono, y se daba aire con un policromo abanico de papel, en tanto que servía el té a sus visitantes en frágiles tazas de Satsuma y con todos los rituales japoneses.

La reducida colonia nipona que había entonces en México le llenaba de atenciones, y él, para hacer demostración pública de su japonofilia, se dedicó a aprender "jui-juitsu", pues siempre cultivó los ejercicios físicos y fue uno de nuestros primeros deportistas.

Pero este japonés-mexicano, que conocía al dedillo la literatura nipónica y que había aprendido el idioma de los súbditos del Mikado, y casi oficiaba ante los Budas que poblaban el jardín de su mansión, entre cácteas autóctonas, no había ido nunca... ¡al Japón!

Mas el Mecenas de ese alto grupo poético tenía abiertos corazón y escarcela para satisfacer las nobles aspiraciones de sus protegidos. Don Jesús E. Luján, el fúcar artista que inmortalizara Julio Ruelas con su pincel demoníaco, envió a Tablada a través del Pacífico, y éste pudo convertir su "áureo espejismo" en la más bella de las realidades y contemplar a su sabor la "blanca nieve del Fusiyama" y solazarse de visu con el arte mágico japonés que, según él, "es el poema del Artificio en la Obertura de los colores". Opio, nirvana, lotos, faisanes, ciervos blancos, monstruos alados, cigüeñas, cerezos, sedas, crisantemas, todo lo que había llenado de tonalidades exóticas su poesía, lo tuvo ante sus ojos y lo palpó con sus manos. Los bambúes y las *geishas* y las *musmés,* los marfiles y las lacas le entregaron totalmente su secreto, dejándole la perdurabilidad de su recuerdo. En los jardines de Tokio tradujo a Heredia, y sus impresiones de viaje se cristalizaron en su libro en prosa

En el País del Sol, cuyas crónicas, ilustradas por él mismo, se publicaron en *Revista Moderna.*

Años después lanzó a la publicidad su monografía *Hiroshigué,* el pintor de la nieve y de la lluvia, de la noche y de la luna.

Pero su apasionamiento por lo oriental (occidental, debíamos decir nosotros los mexicanos, mas en esto también hay una anacrónica herencia europea), persistió en él tan radicalmente como en su juventud y en su madurez, y así nos dio sus lindos libros *Li-Po y otros poemas* y *Un día.* En este último publicó, por primera vez en español, los "haikais", forma sintética del poema japonés de ese nombre, y dedicado a la memoria de una ilustre poetisa japonesa.

Al llegar a este punto de tanto interés en nuestra historia literaria, habría que disertar acerca de la introducción del "haikai" en las letras americanas e hispánicas en general. Ya lo han hecho gentes de autorizada voz que, como había que esperarlo, adjudican a Tablada la primacía de esta aportación a nuestra poética. "Le corresponde el mérito, asienta Maples Arce en su *Antología de la poesía mexicana moderna,* de haber introducido en español la técnica poética del *hai-kai,* estos minúsculos poemas que en 17 sílabas estilizan aforísticamente un pensamiento o una intuición lírica completa". Y otros críticos, de ayer y de hoy, exponen iguales conceptos.

Tablada, antes de emprender el viaje definitivo, tenía ya listos para la publicidad tres libros más de este género: *Dioses y Demonios del Japón, El Poema de Okusay* y *Aztecas y Japoneses,* que comprenderá *La Ceremonia del Te, La fiesta de Incienso,* y *El Arte Floral;* pero su japonofilia sufrió tremenda merma cuando en ocasión de la reciente guerra se cercioró tristemente de que el pueblo que había imantado sus admiraciones, se convertía, por natural regresión a su primitiva barbarie, en una nación rapaz, agresiva y brutal, indigna de que ningún hombre de bien le rindiera culto en forma alguna.

Como poeta menos exclusivo y fuera de este marbete convencional, Tablada fue, según Urbina, "el primero que dio en México la nota baudeleriana". Había que agregar que dio varias notas; mejor dicho: ¡toda la lira! ¡Verlainismo, Rollinatismo, Rimbaudismo, Mallarmismo! Porque su inquietud espiritual le llevaba más allá de las fronteras conocidas por los que presumían de haber hecho travesías por las literaturas extranjeras, y bien pronto no tuvo para él secretos la literatura francesa de su época, que era la que marcaba la pauta en el movimiento "modernista" que se iniciaba con tempestuosos fragores.

Una de estas señales de la tormenta que se avecinaba, la presentó precisamente Tablada con su poema *Onix,* cuyo sólo título fue objeto de alharaquientos cacareos en los gallineros de los misoneístas. "Su métrica —con-

signa Jesús E. Valenzuela— disonaba a las empedernidas orejas de los rimadores preceptistas". Y además, la novedad de la forma, que rompía con lo rutinario y el acíbar de desencanto materialista de que estaba impregnado el poema, encontraron prolongadas resonancias en aquellos que, ansiosos de un lenguaje distinto y de otra sindéresis, le saludaron como el poeta representativo de su tiempo.

Justamente fue Valenzuela, gran señor de las letras y de la vida, "poeta manirroto de tres riquezas: la de su oro, la de su corazón y la de su ingenio", quien convirtiéndose en el pujante paladín de la cruzada de la renovación literaria, congregó en la *Revista Moderna de México* a los escritores que pugnaban aislados por lograr la transformación de nuestras letras. Y consiguió llevar a su lado "al más alto grupo intelectual, que ha producido México", y en el cual José Juan Tablada ocupó uno de los primeros sitios.

Allí, al lado de Jesús Urueta, "el divino"; de Rubén M. Campos; de Balbino Dávalos, el magistral traductor; de Francisco M. de Olaguíbel, de Efrén Rebolledo, de Couto Castillo, "el doncel doliente", para no citar sino a los intelectos cimeros, de quienes también el patético Ruelas fuera el exegeta con sus inimitables ilustraciones, Tablada volcó todos los tesoros de sus arcas líricas y se trocó en uno de los sillares de la estética que venía a implantar no sólo una técnica susceptible de acordarse a las vibraciones de una humanidad en plena subversión ideológica, sino también a hacer más tangible y humano el sentimiento y a dar mayor extensión al vuelo imaginativo con ilímites perspectivas en la metáfora y en el léxico. Ese fue el "modernismo", que también se tildó de "decadentismo", sin que los que así etiquetaron a tal movimiento de evolución de la poesía, supieran en fin de cuentas lo que pretendían definir.

De ese proceso de depuración literaria fue Tablada uno de los factores decisivos. Sostenedor y vocero de la escuela que se combatía con saña sin igual, pero que iba imponiendo sus cánones, porque respondía, además, a un estado social de efervescencia en que se gestaba una revolución política, el poeta de *El Florilegio,* como se intitula su obra primigenia, hizo de la *Revista Moderna* su tribuna y su cátedra. En sus versos se escuchaba la música inefable del "Pauvre Lelián" o se percibían los acres absintios de Richepin o el helenismo de Moreas o las extravagantes modulaciones bulevarderas de Rollinat, cuando no el énfasis de Gautier y siempre los refinamientos de Baudelaire. Todos los procedimientos de "los raros", a quienes conocía a maravilla y recitaba con deleite, eran asimilados por su ágil mentalidad, que tras deglutirlos con finuras de espíritu superior los devolvía con un ropaje tejido en sus propios telares. José Juan Tablada, parisiense que no había estado en París, se sabía al dedillo hasta el último de los rincones de "la Villa Lumière" y conocía las particularidades de la existencia de aquellos que le

servían de modelos y se aparecían como los semidioses del nuevo culto literario universal.

Su talento proteico lo llevó hacia una labor disímbola pero de una unidad sorprendente. La crítica de arte y la puramente literaria, la crónica, la novela, atrajeron su atención por igual en ininterrumpida actividad y en las páginas de aquella *Revista* derramó lo más jugoso de su numen y de sus conocimientos, constantemente acrecentados por continuas lecturas, de las que salía, testifica Valenzuela, "íntegro, pulido y abrillantado".

Sus afinidades con otros poetas de América, que habían adivinado en él a un artista de relieves excepcionales, le valió consagraciones de tanta resonancia como la dedicatoria que le hizo Leopoldo Lugones de *Los Crepúsculos del Jardín,* catecismo de los sonetistas de aquellos días en toda la América.

La etapa de la *Revista Moderna* señala en Tablada, el principio de su época de oro y la definitiva creación de una personalidad tan original, tan singular, que su caso apenas puede hallar parangón en el Continente.

Pasado el furor simbolista y la fiebre decadentista, cuando todavía sus compañeros de las viejas campañas continuaban rindiendo parias a lo que estaba desplazándose biológicamente por los ímpetus de la juventud que venía inmediatamente a su zaga, ya Tablada había andado por otras zonas y bajo otros climas y hasta había regresado con un bagaje de teorías estéticas de las más flamantes, que exponía y aplicaba con gran oportunidad a sus producciones. Seguía siendo tenido por los que arribaban en son de iconoclastas como uno de los "doce pares" del modernismo, pero ya su barca estaba distante de esas radas. Espiritualmente había sentado plaza de trotamundos literario, espigando en las eras del pensamiento universal, dándose el gusto supremo de hincar el diente goloso de experto "gourmet" en todos los frutos de las bellas letras, saboreándolos en sus idiomas propios. Avido de lo desconocido, anhelante de ignorados horizontes, con la curiosidad anímica que nunca le abandonó, que le permitía marchar siempre con los ritmos más acelerados de su tiempo y penetrar en perspectivas que apenas se abrían a las miradas de los escritores de verdadera "élite", rompió a menudo la órbita de los cenáculos y las lindes de lo restringido por compromisos de una "escuela" y se lanzaba audazmente —Odiseo y Simbad del pensamiento— a explorar otros mundos, de los que siempre traía el oro de Ofir de vibraciones desconocidas y modalidades estéticas insospechadas. En ese punto fue un poeta en constante estado de transformación mental, que poseyó como ningunos de nuestros literatos, un extraordinario sentido de adaptación y una asombrosa ductilidad de inteligencia. Se podría decir de él que fue eternamente joven, literariamente hablando, porque de continuo se encontró en las filas de vanguardia, y aun sobrepasó en ocasiones a los mismos que presumían de extremistas.

En el fondo del poeta artista bullía un satírico rabelesiano. Más que un humorista se escondía en él un cáustico ironista que a veces traspasaba los setos de la mordacidad. Célebres fueron sus epigramas "repentistas", agudos como estiletes y sus comentos políticos en versos de corrosiva comicidad, que a la postre lo exiliaron de nuestras tierras. Pero ello, que en otro cerebro menos preparado, hubiera producido quizás retroceso, le sirvió para acrecentar el caudal de su ya vasta cultura. Ingresó en la carrera diplomática y si antes había al fin realizado su ensueño de solazarse con la floración de cerezos en los cármenes japoneses, ahora, al paso de las "girls" neoyorquinas, cristalizaba su alabanza en aquel dístico desesperado que todos sabemos de memoria:

Mujeres que pasáis por la Quinta Avenida,
tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida.

o encerraba en *El Jarro de flores,* libro de poemas sintéticos, la alada gracia de los colibrís sudamericanos o el ritmo de los abanos de las tropicales palmeras. Entonces el cronista que en *Los días y las noches de París* ilustró viñetas con refinamiento de Gavarni o picarescas "sanguinas" de dibujante bulevardero de *La Vie Parisienne,* creó en "Nuevo York de día y de noche" la crónica cosmopolita, que a veces, por su hondura y su estilo coruscante, superó a las de sus congéneres coetáneos.

Pero el aspecto más interesante de ese ciclo de la vida de Tablada, fue el ascendramiento de su mexicanismo. Los doce años de su primera estadía en el Exterior, volvieron más medular su afección a México. Ni su contacto con las más desconcertantes manifestaciones de la literatura que en los Estados Unidos alcanzan extravagante y absorbente boga; ni su participación directa en muchos de esos movimientos que han propendido a modificar la fisonomía ideológica del mundo, pudieron mellar el bien templado acero amozoqueño de su mexicanismo, que gritó y propagó doquiera, contagiando de él a cuantos lo oyeron en Yanquilandia y llevando a cabo allí una labor patriótica, nunca lo suficientemente alabada.

En su otoño copioso en mieses, fue esta etapa de su existencia la máxima en altitud y resultados. Lejos de los pecados juveniles, de las "misas negras" de la mocedad, del mariposeo con el placer y el ambular entre los siete pecados capitales, José Juan Tablada ya "en la ladera augusta de la serenidad", practicó el mexicanismo en su forma más elevada y noble. En efecto, se trasmutó en el campeón de nuestros artistas en los Estados Unidos, en el pregonero de nuestros valores morales y sociales. Su reputación de crítico bilingüe, ganada a pulso, la puso al servicio de México y de sus hijos. Presentó a los que verdaderamente podían triunfar, los impulsó, los apoyó, los encaminó por el carril del éxito. Con frecuencia escribía artículos especialistas y sustentaba conferencias, y todavía tenía tiempo para enviar sus

crónicas neoyorquinas —que reflejaban en estupendos esmaltes de léxico y de ingenio los aspectos de la gran urbe de hierro y que insertaban numerosos períodos de América— y para cincelar poemas y profundizar cuestiones filosóficas.

Y al tornar a la patria, ya sacudidas las sandalias del polvo de las rutas del orbe, todavía su amor a lo vernáculo se exteriorizó en uno de los libros en que el mexicanismo ha sido fijado con expresiones más bellas: *La Feria,* que es toda la Patria en sus tradiciones de mayor finura y de mayor colorido y de más entrañable contenido emocional. Debía servir de paradigma a quienes han intentado llevar a las cumbres del arte lo típico, autóctono y mestizo, que se arrulla aún en los brazos morenos de la masa popular.

Alejado por propia voluntad del tráfago mundano, aunque no en el aislamiento del torvo fraile de su poema *Onix,* Tablada, que alentó amor perenne por las flores y el garrular del agua silvestre y las frondas y las montañas solemnes, con un patenismo que era complemento de su devoción innata por las artes plásticas, de donde aportó gran parte del colorido, la delicadeza y la objetividad que caracterizan algunos de los aspectos de su obra, más que descriptiva, genuinamente pictórica, como antes la observamos; Tablada, decimos, se retiró a Cuernavaca.

Cerca de él, el turismo cretino e insolente, pasaba a lo largo de su casita sin conmoverlo siquiera. El poeta, que había sabido como pocos del alucinamiento de la faunalia y que había atravesado por los siete círculos dantescos, vivía entregado a su mundo interior, del que sólo salía para saludar de tarde en tarde a sus amigos de la Metrópoli.

Su quebrantada salud le llevó de nueva cuenta al tumulto neoyorkino y allí a la orilla del Hudson donde en tantas ocasiones pescó maravillosas gemas, expiró tranquilamente el 2 de agosto de 1945. Había nacido el 3 de abril de 1871.

Legítima gloria de la literatura mexicana, y de la continental, el nombre de José Juan Tablada vivirá eternamente en nuestras letras como el de uno de los ínclitos representativos del pensamiento contemporáneo de México.

Señor Director de la Academia:
Señores Académicos:

Servíos aceptar mis rendidos agradecimientos por haberme recibido en vuestra casa. Y vos, particularmente, doctor y maestro don Alfonso Reyes, a quien la nación entera acaba de galardonar con recompensa máxima, recibid la flor de mi reconocido afecto como os entregué la de mi amistad, hace ya muchos años, cuando por primera vez, apenas adolescentes, nos sentamos juntos en los bancos de la amada y benemérita Escuela Nacional Preparatoria.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don ALFONSO REYES

GENTE menos timorata y menos solemne, más dotada para entender el sentido de las tradiciones escolares, más abierta a las bendiciones del humorismo, nunca hubiera arrancado de su sitio aquella renombrada "banca de los flojos", que, detrás de un árbol magnífico y hoy también desaparecido, se escondía por un rincón en los corredores del antiguo Colegio de San Ildefonso.

El Vate Núñez, como ya se le llamaba entonces, y yo, no éramos precisamente perezosos. Al contrario: nos consumía la fiebre de los libros y los ideales. Pero en alguna parte teníamos que refugiar nuestra sed de letras, nuestra voracidad por un género de estudios que caía del todo fuera de los programas oficiales. Pues nuestra generación fue, en las letras, no hay que olvidarlo, una generación de autodidactos, y acaso trajo a nuestro mundo todas las incalculables virtudes de la inexperiencia.

Allí, pues, en aquella renombrada Banca de los Flojos ¡de cuántas cosas no hemos hablado! Aún trotaba por nuestros suelos o surcaba el espacio el Pegaso de Rubén Darío. España insinuaba en nuestros ánimos su saludable persuasión. Francia lanzaba sobre nosotros sus destellos mágicos; y yo creo que de entonces data esa afición que ha acabado por convertir a don José de Jesús Núñez y Domínguez en un centinela avanzado de los tratos entre México y París, y en un agorero de la victoria.

Su suave seriedad, su amistad tersa y confortable lo predisponían a las efusiones y confidencias que tanto contribuyen a templar el carácter de la juventud. Su bondad, su característica bondad, que es una de las formas de su inteligencia, parecía arder a fuego lento. Nunca olvidaremos esos instantes; nunca la ausencia ni la distancia opacaron esas memorias, que ocupan lugar escogido en los anales de nuestra carrera de hombres y de escritores.

Ya dejaba sentir Núñez y Domínguez, desde sus primeros versos, aquel toquecillo de gracia, presente aún en sus más musculosas y arquitecturadas creaciones de hoy en día, que tanto participan del espíritu de la música.

Pronto, con los versos, alternó la crónica; la crónica asimismo poética, en la línea de Gutiérrez Nájera. Luego había de madurar la crítica; y al fin aparecieron las obras de interpretación histórica, donde la erudición se vivifica en las aguas de la imaginación, con un "si sé qué" de novelista, que traza épocas y retratos llenos de aliento y sangre.

Lo distinguen la probidad, la buena información, el pulso fácil y seguro, y aquel estilo sabroso del que siente, cuando se dispone a escribir, el deleite de empuñar la pluma.

Y sobre todo, y a través de sus múltiples actividades de periodista, poeta, historiador y aun administrador de instituciones culturales diversas ¡qué lealtad, nunca desmentida, para el oficio de las letras! ¡Qué ejemplo intachable, qué segura edificación de una existencia consagrada a las musas! ¡Qué fuerza sin ostentaciones ni extremos! ¡Qué brava mansedumbre! ¡Qué río sin espumas ni sobresaltos, por entre los accidentes sin cuento de esta época revoltosa que nos ha tocado vivir! Así se verá, mañana, la cara de este hombre cabal, que hoy evoluciona al tipo del legionario romano, retirado tras de curtirse al sol de las campañas, y que en la juventud se nos quería parecer a Théophile Gautier, aun por las veleidades de la melenilla romántica.

Naturaleza romántica y reflexiva, no sé si me engaño al ver en este poeta un caso de serenidad soledosa y algo que, paradójicamente, llamaríamos la altiva resignación. Unos lo encuentran todo bueno. Otros se sublevan. Otros se resignan. Entre éstos, hay los resignados pasivos, casi diríamos los vencidos. Pero hay los que ponen su alma fuera del alcance de las contingencias, como si encontraran un consuelo secreto en saberse superiores a este irremediable naufragio que es la vida.

Es "la vieja lágrima" de Urbina, que en vano enjugamos hace siglos, sin evitar que siga fluyendo, y que nos ha hecho, en cierto modo, unos doctores en las artes de la melancolía.

Y ahora se mezclan los saludos y los adioses. Hoy nos lo arrebata, de repente, el Servicio Exterior de México, en que sabrá honrar, como pocos, el nombre de nuestro País. Y aquí, donde casi todo lo improvisamos, ha habido que disponer a las volandas la sesión de nuestra Academia, para que el poeta no se nos vaya sin el espaldarazo ritual; y yo he reclamado de nuestro Director el privilegio amistoso de recibirlo, a título de guardia vieja; y a él le he pedido permiso de consagrarle un saludo mal pergeñado, indigno sin duda de sus méritos, pero fraguado en el calor de un aprecio sin reservas y de una cordialidad acendrada en el crisol de los años. Sea bienvenido entre nosotros, y lleve a todas partes esa aura de cortesía señorial, sutileza, inteligencia, sensibilidad y discreción mexicanas que lo emparientan con el inmortal abuelo, Ruiz de Alarcón.

EL HABLA POPULAR EN MI COMARCA *

Por don AGUSTÍN ARAGÓN

A mis padrinos de entrada en esta Academia: ALBERTO MARÍA CARREÑO, ALEJANDRO QUIJANO *y* GENARO FERNÁNDEZ MAC GRÉGOR, *en testimonio de gratitud, de alta estimación y de confraternidad con el amor acendrado al idioma vernáculo, a España y a México.*

EL estudio del lenguaje, como elemento estático de la vida social, como una de las partes que integran toda organización humana, me ocupa desde fines de 1888, sin discontinuaciones, hasta la fecha. En mi difusión de conocimientos figura un Curso de cinco lecciones públicas, gratuitas y libres, es decir, sin liga gubernativa u otra, acerca del lenguaje en todos sus aspectos, a saber: *involuntario; voluntario primitivo* (expresión, percepción, mímica, lenguaje vocal); *lengua hablada* (imitación, traducción vocal de las otras propiedades sensibles distintas de la auditiva, convención); *escritura* (imitación-dibujo, signos ideográficos o figurativos, símbolos, símbolos fonéticos, alfabeto, aplicaciones modernas de las diversas escrituras, cartas geográficas, notación musical, escritura algebraica); *bellas artes* (música, poesía, arquitectura, pintura, escultura); *acción individual del lenguaje* (lógica de los signos o de las señales); *acción sobre lo moral; acción del individuo sobre el lenguaje; e influencia social del mismo.*

A mi parecer, lo que las Academias de la Lengua buscan, desean o anhelan en todas partes, es una *acción del individuo sobre el lenguaje popular, periodístico,* etc., de discernimiento entre la buena y la mala doctrina, favorable a la propiedad o corrección en el uso de los vocablos comunes y aun técnicos, pues que también muéstranse intonsos o despotrican innúmeros profesantes, quienes aúpan no pocos absurdos.

---

* Discurso de Ingreso en la Academia Mejicana de la Lengua leído el día 6 de mayo de 1947.

La tentativa es legítima, porque no es absurda; como lo es, por ejemplo, aquella de la resolución del problema del movimiento continuo, imposible porque el hombre no puede crear la fuerza, la transforma únicamente.

Con la concisión y generalidad del caso voy a exponer mis ideas. De lo que exponga yo inferirá un oyente o un lector atentos el grado de realización del noble y civilizador propósito de las nombradas Academias.

Si recibimos individualmente la *acción* del lenguaje en todas sus formas, la *reacción* de cada uno es punto menos que nula, a lo menos en lo que atañe al habla corriente: escrita o pronunciada. A propósito de los diversos sistemas gráficos que estudié ante mi auditorio en el Curso dicho, hice ver que *muchas generaciones* habían contribuido y contribuirían a sus diversos perfeccionamientos, allegando cada una de las cooperadoras, en general, una porción tan mínima, que es de afirmar: la mayor parte de los progresos son, en un momento dado, para un investigador, de carácter anónimo.

Mas lo antedicho sube de peso aún o tiene más fuerza todavía, *tratándose del lenguaje usual,* al que la inmensa mayoría de los individuos casi nada agrega o con nada lo enriquece. El hombre de genio de más trascendencia recibió, sin voluntad suya, el influjo total de la lengua materna; su mente completa, como la de todos sus coetáneos, tiene de base esa adquisición primera. Los vocablos y las frases que mamamos con la leche de nuestras madres, perduran a través de las décadas y de todas las convulsiones de la vida. Para introducir un término nuevo, para que viva, para que se acepte, para que persista, para que se incorpore en el vocabulario, es menester que responda o corresponda a *nueva idea;* e ideas nuevas, razonables, que tengan aceptación amplia del público, que sean necesarias, en una palabra, no surgen todos los días, ni todos los años, ni todos los lustros, en las sociedades humanas.

El caso de mi maestro Augusto Comte es de veras y de lleno en lleno sorprendente en lo filológico; me refiero a que ese portentoso novador, que removió tantas ideas y que halló tantas leyes del mundo y del entendimiento humano, trazando a éste amplios y fáciles itinerarios, introdujo únicamente en su lengua vernácula dos vocablos neológicos, *sociología y altruísmo.* Los dos se han adoptado universalmente y se estampan y pronuncian desde hace cien años por dondequiera. El gran discípulo inglés de Comte asaz conocido —John-Stuart Mill— sólo forjó una muy linda palabra para la lengua suya, siempre oportuna y oportunísima en todo el planeta de más de medio siglo acá, y no ha tenido ese término tan necesario la buena acogida que tuvieron *altruísmo y sociología;* a pesar de ser grandioso, porque expresa la energía o el poder de los abundantísimos pedantes: *¡pedantocracia!*

Un individuo, por poderosísimo y talentoso que sea, por muchos años que viva, no puede sino modificar apenas el lenguaje usual. Debemos meditar seriamente en lo dicho una y cien veces a tiempo que llegue el caso de lin-

güísticas innovaciones, antes de apadrinarlas, de fomentarlas, de aceptarlas, de usarlas. Lo característico del habla real es o debe ser que la entienda todo el mundo; no hablamos ni escribimos para quienes lo hacemos, sino para otros; y lo esencial en las relaciones sociales es que se nos comprenda. La creación de las palabras nuevas, de los términos que faltan, mana de la espontaneidad popular, porque el idioma, como la moneda, sirve a todos, y todos cooperamos a formarlo y a enriquecerlo si la necesidad de efectuarlo está claramente manifiesta. Compruébase aqueste aserto notando que los términos *así creados,* por la espontaneidad popular, y *que el uso consagra,* perduran o viven en el vasto mundo, se conservan más tiempo que los construidos o formados de otra guisa.

La frase: *que el uso consagra,* de grandes letras negritas en este escrito, es capital, muy capital, capitalísima; porque en llegando que llegamos a la vida social del lenguaje, vemos que el uso forma la ley o que debe formarla. Como dijo San Pablo, *la ley crea el pecado.* Clarísimo es lo dicho por el Apóstol, pues antes del mandamiento, lo que condena éste *no se tenía por pecado.* El uso es la ley, y la ley crea la voz. Si se abre un diccionario cualquiera de no importa qué idioma, se advierte que considerable número de sus palabras pocas personas las usan; y que hasta se evitan o eluden para no incidir en pedantería o ser sindicado de ella. Estudiado el hecho, se concluye en definitiva, que así sucede, porque tales palabras no han alcanzado la consagración del uso. Examinados esos casos concienzudamente, se nota que el instinto público ha tenido razón en el mayor número de ellos. Esto es lo que acaece en las nuevas denominaciones de San Angel y de la Villa de Guadalupe en el Distrito Federal; sólo oficialmente han sido aceptadas, porque no han podido ser impuestas; la creación fue puramente legislativa, de mandato de la fuerza material o del poder político o público, burocrática; y quien dice *burocrático* en cualquier sitio del Globo, ha definido lo que carece de autoridad espiritual: o ética, o del entendimiento. La degeneración de lo oficial tratándose del lenguaje, llegó al colmo entre nosotros, en los barbarismos, en la *Secretaría de Educación* (?!) Pública en una edición décimotercera de libro de instrucción primaria, edición a la cual se le llamó como en casa de orates: *¡¡¡Treceava!!!* ¡Un partitivo en vez de un ordinal!

Las Academias susodichas por serios motivos se alarman ante la corrupción de la lengua propia, o frente a la substitución irracional de vocablos idóneos para expresar estas u otras ideas o denominar aquellas o aquestas cosas o tales o cuales seres con torpes vulgarismos; y de paso agrego que la corrupción supradicha es planetaria, o que acaece o se presenta en todas las lenguas, en cualesquiera pueblos.

Aplaudo y secundo el empeño de las respetables Academias en su tentativa de atajar un daño efectivo e innecesario; ya que abundan las innova-

ciones cursis, los estériles fanatismos, los odios incendiarios, los agitadores que perturban con sus gritos en las plazuelas; y que, asimismo, frente a las piquetas demoledoras debemos presentar las excelencias de nuestra cultura en los más variados aspectos de la vida social y ciudadana mayormente. El estilo depurado y elegante, claro y comprensible, es creación de generaciones de artistas y patricios en medio a mil dificultades y zozobras; véase, verbigracia, el original e inimitable del coloso nuestro Ignacio Ramírez, de seudónimo el Nigromante.

Defendámoslo los escritores difundiéndolo, sin olvidar que será buen apoyo de esa necesaria difusión el hecho de *constantemente practicarlo*. Porque el ejemplo es y será siempre gran escuela de buenas enseñanzas en todo y en todas partes.

Si hay sordomudos, se debe a que nacieron sin oído o perdiéronlo tempranamente; y a que por lo uno o por lo otro no oyeron a sus madres, pues, repito, mamamos la lengua con la leche materna o en ella; y este hecho de los cinco continentes, invariable, constante, permanente, fijo, firme como el peñón de Gibraltar, nos da la clave de la solución del problema planteado por las indicadas Academias, a saber, influyamos primera y tenazmente con la mujer. Hay la ventaja en procediendo así, de que el sexo afectivo es más razonable, muy más dócil, mucho más fiel a los buenos usos que el hombre; y también la que se condensa en la suprema excelsitud de su amor infinito a los frutos de sus entrañas.

Desde mi infancia advertí diferencia entre palabras y frases en la conversación de la gente culta y en la de personas iletradas de mi villa y mi comarca; y noté que en el habla de indios y negros, mulatos, mestizos y blancos sin la cultura que dan los libros, persistían vocablos y decires anticuados.

La instrucción escolar y la de la casa paterna, la de viajes y aquella del trato con personas de mucha sal en la mollera y de regular cultivo en su mente y gran experiencia de la vida y del mundo, adquiridos en sus dilatados lustros, y todo el conocimiento que se obtiene de las inteligencias privilegiadas que se aúnan con facultades de observación más o menos notables, dilataron aquel conocimiento mío. Interlocutores deliciosos o que salpicaban siempre su amena plática con reminiscencias oportunas, con sentenciosos refranes, con citas históricas o con reflexiones surgidas en el activo vivir, enriquecieron el acervo indicado.

Después vinieron lecturas de Cervantes y otros autores bajo la dirección de venerable tía, y llamó mi atención encontrar voces y locuciones en el *Quijote* que teníanse en mi escuela municipal por impropias y viciosas, que en labios de otras muchas personas oía yo en mi propia tierra.

En 1884 fui trasladado a nuestra metrópoli para ensanchar el horizonte de mi existencia. El mismo fenómeno indicado se presentó a mi considera-

ción: en el lenguaje literario y de las escuelas no encontraba todos los vocablos y frases cervantinos, mas sí hallábalos en los coloquios de la gente no ilustrada, como los fámulos y las mozas, los artesanos y los jornaleros, y toda casta de sujetos dedicados a manuales labores.

Empecé a viajar por nuestro territorio, y dondequiera fue patente a mi observación el mismo hecho. Seguí viajando, y del septentrión al mediodía, a levante y a poniente, confirmé el propio hecho. *En México. Su Evolución Social* consigné lo notado y expliqué la persistencia del habla de los primeros castellanos que vinieron al Anáhuac, por la falta de transformaciones producidas en ciertas clases de las sociedades. Cuando en 1898 fui a Toledo y estuve en sus *cigarrales,* escuché en ellos y se me grabaron locuciones del idioma español ya en general desuso, que sólo conocía en lo hablado por haberlas oído en mi comarca. No me sorprendió lo expuesto por haberlo conocido en tierra española.

Deseoso de corresponder por modo alguno a lo mucho que debo a la Academia Mexicana de la Lengua, empuño la pluma para consignar algo de lo que aún vive en el lenguaje y en las costumbres de los pueblos y villas de mi provincia, y que se perdió ya en la manera de ser de los que son muy cultivados.

Solamente voy a consignar breves notas, para que tenga espacio a comentarios. La edición del *Quijote* de que copio, es la linda de *Clásicos Castellanos* de la *Lectura.* Todas las citas corresponden al tomo I.

9.—*Tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado.* En mi comarca, cuando una persona quiere encarecer su valor civil, dice: Esto se lo digo al más pintado.

49.—*Salpicón las más noches.* En mi tierra se llama salpicón a la carne de res del puchero u olla, denominada también olla blanca, deshebrada, que se come en las noches con salpimienta y gotas de jugo de limón. Sinónimo de salpicón: *ropa vieja.*

50.—*Lantejas los viernes.* Lentejas oí siempre decir por allí.

51.—*Pantuflos de lo mesmo.* El mesmo es comunísimo, sobre todo en los indios. *Yo mesmo lo truje,* se les oye decir.

53.—*Hanegas de tierra.* Con la palabra hanegas han efectuado una aféresis y es común que se diga *nega de tierra,* si bien se usa hanega y fanega igualmente.

55.—*Daba y recebía.* Recebir, recebí y recebía se escuchan a cada paso. A cien años de distancia (1810-1910) se encuentra el *recebí* en documentos auténticos. Los de las requisiciones de los caudillos de nuestra guerra de independencia dicen recebí, y los de los jefes revolucionarios no letrados de la revolución mexicana de 1910-1911 dicen igualmente *recebí.* Los primeros los he visto copiados en obras históricas y los he leído en algunos originales;

de los segundos examiné centenares en los expedientes de la *Comisión Consultiva de Indemnizaciones* de la que fui vocal.

55-56.—*Maese Nicolás.* El maese en México sólo lo he visto aplicar en los colegios a los escolares. *Maese Vigil* llamaban sus camaradas a un ingeniero amigo mío.

56.—*Caballero melindroso.* El melindroso lo usamos para calificar a aquel que no come de todos los manjares y encuentra éstos siempre mal hechos. Así, decimos de un niño desganado en el comer, *este niño es muy melindroso.*

56.—*Se enfrascó tanto.* Enfrascado le decimos al que anda en fiestas y se emborracha.

57.—*El celebro.* En vez de cerebro *celebro,* es lo corriente en las personas que no han ido a la escuela. Mi abuela paterna decía frecuentemente: "me duele mucho el celebro, voy a untarme vino aromático".

57.—*Toda aquella máquina.* Máquina para expresar abundancia, multitud y muchedumbre sólo lo he oído en la tierra caliente de México. En nuestros literatos jamás he visto ni oído empleada la palabra con esa acepción.

57.—*Roldán el encantado.*—Encantado le dicen al que se abisma en una cosa sin advertir que pasa el tiempo. Del criado que se manda a un mandado y vuelve al cabo de mucho rato, se dice que fue a encantarse con esto o con lo otro.

57.—*Descomedidos.* Dicen desacomedidos.

57.—*Robar cuanto topaba.* El verbo topar en la acepción que aquí le da Cervantes sólo lo he visto aplicar en México entre la gente inculta, cuando afirma que "perro que no anda no topa con hueso".—Topar los gallos llaman los jugadores de éstos, a probarlos o calarlos poniéndolos el uno enfrente del otro, y soltándolos por unos momentos. Carearlos llaman a ponerlos enfrente, excitándolos, pero sin soltarlos.—Hasta topar con *pader* (pared) y luego das vuelta, se oye cuando alguien da las señas de una casa.

59.—*Se dió priesa.* Estoy de priesa, voy apriesa, no me detenga usted, son frases frecuentísimas que enseñan por elocuente modo la conservación de la antigua manera de hablar.

60.—*Llenas de moho.* Moho se dice, pero aspirando la *h,* y diariamente puede oírse el vocablo mohoso pronunciado así: *mojoso.* Se dice asimismo *jediondo* y no hediondo, *joyo,* y no hoyo.

61.—*Y ansí. Ansí, ansina, ansímesmo,* son las voces que usan en mi pueblo los indoctos en todas sus conversaciones.

74.—*Una venta.* Venta y ventero son palabras que tienden a desaparecer en México, aun en el mediodía que es donde más se usaron y se emplean aún.

75.—*Harrieros.* En México escribimos y pronunciamos arrieros.

76.—*Puente levadiza.* Sigue siendo femenina como calor: "iba yo por la puente", "hace mucha calor" son frases usuales entre la gente villana.

77.—*Manada de puercos.* Manada dicen los campesinos hablando de carneros y al referirse a los puercos dicen *partida,* lo mismo que del ganado vacuno, aunque no es desusado oír *manada de puercos.*

83.—*Quitar los ñudos.* Ñudo por nudo lo usa únicamente ahora en México la gente del pueblo.

86.—*Cabrón.* Cabrón en México es vocablo ofensivo que se dirige a cualquier persona para herirla.

86.—*Bacallao.* En México la gente de los pueblos dice *bacalado.*

86.—*Trújole el huésped.* El trujo en México es frecuentísimo en el habla popular.

87.—*Castrador de puercos.* Capadores se dice en México, de cualesquiera animales, entre los ganaderos y aldeanos.

86.—*Gobierno de las tripas.* Tripas por intestinos es lo que emplea la mayoría de los mexicanos. *Me arden las tripas* dicen muchas personas. ¡Ya me gruñen las tripas! exclaman los que tienen hambre.

89.—*Fatigado deste pensamiento.* Deste pan vas a comer, es frase que usa aún el vulgo empleando el deste por de este.

90.—*Determinó de seguirle el humor.* En México se expresa la misma idea con la frase siguiente: *"Llevarle a uno el barreno".*

96.—*Siendo Dios servido.* Si Dios es servido, iré mañana al campo, dice el indio mexicano.

97.—*Escrebir. Escrebir* por escribir, como *recebir* por recibir, es el verbo usado por los iletrados de México.

97.—*Están llenos y atestados.* Atestado como sinónimo de abundantísimo se usa en la República Mexicana en los campos. Así, por ejemplo, cuando la cosecha de maíz excede a las más lisonjeras esperanzas, dicen los labradores: *esta comarca está atestada de maíz.* Estamos atestados de naranjas, dicen los cultivadores de fruta cuando ésta es superabundante.

97.—*Redoma.* La voz redoma va perdiéndose en mi Patria, hoy sólo se oye en los pequeños poblados.

98.—*Tan presto.* En México, al mandar a un sujeto que vaya violentamente a tal punto, se le dice: *vas de presto.*

99.—*La vela de las armas.* De vela se formó el vocablo *velorio,* que significa el acto de velar un cadáver: *la vela del muerto.*

100.—*Recua.* Esta voz es muy usada en los campos de México y en la Capital tiene una acepción metafórica digna de notarse. Cuando un padre, verbigracia, tiene varias hijas y ninguna sobresale ni por su fealdad ni por su belleza, lo expresa así: *mis hijas todas pasan en recua.*

102.—*Dar agua a sus mulos.* Mulo no lo usamos nunca, aquí al mulo le

decimos siempre *macho*. El nombre genérico que empleamos en México es *mulas*. Ve a dar agua a las mulas, dice el arriero mayor o dueño del hatajo (recua) al arriero que le sirve.

104.—*Se desculpó*. Desculparse, desculpa, viven todavía en el habla de mis conterráneos, los hijos del Estado de Morelos y de otras tierras del Sur de la República.

105.—*Eceto aquellas*. De *eceto* por excepto digo lo que dije de *desculpa* por disculpa. *Onque* por aunque, *diretor* por director, son asimismo usados, y también *efeto* por efecto.

105.—*Cabo de vela*. Esta frase es común y todavía más *cabito de vela*.

114.—*El hato*. Los arrieros mexicanos aspiran la h de hato y dan también a esta voz la acepción de *ajuar de las caballerías* con que viajan. *Cuarto del jato* es en las haciendas de México la pieza donde se guardan los aparejos o albardas y sudaderos y demás cosas que se echan sobre las mulas y burros. De suerte que, para significar nosotros acemilería, decimos: por una parte *cuarto del jato,* y por la otra: *machero,* sitio donde están, comen y duermen las caballerías.

115.—*Estaba arrendada la yegua*. El verbo arrendar en el sentido que aquí lo usa Cervantes no se emplea en México, se suple con el verbo *apersogar* entre nosotros.

119.—*Mire vuestra merced*. Vuestra merced en esta República sólo se oye actualmente en labios de los indios cuando se dirigen a persona a quien tienen por superior.

123.—*Con gran satisfación. Satisfación* por satisfacción, *direción* por dirección, están en uso entre los carentes de la ilustración que dan los libros.

125.—*Tropel de gente*. Esta locución únicamente se escucha ahora en los lugares apartados de México y más común es la frase: *tropel de caballería*.

125.—*Eran unos mercaderes toledanos*. Mercaderes casi se ha perdido, sobre todo en las ciudades y particularmente en la Capital donde hay un *Portal de Mercaderes,* trasunto del uso que antaño tuvo el vocablo. Hogaño la palabra *mercader* se emplea tan sólo en los pueblos lejanos y ocultos.

128.—*Corcovada*. Jamás he oído en México *corcovado,* pues aquí todos dicen *jorobado,* excepto en San Luis de Potosí.

130.—*Mozo de mulas*. Como expresión sinónima en México mulero. La siguiente: *mozo de estribo,* esto es, el que acompaña y sirve en los caminos cuando se viaja a caballo, para atender al acompañado y a las caballerías y de preferencia a éstas, la empleamos mucho.

130.—*Estaba ya el mozo picado*. Picado cual lo usa Cervantes en este pasaje es de frecuente empleo en el pueblo bajo. Y también se dice que está picado de esto o lo otro aquel que no resiste a tal o cual irresistible propensión.

131.—*Brumado*. Es desconocido lo mismo que abrumado como lo emplea

Cervantes en el final del capítulo IV. *Molido* es el término que se gasta en estas tierras.

136-137.—*Jumento.* Jumento en todo México lo usan exclusivamente los indios, los que no lo son dicen siempre burro; y puede conocerse aquí la gente por el nombre con que designe al asno.

137.—*Cabestro.* Cabresto dícese en esta región de la América en sus dos sentidos.

139.—*El barbero del lugar.* La muy castiza palabra barbero se ha perdido ya en las ciudades de México donde a las barberías las intitulan *peluquerías* y peluqueros a los barberos. Pero aún sobrevive barbero en las villas, pueblos y aldehuelas.

144.—*Con diez jayanes.* Jayán en México es llamado el hombre inculto y tosco.

157.—*Ecetuando.* Exceptuando sustituido por *ecetuando,* eceto por excepto, son frecuentes en la conversación de los iliteratos.

170.—*Emienda. Emienda* por enmienda y *vitoria* por victoria, se oyen aquí y allí en el territorio mexicano, como se oye también *encantamentos* por encantamientos.

176.—*Que le murasen y tapiasen el aposento.* En la ciudad de México se ha sustituido el verbo tapiar con el barbarismo *bardear* (bardar) y en vez de tapia se usa barda; pero en los lugares de escasa población se conservan aún tapia y tapiar.

179.—*Tresquilados.* Trasquilados dícese por doquier y pocas veces esquilados.

180.—*Primeros devaneos.* En México devaneos se emplea en sentido de malos pasos, para expresar lo que hacen los calaveras.

181.—*El labrador.* Muy usada entre nosotros la palabra labrador, se va substituyendo con la voz *sembrador.*

El colectivo *máquina* en sesenta y tres años de vivir en México, únicamente lo he oído una vez en boca de un jardinero oriundo de Irapuato, quien aludía en el Observatorio Astronómico de Tacubaya a un alerce o pino piñonero, diciendo: este árbol no da fruto, porque tiene una *máquina de piojos.*

Al tenor de lo indicado podría demostrar que en cada capítulo del *Quijote* y de las *Novelas Ejemplares* de Cervantes hay por lo menos una frase en desuso literario que se emplea corrientemente en el habla popular de mi tierra natía.

Voy a indicar en seguida variaciones en la dicción que ocurren en mi comarca.

En la concurrencia de vocales, y señaladamente de *áes* o de *a* y *o,* se oye *el ortografía,* como lo dijo Lebrija; *un ave, aquel alma* y hasta *el uña;* y contradiciéndose, y para no pronunciar la dulce u: *seis o ocho.*

En amalgama se dice *disque* por *diz que; posque* por *pues que; masque* por *más que;* y se desamalgama escribiendo o pronunciando a el alumno. El diz por apócope de dicen es común escucharlo.

Por supresión se escucha *dotor* por *doctor; conduta* por *conducta; coluna* por *columna, trastabillar* por *trastrabillar, relós* por *reloj.* A mis paisanos les parece afectado decir la m y abrir debidamente la boca para pronunciar la *u* con la dicha *m.*

Oí en mis mocedades *personas a quien respeto,* cual habría dicho Cervantes; y desque leí el magistral estudio relativo del gran Rafael Delgado, tuve sólidos fundamentos para condenar esa locución de tan común uso en España antaño y ogaño.

Cambio de letras para halagar el oído, es frecuentísimo: *añidir* por añadir; *sufocar* por *sofocar, inconarse* por *enconarse; godorniz* por *codorniz; para cobrarge* por *para cobrarle; bendecilde* por *bendecidle; prencipal* por *principal; sobernal* por *sobornal; chaponar* por *chapodar; biñuelo* por *buñuelo.* Hay también de términos: en España se dice *a lumbre mansa,* y en Jonacatepec se expresa lo mismo, diciendo: *a fuego manso.*

Tradució por *tradujo;* andó por *anduvo;* yo ya no *vía* por yo ya no *veía; tovía no* por *todavía no; vistes* y *entendistes* por *viste* y *entendiste,* se oyen todos los días. Lo mismo que *váyamos* por *vayamos, ándemos* por *andemos, téngamos* por *tengamos.* A esta irregularidad la conceptúo de amor a los esdrújulos. Uno de nuestros desatinos ingentes en los Estados de Morelos, Puebla y Guerrero es el uso del verbo *hornear* por *deshornar.* Siempre que un panadero o una panadera deshorna, decimos tontamente que está *horneando.* En cambio empleamos la preciosa frase *ir de escotero.* Mama y papa, en lugar de mamá y papá, subsisten a través de los siglos; a decir verdad porque no somos muy cortesanos o dados a la lisonja.

Tequio es el aztequismo que traduce en Español el vocablo francés *corvée,* tan usado por los autores de libros sobre la Revolución Francesa de 1789, y una que otra vez lo he visto emplear muy propiamente en mi comarca. En cambio en Yucatán es de uso común en escritores y en el pueblo. Sólo en Yucatán se emplea el término *albarrada,* que es la voz castellana que designa la pared de piedra seca; en mi provincia usamos el nombre de *tecorral,* y en las Huastecas se le denomina *pretil.* En Chile es *pirca,* de araucano.

En el Estado de Morelos tuvimos en uso tres vocablos filipinos, de los cuales murió uno indefectiblemente, el primero, y otro agoniza, el segundo: *carabao, morisqueta* y *palay.* El último se usa por ciertas personas con impropiedad notoria al decir arroz en palay; porque palay expresa el arroz con su cáscara.

Siembras por San Juan y San Pedro; no entro ni salgo en tal asunto; no compongo y ni descompongo en él; sembrar de año en vez; leído y es-

cribido es el señor; a mí no me tizna un cura ni en Miércoles de Ceniza, son locuciones corrientes; dicha la última sin irreverencia a la Iglesia, pues se emplea a fin de manifestar que no se vive desapercibido para eventualidad alguna.

Los vocablos tienen poético papel o cometido social superior, en los labios de aquellos campiranos que hablan sin fría erudición ni académicas coqueterías, porque les dan todo el sabor de la vida arcaica y comunican así las luces de su antorcha con inflexiones dulcísimas y acentos de ternura. En el año escolar mío en que conocí los preceptos del segundo Código Civil nuestro relativos a paternidad y filiación, me instruyó gran tío-abuelo mío, que era sobresaliente criador de ganado vacuno, caballar y porcino, al decirme que las disputas entre rancheros sobre ese punto, resolvíanse con apoyo en la sentencia siguiente: *becerro que nace en el corral es hijo del toro padre.*

Hay elipsis accidentales elegantísimas en el hablar corriente de mis conterráneos. Parienta mía que rezaba en público perfectamente, y a quien su marido de apelativo Valle dio una *vida muy perra,* a partir de cierto año decía en novenarios, al rezar la Salve: en este... de lágrimas, pues el apellido de su esposo no lo quería ni en la oración con que se saluda y ruega a la Virgen Santa María, para rezarla devotamente, cual lo efectuaba.

La voz *tarraya,* de uso en Andalucía y Badajoz, Puerto Rico, Venezuela y Ecuador, red de pescador, exclusivamente en Morelos la he oído. También *chiclán* por *monorquídeo.* Unicamente en mi Estado he conocido en cívico uso la palabra diminutiva de templo: *templete.* No he logrado conocer el origen de la palabra *tajón* que dábase en mi villa al rastro. Mi hipótesis de su formación es que mataban de un gran tajo a la res o degollándola, pues el impuesto respectivo se inscribía en las boletas de pago en la línea que tenía impresa la voz *degüello.*

De 1914 acá data la muerte de voces y frases en el Estado de Morelos, que nacieron de la formación de haciendas y adelantos en éstas. *Cárcamo* es una de esas voces, expresa hueco con agua indispensable en las ruedas hidráulicas. *Colambre* es otra, en la acepción de cuero cosido para el transporte, en bestias, de melazas. Carabao murió porque dejaron de importarse esas grandiosas bestias de tiro.

Usamos *atrabilis* por *bilis;* el elegantísimo verbo *sestear* se emplea aún por viajeros a caballo. *Leudar* y *cazcalear* sólo los he visto en uso en el Estado de Guerrero.

En las escuelas primarias de Morelos en los setentas y en los ochentas del siglo XIX, se enseñaba a decorar en las tres acepciones de este transitivo, el cual jamás he visto en uso en centros escolares del Distrito Federal. A esta práctica o por tal adestramiento se debió que Morelos tuviera siempre muy buenos lectores en público. Al académico Robelo lo cautivaron aquellos que

conoció oriundos de Tepoztlán; y escribiente suyo en el Juzgado de Primera Instancia de Cuernavaca, Mateo Rojas Zúñiga, más tarde ingeniero distinguido, daba buenas orientaciones al apreciable don Cecilio Agustín, pues conocía Rojas a fondo la lengua naua de sus antepasados mexicanos, en la formación de su rico Diccionario de Aztequismos.

Juan Gutiérrez de Liévana en su descripción de Guastepeque, Oaxtepec ahora, como Alcalde Mayor de allí mismo, decía en 24 de septiembre de 1580: "...las lenguas que al presente se hablan dicen que le llaman mexicana, aunque es algo tosca y difieren en algunos vocablos, pero en lo general es mexicana". Lo cual enseña la prepotencia del idioma naua o azteca.

Al escribir lo relativo a la enseñanza concerniente a decorar, que recibí plenamente, vino a mi magín el recuerdo de haber conocido en los llanos de mi tierra y en sus colinas mil dulzuras pastorales, la ternura de los paisajes y la maravillosa materia prima de los poetas virgilianos. Viví en ellos y en ellas hasta mis trece años cumplidos, y si no cambió aquella naturaleza, tampoco yo me mudé en otro, porque la educación de mi gusto que le debo no ha variado, he seguido amándola y cada vez me seduce más y más su belleza. Los fértiles y plácidos vergeles de mi villa son el cuadro en el cual mi imaginación ve todavía escenas pastoriles de gracia helénica, como la coronación de los niños que en ellos se efectuaba el día que concluían con provecho el estudio del silabario; aquello era grandioso: ceñir en lauros de mirtos y azucenas las puras frentes de infantes dedicados a Minerva. Paréceme contemplar a las familias bajo el fresco ramaje de opulentos naranjos, a los camaradas del condecorado unidos con cadenas de flores para danzar en torno al sujeto del triunfo, y el sitio hermoseado con adornos florales. La conclusión era una riquísima merienda de atole delicado y singulares tamales y buñuelos nadando en clarísimo almíbar, en un ambiente de suaves perfumes y de gozos espontáneos.

Mi empírico conocimiento del habla popular en mi comarca me ha enseñado que es humana la institución de las palabras, por medio de las cuales la razón acumulada del género humano trasmite su tradición colectiva. Y asimismo que la gente morelense y la que es vecina suya, habla en la lengua directa conmovedora de España de cuatro siglos atrás; lengua transplantada a través de miles de leguas, lengua que se perpetúa en el habla del hogar, en aquella de los negocios y del trabajo agrícola. Quien conozca la preciada *Agricultura* de Herrera y pase un año en mi comarca cerca de labradores, admirará los giros castizos de éstos. Un hispano culto y a par observador acabado, que recorriese dicha comarca, reconocería decires ya casi muertos en su Península, el acento de su tierruca y el andar y los ademanes de los suyos. Por un lado vería la persistencia de lo castizo mental de España; y por otro el presente empuje de lo desmedido y extraño; o conjuntamente las bárbaras

invasiones de absurdos vocablos en lucha con el culto de los dulces recuerdos. Aún predominan éstos, pues seguimos diciendo furgón, auto o automóvil y vagón, en vez de carro y coche. Los indios paisanos míos jamás dicen de un ají o chile que es picoso, sino picante; y sí lo dicen personas ilustradas, sin saber que picoso es el señalado de viruelas. De paisano distinguido por su civilidad, oí decir en 1877 que era persona muy de adentro en el Gobierno; y el mismo sujeto habló en la cívica tribuna de septiembre de 1881 *de bandería* oclócrata, frase que no comprendí sino hasta 1888 en la clase de Griego de mis estudios preparatorios. Al académico Ignacio Mariscal le oí *vocerío* (con toda impropiedad empleado) en la tribuna de la Cámara de Diputados frente al cadáver del patriota Matías Romero, y en mi pueblo aprendí la frase de sabor castizo: se acabó la vocería.

Nuestro rico idioma conserva la fraternidad con el resto de la América Española y con España. A tales herederos fervientes en el Nuevo Mundo del hablar castellano, quisiera dirigir una alabanza idónea para conmoverlos, o de acentos en armonía con sus comuniones fraternales, para que sintiesen mi cálido espíritu simpático y el anhelo cordial mío de que no pierdan en su alma lo que ésta tiene de española.

Dará idea del lenguaje oficial usado en mi tierra natía en 1822, el 22 de mayo, la inserción aquí del siguiente documento relativo a la historia política de la antigua Villa de Jonacatepec, en el hoy Estado de Morelos:

"Señor.—Un acaso imprevisto, pero el más feliz, nos dió anoche la inestimable noticia de la proclamación de V.M.I. en la gran México, y nuestros corazones anegados con el más puro gozo, en medio de su trasporte, a nada más tuvieron arbitrio que a publicar y solemnizar, conforme a nuestras fuerzas y la premura del tiempo, un acontecimiento tan grandioso, y con el que la justicia, la razón y la gratitud mejor acordadas, han sellado la felicidad total de esta América, de otro modo desventurada. Bendito sea mil veces el proveedor universal que así derrama sus beneficencias en este país predilecto, y bendito de él y de la América V.M. que aceptando el Trono en tan difíciles circunstancias ha confirmado las justas ideas de ser el Padre, el Protector, el Angel tutelar de nuestra Patria. Nos felicitamos todos por ver efectuado un deseo que sólo el amor y la obediencia nos podía hacer reprimir, y en que no hacíamos otra cosa que cumplir con el más justo de los deberes y procurar nuestra propia felicidad.

Damos a V.M.I. las más sinceras gracias por habernos dado el último testimonio de su amor. Le juramos desde ahora una sólida, verdadera y eterna obediencia, y exhalar el espíritu para sostenerlo en el solio que dignamente ocupa.

Nada más tenemos que ofrecer a V.M.I. que nuestros corazones y los de esta corta comprensión que es a nuestro débil cuidado. Disponga pues,

V. M. de ellos a su placer, ínterin nos ocupamos en pedir al Dios de las misericordias, las continúe en este Imperio, prolongando y facilitando la necesaria y preciosa vida de V.M.I. cuanto deseamos y hemos menester.

Dios guarde a V.M.I. muchos años. Sala Capitular de la Villa de Jonacatepec, mayo 22 de 1822.—Señor.—A los I.P. de V.M.—Lic. *Mariano Ortiz de Montellano.—José Ahedo.—José Manuel Romero y Ramírez.—José Domínguez,* Regidor Secretario.

Publicada en la *Gaceta del Gobierno Imperial de México,* número 4 de julio de 1822".

Declaro sin rubor públicamente que soy el menos abastado de la Academia Mexicana de la Lengua en conocimientos filológicos y lingüísticos, pues aun en el caso de intento mío de estudio asiduo de las respectivas materias, habría carecido en él del discernimiento y del ingenio necesarios para conocerlas; y que si me atreví a escribir este discurso, fue en parte impulsado por mi amor al cumplimiento solemne de mi deber, y mayormente por la enseñanza que debo al docto cubano Juan M. Dihigo, profesor muy versado en el manejo de los aparatos de la Fonética Experimental, quien allegó nuevas luces a la resolución de problemas de lingüística calificados de extrema importancia, instruyéndome con ellas en las causas físicas, fisiológicas, sociales y psicológicas de la evolución de las lenguas.

Pude así decidirme a salir en esta sesión, pues pensé que podría en lo psicológico y social presentar algunas reflexiones que quizá no han hecho otros; y entro sin tardanza en campos que me son conocidos en sus diferentes senderos.

Al perilustre ingeniero chileno Luis Lagarrigue, activo aún cívicamente en el año octogésimo tercero de su gloriosa y fecunda vida de pensador altísimo y reflexivo filósofo, debo dos nociones que han sido faros en el camino de mi existencia, a saber: "El lugar del nacimiento no deja ninguna impresión en el corazón y en el espíritu, si no se une a la existencia subjetiva y objetiva por lazos domésticos y cívicos. Es necesario que se sienta y se venere la cooperación social en ese sitio natal, que concentra los recuerdos del pasado, las emociones del presente y los votos del porvenir".

Por mi comarca nativa entiendo señaladamente a mi distrito de Jonacatepec, Estado de Morelos, República Mexicana, y también a las regiones adyacentes del mismo Estado y de los Estados de México y Puebla. Para cantarle no he menester epítetos sonoros ni frases grandilocuentes; la describo geográficamente sentando que es una comarca tranquila, o sin huracanes y sin terremotos, sin inundaciones y sin espantosas sequías, sin hielos ni ardores, una región amable en la cual con suavidad se advierte el tránsito del clima frío al caliente, una tierra de equilibrio en sus pobladores, en quienes se notan hábitos, costumbres, maneras de vivir, etc., que señalan la diferencia en el ser entre los arribeños y

los abajeños. Los paisajes de mi tierruca, si exceptúo el que forman la imponente Mujer Blanca, o la montaña de nombre Iztacíhuatl y el gran Volcán que se halla al Sur de aquélla, y el que tiene en su fondo la agreste cordillera del Nevado de Toluca, no llegan a lo sublime en su belleza, mas son de variedad riquísima y de atractivos que cautivan y de dulzuras que seducen. Carece de ríos propiamente tales; toda ella es un amplio valle de pendientes o declividades que parecen graduadas, y de moderadas brisas. Carece asimismo de florestas y bosques; y en lo que es rica, en extremo, es en portentos luminosos, como que la luz reflejada por el Volcán y su Esposa nos llega cual llega con tales riquezas en pocos sitios del planeta.

Esa luz brinda copia de harmonías delicadas, o harmonías que dan dulce reposo al espíritu y a la vista. Acaso por estas preciosas calidades fotológicas, los naturales de estos sitios tenemos una sensibilidad luminosa peculiar delicada; llama la atención desde luego la de los cazadores, la cual es un portento, como si fuese hija de agudas y reiteradas observaciones en atmósferas de distintas densidades, ligeras sobre todo, claras, de tonos muy bien graduados, verbigracia, como los sinfónicos musicales. Las plantas las ven estos campiranos a manera de veladas por albicantes finísimas gasas, a través de las cuales se precisa la iluminación de los paisajes con ricas luces otoñales, del invierno y dĕl estío. Medio fotógeno de esta casta, es antecedente indudable de sensorios en grado sumo delicados o sensibles, que generan a su vez inmediatamente facultades creadoras de artistas; en potencial las tenemos, y serán manifiestas o actuales en llegando que llegue el momento en que el ambiente de las sociedades favorezca con vigor, en igual grado de la misma suerte, esto es, en dirección convergente. Los hechos generadores de esto o lo otro, en los preciados dones de la vida que no se aprenden, dones que llegan a inconcebibles alturas en ciertos casos, aparecen ligados entre sí el día que menos se espera, ya por una revelación científica, ya por una percepción excepcional de orden estético.

Dije arriba que esta comarca *es una tierra de equilibrio en sus pobladores*. En efecto, son filósofos sus indígenas, y más aún: tienen su buena filosofía: la del buen humor o rabelesiana, la del esfuerzo continuo, la del empeño incesante a que deben darse los hombres para llegar a un estado de equilibrio, jamás indiferente, sino inestable que truécase en estable al alcanzarse la dicha. A tan armonioso equilibrio le llamo yo *la dulzura de Jonacatepec*. Al escribir el período precedente recordé a Michel de Montaigne, de quien dice maestro mío inglés —John Henry Bridges—: "Le parecía hallar más filosofía verdadera en la vida y en la conversación del campesino, que en aquellas del mayor número de filósofos y profesores, pues los primeros se ocupaban en lo de uso práctico para ellos; y los segundos en definir la virtud, pero no en seguirla". Los grandes principios de sabiduría a los cuales se reglan mis paisanos gobiernan sus pensamientos; y aplican tales principios a toda especie de problemas:

los del matrimonio y del gobierno de la familia, los de la amistad —con su matiz valioso del compadrazgo—, y los del trabajo, los de la ciudadanía y del amor, los de la vida terrena y la ultra-terrena, y los del adelanto y de todas las otras relaciones sociales. Llamo *buena* a la filosofía de mis hermanos en el amor de la región, y grandes a sus principios de sabiduría; porque aquélla no ha surgido fantásticamente en su cerebro, sino que se ha formado lentamente en los senderos de la experiencia diaria, y esos principios vienen de la misma experiencia, del buen sentido al cual acendra lo ensayado o visto ya en todos los modelos de regímenes y de revoluciones. En mis diálogos con mis paisanos, lo que más he admirado siempre es la naturalidad con que hablan de su egoísmo, que, por otra parte, secunda sus aspiraciones sociales; es decir, no mejoran con el poder de su imaginación a la sociedad, no desnaturalizan el mecanismo de la vida humana. Débese esta manera de ser a que conocen la amargura del fracaso de propósitos nobles por no poder satisfacerse bajas necesidades; a que saben cuán poco razonable en la muchedumbre es trabajar para lo porvenir sin esperanza de inmediatos provechos; y a que no ignoran que el desinterés de los idealistas es un buen ejemplo jamás inútil e independiente de los resultados. Estos compatriotas son amantes de las diversiones y buenos para toda clase de labranzas; capaces de sufrir o fuertes en el padecimiento y dichosos en su estado; expertos en los negocios, firmes en su puesto o en la trinchera y grandes de ánimo; están hechos a la buena vida, y son también indulgentes para con sus hijos y felices si juegan a torear; etc. etc.

En estos pueblos vivimos curados de espanto, no obstante nuestras costumbres lugareñas que sólo nos facilitan rústicos conocimientos, porque harto sabemos que son saludables las reacciones contra abusos cualesquiera, de toda índole: desde estéticos y religiosos, hasta políticos y económicos; mas también sabemos que todas las reacciones de tipo social son *estados febriles* y que las fiebres sociales van más allá de lo necesario, que las sociedades no se contentan eternamente con la misma cosa, que no es de hoy aspirar a cierta flexibilidad, y que todas las soluciones de los problemas humanos sólo corresponden a gustos y exigencias actuales: la Historia así lo enseña.

Adelante trataré de la poesía del labriego; mas en este pasaje consigno una de muy honda filosofía (por haberme ocupado antes con ésta) de un amigo mío, José Saldaña, poeta popular de Atotonilco, ya difunto, que deleitó con su ingenio peregrino a innúmeros oyentes. Concierne a lo innecesario de prematuros sucesos, cuando se sabe de fijo que éstos acaecerán indefectiblemente o como manifestación o consecuencia de leyes naturales; su texto es:

La tuna le dijo al gancho
cuando ya la iba a cortar:
no me martirices tanto,

déjame bien madurar,
si al cabo estoy en tu rancho,
¡quién otro me ha de gozar!

Mucho admiro en mis paisanos: sus costumbres, su rondar por las calles, su manera de vivir, su modo de hablar, característico de ellos todo lo enumerado. Noto que el tiempo no modifica sensiblemente ni sus hábitos profesionales ni el lenguaje del medio social en que viven, si bien la raza ha mejorado; y es de llamar mucho la atención, el hecho siguiente: los proverbios antiquísimos o rústicos refranes tienen la misma singular veneración que yo conocí hace *sesenta y cinco años;* y si no concuerdan ya con lo que pasa, los modifican, y siempre los dicen penetrados de respeto por traer a la memoria remotos tiempos históricos. Sus conversaciones sobre la previsión del tiempo son encantadoras, maravillosas; saben ellos del Sol y de la Luna, de las estrellas y de los planetas, de los relámpagos y de los truenos, de los rayos y de las centellas, de las neblinas y de los rocíos, de las aves de paso y de los arco-iris, de las sequías y de las aguas nieves, del granizo y de las trombas (aquí les llamamos *culebras o culebrones*), de los ventarrones y de las brisas. En todas las manifestaciones de la vida muestran ardor por conocer sus secretos. Querría evocar, si pudiese, con talento y en estilo claro y de ponderación atractiva, las innúmeras observaciones que se han recogido en mi tierra por sus pobladores, y que, acumuladas en cientos de años viven inmortales en frases imperecederas, frases que dejan campo a la imaginación razonablemente y aun a la fantasía. Tan ricas posesiones espirituales me enseñan que mis tataradeudos fueron sabios y prudentes. Una de esas frases inmortales concierne a todo, y especialísimamente a políticas actividades de todos los pueblos y de todas las épocas; puede afirmarse que es la expresión de una tendencia universal humana; no la he oído sino en mi propia tierra, a saber: *muchos dicen lo que quieren, porque quieren lo que dicen.* Veo en esta frase una de aquellas que en todo el mundo y sin trabas refleja el portentoso lenguaje popular, vívido y bullente, del modo más genuino y por boca de ingeniosos creadores. Querría también, si me fuese hacedero, expresar los arrobamientos sutiles que dan las venustidades que me rodean, y dar a conocer en una disertación pintoresca e instructiva las posibilidades de bonanzas que estas querencias contienen, presentando al par en evocaciones en prosa, de las que fascinan, las potencias místicas del alma antigua, para que la conociese la moderna, para que ésta no se ahilase, como pasa, por falta de luz, a ciertas plantas; para que apreciásemos debidamente a todos nuestros hombres de bien, y, en conclusión, para que no nos *desnaturásemos* en esta amadísima patria que se llama México. Realizar tal ensueño, sería destinar a mi obra literaria los instantes más divinos de mi pensamiento, las horas de los éxtasis que me da el amor terrígeno; sería singularizar fastos memorables y demostrar a un tiempo que nin-

guna ruina terrestre subsiste por tiempo indefinido ante la decisión firme de la voluntad humana. Así se conocerían grandes acentos y la fuente milagrosa de mis inagotables dichas, y abundancia de bienes y preciosísimas cosas, todo lo cual llevaría a la apreciación de un tiempo pasado que no deberíamos desligar del presente y que guarda las prendas palpitantes que enseñan la inmortalidad de las lecciones de los que ya vivieron. Lo antecedente me mueve a transcribir pensamiento hermoso de Salvador Villalpando, lindamente expresado:

La más grande matrona de los mundos
legó a sus hijas la virtud y el nombre;
la simiente dejó en surcos profundos,
de la cual germinó buen tipo de hombre.

Al tratar de los antiquísimos proverbios, veo vivo el sentimiento de la continuidad en estos terrícolas; veo su apego a la tradición que los define clarísimamente. Este hecho se aprecia en todo su sentido, sabiendo que todos los sujetos a los cuales aludo, ya en persona, ya en la de sus ascendientes, han participado en todas las agitaciones sociales habidas de 1810 a la fecha en México; y que han llegado a sus oídos todas las doctrinas, que los han sacudido todas las inquietudes, que los han apremiado todas las congojas y que han seguido todas las evoluciones en lo que han traído de fecundo y de amargos desencantos. Y si no se han apropiado tantas arrolladoras pasiones, este notable modo de ser indica, que es admirable su carácter y que tiene a honra no asimilarse lo advenedizo y haber sabido sortear el escollo de renegar de su abolengo. No es pobre el interés social de rasgos de raza como el indicado, o de la absorción de influjos extraños que se transforman por el temperamento substancial castizo. En todo esto hay dramáticos sentimientos y emociones concentradas; hay una familia humana que interpreta a su modo la vida, resignada, que sufre, piensa y trabaja; que cree y espera, que ama y consuela. En vez de una agitación impotente, por idónea para nada bueno, prefieren estos respetables trabajadores la sumisión a las leyes naturales y adherirse a lo que es nacionalmente peculiar o privativo. En esta conducta, cuando se subordina todo a la civilización universal, como sucede en el caso, se adquiere la autoridad moral que ensancha la esfera de influjo individual o doméstico, provincial o de toda la patria; y así ha sido el proceso que ha propagado la cultura de los superiores a los inferiores sin daño para éstos, sin menoscabo espiritual alguno.

Yo mismo soy un descendiente social de aborígenes, de hispanos y de negros, directo; y heredé de esas tres razas la franqueza, la fe, los acentos humanos. Mis modelos redivivos en todos mis actos están en indios completos, en enérgicos españoles y en bondadosísimos negros: humildes los tres troncos, a los cuales con sobra de razones glorifico. Duermen el sueño de la muerte hace

años, y entre ellos y este chozno o quinto o sexto nieto suyo, no hay rupturas que alejen a mi generación de las generaciones de tan dignos abuelos: de regia progenie de villanos; en el desorden actual del mundo no he perdido el equilibrio; la afluencia de teorías y los conflictos de intereses y apetitos me han hallado constante en mis creencias, sereno, enamorado siempre de la solidez y sin la menor duda de mi relación estrecha con las realidades; y cada vez más afirmado en la idea fundamental de que mi alma expansiva, alegre, de meditaciones, entusiasta, enamorada de la razón, débola a las riquezas de toda suerte de mi comarca, en la que la naturaleza puso tierras idílicas o pastoriles de himnos que parecen graves salmos, unidad de cielos y ningunos imprevistos o desconcertantes contrastes. Por estas razones severas poseo la riqueza de las tradiciones de la gravedad y de la conciencia de mis padres, de la disciplina de éstos, de la prosecución de un ideal apoyado en la observación seria y atenta y casi ritual de todo lo que pasa. Veo en los campos nativos y en los pueblos que en ellos hay *el alma de mis difuntos,* no sólo en los panteones de éstos sino igualmente bajo los cielos y en los paisajes; todo es para mí un milagro de supervivencia de las almas que fueron; en la naturaleza y en los camposantos reciben los homenajes míos mis inolvidables muertos; en la naturaleza, porque voy más allá de lo ordinario en el sentido de que lo grato de los panoramas a mi espíritu me instala en lugares en los cuales mi corazón se desborda y se siente dueño de la parte del cosmos que admira y de todo lo que en ella ha sido, es decir, reviven para mí entonces con todas sus nobles prestancias mis grandes mentores y se manifiesta mi sentimiento de piedad filial penetrante y asaz concentrado. Soy castizo jonacateco de nación. No me espanta divinizar lo que contemplo. Ni Calderón de la Barca, me enseñó lo siguiente: sagrada es ya una pasión, si muerte la diviniza, ni creer que todas las cosas que me rodean se animan para participar conmigo de la alegría de lo que existe, ni tampoco volverme antiguo a fin de honrar de esa suerte la memoria de mis compatriotas que con sus enseñanzas señalaron límites que están más allá de las posibilidades comunes, enseñanzas que valen por contener elocuentes llamamientos a la vida; ésta palpita en todos los parajes, y yo discierno la excelencia en los rincones de apariencias menos seductoras.

Los españoles convirtieron a Jonacatepec en avanzada ciudadela a tiempo que agustinos civilizaron a los habitantes de regiones que hoy forman parte de los Estados de Puebla y de Guerrero. Iglesias y conventos, y acueductos y haciendas, cárceles y casas consistoriales, y casas o edificios para habitar, y algunos otros monumentos: como puentes, presas y jagüeyes, levantaron aquí, y más que eso dejaron, mucho más: todo su espíritu latino, palpitante todavía en los campos y en las villas, en los pueblos y en los ranchos. Las melodías de extremeños y andaluces, de castellanos y vascongados; melodías de dulzura penetrante y de acentuado sabor virgiliano, melodías que vienen de edades re-

motas, o que oyeron nuestros lejanos predecesores europeos de castizos boyeros de los Apeninos y de arcádicos pastores de Sicilia.

La nobleza y la dignidad de mis paisanos merece párrafo aparte; son todos de una sociabilidad típica y todo lo contrario de los hombres acres de condición, zahareños o broncos de genio. Toda la poesía latina sobrevive en ellos, y predigo que el bello arte horaciano renacerá algún día en un hijo de mi tierra, es decir, el arte de equilibradas proporciones, de expresión bella, de rico grano, el arte que reina soberanamente en todas partes y en tiempos cualesquiera; la austeridad actual de las frases de estos comarcanos encierra delicados tintes que dan vigor a la armonía del conjunto suyo y presagian algo genial en las nuevas generaciones. Ya poseemos en común, pues que de todos es, o a todos pertenece, heraldo sobresaliente de lo previsto: poeta clásico y cantor de mucho que nos es privativo, el primero del Estado de Morelos, don Joaquín Luis Palacios, presbítero culto, natural de Zacualpan de Amilpas, dos veces párroco digno de Jonacatepec, docto en Teología y asimismo en letras humanas, y coronado de laureles por artista eximio o enaltecido entre propios y extraños idóneos para la crítica. No tengo en mi saber datos que con precisión me indiquen los orígenes étnicos de los jonacatecos; sí sé que el fondo de éstos es de una raza de estatura media, recia, trabajadora, enérgica y osada, fuerte; raza que se hace reparar, ante todo, por el garbo con que monta a caballo, con agilidad y destreza, y el dominio que tienen en el movimiento y las acciones del cuadrúpedo noble. En mi sentir, estos rasgos de raza indican el abolengo árabe de nuestros conquistadores.

En la tierra que pinto se nota una identificación completa de la persona con su medio cosmológico y social; tan completa que abarca la vida sucesiva, o de todos los instantes; y tal parece, en las ricas y bellas expresiones de los moradores, de su hablar ordinario, que hay más que inspiración en el influjo de lo que rodea, o que se produce una *metempsícosis* o cambio en el sér, logrado por el fenómeno prepotente que actúa, de tal modo que pudiera sentarse que va habitando en cada alma en secuela aquello que conmueve. La explicación de estas realidades la hallo en la riqueza de elementos hereditarios, o procedentes de todas las almas de los mayores que en cierto orden entran en contacto con el que piensa y lo alientan con lo que irradia en la vida esplendorosa. La espontaneidad entonces es igual o punto menos a la que se ve en la naturaleza; los sentimientos renacen y se difunden, y forman a uno y aun lo reforman con alegría, fácil y rápidamente: con intensidad de belleza o sorprendiendo a ésta en el apogeo de sus manifestaciones. La cualidad latente, viva y estimulada, recibe entonces el impulso diverso de los antecesores, impulso instintivo o de razón fijada que entra en movimiento con gran energía; al acaecer esta génesis, el creador que es asiento de tan ricas inspiraciones, responde a éstas prodigando majestad en el total y resplandores sin par y or-

denamientos sorprendentes en las partes. Resumiendo: la naturaleza de la comarca ha influido sobre sus habitantes y creado sujetos fuertes y ágiles, apasionados de trabajar y resueltos, con gran facilidad en la ejecución por su energía avasalladora, y sensibles a los primores del cosmos en cada uno de sus riquísimos aspectos, y diferenciados en el habla de sus compatriotas de las tierras bajas y de las altas.

Las necesidades humanas, de toda índole, tendemos a satisfacerlas con los elementos a nuestro alcance: la de saber la verdad, con los conocimientos que se tienen, y si éstos faltan, con fábulas o mitos; porque el alma no puede esperar, y por eso no espera. El motor de toda actividad, o sea el sentimiento, nos impulsa; y nada de lo que sucede, nada de lo que existe o pasa debe menospreciarse. La poesía del labriego no es menos verdadera que la filosofía del sabio, y a menudo es más amplia; casi nunca contradice las verdades científicas sobre la naturaleza humana. Embellece la vida con sus magnificencias e inspira cuando no se opone a cualidades comprobadas. La tierra es la expresión plena del tipo humano; en ella, los grandes resultados de los extraordinarios creadores son hijos de la inteligencia que secunda el sentimiento para orientar las actividades. De aquí que los poetas excelsos y los pensadores más profundos le rindan homenajes, lo mismo que al espacio; tales homenajes son simpatías inmensas hijas de espontáneos arranques del corazón. Para pintar estos arranques, no hay como ciertos poetas; acaso son los únicos idóneos, pues sólo ellos hablan con inflexiones de piedad y gracia, sólo en ellos anima la cadencia los más lindos versos al reconocer cuerpo vivo, espíritu, voluntad, deseos, donde no se mira de ordinario más que lo inerte. Charles de Pomairols en su libro de nombre *Regards Intimes (Intimas Miradas)*, por la inspiración del instinto anima a la Tierra grandiosamente en poéticos cantos. De uno de ellos es, en traducción mía, el delicado trozo siguiente:

Nada supe de ti por mucho tiempo,
¡oh virgen, oh mi cándida vecina!
Pero, llena de gracia y de dulzura,
me ha conducido nuestra patria misma
al más preciado bien que tan ingente
falta a mi triste corazón hacía;
y, cerca del perfume de los prados,
al fulgor de la luz sonriente y viva
que brota de los céspedes floridos,
bastó un día, el más dulce de mis días,
para hacer que a mis pasos se plegara
el terciopelo de sus yerbas finas,
para seguir el curso del arroyo
que a lo lejos serpea y se desliza,

y dejarme llevar por la pendiente,
lo mismo que él, y oír la voz tranquila
de un espíritu dócil, el consejo
que en la forma del suelo, a la divina
fúlgida claridad de un sol perenne,
depositado para siempre había
desde el origen de la edad primera,
y ¡oh virgen! te he encontrado y eres mía.

Siente el poeta grandioso Pomairols cómo el conocimiento de la patria *(notre pays,* dice él) lleva de la mano al conocimiento y al amor del bien incomparable que constituye la comarca y que anima a los corazones más entristecidos; y sabe expresarlo todo con un arte que no es ordinario. Y pinta tan fecundo influjo asimilándolo *a la voz tranquila de un espíritu dócil que se escucha, al consejo que da el suelo y se ha depositado en él desde el origen de la edad primera; y remata en la tierna expresión de alegría de aquel que ha conocido tan ricos bienes y de ellos se adueña.* En verdad apenas podrá ser mejor esta bella creación estético-filosófica.

Esa tierna expresión de alegría la conocí yo dichosamente desde mi niñez, o entre los siete y los catorce años, y aunque ya se había alargado hasta los cielos en noches astronómicas preciadas, tuvo su culminación en el año de 1882, al aparecer el grandioso cometa de ese año que llenó de pasmo a todos los hombres por su blancura intensa y por sus dimensiones. No volverá a contemplarlo el género humano, porque se redujo a fragmentos, según explican acabados observadores astrónomos.

Volvamos al bardo sensible Pomairols; la morada de nuestra especie es para él una virgen. A mí, tal morada, y mayormente la comarca en que nací y fui criado, siempre se me presenta majestuosa. Jamás deja de darme descanso dulce y profundo; jamás dejo de encontrar en ella amor intenso y maternales solicitudes: en los baños de Atotonilco, por ejemplo, me sacio con inefable consuelo en el casto amor de las burgas y en las virtudes de sus aguas. Allí me es fácil apreciar penas y alegrías, temores y esperanzas, desengaños y triunfos, extravíos y aciertos, heroicos pensamientos y mezquinas flaquezas, etc., etc. Sus días largos y sus soles ardorosos o de rayos de fuego en la primavera y en el estío, días para mi ser maravillosos; la augusta paz de sus campiñas y el caminar lento en ellas de los gañanes tras las yuntas de bueyes, bien cogido el arado; los remansos deliciosos de quietud con que brinda generosamente tan opulenta natura; su valle frondoso y abierto limitado por remotas cadenas de cerros; sus matorrales de espinos en flor de lo más delicadamente aromática; los variados panoramas que se descubren desde las cumbres de los peñones de Jantetelco y Chalcacingo, y desde otras eminencias, sorprendentes aun para los habituados a contemplar esas portentosas perspectivas; los paisajes regios de

la tierra morelense; la parla de los nativos o su hablar con expedición y desembarazo; y cien primores más que no enumero, son para mí *pan con mieles,* me enternecen, me obligan a que mis ojos se detengan con agrado aquí y allá, provocan en mí emociones placenteras y hasta completos ensimismamientos que en lo espiritual valen lo que vale en lo corporal comer *pan a manteles.* Demás de esto agrego que crecí oyendo relatos pintorescos de pasos de armas (desde aquellos de insurgentes y realistas, hasta los de lerdistas y tuxtepecanos) de labios de hombres de armas asimismo; y que he vivido contemplando extasiado jirones policromos en los fondos uniformes de las frondas, y deleitado en medio al revuelo de mariposas bellísimas y a los dulces piares y cautivadores cantos de lindos pájaros. En pie aún, y en mi propia comarca, rodeado con ella y todos sus murmurios y embelesos, silencioso e inmóvil, paso momentos de sublimes o celestes delicias; y veo entonces con la mirada del ensueño la extraordinaria cabalgata de mis amores y de mis ilusiones: en lo que fue, y en lo que viene a paso de carga.

En conclusión, tiene para mí la comarca de mi nacimiento, incontestablemente, un gran valor religioso, por asociar a ella encantos de la naturaleza con domésticas afecciones y cívicas excelencias. Hay un arte: el de la contemplación de lo bello natural, que no es desdeñable, que cultivado es auxiliar valioso de virtudes y de nobles pensamientos, sin las cuales y sin los cuales la vida es imperfecta. El cantor hijo de Francia nombrado y traducido en el fragmento antecedente, es un buen guía para lograrlo; mas hay otros bardos también de su casta en todas las lenguas. Los mexicanos tenemos uno eminente, apenas conocido, demás de otros de anteriores generaciones; me refiero a Celedonio Serrano Martínez, natural del Estado de Guerrero, quien en su *Tríptico al Amor y a la Tierra* nos da testimonios de su positivo valer, o de que es altísimo poeta; la composición suya dicha está estrechamente emparentada con aquella de Pomairols; la transcribo para que se difunda, para que embellezca la vida de quienes la lean, la oigan, la sientan y la estudien; pues que es la expresión cabal de una completa alianza de la inteligencia y del sentimiento con el estro más acabado.

I

Gracias mil te profeso por haberme enseñado
tierra amada, ¡oh, mi tierra! el secreto de amar:
a la lluvia que riega con su llanto el sembrado
y a los ríos que llenan con sus aguas el mar.
A los montes que guardan en su mundo callado
los misterios divinos del amor y el pesar;
a este sol, cuyos rayos, le dan vida al collado

donde llevo mis vacas y el rebaño a pastar.
—Ama siempre —recuerdo, me dijiste una tarde,
cuando al borde de un risco yo cazaba ilusiones—
todo aquello que puedas con tus ojos mirar:
a la fuente que canta y de amor hace alarde,
a los tiernos capullos de rosados vellones
y a las rubias espigas, a los vientos, al mar.

II

—Ama al valle sereno, porque en él ha nacido
la primera palabra y el primer pensamiento;
a las cumbres enhiestas, centinelas del viento,
donde tiene su tumba el invierno atrevido.
Al barranco que oculta en su lecho mullido
al espejo del alba y al buho soñoliento;
a los riscos altivos, donde tienen su asiento
los nublados de junio y los cuervos su nido.
A las tardes doradas de tus cerros queridos,
a las flores que visten a la verde campiña
y a las viejas leyendas de tu pueblo natal;
a tus bueyes callados, a tus perros sufridos,
a tu hùerto sembrado, a tu ejido, a tu viña;
al rebaño apacible y a su verde maizal.

III

—Ama, pues, en el mundo, que para eso es la vida,
porque sólo el que ha amado puede hablarnos de amor;
sólo a quien le ha dejado el amor una herida
puede un día decirnos: yo conozco el dolor.
Tu existencia la debes a una madre sufrida
que en sus venas primero te sintió sin rubor;
ama, pues, a esa madre que sin ser poseída
te soñó, como sueña una planta en su flor.
Y tampoco te olvides de quien te hubo entregado
lo más grande y querido de su infancia perdida
y que tanto cuidara con gran celo y pudor.
—Gracias, pues, tierra amada, por haberme enseñado
que hay que amar en el mundo todo aquello en que hay vida;
porque allí donde hay vida, puede haber un amor.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR

DICE el filósofo Augusto Comte, en las conclusiones generales que formuló al terminar su Curso de Filosofía Positiva, y al predecir las excelencias morales que traerá a la sociedad la implantación del pensamiento positivo: "Antes de que el porvenir haya realizado dignamente el auge universal de los eminentes atributos morales propios de la Filosofía Positiva, toca a los verdaderos filósofos, precursores naturales de la humanidad, demostrarlos altamente a los ojos de todos, por la superioridad sostenida de su conducta efectiva, tanto personal como doméstica y social..."

Parece que el fundador del positivismo tenía ante los ojos, al escribir lo anterior, a nuestro colega don Agustín Aragón, quien acaba de darnos con sólo el discurso que acabamos de oírle, pruebas inequívocas de que posee las cualidades personales, domésticas y sociales que le dan derecho a ser apreciado por sus conciudadanos como paradigma de humanidad, de humanidad evolucionada hacia lo más alto, hacia lo más noble, hacia lo más bueno.

La historia de la formación de don Agustín, podría servir, tal la de Henry Adams en su medio, como ejemplo de lo que pudo lograr en una alma mexicana del último tercio del Siglo XIX, una conjugación de felices circunstancias de nacimiento y herencia, de ambiente, de educación nacional, de personal despejo, curiosidad, y estudio, aunado todo ello a una condición apacible.

Vio la luz en Jonacatepec, del Estado de Morelos, el día 28 de agosto de 1870, cuando esa entidad federativa tenía sólo escasos dos años de fundada.

Sus padres fueron Don José Hermenegildo Aragón, nacido en la región norte del hoy Distrito de Jonacatepec, el 10 de abril de 1837, y Doña Victoriana León.

Don José Hermenegildo, de cepa campesina, era recio, sano y muy equilibrado, como toda su gente. Tenía verdadero talento, y ausencia de prejuicios, pues su emancipación intelectual era completa; con gran capacidad de observador, sus conocimientos prácticos eran profundos y variados: fue un

autodidacto. Republicano, peleó al lado de los liberales por los principios que defendían. Era severo, afectuoso sin ser efusivo; el trabajo fue su religión, y la naturaleza abrupta y atrayente de la región volcánica en que nació, su delicia; era gran cazador, ante los ojos del Señor, como Nemrod. Sus virtudes fundamentales lo hicieron dar a su familia una educación cumplida, de rectitud, de comprensión y de altruísmo. Llegó a la edad de setenta y seis años.

Doña Victoriana fue modelo de mujer, de esposa y de madre. Carecía de regular instrucción, pero a fuerza de amor se interesó en los estudios de su hijo Don Agustín, como mujer culta lo habría hecho, prodigándole sus ternuras y sus ahorros para ayudarle a formar su espíritu. Don Agustín dice de ella (y es el mejor elogio que podría tributarle), que su deseo supremo lo resumía expresando que "quería dejar en el mundo a sus hijos con la nota de hombres buenos". Toda la comarca experimentó su caridad; no vivió apaciblemente todas sus épocas, pues adoleció moral y físicamente. Nació en el catolicismo y en él vivió y murió; fue tolerante y servidora práctica de sus semejantes; su alma estaba llena de ternura, de fortaleza y de abnegación, que fueron sus prendas morales características.

Estos dos excelentes seres comunicaron a don Agustín su sangre limpia y fuerte, y su espíritu orientado hacia lo bueno y lo bello. El mismo ha escrito: "las rutas y los puertos de la existencia los abren a uno los padres, con lo que le heredan orgánicamente, y con la educación que le dan; y los maestros con sus ejemplos y enseñanzas..."

Su educación escolar fue iniciada por el maestro don Cándido Díaz, que él describe así en unos apuntes que me ha confiado: "filipino, mestizo de un capitán del ejército español, nacido en la Alhambra de Granada, y de india visaya... Se formó en escuelas de Manila y en Hong Kong con jesuítas; conoció parte de los cinco continentes, y leía en francés y en inglés sin embarazo. Grandes eran sus facultades docentes y los estímulos que daba a sus discípulos..." Don Agustín proclama que su instrucción primaria en la villa de su nacimiento, fue la mejor de la época en todo el país, debido a los quilates de su mentor.

Con la preparación que trajo de su tierra a la capital, ingresó en la Preparatoria el año de 1884, es decir, cuando tenía sólo trece años de edad, y lo hizo, según él, con pie derecho, pues sabía más que cualquiera de los matriculados en ese año en el primer curso, ya que sus conocimientos, demás de supremos en lo escolar, comprendían mucho del mundo y de la sociedad humana, por sus facultades innatas de buen observador. Sobre eso, sabía debatir, porque en su Escuela Municipal provinciana estaba establecida la práctica de las *sabatinas*. De esa suerte, a más de un profesor suyo en la Preparatoria puso en grave aprieto con sus objeciones, aunque siempre razonada y respetuosamente. Se distinguió, en fin, y mereció el aprecio de sus superiores. El amor al saber

fue una de las cosas que heredó de sus antepasados, de sus padres, de su abuela materna, de su bisabuelo materno y de una su tía abuela. Fue el único escolar en la Preparatoria que en aquella época siguió todos los cursos, sin tener obligación legal de hacerlo, aprobándolos todos.

La Preparatoria acababa de ser modelada por el Doctor Don Gabino Barreda, aquel "pensador y fundador tranquilo que creyó cimentar sobre inconmovibles bloques la paz espiritual de la República", según juicio de Don Justo Sierra. Esos bloques eran los postulados de la Filosofía Positiva de Augusto Comte. El edificio se alzaba para que dentro de él cupieran y se abrazaran todos los mexicanos, reconciliados y reverentes ante la verdad científica que entonces se tenía por indiscutible: la ciencia es una forma de religión que no puede tener herejes. El mismo maestro Sierra sintentiza: "Lo positivo, lo real, lo que no está ya expuesto a negaciones, eso es lo que informó la filosofía de la Preparatoria".

En Don Agustín, tuvieron cumplimiento las palabras inspiradas del mismo Maestro de la Juventud: "Al llegar el niño del campo, de lo puramente concreto, pero dotado ya de la facultad de abstraer, se inicia en la matemática, en lo abstracto, en una forma de lo abstracto que necesita, para adquirir su poder de asimilación, referirse perennemente a lo concreto; y el niño se torna adolescente cuando adquiere en la contemplación del cielo la noción capital de ley, de ley inquebrantable, de armonía infinita de lo existente, y sigue su marcha a través de los fenómenos capitales del mundo que nos revela la experiencia, hasta llegar, joven ya y consciente de su crecimiento mental, a través de la ciencia organizada, a la parte más alta, a la más intelectual de aquel vasto cuerpo, a la lógica, y conoce entonces que lo que ha estudiado es un método, en sus formas capitales; que todo lo demás en el campo del saber es sub-ciencia, es sub-método; y por eso se llamó el plan de la escuela nueva, una disciplina, y por eso el joven que hasta allí asciende resulta un hombre mentalmente formado".

Así lo estaba nuestro colega en su prima juventud. Y no sólo había recibido la iluminación de las ciencias, sino que había aprovechado lo aprovechable del sistema educativo que caducaba, basado en la escolástica. Ya su maestro Díaz le enseñaba a leer en prosa y verso, y para cerciorarse de que sus alumnos penetraban en el sentido de los poetas, los adiestraba en el ejercicio de poner en prosa llana y sin ningún hipérbaton el texto poético leído. En la Preparatoria estudió también el latín, fundamento de su estilo claro y preciso.

Su avidez intelectual se manifestó al escoger una carrera. Dos años cursó Medicina; hizo en la Escuela de Comercio cursos de Derecho Mercantil y de Derecho Constitucional, y en Jurisprudencia el de Penal. Pero lo fijaron las ciencias matemáticas, y se inscribió en la Escuela de Ingenieros, donde hizo las

carreras completas de Ingeniería Topográfica e Hidrográfica, y de Astronomía Geográfica y Geodesia, recibiendo sus sendos títulos. Estudió también cursos completos de Ingeniería de Minas y Mecánica, coronándolo todo con un gran curso de Economía Política, dado en la mencionada Escuela de Ingenieros, por el Licenciado Joaquín D. Casasús, lo cual no le impedía escuchar, en la de Comercio, las disertaciones de Don José Yves Limantour sobre la misma materia.

¡Qué cuadro más dilatado de cultura! El cerebro de Don Agustín se había ido formando sobre la maciza roca de la Ciencia metodizada por el positivismo, que fue su síntesis desde que se puso en contacto con Don Gabino Barreda. El mismo dice que dedicó su vida a la propagación de esa doctrina, desde 1888, año en el que tenía 18 de edad.

En tales condiciones su puesto estaba en el profesorado. Obtuvo por oposición en Preparatoria la cátedra de Mecánica y Cosmografía, y por encomienda la de Academias de Ciencias Físico-Químicas. En la Escuela de Ingenieros adoctrinó en Matemáticas Superiores y en Economía Política. En el Colegio Militar dio clases de Física Experimental y examinó de Cosmografía y de Geodesia y Astronomía Práctica. Fue Director de la Escuela de Agricultura y Veterinaria, y profesó allí Meteorología y Climatología e Historia Natural Agrícola del Ganado Mayor y Menor. Fue examinador de Historia, de Geografía y Cosmografía en la Escuela Normal de Varones, y en la Normal de Mujeres, de Física y Química, Economía Política y Derecho Constitucional.

Comenzó su vida de trabajo como Ingeniero Ayudante en la Comisión de Límites entre México y Estados Unidos, y él fue el que trazó el paralelo 31° 47 de latitud N., parte de nuestra frontera con Estados Unidos según el tratado de la Mesilla, bajo la dirección del Ingeniero Don Felipe Valle. De allí pasó a Oficial Primero del Gran Registro de la Propiedad de la República.

Todo el círculo intelectual mexicano del fin del siglo XIX lo conoció, trató y apreció, y su fama llegó hasta el Dictador, quien lo distinguió, y consultó muchas veces. El General Díaz, siguiendo su política de aprovechar todos los valores mexicanos, le procuró una curul en la Cámara de Diputados, sin que nuestro Don Agustín hiciera movimiento alguno para conseguirla, pues la política nunca lo atrajo. Quiso, sin duda, el Gobernante proporcionar al estudioso medios modestos para que siguiera dedicándose al aprendizaje y a la enseñanza, como en realidad lo hizo.

Esbozados así los hitos externos de la vida de Don Agustín, intentemos dar idea de las cualidades de su espíritu polifásico.

Podría decirse que su característico rasgo es la ecuanimidad, esa virtud envidiable, que sólo los filósofos poseen, de encarar con alma serena la próspera lo mismo que la adversa fortuna. El poeta belga de *la Sagesse et la Des-*

tinée, así lo expresa elegantemente: "El hombre más feliz es el que mejor se da cuenta de su felicidad; y el que óptimamente se percata de ella es el que más profundamente sabe que la dicha no está separada del dolor, sino por una idea alta, infatigable, humana y valerosa".

Este estado mental supone predominio de la inteligencia, y control acentuado sobre el corazón. El espíritu de Don Agustín, naturalmente observador y reflexivo, halló su norte, como ya se ha dicho, en la filosofía positiva, apta, según lo escribiera Comte, "para determinar y mantener una entera coherencia mental, que no ha podido existir antes jamás en el mismo grado, aun en los espíritus mejor organizados y más avanzados..." Porque "la universal apreciación lógica estará en plena armonía científica con el sentimiento fundamental de un orden espontáneo esencialmente independiente de nosotros mismos, aun por lo que respecta a nuestros propios fenómenos, individuales o colectivos, orden sobre el cual nuestra intervención no podrá jamás lograr sino modificaciones simplemente secundarias, aunque por otro lado infinitamente preciosas, puesto que forman la principal base de nuestro poder efectivo".

La puerta de los sentidos, es la puerta necesaria; ya lo habían dicho siglos antes otros positivistas de la humanidad, y en verso límpido el poeta Lucrecio:

Invenies primis ab sensibus esse creatam
Notitiam veri...

Advierte que el conocimiento de la verdad nos viene primitivamente de los sentidos...

El conocimiento de los fenómenos, tal como lo proporciona la ciencia, la seguridad de su verificación y coexistencia en determinadas circunstancias, llevan a la idea de la invariabilidad y de la inexorabilidad de la naturaleza, y por consiguiente a la necesidad de aceptar las cosas como son. De allí la convicción de lo inútil de las rebeldías y de los vanos sentimentalismos ante lo que acaece. El alma del hombre abrevado en la naturaleza tiene que ser sumisa y cristalina, y así es la de Don Agustín. Ved un ejemplo de su fortaleza y de su serenidad, ante el mayor dolor que puede sufrir un hombre: el de la muerte de una amante madre. Escribe mansamente: "Su cadáver fue conducido por sus hijos, otros parientes y buenos amigos, que formaban cortejo conmovedor, al cementerio de Jonacatepec, donde yace en medio de árboles y flores. El silencio de aquella apacible morada de los muertos, sólo lo turban el susurro de los vientos, el canto de las aves, el zumbar de los insectos, el mugir de las vacas, y otros ruidos naturales, que añaden sus acentos a las melancólicas reflexiones del que allí visita a los que fueron. La paz de la tumba en que duerme el sueño eterno mi madre, no será interrumpida por voces amar-

gas; quienes la trataron la recordarán como veterana del deber, cual madre ejemplar, esposa intachable y querida matrona de mi aldea..."

Tal filosofía da también al alma la fundamental virtud social de la tolerancia, madre de la paz, pues la certeza de que la condición humana es producto del medio, de que el error no es sino una deficiencia de observación y de raciocinio, no provoca ira contra quien no se acomoda al propio sentir, sino que inclina a llevar al disidente la luz, de una manera paciente y suave.

De esa virtud se deriva otra, a la que Comte llamó altruísmo: la conciencia de que la sociedad es un todo coherente, donde todos tenemos nuestro sitio de colaboración para el bienestar general; el sentimiento de que la humanidad cumple un fin, de que es la depositaria de todos los valores espirituales, y de que de ella surge el futuro, siendo, así, nuestra alfa y omega. El hombre que como Don Agustín está penetrado de esa idea, tiene altos objetivos y conciencia plena de su deber.

A estos resultados psíquicos de la educación positiva se refería Don Justo Sierra, cuando atacando a los ciegos partidarios del subjetivismo exclamó: "No ven qué cantidad de lastre, en contacto íntimo con la ciencia organizada metódicamente, ha puesto (el positivismo) como suprema compensación de razón y buen sentido, en el fondo de nuestro ser hispano-latino, *medulado de imaginación febril y de sentimentalismo externo*". Evidentemente la Preparatoria ideada por el Doctor Barreda sirvió para aherrojar nuestras fantasías mexicanas, para encauzar nuestro espíritu por los terrenos de la realidad, para obturar sólidamente las erupciones de nuestro temperamento volcánico.

Decía Don Agustín, reconociendo lo anterior, en 1914, año trágico para nuestra patria: "Los positivistas sostenemos que el progreso así logrado (por el desarrollo del orden fundamental correspondiente a cada rama de la actividad humana), es el único que transforma verdadera y radicalmente las sociedades, es el único duradero y que no arrollan las revoluciones; o en forma de sentencia: *la evolución es la única transformación profunda, la madre única de las revoluciones de equilibrio*. Nosotros confiamos en la obra de larga o dilatada paciencia, y nunca hemos pretendido violentar la ley impasible e inalterable del crecimiento social. Mas nunca tampoco hemos dejado de interesarnos por la suerte de todos aquellos a quienes agobia el peso diario del problema del vivir, y nuestras convicciones nos recuerdan sin cesar las condiciones morales, sin las que no hay perfeccionamiento humano posible".

Don Agustín es, así, el tipo del ciudadano útil, sólido, respetable y fidedigno. Su labor ha sido grande en la educación de sus semejantes, labor que ha cumplido en sus cátedras y escritos tanto como en su trato diario con las personas y con los personajes. Tiene el temperamento del apóstol, sin su misticismo. Recuérdese, por ejemplo, su campaña contra el tabaco, que ha logrado convertir a cientos de gentes. En su trato, ameno y provechoso siempre,

sale a relucir su excelente memoria que retiene nombres, genealogías, hechos, retratos y detalles, a la manera de los historiadores famosos, Froissart en sus Crónicas o Saint-Simon en sus Memorias.

Apunta el Conde Hermann Keyserling que "el hombre no es, al fin y al cabo, sino el ser que ha elegido dentro de sí mismo". Don Agustín Aragón optó por ser una inteligencia y un carácter: claridad y universalidad en cuanto a la primera; rectitud y amor por lo que toca al segundo; conciencia en una palabra.

Hay que subrayar que su aptitud para la ciencia, no lo ha incapacitado para la contemplación de la belleza. Comte pensaba que "la filosofía positiva manifestaría espontáneamente una cuarta aptitud fundamental, complementaria de todas las demás, y menos adivinada ahora que cualquiera de aquéllas, al desarrollar más y más la verdadera constitución estética correspondiente a nuestra civilización. Hay ciertamente para todos aquellos que la sepan apreciar, una fuente inextinguible de nueva grandeza poética en la concepción positiva del hombre como jefe supremo de la economía natural que él modifica sin cesar para su provecho, obedeciendo a una sabia osadía, plenamente liberada de todo vano escrúpulo y de todo terror opresor, y no reconociendo otros límites generales que los atañentes al conjunto de las leyes positivas descubiertas por nuestra activa inteligencia".

Don Agustín rinde tributo tanto a las bellezas naturales, como a las creadas por el espíritu del hombre. Y no sólo es un contemplador, sino que a veces, de entre el orden lógico de su mente, surge el poeta que se emociona y canta. Muchas son las muestras de esta actividad, ya en composiciones originales o en traducciones de otros vates, en estilo castizo.

En prosa, su preferencia va hacia el ensayo, al estilo inglés, en donde se sienten a sus anchas sus conocimientos científicos y filosóficos y su sensibilidad apacible. Los temas que aborda van del puramente científico al estético, pasando por el biográfico en el que despliega sus dotes de observador y de psicólogo.

Ha producido, así, innumerables escritos, casi todos didácticos, que muestran su enorme capacidad de trabajo, y que corren en los catorce tomos de la *Revista Positiva,* que sacó a luz, en donde forman más de dos mil páginas de su pluma. Tiene inéditas varias obras, entre las que se cuentan un curso completo de Matemáticas, y una biografía del General Don Porfirio Díaz, amén de otros trabajos y ensayos que duermen en sus cajones, porque no tiene amor a publicar sus escritos. No es lugar aquí de avalorar cada una de esas producciones aisladamente. Citemos al paso su contribución a *México, su evolución social* con el estudio titulado *El territorio de México y sus habitantes;* su artículo sobre Herbert Spencer, su semblanza de Don Miguel Macedo, su trabajo sobre *El Divorcio;* sus disertaciones sobre el *Papel de la Poesía en el*

período Industrial y sobre las *Causas de nuestra escasa producción literaria y medios de combatirlas.*

He de pasar al vuelo, contra mi deseo, sobre toda la maciza obra de nuestro caro colega, para darme lugar a recoger unas cuantas flores de las que está esmaltado el discurso que acaba de pronunciar. El es un compendio de la personalidad de su autor tal como la he descrito: encierra primero, un estudio lingüístico que lo señala como perito en lexicografía, como apreciador de lo castizo, como familiarizado con las leyes del instrumento de comunicación entre los hombres, forjado por la sociedad, sin que el individuo tome apenas participación en la creación de sus vocablos y giros. Esa continua preocupación por lo correcto en el decir, base de su estilo llano y perfectamente inteligible, lo señaló a nuestra Academia, como colaborador en su tarea de limpiar, fijar y dar esplendor al idioma.

La segunda parte del discurso de Don Agustín es un himno a su tierra natal, una revelación del carácter eclógico de este hijo suyo, que la venera porque en ella alentaron sus sencillos, recios y excelentes antepasados; porque en ella se crio y sintió el primer contacto con la maternal Naturaleza, bella y próvida en aquel valle de Jonacatepec; porque en ese rincón yacen los venerados restos de sus padres, pasados ya a la vida subjetiva del recuerdo; porque a ese terruño desea volver cuando en él se cumpla la sabia ley de la renovación, acontecimiento que sus amigos deseamos lejanísimo, para poder seguir disfrutando del ejemplo de su vejez vigorosa y florida, de su intelecto siempre lúcido, de sus infinitas remembranzas, y de su carácter parejo y afable, virtudes de la verdadera sabiduría, que sólo se extrae de la múltiple, de la poliforme, robusta e interminable Vida.

LAS DOS PARTES DEL QUIJOTE

Por don Antonio Castro Leal

LA elaboración de una obra de arte es proceso de lo más admirable y misterioso. La vida va dejando en los seres una variedad de impresiones de cuya naturaleza utilitaria no es posible dudar; el gozo y el dolor, la memoria y el razonamiento no tienen primordialmente otro fin que alargar la vida y asegurar la continuidad de la especie. Las impresiones que la vida va dejando en el individuo son parte de las armas con que éste cuenta para existir y defenderse. Todos amamos y sufrimos; casi todos aprovechan la lección que encierran esas experiencias; pero sólo uno que otro —el artista— puede hacer poesía de sus amores y sufrimientos.

¿Cuál es el secreto del genio del artista que es capaz de elevar sus amores y sufrimientos a un plano de contemplación donde adquieren calidad estética? ¿Es el arte una forma genial de egoísmo en que sólo le importa al artista lo que vive y lo que siente? ¿O es, más bien, una forma de heroísmo en que, además de vivir, como todos, su propia vida, tiene el valor de detenerse a contemplarla para dar en la obra de arte algo de lo que todos piensan, de lo que todos sienten, de lo que todos anhelan? El artista recoge los frutos de su contemplación para ofrecerlos a aquellos que, dentro de la vertiginosa corriente del mundo, apenas pueden con su propia vida. El artista es la medida de todas las cosas elevadas y permanentes. Reflexiona por todos, y desde hace siglos ha venido formando espiritualmente al hombre, interpretándolo y describiéndolo, educando sus sentimientos, dando forma y sentido a sus ideales, llevando gloriosamente el registro de todos sus triunfos sobre la animalidad y la materia. Triunfos heroicos que a veces se atreve a contradecir esa forma de la realidad que llamamos la vida práctica.

Al pronunciar esta última frase parece que, sin quererlo, hemos aludido a la novela inmortal de Cervantes, sobre la que trataremos esta noche. He escogido como tema para mi plática "las dos partes" del *Quijote*. La primera, como sabéis, se publicó en 1605, y la segunda diez años más tarde, en 1615. Cuál es la relación entre ellas, qué ha variado de la una a la otra en la

psicología e intención de los personajes, en la concepción que el artista tenía de ellos, en la filosofía y en el arte de Cervantes; cuál de las dos partes tiene más valor, cuál es el espíritu o sentido profundo de cada una, cómo se elaboraron, cómo se conjugan entre sí y cuál fue y es la reacción del público respecto a cada una de ellas; he aquí las cuestiones más importantes que cabrían dentro del tema escogido y de las cuales apenas tendremos tiempo para desarrollar, someramente, algunas de ellas.

Después del éxito que tuvo la "primera parte", después que el público de toda Europa y parte del de América había reído con las aventuras de Don Quijote; después que a las numerosas ediciones en español, hechas dentro y fuera de España, se agregaron las traducciones a algunas lenguas extranjeras, era evidente que el tipo creado por Cervantes había conquistado para siempre un lugar en el ánimo y en el gusto del público. Y así como los productores cinematográficos de Hollywood pueden establecer con precisión si, en terminado momento, el público ansía un idilio romántico de Charles Boyer, o una tragedia histórica de Errol Flynn, o una comedia ligera de Rosalind Russell, el habilidoso Avellaneda tuvo el talento de haber sentido, en aquellos primeros años del siglo XVII, el deseo del público por una continuación del *Quijote,* y su tan vituperado "Segundo tomo" representa, desde el punto de vista comercial, una oportuna respuesta a las demandas del mercado.

Pero antes de seguir adelante consideremos qué significa que una obra de arte tenga dos partes. Busquemos en nuestra memoria algunos ejemplos que puedan facilitar esta rápida investigación. El primero que ocurrirá a todos es seguramente el de *Los tres mosqueteros,* del novelista francés Alejandro Dumas. Todos hemos leído con fruición esta novela, que representa el ideal de la amistad generosa de juventud. Cuando el libro termina, ¡con qué tristeza nos separamos de sus personajes, con qué gusto seguiríamos conviviendo con ellos! El autor —sensible a ese evidente deseo del público lector— los presenta de nuevo, en *Veinte años después;* pero ahora están lejos unos de otros, moviéndose cada uno en su órbita, vueltos hacia sus propios intereses, agravados —como sucede en la vida— sus defectos, disminuído el calor de su generosidad. En veinte años la vida suele transformar radicalmente a las gentes. El cambio de Artagnan, Athos, Porthos y Aramís es tan grande que el autor se ve obligado constantemente a buscar, en su nueva novela, circunstancias y sucesos que puedan hacer que sus personajes se sientan de nuevo ligados por una misma causa, respondiendo los corazones y las espadas a un sentimiento unánime, como en las gloriosas páginas de *Los tres mosqueteros.* Y hay que concluir que esta novela no tiene, en realidad, una segunda parte: porque *Veinte años después* es una obra distinta, aunque figuren en ella los mismos personajes.

El segundo ejemplo —esta vez en el terreno de las artes plásticas— que

puede ocurrir a algunos es el famoso cuadro del Greco *El entierro del Conde de Orgaz*. Esta obra extraordinaria tiene dos partes bien acusadas: la baja, el entierro del piadoso caballero, muerto dentro de su armadura, rodeado de nobles, frailes y clérigos, en un ambiente tal de intimidad y naturalismo que, quien no conozca la leyenda, dificílmente podrá suponer que son San Agustín y San Esteban quienes cargan el cuerpo del Conde; y la parte alta, la gloria, en la que, en un ambiente de "espesos nimbos y de terrosos estratos", aparece el Conde ante Jesucristo y la Virgen, en presencia de serafines, ángeles y apiñadas filas de bienaventurados. Las dos partes del cuadro son la tierra y el cielo, lo humano y lo divino; ambas pintadas maravillosamente, aunque es frecuente que —como sucede siempre— tenga más admiradores lo que sucede en la tierra que lo que pasa en el cielo. Pero en este tránsito de un mundo a otro las partes, más que completarse, se contraponen; entre esos dos términos no hay continuidad sino oposición.

El tercer ejemplo —que ya apareció, acaso, en la mente de las personas que me escuchan— es el *Fausto,* de Goethe. Esta obra maestra del teatro germano tiene dos partes. La primera presenta una visión dramática y genialmente construída sobre un tema tradicional, en el que descuellan personajes tan congénitos al genio alemán como Fausto y Mefistófeles; el artista ha dado sentido y forma bella a una leyenda popular, y su obra es clara, alegre, arrebatadora. En la segunda parte del *Fausto* el gran poeta trabajó casi toda su vida, hasta pocos días antes de morir; en ella utilizó los personajes de la leyenda y otros que creó la fantasía para expresar sus pensamientos más íntimos, sus más profundas inquietudes, su concepción del hombre y de las cosas. Y la obra es concentrada, difícil, misteriosa. Entre la primera y la segunda partes del *Fausto* de Goethe hay un abismo, el abismo que separa la juventud de la vejez, el tránsito que va de la alegría del vivir a la serena contemplación de la vida; esas dos obras son distintas, hay entre ellas tanta diferencia como la que existe en Beethoven entre el apasionado lirismo de una de sus primeras sonatas y la ternura dolorosa de uno de sus últimos cuartetos.

Como cuarto ejemplo, estoy seguro que ha venido ya a la memoria de todos el de esas "segundas partes" que ofrece la literatura dramática, lo mismo en la Grecia del siglo V a. C., que en la Inglaterra de la reina Isabel y en la España de los Siglos de Oro. Fuera de los casos en que la relación entre las dos partes de una obra es tan lejana que casi se limita al título, como sucede en la *Próspera* y en la *Adversa fortuna de don Alvaro de Luna,* de Tirso de Molina, se trata en general de presentaciones dramáticas de un mismo personaje, en dos épocas distintas de su vida y en situaciones históricas diversas. Así es en la *Ifigenia en Aulide* y en la *Ifigenia en Táuride,* de Eurípides; así en las dos partes del *Enrique IV* de Shakespeare y también en las dos come-

dias que dedicó Lope de Vega al rey Juan II de Portugal bajo el título de *El príncipe perfecto*. Y aunque no hay que negar que suele haber una verdadera unidad entre las dos partes de una dilogía —como en *Los Tello de Meneses*, del propio Lope de Vega— ello es lo excepcional, ya que la fábula dramática, centrada en una sola acción o en una serie de acciones combinadas entre sí, crea su propio ambiente y le da fin y remate con la solución o el desenlace de la acción principal. De tal manera que podemos decir que entre las dos partes de una obra dramática que trata del mismo personaje no hay propiamente continuidad, como no la hay en los retratos de una persona tomados en diversas épocas de su vida.

Creo que, sin forzar los cuadros de estas cuatro grandes categorías, pueden caber en ellas todos los demás ejemplos de obras de arte realizadas en dos partes. Todos los demás ejemplos, con excepción del *Quijote*. A pesar de que los personajes de este libro inmortal evolucionan en el transcurso de la novela, no se puede decir que sea a tal punto que, de la primera a la segunda parte, sus caracteres pierdan algunos de sus rasgos más simpáticos y originales, como sucede con Artagnan y sus amigos en *Veinte años después*. No se puede afirmar tampoco que entre las dos partes del *Quijote* haya ese profundo contraste de dos mundos que se oponen, que aparece en el cuadro del Greco que custodia la iglesia de Santo Tomé en Toledo, por más que estemos de acuerdo en que, conforme avanza el libro, don Quijote y Sancho van saliendo de este mundo para entrar en la gloria. En la obra de Cervantes no hay tampoco esa variación radical de propósito y sentido que existe entre los dos *Faustos* de Goethe, aunque sepamos muy bien que el don Quijote de la segunda parte al igual que el segundo Fausto, está más cerca del corazón y del pensamiento de su autor. Finalmente, no se puede decir que entre las dos mitades de la epopeya cervantina haya esa diferencia de ambiente psicológico y de motivos de acción que divide de un modo tan cortante las dos partes de una dilogía dramática.

Con excepción de aquellas producciones literarias en que la segunda parte es una mera subdivisión de una obra concebida desde un principio como una unidad y elaborada de un modo continuo, no recuerdo otra gran producción artística en que su autor, después de un reposo de diez años, revele, como Cervantes en el *Quijote*, su capacidad para continuar una obra anterior suya dentro del espíritu y la intención originales, manteniéndose en el mismo nivel de calidad estética, y con tanto apego a los perfiles morales de sus personajes.

Pero entremos ya a considerar qué son esas dos partes de que se compone el *Quijote*. En la elaboración de la primera es fácil descubrir que Cervantes principió sin tener un plan de lo que sería su completo desarrollo. Comenzó a escribir con gusto sobre un tema que le contentaba extraordinaria-

mente: la locura de un hidalgo provocada por la lectura de los libros de caballerías. Escribió de corrido algunas páginas, no muchas, que posteriormente dividió en los cinco capítulos. Ello se nota todavía. El Capítulo IV empieza con aquellas palabras de "La del alba sería...", no por galanura y elegancia de estilo, como lo creyeron muchos incautos, sino porque el párrafo final del Capítulo III terminaba con la palabra "hora". Acaso Cervantes se proponía que la historia del hidalgo manchego quedara de las dimensiones de una de sus novelas ejemplares. Y así pudo haber sucedido si la vida lo hubiera obligado a buscar un final más o menos rápido a esos primeros cinco capítulos. Siempre me sobrecoge un sentimiento de angustia y como un terror retroactivo al pensar que hubo un momento en la historia del mundo en que estuvimos a punto de quedarnos con un *Quijote* de no muchas más páginas que, por ejemplo, el *Licenciado Vidriera*. Aunque al principio de esta novela Cervantes nos da de la vida del Licenciado Vidriera como muchacho, estudiante, soldado y viajero, informaciones muy amplias —lo cual parece indicar que se proponía escribir obra de más aliento que la que nos dejó— a poco la narración apresura su ritmo y termina algo bruscamente. Eso mismo pudo pasar con la historia de Don Quijote. Pero después del Capítulo V, cuando el labrador Pedro Alonso lleva al hidalgo todo molido a su casa, después del escrutinio de la biblioteca y, sobre todo, después de que don Quijote decide volver a salir en compañía de un escudero y contrata para este cargo a esa perla de los escuderos que es Sancho Panza, nada, afortunadamente nada, podrá ya impedir que nuestro autor nos acabe de contar tan sabrosa y ejemplar historia. Porque Cervantes ha descubierto un tema que es el más precioso filón que pueda encontrar un novelista como él, que tenía además de su genio, tantas y tan grandes experiencias de la vida, y un sentido tan profundo y humano de la realidad. La locura del Licenciado Vidriera es curiosa y entretenida; su desarrollo pudo haber llenado —si queréis— más páginas que las que le dedicó Cervantes, pero como tema literario tenía fatalmente que agotarse bien pronto de puro extraña y sutil. Sentirse uno hecho de cristal, amenazado constantemente por todo objeto duro y por todo choque violento es, en verdad, locura insólita. La obsesión de don Quijote, en cambio, es universal y ofrecía al narrador campo ilimitado, ejemplos sin número, emoción y regocijo inagotables. Porque ¿quién no se ha dejado llevar por su imaginación, movida por sí misma o por la fantasía del arte? ¿Quién no se ha soñado alguna vez distinto de lo que es? ¿Quién no ha tenido la tentación de personificar en la vida algún personaje imaginario con el que sentía hondas afinidades? ¿Quién no ha querido trastornar el orden de las cosas para contribuir a la salvación de los demás?

Pero esta extraña obsesión de don Quijote requería un testigo constante; un testigo que la comprobara, que la hiciera resaltar y que se opusiera a ella;

un testigo que fuera como la voz del sentido común protestando contra los desvíos de la sinrazón. Y el buen sentido de Sancho fue como la medida de la locura de don Quijote; la medida para saber, en un principio, todo lo que esa locura tenía de desaforado, y para saber, después, todo lo que esa locura tenía de contagioso y persuasivo. Una vez inventado Sancho, la novela se ha salvado, su continuidad está asegurada. Y Cervantes, en poder de su tema inagotable, no tiene más que ir buscando que la vida real le ofrezca, en la variedad y riqueza que en aquellos tiempos tenía en España, oportunidades que provoquen y parezcan justificar la locura de don Quijote.

Y empiezan a desfilar por el libro lo que ya sabemos: los gigantes airados que toman la forma de molinos de viento; los religiosos de San Benito que llevan cautiva a una princesa; la venta que se vuelve castillo y se puebla de sombras enemigas; los grandes ejércitos, que se convierten en mansos rebaños de ovejas; el alucinado cortejo que lleva un cuerpo muerto de Baeza a Segovia; la noche con los ruidos espantables de los batanes; el hallazgo del yelmo de Mambrino y la fácil lucha para adueñarse de él; la noble hazaña de la libertad de los forzados; la galana y romántica penitencia en Sierra Morena. Todo esto llena la "Primera parte", además de cuatro o cinco historias entretenidas, algunos de cuyos personajes intervienen después en la vida de don Quijote, como Cardenio y Luscinda, Dorotea y don Fernando. Y esa primera parte termina con el encantamiento de don Quijote, quien, en una jaula, como un león feroz, es llevado a su pueblo, no sin antes haberse atrevido contra una procesión de disciplinantes y la imagen misma de la Virgen María.

Del hidalgo confiado y optimista de aquella breve primera salida, que llena los cinco capítulos iniciales del libro, al hidalgo que, en honorable encantamiento regresa de su agitada segunda salida, hay una evolución, una evolución real y profunda. Don Quijote pudo parecer en un principio parodia más o menos literal de lo que contaban los romances o los libros de caballerías; pero después adquiere una personalidad propia que alimentaba Cervantes con la más rica esencia de buen humor y filosofía que había destilado su larga vida. Frente a la complicada existencia de su tiempo —que se sale de los antiguos cauces y ofrece situaciones que ni siquiera imaginaron los Amadises de Gaula ni los Palmerines de Inglaterra—, don Quijote tiene que ir creando su propio código de caballero andante. Entonces es cuando descubrimos su ingenio, su reflexión y su elocuencia. Cualquiera de nosotros, puestos en el camino de don Quijote, hubiéramos hecho muchas más locuras que él.

Por su parte, Sancho Panza, que empieza actuando con cierto descarado positivismo y movido por eso que se llama espíritu práctico, va cambiando también poco a poco, hasta que llega al punto de no encontrar razones con-

tra la existencia del mundo que sueña don Quijote; y, a fin de cuentas —como sucede siempre a los esclavos de los intereses materiales—, su locura resulta, no sólo más injustificada que la de su amo, sino en ocasiones más ridícula. En el curso de la "Primera parte" ambos tipos se han vuelto más dignos de la admiración y de la simpatía de los lectores, y han ganado tanto en complejidad y riqueza de matices que dentro de ellos pueden caber las dos grandes familias humanas: la de los que se inclinan hacia el espíritu y la de los que dan la primacía a la materia.

En la primera parte del *Quijote* Cervantes crea, con genial inspiración, a sus dos personajes principales, y pinta, con la magnífica sobriedad y el valiente equilibrado realismo que tanto admiramos en Velázquez, el medio histórico en que se mueven, que es la España de fines del siglo XVI y de principios del XVII. Es la primera vez que un escritor reproduce el mundo de su tiempo con tan hondo sentido de la vida, con un don tan asombroso de observación y dibujo, con tan segura y noble intimidad de los hombres y las cosas; por eso el *Quijote* marca un nivel de excelencia y amplitud no alcanzado antes por la literatura narrativa de ningún país. Y podríamos decir también que, después de la antigüedad clásica, era la primera vez que la literatura creaba un tipo tan universal y humano como don Quijote, si no fuera porque dos años antes, en 1603, Shakespeare había imaginado la figura enigmática del príncipe Hamlet, que, aunque menos representativo de la común naturaleza humana, iguala en riqueza psicológica al ilustre hidalgo de la Mancha.

Y ahí quedaba esa "Primera parte" como un monumento soberbio e inconmovible: monumento en el que todo un mundo de fantasía y una larga historia de realizaciones estéticas hubieran encontrado de repente expresión definitiva, en el que todos los libros de ficción caballeresca y de pintura de sentimientos y costumbres que había producido la Europa de entonces hubieran sido sólo aproximaciones y ensayos para llegar, por fin, a esta obra maestra en la que el caballero andante se enfrenta con un mundo real y combate valerosamente con él en una lucha titánica que —como el drama que todos vivimos en la tierra— queda para siempre indecisa.

Parece que todo lo que se había escrito antes en España, desde los primeros perfiles de la prosa narrativa en *El Conde Lucanor* del Infante don Juan Manuel y la frase donairosa y conversable del *Corbacho,* hasta el dibujo encantador de *La Celestina,* la novela picaresca, los diálogos de Juan de Valdés y la elocuente concentración de los refranes y proloquios populares, parece que todo esto hubiera sido necesario para producir esa prosa flúida y limpia, personal y nueva, sin amaneramiento ni fórmulas muertas, transparente y grande, compleja y sencilla, en cuyas formas se derrama sin esfuerzo —buscando sus niveles naturales— la lengua española; una prosa que no ha

envejecido después de cerca de tres siglos y medio, tan galana como señorial, tan acordada como discreta, que brota inagotable y majestuosa de sí misma con lo que, con frase feliz, llamaba Menéndez Pelayo "abundancia patriarcal".

El artista ha creado a sus personajes y ahí quedaban vivos, con una vida más intensa y duradera que la de muchos de sus más presuntuosos contemporáneos de carne y hueso, entre ellos permitidme el gusto de señalar al mentecato Duque de Béjar, a quien Cervantes dedicó la primera parte del *Quijote*. Después de leer una obra en la que el artista ha logrado crear personajes cuya intensa vida nos impresiona por su verdad y congruencia, seguimos conviviendo con ellos después de doblar la última hoja, llena nuestra memoria de su recuerdo, con la vaga sensación de que vamos a encontrarlos en cualquier momento, y absolutamente convencidos de que tienen mayor realidad que muchas personas a quienes vemos todos los días. Es el secreto del arte. Esos personajes se han desprendido ya del autor que los concibió, tienen una existencia propia y una vez asimilados por la fantasía de los demás son como una entidad indestructible que no puede modificar ni su creador mismo.

Y ya que andaban tan celebrados por el mundo don Quijote y Sancho Panza ¿para qué escribir una segunda parte? Es evidente que el público deseaba saber más de la vida y nuevas aventuras del hidalgo manchego y su famoso escudero; pero el artista ¿no debía de resistirse a satisfacer este deseo ante el peligro de repetir, sin la misma excelencia, lo que antes había contado con tanta gracia y frescura? ¿No iba a echar a perder su autor una obra magnífica con una segunda parte donde abundaran las repeticiones mecánicas, donde la línea —al repasarse— perdiera en libertad y en finura, donde lo caricaturesco descubriera y desacreditara el secreto de tan asombrosa invención? ¿No había que detenerse, ya que hasta el pueblo sabe que "nunca segundas partes fueron buenas"? Pero digamos, en honor del pueblo, que lo que este proloquio quiere decir es que nunca fueron buenas aquellas segundas partes que son una simple repetición sin la frescura de la novedad primera, que han perdido su calidad de descubrimiento y sorpresa sin ostentar nuevas virtudes que las justifiquen y rediman.

Y Cervantes se decidió a escribir una segunda parte de su *Quijote*. Se había decidido, y hasta la había ya comenzado mucho antes de que el falso Avellaneda publicara su apócrifo "segundo tomo", al cual hace referencia Cervantes en la parte final de su libro. Todo lo que tenemos que agradecerle a Avellaneda es que haya obligado a Cervantes a activar la composición de los últimos capítulos y a darse prisa en imprimir su obra, a cuya publicación sobrevive seis meses escasos. Si el *Quijote* de Avellaneda no lo hubiera obligado a acelerar el ritmo de su trabajo, es posible que Cervantes hubiera de-

jado su "Segunda parte" incompleta, entre sus papeles inéditos, en compañía del *Persiles y Segismunda.*

Pero ¿qué es esta "Segunda parte" que no es una repetición de la primera, que no es tampoco tan distinta en la pintura de sus personajes como lo es *Veinte años después* respecto de *Los tres mosqueteros;* cuyo ambiente no está en oposición y contraste con el de su primera parte como lo están en la tierra y la gloria en el famoso *Entierro del Conde de Orgaz* del Greco; cuyo espíritu, preocupaciones y factura no se han alejado tanto de la primitiva concepción como el segundo *Fausto* de Goethe respecto del primero; cuyas situaciones dramáticas y actitud espiritual de sus actores no han variado tanto como sucede, por ejemplo, de la primera a la segunda parte del *Enrique IV* de Shakespeare? ¿Qué es esta segunda parte del Quijote de Cervantes?

Yo diría que la segunda parte del *Quijote* es la presentación más real y profunda, más fina y al mismo tiempo más sobria de la vida de los personajes que aparecieron en la "Primer parte". Porque esos personajes creados por Cervantes han seguido viviendo; se ha realizado en ellos el milagro estético de que persistan, fuera del libro, como entidades autónomas e independientes, y de que Cervantes pueda ya verlos desde fuera, acercarse a ellos, oír sus confidencias, contemplarlos detenidamente y pintarlos con mayor reposo y fino dibujo. Y ahora nosotros estamos también más cerca de ellos. Y más que el afecto —que siempre nos dispone favorablemente hacia las debilidades de nuestros prójimos—, un trato más íntimo con estos personajes nos hace descubrir que son mejores de lo que creíamos; y —lo mismo que en la vida— encontramos, al bajar al fondo de sus almas, que sus acciones no podrían ser otras, que sus juicios son sanos y razonables, que su actitud es la única sincera y digna. El artista no ha hecho más que trasladar al papel aquella existencia ideal de sus personajes. Y la ha trasladado sin que el medio de que se valía deformara el contenido, con palabras justas, que apenas pesan y que recogen y fijan de un modo delicado, pero inconmovible, la realidad de aquellas vidas imaginarias. Y aquí vuelve al recuerdo el gran pintor español Velázquez, que lo mismo que Cervantes, trasladaba la realidad sin dejar que el pincel pusiera ni más materia ni más color que el requerido para dar vida a las formas de su tela.

Estamos ya ahora más cerca de esos personajes. En la "Primera Parte" andábamos mezclados con el público que, a cierta distancia, veía desfilar, repuestos o molidos, a don Quijote y a Sancho; que contemplaba desde lejos sus hazañas; que oía traídas por el viento, sus conversaciones; que escuchaba, en las asambleas de pastores o de viajeros, los elocuentes discursos del hidalgo manchego o los cuentos con que —haciendo un claro en sus aventuras— se entretenían los personajes. Ahora hemos avanzado; salimos ya del

círculo de los espectadores y se nos concedió entrar en el círculo de los amigos, uno de los más grandes privilegios de que pueda gozar ningún hombre sensible al arte. Podemos entrar ya a la casa de Sancho Panza, conocemos a su mujer y a su hija; razonan en presencia de nosotros, Sancho orgulloso de poder corregir a su mujer y de mostrarle esos toques de cultura aprendidos —como sucede a todos— en sus viajes; en la casa de don Quijote entramos como amigo de confianza, no se preocupan por nosotros; estamos presentes cuando llega Sansón Carrasco, vemos el ir y venir del ama y de la sobrina, no ocultan de nosotros sus planes don Quijote y Sancho, los vemos salir y los acompañamos por esos caminos de Dios. Y después vamos con ellos a todas partes, testigos constantes de todas sus aventuras, reales o imaginarias; hasta que al fin regresamos a su pueblo, temerosos, por el gusto con que don Quijote alaba la tranquilidad de la vida pastoril, de que se vayan acabando las fuerzas del valeroso hidalgo.

El gran panorama de la vida española ofrece de nuevo, en esta "Segunda Parte", ocasiones curiosas pero reales, casos complejos y sutiles que ocultan mejor el punto en que descansa el engaño o la chispa que enciende la locura de don Quijote. Este mundo es más peregrino, menos familiar y común que el de la "Primera parte", pero no por eso menos verdadero. Presenciamos, juntos con el héroe, el fallido ataque a la carreta de los cómicos de *Las cortes de la muerte,* el valeroso desafío a los leones que el General de Orán enviaba al rey, el descanso de las bodas de Camacho y el engaño de Basilio y Quiteria, el peligroso descenso y las visiones caballerescas de la cueva de Montesinos, la función del retablo de Maese Pedro y la destrucción de los moros que persiguen a don Gaiferos y Melisendra; el largo episodio de burlas en el castillo de los Duques, centro, como había tantos en la Europa renacentista, de cultura y buen humor; el bosque de los ahorcados y el generoso bandolero Roque Guinart, la entrada en Barcelona, el encuentro desastroso con el Caballero de la Blanca Luna, la derrota y el accidentado regreso final a su aldea. A lo largo de todas estas aventuras no dejamos de oír, como fresco manantial, las sabrosas razones del hidalgo y su escudero. Don Quijote, tan puntual y discreto en la conversación, tan elocuente en sus discursos que nadie los ha hecho mejores y que, cualquiera que sea el tema que traten, le dan el derecho de ocupar, lo mismo entre duques que entre pastores, el primer lugar; y Sancho, ahora ya más refinado, cada vez más floreciente su ingenio que se alimenta con la rica vena del sentido común, cuya sabiduría socarrona tiene algo de prudencia salomónica. Pero no se crea que todo se pasa en razonados coloquios, en largas reflexiones, en discursos conceptuosos. La vida palpita en esas páginas, la acción es constante y dinámica, y a veces se desencadena con tal fuerza, a fin de probar la hostilidad del mundo contra don Quijote y Sancho, que el hispanista inglés Aubrey Bell ha podido decir que

la "Segunda parte" del *Quijote* "tiene algo de tremendo énfasis de un final sinfónico de Beethoven".

¿Cuál de las dos partes del *Quijote* es la mejor? Es indudable que la primera parte es la más leída, la más popular, la más fácil al gusto general por su abundante y franco humorismo; de ella han pasado más episodios a los símbolos familiares y a la imaginación popular. En punto a composición parece, sin embargo, que la primera parte es la más débil, que se escribió sin un plan premeditado y completo de su desarrollo. Interrumpiéndose —como ya lo reconocía el propio autor— con narraciones ajenas que detienen y retardan su acción, como si Cervantes, dudoso de la impresión que fuera a causar don Quijote, hubiera querido distraer al lector con novelitas de pastores, enamorados y cautivos. Es innegable que en la "Segunda parte" el arte es más reflexivo y seguro, el plan más completo y ordenado, mayor el dominio del tema, y más compleja y matizada la pintura de los personajes.

En esta cuestión el mundo de los lectores parece dividirse en dos bandos; los partidarios de la Primera parte y los partidarios de la Segunda parte. Cada uno, armado de razones, busca a su opositor, y para defender su causa exagera hasta el error su punto de vista. Se tiene por juveniles y fácilmente contentadizos a los que prefieren la "Primera parte", y por más reflexivos y finos catadores de la belleza a los que prefieren la Segunda. Aun crítico de gusto tan universal como Menéndez Pelayo llegó a tomar posiciones en esta lucha. En el famoso discurso que, sobre la cultura literaria de Cervantes y la elaboración del *Quijote,* pronunció en la Universidad Central de Madrid en 1905, nos dice que la primera parte es un "esbozo fragmentario, aunque valentísimo", que prepara la obra "serena, perfecta y equilibrada" que es la "Segunda parte". Siempre he pensado que el ilustre polígrafo español, deseoso de encarecer a Cervantes sobre todo punto, no encontró mejor medio que elevarlo poniéndolo encima de sí mismo. Porque me cuesta trabajo aceptar que se pueda decir, que la Primera parte del *Quijote* es un *esbozo fragmentario,* aunque valentísimo.

Esa Primera parte es, más bien, un gran cuadro mural, acabado y perfecto a su modo, elaborado con cierta abundancia barroca y atrevida, que no sienta mal a narración tan peregrina, y cuya composición guarda a ratos todavía algo de la fiebre de la improvisación y de la sorpresa del descubrimiento. Todos los que dicen quedarse con la "Segunda parte" es porque leen en ella, fundido y asimilado, todo lo que dijo Cervantes de sus personajes en la "Primera parte", como quedan fundidas en la mujer de treinta años la belleza y la gracia de la juventud.

Lo que sí no se puede negar es que ambas partes están matizadas con diversas luces, compuestas en tonalidades distintas, como no podía menos de suceder con obras escritas, por lo menos, a una distancia de diez años, y

la segunda cuando ya su autor se encontraba —si no con las ansias de la muerte— sí con el pie en el estribo. En la "Primera parte" está claro que domina la nota de alegría y buen humor; en la segunda hay como una sonrisa de burla y consuelo, que tiene algo de gracia melancólica. El artista va llegando al fin de su vida y ve todos los trabajos y los sufrimientos de su existencia con una bondadosa piedad que derrama sus luces plateadas sobre las páginas de la "Segunda parte".

Lo mismo ha pasado a otros artistas al fin de su carrera. A Shakespeare, que después de escribir dramas como *Romeo y Julieta, Hamlet, Otelo* y *Macbeth* —en donde la vida queda rota y ensangrentada— termina con las serenas creaciones de *El cuento de invierno* y de *La tempestad,* en donde el espíritu limpia y arregla lo que descompuso la violencia, y el perdón parece ser el postrer consejo de esas alegorías dramáticas. Y también a Beethoven, en quien toda una vida de tormentos y sinsabores se sublima —en las voces solemnes de su última sinfonía, en las melodías dolorosas y enigmáticas de sus cuartetos finales— hasta una piedad infinita y una ternura infinita.

Y de la Segunda parte del *Quijote* se desprende también, conforme llegamos a sus últimas páginas, como un aliento de simpatía y conmiseración, de viril y mansa ternura, de una piedad estoica y grande y no confesada que es como la expresión más noble y más intensa de una raza a la que siempre ha importado más el alma que los bienes del mundo, más las exigencias de la conciencia que los imperativos de la razón, más las normas del pensamiento que los compromisos terrenales; una raza que siempre ha vivido, con heroísmo sin par, la antinomia insoluble de lo ideal y de lo real, queriendo levantar la vida a donde sólo alcanza el pensamiento.

Y en Cervantes, lo mismo que en Shakespeare, lo mismo que en Beethoven, la lección y el mensaje final de su arte es una infinita piedad, una noble ternura que, a fin de cuentas, es lo único que redime a los hombres de esta salida que hacemos todos sobre la tierra.

UN POETA DE CASA *

Por don ALFONSO JUNCO

VIVIMOS bajo un régimen peculiar, muy a la mejicana, en esta Academia Mejicana. Como el establecido número de dieciocho individuos de número nos resultaba angosto, se discurrió duplicarlo dando a otros dieciocho caballeros el nombre de correspondientes, aunque radicaran en esta misma capital, con lo que forzábamos un tanto la lengua que nos incumbe defender. Y así, toda persona designada entra primero en el núcleo de los correspondientes, los cuales, por línea de antigüedad, van después reemplazando —si viven en la metrópoli— a los individuos de número que fallecen.

Y como se juzgó atinado que leyeran discurso público de ingreso también los correspondientes —porque si no, muchos académicos abandonarían, como en la realidad abandonaron, esta corporación y esta vida sin haberlo hecho—, el que habla hoy se encuentra en flagrante caso de redundancia: figura retórica no muy de su gusto. Designado académico desde abril de 1931 —fecha que pasará a la historia... por la República Española—, diez años más tarde pronunció un discurso sobre Lope de Vega y se le recibió formalmente en este mismo recinto del Palacio de Bellas Artes, dándole la bienvenida el gran poeta don Enrique González Martínez; luego, cuando el venerable don Ezequiel A. Chávez rindió la nobilísima jornada el 2 de diciembre de 1946, por mandato cronológico le tocó ocupar el numerado sitial vacío; y —retardado por una compleja red de agobios y descuidos que le atrajeron el impensado premio de coincidir con la celebración de los 75 años de nuestra Academia—, preséntase esta noche a ofrecer un segundo discurso de ingreso —¡ahora sí ya el último!—, al que responderá la voz insigne de José Vasconcelos.

---

* Discurso de recepción como individuo de número en la Academia Mejicana Correspondiente de la Real Española leído la noche del 25 de septiembre de 1950, fecha en que la Academia celebró sus 75 años de vida.

Pido, pues, disculpa —aunque sin culpa rigurosamente personal— por este pleonasmo de recepción académica. Y me apresuro a cerrar, señores, el preámbulo, y a decir cómo tengo por gala que me excede y por privilegio que me conturba, venir a tomar el sitio de uno de los varones más sapientes y ejemplares, de uno de los entendimientos más acuciosos y remontados, de una de las plumas más aireadas y alígeras, de una de las almas más finas y translúcidas que han honrado esta tierra de Méjico.

Es don Ezequiel Chávez un alto paradigma de aquel "Buscad y encontraréis" que resuena, invitador, en las páginas evangélicas.

Formado en ambiente positivista y liberal, nutrido en los maestros del pensamiento heterodoxo, encuadrado en robusta armazón política donde el laicismo era dogma, fue inmediato colaborador de don Joaquín Baranda y don Justo Sierra en la Instrucción Pública de Méjico. Explícase así, por destacado ejemplo, que presentara en el Concurso Científico Nacional de 1897 —siempre caballeroso y ponderado— puntos de vista que don Trinidad Sánchez Santos contrastó en un alegato memorable —nutrida documentación, férrea lógica, maciza elocuencia— en pro de la necesidad religiosa en el proceso educativo.

Pero don Ezequiel Chávez, aunque pagó el tributo natural a su medio y su hora, sentía el acicate de la insatisfacción y la inquietud; espíritu nunca gregario, siempre leal, inquisitivo y abierto, jamás en el decurso de sus setenta y ocho años se anquilosó; no hubo disciplina cultural, libro de nota, congreso científico ni experiencia humana que pasaran sin enriquecerlo; las conmociones sociales lo alertaron y dieron más luz y profundidad a sus pupilas; su connatural sentido religioso, entumecido o replegado un tiempo, fue avivándose gradualmente y en los últimos lustros pasando de cierta vagarosa nebulosidad a concreciones más firmes y maduras y operantes.

Ya en su *Ensayo de Psicología de la Adolescencia* (1928) surgen trascendentales confesiones. Pero tal vez el ímpetu decisivo arrancó de su encuentro con Sor Juana Inés de la Cruz, sobre la cual trazó en 1931 un libro excepcional de descubridor y enamorado, y con la cual siguió dialogando activamente, todos los días, hasta el último de su vivir.

Puesta la sandalia por tal sendero, el franciscano Pedro de Gante, maravilloso educador, atrajo la mirada y el estudio —siempre originales y personalísimos— de este educador nato que fue don Ezequiel. Y, entregado a repensar y profundizar las más altas cuestiones que preocupan y dignifican al hombre, lanzó en 1935 su libro *Dios, el Universo y la Libertad;* y, ya con el pie en el estribo para el viaje postrero, nos dejó en su obra *¿De dónde venimos y a dónde vamos?* (1946) una autobiografía espiritual y un examen conciso de los problemas fundamentales del mundo y de Méjico, obra que vino a redondearse con el *Glosario e índice biográfico* que apareció póstumo, en 1947, merced a la esclarecida devoción de la señora viuda de nuestro colega.

Yo confieso, señores, que me espolea y edifica el proceso ascendente de este varón escogido, en cuyas páginas de encendida filosofía y de místico vuelo —como cuando nos cuenta su diálogo inaudible con Sor Juana Inés y su vivencia de la comunión de las almas—, suele sobrecogerme el aleteo de lo sublime y el carisma de Dios.

Una vida inmaculada lo preparó y dispuso para la plenitud de la celeste claridad. El hombre a quien conocí ya en sus dos décadas finales —blando en la cortesía, firme en el deber, benigno en la humildad de su sabiduría—, rimaba a maravilla con sus mejores páginas y merecía el coronamiento que alcanzó.

Con la llamativa singularidad de que aquel frágil anciano que parecía ya fuera del mundo, entregaba su preocupación y su presencia a los debates cívicos y a los problemas de la hora. Atento a las cosas sumas e imperecederas, de ellas tomaba inspiración para acudir a las menores y transeúntes. Y era portento. Porque, casi anulada por la invasora primacía del espíritu, su corporeidad dijérase ya a punto de transparencia y de evasión.

Y, finalmente, se nos fue de los ojos. Aquel que con tan pura y desasida avidez había buscado, encontró. Encontró para siempre. ¡Y fue a saciarse de su hallazgo!

Después de rendir, señores, este mínimo homenaje a don Ezequiel A. Chávez, concededme vuestra licencia y compañía para evocar esta noche a un poeta de casa. De casa, por las preferencias de su inclinación afectiva y versificante; de casa, porque lo fue de la mía; de casa, porque lo fue de la de esta Academia.

Nervioso, cordialísimo, de plática vivaz. Era pequeño, extraordinariamente pequeño; y llevaba —ocultándolo cuanto podía— un nombre feo, extraordinariamente feo:

Dos cosas, para tortura,
me salieron del demonio:
tener tan corta estatura
y llamarme Celedonio.

Ya está. Se llamaba Celedonio —Celedonio Junco de la Vega —y era, para más señas, mi padre. ¿Padre de más de cuatro? De muchos más: de quince.

Por el tamaulipeco puerto de Matamoros entró al mundo, el 23 de octubre de 1863. Su padre era español de Asturias, su madre mexicana de Nuevo León. Le impusieron —y siempre le pesó como un impuesto— el susodicho nombre del abuelo asturiano: Celedonio. Contentábale, en cambio, el doble apellido

paterno: Junco de la Vega. Tan significativo y poético le pareció a López-Portillo y Rojas cuando llegó a sus oídos, que de buenas a primeras creyó que era un buscado seudónimo.

Don Cele —con esta apócope le abreviábamos la pena bautismal— estudió en su nativo Matamoros, donde tuvo por condiscípulo y émulo de primeros sitios escolares a don Francisco León de la Barra. Quedó mi padre huérfano del suyo a los trece años, y desde entonces se encarnizó en el trabajo hasta los setenta y tantos, en que una hemiplejía —dichosamente superada— fue el grave aviso de que la tarea obligatoria debía cesar. Sus hijos le impusieron el descanso, y así, con desahogada espontaneidad, dedicóse a despilfarrar versos de ocasión y a entretenerse plácidamente en su rinconcito regiomontano. Y allí expiró, el 3 de febrero de 1948, a los ochenta y cuatro años bien cumplidos.

Sesenta hacía que había arraigado en Monterrey. Ardió en lumbres de amor, nunca entibiado, por una serenísima regiomontana, y con ella labró, a los treinta años, su hogar. Quince hijos vinieron, el segundo de los cuales habla en estos momentos. Nada de turbiedades y egoísmos de "birth control": limpia y cabal aceptación de la vida, con todas sus cargas y todos sus júbilos; y éstos nunca faltaron, fervorosos y claros, en el hogar sin mácula, que alcanzó glorias patriarcales en las Bodas de Oro, coronadas por medio centenar de nietos.

Aquel hogar alborozado, resonante de risas y de besos, donde eran turistas los enojos y residentes las alegrías, donde nunca se vio sino limpieza y rectitud, donde la salud moral era algo tan connaturalizado y familiar como el aire que se respira, vuelve ahora al recuerdo y la nostalgia.

Nunca sabremos todo lo que debemos a la atmósfera hogareña, a aquella formación de cada segundo que subconscientemente se infiltra y se instala en el espíritu, que no requiere tanto la advertencia o la sanción, sino que se absorbe por todos los poros con la eficacia penetrante y misteriosa de la vida. Nunca seremos bastante benévolos y perdonadores para aquellos que no tuvieron esta bendición inicial. Nunca sentiremos con hondura bastante, cómo en el hogar desquiciado se nutre la raíz de la desgracia de tantas gentes y de la ruina de tantas cosas que fortifican y salvan.

Tuvo don Celedonio, como rieles paralelos por donde corre el vivir, la cotidiana tarea y la vocación literaria; la oficina bancaria o mercantil —nunca gubernamental— y el bregar periodístico y poético.

Fecundidad insólita: montañas de artículos, diluvios de versos, algunas obras teatrales —así *El retrato de papá*, así aquel *Dar de beber al sediento* que estrenó en Monterrey, en 1909, la ilustre doña Prudencia Grifell—; todo suelto y abandonado al rigor de la intemperie, salvo tres volúmenes de poe-

sías: *Versos* (1895), *Sonetos* 1904 y *Musa Provinciana* (1911). Triunfó en certámenes, cortó la flor natural en los Juegos del centenario de 1910, y hacia 1917 ingresó en esta Academia Mejicana, propuesto por López-Portillo y Rojas, González Martínez y Fernández Granados.

Los periódicos succionaron sus jugos: desde el lejano *Cronista* de Matamoros, obra del selecto espíritu de don Guadalupe Mainero, después gobernador de Tamaulipas, hasta *El Sol* de Monterrey, donde todavía a los setenta y tantos años escribía un editorial diario; pasando por el añoso y tradicional *Espectador* neoleonés, por *El Porvenir* que allá fundó la pluma diamantina de Ricardo Arenales —después Porfirio Barba Jacob— y por otras hojas innumerables. Periodista fue toda su vida don Celedonio, y llenó toneladas de papel con una prosa transparente y una gallarda caligrafía.

En escarceos de crítica y controversia literaria puso aquella tersura y pulcritud, aquella amenidad y señorío que hechizan en Valera, siempre con la sonrisa a flor de pluma. Viéneme al recuerdo la intencionada travesura con que deliciosamente despedazó un soneto célebre de Lope de Vega, todo para defender por tácita baranda cierta poesía de Ricardo Arenales, ineptamente vapuleada por un crítico provinciano.

En cuanto a seudónimos, le haría competencia a Rafael Heliodoro Valle, de quien las malas lenguas dicen que constituye por sí solo un sindicato de redactores. Don Cele se multiplicó y explayó como Y Griega, Martín de San Martín, Ramiro Ramírez, Armando Camorra, Quintín Quintana, Modesto Rincón, Silverio, Rubén Rubín, Pepito Oria...

Para don Celedonio toda coyuntura era causa eficiente y sobradísima razón de disparar estrofas. Una de mis hermanas que, en el recinto doméstico y sin más humos que los del hogar, cultiva también la versificación, le dio múltiples motivos. Aurora —casada con Roberto Gómez— se despedía en una carta diciéndole a don Cele que le mandaba el corazón. Y él, de rebote, le mandó esta décima:

Me envías el corazón
que habías dado a Roberto,
y me pone en desconcierto
tu original decisión.
Mas resuelvo la cuestión,
mi queridísima Aurora,
bajo ley niveladora:
aquí tu padre te envía
aquel corazón que había
entregado a su señora.

Nunca con hiel, dejó correr don Celedonio la vena humorística lo mismo en prosa que en verso:

Admiro a Samaniego,
me maravilla Iriarte:
en sus hermosas fábulas
¡qué ingenio y qué donaire!
¡cómo en forma tan fácil y castiza
han hecho hablar a tantos animales!

¡Qué chasco llevarían si, viviendo
estos dos fabulistas, intentasen
obtener ese mismo resultado
con tantos caballeros respetables!

Cultivó mi padre, con fertilidad feliz, el epigrama. He aquí uno que me parece de antología:

Sé de un ciego y una ciega
que pronto se casarán:
¿será porque hayan sabido
lo de "cásate y verás"?

El ejemplo de don Celedonio animó por este camino del epigrama al celebradísimo *Kien,* según el propio Pepe Elizondo, con cariñosa humildad, se lo contó alguna vez a mi padre. El cual disparaba a cada instante la saeta, nunca enherbolada:

Te quejas de la impresión
de tu libro, buen Severo:
¡pues qué dirán los lectores
de la que ellos recibieron!

Y a otro supuesto literato:

Yo no sé por qué tu drama
lleva por título "Insomnio",
cuando en el acto primero
nos dormimos casi todos.

Sobre un usurero:

Viendo Quirós y Bujanos
al prestamista Pinillos
retratado con las manos
metidas en los bolsillos,

"Mal no está —dijo Quirós—,
mas fuera mejor con las
manos metidas en los
bolsillos de los demás".

Era un humorista don Celedonio. También poeta en serio, aunque no presumía de vuelos encumbrados. Y señalábase más bien como versificador impecable y eufónico, de estupenda fertilidad y soltura, que descerrajaba improvisaciones a vuelta de esquina.

Literalmente a vuelta de esquina tropezó una vez con cierto amigo que le dijo al paso:

Adiós, ilustre pigmeo.

Y él, recogiendo el octosílabo, replicó de golpe:

Adiós, insigne gigante,
que te me paras delante
con ese rostro tan feo.

A su viejo colega Manuel Barrero Argüelles, encalabrinado cierta vez porque un cajista —inexperto o socarrón— le había trocado una vocal y convertido en "Burrero", le soltó:

Ninguno en el mundo entero
más desdichado que tú,
cuando la a de Barrero
te la han cambiado por u.

En cuanto había con quién, iniciaba el juego a dúo de la improvisación. Lo practicaba desaforadamente con Juan B. Delgado, cuando este poeta radicó en Monterrey y nos visitaba noche a noche. Al que nunca pudo conquistar fue a su gran amigo Othón, cincelador austero y premioso, que reputaba como agravios para la majestad de la poesía aquellos livianos escarceos.

Y siempre siguió bullidora la vena. Ya octogenario don Celedonio, con exquisita inoportunidad lleváronle, mientras florecía una huelga telefónica, el recibo del teléfono. Y exclamó al hacer el pago:

Es un contraste que no concibo
pero que ahora claro se ostenta:
por un servicio que no recibo
pago un recibo de ocho cincuenta.

Una improvisación recuerdo, singularmente feliz y de especial resonancia por la publicidad de la ocasión. Tenía el español don Francisco Somohano, periodista de amarga y satírica vena que escribía en *El Espectador* de Monterrey, una cantina principalmente concurrida por hombres de letras. Cierta noche, allá por el 1898, el licenciado Francisco de P. Morales —corpulento, sanguíneo, exuberante, cordial amigo de mi padre—, los retó a que improvisaran un soneto dialogado, con la sanción de que el primero que titubeara o no hallase rápida respuesta, pagaría las copas para todos los presentes. Al dulce "peligro" se arremolinaron los contertulios. No había más que apechugar con el retórico desafío. Y establecidas las condiciones para aquel soneto "al alimón" que había de tener consonantes forzados, por decisión de la suerte tocóle a mi padre comenzar. Y oyóse este diálogo:

J. *El negro porvenir está cercano,*
y no quiero tomar ya más veneno.
M. *No tienes tú razón, porque es muy bueno*
el líquido que vende aquí Somohano.

J. *Yo me debo marchar: tu empeño es vano,*
que de este vino blanco ya estoy lleno.
M. *Yo, que bebo mezcal, estoy sereno:*
¡si no achispa jamás vino paisano!

J. *Si yo sigo bebiendo pierdo el tino.*
M. *Y si yo te acompaño salgo mono.*
J. *Eso no es raro en ti, tú eres un tuno.*

M. *Has errado en tus bromas el camino.*
J. *Tú ya te emborrachaste, y te abandono.*
M. *Eres poco hombre tú como ninguno.*

Y como ninguno de los dos interlocutores titubeó, Somohano, entre el alborozo de los oyentes, obsequió las copas para todos.

Gustábale a mi padre, como por retozo y ejercicio, plantearse dificultades y embarazos en la versificación, para vencerlos. Y así tuvo predilección por la ardua arquitectura del soneto; y lo prefirió de consonantes forzados, o le redujo las sílabas hasta la angustia, o se dedicó a suprimir en él sucesivamente cada una de las vocales, o a comenzar todas sus palabras por la mismísima letra.

¿Venía el onomástico de una hija ausente? Pues don Cele, aunque acosado a la sazón por recio achaque, lanzábale este sonetino:

Hoy que es tu santo,
cruzando el viento
mi pensamiento
te lleva un canto.

Es un encanto
que en el momento
del sufrimiento
yo pueda tanto.

No sobre el plinto
del arte, monto
para este asunto.

A tu recinto
llego de pronto,
te beso... y punto.

Cierta vez —eran los días de "la revolución de entonces"—, recluido en la casa por alguna ligera enfermedad, aguardaba que del periódico le llevasen su sueldo. Tenía encargo de este menester un excelente joven, Nazario Villarreal; y como demorase un poco, y como don Cele —que era un portento de puntualidad y eficacia— no se distinguía por saber esperar, le enderezó al presunto emisario estos versos:

¿Será preciso que al gentil Nazario
le dirija un soneto escrito en serio,
para que pueda yo en mi cautiverio
recibir el pedido numerario?

Que vivo de los frutos del salario
no lo puedo tomar como dicterio;
pues nunca para nadie fue misterio
que no soy opulento propietario.

No me atrevo a clamar a San Porfirio,
porque fuera pecado bien notorio;
mas clamo a San Honorio y San Saturio,

por ver si así, calmando mi martirio,
manda, por San Saturio o San Honorio,
Nazario el numerario a mi tugurio.

En esta búsqueda de tropiezos por el gozo de saltarlos, surgió un soneto mínimo, con versos de tres sílabas, que Alfonso Méndez Plancarte —encarnizado escudriñador y catador literario— tiene por lo más logrado y redondo que en su línea conoce:

Canoro:
te alejas
de rejas
de oro.

Y al coro
le dejas
las quejas
y el lloro.

Que vibre
ya libre
tu acento.

Las alas
son galas
del viento.

Surgieron también cinco sonetos: *Sin A, Sin E, Sin I, Sin O* y *Sin U.* Este, el primero cronológicamente, nació suscitado por una plática amistosa y sirvió luego de ocasión y acicate para que vinieran al mundo sus congéneres. Helo aquí:

Soneto me pedís en donde omita
la postrera vocal del alfabeto,
y en dos por tres pergeñaré el soneto
si no se llega a enmarañar la pita.

Nadie para tal obra necesita
estar de ingenio y de saber repleto:
basta paciencia, y sale del aprieto
toda persona en el rimar perita.

"¡Vanidoso!" —exclamáis, ante el sentido
del octavo renglón; mas yo no paso
por mote, a mi entender, inmerecido.

Vanidad, si la tengo, será acaso
en haberme de sobra conocido
para no pedir sitio en el Parnaso.

Pero donde se las vio negras don Celedonio, fue en cierto certamen con otros ingenios amigos, a consecuencia del cual se comprometió a forjar un soneto cuyas palabras todas empezaran con *c*. Chorreando sudores y congojas apareció el canto a Canuta:

¡Canuta celestial! ¡Cuán caprichoso
catoniano certamen cohibitivo!
Comenzando con c cuanto concibo,
¿cómo cantar con canto cadencioso?

Cada concepto, ¡cielos!, cuán costoso.
Cadenas cargaré como cautivo.
Contémplame ceñudo, convulsivo,
ciñéndome cilicio congojoso.

Cuando cada concepto, como claro
cristal corriera cadenciosamente,
¿cogiera consonantes cual "Calcuta"?

¡Condenado certamen! ¡Cuesta caro!
Comenzando con c constantemente,
¿cómo cantarte, celestial Canuta?

Este humorista, este prosador, este poeta, es ahora prácticamente desconocido. Tuvo, en sus tiempos de actividad mayor, bajo el seudónimo de *Y Griega,* cierto renombre que desbordó la comarca, llegó a otros rumbos de la República y le hizo trabar comercio epistolar con gentes destacadas, como don José López-Portillo y Rojas, don Enrique González Martínez, don Victoriano

Salado Alvarez, don Manuel Puga y Acal... Pero siempre siguió oculto en su rincón; la provincia no posee los magnavoces que forjan nombradías, y a don Celedonio —la verdad sea dicha— le tenía absolutamente sin cuidado la fama.

Vivió dichoso en su penumbra, y nada le interesó más que el amor y la amistad. Tenía el corazón en la mano para todos, y a todos les ganaba el corazón. Era una emisora de simpatía, y la simpatía volvía a él como un eco múltiple. Hombre bueno y jovial, caballero sin tilde, varón de ternura, recogió en los suyos la que sembró. Su partida fue un duelo grande en la capital nuevoleonesa. Tuvo vida y verdad en don Celedonio aquel alentador alejandrino de Amado Nervo: "Cuando sembré rosales, coseché siempre rosas".

Permitid ahora, señores, que el hijo evoque y reviva en estos momentos aquel trance final.

Febrero de 1948. Teléfono de Monterrey. De noche, como los ladrones, me llega la noticia. Primero, muy grave. Después, ha muerto. Ha muerto mi padre, y ni siquiera tengo el triste consuelo de recoger sus últimas palabras y pedirle su postrera bendición. "Dios lo ha querido así: ¡bendito sea!"

Y mientras dispongo, a media noche, mis cosas para partir por el avión matutino, agólpanse, en tumulto de ternura, los recuerdos. No, no tengo de qué plañirme sino de qué dar gracias. Traspuesto el medio siglo, es la primera vez que se acerca la muerte a esculcarme en lo vivo del alma.

Vencidos los ochenta y cuatro, en su rinconcito sosegado del que estaba contento en no salir, con la sencillez con que había vivido, se extinguió don Celedonio Junco de la Vega. No tuvo mucho esfuerzo que hacer el espíritu para separarse de aquella leve y menuda porción de materia que apenas lo retenía. Se apagó mansamente la llamita veladora que sólo suavizaba ya la penumbra para señalar el sitio sagrado.

Y se levantan, en la profunda lejanía, los recuerdos...

Aquellas pláticas mientras venía el sueño, ya metidos los dos en la cama anchurosa. Mi avidez infantil, amamantada en leche de poesía y jugo de letras, suscitaba y bebía con deleite las confidencias paternales: amistades literarias, anécdotas, opiniones... Y el espíritu se iba nutriendo gustosamente

Un día, sentado él a la mesa y a la vista las pruebas de su libro *Sonetos,* me alargó uno:

—A ver. Te doy cien pesos si me encuentras aquí una *a:*

¡Pero cómo no la había yo de encontrar!

Y ante la azorada decepción, vino el leer ya a sabiendas aquel soneto *Sin A,* y luego sus medio hermanos, huérfanos de las otras vocales.

Se me representan aquellas cuartillas en que, a lápiz y con elegante caligrafía, iba mi padre trazando sus artículos, sin premiosidad ni celeridad: con

un ritmo tranquilo y sin una sola tachadura. Rara vez el lápiz se invertía para borrar, con pulcritud, algún vocablo. Y así, limpio el original como la prosa, íbase a las cajas. Resmas y resmas de periódicos de provincia quedaron atestadas de aquella ingente labor, desperdigada y en gran parte perdida, mucha en anónimo editorial, mucha bajo una capa variopinta de seudónimos.

Luego, llegada la máquina de escribir —y vencida la etapa del desdén, con reto de mi padre a los primeros inexpertos mecanógrafos para que escribieran sin errata más aprisa que él a mano— adoptó la novedad que, naturalmente, le fue al cabo imprescindible. Y así tecleó, ya anciano y durante largos lustros, un editorial diario, que quedaba concluido al amanecer, antes de que las gentes y los ruidos de la casa entraran en movimiento.

Alcanzo todavía a recordarlo en sus líricas arengas de fiestas patrias. Con dignidad y fervor celebrábanse en Monterrey las fechas septembrinas. La noche del 15, en la Plaza de Hidalgo y desde templete al aire libre, don Bernardo Reyes, gallardo en su uniforme de gala, volcaba con estentórea voz un "¡Mejicanos!" que estremecía la plaza y todavía me retumba en el espíritu. Y la mañana del 16, en el Teatro Juárez atestado de público vehemente, presidía de levita cruzada el gobernador y hablaban los letrados más idóneos. Mi padre siempre en verso, blandiendo el papel porque jamás fiaba en su memoria, y declamando con clarísima dicción y tono y mano vibrantes.

Aun no acababan los prejuicios contra España, que solían rebrotar en la oratoria populachera de esos días. Mi padre acentuaba la nota opuesta. Quédanme prendidos en la memoria los cuartetos rotundos con que inició su arenga un 16 de septiembre:

¡Heroico pueblo de la patria mía!
No vengo aquí para lanzar injurias
a la nación indómita y bravía
que dominó en Anáhuac tres centurias.

Siempre a lo noble tributé mi culto,
y aunque a ciegos espíritus no cuadre,
no he de arrojar el lodo del insulto
sobre la tierra en que nació mi padre.

Y el pueblo nuestro, ingenuo y emotivo, pronto siempre a la voz de la nobleza, desplomábase en un enorme trueno de aplausos.

De niño —y ya autor incipiente— fui a menudo amanuense de mi padre cuando hacía versos. Su facilidad contrastó siempre con mi dificultad. Dictábame y, sin exceso de dudas ni repulgos, corregía y se decidía. El cancelaba pronto mis perpetuas perplejidades y cavilaciones en la elección. Pero amaba

la exigente pulcritud, y detestaba por igual el rebuscamiento y el descuido. Su norma se objetiva en esta décima a un poeta novel:

No tengas, bardo, a desdoro
pulir con tesón el verso
por exhibirlo tan terso
como lámina de oro.
Bien está: mas el decoro
de la musa que se estima,
pide que limar la rima
sea tan sutil labor,
que no perciba el lector
los chirridos de la lima.

Entre los versos que tracé al dictado de mi padre y que *hicimos* juntos, vuélveme ahora, con punzante oportunidad, un soneto a la Muerte. Desde entonces, en plenitud de tarea para sustento y por amor de los suyos, preocupábase generosamente por los demás, no por él. Cantaban los tercetos:

No de su propia suerte mi corazón se cuida:
mas a mi lado hay seres, y mírolos perplejo
pensando qué destino les guardará la vida.

Son de mi hogar encanto, son de mi amor reflejo:
y tu presencia ¡oh, Muerte! mi espíritu intimida,
no por lo que me aguarda, sino por lo que dejo.

Quiso el Señor llamarlo cuando ya no podía esta perplejidad ponerle zozobra. Y su despedida fue como para diseñarla en un deseo de buen morir. Sin prolongación de congojas ni para él ni para los suyos, resolvióse en unas horas, que le dejaron recibir con dulce lucidez los auxilios y la visita misma de Dios, llamar a los hijos para acariciarlos y bendecirlos uno a uno, poner en el dedo de la esposa el propio anillo nupcial y dedicarle un último piropo...

Ochenta y cuatro años de tarea ejemplar, de humor no acibarado, de inexhausta ternura, de vida hidalga, quijotesca y diáfana. Al evocarlos, señores, en vuestra presencia hospitalaria, ha querido la sonrisa de los labios engañar la humedad de los ojos.

RESPUESTA AL ANTERIOR DISCURSO

Por don José Vasconcelos

DON Alejandro Quijano, nuestro ilustre Director, me ha honrado con el encargo de dar en su nombre la bienvenida al nuevo académico de número.

El elogio de Alfonso Junco, más que deferencia para el colega, obligación de la amistad y el afecto, es para mí deuda de admiración hacia un alma en que se juntan: el poeta sublime, el escritor valiente y probo y el ciudadano digno e insobornable. Tres calidades excelsas que pocas veces se dan con igual proporción y armonía en naturaleza tan confusa como la del hombre.

Los tres aspectos de nuestro personaje interesan a la Academia porque cada uno de ellos ha motivado producción escrita de parte de nuestro colega, y merecen también la atención de la Patria entera, porque en Junco la literatura no es vestimenta sino resplandor de una conducta animada por la convicción, iluminada por el ingenio, enriquecida con la cordialidad.

Equidistante del polígrafo que llena cuartillas sin plan, así como del estilista que se restringe, preocupado del modo del decir, más bien que por lo que diga o por lo que quiere ocultar, Junco es, ante todo, un carácter lleno de entereza. Su temperamento no es precisamente de académico, y no estaría aquí, como no lo estaría yo, si no fuese porque la Academia Mejicana de la Lengua tiene superado el academicismo antiguo desde que ha tolerado en su seno a personas que, si no sobresalen en el arte fino del gramático, en cambio han sabido valerse del idioma para expresar ideas o valores en ciencia o en arte, literatura o saber.

Para Junco, como para tantos en nuestros días, las letras son un instrumento, un medio y no un fin. Su posición es de adalid que acepta los riesgos de una convicción, desdeñando de antemano el privilegio que suelen dar las letras en los medios incultos y las enemistades que provoca la afirmación de la verdad. Por encima de Academias y Sociedades de Ciencias, Junco, ajeno a la vanidad pueril de títulos, diplomas y condecoraciones, ha estado atento siempre a cumplir con los compromisos graves e irrevocables que todos tenemos con la propia conciencia.

La conciencia del justo se inclina a la bondad: por eso mismo, constantemente se ve constreñida, pese a su índole pacífica, a pelear contra todo lo que es falso, deshonesto y turbio. Condición de la entereza necesaria para este combate, es una severa intransigencia aplicada en primer lugar a la propia conducta y en seguida a todo lo que viola las esencias de la rectitud y la lealtad. De otra manera el escritor jamás logrará influir en el ánimo ajeno. Junco es de aquellos que ejercen influencia porque no sólo halaga sino que irrita, molesta y condena cuando es necesario hacerlo.

Analicemos brevemente la obra de Alfonso Junco.

Del poeta debo confesar que conozco poco sus composiciones profanas que, por otra parte, no sabría juzgar dada mi conocida insensibilidad para ciertos géneros de la lírica. En cambio, cuando Junco nos hace penetrar en el orden sobrenatural, en seguida nos contagia la naturalidad con que se mueve y nos lleva a lo sublime. Sus versos místicos recuerdan a los mejores clásicos españoles, como cuando clama:

Señor, yo quiero ser como esa fuente
que pusiste en la hondura, recatada
de los vanos ruídos de la senda...
Quítame todo lo engañoso, y dame
el inefable don de la divina
simplicidad...

Otra composición suya, *La dulce fortaleza,* nos define una posición personal y también castiza:

Pero sé firme, diáfanamente;
indomeñable, con suavidad:
no la ceñuda playa de rocas,
agria y soberbia, brusca y rival,
sino la playa de arena humilde
en donde muere, vencido, el mar,
no con clamores broncos de guerra
sino con mansos ritmos de paz.

Y así sucesivamente.

Como escritor Junco es, fundamentalmente, un polemista. Su fuerza, en consecuencia, se revela cuando toma la ofensiva o se defiende; no cuando asiente.

Es muy fácil ganar fama de escritor desde una posición oficial ventajosa que permite suplir con el encargo público lo que falta de personal prestancia, o bien dedicándose a la fácil alabanza de todo lo que ocurre. Buscar el lado bueno de las cosas y olvidar el malo, aconsejan los prudentes. El héroe del pensamiento, sin embargo, es como el alma en el poema de San Juan de la Cruz, que se va desnudando de todo artificio y atavío, hasta quedarse dueño de sí, humilde y fuerte. Postura semejante sólo la alcanzan aquellos que se han resuelto a jugarse el destino entero a la carta de la justicia y el bien absolutos. En la empresa, muchas veces es inevitable romper con el amigo, con el poderoso, con la sociedad en que se vive y con la época, a cambio de incontables amarguras y sin otra recompensa que la tranquilidad de la propia conciencia, y en tanto que el vulgo califica de díscolo, de inquieto y de molesto, a todo el que así se resuelve a servir el bien sin condescendencias con el fariseo.

Cierto ex-diplomático brasileño, bien conocido de muchos de nosotros, acostumbraba dividir los caracteres en dos ramas diferentes: la de los "cómodos" y la de los "incómodos". Y por ejemplo decía: "¡Ah, fulano de tal, está bien, tiene una ideología cómoda!" Señalaba de esta suerte a los de trato agradable, quizás ingenioso, pero inocuo, o sea que no hacen daño pero tampoco bien. Procuran tales sujetos disimular sus preferencias, refrenar sus pasiones o no tenerlas, encubriendo todos sus actos con el disfraz de una cortesía superficial. Para todos estos que nunca tomaron partido, ya hay desde hace tiempo sitio, y sus señas constan en no sé qué Canto del Dante.

Junco es de los otros, o sea de los que profesan ideología incómoda. Su vida toda se ha desarrollado a contrapelo de los mitos y convencionalismos de su tiempo. Cierta prensa, cómplice de toda infamia, suele llamar hoy a los incómodos, simplemente "discutibles". Estos desgraciadamente son pocos, y la casta numerosa de los cómodos hace como que no los advierte. Pero los incómodos siguen adelante, arrastrados, casi a su pesar, por una fatalidad gloriosa que los lleva a la defensa de convicciones y lealtades sin cuidarse de la propia seguridad y comodidad. Y sucede casi siempre, que son los de la casta incómoda los que a la postre resultan identificados con lo que es digno y noble.

Con un poco de talento y algo de astucia, el de la "ideología cómoda" se acomoda fácilmente y en seguida conquista prebendas y títulos con el aplauso de la mediocridad. Aureolas tales, sin embargo, se decoloran pronto y se desvanecen con la generación que las fabrica. En cambio, la galería de los grandes, hecha de los incómodos, consagrada por el número y la calidad de los enemigos que suscita entre los contemporáneos, pervive y se acrecienta con el paso de los años.

En honor de Junco es justo decir que ha sabido ser disidente, cada vez que

la disidencia significaba fidelidad a valores más altos que la opinión del vulgo. Las páginas con que Junco ha contribuido a la pelea de los incómodos contra los cómodos, del bien contra el mal, de la verdad contra la hipocresía, llenan las columnas de la prensa nacional, que por fortuna todavía conserva algún rincón para la censura, la indignación y la protesta.

Nos detendremos, finalmente, y por un breve instante, a juzgar de Junco como ciudadano. Para ello es preciso reconocer el ambiente de estrechos partidarismos en que le ha tocado vivir. Imposibilitado por el medio para desarrollar sus virtudes políticas, ha tenido que conformarse con la posición de "protestante", ¡él que es tan buen católico! Impedido para la acción y condenado a la protesta casi siempre estéril, igual que tantos hombres de bien, anda por allí, sin embargo, un discurso suyo que es pieza de antología de la oratoria electoral. Y será recordado el día en que nuestra Historia se escriba con el criterio de la incomodidad, que es la de la verdad. En todo caso, su conducta cívica ha sido un ejemplo de aquel que, ante quienes se encumbran sin escrúpulos, prefiere perder sin doblegarse. Es él uno de aquellos que ponen condiciones al éxito, porque sabe que nunca le faltará el refugio majestuoso de su rectitud.

Cuando así se procede, los tropiezos de la contienda no dejan en el ánimo residuo alguno de hiel. Ningún rencor empaña su bandera de cristiano auténtico, y su actitud de político puede ser entregada a una crítica que, a semejanza de lo que hace la Academia con el idioma, tendrá que rendir fallo que limpia, fija y da esplendor.

El esplendor de su persona procede del equilibrio de sus facultades. El alma es la fuente de donde toman el lenguaje, las artes y la conducta, aquella fascinación que nos seduce y convence. Puede y debe el Estado y compete a la colectividad, reconocer y premiar el mérito, pero ni el Estado ni las Academias son capaces de crear la honra. Por lo que ésta no depende de los títulos oficiales ni de los diplomas de los Ateneos. La honra se forja en la conciencia y se consolida y crece con la acción generosa y esclarecida. De suerte que hoy, nuestra benemérita Academia incrementa su valía por el ingreso de Alfonso Junco, que viene a dar honra más bien que a recibirla.

Llega, para el que ha vivido un poco largo, un instante en el cual pierden interés todas las circunstancias sociales y políticas, humanas y geográficas que han solido condicionar su persona. Este instante de la verdad es aquel en que el alma se contempla sola frente a la suprema realidad de su Creador. No importa entonces en qué rincón del universo se encuentre la criatura: planeta o estrella, cumbre o abismo; lo único que interesa es la oportunidad de su destino, el uso que de él haga entre los miles y millones de seres que pue-

blan el Cosmos: la oruga y la bestia, el hombre y el ángel o el arcángel. Estos últimos, según parece, requieren para su plenitud, un ambiente electromagnético, diferente del del planeta y propio quizás de las estrellas. Pues todo es, en la naturaleza, jocundidad y plenitud. Lo único desierto es el alma de aquel que ha renunciado a la esperanza y con ella al recurso supremo de la fantasía.

¿Qué es la fantasía? No faltan desorbitados que desconociendo su empleo se ven conducidos por ella al infantilismo, la extravagancia y la locura. Para evitar semejantes desvíos contamos con la ciencia que se deriva de la experiencia de los grandes maestros de la Revelación. Ellos han hecho uso de una fantasía que se disciplina con la razón en todo lo que atañe al rigor del discurso, pero no pretende extraer del silogismo lo que él no contiene, o sea, las realidades que se nos dan directas en la meditación de lo que existe, desde lo bajo a lo más alto. Disciplina por excelencia de la fantasía acerca de lo invisible, la hallamos en el teólogo que fija, depura y configura los descubrimientos del alma de los videntes y los elegidos, y los organiza en doctrina.

La verdad es el resultado de utilizar, coordinadamente, nuestras facultades todas: la sensibilidad, la razón, la imaginación, indispensable esta última, según la autoridad de Whitehead, aun para el hombre de ciencia que pretende darse cuenta de los procesos de la realidad. ¡Mucho más necesaria, en consecuencia, para la investigación de lo imperecedero!

Más allá de la imaginación misma, se halla la ciencia que la organiza, eso es la fantasía. No puede, no debe salirse ésta, de los patrones de lo verosímil según la armonía del Universo, pero es su deber adelantarse a los procesos conocidos a fin de concebir posibilidades nuevas mediante el empleo de los elementos conocidos. Concebir es ya la mitad del crear. Para concebir con la fantasía apelamos a todo cuanto sabemos y lo integramos en atención profunda, que dispone de todas las antenas del alma. El mensaje iluminado que entonces se capta con la fantasía es parte de la infinita capacidad de lo absoluto, para quien nada hay imposible. Con la fantasía participamos por instantes del júbilo que mantiene vivo el Universo. Y nos asigna a cada uno función: como a los astros en la noche, a las almas en la eternidad.

¡Soledad de las almas en la cual a cada una se revela su puesto y su función en la existencia! Hora de la decisión que tiene algo que tanto recuerda la noche del condenado a muerte, "puesto en capilla", se dice, para ser ejecutado al amanecer. Desligado de todo lo terreno se llena de pasmo el alma delante de lo inexorable, y por una parte purga su culpa de aquella grave responsabilidad que sin embargo no es del todo nuestra —la responsabilidad del pecado en que se nace—, y por otra, se entrega a la esperanza del milagro de la transfiguración. La vida entera es una prolongada soledad profunda que nos va preparando para la prueba de lo infinito.

¿Para esta alma desnuda tiene algún significado la efímera realidad de una Academia? La tiene quizás porque una Academia, al fin y al cabo, es coro de almas tan desamparadas como la de Junco, como la de cualquiera de los académicos.

El alma de Junco nos invita a disertar con profundidad, porque Junco no es sólo humanista. Esto complace y tranquiliza. Me refiero, por supuesto, al humanista a estilo contemporáneo que se queda en la mitad menor de su persona, la del tránsito terrestre. Junco es de los que saben que cuando la vida llega a la altura del hombre, con él inicia un desarrollo que es un destino.

Antes del hombre la vida es un simple intercambio de elementos químicos agotables, en la respiración, la digestión, el metabolismo. Todo lo que de tal vida participa lleva en la entraña la fatalidad de la muerte por agotamiento y por desintegración de sus componentes. Entre todos los que padecen el absurdo drama que es la vida de las especies, es el hombre el primero que se da cuenta del error implícito en su existir y se empeña en buscarle la salida natural, el escape libertador. Cuando la fuerza del vuelo se agota nos refugiamos en el consuelo de la dispersión en la nada, una nada vacía pero definitiva y tranquila. Otros —y ésta es la solución más necia— se refugian en el culto de algo peor que el hombre, o sea la humanidad: triste, perecedera abstracción que no satisface ni a la ilusión más menguada.

Es claro que seres como nosotros, condenados a comer y beber para poder subsistir, no constituimos finalidad ni siquiera para la hormiga, que algún evolucionista podría imaginar entregada a obscura brega para llegar a la altura del hombre. Al contrario, la hormiga, por alguna de sus virtudes, puede servir al hombre de paradigma, por ejemplo en su laboriosidad. Punto muerto y desviación de la corriente del existir, corrupción de la vida es el hombre, si lo dejamos abandonado a sí mismo, ensimismado en ese humanismo que no desdeñamos como lo despreciaba el estoico, simplemente lo contemplamos con cristiana piedad; piedad y simpatía fundadas en que, dentro de esa escoria de lo humano, estamos nosotros mismos y lo que más queremos: hijos, padres, amigos, la experiencia toda de nuestras almas.

Del otro lado y frente a toda clase de humanismos, está la figura más grande del Universo, la que trasciende y liquida no solamente la Historia, también los dos mil millones de años que abarca la evolución, puesto que introduce en ella el secreto y la posibilidad de la resurrección.

En realidad y desde el punto de vista del Creador, la resurrección no es otra cosa que un sencillo artificio que transforma los elementos de que se compone la vida y los subordina a una especie de movimiento continuo que es el espíritu y para alimentar el cual no es necesario allegar combustible. En

la vida de carácter celeste coinciden movimiento y perennidad; en ella la existencia se hace definitiva, como un fuego que no se agota y arde pero no quema. Esta alquimia nueva del existir opera en el milagro de la resurrección. Si no hubiese resurrección, el concebirla es ya la mitad de su existir: pero la fantasía cumple su término cuando logra la coincidencia de ilusión y realidad.

En la realidad hay un estado de milagro perenne que el alma sospecha aun antes de conquistarlo. Pero aunque así no fuere, antes que conformarnos con un humanismo demasiado humano, preferiríamos acogernos al término natural de una evolución humanística que es la bomba de hidrógeno, en cuyo seno todo revierte a las formaciones originales de la existencia. Por fortuna. más allá de las acciones y reacciones que ocurren en el planeta y en el Cosmos físico, juegan los destinos de seres estelares que Platón vislumbró en su Venus Urania. Para libertarlos y darles como patria la eternidad, apareció el Salvador que sacude y conmueve, rige y penetra los mundos.

Alfonso Junco, a fuer de humanista cristiano, es candidato para esta vida de salvación, y además llena con abundancia los requisitos usuales para el ingreso a nuestra Academia. Y aquí lo tenemos: Alto Varón de las letras y Gran Señor de la vida. Señor porque, si bien tiene generoso el ánimo y blando el afecto, la espina dorsal la tiene muy dura. ¡Para recibirlo según merece. es menester ponerse de pie!

SETENTA Y CINCO AÑOS DE VIDA ACADEMICA *

Por don ALBERTO MARÍA CARREÑO

LA vida es transformación perenne, lo mismo entre las plantas, que entre los animales, que entre los hombres.

Una semilla insignificante por su tamaño, germina; brota del suelo un pequeñito tallo verde, que a medida que pasan los días va creciendo y fortaleciéndose; tórnase en árbol; éste se llena de flores que se convierten después en frutos, y cada fruto encierra semillas que al caer en fecunda tierra producen un tallo nuevo, un árbol nuevo; otra vez flores, otra vez frutos, otra vez semillas, y la transformación puede no tener término, si existe quien cuide amoroso de mantenerla.

Hecho semejante ocurre con los demás seres vivientes: nacen, se desarrollan, crean vástagos, y aunque en la sucesión de la existencia humana el padre que engendra un hijo desaparezca y muera, su sangre corre ya por las venas de sus hijos; de las de éstos pasa a los nietos, y la transformación sigue de este modo a través de generaciones y generaciones.

Lo mismo acontece con ciertos institutos, cuando la semilla social no se malogra, porque su calidad es óptima y hay quien debidamente la cultiva. La existencia de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española es comprobación de este fenómeno biológico y social.

En Madrid existió un grupo notable de sembradores, que orgullosos de los frutos de su propio huerto, la Real Academia Española, resolvieron propagarlos en las tierras que antes fueron parte de España; que en rigor lo siguen siendo, no ya por lazos políticos que por egoístas son efímeros; sino por ligas de afectos que son eternos, porque son desinteresados.

Llamáronse aquellos amantes de su lengua y de la nuestra, que es la misma, D. Mariano Roca de Togores —Marqués de Molins— y D. Patricio de la Escosura, D. Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Fermín de la Fuente y Apezechea, D. Eugenio de Ochoa y D. Antonio Ferrer del Río; y en 24 de no-

* Discurso leído el 25 de septiembre de 1950.

viembre de 1870 sugirieron a la Real Academia Española y ésta aprobó la creación de academias correspondientes en los países del Nuevo Mundo para que todos se ocuparan en cuidar esmeradamente de la lengua común.

Les quedaba para realizar con éxito aquella tarea escoger la simiente que pudiera germinar y florecer y fructificar; y por lo que respecta a México desde luego se puede asegurar que la selección hecha en España y en nuestra Patria fue tan eficaz, tan acertada, que a ella se debe que nuestra Academia acabe de cumplir setenta y cinco años de vigorosa existencia.

Tras de una serie de pequeños incidentes que no he de recordar en esta noche, pues los hice constar en la historia del Instituto y, además, debo ser breve, muy breve, el día 11 de septiembre de 1875 efectuóse la sesión inaugural con la presencia de uno de los grupos más notables de hombres de letras que ha tenido México.

La sola mención de los nombres de quienes iniciaron los trabajos de la Academia explicará el éxito de ésta: eran filólogos, gramáticos, filósofos, bibliógrafos, poetas, comediógrafos, ensayistas, biógrafos, oradores, periodistas, críticos, historiadores; y aunque uno de los designados en España, Don Sebastián Lerdo de Tejada, entregado a la política militante —era el Presidente de la República—, jamás tomó parte en las académicas labores, resulta indispensable recordar el suyo con todos los demás nombres; y éstos han de ser mencionados en orden alfabético, porque la Academia jamás ha querido sobreponer a determinados miembros suyos; los que han sobresalido lo han realizado por su personal y noble esfuerzo.

A Don Alejandro Arango y Escandón debe, pues, seguir Don José María de Bassoco; a éste Don Joaquín Cardoso y Don Casimiro del Collado; a Don Joaquín García Icazbalceta, Don Juan Bautista Ormaechea y Don Manuel Orozco y Berra. Vienen inmediatamente después don Rafael Angel de la Peña y Don Manuel Peredo; y cierran esta notable lista Don Francisco Pimentel, Don José María Roa Bárcena y Don José Sebastián Segura.

Hay un hecho muy digno de picante observación: suele llamarse "inmortales" a los académicos, y lo son... hasta el día en que al pagar a la Muerte el inevitable tributo, mueren como todos los mortales. Pero ¿qué más? Dos ilustres mexicanos: Don Manuel Moreno y Jove, y Don José Fernando Ramírez, apagan la luminosa lámpara de su existencia al ser incorporados por la Real Academia Española entre los "inmortales" de México, y no llegan siquiera a participar en las labores de nuestro Instituto. Es que la inmortalidad se la procuran a sí mismos algunos que son académicos y otros que jamás lo han sido.

Todo aquel ilustre grupo de caballeros estaba formado por escritores distinguidísimos que constituyeron brillante sol de mediodía en nuestro firmamento literario. Don Francisco Pimentel, sea un ejemplo, con su historia de

la Literatura, con sus valiosas publicaciones sobre lenguas, costumbres y condiciones de nuestros indios, ha servido de guía a nuevos "inmortales"; Don Rafael Angel de la Peña los ha ayudado igualmente con su admirable gramática y sus demás estudios gramaticales; Don José María Roa Bárcena constituye el recuerdo constante y vivo de nuestra terrible tragedia del 1846 al 1848. Hay dos, sin embargo, de aquel grupo, que indudablemente alcanzaron la inmortalidad: Don Joaquín García Icazbalceta y Don Manuel Orozco y Berra, cuya labor es tan intensa y tan trascendental, que se proyecta en el tiempo y en el espacio para edificarles el grandioso monumento que proclama su inmortalidad.

Ahora bien: todos aquellos académicos se empeñaron en mostrarse agradecidos a la Real Academia Española en la mejor y más grata de las formas: estudiaron con verdadera devoción la lengua en que exteriorizamos nuestros pensamientos, a fin de *limpiarla* de impurezas; procuraron *fijarla* en el uso apropiado, no tratando de anquilosarla, pues bien sabían que toda lengua para vivir necesita acudir a nuevas voces a fin de presentar los nuevos inventos que el hombre día por día va realizando; sino cuidando, al formar centenares de papeletas enviadas a Madrid, que cada palabra diera una apropiada dirección al pensamiento.

En cuanto a proporcionarle *esplendor,* la mente humana tiene mil y mil recursos, que por igual pueden manifestarse en la prosa y en el verso; en las elevadas lucubraciones filosóficas, y en las páginas severas o frívolas de la novela; en el poema épico, y en el mordente epigrama; en la crítica de arte, y en las investigaciones de la Historia; y bien realizaron su tarea, cada uno según sus preferentes actividades. Algunas de las obras más valiosas de nuestra Literatura en sus muy variadas formas se produjeron entonces en el seno de la Academia.

Los primeros académicos mueren; pero su vida y su ejemplo son atracción irresistible para sus inmediatos sucesores, y a éstos siguen otros y otros en transformación perenne.

Recórrase la nómina de la Academia y se encontrarán registrados algunos de los más insignes pensadores mexicanos; y si, como es natural, se encuentran excepciones, ellas hacen resaltar más aún la calidad altísima de aquéllos.

Hay humanistas como Ignacio Montes de Oca y Obregón, Joaquín Arcadio Pagaza, Joaquín D. Casasús y Gabriel Méndez Plancarte; filólogos como Cecilio A. Robelo, Audomaro Molina, Jesús Díaz de León, Miguel Salinas y Pablo González Casanova; filósofos como Porfirio Parra y Antonio Caso; poetas como Salvador Díaz Mirón, Juan de D. Peza, Enrique Fernández Granados, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Manuel José Othón, Juan B. Delgado y Federico Escobedo; críticos de arte como Manuel G. Revilla y José Juan Tablada;

comediógrafos como José Peón Contreras y José Joaquín Gamboa; educadores como Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez; novelistas como Rafael Delgado, Emilio Rabasa, Manuel Sánchez Mármol, José López Portillo y Rojas y Federico Gamboa; cuentistas como Cayetano Rodríguez Beltrán y Manuel Puig Casauranc; oradores como Francisco de P. Labastida, Francisco M. de Olaguíbel y Francisco Elguero; biógrafos y críticos literarios como Francisco Sosa, Francisco A. de Icaza y Antonio de la Peña y Reyes; expositores del Derecho como Luis Gutiérrez Otero, Silvestre Moreno Cora, Joaquín Baranda, Mariano Coronado e Ignacio Mariscal; bibliógrafos como Genaro Estrada y Enrique Fernández Ledesma; economistas como Enrique Martínez Sobral y Carlos Díaz Dufoo; periodistas como Ignacio Aguilar y Marocho, Francisco de P. Guzmán, Rafael Gómez, Victoriano Agüeros, Francisco Pascual García, Manuel Puga y Acal, José Elguero, Teodoro Torres y Celedonio Junco de la Vega; historiadores como Francisco del Paso y Troncoso, Alfredo Chavero, José María Marroqui, José María Vigil, Luis González Obregón, Victoriano Salado Alvarez, Carlos Pereyra y Mariano Cuevas. De esa nómina se destaca en mi mente y en mi agradecimiento Tirso Rafael Córdoba, porque con su sencillo pero notable *Manual de Literatura Hispano-Mexicana* puso ante mi vista el florido campo de las letras durante los primeros días de mi adolescencia.

Los académicos muertos, únicos que he querido mencionar y que he recordado sin concierto, al azar, conforme sus figuras graves o risueñas fueron desfilando en mi memoria, acaso serían mejor clasificados en otras actividades que las que les he asignado; porque casi todos o, por mejor decir, todos, como las piedras preciosas ya pulimentadas, ostentaron muy numerosas facetas que les permitieron brillar intensamente en nuestro mundo literario. Muchos de ellos también han penetrado en el empíreo de los inmortales.

Y cuando se analiza con cuidado tal nómina; cuando se pasa lista de presente a los que contribuyeron y a los que siguen contribuyendo a glorificar no sólo esta Corporación, sino nuestra lengua a fin de cumplir con los propósitos de nuestro Instituto, se observa un fenómeno social que es el que ha cooperado a que éste cumpla tres cuartos de siglo de vida activa; tal fenómeno consiste en que para renovarse llama a su seno nuevos miembros, tomando en cuenta únicamente la capacidad del candidato para cumplir los anhelos expresados en el trascendental lema adoptado por la Real Academia Española y por sus Correspondientes: "Limpia, fija y da esplendor" a la lengua castellana.

En efecto: basta examinar la nómina total para darse cuenta de que la forman sacerdotes, obispos, arzobispos católicos; liberales, librepensadores y acaso algún ateo; amigos de los gobiernos y servidores suyos; y opositores a ultranza de esos mismos gobiernos; pero de igual manera que el cuerpo humano se sirve de sus dos manos, la derecha y la izquierda, la Academia emplea

para sus nobles fines la izquierda y la derecha, que se enlazan y se estrechan cuando la cooperación de ambas es necesaria.

El caso que presenciamos esta noche en que se conmemora la fundación de nuestro Instituto es, en verdad, típico. Alfonso Junco entra por la puerta principal a tomar asiento como individuo de número; Junco que nos hace pensar en los *cruzados* que van a Palestina desde Europa con el fin de rescatar el Santo Sepulcro; o en Santo Domingo de Guzmán, que denodado combate sin cesar a los albigenses. Y llega hasta la puerta para recibirlo con los brazos abiertos, quien quizá en más de una ocasión en la prensa lo ha combatido: José Vasconcelos que, como el gran Pablo de Tarso, de entre los infieles salió para refutarlos; o como el no menos grande Agustín de Tagaste, que después de convivir con los maniqueos, encuentra que es errónea la filosofía que enseñan, y con firmeza expone esos errores.

Pudiera argumentarse que hoy sostienen principios semejantes; pero con toda probabilidad aún existen profundas discrepancias en sus criterios; y, sin embargo, aquí se juntan para exponer gallardamente, según hemos escuchado, cómo *limpian, fijan* y *dan esplendor* a la lengua castellana.

Para concluir, permítaseme que repita lo que en diversas oportunidades he declarado: la misión de la Academia es mucho más alta que lo que a primera vista parece, porque la conservación de la lengua es la conservación de la nacionalidad.

Ahora un idioma extraño poco a poco se va infiltrando en el nuestro, deformándolo y ¡ay de nosotros si definitivamente lo conquista y lo esclaviza! En la prensa, en el comercio, en los deportes, en la conversación va extendiéndose como las nubes tempestuosas invaden y ensombrecen el firmamento; y es apropiado que lo conozcamos, que lo utilicemos, que admiremos su literatura y sus bellezas; pero sin deformar, sin menoscabar el nuestro.

Señores académicos: ha setenta y cinco años nuestros ilustres antecesores aceptaron la tarea fácil y grata, por cierto, de limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua castellana, y con fidelidad cumplieron su promesa. Sigamos hoy su ejemplo y el de sus dignos sucesores.

Mexicanos todos: quisiera que mi voz llegara hasta los más lejanos lugares de nuestra Patria en donde se habla castellano, para deciros: pueblo que conserva incólume su lengua, incólume conserva su independencia y su libertad. Sed independientes, sed libres; cuidad de vuestra lengua.

INDICE ONOMASTICO

—A—

Abad (José Diego), 236
Abenarabi, 228
Abenmasarra, 227
Abicebrón, Ibn Gebirol, 227
Acosta (José de), 262
Adams, Henry, 332
Agüeros, Victoriano, 38, 39, 257, 269, 272, 273, 376
Aguiar y Seixas (y Ulloa, Francisco de), 240
Aguilar y Marocho (Ignacio), 207, 376
Agurto, Fr. Pedro de, 35
Agustín, San, 114, 212, 227, 232
Ahedo, José, 321
Alamán, Lucas, 39, 256, 257
Alas, Leopoldo, 157
Alba (Francisco), 63
Alba, Rafael, 63
Alberto el Grande, 227
Alberto Magno, 238
Alcántara, San Pedro de, 232
Alcibiades, 190
Alducin, Rafael, 40
Alegre, P. Francisco Javier, 236, 271
Alejandro, 9
Alemán, Mateo, 49, 58, 294
(Alfaro) Ana María (de), 217, 218
Alfaro, Luis, 217, 218, 219, 220
Alfonso (X) el Sabio, 15
Altamirano (Ignacio M.), 47, 48, 49, 51, 63, 74
Altamirano, (Ignacio M.), 83
Alvarado, Fr. Francisco, 34
Alvarado, Jorge de, 19
Alvarado, (Pedro de), 55
Alvarez, Juan, 49
Alvarez, Manuel Francisco, 95
Alvarez, P. Manuel, 36
(Alvarez) Quintero, (Joaquín), 199, 200
(Alvarez) Quintero, (Serafín), 199, 200
Alzate, Antonio, 38
Amador Sánchez, Luis, 240
Ana (Esposa de Felipe II de España), 289
Anacreonte, 193
Andrade, José María, 37
Antígona, 248
Anunciación, Fray Domingo de la, 264
Anunciación, Fray Juan de la, 35
Aquiles, 190
Aquinense, el, 114
Aragón, Agustín, 308, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339
Aragón, José Hermenegildo, 332
Arango y Escandón, Alejandro, 250, 263, 270, 374
Arco, Santa Juana de, 195
Arenales, Ricardo, 356
Areopagita, 227
Aretino (Pedro), 210
Argensola, Lupercio Leonardo de, 9, 196, 238
Arniches (y Barrera, Carlos), 199
Ariosto, (Luis), 126
Aristófanes, 194
Aristóteles, 66, 90, 105, 227, 232, 238
Arquímedes, 256
Artigas, Manuel, 145
Augusto (Octavio), 192, 193
Austria, Juan de, 140, 230

Avellaneda (véase: Fernández de Avellaneda, Alonso)
Avendaño, P. (Pedro), 271
Averroes, Ibn Rosh, 227
Ayerra y Santa María, 238
Avila, Juan de, 127, 230
Axayácatl (Sexto Rey Azteca), 201

— B —

Bacon, Lord, 24
Balbuena, Bernardo de, 271, 299
Balzac, (Honorato de), 55
Balli, Pedro, 33, 34, 35, 36
Baralt, Rafael María, 15, 151, 155, 161
Baranda, Joaquín, 68, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 251, 266, 353, 376
Baranda Mac Gregor, Perfecto, 96
(Baranda) Pedro, 79, 80, 83, 92, 93, 98
Barba Jacob, Porfirio, 356
Barbusse, (Henry), 282
Bargas, (Pedro), 30
Barreda, Gabino, 82, 88, 95, 334, 335, 337
Barrero Argüelles, Manuel, 358
Barrés, Maurice, 59
Bassoco, Conde José María de, 250, 270, 374
Baudelaire, (Carlos), 302
Bazaine, 126
Baz, Juan José, 207
Beaumarchais (véase: Caron de Beaumarchais, Pedro Agustín)
Beethoven, (Luis de), 342, 350, 351
Béjar, Duque de, 347
Belmar, Francisco, 44
Bell, Aubrey, 127, 349
Bello, (Andrés), 104, 105, 155, 156
Bembo, Pedro; Bembo, Pietro, 225, 226
Benavente, Fray Jacobo de, 228
Benavente, Fray Toribio de; Motolinia, 257, 258, 262, 268
Benavente, Jacinto, 187, 188, 198
Benigno, Abate, 213
Bergson, Enrique, 90, 112
Beristain (y Souza, José Mariano), 271
Betanzos, Fr. Domingo de, 32
Betanzos, Fr. Pedro de, 33
Blasco, Eusebio, 212
Blessington, (Margarita, condesa de), 243
Bocanegra, (José María), 206
Boccacio, (Juan), 210
Bolívar, (Simón), 52, 56, 57, 71, 72
Bonaparte, general (Napoleón), 57
Bonifacio, (San); (Arzobispo), 23
Borges, P. Carlos, 57
Boscán (Almogáver, Juan), 9
Bossange, Martín, 13
Bossange, Père, 13
Boyer, Charles, 341
Brambila, 173
Bravo, (Dr. Francisco), 20
Bravo, Jno, (Juan), 28, 30
Bretón de los Herreros, Manuel, 14, 152
Bridges, John Henry, 322
Brueghel, 296
Bruto, Marco (Junio), 291
Bucareli (y Ursúa, Antonio María de), 53
Buenaventura, San, 229
Bulnes, Francisco, 47, 50, 210
Bulla, Fr. Elías de San Juan Bautista de la, (o) Zambrano, Juan, 36
Bunge, (Carlos Octavio), 47
Burgos, Francisco Javier de, 14, 20
Bustamante, Dr. Blas de, 261
Bustamante, Carlos María, 205, 210
Bustillos, (José), 63
Byron, Jorge Noel Gordon, Lord, 193, 198, 243, 292

— C —

Cabrera, Alonso de, 127
Calderón Benavides, Bachiller Antonio, 271
Calderona, la, 234
Calderón de la Barca, (Pedro), Don Pedro, 9, 233, 238, 239, 241, 292, 294, 295, 326
Calderón de la Barca, (Marquesa de), 218
Calleja, P. Diego, 238
"Camorra, Armando", Seudónimo de: Junco de la Vega, Celedonio, 356

Campaya, Canónigo Cristóbal de, 28, 31
Campazas, Fray Gerundio, 147
Campoamor, Ramón de, 15, 55, 199, 200
Campo, Angel del; *"Micrós"*, 63, 74, 212-213, 214
Campos, Dr. Manuel, 85, 86
Campos, Rubén M., 201, 302
Canalejas, Francisco de P., 15
Cancelada, 205
Cánovas del Castillo, Antonio, 15
Capmany (y Montpalau, Antonio de), 148
Cardona, Catalina de, 230
Cardoso, Joaquín, 374
Carlomagno, 58
Carlos IV, (Rey de España), 252
Carlos V, Emperador, 20, 31, 37, 38, 53, 54, 226, 228, 257, 262
Caron de Beaumarchais, Pedro Agustín, 139
Carpio, (Manuel), 210
Cartesio, 239
Carvajal, Luis de, 235
Carranza, (Venustiano), 43
Carreño, Alberto María, 7, 22, 222, 250, 308, 373
Carreto, Leonor María de, 237
Carrillo, Adolfo, 210
Carrillo, Sancha de, 230
Carrión, Miguel Ramón, 212
Casas, Fr. Bartolomé de las, 32
Casasús, Joaquín D., 37, 63, 335, 375
Caso, Antonio, 375
Castañeda y Nájera, Vidal de, 87
Castellanos Quinto, Erasmo, 40, 41
Castiglione, Baltazar de, 225
Castillejo, (Cristóbal de), 9, 239
Castillo y Piña, José, 44
Castorena y Ursúa, (Juan Ignacio), 238
Castro, Américo, 233
Castro Leal, Antonio, 121, 340
Catalina de Bolonia, Santa, 230
Catulo, 37, 192
Cavaillet, 47
Cavia, Mariano de, 157
Cavo, P. (Andrés), 210
Ceballos, Ciro B., 210
Cellini, Benvenuto, 299
Cepeda, Fr. Francisco de, 33
Cepeda, Francisco de, 231
Cepeda, Teresa de, 245
Cervanes, Rafael de, 28, 30
Cervantes de Salazar, Francisco, 20, 37, 260, 261
Cervantes Saavedra, Miguel de, 9, 16, 49, 53, 127, 156, 157, 197, 200, 208, 311, 312, 315, 316, 317, 340, 341, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 350, 351
César, 58, 195
Cicerón, 52, 156, 157, 190
Cid, 56
Clavarana, Adolfo, 207
Clavijero, (Francisco Javier), 236
Clemens, Samuel, 199
Clemente Alejandrino (o) Clemente de Alejandría, San, 227
Clemente VII, (Papa), 226
Clímaco, San Juan, 26, 229
Clitemestras, 248
Colden, Ricardo, 163
Colmenares, Diego de, 10
Coloma, P. (Luis), 157
Colón, (Cristóbal), 228
Collado, Casimiro del, 250, 374
Comenio (véase: Komenski, Juan Amós)
Comte, Augusto, 308, 332, 334, 336, 337, 338
Condé, (Luis II), 290
Condell, 210
Cordero, Salvador, 39
Córdoba, Fray Juan de, 19, 33
Córdoba, Fr. Pedro de, 32
Córdoba, Tirso Rafael, 78, 376
Coronado, Mariano, 376
Cortés, Hernán; Cortés, Hernando, 37, 38, 49, 50, 53, 54, 57, 58, 202, 204, 256, 257, 259
Coster, Lorenzo, 24
Couto Castillo, 302
Couto, (José Bernardo), 39
Covarrubias y Orozco, Sebastián de, 10, 11
Croce, (Benedetto), 295
Cromberger, Jácome (o) Jacobo, 26, 27
Cromberger, (Johann), Juan, 21, 24, 25, 26, 27, 30, 31, 32, 34, 45
Cruz, Ramón de la, 199

Cruz, San Juan de la, 157, 229, 230, 232, 368
Cruz, Sor Juana Inés de la, 48, 95, 128, 203, 223, 224, 229, 236, 237, 238, 239, 240, 244, 245, 246, 247, 353, 354
Cuauhtémoc, (Emperador), 49, 50
Cuéllar, José T. de; *"Facundo"*, 212
Cuervo, José Rufino, 156, 163, 164
Cueto, Marqués de Valmar, Leopoldo Augusto de, 15
Cuevas, S. J., P. Mariano, 24, 376
Çumarraga, Fray Jno. (Juan) de (véase Zumárraga, Fray Juan de)
Cumplido, (Ignacio), 42

— CH —

Chaplin (Charles), 198
Chávarri (Enrique), 213
Chavero, Alfredo, 376
Chávez, Ignacio, 182
Chávez, Ezequiel A., 47, 48, 60, 78, 224, 352, 353, 354, 376
Chávez, Gilberto, 169
Chávez (Samuel), 95
Chesterton (Gilbert Keith), 195
Chevalier Sulpicio, Guillermo, 304
Chimalpopoca, Fernando, 201

— D —

Dante (Alighieri), 112, 118, 199, 225, 368
Dávalos, Balbino, 63, 302
Dávila Padilla, Fr. Agustín, 26
Dávila y Ahumada, Beatriz, 230
Degollado, Rafael, 169
Degollado (Santos), 169
Delgado, Juan B., 358, 375
Delgado, Rafael, 317, 376
Descartes (Renato), 90, 228, 236
Díaz, Cándido, 333, 334
Díaz Covarrubias (José), 88
Darío, 287
Darío, Rubén, 306
Díaz de León, 42
Díaz de León, Jesús, 375
Díaz del Castillo, Bernal, 54, 202
Díaz Duffoo, Carlos, 213, 376
Díaz Mirón, Salvador, 376
Díaz-Plaja (Guillermo), 294
Díaz, Porfirio, 62, 64, 70, 72, 85, 87, 88, 92, 93, 95, 96, 98, 127, 181, 207, 208, 210, 273, 335, 338
Díaz y Alcántara, José, 12
Díaz de Gamarra (Benito), 21
Díez Barroso, Fernando, 45
Dihigo, Juan M., 321
Doblado, Manuel, 49
Domínguez, Belisario, 38, 39
Domínguez, José, 321
Donato (Elio), 24
Dondé, Rafael, 94
Donoso Cortés (Juan), 286
Dorgeles, 282
Dritzehen, Andreas, 23
Du Bellay (Joaquín), 294
Dueñas, Fray Juan de, 230
Duhamel (Georges), 282
Dumas, Alejandro, 341
Durán, P. (Diego), 201

— E —

Echegaray, Miguel, 212
Edipo, 248
Edmundo, 299
Eguiara (y Eguren, Juan José), 271
Elcano (Juan) Sebastián, 225
Elguero, Francisco, 376
Elguero, José, 376
Elizondo, José F., 212, 213, 357
Empédocles, 227
Enciso, Javier; *"Júbilo"*, 213
Enrique IV (Rey de Inglaterra), 342, 348
Enrique VII, (Rey de Inglaterra), 226
Erasmo (Desiderio), 229
Ercilla (y Zúñiga, Alonso de), 9
Escalante, (Ignacio), 42
Escobedo, Federico, 375
Escosura, Patricio de la, 373
Esopo, 195
Espinel (véase: Martínez Espinel, Vicente)
Espinosa, Antonio, 34, 35
Espinosa, Baruch, 227

Esquivel Obregón, Toribio, 63, 72
Esteva, Adalberto A., 299
Estrada, Fr. Alonso de, 26
Estrada, Genaro, 41, 42, 376
Estradas, los, 79, 86
Eurípides, 342

— F —

Fabri, S. J., Manuel, 271
Farfán, Agustín, 20, 35
Fedra, 248
Fedro, 195
Felipe II (Rey de España), 20, 289
Felipe III (Rey de España), 291
Felipe IV, (Rey de España), 193, 289, 290
Felipe V, (Rey de España), 7, 101
Felipes, los (de España), 244, 292
Feria, Fr. Pedro, 33
(Fernández de Avellaneda, Alonso), 341, 347
Fernández de Ledesma, Enrique, 21, 41 42, 376
Fernández de Lizardi (Joaquín); El Pensador Mexicano, 49, 196, 205, 209
Fernández de Mendiola, Francisca, 252
Fernández de Moratín, Leandro, 147, 148
Fernández de Oviedo (y Valdés, Gonzalo), 9
Fernández de Palencia, Alfonso, 11
Fernández Duro, Cesáreo, 267, 269
Fernández, Francisco María, 14
Fernández, Fr. Alonso, 26
Fernández, Fr. Benito, 33
Fernández Granados, Enrique, 356, 375
Fernández Guerra y Orbe, Aureliano, 15, 290
Fernández Mac Gregor, Genaro, 110, 224, 242, 308, 332
(Fernando V) Rey Católico, 19, 228, 235
Fernando VII (Rey de España), 204
Ferrer del Río, Antonio, 373
Ferrere, Claude, 299
Ferry, Julio, 89
Ficino, Marsillo, 145, 226
Filón, 227
Flynn, Errol, 341
Flores, Dr. Manuel, 28, 213
Focillon, Henri de, 287
Forner, Juan Pablo, 147
Fortuño, Leonardo, 88
France, Anatolio, 56
Francisco de Asís, San, 215, 227
Froébel (Federico), 88
Froissart (Juan), 338
Fuenclara (Virrey), 53
Fuente y Apezechea, Fermín de la, 14, 373

— G —

Gales, Príncipe de, 291
Galindo, Beatriz, 228
Galindo y Villa (Jesús), 38
Gallego, Juan Nicasio, 14, 15
Gama, Vasco de, 225
Gamboa, Federico, 73, 376
Gamboa, José Joaquín, 376
Gamboa, Manuel, 204
Gante, Fr. Pedro de, 31, 48, 262, 286
Gaona, Fr. Juan de, 31
Garcés, Fr. Julián, 32
García Cabral (Ernesto), 208
García de Cisneros (Cardenal), 230
García de Palacios, Juan, 20
García de Villalpando, Antonio, 230
García, Eusebio, 253
García, Francisco Pascual, 376
García, Genaro, 37, 54, 64
García Gutiérrez, Antonio, 15
García Icazbalceta, Joaquín, 14, 27, 28, 30, 31, 37, 38, 39, 40, 44, 51, 96, 250, 251, 252, 253, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 374, 375
García Icazbalceta, Tomás, 253
García Monasterio, Eusebio, 252
García Naranjo, Nemesio, 46, 60
García, Pablo, 80
García Pimentel, Luis, 252
García Rejón, Joaquín, 82
Garcilaso (de la Vega), 9, 53, 127
Garibay K., Angel María, 201
Gautier, Theóphile, 302, 307
Gavarni (Sulpicio) (véase: Chevalier

Sulpicio, Guillermo)
Gensfleish, Zum, 23
Gide, André, 283
Gilberti, Fr. Maturino, 19, 31, 35
Gil Polo, Gaspar, 238
Goethe (Juan Volfang), 342, 343, 348
Gómara (véase: López de Gómara, Francisco)
Gómez Carrillo, 247
Gómez de Quevedo, Pedro, 289
Gómez García, 230
Gómez Haro, Eduardo, 267
Gómez Hermosilla, José, 12, 188, 287
Gómez Morín, Manuel, 73
Gómez, Rafael, 376
Gómez, Roberto, 356
Gómez Ugarte, José, 213
Goncourt, los, 299
Góngora (y Argote) Luis de, 9, 143, 157, 191, 196, 238, 241, 294, 295
Gonzaga, Duque de Mantua, Francisco, 226
González Carrasco (Aurelio), 212
González Casanova, Pablo, 375
González Dávila, (Gil), 28
González de Eslava, Hernán, 261, 263
González, Manuel, 87, 92, 93, 98
González Martínez, Enrique, 124, 141, 352, 356, 362
González Obregón, Luis, 46, 48, 49, 50, 51, 53, 55, 57, 58, 59, 63, 64, 74, 75, 204, 376
González Peña, Carlos, 49, 50, 160, 210, 216, 222, 261, 299
Gorostiza (Manuel Eduardo de), 39, 203
Goya (y Lucientes, Francisco), 243, 296
Gracián (Baltazar), 232, 233, 239, 295
Granada, Fray Luis de, 9, 127, 162, 230, 232
Greco, El (véase, Theotocopuli, Domingo)
Gregorio Magno, San, 232
Gregorio XIII, Papa. 36
Grifell, Prudencia, 355
Grijalva, Fr. Juan de, 45
Guardo, Juana de, 130
Guevara, Antonio de, 127, 232
Guevara, Fr. Juan de, 34
Guilbaut, Eduardo, 79
Guízar, un, 173
Gutemberg, Juan Gensfleisch, 23, 24, 25, 32, 34, 36, 44
Gutiérrez de Liévana, Juan, 319
Gutiérrez Estrada, Joaquín, 79
Gutiérrez Estrada, José Ma., 86
Gutiérrez Nájera, Manuel, 162, 307
Gutiérrez Otero, Luis, 376
Gutiérrez y Flores Alatorre, Blas, 50
Guyón, Madame, 230
Guzmán, Francisco de P., 376

— H —

Habsburgos, los, 244
Hartzenbusch, Juan Eugenio, 14, 373
Hawkins, John, 235
Hearn, Leocadio, 299
Heine (Enrique), 193
Heminge, 210
Henriot, Emile, 193
Heráclito, 105
Hércules, 57
Heredia, Fray Antonio de, 232
Heredia (José María), 300
Hernández Porfirio; *Fígaro,* 213
Herrarte, Francisca de, 252
Herrarte, Josef de, 252
Herrera (Gabriel Alonso), 319
Herrera, El Divino, 9
Herrera, Fernando de, 295
Herrera, Manuel, 206
Hidalgo, Teatro, 364
Hierro, Francisco del, 9, 10, 12
Hipólito, 248
Honorio IV, Papa, 227
Horacio, 37, 189, 193
Horta, Aurelio, 213
(Horta) Manuel, 213
Hugo, Víctor, 139
Hupp, Otto, 24
Hurces, Pablo, 230
Hurtado de Mendoza (Diego), 49, 156
Huxley, Aldous, 236, 283

— I —

Ibarra, Joaquín, 12
Ibn Badja, 227
Icaza, Francisco A. de, 46, 60, 63, 376

Icazbalceta, Juan de, 252
Icazbalceta y Herrarte, Gorgonio Nicolás, 252, 253
Icazbalceta y Musitu, Ana Ramona, 252
Icazbalceta y Musitu, María Josefa, 252
Icazbalceta y Musitu, Nicolás Fernando, 252
Ignacio de Loyola, San, 35
Ingenieros (José), 247
Iriarte (Juan de), 12, 148
Iriarte (Tomás de), 195, 357
Isabel I, Reina Católica, 19, 228, 230, 234
Isasi Isasmendi, María Concepción de, 252
Islas, P., 154
Iturbide, Agustín, 207

— J —

Jaime II (Rey), 227
Jámblico, 227
Jeans (astrónomo inglés), 113
Jerónimo, San, 232, 238
Jiménez de Cisneros (Francisco), 228, 229
Jiménez Rueda, Julio, 7, 19, 223, 242, 243, 244, 247, 248, 289
Job, 193
Jovellanos Gaspar de, 12, 148
Juan Manuel, D., 163
Juan Manuel, Infante don, 228, 346
Juan II, Rey de Portugal, 343
Juárez, Benito, 80, 90, 207
Juárez, Catalina, 57
Juárez, Teatro, 364
Junco, Alfonso, 123, 142, 144, 224, 352, 366, 367, 368, 369, 371, 372, 377
(Junco) Aurora, 356
Junco de la Vega, Celedonio; Don Cele; Don Celedonio, 142, 211, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 362, 363, 376
Jung, Carlos Gustavo, 62
Juvenal, 190, 192, 213

— K —

Kafka, 283
Kant (Manuel), 282
Kempis (Tomás de), 232
Keyserling, Conde Hernán de, 111, 119, 338
Kino, P. Eusebio Francisco, 20, 21
Komenski, Juan Amós; (Comenio), 88

— L —

Labastida, Francisco de P., 376
Labiche, Eugenio María, 46
Lacaud, Emilieu, 39
Lafontaine (Juan de), 195
Lagarrigue, Luis, 321
Lagunas, Fr. Juan Bautista, 31
Landívar (P. Rafael), 236
Lara, (José Mariano), 42
Laredo, Fray Bernardino de, 230, 232
Larra, Mariano José de, 145, 192, 193
Latour-Latour, 47
Laura, 237
Lavista, Rafael, 95
Lebrija (véase: Nebrija, Antonio)
Leconte de Lisle (Carlos), 299
Ledesma, Fr. Bartolomé de, 34
Le Flers, Conde de, 47
Leibnitz (Gottfried Guillermo), 95, 106
León de la Barra, Francisco, 73, 355
León, Fray Luis de, 9, 127, 163, 227, 238
León, Fray Pablo de, 230
León X, Papa, 226
León XIII, (Papa), 272
León Sánchez, Manuel, 45
León Santos, Manuel, 252
León, Victoriana, 332, 333
Leopardi (Santiago), 193
Lerdo de Tejada, Sebastián, 47, 86, 210, 374
Lerdo de Tejada, los, 83
Liceaga, Eduardo, 95
Limantour, José Ives, 95, 96, 335
Lipsio, Justo, 291
Lisieux, Teresita de, 128
Lobato, 207
Lombardo-Radice, Giuseppe, 66
Lope de Vega (véase: Vega Carpio, Fray Lope Félix de)
López, Alonso, 35
López de Ayala, Abelardo, 15, 228
López de Gómara, (Francisco), 9, 54

López de Hinojosa (Dr. Alonso), 20
López Dóñez, José, 42, 43
López Portillo y Rojas, José, 39, 43, 355, 356, 362, 376
Lozano (José María), 47
Lozano, Ignacio L., 70
Loti, Pierre, 299
Luceño, 199
Lucrecio, 336
Ludovico el Moro (véase: Sforza, Ludovico)
Ludolfo de Saxonia, 232
Lugones, Leopoldo, 119, 247, 303
Luis XIV (Rey de Francia), 192
Luises, los, 157
Luján, Jesús E., 300
Luján, Micaela de, 133
Lulio, Raimundo, 227, 228
Luna y Sarmiento, Antonio de, 191
Lustarrio, María de, 252

— M —

Macedo, Miguel, 338
Mac Gregor Estrada, Elvira, 86
Mac Gregor, Juan Luis, 78, 86
Madero, Francisco, 65
Madrid, Fray Alonso de, 230, 232
Magallanes (Fernando), 225
Magdalena, Fr. Alonso de la, 26
Magdalena, Fr. Juan de la, 32
Maimónides, Moisés ben, 227
Mainero, Guadalupe, 356
Mancera, Marqués de, Virrey, 237, 245
Mann, Thomas, 283
Manrique (Gómez), 9
Mansilla, 202
Manzo, 206
Maples Arce (Manuel), 301
Maquieira, Josef Benito, 252
Marañón (Gregorio), 189, 214
Marcial (Marco Valerio), 191, 192, 193, 212
Marcha, Pío, 207
Mariana, (Juan de), 157
Mariscal, Ignacio, 154, 320, 376
Márquez, Leonardo, 49, 172
Marquina, virrey, 205
Martín, Esteban, 25, 26, 27, 30, 31, 45
Martínez, Abundio, 181
Martínez de Jarava, Antonio; (Lebrija), 10, 19, 316
Martínez de la Rosa, Francisco, 14, 15
Martínez de Musitu, Andrés, 252
Martínez de Musitu, Fernando, 252
Martínez, Enrico, 36
Martínez Espinel, Vicente, 9
Martínez, Florentino, 206
Martínez Sobral, Enrique, 40, 376
Marroqui, José María, 376
Marroquín, Francisco, 33
Mauriac (François), 195
Maurolico, P. Francisco, 36
Maximiliano de Habsburgo, Emperador; Archiduque, 49, 86, 207, 259
Mayans y Siscar, Gregorio, 147, 148
Mecenas, 189, 193
Medina, José Toribio, 24, 25, 26, 27, 28, 30, 31, 32, 267, 268, 269
Medina Plaza, Fr. Juan, 35
Medina, Rafael, 212
Meléndez Valdés (Juan), 149
Mena, Juan de, 9
Méndez Plancarte, Alfonso, 361
Méndez Plancarte, Gabriel, 375
Méndez, Santiago, 80
Mendieta, Diego de, 26
Mendieta, Fr. Jerónimo de, 37, 260
Mendiolea, Dr. Manuel, 45
Mendoza, Virrey Antonio de, 25, 27, 260
Mendoza, 173
Menéndez Pidal (Ramón), 151
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 151, 223, 265, 269, 294, 347, 350
Mesonero (y) Romanos (Ramón de), 14, 212
Micrós (véase: Campo, Angel del)
Michel, Alberto, 63, 212
Millán, Francisco, 235
Miller, Raoul, 39, 40
Mill, John-Stuart, 309
Minerva, 319
Miramón (Miguel), 49
Mir y Noguera, P. Juan, 148, 149, 150, 156, 161, 162
Miseria, Fray Juan de la, 232
Moctezuma (II, Emperador), 201, 202

Moheno (Querido), 47
Moisés, 235
Molière (Juan Bautista Poquelin), 139, 195, 198, 292
Molina, Audomaro, 375
Molina, Fray Alonso de, 19, 31, 33
Molinos del Campo, 206
Molinos, Miguel de, 224
Monlau, Pedro Felipe, 15
Montaigne, Miguel de, 62, 228, 322
Montelfetro, Guidobaldo da, 226
Monterde, Francisco, 41, 212
Montes de Oca y Obregón, Ignacio, 47, 273, 275, 375
Montes, Ezequiel, 83
Montoya, 181
Montúfar, Arz. Fr. Alonso de, 34, 235, 260
Moore, los, 199
Mora, Dr. (José Luis), 206
Morales, Francisco de P., 359
Morales, Juan Bautista, 210
Morales, P. Pedro, 36
Moreas (Juan), 302
Moreno Cora, Silvestre, 376
Moreno y Jove, Manuel, 374
Moreto (y Cabaña) Agustín, 157, 233, 238
Morvan, Andrés, 235
Motolinia (véase: Benavente, Fray Toribio de)
Muñoz de Castro, Pedro, 147
Muñoz Seca (Pedro), 198
Murillo (Bartolomé Esteban), 53, 127
Musitu y Zalvide Goytia, Ramona Antonia, 252

— N —

Napoleón III, 80
Naranjo, Gral. Francisco, 63
Nasarre, Blas Antonio, 148
Nava, Pepe, 209, 214
Nebrija, Antonio (véase: Martínez de Jarava, Antonio)
Nebrija, Elio Antonio de, 11
Nemrod, 333
Nervo, Amado, 363, 375
Nicolás V, Papa, 24
Nietzsche (Federico), 112
Nevares Santoyo, Marta de, 133, 134
Noriega, Carlos, 299
Novo, Salvador, 210
Núñez de Miranda, P. Antonio, 236, 238
Núñez y Domínguez, José de J., 40, 297, 306

— O —

Ocampo, Melchor, 84
Ocharte, Pedro, 33, 34
Ochoa, Eugenio de, 373
O'Donnell, 207
Olaguíbel, Francisco M. de, 302, 376
Olivares, Conde Duque de, 193, 290, 291, 294
Olivas, Martín de, 237
Oria, Pepito, seudónimo de: Junco de la Vega, Celedonio, 356
Ormaechea, Juan Bautista, 374
Orozco y Berra, Manuel, 78, 164, 250, 263, 264, 374, 375
Ortiz de Montellano, Mariano, 321
Osorio de Almeida, 281
Osuna, conde Duque de, 289, 290, 291
Osuna, Fray Francisco de, 230, 232
Otero, Mariano, 82
Othón, Manuel José, 358, 375
Ovalle, P., 157

— P —

Pablos, Juan, 19, 20, 21, 24, 25, 26, 30, 31, 32, 33, 34, 45
Pacheco, 206
Pacheco, Carlos, 40
Pacheco de Narváez, 290
Padilla, Benjamín, 211
Padilla, Salvador, 105
Pagaza, Joaquín Arcadio, 375
Palacios, Joaquín José, 327
Palma, Ricardo, 204
Palomares, Miguel de, 28, 30
Palomino, Antonio, 9
Palomino, Juan, 9
Pallares, Jacinto, 95
Pallares, José, 63

Paoli, Giovanni (véase, Pablos, Juan)
Papini (Giovanni), 195
Pardo Bazán, Emilia, 195
Paredes, P., 21
Parra, Porfirio, 375
Pascal (Blas), 57
Paso y Troncoso, Francisco del, 36, 37, 376
Paulo III, Papa, 32
Pedraza, Chantre Cristóbal de, 28, 30, 31
Pensador Mexicano, El (véase: Fernández de Lizardi, Joaquín)
Peña, Rafael Angel de la, 73, 76, 250, 263, 270, 374, 375
Peña y Reyes, Antonio de la, 376
Pcón Contreras, José, 376
Peredo, Manuel, 250, 374
Pereyra, Carlos, 235, 376
Pérez Salazar, Manuel, 267
Persio, 190, 192
Pestalozzi, Juan Enrique, 88
Petrarca (Francisco), 226
Peza, Juan de Dios, 375
Pidal, Pedro José, 14, 15
Pimentel, Francisco, 250, 263, 374
Pinelo, León, 140
Pino Suárez, José María, 40
Pirandelo (Luis), 283
Pitágoras, 66, 167
Platón, 66, 90, 112, 145, 167, 226, 285, 372
Plaza (Antonio), 210
Plotino, 112, 227
Plutarco, 245, 251
Polo, Marco, 225
Pomairols, Charles de, 328, 329, 330
Pope (Alejandro), 193
Porfirio, 227
Posada, 214
Prescott, William, 256
Prieto, Guillermo, 207, 210
Proclo, 227
Propercio (Sexto Aurelio), 37
Proust, Marcel, 283
Puga (Vasco de), 20
Puga y Acal, Manuel, 363, 376
Puig Casauranc, Manuel, 376

— Q —

Quevedo y Villegas, Francisco de, 53, 127, 142, 190, 191, 193, 194, 196, 199, 210, 238, 241, 289, 290, 291, 294, 295, 296
Quevedo y Zubieta (Salvador), 240
Quijano, Alejandro, 7, 123, 166, 222, 308, 366
Quijano, Joaquina, 79
Quintana, José Manuel, 14, 15
Quintana, Quintín, (seudónimo de: Junco de la Vega, Celedonio), 356
Quintero, hermanos (véase: Alvarez Quintero, Joaquín y Serafín)
Quintero, 206
Quiñones de Benavente, (Luis), 238
Quiroga, Don Vasco de, 32, 286

— R —

Rábago, Jesús M., 208
Rabasa, Emilio, 376
Rabelais (Francisco), 198, 200
Ramírez de Arellano (Diego), 294
Ramírez, Ignacio, 51, 52, 214
Ramírez, José Fernando, 251, 256, 258, 374
Ramírez, Ramiro, (seudónimo de: Junco de la Vega, Celedonio), 356
Ravaissón, Félix, 66
Rebolledo, Efrén, 302
Regil, José María, 79
Regil y Estrada, Pedro de, 82
Remarque (Erich María), 282
Remo, 56
Renán (Ernesto), 195, 283
Rengifos, 287
Revillagigedo (Conde de), 53
Revilla, Manuel G., 375
Reyes, Alfonso, 233, 285, 290, 305, 306
Reyes, Bernardo, 364
Reyes Católicos (véase: Isabel I y Fernando V)
Reyes Spíndola, Rafael, 38, 39, 63
Reynoso, Félix Joseph, 152, 156
Ribera (José de), 240
Ricardo, Antonio, 33, 34, 35, 36
Richel, Dionisio, 32
Richepin (Juan), 302

Rincón, P. Antonio del, 36
Rincón, Modesto, (seudónimo de: Junco de la Vega, Celedonio)
Ríos Rosas, Antonio de los, 15
Ripalda, P. Jerónimo de, 167
Riva Palacio, Mariano, 82
Riva Palacio (Vicente), 207
Rivas, Duque de, 14, 15
Rivera (José), 63
Rivera, P. (Agustín), 210
Roa Bárcena, José María, 250, 374, 375
Robelo, Cecilio Agustín, 318, 319, 375
Robles Dégano (Felipe), 155, 156
Roca de Togores, Marqués de Molins, Mariano, 14, 373
Roca, Juan de Jesús, 232
Rodríguez Beltrán, Cayetano, 376
Rodríguez Marín (Francisco), 58
Rodríguez Rubí, Tomás, 15
Rojas, Ricardo, 247
Rojas y Villandrado (Agustín), 238
Rojas Zúñiga, Mateo, 319
Roldán, Fr. Bartolomé, 33
Rolland, Romain, 282
Román, Manuel Antonio, 150
Romero, Matías 320
Romero, José Rubén, 166
Romero y Ramírez, José, 321
Rómulo, 56, 245
Ronsard (Pedro de), 286
Rops, 299
Rosa, Luis de la, 82
Rousseau, Juan Jacobo, 52
Rousselot, Paul, 227, 231
Rubín, Rubén (seudónimo de: Junco de la Vega, Celedonio), 356
Rubio, Darío, 39, 40, 59
Rubio, Rafael; *Rejúpiter*, 212, 213
Ruelas, Julio, 300
Ruiz de Alarcón, Juan, 7, 9, 193, 196, 203, 243, 244, 248, 249, 291, 307
Ruiz, Juan, 163
Ruiz, Manuel, 80
Rujula, Juan Félix, 252
Russell, Rosalind, 341

— S —

Saavedra Guzmán, Antonio de, 263
Sabunde, Raimundo, 228
Sáenz de Baranda, Pedro, 79, 80, 81, 86, 90, 98
Sahagún, Fr. Bernardino de, 31, 32, 37
Saint Beuve (Carlos Agustín de), 198
Saint-Foj, 158
Saint-Simon (Claudio Enrique conde de), 338
Sáinz Rodríguez, Pedro, 226, 232
Salado Alvarez, Victoriano, 59, 213, 362, 363, 376
Salcedo, Coronel, 294
Salcedo, Lorenzo, 149
Salcedo, Lucía de, 133
Saldaña, José, 322
Salinas, Miguel, 375
Salinas, Pedro, 238
Salvatierra, Conde de, 53
Salvá, Vicente, 13
Samaniego (Félix María), 12, 357
Samuel, director, 47
San Benito, Ambrosio Mariano de, 232
Sánchez Cepeda Dávila y Ahumada, Rodrigo, 231
Sánchez de Tagle (Francisco M.), 206
Sánchez, Florencio, 247
Sánchez, Jesús, 264
Sánchez Mármol, Manuel, 74, 76, 376
Sánchez, Raimundo, 145, 160, 161, 163, 164, 165
Sánchez Santos, Trinidad, 353
Sánchez, Tomás Antonio, 148
Sánchez Villaseñor, S. J., José, 120
Sandoval, Catalina de, 230
Sandoval, María de, 230
San Martín, Martín de, (seudónimo de: Junco de la Vega, Celedonio), 356
Santa Anna (Antonio López de), 80
Santeul, 194
Santillana, Marqués de, 9, 240, 292
Santos, Tomás Antonio, 12
Saussure, Raymonde de, 281
San Víctor, Hugo de, 230
Sarmiento, Fray Martín de, 148
Schultz, Miguel, 94
Segura, José Sebastián, 250, 263, 374
Séneca, 96, 292
Serrano Martínez, Celedonio, 330
Sessa, Duque de, 131, 133
(Sforza), Ludovico, El Moro, 226

Shakespeare, (Guillermo), 24, 193, 198, 200, 210, 342, 346, 348, 351
Shaw, Bernard, 195, 198
Shelley (Percy Bysshe), 214
Sierra, Justo, 39, 47, 48, 50, 63, 66, 67, 76, 88, 92, 334, 337, 353, 376
Sierras, los, 83
Sigüenza, José de, 127
Sigüenza y Góngora, Carlos de, 20, 201, 236, 238
Silva y Bazán, Marqués de Santacruz, José Gabriel, 14
Silverio (seudónimo de, Junco de la Vega, Celedonio, 356
Sócrates, 190, 228
Soleil, José, 89
Solís (y Rivadeneira, Antonio), 157
Somohano, Francisco, 359
Sosa, Francisco, 376
Spencer, Herbert, 338
Spinoza (véase, Espinosa, Baruch).
Stael (—Holstein, Ana Luisa Germana Nécker, baronesa de), 87
Strauss (David Federico), 195
Suetonio, 195
Svevo, 283
Sweig, Arnold, 282
Swift (Jonatán), 47, 200
Swift, los, 199

— T —

Tablada, José Juan, 211, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 375
Tácito (Cayo Cornelio), 55, 251
Tagle, Antonio, 84
Taine (Hipólito Adolfo), 200
Talavera, Fray Hernando de, 230
Tamayo de Vargas, Tomás, 291
Tamayo y Baus, Manuel, 15
Taso (Torcuato), 126
Teixidor, Felipe, 251, 268, 273
Teresa (de Jesús) Santa, 9, 128, 157, 163, 223, 224, 225, 229, 230, 231, 232, 236, 240, 244, 245, 246, 247, 290
Terrazas, Francisco de, 271
Teseo, 245, 248
Theotocopuli, Domingo, 53, 127, 148, 341, 343, 348
Thompson, Roberto, 235
Thormann, Werner, 281
Tiberio, 214
Tibulo, 37, 192
Tirado, 202
Tirso de Molina, 157, 292, 342
Tito, Livio, 55
Tofail, Ibn, 227
Toledo, P. Francisco de, 36
Tomás, Santo, 227, 238
Tornel, José María, 206
Torres Bodet, Jaime, 276, 286, 287, 288
Torres, Fr. Juan de, 33
Torres, Teodoro, 186, 216, 217, 221, 222, 277, 376
Torres y Villarroel, Diego, 195
Treviño de Sobremonte, 235
Trigueros (Cándido María), 148
Tucídides, 163
Twain, Mark, 199

— U —

Urbina, Luis G., 203, 210, 301, 307, 375
Urbino, Duquesa de, 225
Urbino, 226
Uriarte, Salvador, 212
Urueta, Jesús, 47, 302
Uthoff, Enrique, 212

— V —

Valbuena (véase, Balbuena, Bernardo de)
Valbuenas, los, 161
Valdés, Juan de, 148, 238, 346
Valdés Leal (Juan de), 240
Valdivieso (José de), 238, 239
Valenti, Rubén, 69
Valenzuela, Jesús E., 302, 303
Valera, Juan, 15, 162
Valery, Paul, 125, 287
Valton, Dr. Emilio, 25, 26, 27, 30, 31, 41
Valle, Felipe, 335
Valle, Rafael Heliodoro, 356
Vargas, Fr. Melchor de, 35

Vasconcelos, José, 100, 110, 111, 112, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 352, 366, 377
Vedía y Mitre, Mariano, 200
(Vega Carpio), Antonia Clara, 134
(Vega Carpio), Carlos Félix, 130, 131, 133
Vega Carpio, Fray Lope Félix de, 9, 16, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 142, 143, 144, 156, 157, 196, 233, 238, 239, 292, 295, 343, 352, 356
Vega, Ricardo de la, 199
Velasco, 299
Velasco, Virrey Luis de, 32, 260
Velázquez (de Silva Diego), 53, 296, 348
Velázquez, Diego, 202
Venegas Arroyo, 214
Venegas, Fray Alejo, 230
Venegas, Virrey (Francisco Javier), 204
Veracruz, Fray Alonso de la, 20, 34, 35
Verlaine, Paul, 135, 301
Vicente de Paul, San, 272, 273
Vicria, Mario, 208
Viesca, 206
Vieyra, P., 238
Vigil, José María, 139, 266, 271, 272, 376
Villalobos, un, 202
Villarreal, Nazario, 360, 361
Villa Señor y Sánchez, Joseph Antonio, 21
Villena, Marqués de, 7
Viñaza, Conde de la, 11, 13
Virgilio, 37, 52, 192
Vital Aza, 155, 212
Vitoria, Francisco de, 229
Vizcarra, P. Zacarías de, 152
Vizuete, Pelayo, 17
Voltaire (Francisco María Aronet de), 195
Vossler, Karl, 152, 236, 239

— W —

Wassermann, Jacob, 283
Wilde, Oscar, 56, 198
Whitehead, 370
Wyrich, Elsgen, 23

— X —

Ximénez de Prexam, Pedro, 230

— Y —

Y Griega (seudónimo de, Junco de la Vega, Celedonio), 356, 362

— Z —

Zalvide Goytia, Juan de, 254
Zalvide Goytia, Magdalena Hermenegilda, 252
Zamacona, 47
Zamaconas, los, 83
Zamora, Rodrigo de, 230
Zárate, Juan de, 33
Zárate, Julio, 88, 206
Zarco, Francisco, 84
Zavala, Lorenzo de, 206
Zorrilla de San Martín (Juan), 247
Zorrilla, José, 47
Zulaica y Gárate, Fr. Román, 31
Zumárraga, Fray Juan de, 20, 21, 24, 25, 26, 27, 28, 30, 31 32, 36 37, 235, 260, 264, 265, 266, 267, 274, 275
Zúñiga y Ontiveros, Mariano de, 21
Zurbarán (Francisco de), 240

INDICE GENERAL

El segundo centenario del diccionario de autoridades.—Los diccionarios académicos, por Alejandro Quijano 7
La imprenta en la época virreinal, por Julio Jiménez Rueda 19
La invención más valiosa del siglo XV, por Alberto María Carreño 22
Don Luis González Obregón, por Nemesio García Naranjo 46
Contestación al anterior discurso, por Ezequiel A. Chávez 60
Homenaje a Don Joaquín Baranda, por Ezequiel A. Chávez 78
Fidelidad al idioma, por José Vasconcelos 100
Contestación al anterior discurso, por Genaro Fernández MacGregor 110
Lope Ecuménico, por Alfonso Junco 123
Respuesta al anterior discurso, por Enrique González Martínez 141
Purismo y pureza de lenguaje, por Raimundo Sánchez 145
Respuesta al anterior discurso, por Carlos González Peña 160
Semblanza de una mujer, por José Rubén Romero 166
Humorismo y sátira, por Teodoro Torrès 186
Contestación al anterior discurso, por Carlos González Peña 216
Palabras de Alberto María Carreño 222
Santa Teresa y Sor Juana: un paralelo imposible, por Julio Jiménez Rueda 223
Contestación al anterior discurso, por Genaro Fernández MacGregor 242
D. Joaquín García Icazbalceta, por Alberto María Carreño 250
Las letras y la paz, por Jaime Torres Bodet 276
Contestación al anterior discurso, por Alfonso Reyes 285
Don Francisco de Quevedo y Villegas, por Julio Jiménez Rueda 289
José Juan Tablada, por José de J. Núñez y Domínguez 297
Contestación al anterior discurso, por Alfonso Reyes 306
El habla popular en mi comarca, por Agustín Aragón 308
Contestación al anterior discurso, por Genaro Fernández MacGregor 332
Las dos partes del Quijote, por Antonio Castro Leal 340

Un poeta de casa, por Alfonso Junco 352
Respuesta al anterior discurso, por José Vasconcelos 366
Setenta y cinco años de vida académica, por Alberto María Carreño 373

Indice onomástico 379